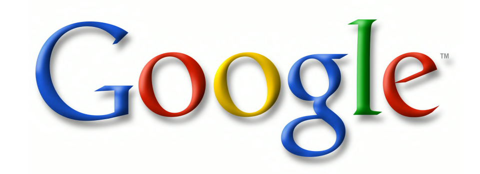
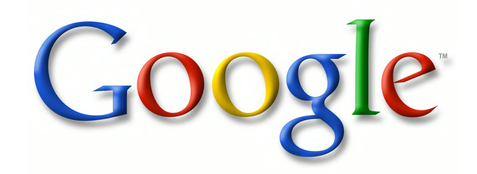
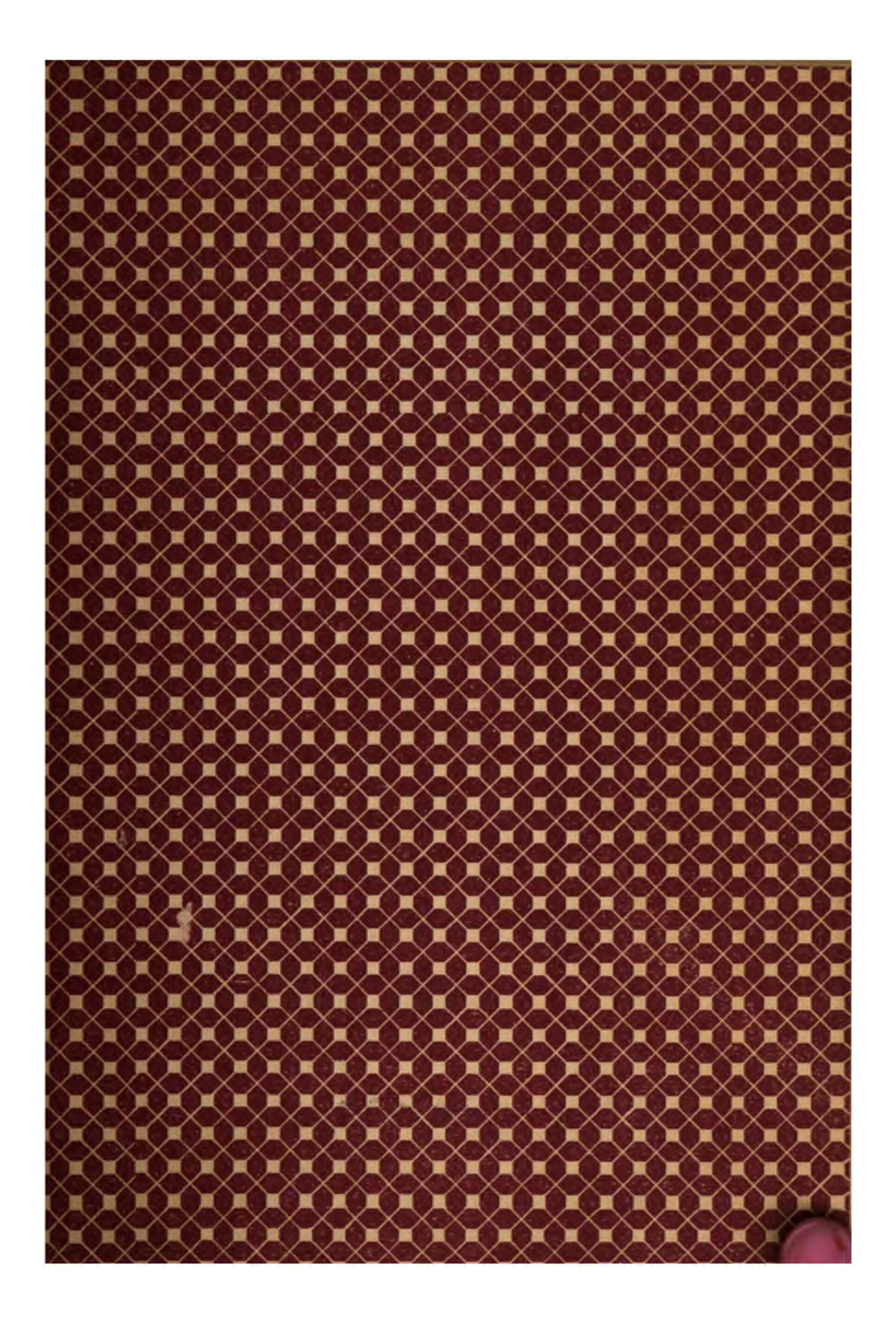



Google





VIAJE AL POLO SUR

OTTO NORDENSKJÖLD

J. Gunnar Andersson, C. A. Larsen y C. Skottsberg

VIAJE

AL POLO SUR

EXPEDICIÓN SUECA Á BORDO DEL

"ANTÁRTICO,,

CON 350 ILUSTRACIONES, 4 MAPAS Y 5 LÁMINAS TRICOLORES

TRADUCCIÓN DIRECTA DEL SUECO POR

ROBERTO RAGAZZONI

TOMO SEGUNDO

BARCELONA

Establecimiento tipográfico de la Casa Editorial Maucci

Gran medalla de oro en la Exposición internacional de Viena de 1903

CALLE DE MALLORCA, 166

1905



CAPITULO PRIMERO

De Gotemburgo á Port-Stanley

A bordo del vapor «Fair Rosamond» costeando el litoral, al mediodia de las islas de Falkland.



REUNIÉRONSE en Gotemburgo á principios de de octubre de 1901, unos cuantos jóvenes entusiastas, decididos á emprender la primera expedición sueca al Polo Sur. Durante los últimos días que precedieron á la salida del «Antártico», fué preciso activar toda clase de preparativos. Tratábase de llevar á cabo mil quehaceres distintos, procurar los aprovisionamientos, el equipo que nos faltaba, hacernos cargo de las mercancías que llegaban, estibarlas á bordo, etc. A las seis de la mañana empezaba el trabajo, que duraba todo el día, yendo y viniendo á bordo, corriendo á través de la ciudad, comiendo á deshora en restaurants del puerto donde concurría la gente de mar, para volver á ponernos en actividad hasta muy entrada la noche, hora en que, reunidos ya tarde, tomábamos generalmente un refrigerio que á veces duraba hasta la madrugada.

Así pasaron aquellos días rápidamente, durmiendo poco, trabajando mucho, pero distraídos y satisfechos. Entre los compañeros encontré valiosos cooperadores, y, el 26 de octubre, después de cordiales despedidas y numerosas felicitaciones, salía el «Antártico» del puerto de Gotemburgo.

Yo había de hacer un corto viaje á Sandefjörd, donde me detuvieron perentorios deberes, sin dejar de acordarme de los compañeros que me precedían en la exploración, todos ellos animosos y llenos de fe en su empresa. El día primero de enero de 1902 estaba libre, por fin, y el 17 salí de Gotemburgo para ir, por la vía de Liverpool, á Port-Stanley, donde debía reunirme con los tripulantes del «Antártico» á su regreso de la primera expedición al Mar Glacial del Sur. Había escogido la vía de Granton para encontrarme en Edimburgo con mister Bruce, jefe de la expedición sudpolar escocesa que debía efectuarse.

En una de las principales calles de la ciudad tenía la expedición su elegante «despacho», donde encontré á mister Bruce, que me acompañó durante mi estancia en Edimburgo, prodigándome toda clase de atenciones.

Un viaje nocturno en el tren, cuyo confort dejaba mucho que desear, me llevó á Liverpool, y el día 22 de enero me embarqué en el vapor correo «Orellana», de la Línea del Pacífico, y que fué mi morada durante el mes siguiente.

Un largo viaje de esta especie por el Océano resulta siempre bastante monótono, aun cuando, como me sucedió, tuviera ocasión de entablar relaciones con numerosos y distingidos compañeros de viaje de diferentes países. Pronto se forman pequeñas tertulias, según las simpatías



Los elefantes narinos fueron despertados cuando descansaban más cómodamente.
Bahía de Cumberland.

ó los idiomas, se pasea y se discute, se descansa un rato sentados sobre cubierta, se observan los saltos de los peces voladores, ó se admira durante las noches obscuras la fosforescencia de las olas alrededor del buque. Puede el que guste tomar parte en diferentes *sports* ingleses, ó arriesgar cada día, en el punto de las doce, un chelín apostando sobre el número de millas recorridas durante las últimas veinticuatro horas.

Las escalas en los puertos constituyen un agradable paréntesis. Habíamos disfrutado, desde el puerto francés La Pallice, una súbita vista de la vieja Rochela; en la Coruña admiramos la costa occidental de España; en Lisboa discutimos con los codiciosos boteros del Tajo, y en San Vicente nos solazamos con los negros chiquillos desnudos que en botes miserables rodean el buque, buceando bajo el agua en busca de las monedas que les arrojábamos.

Una mañana temprano entramos en el puerto de Río Janeiro, extensa bahía rodeada de elevadas montañas, algunas de las cuales forman altos picachos. Por la singular forma de sus montañas y su magnífica vegetación tropical, presenta la bahía de Río Janeiro uno de los cuadros más hermosos en su género. Debíamos permanecer en este puerto veinticuatro horas: yo ansiaba llegar á tiempo para encontrar un amigo allí establecido, el explorador sueco P. Dusén, célebre por sus viajes á Kamerun, Tierra del Fuego y Groenlandia del este, y empleado entonces en el departamento botánico del Museo del Brasil.

El atento cónsul general de Suecia y Noruega, señor Bolstad, me llevó al Museo, que se halla en las afueras de la capital, en un edificio que fué residencia de don Pedro, y donde aun quedaban algunos espejos adornados

con coronas que recordaban los tiempos del Imperio. Entré sin previo aviso á saludar á Dusén y experimenté una grata satisfacción al ver la alegría que le produjo la inesperada visita de su compatriota y viejo amigo. Su gabinete de trabajo era grande y ventilado, con vistas á un valle de magnífico verdor; á lo lejos erguíanse las cumbres aisladas de dos empinados cerros: el Corcovado, con su funicular que llegaba hasta un hotel edificado en la misma cima, y el Tijuca, nombre que llevaba el vapor alemán que dos años después condujo nuestra expedición de regreso á Europa.

Paseé largo rato con Dusén bajo los árboles llenos de flores, y conversamos á nuestro gusto, faltándonos tiempo para comunicarnos todas nuestras impresiones.

Antes de obscurecer regresé á bordo acompañado del cónsul de Suecia. Reinaba fiebre amarilla y me aseguraron—no sé con qué fundamento—que el contagio se verifica sólo de noche. Aquel día, tan agradable por todos conceptos, acabó solemnemente con una soberbia tempestad nocturna que iluminó fantásticamente las cumbres de las montañas, la pintoresca ciudad y los buques de guerra brasileños anclados cerca del «Orellana».

Habíamos dejado en la estación de cuarentena situada en la isla de las Flores, cerca de Montevideo, todos los pasajeros que debían ir á Buenos Aires, ó continuar por tierra á través de la cordillera hasta Chile, y el «Orellana» prosiguió su ruta sur hacia las islas de Falkland. El calor sofocante de los trópicos había pasado y la atmósfera era de nuevo fresca y agradable.

El día 21 de febrero por la mañana se vieron sobre el mar manchas blancas de *macrocystis* flotando á merced de las corrientes, y otras muestras de la singular vegeta-

ción característica del territorio á que pertenece el grupo de las islas de Falkland.

Pronto divisamos á lo lejos, delante de nosotros, una obscura silueta de tierra que poco á poco se presentó con más claridad: onduladas montañas, y entre ellas tierras bajas, llanuras inmensas, sin árboles y de un triste matiz gris obscuro. En la punta exterior y saliente hacia el este levantábase un faro que indicaba la entrada de Port-Stanley.

Hasta entonces el tiempo había sido tranquilo y agradable, pero apenas llegamos á la costa nos sorprendió con uno de esos repentinos aguaceros que aquí son casi cotidianos. Arreciaba el temporal cuando ancló el «Orellana» al obscurecer en el puerto de Stanley.

El «Antártico» había estado allí á principios de enero de camino hacia el sur, y encontré en seguida pruebas de su paso y de la bondad de Nordenskjöld y de Larsen bajo forma de un presente (botellas de ponche «Karlshamn») y varias disposiciones tomadas para recibirme por parte de los atentos dueños del hotel «Stanley Arms».

Había de transcurrir aún cerca de un mes antes que el «Antártico» estuviese de regreso de la primera expedición de verano al Mar Glacial del Sur; yo quería emplear este tiempo en el estudio de la Naturaleza, en el grupo de islas, cuya historia geológica estaba casi intacta desde que Carlos Darwin recogió, en 1830, los primeros fósiles.

Esta región para el turista no ofrece atractivo alguno. Sus frías y onduladas cordilleras se parecen todas muchísimo; la tierra llana tiene el aspecto triste de los desiertos ó estepas, y las extensas hornagueras son pantanos traidores, en los que más de un jinete extraviado perdió su cabalgadura ó desapareció por completo. En

estos desiertos parajes, cuando no soplan vientos huracanados, reina un tiempo pesado con cortos intervalos de sol seguidos de fuertes chubascos.

Hasta la pequeña capital parece á primera vista que tiene pocos atractivos. En el puerto se encuentran muchos viejos cascos de buques desarbolados, que debieron



Isla cubierta de poa de Port-Stephens.

ser conducidos á remolque, y son empleados ahora como almacenes flotantes.

Entre los novecientos habitantes de Port-Stanley se encuentran bastantes cuya historia está relacionada con la de alguno de estos «depósitos». Marineros valientes y despreocupados, muchos de ellos escandinavos, que naufragaron aquí totalmente ó tuvieron que abandonar su maltrecho buque, quedando sin voluntad ni fuerza para encontrar el camino de regreso á la patria, embarcáronse en las pequeñas goletas costeras ó buscaron trabajo casual, distribuyendo sus ocios entre los seis hoteles de la ciudad para ahogar en el whisky los amargos pensamientos de su vida miserable.

Pero la pequeña ciudad tiene también sus habitantes fijos, trabajadores activos, en los cuales admiramos la excelente cualidad anglosajona de saberse adaptar fácilmente á las circunstancias. Advertimos también su unión envidiable y la constancia con que guardan las costumbres de la madre patria.

Durante el invierno se siente más la monotonía de la vida, sólo interrumpida por la llegada de los vapores correos, una vez al mes, de Europa, y otra de la costa oeste de la América del Sur. Las personas acomodadas suelen marcharse durante el invierno á Buenos Aires ó á Inglaterra. Al empezar el verano regresan también los buques estacionarios ingleses de Montevideo. Entonces laten más vivamente los corazones femeninos de Port-Stanley con la esperanza de tomar parte en los distraídos bailes de á bordo. Además, desde algún crucero se tiende una línea eléctrica para dar luz á la «sala comunal» de la ciudad, donde los oficiales de marina y las muchachas de la colonia representan comedias y pantomimas, teniendo como admiradores incondicionales á todos sus parientes y amigos.

Había recorrido en todas direcciones los alrededores de la capital y quería trasladarme á otro punto del archipiélago. Aproveché la primera oportunidad que se me presentó para conseguirlo. El jefe de la casa comercial más importante de Port-Stanley, la «Falkland Island Company», me invitó á hacer la travesía, en una de sus goletas, á Falkland del oeste.

El «Fair Rosamond» había sido un hermoso barco, el más gentil y velero del «Royal Squadron», admirado por su airosa forma y su andar veloz. Pero entonces, en los anales de los *Shamrocks,* hacía mucho tiempo que estaba

olvidado, y se hallaba relegado á luchar contra los temporales en las costas de Falkland, llevando cargamento de harina, maderas, lana y sebo.

Hasta su capitán, el pequeño y modesto Willis, tenía una historia interesante: hablaba con entusiasmo de otros tiempos en que había servido en la misión inglesa sudamericana y viajado con su goleta «Allen Gardiner», entre la Tierra del Fuego y la Residencia de la misión en la isla de Keppel, al oeste del grupo de las Falkland. Transportaba jóvenes indias de Yagan desde su hermosa tierra surcada de ríos, á aquella isla árida, sin bosques ni flores, castigada continuamente por las tempestades.

Cuando al cabo de dos años su instrucción se consideraba terminada, las conducía otra vez Willis á la Tierra del Fuego. Pero cuando el Gobierno argentino, á mitad del año 80, empezó la colonización de la Tierra del Fuego, se cerró la Residencia inglesa de Ushuaia y cesó la exportación de indias á la isla de Keppel. El capitán Willis tuvo entonces que buscarse otra ocupación. ¡Pobre viejecito! Este viaje con el «Fair Rosamond» fué el último que hizo; después fué relegado al olvido como una cosa gastada é inútil.

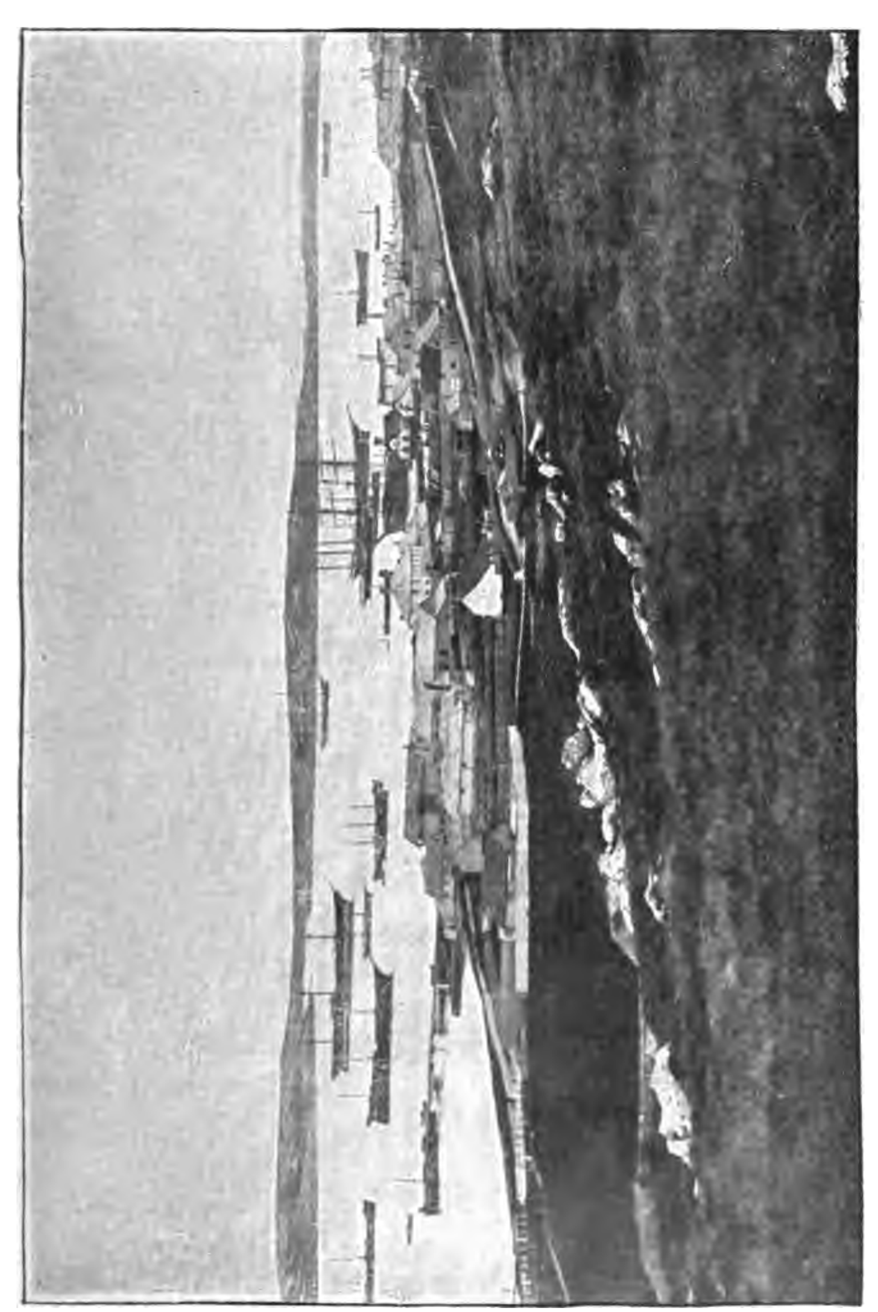
*

Estuvimos un día en Leal Cove, en la costa sur de la isla Este de Falkland, esperando viento favorable. Desde alta mar llegaba fuerte marejada hacia la barca que protegía nuestro sitio de abrigo. Levantábanse las olas espumosas, encrespadas, y rompíanse en blancas cascadas sobre las rocas salientes; después, con fuerza decreciente, se adelantaban más allá arrastrándose sobre la arena, levantando y hundiendo á su paso masas de hojas

de color amarillo obscuro, que flotaban en la superficie del mar adheridas al fondo por esbeltos tallos, cuya longitud llegaba á veces hasta cincuenta metros. Estas algas gigantescas del Mar del Sur, que en muchas partes cubren completamente su superficie en una extensión de varias millas, hállanse comunmente en los sitios en que el fondo es de roca y hay poca agua. Con tal abundancia se encuentra esta extraña y colosal especie de la flora marítima en las islas de Falkland, que su nombre ha pasado á los habitantes insulares: *kelpers*. La barca se extendía desde tierra hasta una isla próxima cubierta de abundante vegetación, que ya de lejos atraía las miradas por su alegre color verde claro. Aquella verde extensión, igual por todas partes, avanzaba hasta los límites de la alta marea; recios troncos de sin igual grosor se erguían y entrelazaban, extendiendo sus hojas colosales de más de un metro de longitud.

Cruzan este intrincado laberinto algunos estrechos é irregulares senderos, por los que se puede penetrar dentro de la isla. Muchas veces parecen las hierbas más próximas á la orilla pisoteadas, ó mejor dicho, aplastadas por algún animal que á menudo se arrastrara sobre ellas, y ha de hacerlo, en efecto, con mucha prudencia para evitar el encuentro de algún león marino que con furibundo celo vela por sus pequeñas hembras. Mueve su melena y ruge ferozmente, atacando en la medida de sus fuerzas y sus torpes movimientos al intruso que se acerca.

Cuando los primeros colonizadores llegaron á Falkland, abundaban más las praderas en las islas principales, donde en muchas partes formaban un espeso y magnífico tapiz que adornaba las orillas. Pero los rebaños de ovejas



Port-Stanley.

las arrasaron, y en varios lugares han sido reemplazadas por agrestes campos de arena fina. Sólo en las islas menores donde no se había conducido el ganado, crece la hierba continuamente.

Soplaba viento contrario y flojo; habíamos de permanecer allí todavía, y como las narraciones del capitán habían terminado, mi único pasatiempo se reducía á escuchar sobre cubierta á un marinero finlandés, ocupado todo el día en tocar los valses de «Krasar» en el acordeón; así, pues, pedí un bote y me fuí á tierra. Cerca de la orilla, en la parte exterior de la vasta pradera, nadaban algunas pesadas ocas manchadas de gris *(tachyeres cinereus)* que huyeron cuando el bote se les acercó. Sus cortas alas no les sirven para el vuelo, pero zangolotean sobre la superficie del agua. La espuma se esparce á su alrededor, cuando baten el agua con ruidosos golpes de alas y dejan una verdadera estela tras ellas. Esta singular manera de moverse les ha hecho dar el nombre de «pato vapor», ó sencillamente *steamers*. Sobre una de las rocas de la orilla que quedaba en seco durante la marea baja había una pintoresca pareja de pájaros, enteramente blanco el macho, y matizada de hermosos y variados colores la hembra. Eran gansos de *kelp (chloephaga hybrida)*, el principal pájaro característico de Falkland, que en la baja marea pasea flemáticamente, buscando su alimento entre las pequeñas algas que crecen sobre las rocas; no se asustaron cuando me acerqué para tomar una instantánea.

Esta mansedumbre es, por lo demás, característica de casi todas las especies de pájaros de Falkland. En la orilla abundaban las gaviotas *(cucophaens scoresby)* de pico y patas encarnadas. Estaban tan tranquilas como

las palomas domésticas en un jardín; levantaban el vuelo y huían ligeramente cuando se les iba á coger, pero volvían después de dar unos vuelos.

En una pequeña laguna nadaban algunas ocas de clase pequeña, y sobre la verde orilla picoteaba entre la fina y jugosa hierba un grupo más numeroso de patos de tierra. En medio de ellos caminaban los marineros armados con escopetas; los patos se levantaban á los primeros tiros, pero las ocas eran más tardías, primero se apartaban algo y después volvían de nuevo mirando á los compañeros caídos. Pero de repente una de ellas, asustada por algunos perdigones que debieron alcanzarle, echa á volar y le sigue todo el grupo, que en nutrida bandada se dirige al mar, vuelve otra vez á tierra, y por fin, se instala en un declive cercano al lugar que ocupaban.

En la bahía hay un par de cisnes. Estas arrogantes aves son más recelosas y tímidas. Uno de los marineros intenta, arrastrándose por la orilla, llegar á distancia de tiro, mientras otros se les acercaban con el bote, pero siempre guardaban una distancia prudente entre ellos y sus perseguidores. Por último, ganan la opuesta orilla y desaparecen hacia el interior.

Durante la caza de patos me quedé solo en el lugar del desembarque. En el declive de la orilla hay un extenso *green patch*, una alfombra de hierba fina y corta que contrasta vivamente con la estepa de color gris amarillento, que avanza millas enteras hacia el interior de la isla, formando monótonas ondulaciones. Los naturales de esas islas han dado á sus praderas el nombre de *goose green* (verde de ganso), porque son los lugares favoritos de esta clase de palmípedos, y es probable que con sus excrementos aumenten la vegetación del suelo.

Los coleccionistas de insectos tienen allí mucho campo de estudio.

En estas islas, desprovistas de bosques y casi siempre azotadas por fuertes vientos, el mundo de insectos es poco visible. El coleccionista recoge escasa cantidad en su red, y un examen superficial daría seguramente la impresión de que todas las variedades consisten en algún escarabajo, cierta clase de moscas y no muchas mariposas que aparecen cuando la vegetación está en su apogeo. Pero el secreto está en que allí la mayor parte de los animalitos viven ocultos. No se necesita más que tenderse sobre la hierba y dar vuelta á una de las lisas piedras que se encuentran esparcidas sobre el terreno, para ver un enjambre de animalillos que corren, saltan y se arrastran. Hállanse cienpiés que con sus movimientos rápidos procuran encontrar un nuevo lugar para esconderse; escarabajos de distintas variedades y grandes arañas hermosamente pintadas.

Encuéntranse inmenso número de los más pequeños ascárides como la cabeza de un alfiler, con anillos grises ó blancos, rápidos, corredores, difíciles de coger; otros, negros y obscuros, pequeños y relucientes como bolas, que se mueven muy despacio. Finalmente, no deben olvidarse los podúridos, que son los más diminutos de todos los insectos, largos y estrechos, con tres pares de patas muy ágiles y un apéndice saltador mediante el cual dan tremendos brincos. Todos esos seres parecen enemigos de la luz. Según la clase á que pertenecen y sus medios de locomoción, se apresuran á buscar un nuevo escondite entre las piedrecillas y el lodo del suelo en cuanto se les sorprende en su refugio.

Mientras estaba echado en el suelo, casi inmóvil, con-

templando los insectos y guardando algunos en mis frascos provistos de serrín y alcohol, veía pasar de vez en cuando una obscura sombra proyectada sobre la hierba que iluminaba el sol. Producíala un ave de rapiña, negra, del tamaño de un cuervo, que por su modo de vivir hace recordar al pernóptero *(ibycter australis)*. Le llamaba seguramente la atención y se movía cada vez más cerca; al volverme, lo vi tan cerca de mi cabeza,



Riberas de Falkland.
En primer término se ven dos gansos de la especie *chloephaga hybrida*.

que arrojé un grito involuntario. Su mirada era fija y traidora y me produjo un desagradable efecto. Se dice que sorprenden á su presa durante el sueño y que atacan los pájaros heridos.

En las costas de Falkland se encuentra también la especie pernóptero *(oenops falklandica)* pez que carece de aletas ventrales.

Después de recoger en la costa los insectos que pude, hice un viaje hacia el interior.

Valles cubiertos de hierba turbífera, laderas sembradas de epítimo ó empetro rojo *(empetrum rubrum)*, y una vasta extensión ligeramente ondulada en parte y montañosa á veces forman el triste y desierto paisaje. De cuando en cuando se encuentran rebaños de ovejas en las márgenes de los riachuelos cuyas aguas se filtran sobre un suelo musgoso, y en los valles pantanosos vénse parejas sueltas de gansos terrestres *(chloephaga magallanica)* los mayores de su especie.

Desde una loma, que sobresale entre las demás, pude dominar perfectamente la mitad de la parte meridional de la isla de Falkland del Este. Muy lejos, al norte, se levantaban las cordilleras ondulantes de Wickbam Heights que en algunos puntos se elevan á las cimas ligeramente cubiertas de nieve recién caída, hacia el sur y oeste extendíase el mar, que al internarse en la costa formaba pequeñas bahías. Más lejos, del lado del mar, se divisaban gran número de pequeñas islas, alrededor de las cuales se agitaban las olas espumosas.

En la cercana playa y mirando á la desierta bahía levantábase una pequeña choza, hacia donde encaminé mis pasos. No puede uno figurarse habitación humana más solitaria. Adosada á ella se ve una alacena de alambre de acero para guardar carne de oveja, y un pequeño huerto sembrado de coles rodea el recinto, cercado con una tapia de piedra seca; una barandilla para atar los caballos y un montón de turba completan el cuadro. En lontananza la quietud y el silencio.

En invierno es aún más triste y desierto el panorama. La nieve convierte á menudo en intransitables los campos y cuando arrecia la ventisca, se encuentra el jinete en la estepa sin camino ni señal que le sirva de guía.

El pastor de la choza se adelantó á mi encuentro y me invitó á entrar en su vivienda, demostrando su contento cuando le di un poco de tabaco, pues carecía de él hacía mucho tiempo; su mujer sacó para obsequiarme leche sin desnatar y una torta de trigo recién hecha.

Mientras estaba sentado conversando con aquella buena gente, vimos llegar al portillo de la cerca un apuesto joven, jinete en briosa cabalgadura. Era aquél el hijo del matrimonio, un muchacho perspicaz y hablador. Nació en la isla y estaba hecho un verdadero «kelper». Sólo conocía la casa solariega de sus progenitores en los países altos de Escocia por referencias de sus padres, no había pasado en sus excursiones de Port-Stanley, pero le era familiar la goleta costera de la Compañía Falkland que visitaba algunos puntos cercanos, como North-Arm y Port-Darwín, y hasta había subido á bordo de un buque de guerra que echó anclas en la parte interior de la isla de Lively. Estaba acostumbrado á la vida campestre y como le gustaba correr libremente con su caballo y era dueño de tres hermosos perros, no tenía nada que envidiar y era el sér más feliz de la tierra.

No quedándonos nada que hacer en aquella isla, aprovechamos el siguiente día un viento favorable y llegamos con buen tiempo á la costa sur de la isla occidental de Falkland. La tierra es allí más montañosa y se levanta sobre el mar en altos y á menudo inaccesibles acantilados verticales.

Port-Albemarle, nuestra primera estación en Falkland Occidental, se halla al abrigo de una estrecha isla contigua, la de Arch, formada por enormes bloques escarpados abiertos por enmedio, de modo que forman un colosal arco.

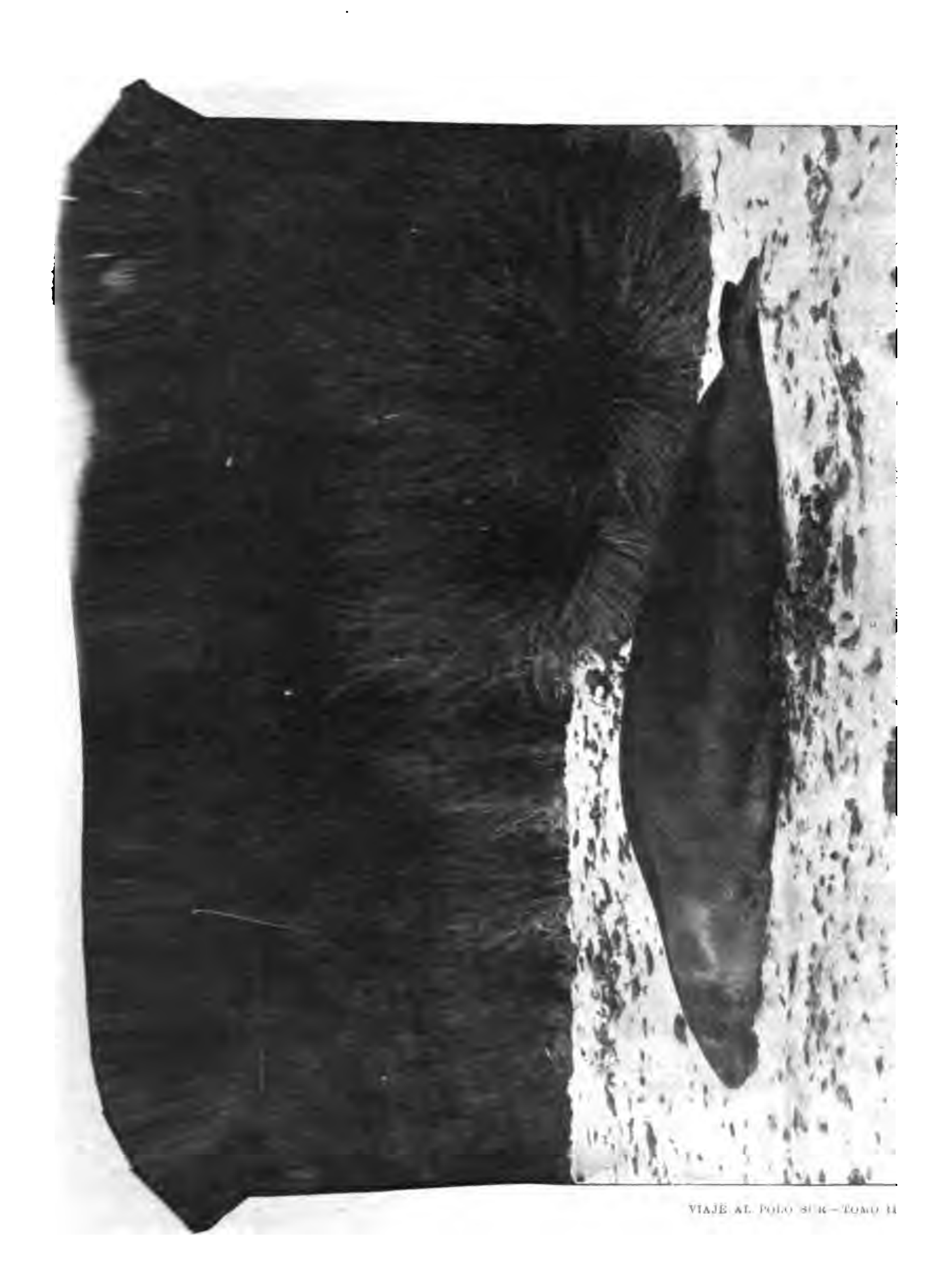
El 16 de marzo por la mañana salimos del puerto de Albemarle con fresca brisa del sudoeste. El buque fué escoltado durante largo trecho por un grupo de delfines. Les agradaba nadar entre el agua espumeante de la proa á pesar de que la goleta avanzaba con viento largo y velas desplegadas navegando velozmente. De cuando en



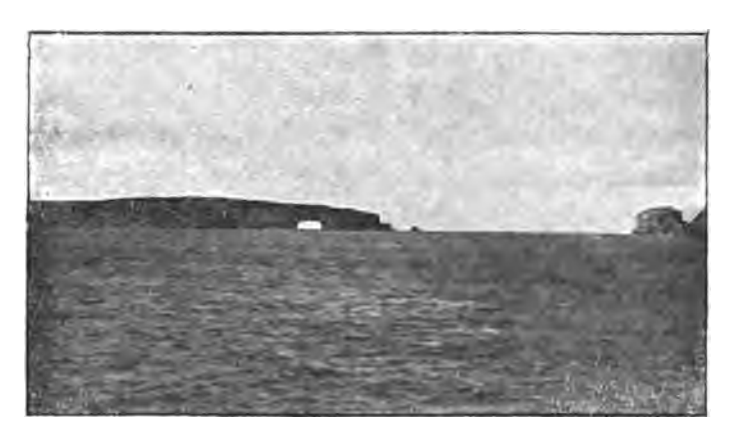
Grupo de gaviotas (*leucophaeus scoresby*).

cuando se separaba del grupo uno de los delfines alejándose del buque, y desapareciendo para volver luego del lado de popa, corriendo á reunirse con sus compañeros. Tenían el dorso obscuro en forma de torpedo, de vez en cuando mostraban la blancura de su parte inferior, y diestros y caprichosos, ora deslizándose ligeramente, ora dando saltos rápidos y transversales, nos entretuvieron durante largo rato con sus juegos.

La fuerza del viento aumentó pronto, y como las olas barrían la cubierta del pequeño velero, me bajé al cama-



rote. Cuando una hora después subí sobre cubierta, pasábamos cerca del cabo más meridional de Falkland Occidental, el cabo Meredith. Pude contemplar entonces un panorama digno bajo todos conceptos de la mayor atención: aquel elevado promontorio representaba todo un capítulo de la historia geológica de la isla. La goleta se alejaba velozmente de la costa; me apresuré á fijar por



Isla de Arch.

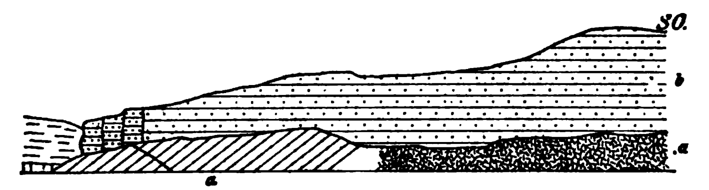
medio de la fotografía y de la pluma la imagen de lo que acababa de ver.

Con ayuda de las observaciones que hice en septiembre, cierta mañana, durante una excursión por tierra á esta singular localidad, puedo representar el diseño de la costa que ciñe el mar, (véase el grabado de la página 27).

La parte superior del acantilado de la orilla *(b)* se compone de estratos de piedra arenisca casi horizontales, perteneciendo á la importante formación de piedras areniscas devonianas que por todas partes en las islas de Falkland forman la base de las montañas. Sólo en aquel

punto se encuentra la primitiva formación accesible sobre la superficie del mar y se ve que se compone de granito y de gneis *(a)*, así como de una serie de gangas inclinadas que probablemente se componen de obscuros esquistos cristalizados.

Toda esta formación inferior hace recordar de una manera palpable las formaciones más antiguas de la superficie terrestre primitiva tal como la conocemos, por ejemplo, en ciertas partes de Suecia. La inclinación de



Perfil esquemático señalando la ganga continuada en el cabo de Meredith.

los estratos no es ciertamente originaria, sino producida por movimientos posteriores que, sin embargo, son anteriores á la época de formación de las capas horizontales areniscas.

Entre la época de formación de las capas primitivas y las areniscas devonianas podemos hacer en el perfil interesantes observaciones. La capa de unión entre las dos formaciones se compone de una masa ondulada que separa las correspondientes á la montaña primitiva y que ha sido formada por la disgregación de las partes superiores de aquella, transportada á su vez por fuerzas desconocidas, tal vez por corrientes de agua ó por las olas constituyendo la remota orilla de un mar primitivo. Así se formó en la superficie la capa anterior á las piedras areniscas.

Este perfil que hace ver con claridad la historia geo-

lógica más remota de la isla de Falkland, es de especial importancia, porque el conocimiento concienzudo de la formación de esta capa arenisca es necesario para discutir las relaciones geológicas de estas islas con la tierra firme sudamericana.



Vista de Port-Stephens.

CAPITULO II

Varadero de Rosamond

El viaje del «Fair Rosamond» duró algún tiempo. El «Antártico» debía arribar de un día á otro á Port-Stanley. Era necesario llegar á tiempo á la bahía de Fox, á fin de embarcar con la goleta correo «Estrella» que hacia el día 25 debía salir de allí para Port-Stanley. Hubiera podido en un par de días de jornada á caballo llegar allí desde Port-Stephens, donde nos encontrábamos, pero me convenía continuar á bordo del «Rosamond» unos días más para estudiar detenidamente la geología antártica de Falkland Occidental.

Desde Río Chasters, donde debía tocar la goleta, la distancia á través de la isla hasta la bahía de Fox era bastante corta. Pero un suceso inesperado hizo estériles todas mis disposiciones sobre este asunto.

Estuvimos anclados en Port-Stephens el día 18 cerca de un *settlement* (colonia), situado en el ángulo noroeste de la bahía y de una extensión de más de una milla.

La noche estaba completamente tranquila; el cielo ligeramente nublado, y á la débil luz de la luna estuvimos

el viejo Willis y yo conversando un rato sobre cubierta antes de irnos á dormir. A las dos de la mañana me desperté al oir que el capitán salía sobre cubierta; la goleta se balanceaba de un modo muy brusco é inusitado, teniendo en cuenta que nos encontrábamos en una bahía completamente abrigada contra los golpes de mar; á través de las planchas del buque escuchaba cerca de mi cabeza el ruido de las olas y el silbido del viento; oí el golpeteo de un pesado cable contra algún objeto; sobre la cubierta sentí pasos rápidos y voces de mando. Después de un rato, bajó otra vez el capitán.

«¿How is it, captain?» (¿cómo va eso, capitán?). «Bien, doctor; está soplando una verdadera borrasca de sudeste, pero ya he echado la segunda ancla y espero que todo irá bien».

Esto me parecía tranquilizador. Me volví contra la pared y me dormí en seguida; pero á las cinco y media fuí otra vez despertado por un golpe seco que hizo temblar todo el buque.

A cada ola que venía repetíase el mismo ruido corto y brusco que hacía retemblar el camarote. No cabía duda sobre lo que acababa de ocurrir: á pesar de las anclas, la goleta había sido arrastrada á tierra y golpeaba entre las piedras de la orilla.

El capitán había subido calladamente otra vez sobre cubierta y yo también me determiné á vestirme y salir para enterarme de lo que pasaba.

Reinaba aún bastante obscuridad cuando llegué sobre cubierta. Creía haber presenciado fuertes tempestades tanto en el Mar Glacial del Norte como en la costa occidental de Suecia, pero en comparación con la que descargaba en aquel momento no eran nada las anteriores.

Las olas furiosas se levantaban sobre el agitado mar, saltando impetuosamente sobre la borda hasta dentro del barco. El mar había subido bastante y el oleaje bañaba la parte superior de los muelles de la colonia; trozos de madera y pedazos de algas eran lanzados tierra adentro.

El «Fair Rosamond» estaba en mala postura con su popa metida entre los grandes bloques de la orilla. Cada ola la levantaba á flote y al retirarse el buque chocaba contra las rocas. El timón recibió los peores golpes, crujía, daba chasquidos y su rueda volteaba velozmente á derecha é izquierda.

Aparecían pedazos de la quilla sobre el agua después de aquellos rudos golpes.

El bote del buque era arrastrado en todos sentidos al pie de la escala. Un marinero saltó dentro de él para salvar los remos y otros efectos, y poco después de volver á bordo, rompió un fuerte golpe de mar la cuerda que sujetaba el bote. Lo vimos desde el buque aparecer una ó dos veces sobre las olas, fué levantado por una abultada y espumosa mole de agua y arrojado luego sobre una roca de la orilla; poco después flotaban pedazos de tablas y cuadernas rotas sobre el agua.

La goleta crujía cada vez más bajo los fuertes golpes de mar. De cuando en cuando se inclinaba fuertemente, unas veces hacia la costa y otras á estribor hacia la bahía; siendo en este caso más desagradable nuestra situación, porque el agua entraba libremente sobre la cubierta.

Me pareció inminente que el buque, cuando el agua descendiese algo con la marea baja, sería volcado por un fuerte golpe de mar y veríamos nuestra situación comprometida. Comuniqué mi temor al capitán, que hizo

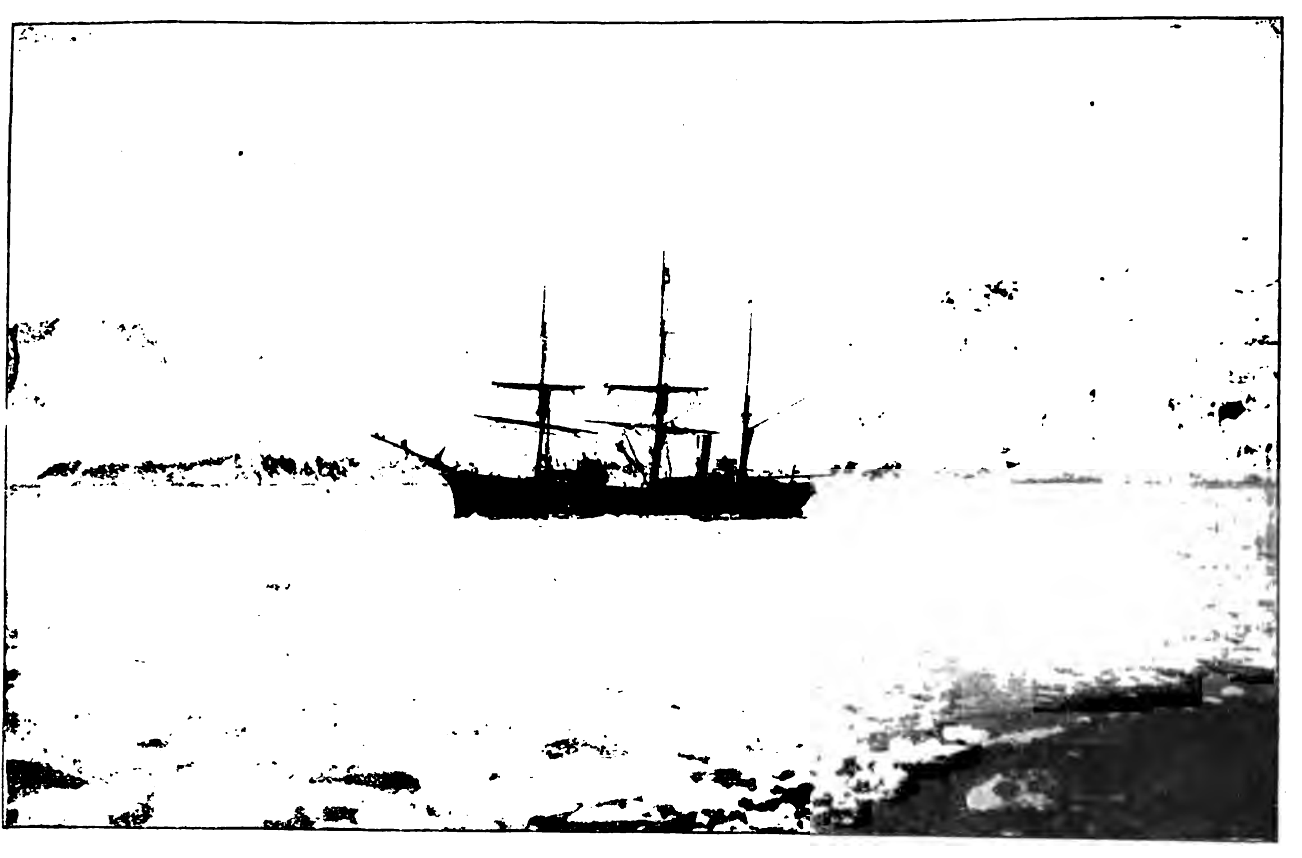
tender cuanto pudo por la tripulación la cadena del ancla de babor y agujerear los barriles de agua que se hallaban á estribor, para evitar que el buque se inclinase de aquel lado. Al llegar el día, el jefe de la colonia, mister Hennak, bajó á la orilla y se dispuso á prestarnos auxilio. Pudimos lanzar á tierra un cable, y atándolo al palo mayor, después que lo hubo sujetado mister Hennak á una roca de la orilla, se pudo evitar el peligro de un vuelco hacia el lado opuesto y conseguimos un medio de comunicación con la tierra.

Como el viento no daba señales de disminuir y la estancia á bordo se hacía cada vez más penosa, me decidí á trasladarme á tierra por el cable.

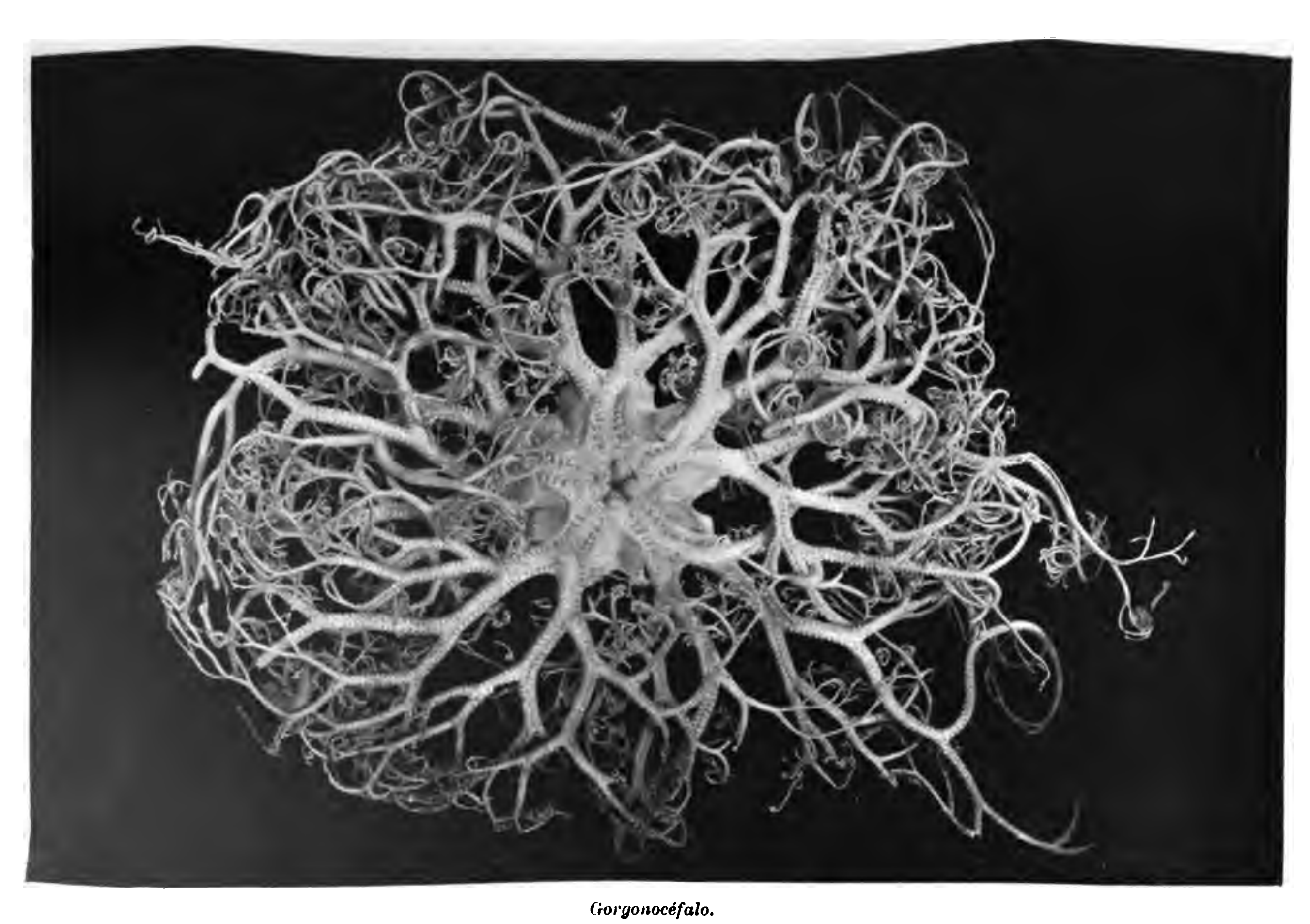
Me llevé los diarios, los frascos con los insectos y un par de cajas con clichés fotográficos. Después de haberme abrochado bien el gabán que contenía estos tesoros, me agarré al cable para ir á tierra. Pero éste, fabricado con fibras elásticas, se aflojó bajo mi peso, de modo que tan pronto estaba dentro como fuera del agua. Un golpe de mar se me llevó la gorra y llegué, por fin, á tierra en una situación bastante deplorable. Afortunadamente, el chubasquero había protegido admirablemente los clichés y los diarios contra el agua.

En la colonia me recibieron del modo más cariñoso, me dieron inmediatamente ropa seca y me sirvieron un buen almuerzo.

El cambio era notable y radical. Hacía poco me encontraba en la semiobscuridad del amanecer, mojado y temblando de frío bajo la tempestad y las rociadas salinas, y ahora disfrutaba de un agradable descanso, de calor y de tranquilidad: hallábame en un gabinete familiar, meditando ante el brillante fuego de turba de la



El «Antártico» en la bahía de Cumberland.



Gorgonocéfalo.

Asteroide policerato. Bancos de Burdwood, á 140 metros de profundidad.—3/5 partes de su tamaño natural.



Eletante marino macho joven.—Bahía de Cumberland.

abierta chimenea. Todavía silbaba afuera la tempestad, pero los primeros rayos solares penetraban en la habitación, á través de un invernadero lleno de magníficas plantas de adorno, floridas y aromáticas. Me rodeaba el apacible confort de un sencillo y hospitalario hogar; la rubia hija menor de mi huésped, la pequeña Lucía, tocaba en el piano una dulce y agradable melodía.

Al día siguiente había cesado el viento. La goleta se encontraba sobre la costa volcada hacia tierra. Su quilla estaba averiada, hacía mucha agua, y el timón estaba completamente roto. La tempestad había dejado rastro por todas partes. Las olas llegaron hasta el almacén, á pesar de que se encontraba á bastante distancia de la orilla, y á través de las grietas de la tablazón y por debajo de la puerta había penetrado gran cantidad de algas.

Una vez que hube descansado, concebí el proyecto de llegar por tierra hasta la bahía de Fox. Mi huésped y protector, mister Hennak, arregló este asunto. A media mañana del día 20 emprendí la marcha acompañado de su cuñado, mister Dickson, como cicerone. Yo era un jinete poco práctico, pero la señorita Lucía fué bastante amable para prestarme uno de sus caballos, que era muy dócil y seguro. Los campesinos de Falkland tienen un modo especial de dirigir los caballos por medio de una pequeña presión de las riendas sobre el cuello; yo desconocía esto, é intentaba guiar mi cabalgadura á nuestra manera, tirando del freno. Me pareció, pues, en un principio que tenía que vérmelas con un caballo receloso y duro de boca. Sin embargo, comprendí, en cuanto me lo indicaron, que era fácil de guiar, muy manso, bien domado y admirablemente conocedor del terreno que pisaba.

El día era hermosísimo; sólo se veían en el horizonte algunas nubes dispersas. El camino cruzaba frondosos valles al pie de abruptas montañas de piedra arenisca, siguiendo un pequeño acueducto y atravesando sitios pantanosos por vados que únicamente un hábil guía puede encontrar. Salimos muy cerca de la costa occidental; desde las alturas habíamos podido verla hasta muy lejos, perfilada por largas y estrechas bahías y salientes cabos, y cuando arribamos á ella, marchaban nuestros caballos en algunos puntos sobre el alveo en seco de las bahías durante la marea baja.

Llegó la noche y el viento se apaciguó completamente; desde un cielo lejanamente cubierto de nubecillas caía sobre el paisaje el pálido reflejo de la luna, produciendo un efecto de luz admirable y fantástico. El cabrilleo de la luna sobre el mar era soberbio. Sólo se escuchaba el rumor de las olas en la tranquila noche, atractivo y singularmente armonioso en aquel desierto. En la incierta claridad de la noche desaparecían ante mis ojos, poco acostumbrados, todos los pequeños accidentes del terreno: no veía los escarpados declives hasta que el caballo empezaba á bajar por la pendiente; no distinguía las piedras de los vados, sobre las que debíamos pasar los pantanos, ni las márgenes cubiertas de musgo de los riachuelos.

Me era imposible adivinar mi camino sin sendero, pero el caballo lo conocía y caminaba con pie firme.

Por fin, ya tarde, vimos desde la altura de una loma la obscura silueta de una casita situada cerca del mar, en el fondo de una pequeña bahía. Era la vivienda del pastor de Double Creek, donde debíamos pasar la noche.

Lo mismo que la mayoría de las alquerías, en los ca-

minos muy frecuentados de las grandes colonias, estaba destinada á albergar cazadores, zagales y caminantes. Por eso nuestra llegada llamó poco la atención. Algunos campesinos que habían llegado antes nos hicieron un poco de lugar, de modo que pudimos sentarnos á la mesa; la huéspeda, que se cuidaba de sus quehaceres en la cocina al lado del hornillo, nos presentó el plato característico del país: carne de carnero con pan y mantequilla en conserva de Dinamarca.

La conversación versó sobre el ganado lanar que habían de reunir el día siguiente para su esquileo y lavado; sobre la avería del «Fair Rosamond» y particularmente sobre el extranjero «llegado de muy lejos», que se hallaba de paso para el Polo Sur.

Repartidas en dos habitaciones del sobrado, bajas de techo, había camas para todos.

El día siguiente, después de tomar un refrigerio, continuamos nuestro camino. Hacía también un hermoso tiempo; el sol brillaba sobre aquel país de estepas y el poco viento que hacía soplaba de espaldas, de modo que fué alegre y fácil la jornada.

El único mapa existente de la parte de Falkland Occidental, que consultamos aquel día, carta marítima del Almirantazgo inglés, es bastante inexacto. Desde Port-Edgar, en la costa sudeste, se extiende hacia el interior una bahía angosta que se ensancha notablemente en su extremidad, tomando el nombre de «Lago Hammond». La carta marina indica, con una marcada lineación, que esta bahía se extiende cerca de la costa occidental, pero en realidad corta casi transversalmente la isla, de modo que sólo una estrecha lengua de tierra separa la orilla interior del lago Hammond de Port-

Richard, en la costa citada. Además, el mapa ni siquiera indica la existencia de uno, ó mejor dicho, dos lagos de varios kilómetros cuadrados de extensión, que son probablemente los mayores de cuantos se encuentran en aquel grupo de islas, y que están situados al nordeste de la bahía de Fox y al sudoeste de la montaña llamada en el mapa de «Sulivan».

Al citar estos errores del mapa, debo hacer constar



El «Fair Rosamond» después de la tempestad.

que no se puede pedir una exacta cartografía del interior del país á una carta de mar.

Por la tarde llegamos á la bahía de Fox, y siguiendo las indicaciones que recibí en Port-Stephens, me fuí en seguida á ver al jefe de policía de Falkland Occidental, mister Hurst. Le dije en pocas palabras que formaba parte de la expedición sudpolar sueca, y viajaba actualmente á lo largo de la costa de Falkland en espera del regreso del «Antártico»; que había naufragado en el

«Fair Rosamond», en Port-Stephen, y que había venido á la bahía de Fox para esperar la goleta correo «Estrella».

—¿Puede usted aposentarme en su casa hasta la llegada del barco?—pregunté al concluír mi relato.

Mister Hurst quedóse algo pensativo.

—¿No le gustaría tomar una taza de té?—me preguntó para ganar tiempo.

—Gracias—le interrumpí;—necesito que me conteste usted ahora mismo; mi guía está esperando afuera hasta saber si tengo alojamiento, para volverse inmediatamente y llegar á Double-Creek por la noche.

Me ofreció otra vez té, pero le reiteré mi súplica y fué á consultar el caso con su señora. Dos minutos después estaba todo arreglado, y durante las ciento cuarenta y cuatro horas (seis días) que estuve en la bahía de Fox, fuí agasajado de la manera más cortés por la amable familia de mister Hurst. Su hijo, Roberto, me acompañó continuamente en mis excursiones. Era un espavilado é inteligente muchacho, cuyo entusiasmo patriótico no tenía límites. Se había aprendido de pe á pa la historia de Inglaterra, sobre todo las modernas expediciones militares á las Indias y al Sudán; poseía además un voluminoso álbum con la lista de todos los buques de la marina inglesa, cuyos nombres se había aprendido de memoria. Durante las veladas disputábamos sobre la guerra sudafricana; él era un imperialista de pura sangre; yo, en cambio, era partidario de los boers; pero, á pesar de esto, nos hicimos íntimos amigos.

En una de nuestras excursiones realicé un descubrimiento que me interesó sobremanera: la fina piedra arenisca que dividida en láminas delgadas se encontraba

por todas partes en las pendientes de la orilla, abundaba en fósiles pertenecientes á la misma forma marina devoniana, que fué descubierta por Darwín, hacia el año 30 en Falkland Oriental. Además de las clases que existen en la colección de Darwín, encontramos también muchas nuevas, entre ellas y en primer lugar, una de *trilobita* de la especie de los artácidos, ahora extinguida, y relacionada con la familia de los cangrejos. Para dar á mi compañero de excursión una idea de la naturaleza del hallazgo, le expliqué que era una langosta. Ignoraba mi amigo que tan sabroso crustáceo viviese en el mar, aunque él por experiencia propia, lo conocía por encontrarlo en latas de conserva; cuando supo que también existía en las piedras areniscas, su admiración no tuvo límite.

El 27 de marzo llegó la goleta «Estrella». A su salida de Port-Stanley, dos días antes, no había llegado aún el «Antártico», pero se le esperaba de un día á otro. Al despedirnos en Sandefjörd me dijo en broma el capitán Larsen que para el regreso del «Antártico» á Port-Stanley procurase tener á su disposición una buena provisión de ocas recién cazadas. Para cumplir su encargo me dirigí con el amigo Roberto durante la mañana del 28 á unas praderas, donde habíamos visto, en una excursión anterior, muchas de estas palmípedas, tanto de la especie mayor llamada «oca de las alturas» como de la más pequeña y corriente.

Resultó la caza más fácil de lo que pude figurarme: me fuí hacia un grupo de ocas que se alejaron muy poco, puse los cartuchos en fila delante de mí y empecé á tirar. Cuando caía una, las otras se acercaban más mirando con curiosidad la compañera muerta. Después que matamos quince pensé que no podríamos llevar más carga

y regresamos á casa, donde me encontré con la noticia de que había llegado la goleta «Estrella». Despedíme afectuosamente de la familia Hurst y por la tarde nos hicimos á la mar.

Después de un viaje muy rápido y agradable, doblamos al día siguiente por la mañana el cabo Pembrocke y el faro de entrada de Port-Stanley. Con viva ansiedad subí sobre cubierta cuando la goleta «Estrella» cruzaba la estrecha boca del puerto.

¿Estaría allí el «Antártico», portador de nuevas de la expedición, ó tendría que quedarme aún en Port-Stanley esperándolo, sin poder alejarme ni realizar más excursiones?

La goleta avanzaba hacia las rocas de la orilla. Sí, en efecto, allí estaba, era fácil de reconocer por su alto aparejo y su blanco barril de vigía. El viento nos era enteramente contrario, pero la goleta era una excelente embarcación, y pronto se encontró á la altura del «Antártico» parándose delante de su proa.

Vi sobre cubierta un grupo de viejos amigos que me saludaban con los pañuelos. Vi la ancha y robusta figura de Larsen, el alto y delgado Skottsberg, Karl Andreas y los antiguos compañeros de la expedición del «Antártico» al Mar Glacial del Norte en 1898, Oklin y Haslum.

Apenas hubo echado el ancla nuestra goleta atracó el bote del «Antártico» á un costado: en él iba el primer piloto Andreasen, que venía á buscarnos. Los saludos en noruego resonaron en mis oídos con el agradable acento nativo: durante dos meses casi no había oído otro idioma que el inglés.

Pronto estuve á bordo del «Antártico». Larsen me abrazó en seguida cordialmente y me rodearon mis anti-



Ventisquero de Hamberg y los últimos canchales.

guos camaradas, detrás de los cuales se encontraban dos hombres para mí desconocidos.

El más pequeño era el artista americano Stokes, de regreso ahora á su país; el otro, alto y fuerte, rubio y de poblada barba, me habló en sueco. Era el teniente Duse, el cartógrafo de la expedición que subió á bordo del «Antártico» en Falmouth y que por esta razón no conocía. Llovían sobre mí noticias de la expedición; me decían que Nordenskjöld y sus cinco compañeros de invernada habían sido desembarcados en Snow-Hill, es decir, cerca de la isla de Seymour, donde Larsen, en 1893, encontró los primeros fósiles antárticos. Esta noticia prometía mucho en lo relativo á los trabajos geológicos. De todas partes sacaban fósiles encontrados en el emplazamiento de la estación de Snow-Hill. Eran grandes, abundaban los ejemplares de amonitas, pertenecientes sin duda á la formación cretácea y constituían por consiguiente el más precioso hallazgo para el estudio de aquellas regiones. Me enseñaron muestras de todas clases, Skottsberg había recogido muchas variedades de algas del Mar Glacial del Sur y Karl Andreas me explicó que había hallado cerca de la isla de Seymour una de las más raras especies zoológicas marítimas, el singular *cefalodiscus* descubierto en 1871 por la expedición del Challenger; pero que desde entonces no había vuelto á encontrarse. Duse me narró un viaje muy notable para la costografía á lo largo de la costa nordeste de la Tierra de Luis Felipe y Larsen me describió cómo el «Antártico» estuvo á punto de naufragar cuando, de regreso, tuvo que capear un violento temporal en la isla de Shetland del Sur.

Con suma admiración y tal vez con cierta envidia, escuchaba á aquellos hombres que ya habían librado su

primera campaña en los mares helados del Sur, consiguiendo reunir datos tan importantes como los expuestos y narrando los peligros que corrieran con la mayor sencillez. Me comunicaron también que el «Antártico» había tomado su provisión de carbón en Ushuaia (*) y que, como el invierno se iba acercando, estaríamos pronto listos para salir de nuevo hacia la Georgia del Sur (**). Me sentí feliz y orgulloso pudiendo ir ya en su compañía, trabajar con ellos y compartir su suerte.

Pronto estuve de nuevo instalado en uno de los camarotes del viejo «Antártico» que tan familiar y querido me era desde la memorable excursión al Mar Glacial del Norte de 1898.

Siguieron algunos días de bastante trabajo. Carpinteros navales de la Compañía de Falkland repararon las averías sufridas por el «Antártico» durante la memorable tempestad. Varias colecciones fueron empaquetadas y llevadas á tierra, donde debían quedar hasta nuestro regreso, y donde escribimos una minuciosa correspondencia. A ratos perdidos nos reuníamos en amistosa tertulia.

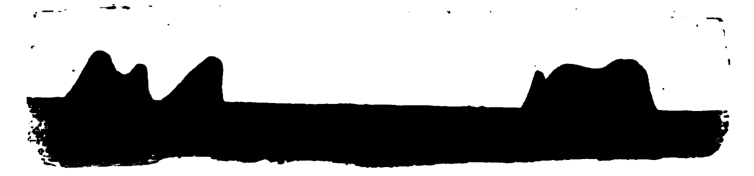
Las hospitalarias moradas de la pequeña ciudad estaban siempre abiertas para nosotros y los oficiales de los buques de guerra ingleses,—el crucero «Cambrian» y el cañonero «Basilisk»,—nos agasajaron cumplidamente y nos prometieron escribir un apropósito escénico sobre viajes antárticos para la pantomima que estaban ensayando con las señoritas de Stanley, si accedíamos á quedarnos hasta el día del debut.

Pero el 11 de abril por la mañana todo estaba listo

(*) Bahía en el extremo meridional de la isla Grande de la Tierra del Fuego.
(**) Isla del Atlántico situada al E. de la Tierra del Fuego, cerca del Mar Glacial del Sur.

para salir. A las diez levó anclas el «Antártico» y pasó por delante de los buques de guerra con la bandera abatida, mientras el himno nacional sueco resonaba sobre la cubierta del «Cambrían».

Desde el buque inglés «Cypromene» fuímos saludados con hurras y desde la ciudad los alegres muchachos de Stanley nos enviaron su último adiós cuando salimos para nuestro viaje invernal, en aquella mañana de sin igual hermosura.



Shag-rocks vistos á tres ó cuatro millas de distancia en dirección ONO ½ O.

CAPITULO III

Del fondo del Mar del Sur (*)

Para la moderna exploración geográfica no es sólo el mar una superficie azul sin fin, de aspecto monótono, traidora por naturaleza, como resulta vulgarmente ante los ojos de la generalidad.

El 72 % de la superficie de la tierra que ocupa el mar, forma un reino de la Naturaleza cuyo estudio ofrece interés á casi todas las diferentes ramas de las ciencias especulativas que se ocupan de la naturaleza de la tierra situada bajo la superficie del mar. La oceanografía, como se ha llamado la Ciencia del mar, tiene su geología con sus llanuras (el fondo liso de los mares) y sus elevaciones (bancos submarinos é islas) tiene su hidrografía que estudia las condiciones del agua, la temperatura del mar y de las corrientes, así como su meteorología, que trata del estudio de estos fenómenos relacionados con él; el mar

(*) Todos los datos sobre la vida animal del Mar del Sur presentados en este capítulo, están tomados de las anotaciones que el zoólogo de la expedición K. A. Andersson tuvo la bondad de poner á mi disposición. Además, tengo que agradecer muchos informes al profesor E. Lönnberg, al doctor E. Jäderholm, al doctor H. Ostergaren y al doctor J. Arrvidsson.

Aprovecho esta ocasión para expresar mi agradecimiento al doctor O. Tenow que obtuvo las fotografías aquí representadas de muchos animales marinos.

tiene también su abundante vida vegetal y animal que comprende, no solamente las especies comestibles ó de alguna otra utilidad que todos conocemos, sino además, una innumerable cantidad de algas y animales de diferentes tamaños, aspecto y estructura, á menudo admirable por la extraordinaria finura de sus órganos y maravillosos por su extraña configuración y bellos colores; algunos de ellos viven sobre la superficie del agua, otros en las grandes y obscuras profundidades, mundo singular, sólo conocido en sus detalles por unos pocos exploradores que se han dedicado al estudio de la biología marina. Para las exploraciones polares tienen la fauna y la flora del mar especial atractivo. En los lugares septentrionales y meridionales de la Tierra, donde la vida vegetal y animal del país sólo puede presentar pocas y en su mayoría insignificantes muestras, atesora el mar gigantescas variedades de algas é infinidad de especies de animales de magníficos y brillantes colores, especies que demuestran el clima benigno de su lugar de estancia y la gran fuerza productora de la Naturaleza. Voy á hacer una pequeña narración de los trabajos oceanográficos de nuestra expedición, pero una narración sin género ninguno de pretensiones, hecha antes de que la mayor parte de nuestras importantes colecciones hayan sido repartidas entre los correspondientes especialistas. Por eso, en varios casos ni siquiera he podido indicar el nombre de la familia á que pertenecen ciertos ejemplares, lo que, sin embargo, sólo constituirá un defecto secundario en una narración, cuyo modesto objeto es dar una idea al lector de la impresión que todos sentíamos á bordo, cuando nos reuníamos sobre cubierta del «Antártico» para contemplar la multitud de extrañas clases de ani-

males marinos que subían en la red y que luego vaciábamos en barriles y recipientes.

El radio de acción del «Antártico» fué una parte del mar que—prescindiendo de una serie de sondeos hechos entre la Tierra del Fuego y las islas de Shetland del Sur y algunos otros verificados cerca de las costas de la Tierra de Graham—era completamente desconocido hasta en lo relativo á su profundidad. Tanto al norte del 40° de latitud sur como al oeste de las islas de Falkland, se extendía, al empezar nuestro viaje, una inmensa «área blanca» en que el relieve del fondo del océano era enteramente desconocido. Aquella región había sido cruzada por el «Antártico» durante sus viajes de ida y vuelta á la Georgia del Sur, con dos líneas de sondeos durante los que encontramos en un punto (48° 27' latitud sur y 42° 36' longitud oeste), la mayor profundidad del mar observada por nuestra expedición (metros 5.997).

Ofrece esta parte del océano el especial interés que le presta la hipótesis presentada primeramente por el explorador alemán, H. Reiter, y discutida después por muchos exploradores. Reiter llamó la atención sobre la singular semejanza entre el grupo de islas de las Indias occidentales con esta región del mar, al este de la Tierra del Fuego, y la de Graham.

Así como la cordillera que cruza el espinazo que atraviesa la parte oeste de la América del Norte, dobla en la parte más meridional de aquella región hacia el oeste, para después describir un ángulo agudo entre las Antillas y volver al norte del Continente Sudamericano, que atraviesa después en dirección sur hasta el cabo de Hornos, así en el Atlántico del Sur la cordillera describe un arco que pasa por la Tierra del Fuego, la

isla de los Estados, el banco de Brudwood-Shagrocks, la Georgia del Sur, islas de Sandwich Meridional, isla de Orkney Sur y Tierra de Graham. (Véase el mapa principal.)

Un hecho conocido desde larga fecha es: que la cordillera sudamericana, en su parte más meridional, da una vuelta hacia el este á través de la Tierra del Fuego y de la isla de los Estados, y que las islas de Sandwich Sur, á juzgar por lo que se ha observado, están formadas por una serie de islas volcánicas que parecen formar un grupo parecido á las pequeñas Antillas. Muchas circunstancias hablan en favor de la hipótesis de Reiter, pero tanto los sondeos de profundidad alrededor de los grupos de islas en cuestión, como un conocimiento más íntimo de su configuración geológica, son necesarios para la resolución final de la cuestión.

De gran importancia, bajo este sentido, fué nuestra expedición á una pronunciada cadena de montañas en la Georgia del Sur y el hallazgo en ellas de un fósil que identificaba la configuración geológica de esta cordillera, con la que recorre la Tierra del Fuego y con las montañas de la Tierra de Graham. Comprobación negativa, pero no por eso menos notable, obtuvo la hipótesis de Reiter con uno de los sondeos de profundidad que efectuamos durante nuestra estancia en la Georgia del Sur. Al oeste de esta isla se encuentra uno de los eslabones de la supuesta cadena de islas, los aislados shag-rocks. Desde las islas de Falkland habíamos hecho rumbo hacia esas rocas, y el 19 de abril, cuando, según los cálculos hechos, debíamos estar en su proximidad, nos indicó un sondeo de 168 metros de profundidad, que nos encontrábamos sobre un banco. Multitud de cormoranes ro-

dearon el buque, señal de que nos encontrábamos lejos de las rocas en cuestión.

La niebla era densa y limitaba nuestro campo visual. Mientras estábamos ocupados en su dragaje, observó el piloto Andersson un escollo á flor de agua cerca del buque, y poco después se vieron dos pequeñas rocas que apenas sobresalían del mar. Cuando concluímos el dra-



Medusa adherida sobre hojas de macrocystis.—Georgia Meridional. Bahía Grytviken.

gaje, el reloj señalaba las cinco de la tarde: á pesar de la poca claridad que había, como se dispersara algo la neblina, pudimos ver los shag-rocks obscuros y escarpados sobre la superficie del mar á unas tres millas de distancia de los otros, en dirección oeste noroeste.

Nuestro principal objeto fué ver si el banco de shag-rocks era coherente con el de la costa georgiana. El día siguiente, cuando nos encontramos á los 53° 41' latitud

sur y 40° 57' longitud oeste, se solucionó esta cuestión por medio de un sondeo, que nos indicó una profundidad de 3.380 metros. Este importante sondeo, con el que se aclaró que el banco de shag-rocks, por lo menos hacia el este, se halla completamente aislado, podría tal vez interpretarse como una prueba contra la hipótesis de Reiter, pero es muy probable que el característico arco lateral que exige esta hipótesis, se haya formado posteriormente á causa de hundimientos locales de la superficie terrestre.

El ejemplo citado puede dar una idea de la importancia de nuestros sondeos de profundidad, dispuestos según un plan fijo para la resolución de ciertas cuestiones formuladas de antemano.

Datos más precisos, sobre el mismo asunto, ofrece el relato que se hace en uno de los capítulos siguientes, cuando nuestra expedición atravesó la fría corriente de Bransfield, capítulo en que presentamos además algunas de las conclusiones que pueden sacarse de la observación de la temperatura á distintas profundidades del mar.

Después de haber sido cada estación de sondeo completamente examinada según nuestro programa, hacíamos determinaciones de profundidad, observaciones de temperatura y recolección de muestras de agua para saber su salazón á distintas profundidades, y cuando el tiempo lo permitía, procedíamos á la recolección de especies zoológicas. Se fijaban tres redes, una debajo de otra, al grueso cable de acero que se empleaba en los dragajes; la de la parte superior era muy grande, de tres mil doscientos metros cuadrados de embocadura y de malla de un centímetro de diámetro; la de debajo era mediana, de malla de un milímetro, y la inferior era una

traina de mallas microscópicas, formando un tejido extraordinariamente fino hacia los lados. Cargadas con los pesos necesarios, hundíamos estos aparatos hasta una profundidad de 2.000 y 2.700 metros. Sólo durante su extracción empezaba la verdadera pesca. En la red superior quedaban los animales de más volumen, en la del medio los medianos y en la inferior un número de organismós microscópicos que son los más interesantes, pero difíciles de examinar á simple vista; reservábamos éstos para su examen por los sabios especialistas, y nos contentábamos con clasificar los que contenía la gigantesca red de anchas mallas.

En el cubo de metal que formaba un recipiente en la extremidad de la red nadaban algunos raros ejemplares, y otros que habían quedado cogidos entre las mallas, tenían que ser extraídos con suma precaución y puestos en vasijas llenas de agua. Los que nos llamaban más la atención eran los peces de raras formas, con la superficie del cuerpo reluciente como la plata y suave como la seda. La mayoría eran muy pequeños; una vez, sin embargo, sacamos un animal monstruoso de un pie de largo, de grande boca y dientes excesivamente largos y puntiagudos.

Formaban vivo contraste con el aspecto raro y á veces repugnante de algunos peces, las medusas ó acalefos, con sus acentuados matices y caprichosas formas. Algunos de estos invertebrados eran enteramente campanulares, claros como el cristal, obscuros ó morados; otros, más desarrollados, semejaban grandes flores regularmente conformadas, de magnífica coloración morada ó violeta.

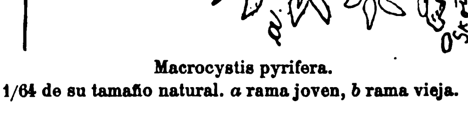
Algunos ejemplares de esta especie, así como otros

de colores vivos pero demasiado frágiles, eran fotografiados inmediatamente después de la pesca por Skottsberg. Su actividad era incansable como zoólogo y como botánico, y poseía excelentes condiciones para este pesado é importante trabajo. Gracias á su aplicación y amabilidad disponemos de numerosas fotografías y dibujos de animales marinos, entre ellos de una medusa de agua profunda que puede verse en la figura correspondiente.

Si añadimos á las especies ya mencionadas algunos gusanos de raras formas, como por ejemplo, el gusano *sagital*, el *helenítido*, el *pelagonemestes*, provisto de larga trompa; el gusano tomóptero y otros, completamente transparentes, cilíndricos, pertenecientes al grupo de las salpas, y numerosos animales podozoarios de las más variadas formas, conoceremos algunos de los productos de la pesca que obteníamos con la colosal red mencionada.

¿Dónde y en qué condiciones viven esos animales?

No viven en el fondo del mar, que se encuentra á más de mil metros de profundidad donde bajamos la red: son, pues, lo que se llaman especies flotantes, es decir, que viven



Macrocystis pyrifera.
1/64 de su tamaño natural. *a* rama joven, *b* rama vieja.

libremente moviéndose en las capas intermedias del mar, sin comunicación con su fondo ni con sus orillas. Pero la mayor parte no viven ni sobre la superficie ni en su inmediación, porque de muchos de ellos no encontraríamos nunca un solo ejemplar si dejásemos arrastrar la red sobre el mar detrás del buque, ó pescásemos en



Tomopteris.
Dragaje vertical (metros 2.000 – á 52° 39') longitud 37° 56'.—Tamaño natural.



Pelagonemertes.
Dragaje vertical (metros 2.700—á 48° 27') longitud 42° 36'.—Tamaño natural.

las capas superiores del agua á una profundidad de pocos centenares de metros.

En las capas de agua más profundas se halla, pues, una numerosa colonia de animales flotantes que no suben hasta la superficie.

Pero ¿de qué se alimentan esos extraños pobladores de los mares? Toda vida animal necesita para su existencia alimentos vegetales. Los que comen carne, viven de los que comen vegetales, y así, descubrimos en su

forma más sencilla una cadena de existencias que, sin embargo, tiene varios eslabones intermediarios, porque muchos carnívoros viven á expensas de otros animales que en su normalidad necesitan alimento animal, sin que esto pruebe, en último caso, que el alimento vegetal no sea la base de toda la serie animal.

Pero en esas obscuras profundidades donde las citadas especies animales residen, no se encuentra vestigio alguno vegetal. Las plantas, es decir, todos los organismos similares, necesitan para su existencia luz, y los rayos solares no descienden á más de cuatrocientos metros de la superficie del mar. ¿Cómo puede existir, entonces, una vida animal tan variada á esa profundidad?

La solución del enigma es muy sencilla: si se tiende una red de mallas finas para los infusorios y se deja arrastrar un rato tras el buque, sobre la superficie del agua, se verá que se aglomera entonces poco á poco una masa amarilla obscura, la cual, al microscopio, presenta inmensa cantidad de diminutos organismos en su mayor parte vegetales; microscópicas carbonitas, cáscaras silíceas llamadas *diatomaceas* ó *diatomadas*, etc.

La superficie del agua alumbrada por los rayos solares contiene, pues, una rica vegetación que se extiende de costa á costa. Cuando estas pequeñas plantas mueren, sus restos, en unión con los de algunos animalillos que viven en la superficie, se hunden poco á poco hacia las profundidades del agua. De las capas superiores que producen plantas y están alumbradas por el sol, cae así una continua y menuda lluvia de substancias alimenticias hacia los obscuros fondos del mar sin vegetación. Esta es la explicación de la existencia de una vida animal tan variada en sus formas, bajo el límite de penetración de la luz.

También en el Mar Polar, lleno de hielos flotantes, crece durante el verano una hermosa flora microscópica. En todas las aberturas y cavidades viven tales masas de algas unicelulares *(diatomaceas)*, que á menudo comunican su coloración á la superficie del agua, y hasta los trozos de hielo, formados en su mayor parte por la acumulación de nieve sobre una débil base de agua de mar helada, presentan á su alrededor un borde amarillo obscuro producido por la infiltración de diátomos en el poroso hielo de nieve. Las diatomaceas flotantes se presentan en los mares polares tanto del sur como del norte, en magnífica abundancia, y no tienen su equivalente en las zonas cálidas ó templadas.

Esa tan numerosa vida vegetal de la superficie del agua de mar, juega un papel sumamente importante en la naturaleza del territorio polar, porque alimenta no solamente los organismos animales que viven en las más hondas capas del agua y en el fondo, sino también, aunque indirectamente, á todos los animales superiores de aquellas regiones: pájaros, focas y ballenas.

En las heladas extensiones de los mares polares viven innumerables agrupaciones de animalillos, en primer lugar crustáceos, que en parte se alimentan directamente con los vegetales microscópicos citados; otros, en cambio, cazan los herbívoros, y á su vez, junto con los primeros, sirven de alimento á los peces, á los pájaros bobos, focas y demás representantes del reino animal antártico.

Encuéntrase, entre los crustáceos, una especie de cangrejo parecida al langostino, *eufosia,* que á menudo se halla en nutridos grupos sobre el hielo compacto, ó en las cavidades formadas por el derretimiento. Constituyen el principal alimento de los pájaros bobos y de la

clase más común de focas que se encuentra en el hielo flotante, el cangrejero *(lobodonte)*, desempeñando además probablemente un papel importante en la alimentación de ciertas clases de ballenas antárticas.

*

Donde el fondo del mar se levanta tan cerca de la superficie del agua que recibe la luz del sol, como sucede



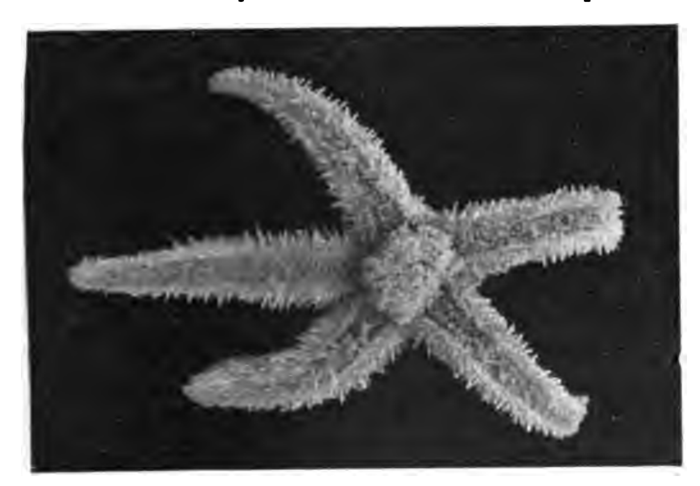
Eurypodius.—Cangrejo cubierto de animales adheridos.—Islas de Falkland.—Fondo de lodo.—25 metros de profundidad, tamaño casi natural.

en las costas, está más ó menos cubierto de vegetación adherida á los bloques de piedra, lodo y conchas de moluscos. En casi todas las partes del mundo están las costas continentales é isleñas cubiertas por una capa irregular de algas marinas que viven á poca profundidad en los fondos roquizos; pero en ninguna parte toma esa vegetación dimensiones tan colosales como en las islas sudantárticas, á cuyo grupo pertenecen precisamente las islas de Falkland y la Georgia del Sur. Ya hemos hablado de las algas gigantescas marinas, las *macrocystis*, que



Ascidia reunida (formando colonia).—Georgia Meridional.—Bahía de Grytviken.

volveremos á encontrar en los dibujos de la costa georgiana. En ese mar de algas viven algunas especies de animales extraños. Especialmente en uno de los puertos de



Asteria antártica llevando las crías en masa cerca de la boca.
Islas de Falkland.—Tamaño casi natural.

la Georgia del Sur, en la bahía de Grytviken, que describo después, tuvimos la mejor ocasión para estudiar la vida animal algácea. Es una distracción muy atractiva pasar

un hermoso y tranquilo día inclinado sobre la borda del bote, mirando los caprichosos organismos que se encuentran sobre las masas de hojas amarillas obscuras.

Algunas de estas algas están completamente cubiertas de pequeños puntos y manchas blancas. Si nos fijamos detenidamente en ellas, encontramos que muchas son conchas en forma de espiral habitadas por nereidas, mientras otras son pequeñas colonias de animales pertenecientes al grupo de los briozoarios.

En algunos puntos aislados encontramos hojas cubiertas abundantemente de cuerpos amarillos ó escamosos, parecidos á flores, que no son otra cosa que una especie de colonia de animales llamados *ascidias reunidas*. El que más atrae la atención entre todos estos habitantes algáceos, es una pequeña medusa provista de innumerables membranas que, nadando libremente, ha escogido como punto de residencia las hojas de macrocystis.

Tales son algunos de los seres que viven en las hojas de las algas nadando cerca de la superficie. En el fondo arenoso, entre las raíces de las algas adheridas á las piedras, se encuentran muchas otras variedades y especies, por ejemplo, en las islas de Falkland hallamos en lugares análogos, entre muchas otras, una estrella de mar *(asteria antartica)*, rara por su costumbre de llevar las crías reunidas en la parte inferior de su cuerpo cerca de la boca; un cangrejo *(euripodius)* completamente cubierto de toda clase de animalillos; ciertos briozoarios de valvas manchadas, tres clases de esponjas, colonias de ascidias blancas y varios pequeños gusanos en forma de espiral. De todos ellos es el más interesante el *euripodius*, pues gracias á su verdadero disfraz, puede este cangrejo, es-

tándose quieto, esperar á que se acerquen los animalillos que más excitan su voracidad.

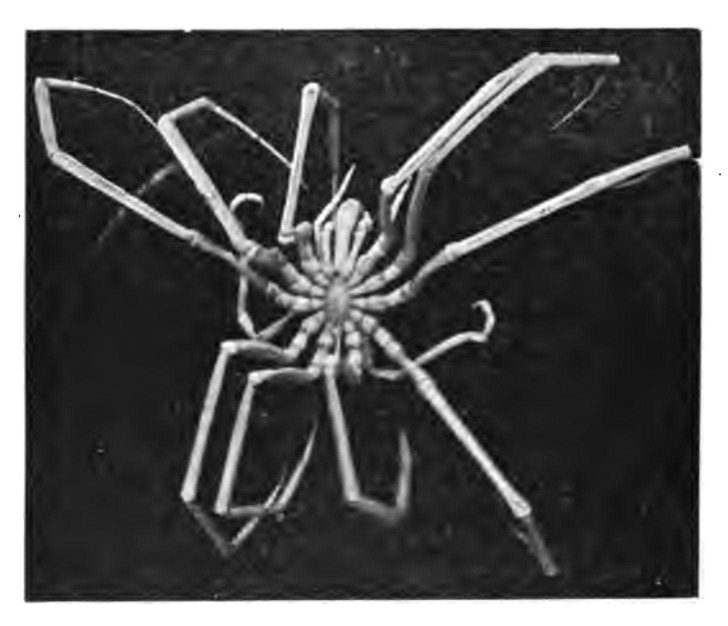
Entre las espesas raíces de las algas entrelazadas, que forman una bola aplastada, á veces incrustada en las rocas y cuyo corte transversal suele tener cerca de un metro, hay un verdadero hormiguero de estos animales submarinos. Al deshacer estos pelotones de raíces arrancadas del fondo por las tempestades y transportadas á la orilla, donde se encuentran en seco durante la marea baja, puede ver el zoólogo una variadísima colección de organismos, entre los cuales se ven gusanos marinos, encarnados unos como la sangre y amarillos otros como el limón *(cucumaria crocea)*, anguilas de mar, algunas nereidas y un gusano grande de color plomizo del grupo nemertino.

Comparadas con las orillas de la Georgia del Sur, ricamente cubiertas de ceibas y otras clases de algas, las costas antárticas, como pudimos ver en las islas de Shetland del Sur, en el canal de Orleans, en la bahía Antártica y en el golfo de Erebus, producen una impresión pobre y mezquina. El hielo flotante ha barrido completamente las rocas de la orilla; únicamente en aberturas y cavidades se ve alguna que otra alga raquítica y á menudo mutilada.

Los fragmentos de algas de poca longitud *(desmarestia)* y de grandes algas con hojas que después de las tempestades son llevadas á la orilla, indican, sin embargo, que en alta mar, y á mayores profundidades, donde no llega el hielo flotante, existe una flora más variada. Con la red y la draga extrajo Skottsberg, en aquellas costas, especies de algas que son notables é interesantes bajo todos conceptos. Halló especialmente una gran can-

tidad de magníficas algas encarnadas, pescando, á una profundidad de 100 á 150 metros cerca de la isla de Paulet; en el canal de Orleans encontró, á 40 metros de profundidad, fucoides de muchos metros de longitud.

La magnífica y abundante flora de algas estudiada



Araña de mar.—Georgia Meridional.—Embocadura de la bahía de Cumberland. De 250 á 310 metros.—Fondo de lodo.—Tamaño algo reducido.

por Skottsberg, en la parte honda más inmediata á la orilla, fué un verdadero descubrimiento en el territorio antártico, del cual el biólogo de la expedición sudpolar alemana, Vandhöffen, había tenido, muy recientemente, ocasión de decir: «en el territorio antártico, que conocemos hasta ahora, faltan las algas debajo de la capa marítima de hielo» (*).

(*) Revista de la Sociedad Geográfica de 1904; página 363.

En este estudio del reino animal de los mares del sur falta hablar de un grupo que se compone de un número sumamente grande de las más hermosas y singulares de todas las especies marinas, es decir, de los animales que tienen su residencia en el fondo del mar á distintas profundidades, pero independientes de las costas y en sitios sin vegetación de algas. La mayor parte de las especies



Esponjas gigantescas de mar.—A 163 metros de profundidad.—Canal de Orleans.

de la rica fauna del fondo, de que obtuvimos ejemplares, se pueden repartir en dos grupos, que denominaremos:

1) Hallados en fondos de lodo.

2) Hallados en bancos de piedras y restos de conchas.

En las vías de la Georgia del Sur, por ejemplo, en la bahía de Cumberland á una profundidad de 100 á 300 metros, el fondo está cubierto de un fino lodo gris amarillento.

Sobre este fondo, indudablemente poco adecuado, vive una muy rica fauna. Anémones marinos *(actinias)*, blancos ó encarnados, entre ellos ejemplares gigantescos de veinticinco centímetros de longitud y treinta y cinco de diámetro (véase el dibujo correspondiente), extienden en todas direcciones en busca de su presa sus magníficas coronas de tentáculos; un representante gigantesco del grupo de gusanos nereida *(laetmonice)*, vive también en el lodo, mientras una araña de mar *(pontopode)* se arrastra sobre su superficie con sus delgadas y largas patas.

Algunas grandes estrellas de mar, una muy grande ascidia, numerosos briozoarios, un verdadero hormiguero de distintos animales cangrejeros completan la descripción de esta fauna.

También en la cuenca de Bransfield y en el canal de Orleans hicimos algunas pescas sobre fondo de lodo, pero nuestras valiosas colecciones se perdieron con el buque «Antártico». Sin embargo, quedan todavía, de algunos tipos, dibujos en colores hechos por Skottsberg, como por ejemplo, el del *umbeluli*, del que encontramos, además de aquel ejemplar, otro bastante mayor, de 2'55 metros de longitud.

Entre todas nuestras redadas se distinguieron, por la magnificencia de las especies que recogimos, las que se efectuaron en la costa sur de Falkland Occidental, en el banco de Brudwood y en la embocadura oriental del canal de Beagle, así como también una pesca de la misma clase cerca de la isla de Seymour. La profundidad fué, en todos los citados casos, de 100 á 200 metros, y el fondo era en todas partes restos de conchas mezcladas con arena.

En estos lugares sacó la red ejemplares que, libres de lodo arcilloso, sucio y obscuro, consistían casi exclusivamente en caprichosas especies animales de los más hermosos matices.

Había un verdadero barullo á bordo cuando la red llegaba arriba, después de una afortunada pesca sobre uno de estos bancos. Todos querían ayudar para extraer con precaución, de la red, aquellos delicados animalillos y colocarlos en vasijas y cubos llenos de agua, hasta que tuviese tiempo para examinarlos el zoólogo, que casi siempre encontrábase rodeado de un pequeño círculo de mirones que seguía con interés la clasificación de aquellas maravillas del fondo del mar. Dedujimos así que aquellos bancos marinos, relativamente poco profundos, deben constituír un curiosísimo campo desgraciadamente inaccesible para la observación, conocido sólo por los fragmentos que tuvimos la suerte de extraer por medio de un aparato de pesca defectuoso y pesado, una región submarina ricamente cubierta no sólo de plantas, sino de extraños animales que, á modo de arbustos, adornarán el fondo como un caprichoso tapiz de una naturaleza exótica para nosotros y seguramente tan abundante en especies como el más hermoso jardín, y tal vez sobrepujándolo por su variedad de formas y colores.

Es todavía un enigma científico indescifrable en la mayor parte de los casos saber para qué han de ser útiles á sus moradores á una profundidad de cien metros ó más esas caprichosas tonalidades de hermosos colores en un sitio, donde sólo penetran débiles rayos de luz. En algunos sitios del fondo del mar se encuentran algunas variedades de coral parecidas á arbustos; *(gorgonider)*. Una de estas es de color encarnado claro con verdes estrellas,

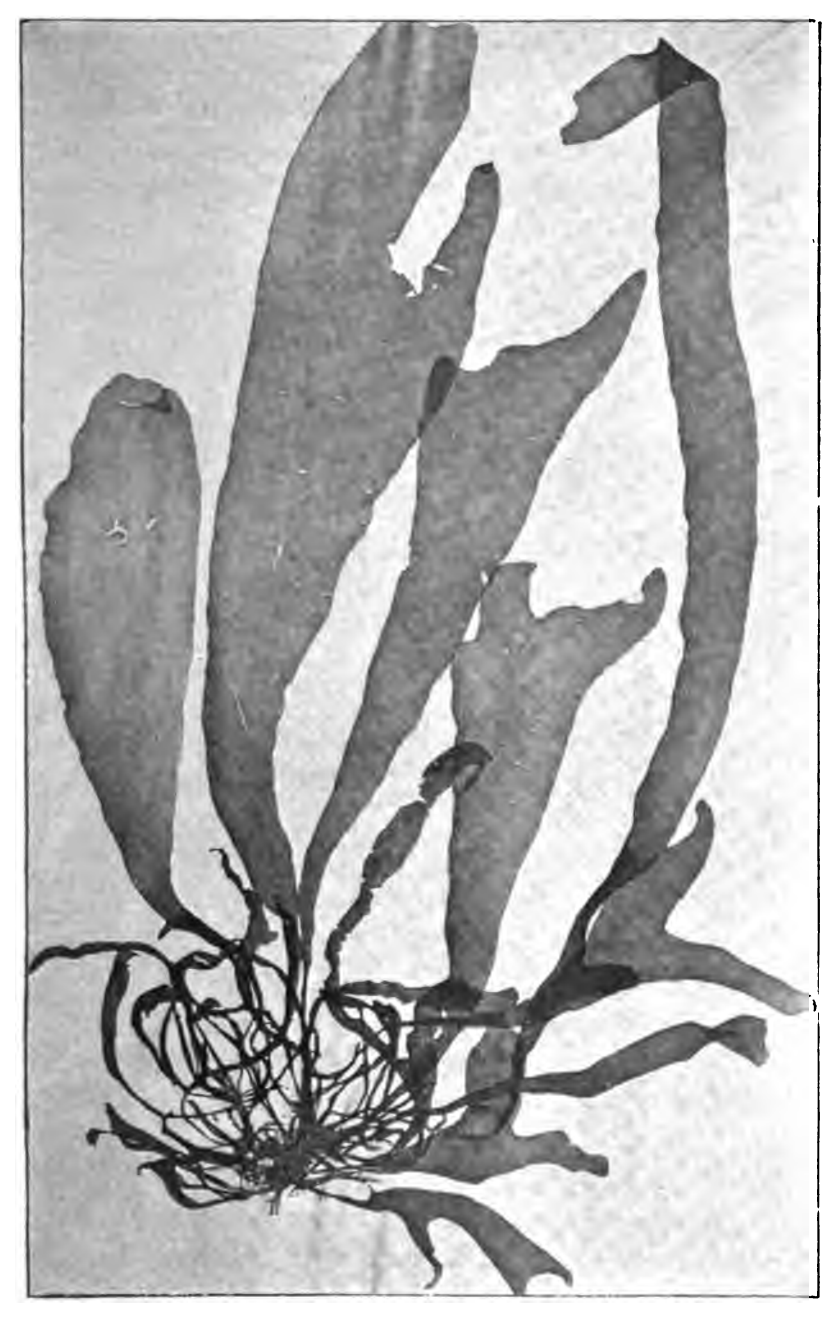
otra muy hermosa á la vista de un delicado matiz amarillo azulado, etc. Ignoramos el tamaño que pueden alcanzar esas frágiles especies porque los ejemplares que conseguimos eran tan sólo fragmentos arrancados por el brusco paso del aparato.

Los briozoarios, que comprenden unas 1.700 especies entre fósiles y vivientes, están representados por nume-



Serolis.
Islas de Falkland.—Fondo de lodo.—A 40 metros de profundidad.
Casi el doble de su tamaño natural.

rosas variedades. Algunos grupos más pequeños de briozoarios hallábanse adheridos á las esponjas y comatulas que completaban la semejanza del fondo submarino con una verdadera alfombra de vegetación. Pero entre medio de esta forma caprichosa tan parecida á las plantas, viven también otras especies enteramente distintas. De vez en cuando se encuentra en el fondo el vistoso *pentagonastro* con sus cinco puntas de color encarnado ó amarillo pálido, la gruesa *porana* de color de sangre, el *gorgonocephalus* con astas maravillosamente ramificadas, la *Asteronix* de una especie de la misma fa-



**Alga encarnada.—Isla de Paulet.—De 50 á 100 metros de profundidad.
Menos de la mitad del tamaño natural.**

milia, descrita en el mar del Norte, pero hasta ahora desconocida en el del Sur. Raros cangrejos planos *(scrolis)*, parecidos á los fósiles trilobulados, se encuentran en el fondo, así como peces de distintos colores nadando ú ocultos en los agujeros y sinuosidades de los bancos de coral y de hidroides. Ligero y elegante nada un decápodo



Cephalodiscus.
Animales aislados en diferentes situaciones.—Norte de la isla de Joinville.
A 104 metros de profundidad.

de rápido saltar, cuyos vivos colores amarillo y azul, encarnado claro y violeta, bien merecen el premio por su brillantez.

En todos los bancos de mar citados encontróse una interesante clase, el *cefalodisco*, que había formado hasta entonces el grupo de las mayores rarezas geológicas. Fué descubierto en 1876 por la expedición inglesa de

Challenger en el estrecho de Magallanes, pero no se había vuelto á encontrar desde entonces hasta nuestros trabajos en aquellas regiones: por su rara conformación y las analogías que guarda con varios grupos de animales es de gran interés su estudio, y la adquisición de ejemplares completos y bien conservados según los métodos modernos, ha constituído, durante mucho tiempo, el anhelo de las exploraciones zoológicas. Durante nuestra



Anfípodo.—Georgia Meridional.
Embocadura de la bahía de Cumberland.—De 250 á 300 metros.
Fondo de lodo.—Mitad de aumento.

expedición, vimos que el *cefalodisco* era muy común en los bancos costeros del Mar del Sur: además de las formas conocidas, halló también nuestro zoólogo un par de especies nuevas que viven formando colonias. El tronco de éstas está formado por una masa compacta de tubos ramificados en forma de red formada de una materia medio transparente. La colonia adquiere algunos decímetros de altura pero el diámetro de los tubos es generalmente tan sólo de algunos milímetros. Dentro de ellos viven innumerables animalillos de medio milímetro de longitud. En contraposición á otros animales que viven

en tubos ramificados formando colonia, no se unen sus distintos individuos, ni entre ellos, ni al tubo, sino que son independientes. Con ayuda de un pie que tienen delante de la boca pueden entrar y salir á través de pequeñas aberturas de las paredes del tubo, mientras que con una trompa absorbente que se halla al extremo de un largo tentáculo, quedan siempre pegados al interior del tubo. Así que el animal se siente rozado recoge su pie muscular y se arrastra dentro del tubo protector.

La causa de que el estudio del *cefalodisco* haya adquirido tanta importancia para la exploración geológica del mar, es cierta semejanza en la constitución de su organismo con los animales vertebrados.



Condenada á muerte.

CAPITULO IV

Los primeros dias en la Tierra de los elefantes marinos

Viajábamos con buena mar y soplaba ventolina del oeste. El tiempo había cambiado tanto, que de la tempestad pasó á la quietud, pero á menudo nos favorecía el aire y con las velas del «Antártico» desplegadas, aprovechábamos todos los momentos para encaminarnos lo más rápidamente posible hacia el lejano este.

El 21 de abril nos encontrábamos, según todos los cálculos, en las cercanías de la Georgia del Sur, pero densa niebla nos impedía ver en dirección hacia donde buscábamos la tierra.

Cuando á las siete de la mañana del siguiente día subí sobre cubierta, estaba sereno el horizonte; en nuestro derredor, espumosas y gruesas olas azules bajo la luz de

la mañana chocaban contra el buque. La brisa era sumamente fría y daba á aquella serena mañana un aspecto invernal. Iluminado por el sol saliente apareció hacia el sur sobre el obscuro mar un magnífico paisaje alpino: grandes montañas escarpadas con sus cimas cubiertas de nieve, extensos valles, desnudas torrenteras por donde se despeñaban anchas corrientes, que los deshielos producían, se lanzaban al mar.

Más allá, hacia el oeste, veíanse algunas cumbres de montañas lejanas que marcaban el límite del horizonte. Podían ser otras islas ó formar parte más remota de la tierra más baja que era entonces invisible para nosotros encontrándose debajo del horizonte, á estribor, pero en dirección sur, se elevaba ante nosotros una imponente muralla de montañas con tres inmensos ventisqueros que salían hacia el mar. Abríase á popa, distinguiéndose perfectamente, una ensenada, hacia la cual hicimos rumbo para reconocer el territorio, mientras á babor, hacia el sudeste, observamos una gran vía en cuyo fondo aparecía un ancho ventisquero.

Llegamos poco á poco tan cerca, que la tierra baja se hizo visible. La costa algo montuosa, se presentaba en casi toda su extensión escavada por las olas del mar. Las suaves pendientes del terreno inmediato á la playa, la parte baja de los declives, las ondulantes lomas, veíanse cubiertas de plantas gigantescas, particularmente de las que en las regiones sudantárticas se conocen con el nombre de *poas*.

La ensenada que se abría ante nosotros prolongábase hacia el interior, donde se veía un extenso valle, llano y sin nieve, rodeado por montañas escarpadas de nevadas cumbres. En la parte nordeste de la bahía aparecían va-

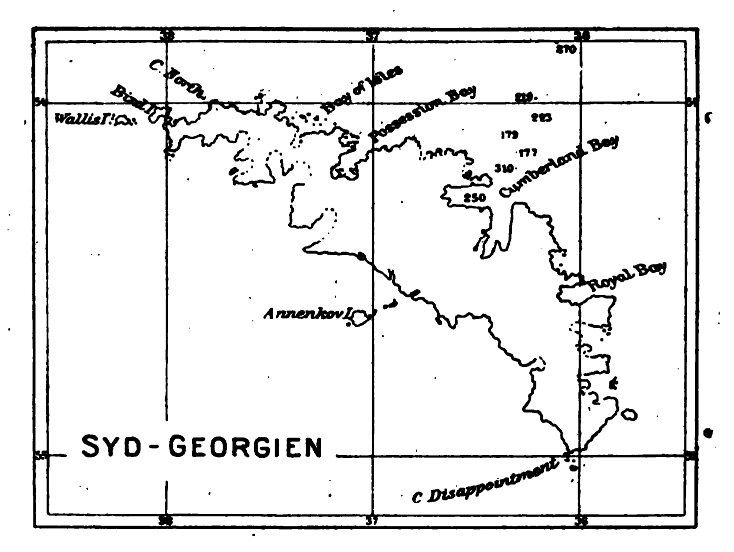
rias islas cubiertas de verde *poa*. El paisaje era por demás caprichoso y atractivo. Pero cuando llegamos cerca de la embocadura de la bahía cambió pronto el color del agua: tomó de repente un color blanco amarillento que pareció sospechoso al capitán. La sonda dió cinco brazas, y en dirección á proa entre las puntas de la desembocadura pudimos distinguir con el anteojo de larga vista muchas rocas á flor de agua y fajas de ceiba que indicaban que la entrada era allí muy peligrosa. Tan pronto como pudimos hicimos rumbo en dirección opuesta á estos bancos peligrosos y seguimos después la costa sudeste hasta una gran vía próxima.

Hasta entonces no habíamos podido señalar con certeza la tierra cercana en el pequeño mapa marino inglés, pero apenas entramos en la bahía mencionada, Larsen la reconoció por haber estado en ella durante su viaje á la Georgia del Sur en 1894: en la bahía de Cumberland y en su brazo oeste había Larsen con Jason anclado en una pequeña ensenada en que entramos y que denominamos después bahía de Jason. Era ya de noche cuando el «Antártico» quedó anclado en ella.

Apacible y hermosa fué nuestra primera noche en la Georgia del Sur: estuve largo rato sobre cubierta escuchando el sordo y persistente ruido de la marea, cuyas aguas, aquella noche sin viento, rechazadas por las rocas que rodeaban la bahía, volvían hacia nosotros subiendo y bajando con iguales intervalos de tiempo y tanto más misteriosas cuanto que la parte costera de donde llegaban se encontraba hundida en la más profunda obscuridad. Sobre la bahía brillaba la luna, pero el «Antártico» encontrábase hundido en la sombra de la montaña. Aquella singular iluminación de la noche hacía desaparecer la

distancia y la inmensa mole parecía levantarse inmediatamente sobre nosotros como si brotase de la superficie del mar, resplandeciendo sólo los declives de nieve débilmente iluminados alrededor de las cumbres más altas, cuyas siluetas se destacaban vivamente en el espacio.

Cuando la mañana siguiente subí sobre cubierta y vi el país alpino que se extendía á lo lejos, iluminado por el



espléndido sol de la mañana, sentí la fuerte y singular impresión de encontrarme ante una naturaleza completamente extraña para mí hasta aquel momento.

Cuando el día anterior contemplaba de lejos la costa de la Georgia del Sur con sus cumbres de nieve y grandes ventisqueros, recordé ciertas regiones de la costa de Spitzberg. Pero cuando de cerca pude admirar el paisaje de la Georgia del Sur, me convencí en seguida de que la semejanza sólo existe en cuanto á las líneas generales.

La Georgia Meridional situada á los 54° de latitud sur,



Mujer *Ona* llevando la tienda de familia.

tiene ventisqueros y corrientes de agua tan impetuosas como las de Spitzberg á los 80° de latitud norte.

En la Georgia, aquel día (23 de abril), equivalía á fines de octubre en los países del norte, es decir, era la misma época del año en la cual, Spitzberg, se encontraba hundido en las obscuridades y fríos del invierno ártico. Aquí, por el contrario, formando raro contraste con las abruptas montañas cubiertas de nieve, veíamos grandes extensiones magníficamente cubiertas de verde poa. Centenares de arroyuelos bajaban al llano entre las brechas de las montañas, y como vimos al desembarcar, poblaban las praderas un sin fin de escarabajos y pequeñas arañas negruzcas que salían á la caliente luz del sol de debajo de las piedras; en lagunas y charcas de agua dulce, que fueron examinadas por los zoólogos, hormigueaban pequeños cangrejos y dícticos. Ninguna especie vegetal de las que poblaban la isla estaba en el período de la floración, pero por lo demás, presentaba la Naturaleza, durante aquel día tranquilo y cálido, un aspecto primaveral.

En las pequeñas islas de la costa de Falkland había visto ya grandes extensiones cubiertas de poa, pero en estas regiones vi por primera vez esa singular hierba en su completo y magnífico desarrollo: no brotaba solamente en las pequeñas islas y en las costas de la tierra baja, sino también en los empinados declives de las montañas hasta una elevación de doscientos metros, cubriendo inmensas superficies que á la luz del sol formaba hermosas ondulaciones agitada por el viento.

El primer día estuvimos entretenidos en pasear alrededor de la bahía, y cuando nos reunimos otra vez á bordo por la noche, estábamos todos muy satisfechos

con el resultado de nuestro primer día de trabajo en la Georgia del Sur; aunque ya había obscurecido, bajamos otra vez algunos á tierra. Sobre la poa y á algunas brazas de la orilla, hacia el interior del lugar donde se hallaba anclado el «Antártico», habíamos visto durante el día un par de elefantes marinos que descansaban tranquilamente entre las aplastadas matas de hierba. Queríamos matar al menos uno, para estudiar tanto su esqueleto como su piel, para lo cual procuramos que se acercasen hasta la orilla.

Mientras algunos de nosotros se apostaban en la playa, nos dirigimos los demás con los bolsillos llenos de piedras grandes como el puño, hacia la poa, para espantar á los animales que deseábamos dar caza. Parecían por su aspecto grandes sacos tendidos en el suelo ó bloques de piedra obscura, y solamente su fuerte ronquido descubría que fuesen seres vivientes. Empezamos á tirarles piedras, y sólo se volvió uno de ellos perezosamente en el primer momento, pero cuando las piedras empezaron á menudear sobre su cabeza, mostró visiblemente su coraje. Con la cabeza levantada y la boca muy abierta, ensanchó como una jeta la nariz, que hacía recordar algo la trompa del elefante, y lanzando un gruñido á manera de sordo trompetazo, se dirigió arrastrándose pesadamente un par de metros contra su agresor más cercano. Pero se nos acabaron las piedras, y mientras bajamos á la orilla en busca de más, se acostó otra vez.

Pudimos, por último, hacerle levantar. Con pesados movimientos se arrastró sobre la poa, bajando por el declive hacia la orilla. Disparamos seguidamente en cuanto estuvo á tiro, pero aunque fué herido, se metió el animal en el agua y logró escapar.

Los cazadores se dirigieron entonces contra el otro elefante. Entonces se desarrolló un espectáculo salvaje y singular en la obscura noche: el animal resoplaba furiosamente, los cazadores gritaban mostrando la presa, los disparos se sucedían, y por último, el gruñido ronco del elefante moribundo puso fin á la nocturna cacería. La dificultad de apuntar en la obscuridad y nuestro desconocimiento absoluto de la región vulnerable para darle muerte, hicieron que la agonía del pobre animal se prolongase lastimosamente.

Algunos semanas después, cuando nuestros cazadores se acostumbraron á esta clase de caza, lograban con relativa seguridad matar al animal de un solo disparo.

El día siguiente el tiempo caprichoso de la Georgia presentó un aspecto completamente distinto. Cayeron grandes nevadas y durante el día quedaron cubiertos de nieve hasta los más remotos parajes.

Por la noche nos reunimos todos en el salón para celebrar, con una sencilla fiesta, una fecha muy señalada para la expedición polar sueca. Aquel día—el 24 de abril—en el año 1880, regresó Vega á Stockolmo de su viaje alrededor de Asia y de Europa: notabilísima empresa realizada en pró de las investigaciones científicas, que se celebra anualmente por la Sociedad Geográfica de Suecia con una interesante velada.

Aquel año tuvo dicha reunión en Stockolmo un carácter más solemne, á causa de haberse dedicado á la memoria del director del viaje, fallecido recientemente. Fué Vega el principal fundador de la exploración polar sueca de A. E. Nordenskjöld.

Nosotros, que nos encontrábamos en una costa cercana al Mar Glacial del Sur, trabajando según las buenas

tradiciones que fueron por él iniciadas, quisimos, dentro de nuestra modesta esfera, celebrar la memoria del sabio explorador. No faltó en la fiesta un sentido recuerdo dedicado á Nordenskjöld y á la expedición polar sueca; se brindó por nuestros compañeros de Snow-Hill, y entretenidos en agradable conversación estuvimos reunidos hasta bastante tarde.

Teníamos perfectamente estudiado el plan para nues-



Vista transversal de la bahía Real desde la estación alemana.

tros trabajos en la Georgia del Sur, y nos esperaba en la bahía de Cumberland, á juzgar por el reconocimiento preparatorio de aquellos dos días, un campo de investigaciones singularmente notable.

En el cabo que sobresale entre los dos brazos principales de la ensenada, habíamos de desembarcar algunos de nosotros para efectuar trabajos geográficos, cartográficos, geológicos y biológicos, durante una semana, mientras el «Antártico» marcharía siguiendo la costa para hacer sondeos zoológicos.

Pero antes de realizar este programa, debíamos hacer una pequeña expedición al sudeste de la bahía de Cum-

berland, donde había visto otra pequeña vía en el fondo de la ensenada Real; allí trabajó una comisión científica alemana durante el año 1882-83. El director de esta empresa científica, ya anciano, aunque siempre con iguales alientos y verdaderamente entusiástico por las exploraciones de los territorios sudpolares, miembro del Consejo del Almirantazgo de Newmayer, en Hamburgo, nos había suplicado que visitásemos aquel territorio, si nos era posible, para conocer la estación alemana é inspeccionar el estado de los edificios. Como teníamos además otras razones, según nuestro plan científico, para desviarnos hacia la bahía Real, decidimos hacerlo antes de desembarcar en grupo.

A las ocho de la mañana del 25 de marzo levó anclas el «Antártico», pero apenas hubimos salido del puerto de Jason, sufrió el tiempo un cambio amenazador. Viento tempestuoso soplaba cada vez más fuerte en la ría, y sobre el mar abierto obscurecíase el cielo por momentos. Entonces el capitán creyó más prudente volver al lugar donde estábamos anclados.

Pero la tempestad era cada vez más fuerte y el viejo «Antártico», aunque su máquina trabajara á alta presión, fué llevado insensiblemente hacia atrás por la tempestad en dirección á la embocadura de la ría. Le pusimos las velas de capa, y el buque fué puesto al costado del viento para poder navegar hasta el puerto de Jason.

Allá, dentro de la ría, sentíamos agitarse el huracán; enfilado por el ventisquero bajaba sobre el mar, levantando grandes olas espumosas. Pronto sopló fuera de la ría y nos vimos estrellados por su furia. Un torbellino de agua llenó el aire, las olas entraron sobre cubierta, la arboladura osciló de un modo alarmante, arreciaron los

golpes de viento entre el fragor de la tempestad, y cuando hubo pasado el huracán, quedaron únicamente algunos colgantes retazos como restos de las velas.

Después de corta tregua, nuevas ráfagas huracanadas soplaron violentamente. No teníamos más remedio que hacer rumbo hacia el mar y esperar allí que amainase el tiempo. Afortunadamente notamos, al rebasar la embocadura de la ría, que las más fuertes rachas soplaban únicamente dentro de ella.

Fuera, en alta mar, había sin embargo mucha marejada, y aunque la tempestad no cesaba, era el viento más igual y podía sortearse mejor el temporal.

No se podía desear mejor buque que el «Antártico» para barloventear contra la tempestad. Se quedaba como una gaviota sobre el agua, y decían los marineros que pocos buques como el nuestro sorteaban los golpes de mar, y hasta en aquellos momentos, su balanceo era igual y cómodo.

Poco á poco fué calmándose la tempestad, de manera que podíamos hacer rumbo á la bahía Real, donde anclamos el día 27, en el mismo lugar que los expedicionarios alemanes, bautizado por ellos con el nombre de puerto de Moltke.

Al siguiente día nos sobrevino otra vez la tempestad del oeste, con fuerte ventisca. El «Antártico» tiró de las cadenas, sacudiéndolas fuertemente á impulsos de las violentas ráfagas tempestuosas, y temimos que el buque, arrastrando las anclas, se pusiera en movimiento.

El día 29 calmó el tiempo y salió el sol, de modo que por fin podíamos bajar á tierra y hacer las excursiones proyectadas hacía varios días.

Larsen y yo fuimos por la orilla norte de la bahía

hasta la estación alemana, la que inspeccionamos detenidamente (*).

La casa-vivienda encontrábase en bastante buen estado. En uno de los cuartos hallamos anotado en la pared, que los pescadores de ballenas del «Castor» y el «Hertha», habían estado allí en abril de 1894. En otra parte de la casa encontramos algunos comestibles vege-



Casa-vivienda de la estación alemana.—Bahía Real.

tales echados á perder en su mayor parte por la humedad y el moho; únicamente medio barril de garbanzos, tres cuartos de barril de judías blancas y uno de harina de avena, se hallaban en buen estado.

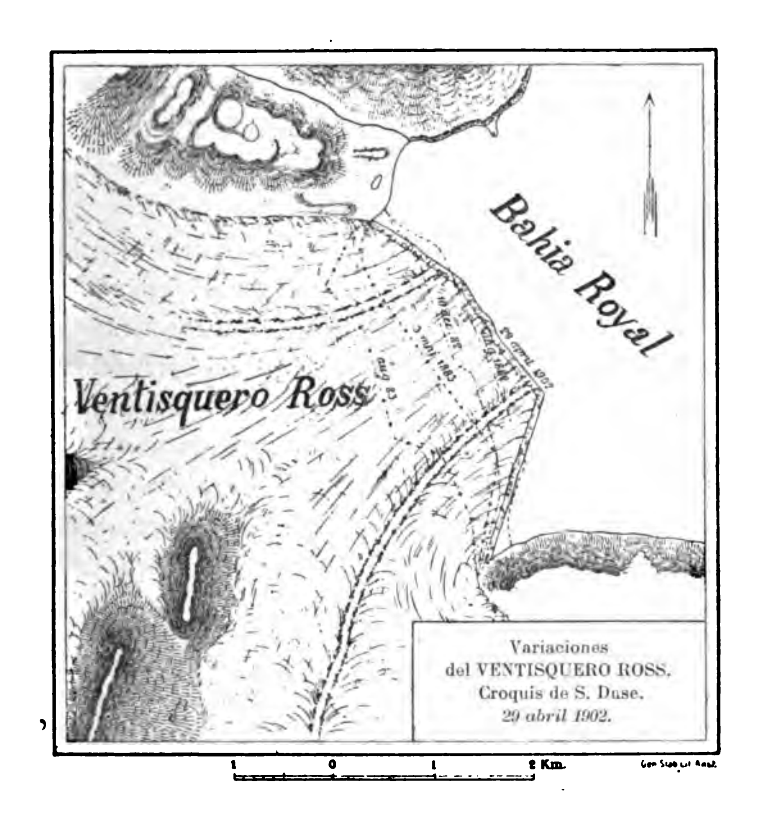
Los observatorios astronómicos y magnéticos estaban muy mal parados; los techos levantados por las tempestades y una de las construcciones medio destruída.

Mientras Larsen y yo examinamos la estación alemana, Skottsberg subió á la cercana montaña de Kiskisius,

(*) Referente á la expedición alemana á la bahía Real, véase la «Exploración Polar Internacional;» 1882-83.—Berlín, 1886-91.

de 375 metros de elevación, para ver si encontraba los termómetros de máxima y mínima, que fueron dejados por los exploradores alemanes.

Sobre esto escribe Skottsberg: «A algunos metros de un gran bloque de piedra se encontró en el suelo la tabla



Variaciones
del VENTISQUERO ROSS.
Croquis de S. Duse.
29 abril 1902.

á la cual estuvieron sujetos los termómetros: colgaba aún de ella un cordel de tres metros de largo y hallábase todo sobre un pequeño montículo de nieve, completamente desabrigado y expuesto á todos los vientos. Los termómetros estaban hechos añicos. Todas estas cir-

cunstancias indicaban que la tabla donde estuvieron clavados los termómetros, debió ser derribada por el viento después de la salida de la expedición alemana.»

Duse se hallaba en otro lugar muy atareado en un interesante examen. Entre el puerto de Moltke y la parte más interior de la orilla sur de la bahía desemboca al mar un gran ventisquero —el ventisquero Ross—presentando un frente de tres kilómetros y medio de largo. La situación de este frente fué medida cuatro veces durante la estancia de la expedición alemana en la Georgia del Sur, en agosto y diciembre de 1882 y á últimos de agosto de 1883. Se vió en cada observación que el frente se había retirado al interior, (véase el croquis, página 81;) en agosto de 1883, unos ochocientos ó nuevecientos metros más que cuando se hizo la primera observación en 1882. Había, pues, sufrido el ventisquero durante aquel año una extraordinaria depresión, quedando como único rastro en aquel sitio algunos bloques de hielo, parte de cuya área había invadido el mar. El avance de hielo desde los puntos superiores había sido, durante este tiempo, menor que antes. En esta interesante serie de observaciones han fundado después los exploradores alemanes su creencia de que la extensión de los ventisqueros en el hemisferio sur está hoy en continuo retroceso.

Para comprobar esas atrevidas suposiciones hizo Duse, á instancias mías, una nueva determinación que dió el sorprendente resultado de que el frente del ventisquero, el 29 de abril de 1902, «*había rebasado el sitio más exterior que señalaran los exploradores alemanes.*» De esto se deduce que, después del mínimum de depresión en agosto de 1883, verificóse una nueva y formidable

extensión del ventisquero. Esta observación demuestra también que hay necesidad de comprobar las experiencias en distintas épocas y poseer un material de observación muy completo para reunir datos precisos acerca de las variaciones de los ventisqueros.

Disfrutamos aún de otro día espléndido, que aprovechamos entregados á diferentes trabajos en la bahía Real. Cuando partimos por la noche del 3o, estaba el mar tranquilo como un espejo bajo la magnífica luz de la luna, mientras la fosforescencia del agua alrededor del buque tenía una fuerza extraordinaria, atendiendo á la parte del océano que cruzábamos.

Recordamos que aquella noche se celebraba la feria de Vaubourg; en Upsala habían salido ya á relucir durante el día las blancas gorras estudiantiles, y precisamente en aquel momento, cuando nuestro reloj señalaba las cinco y media, con sus tres horas y media de más, marcharía el numeroso grupo de estudiantes hacia el Palacio.

Nos propusimos escuchar el canto juvenil de la comitiva, y en la obscura noche creíamos ver las luces de la feria de Vaubourg, que brillaban únicamente en nuestra imaginación.

Nos parecía celebrar la noche según la vieja costumbre de Upsala. Teníamos una sola gorra de estudiante, que se puso Skottsberg, el cual nos dirigió magistralmente cuando entonamos á coro el himno nacional. Organizada en el salón, fué la «comitiva estudiantil» hasta la puerta del camarote del capitán Larsen.

Como consideramos que no estaba muy en armonía celebrar la entrada de la primavera cuando para nosotros comenzaba el invierno, cambiamos esta parte del programa y decidimos conmemorar la noche de la fiesta de

Vaubourg con una «serenata de estudiantes» dedicada al buen capitán. El bosquecillo de Odin le figuramos cerca de la chimenea y entonamos todo género de canciones regionales, aunque entre las provincias escandinavas



Ventisquero Ross desde la estación alemana.

solamente estaban representadas Södermanland y Nerikes por dos tripulantes.

A pesar de la animación que reinaba entre nosotros, no quisimos prolongar más la velada, pues necesitábamos descanso, y después de tomar un ligero refrigerio y brindar por el feliz éxito de nuestra empresa, se dió la fiesta por terminada.



El bote de la bahía de las Ollas.

CAPITULO V

Vida de tienda y viajes en bote

Con tiempo apacible y sereno, á la mañana siguiente, primero de mayo, hicimos rumbo nuevamente hacia la bahía de Cumberland. Entramos en la ría que tan imponente aspecto presentaba días antes, cuando descargó la furiosa tempestad. Hallábanse ahora sus aguas casi inmóviles, y únicamente un sordo ruido y la ligera espuma que blanqueaba las orillas y humedecía los escarpados daban á conocer la débil marejada. El «Antártico» hizo rumbo hacia un promontorio alto y escarpado, situado entre los grandes brazos de la ría.

No muy lejos de la costa atraía nuestras miradas un hermoso valle magníficamente cubierto de poa. Desde la cima de la montaña que separaba este valle del brazo meridional de la ría, podría el cartógrafo ver libremente todos los detalles de la accidentada costa á derecha é

izquierda de la ría. El valle parecía ser perfectamente accesible y á propósito para verificar excursiones, y enfilando por él, abríase una pequeña ensenada cuya orilla parecía prometernos un buen sitio para acampar.

El «Antártico» atracó delante de esta ensenada. El bote grande que nos habíamos de quedar durante la estancia en tierra, se botó al agua y todos nuestros efectos fueron instalados en él para trasladarlos á tierra.

Bajé al bote con Duse, Skottsberg y un muchacho de Falkland, Andrew, que fué embarcado para el viaje en la Georgia del Sur. La canoa iba tan cargada que nos costó trabajo colocarnos entre tanto bártulo: cajas de provisiones, tiendas y saco-camas, y aun llevábamos un rollo de lona á remolque. Remamos hacia el interior de la bahía, mientras el «Antártico» hizo otra vez rumbo hacia afuera.

Adelantamos despacio sobre las movedizas olas, que cada vez mayores venían á nuestro encuentro desde el cabo más próximo, donde se levanta una roca en forma de campanario en la embocadura de la bahía. Nuestro bote sorteó felizmente el oleaje y llegamos cerca de la costa. Descubrimos entonces á la parte del este una bahía pequeña con una estrecha entrada de fácil acceso y playa baja de etites, que parecía un verdadero puerto á la medida del bote. Remamos hacia adentro á través de las algas, que casi cerraban su embocadura.

El agua estaba quieta y transparente como un cristal, y cuando, inclinados sobre la borda de la embarcación, mirábamos abajo veíamos en el fondo montañoso numerosos grupos de preciosas algas calizas; había sin fin de variedades y colores, y entre ellas podían percibirse grandes estrellas de mar de un hermoso color anaranjado.

Tan pronto como nuestros efectos fueron descargados y el bote sacado á tierra, Duse, con Andersson en clase de ayudante, se dirigió hacia la montaña próxima para empezar el trabajo de cartografía, mientras Skottsberg y yo pusimos en orden la impedimenta para proceder á la instalación de la vivienda, eligiendo como sitio más conveniente las inmediaciones de un arroyuelo.

Los leopardos marinos despertaban al oir tan inusitado bullicio, nos miraban con aspecto traidor, se revolcaban un rato de un lado á otro y luego, con un movimiento ágil, íbanse algo más allá para otra vez entregarse á su descanso perezoso.

Levantamos una pequeña tienda para instalar los instrumentos y las colecciones. Pusimos las provisiones amontonadas en el suelo, cubiertas con una lona, y después instalamos nuestra tienda. En el centro de ella improvisamos una mesa con una tabla redonda que llevábamos á prevención y ultimamos otros detalles indispensables. Una caja de madera nos sirvió de alacena; los sacos-camas se colocaron juntos en el sitio que nos pareció más abrigado y los enseres menudos fueron distribuídos convenientemente donde menos estorbasen.

El tiempo se deslizaba rápidamente durante estos quehaceres, y cuando el campamento estuvo en regular orden, nos apresuramos á condimentar la cena para cuando regresasen nuestros compañeros.

El corto día de invierno había ya concluido; nos sentamos á la mesa, y era ya bien de noche cuando tomamos con el café una copa de ponche para celebrar el comienzo de mayo, mes con cuyo nombre bautizamos nuestro diminuto puerto.

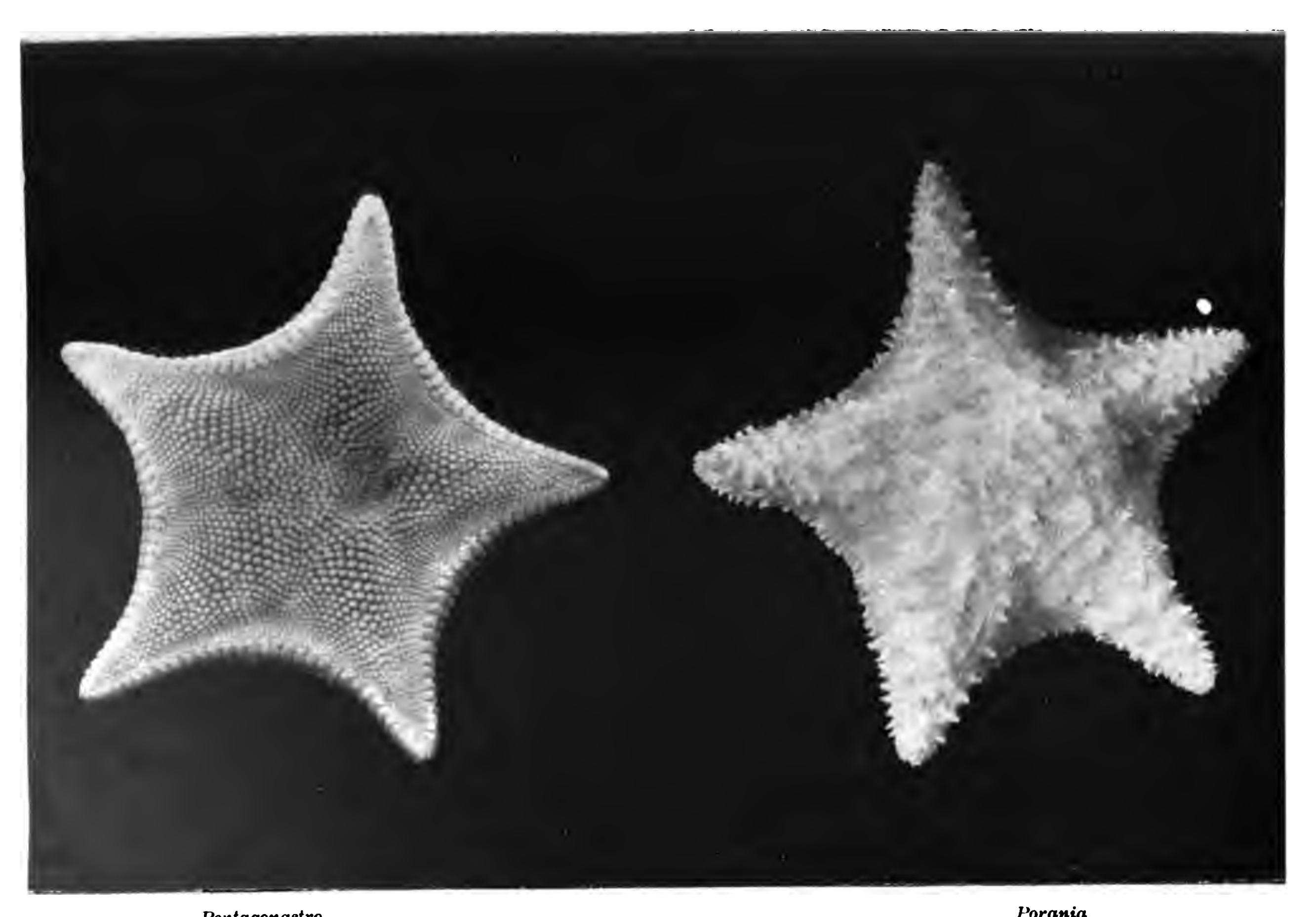
Al día siguiente madrugamos todos para emprender

los trabajos de exploración. Duse, Skottsberg y Andersson se encaminaron á la escarpada cumbre de la montaña situada cerca del campamento, á la que yo di después el nombre de «Duse». Yo me dirigí hacia el valle para averiguar hasta dónde podíamos extender nuestras excursiones por aquel lado.

Hacia el interior, aunque no muy lejos del lugar donde acampamos, encontré dos lagunas heladas que crucé sin dificultad. Era la primera una insignificante balsa que alimentaba con el sobrante de sus aguas el arroyuelo que pasaba cerca de nuestra tienda. La otra laguna, bastante mayor, vertía sus aguas en un caudaloso río que desembocaba en la parte interior de la bahía de Mayo. Este mismo río, más arriba del valle, cae formando espumosa cascada desde una alta escarpadura de la montaña. Cuando hube trepado por las inmediaciones de la cascada, se presentó á mi vista un verdadero lago sin hielo, mucho mayor que los anteriores.

En todo el valle no pude ver entonces ningún ventisquero; había todo lo más algunas acumulaciones de nieve de antigua formación en los declives de la montaña, pero por todas partes encontré rastros de un antiguo y grande ventisquero, lodo procedente de un derrumbadero y hielo consistente, demostrando que algún día una formidable masa helada había llenado todo el valle. Esto constituía—prescindiendo de algunas pequeñas observaciones de la expedición alemana en la bahía Real—la primera prueba de la existencia de un grande y único ventisquero en la Georgia del Sur, en un tiempo remoto, y en su consecuencia, denominé después este valle con el nombre de «Borés».

Un poco más arriba del lago sin hielo parecía formar

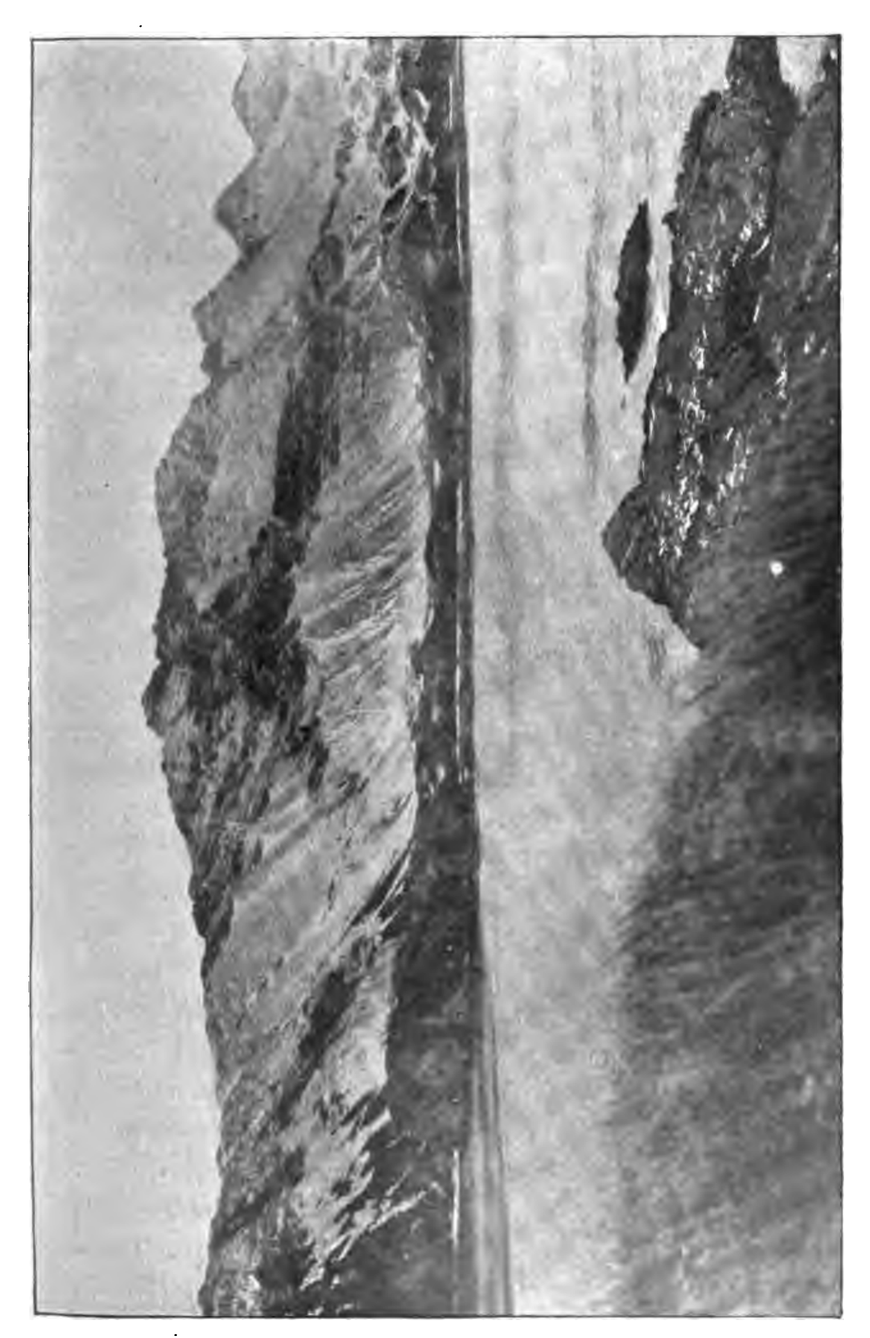


Pentagonastro. *Porania*

Asteroide de los bancos de Burdwood, á 140 metros de profundidad.—9/10 de su tamaño natural.



Pájaro bobo imperial.



Bahía de Mayo y montaña Duse.

el valle una especie de desfiladero, cuyo otro lado debía inclinarse hacia algún terreno más bajo, invisible aun. Anhelando poder ver si el área de nuestras excursiones podría extenderse en aquella dirección, proseguí la marcha. Lo que vi fué verdaderamente sorprendente: hacia el sur, es decir, hacia el interior de la isla, se extendía otro extenso valle, cuya parte llana estaba aún en parte oculta á mi vista; más lejos, al sudeste, distinguí una extensión de agua que tomé por otro lago, sobre cuya superficie azul obscura formaban vivo contraste algunos bloques de hielo flotante disgregados. Pero cuando, para dominar mejor el terreno, hube trepado un poco más arriba la montaña de Duse, me convencí de mi error.

Mucho más lejos de lo que había hasta entonces supuesto, se internaba la ría de Cumberland, separándose en varios trozos, y el agua que acababa de ver pertenecía á un trozo de la ría separado de ella por un formidable despeñadero. Allí se encontraban rastros de un antiguo ventisquero, tan sorprendente y raro que, á pesar de su distancia, me produjo una maravillosa impresión.

El estudio de estos restos glaciales es tan interesante que merece ser expuesto extensamente al hacer la relación general de la naturaleza de la Georgia del Sur. La contemplación de tan variados panoramas producíanme grata impresión, no solamente bajo el punto de vista artístico, sino por lo que significaban aquellos descubrimientos para hacer una perfecta cartografía de la isla.

Al pie de la montaña corría un pequeño brazo de la ría de Moran, no observado hasta entonces, y en dirección al mar avanzaba una lengua de tierra que formaba un recodo entre la ría y la pequeña ensenada, y, cosa

singular, en el mar y arrimado á la orilla se encontraba un gran bote pintado de verde.

¿Habría habitantes en aquella parte de la ría, donde creímos estar solos desde la salida del «Antártico»? Sabía que algunos pescadores de focas, norteamericanos, habían visitado la Georgia del Sur durante los últimos años, pero ahora no era la estación propicia para la pesca de focas peludas y era muy sorprendente ver un bote en la orilla. Bajé en seguida la pendiente de la montaña para explorar aquellos alrededores, pero no vi á alma viviente en torno, donde todo indicaba que nadie había turbado la tranquilidad de la Naturaleza hacía mucho tiempo.

Un par de lobos marinos se desperezaban entre la alta y floreciente poa y una bandada de cercetas huía con vuelo rápido.

El bote estaba seguramente allí hacía muchos años, pues la poa estaba alta en los alrededores, y mientras examinaba la embarcación, una pequeña paloma de mar *(chionis)* salió de dentro emprendiendo el vuelo.

Era una gran canoa descubierta, con orza de deriva en el centro, de nueve metros de larga por tres de ancha; demasiado grande para haber sido traída como bote sobre la cubierta de un buque; pero, por otra parte, demasiado pequeña para haber hecho un recorrido largo por el mar de aquella tempestuosa costa.

No era el bote el único rastro de seres humanos: en la orilla se encontraba un montón de ladrillos, y muy cerca del bote había una olla de hierro fundido que contenía grandes pedazos de pieles de foca. En el límite de baja marea encontré seis ollas más de la misma clase, algunas casi cubiertas por el agua. En una pude leer una marca oxidada y confusa: «*Johnson & Son—W...ping*

Dock—London»; pero no era fácil adivinar cuál fuera su procedencia. El bote era demasiado grande y pesado para navegar por la ría, y demasiado pequeño para haber viajado á través del océano: tal vez había sido conducido allí para realizar expediciones de pesca en la costa meridional de la Georgia, entre las diferentes rías. Las ollas estaban por lo visto destinadas á cocer aquella grasa, tal vez en un horno, para cuya construcción debían ser los ladrillos. La instalación debía haber sido suspendida, pues los ladrillos y las ollas estaban tiradas por el suelo como cosas sin valor: de la presencia de la grasa en una de las ollas y de la carbonización de algunas matas de poa alrededor y debajo de ella, podía deducirse que se había intentado allí el derretimiento de la grasa.

Por otra parte, parecía que los pedazos de piel habían sido colocados en la olla con mucha anterioridad, y que el fuego fué encendido debajo bastante tiempo después.

Más adelante veremos que había desembarcado gente con alguna frecuencia en aquel lugar. La adjunta fotografía del bote fué sacada cuando el «Antártico» estuvo anclado en aquella singular y pequeña bahía, que llamamos «de las Ollas». El hombre que se ve cerca del bote en la fotografía, es el primer maquinista del «Antártico», Karlsen.

Había ya cerrado la noche cuando estuve de vuelta en el valle de Borés; el último trozo del camino lo hice en la obscuridad más completa, andando á tientas entre las matas de poa. Este difícil regreso hizo tanto más agradable el término de mi caminata al ver la tienda iluminada y escuchar el confortable ruido de la cocina «Primus».

Cuando referí á mis compañeros que había llegado

por tierra á un paraje desconocido de la ría y encontrado un bote en la orilla, creyeron que bromeaba, pero poco á poco logré convencerles de que había encontrado un verdadero puerto de pescadores y tratamos extensamente de la posibilidad de anclar allí el «Antártico» por algún tiempo, lo que facilitaría la exploración de las regiones interiores. Algunos días después encontramos también cerca de



Parte baja del valle de Borés.
Las pequeñas lomas están cubiertas de poa.—En la bahía al interior de la roca en forma de campanario (bahía de Mayo) hállase nuestro campamento.

nuestra vivienda antiguos vestigios de visitantes. En las inmediaciones de la embocadura del río que alimenta el citado lago sin hielo, descubrimos, frente por frente á la bahía de Mayo, una gruta escavada en la pendiente rocosa de la montaña. Esta gruta, cuya entrada está en parte escondida por un montón de tierra cubierta de hierba, tiene unos veinte metros de largo por ocho de ancho; es bastante alta de techumbre, mientras que la abertura es algo más baja. En el fondo de esta cavidad

se extiende un estrecho corredor de unos cinco metros. En esta gruta encontramos restos de dos hogares, un tapón de corcho, una lata, un pedazo de cuero y gran cantidad de huesos de aves y mamíferos, que los habitantes accidentales de la gruta habían dejado.

Alegres y rápidos transcurrieron los días que pasamos en la bahía de Mayo.

Organizábamos expediciones en dirección de la bahía de Borés, hasta mucho más allá de la de las Ollas, subíamos á la escarpada loma de la montaña de Duse, desde donde se dominaba el panorama despejado y magnífico que se extiende al sur de la bahía de Cumberland. Un día botamos al agua nuestro grande y pesado bote y remamos buen espacio hasta la punta occidental de la bahía de Mayo.

Mientras Duse montaba sus instrumentos cartográficos, Skottsberg hacía estudios botánicos; yo recogí muestras de rocas y Andrew se paseaba en el bote. Observamos entre las algas algunos peces bastante grandes que nos hicieron entrar en deseos de ensayar los aparejos de pesca que habíamos desembarcado. Los cinco ejemplares de una *notothenia* que pescamos, fueron declarados ejemplares científicos, es decir, fueron puestos en alcohol en vez de pasar á la cocina; pero este pequeño y afortunado ensayo de pesca fué seguido de otros más prácticos que se llevaron á cabo en la bahía de las Ollas, durante las semanas sucesivas, y que nos proporcionaron variada alimentación.

Aunque nuestro campamento estaba situado junto al pequeño puerto de la bahía de Mayo, dejamos completamente en paz á los leopardos marinos, que tenían su residencia preferida en la orilla, muy cerca de nuestra

tienda. Iban y venían, pescaban un rato en la bahía y se tendían sin temor sobre la hierba para digerir tranquilamente la comida. A veces, durante la noche, cuando estábamos despiertos y escuchábamos la tempestad que sacudía la tienda, podíamos percibir á través de la lona el ajetreo de alguno de aquellos feos compañeros de vecindad que daba vueltas y resoplaba en inquieto sueño. Por la noche, cuando todo estaba quieto y tranquilo, atrevíanse también de vez en cuando á llegar cerca un par de ocas, atraídas por el arroyuelo, sintiendo cómo chapoteaban en el agua. Tuvimos buen cuidado de no espantar á estos animales que nos servían de distracción.

Cuando queríamos comer un asado de pato, íbamos á cazarlos al interior de la bahía.

Una vez terminado el trabajo del día y puestos en orden nuestros sacos para dormir, tenía Skottsberg la costumbre de leer en alta voz, á la luz de un pequeño quinqué de petróleo, uno ó dos capítulos de las leyendas *Gösta Berling*, que constituyeron también nuestra lectura durante las largas y solitarias horas de guardia, cuando durante las noches de tempestad debíamos vigilar la tienda.

Recuerdo mis impresiones durante una de aquellas noches. Había estado leyendo la historia de la joven condesa Elisabeth Dohna, que, con peligro de su vida, honor y reputación, andaba sobre el hielo para salvar á Gösta Berling de cometer un pecado. Maravilloso poema que allá en la soledad del campo sobrecoge más fuertemente el ánimo, cuando la obscura noche rodea la isla de abruptas rocas batidas por las tempestades, despertando recuerdos de una patria lejana, donde ha comenzado la primavera con sus flores y sus alegres sueños.

Salí al aire libre. El viento huracanado silbaba á través del valle, barriendo la nieve de las laderas; el cielo estaba cubierto de desgarradas nubes que pasaban velozmente sobre las cumbres de las montañas, cuyos más pequeños detalles se dibujaban débilmente á la brillante luz de las estrellas. Desde el mar llegaban los ruidos sordos regulares de la marejada.

Abstraído en la contemplación de esta Naturaleza, grandiosa en su realidad, asaltaba de pronto mi mente el recuerdo de la maravillosa leyenda de Selma Sagerlöf, y veía como en sueños, interminables bosques de pinos y florecientes campos y vastos jardines, con tal fuerza de realidad, que por un momento creía hallarme en la más poética región del mundo.

Pero nuestro mejor sueño era el constante recuerdo de nuestra patria y nuestros hogares. Un día que nos encontrábamos encerrados en la tienda á causa del temporal de nieve que reinaba, recordamos que precisamente aquel día era el de la fiesta de la primavera en Upsala. Nos representábamos la regocijada multitud, las alegres y claras *toilettes* de primavera, los grupos de estudiantes que iban al concierto que se celebraba en la Universidad; el bullicio de los niños en el jardín botánico, los bailes, los brindis y los discursos; mientras nosotros, aislados del mundo, estábamos encerrados por la nieve en mal abrigada tienda y en lo más remoto del Atlántico.

Había transcurrido ya el tiempo que el «Antártico», según lo convenido, debía emplear en su viaje por la costa. Comenzaba á preocuparnos su tardanza y pensábamos si habría ocurrido alguna desgracia al buque, en cuyo caso nos aguardaba una larga espera hasta el mes de agosto, en cuya época, según lo convenido, marcharía



Orilla occidental de la bahía de Mayo.

en nuestra busca un buque velero desde la isla de Falkland, si antes no habíamos regresado.

Las provisiones que habíamos llevado no bastaban para tan largo tiempo, y procuramos acostumbrarnos á los alimentos que proporcionaba la fauna del país: carne de leopardo marino, ocas y pájaros bobos, que encontramos más tarde y nos parecieron excelentes.

Nuestros trabajos en los alrededores de la bahía de Mayo estaban concluídos, y decidimos emprender un viaje en bote al interior del brazo occidental de la ría. Para no sobrecargar el bote con artículos superfluos y para perder el menos tiempo posible en el arreglo de nuestros campamentos accidentales, decidimos no llevarnos tienda y dormir en el bote poniendo un toldo por encima.

A las diez de la mañana del 11 de mayo partimos, embarcados unos y andando otros, durante la resaca por cerca de la orilla, que presentaba un acantilado casi vertical. Desde el comienzo del viaje sopló viento contrario desde dentro de la ría, y nos costó mucho trabajo hacer avanzar nuestro grande y pesado bote que, á veces, durante las ráfagas más violentas, apenas podíamos aguantar á flote.

A la una y media llegamos á un punto en que la alta muralla de roca formaba una pequeña ensenada de orilla baja y arenosa, donde desembarcamos, y en cuyas inmediaciones cubiertas de poa vimos algunos leopardos marinos durmiendo. Uno de ellos nos había de proporcionar comida y combustible, y mi primer cuidado, una vez en tierra, fué el de enviar al que me pareció más grueso una bala certera.

Hallamos en aquel sitio la única colonia de pájaros

bobos digna de mención que vimos durante nuestra estancia en la Georgia del Sur. Era un grupo de algunos centenares de pájaros bobos *(papua)* que tenían su residencia sobre una planicie descubierta, bastante más arriba del declive sembrado de poa. De cuando en cuando algunos grupos venían desde el mar á la orilla, avanzando sin desconfianza alguna hacia nosotros, formados en pequeñas patrullas con su jefe á la cabeza.

La noche era benigna y alumbraba con todo su esplendor la luna. En un lugar desprovisto de hierba encendimos una hoguera con grasa de leopardo y hojas secas, y alrededor de este hogar nos sentamos en cordial reunión á tomar nuestro chocolate de la noche.

Atraídos por el resplandor del fuego pasaban velozmente pequeños pájaros sobre nuestro campamento. Andrew creyó que eran como los de Falkland y los llamó «pájaros del Fuego».

Deseando conocer su especie intentó matar uno, lo que tuvo que dejar por imposible, pues á pesar de que se acercaban mucho, volaban demasiado rápidamente. Algún tiempo después logramos coger uno á bordo del «Antártico», pues esta ave nada y vive comunmente en alta mar, y pudo ser identificado con el pájaro del Fuego que bautizara Andrew. Era el pequeño *pelecanoides exsul* perteneciente al grupo de los proceláridos (*).

Hicimos nuestras camas en el bote poniendo hierba poa debajo de los sacos, pero notamos, con todo, la desigualdad de las cuadernas. Si á esto se añade que estábamos acostados estrechamente debajo de los bancos del bote y no podíamos dar vueltas, debiendo guardar

(*) Según amable comunicación del profesor E. Lömberg.

toda la noche la posición en que nos habíamos echado, se comprenderá que no descansamos muy cómodamente. Uno de mis compañeros juró firmemente que jamás volvería á acostarse en el bote.

Durante la mañana siguiente subimos á la montaña situada cerca del campamento, desde donde disfrutamos una magnífica vista en dirección al gran ventisquero del fondo de la ría occidental (ventisquero de Neumayer), cuya perspectiva nos sugirió la idea de buscar un camino sobre el hielo para el caso de que el «Antártico» no estuviese pronto de regreso.

En el valle que se extendía al interior de la bahía de los pájaros bobos y que recorrimos durante aquel día, no había ningún ventisquero, pero vimos por todas partes restos de derrumbaderos y piedras estriadas que señalaban un antiguo yacimiento de hielo. Entonces me convencí de la importancia de este descubrimiento y comprendí cómo toda la extensión de la ría había estado en tiempos remotos llena de una inmensa masa helada que debió rebasar los brazos de la embocadura, avanzando hasta el mar abierto como una formidable muralla.

Mientras Duse continuaba sus trabajos cartográficos sobre la montaña que habíamos escalado primeramente, Skottsberg y yo atravesamos el amplio valle en forma de cono invertido y llegamos á un desfiladero cuya altura llegaba á 417 metros, desde donde se nos ofreció un despejado panorama del valle de Borés, viéndose además el interior de la ría de Moran.

Allí obtuve la vista general de dicha ría y sus alrededores, que se ve en la página 128. Desde lo alto del desfiladero habíamos visto en la costa y al pie de unas

montañas lejanas, en dirección oeste, una gran extensión de agua en cuya superficie se observaban grandes bloques de hielo flotante; la embocadura de esta ensenada nos hacía recordar, por su configuración, la de la ría de Moran. Skottsberg, que había trepado hasta lo más alto del desfiladero, observó dos pequeños brazos de ría completamente semejantes á los que formaba la ría de Moran, separados uno del otro por un derrumbadero é independientes de la ría occidental, cuya posición estaba marcada por numerosas algas que se extendían entre los cabos de la embocadura. En estas bahías desembocaban dos ventisqueros, que denominé de Lyell y Geikie.

Cuando nos encontramos reunidos á las cuatro de la tarde cerca del bote, ante el guisado de pájaro bobo, con la copita de aguardiente en la mano como aperitivo, vimos el «Antártico» que avanzaba lentamente en alta mar. Levantamos las copas, dimos un fuerte hurra y brindamos por el querido y viejo buque. Cuando obscureció encendimos una gran hoguera con grasa de foca y hierba poa seca, cerca de la orilla, para hacer señales al «Antártico», que había anclado en el puerto de Jason; pronto izaron á bordo una linterna en contestación á nuestra señal, y después supimos que el capitán también había lanzado un cohete con tal objeto, que sin embargo no observamos.

No nos habían quedado, desde la noche anterior, ganas de dormir en el bote, y dispusimos nuestro campamento alrededor de un formidable fuego entre la poa. Esta determinación nos libró de un serio contratiempo.

El tiempo había sido durante aquel día muy variable; la mañana amaneció tranquila y despejada, al mediodía

sobrevino una tempestad de nieve y por la noche sopló un fuerte vendaval.

Antes de meternos en los sacos para dormir, estuvimos un rato conversando alrededor del fuego. Resguardados por la poa alta de más de un metro, estábamos tranquilos y abrigados cerca del agradable brasero, pero de cuando en cuando llegaba una ráfaga de viento silbando sobre la hierba ondeante, y cuando estábamos sentados más tranquilamente, sopló una racha más fuerte que las demás y se oyó un singular chisporroteo desde la orilla. Nos dirigimos hacia aquel lugar: nuestra hoguera de señal se había apagado, pero á lo lejos, sobre la ría, relucía la pequeña y tranquilizadora lucecilla de la linterna del «Antártico». La obscuridad era tenebrosa en la orilla; el viento bajaba silbando alrededor de la montaña y se oía el ruido de las olas amenazador é imponente.

—¡El bote está perdido!—gritó una voz en la obscuridad.

En efecto, sólo encontramos en su sitio los bloques de piedra que lo sujetaban, pero siguiendo la cuerda que lo ligaba al suelo, volvimos á encontrarlo más arriba, cerca de la poa.

La tempestad lo había arrojado á varias brazas de su sitio, sobre el declive de la orilla resbaladiza á causa del hielo mojado, y lo más particular era que el viento le había hecho dar un verdadero salto por encima de los grandes bloques de piedra que colocamos para apoyar sus costados. Los aparatos fotográficos y el teodolito se encontraban, por fortuna, sin desperfectos en donde los habíamos puesto bien acondicionados, á nuestro regreso de la excursión. Si los hubiésemos dejado como la noche

anterior que pasamos en el bote, sobre uno de los asientos sin tomar más precauciones, seguramente se hubieran hecho añicos.

Lo único que perdimos en aquella ocasión fué una lata de petróleo que, arrastrada por el vendaval, encontramos al día siguiente, después de mucho buscar, aplastada y vacía entre la poa.

Toda la noche hicimos guardia para vigilar el bote, amarrado y calzado de nuevo, y para mantener el fuego del campamento alrededor del cual habíamos puesto los sacos para dormir entre las matas de hierba. Yo tenía que hacer la última guardia, de las cuatro á las seis de la mañana. A las cinco y media empecé á preparar el almuerzo, que consistía en café y pescado frito. Me sirvió de cocina la hoguera del campamento, y cuando hube terminado estas operaciones llamé á los compañeros. Concluida la comida nos dedicamos á arreglar los desperfectos del bote, entre ellos á afianzar la quilla que se había desclavado casi por completo.

No acabamos hasta las ocho, hora en que emprendimos la marcha; la pérdida de este tiempo nos contrarió mucho, porque teníamos empeño en acabar algunos trabajos en el punto interior de la ría, antes de que viniese el «Antártico» á buscarnos.

Después de haber fijado sobre un palo metido en la grava de la orilla un escrito dando cuenta de nuestros planes, continuamos la marcha á lo largo de la costa. Hacía sol y la mañana era tranquila, por lo cual remamos con relativa facilidad, y ya á las once desembarcamos en la punta del desembarcadero, entre los dos pequeños brazos de ría cerrados por barras cubiertas de algas. Dos horas después, Duse había concluido sus trabajos carto-

gráficos en la ría occidental y estuvimos en disposición de dirigirnos hacia el puerto de Jason.

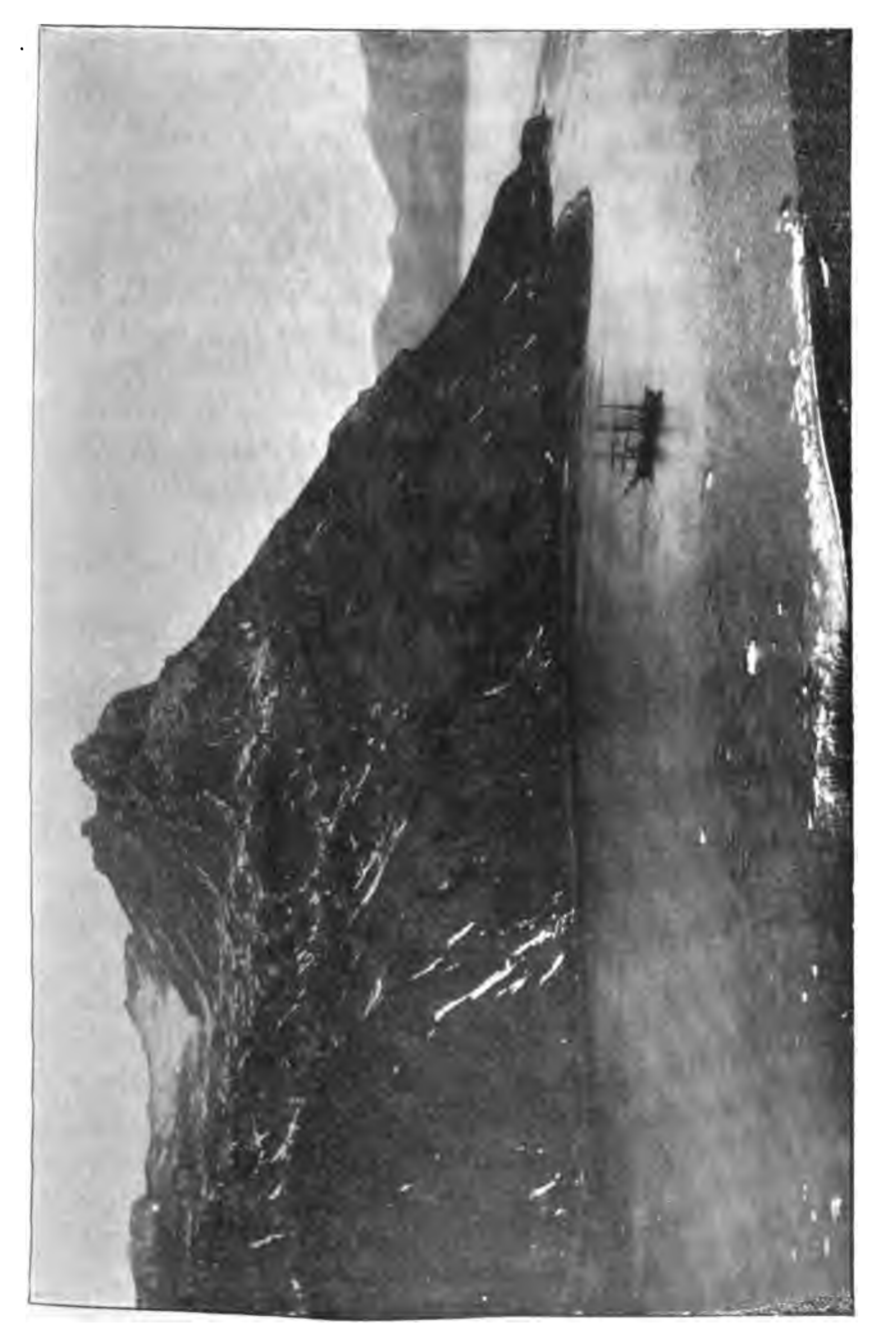
El tiempo había, mientras tanto, tomado un aspecto amenazador; la atmósfera estaba obscura sobre la ría, cuya superficie agitaba un fuerte viento. Pero nuestro anhelo era llegar á bordo para disfrutar cuanto antes de buena comida, dormir en mullida cama y conversar con los simpáticos camaradas.

Por todo esto, atravesamos la ría sin tomar precaución alguna, aunque no tardamos mucho en tocar los resultados de nuestro atrevimiento. Desde los ventisqueros del fondo vinieron ráfagas tempestuosas sobre la ría, azotando las olas espumosas y viniendo hacia nosotros como amenazadoras trombas. La tempestad silbaba fragorosamente en torno del bote, y para que no se volcara capeábamos el viento como mejor podíamos.

De este modo estuvimos balanceándonos casi en el mismo puerto, mientras que los remadores gastaban sus fuerzas en tan rudo trabajo para sostener el bote contra el viento. Esta maniobra no daba buen resultado porque la tempestad era cada vez más fuerte. Decidimos entonces virar y con el viento de popa ir transversalmente hacia la otra orilla.

Esperamos un intervalo entre dos rachas, y remando todos á la vez, en un abrir y cerrar de ojos había hecho el bote su peligroso viaje.

Así y todo, la operación no había terminado; el bote era demasiado grande para tan poca tripulación cuando se trataba de remar contra el viento; pero, afortunadamente, era también muy marinero y marchaba divinamente con el viento de popa. Cuando arreciaban las ráfagas y quería ir contra el viento, no podía hacerle



Montaña Duse.—El «Antártico» en la bahía de las Ollas.

volver yo solo con el timón, y mis compañeros habían de ayudarme con los remos, unas veces en un costado y otras en el opuesto, debiendo observar una precisión matemática.

De esta manera logramos salir velozmente fuera de la ría, y poco á poco hicimos rumbo hacia la orilla adonde nos dirigíamos. Pronto nos encontramos muy cerca de la tierra norte: el puerto de Jason estaba ahora derechamente á proa, pero aunque felizmente alcanzásemos su embocadura, ¿nos quedarían fuerzas para remar hasta el «Antártico»? Una pequeña bahía se encontraba más cerca delante de nosotros. Decidimos intentar abordarla y esperar en ella el término de la tempestad.

Pero cuando habíamos llegado cerca de la embocadura de la bahía, observé que enfilábamos un arrecife, contra el cual rompían las hirvientes olas y hacia donde adelantábamos con vertiginosa velocidad: íbamos á una catástrofe segura. No nos quedaba otro recurso que ir directamente al puerto de Jason. Otra vez se alejó el bote de la orilla y otra vez marchamos velozmente zarandeados por las espumosas olas de fondo. Pronto estuvimos en el cabo de la bahía de Jason, que pasamos internándonos en agua más quieta. La tempestad silbaba todavía fuera de la bahía como un gigantesco fuelle. El «Antártico» se encontraba aún muy lejos, en el fondo de la bahía, y era preciso hacer el último esfuerzo. Poco á poco logramos adelantar sin separarnos mucho de tierra. Ganábamos entre las ráfagas algún camino, mas cuando volvía á soplar el viento, se detenía el bote arfando en un mismo puesto cuando no volvía atrás.

Los remadores empleaban sus últimos recursos, ejercitando toda la fuerza de sus músculos, y los remos se

cimbreaban. ¡Bravo! ¡Ganamos, un poquito más, ánimo, adelante! Cada vez aparece mayor el «Antártico» á medida que nos vamos acercando; nos han visto desde la borda, que está atestada de gente, y cuando por fin atracamos á su costado, se oye que nuestros camaradas lanzan un alegre y estruendoso hurra. Pisamos, por fin, la cubierta del buque.

—Están ustedes locos arriesgándose con semejante tiempo – exclaman.

—Son ustedes unos valientes—añade Andreassen, estrechándonos las manos.

El mayordomo dispuso en el salón de reunión un apetitoso refrigerio, y mientras comía, relataba Larsen los principales acontecimientos del viaje del «Antártico» á lo largo de la costa. Habían estado cerca de la parte noroeste de la isla en la bahía de la Posesión y en la de las Islas. Casi siempre habían tenido un tiempo en extremo desfavorable; las tempestades de nieve huracanadas se habían sucedido, haciendo muy difícil la navegación entre innumerables escollos y arrecifes. Cierta noche borrascosa y durante una travesía difícil en que se había dado á ambas anclas mucha cadena para que aguantasen con más seguridad contra la tempestad, que aumentaba, empezó el buque á rozar con su popa el fondo submarino. Larsen evitó embarrancar saliendo á toda máquina después de levar anclas y logró hallar, en medio de la obscuridad y de la densa nieve que caía, un seguro refugio.

A pesar de todos estos peligros y contrariedades, habían llevado á término valiosos trabajos. Realizaron numerosos dragajes é hicieron importantes observaciones referentes á la antigua formación del hielo; hallaron algu-

nas parejas que empollaban del grande *albatros (diomedea exsulans)*, mostrándose muy satisfechos por los resultados verdaderamente prácticos del viaje.

El día siguiente levó anclas el «Antártico» é hizo rumbo hacia la bahía de Mayo, donde embarcamos nuestra tienda, colecciones, etc. Por fin entramos en la ría sur, y después de haber efectuado un sondeo en el centro de la misma, ancló el «Antártico» á las dos de la tarde en la bahía de las Ollas. Allí nos quedamos durante un mes hasta nuestra partida de la Georgia, el día 15 de julio.

Durante la primera etapa de nuestra estación en este puerto, pudimos realizar nuestros trabajos científicos cómodamente, favorecidos por un tiempo tranquilo y sereno. La nieve que antes había caído se derritió otra vez en su mayor parte; la temperatura era á menudo de varios grados sobre cero y el país ofrecía casi un aspecto primaveral.

El cartógrafo podía trasladarse á los puntos más convenientes; los estudios geológicos se hicieron bajo las más ventajosas circunstancias, y los zoólogos y botánicos estaban en continua actividad.

Algunas veces salió el buque á la ría para hacer sondeos y trabajos zoológicos, regresando por la noche á la bahía de las Ollas.

Acerca de los viajes en bote realizados durante este tiempo, sólo quiero decir unas palabras acerca de uno de ellos: durante una visita á la bahía de Moran el 26 de mayo, había yo descubierto en un formidable bloque de piedra un pequeño fósil, el primero que halláramos en la Georgia del Sur. El hallazgo era de la mayor importancia, pero el ejemplar estaba tan mal situado, en medio de una vasta superficie llana, incrustado en el gran bloque de

piedra, que no lo podía arrancar con las herramientas (martillo y escoplo) que llevaba conmigo. Por esta razón se equipó, el 25, en el «Antártico», una pequeña expedición compuesta de Skottsberg y yo con dos marineros que llevaban barrenos, dinamita, una tienda y provisiones en abundancia. Trabajamos dos días, barrenamos y partimos la roca con dinamita hasta que pudimos sacar el



Barrenando la piedra.

pequeño fósil, teniendo la satisfacción de obtenerlo sin desperfecto alguno. Hay motivos para esperar que, después de ser examinado por un paleontólogo competente, nos informará sobre la época de formación de las montañas donde fué encontrado.

También para la tripulación del «Antártico» fué muy agradable el tiempo pasado en la bahía de las Ollas. Los domingos, cuando estaban libres de trabajo los marineros, hacían, si el tiempo lo permitía, pequeñas excursio-

nes para cazar patos, subían á la cumbre de alguna montaña cercana, ó daban largos paseos por la costa.

La distracción que durante algún tiempo tuvo más aficionados fué la pesca. La bahía de las Ollas era inmensamente rica en pescado, y cogimos directamente desde el buque más de setecientos grandes y singulares peces, muy sabrosos, pertenecientes á dos clases distintas, de una familia característica del mar Antártico *(nototeriones)*. Durante tres semanas constituyó el pescado fresco el plato más importante de nuestra comida á bordo.

Con el mes de mayo acabó aquel hermoso tiempo verdaderamente primaveral; del 4 al 12 de junio tuvimos casi sin interrupción muy bruscas tempestades de nieve, que depositaron sobre el hielo una capa de casi un metro de nieve. Este tiempo nos quitó toda posibilidad de continuar nuestros trabajos en trineo.

El 15 de junio salimos de la bahía de Cumberland, haciendo primeramente marcha directa fuera de la costa y determinando por medio de una serie de sondeos la configuración submarina de la costa. (Véase el mapa, página 72.)



Vegetación invernal de *Acæna adscendens*.—Bahía de Mayo.

CAPÍTULO VI

Descripciones de la naturaleza de la Georgia del Sur

Con sus altas cumbres cubiertas de nieve, sus numerosos ventisqueros y sus formidables torrentes, produce la Georgia del Sur, á primera vista, la impresión de un verdadero país polar. Pero su estudio más minucioso modifica bastante esta apreciación. Mientras que en el punto extremo hacia el norte del territorio sudpolar—Tierra de Graham—marca el termómetro una temperatura media de 11° 8' bajo cero durante todo el año, la Georgia del Sur se parece más, bajo este punto de vista, á la Tierra del Fuego é islas de Falkland, porque la temperatura media anual es de + 5° 9' á + 6°, lo que equivale á un promedio anual de + 1° 4'. La diferencia entre las condiciones climatológicas se hace más notable com-

parando entre sí las temperaturas mínimas observadas en ambas regiones. Mientras que en Snow-Hill ha llegado á marcar el termómetro 41° 4' bajo cero, la más baja temperatura observada en la Georgia del Sur es sólo de 12° 3' bajo cero.

Para comparar un clima parecido del hemisferio norte, en Suecia por ejemplo, sólo encontramos en Götaland un invierno que resulta más benigno que el de la Georgia del Sur, mientras que, por otra parte, en esta isla se disfruta un verano más fresco que el de nuestra tierra hasta en sus regiones más septentrionales.

Este peculiar clima isleño que, con muy pequeñas variaciones, se mantiene durante el año alrededor de 1° 1/2 sobre cero, hace que la Georgia del Sur se parezca más bien, por su naturaleza, á las islas de Falkland y Tierra del Fuego, que es el verdadero territorio sudpolar. Sus rías están continuamente, tanto en invierno como en verano, libres de hielo, y durante todo nuestro viaje no observamos en el mar ni un solo bloque de hielo. Otros navegantes han encontrado alrededor de la Georgia meridional numerosas y formidables montañas de hielo, pero eran moles que poco á poco iban derritiéndose y que habían sido llevadas sin duda por las corrientes muy lejos de su territorio de origen, y su presencia en aquellos lugares no contradice en nada absolutamente nuestra aserción de que esta isla encuéntrase completamente fuera del radio normal del hielo del Mar Antártico. Las pequeñas masas de hielo que, procedentes de los ventisqueros del interior, flotan en la ría de la Georgia Meridional, no tienen más importancia que los bloques que á lo largo de la costa arrastran las corrientes marinas ante los bosques siempre verdes de la Tierra del Fuego.

Nuestro campamento.

En las costas de la Tierra de Graham sólo aparecen escasas y raquíticas algas, pues los hielos flotantes barren y desgastan casi constantemente las rocas de las orillas, de modo que las pequeñas plantas son arrancadas apenas han crecido.

Solamente á mayor profundidad—de diez á cien metros—se encuentran con la draga de fondo numerosos y á menudo curiosísimos ejemplares de algas de hermosísimos colores, á veces de tamaño gigantesco. Este hallazgo fué uno de los descubrimientos más interesantes de Skottsberg, y del cual hemos hablado extensamente en un capítulo anterior.

La costa de la tierra sudpolar produce, pues, también una variada flora de algas, aunque estas crezcan en agua más profunda y pasen inadvertidas para el observador superficial. Pero en la Georgia Meridional, lo mismo que en las islas de Falkland y en la Tierra del Fuego, aparecen y se desarrollan en muy distintas condiciones. En estos tres grupos de islas obsérvase en sus orillas una verdadera faja de hojas flotando sobre la superficie del agua, pertenecientes á la mayor de todas las algas marinas, *kelpen (macrocystis pyrifera)* (*). Las raíces de estas algas están realmente adheridas á profundidades que varían entre dos y veinticinco metros, pero sus ramificaciones se extienden por la superficie del agua y la planta crece, por esta sola razón, como fuera del helado radio polar propiamente dicho, y en sitios donde las costas no están expuestas directamente á la influencia del hielo flotante.

(*) El lector puede comparar los grabados de las páginas 77 y 84, que demuestran la existencia de *macrocystis*, tanto en las islas de Falkland como en la costa de la Georgia meridional.

Si estudiamos la vegetación terrestre, encontramos que la flora de la Georgia del Sur es, á pesar de sus quince clases de fanerógamas, sumamente monótona, comparada, no sólo con las ricas y variadas especies de la Tierra del Fuego, sino con las que produce Falkland, excluyendo sus bosques. Pero las magníficas alfombras de hierbas gigantescas que tapizan los declives de las montañas hasta doscientos ó trescientos metros sobre el nivel del mar, la abundancia de rosáceas *(acena adscendens)* en un paisaje enteramente invernal, como puede observarse en la fotografía obtenida, las numerosas aspídeas y ranunculáceas en flor, que pueblan las laderas, y los hermosos mantos de musgo que se extienden á lo largo de los torrentes, forman un extraño conjunto verdaderamente ajeno á la naturaleza de la tierra antártica, perteneciente á la región de las nieves perpetuas y donde tan sólo y muy raramente se ve tal cual muestra de musgo en algún espacio libre de hielo, ó pobres y raquíticas briznas de una sola clase de hierba *(aira antártica)*, únicos representantes del reino vegetal fanerógamo.

Entre las distintas aunque escasas variedades vegetales de la Georgia Meridional, llama la atención más poderosamente por su desarrollo particular la hierba poa *(poa crepitosa)*, que fué un día la planta característica de las costas de Falkland, donde aun cubre todas las pequeñas islas que no han sido invadidas por los rebaños de ovejas, hallándose también en varias localidades cercanas á la costa de la Tierra del Fuego.

La fauna de la Georgia Meridional también se distingue bastante de la verdadera fauna antártica. En la Georgia faltan entre las focas las especies típicas del Mar

Glacial, la foca Weddel *(leptonychotes Weddel)* y el cangrejero *(lobodon carcinophaga)*. Es, en cambio, característico el elefante marino *(macrorhinus leoninus)* que poblaba las islas antárticas más al norte, por ejemplo, las de los Elefantes y las de Shetland Meridional, donde ha sido extinguido por los pescadores de focas, mientras que todavía se encuentra en grandes rebaños y en varias islas situadas fuera del territorio de los hielos flotantes, como en la de Kergelen y en la de Heard.

Si añadimos á lo dicho que el ave más común de la Georgia del Sur es el pájaro bobo real *(aptenodytes patagonica)*, muy semejante al pájaro bobo imperial *(aptenodytes forsteri)*, que es el que más abunda en la Tierra del Fuego, y es desconocido en el país antártico; y agregamos que la Georgia Meridional cuenta entre sus aves al pato *(nettion georgicum)* y á un pequeño pájaro de precioso canto *(anthus antarticus)*, la desigualdad entre la Georgia del Sur y las regiones antárticas queda completamente demostrada.

La Georgia Meridional se puede comparar, por su templado clima invernal, por la faja de algas que rodea sus costas, por su alfombra de poa en las llanuras y en las faldas de las montañas y por muchos otros característicos detalles biológicos, con la serie de islas formada por las de Falkland, Tierra del Fuego, Kergelen y otras pequeñas que se ciñen á manera de cintura alrededor del país antártico central. En esta zona climatológica y biológica representa la Tierra del Fuego un extremo con su alta temperatura media y rica vegetación; mientras la Georgia Meridional, con su baja temperatura y su flora pobre en clases, forma el otro de transición hacia los verdaderos países sudpolares.

El biólogo de la expedición alemana de invernada, doctor Karl Von den Steinen, creyó, durante la primera etapa de su estancia en la Georgia Meridional, que había motivos para sospechar la existencia en aquel país de un pequeño mamífero terrestre roedor, pero más tarde se persuadió de que su creencia era errónea.

Otros navegantes anteriores habían tratado ya esta cuestión. Así descubrió Klutschak—quien visitó la isla en 1870 á bordo de un buque destinado á la pesca de focas—una ensenada, en la costa nordeste, á la que dió el nombre de «bahía de los ratones», por haber encontrado allí algunos de estos roedores, aunque supuso que habrían sido llevados por algún buque (*).

De no ser cierta esta conjetura, es seguro que se trata de una especie de roedores que residen en la isla, completamente distinta de la que suele albergarse en los navíos. Esta cuestión ofrece un gran interés zoológico.

Durante nuestra estancia en la Georgia Meridional discutimos acerca de tan misterioso roedor. En la bahía de las Islas observaron Karl Andersson y Larsen, sobre la nieve reciente, rastros que atribuyeron con seguridad á un unguiculado, y durante nuestra estancia en la bahía de las Ollas, nos dijo el piloto Haslum que había visto la cabeza de un animalillo parecido á un ratón, mirándole desde un agujero. Desgraciadamente no tuvimos nunca ocasión de resolver este problema, y sólo citamos estos datos para dar la voz de alerta á los exploradores futuros, para los que escribió esta nota el zoólogo de la expedición, K. A. Andersson:



Huellas de mamíferos observadas en la Georgia Meridional.

(*) Panorama alemán de geografía y estadística.—Año 3.°, cuaderno 11.°

«En la orilla de la bahía de las Islas observé, el 8 de mayo de 1902, rastros de un animal mamífero terrestre; estaban en parte cubiertos de nieve, de modo que sólo se pudo ver exactamente su disposición. En algunas partes se podía, sin embargo, distinguir claramente cuatro órdenes de patas y otra huella más pequeña. Donde los rastros parecían encontrarse á distancia normal uno de otro, medimos la distancia entre dos rastros que se seguían: veintiocho centímetros.»

La existencia de mamíferos terrestres en la Georgia del Sur continúa, pues, siendo problemática.

Abunda en este país un pájaro terrestre que se ve á menudo en la tierra baja. Es amarillo obscuro, del tamaño de una alondra, y produce con su alegre gorjeo una singular y deliciosa impresión en medio de la naturaleza desierta y grandiosa, donde hace recordar ese pequeño cantor otras regiones y otros climas más templados. Las especies más parecidas viven en las islas de Falkland y en el sur de América, pero éste es propio de la Georgia meridional: denomínase *anthus antarticus*, del que trajo un ejemplar la expedición alemana. Se alimenta de moscas, escarabajos y larvas que recoge entre las piedras y la hierba, y á menudo se le ve en la orilla seca en tiempo de baja marea, buscando con ahinco entre las masas de algas esparcidas por las olas. Su nido es difícil de encontrar, pues lo oculta perfectamente entre las hierbas. Tanto parado como volando por los aires, su trino es parecido al de las alondras. Canta sobre todo hacia la madrugada, y el explorador alemán observó que en el mes de octubre, durante la primavera del sur, á las cuatro de la mañana ya se podía oir su canto á través de las últimas sombras de la noche.

Exceptuando este pequeño pájaro y el pato chirriante que con frecuencia vive en las corrientes y los lagos, todas las demás clases de aves de la Georgia Meridional pertenecen al mundo animal marino.

Entre los pájaros de mar que vimos citaremos una clase de pájaros bobos, *papua,* que en pequeños grupos habitaban la bahía de Cumberland. La expedición alemana encontró, en cambio, en la bahía Real centenares de pájaros bobos reales incubando, y además ejemplares aislados de *pigoscelis antartico*, y de otras clases pertenecientes á costas más templadas, como saltarrocas *(cudytes).* Si añadimos á los arriba mencionados multitud de grandes y pequeños pájaros procelarios, el labo, la gaviota *(lavus dominicanus)*, la golondrina de mar y el cormorán, habremos mencionado todos los pájaros del país.

Los nombres de las dos clases de focas que tuvimos ocasión de reconocer en la Georgia del Sur, el elefante y el leopardo marino, les han sido dados á causa de su semejanza exterior con los dos animales terrestres bien conocidos.

El macho de la primera clase es de color gris, pesado y de recia piel con una trompa corta; el último es un animal de rapiña manchado, delgado y ágil, que por su manera de coger la presa y por su agilidad, puede competir con su homónimo terrestre.

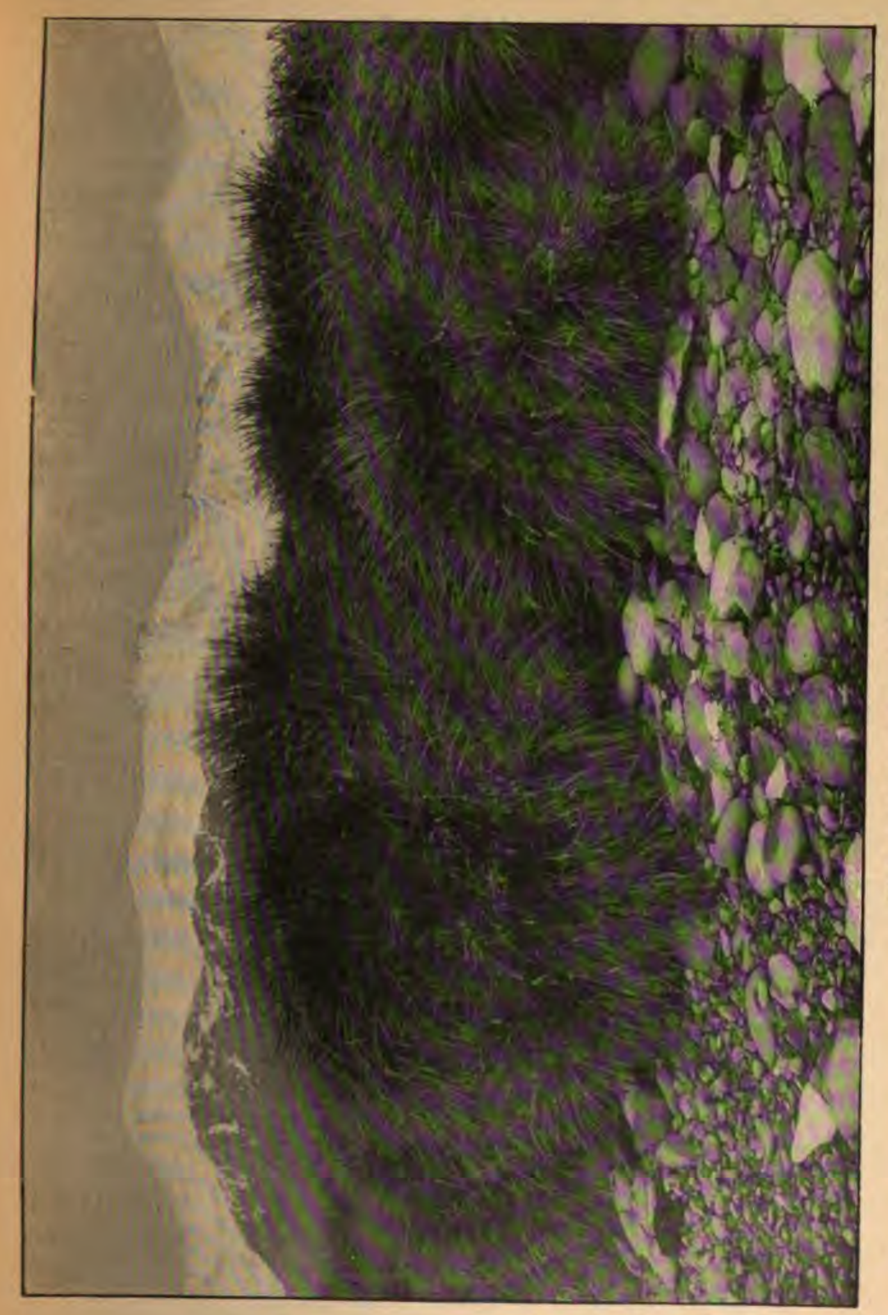
El leopardo marino se encontraba en varias partes de la bahía de Cumberland, en las orillas bajas y arenosas, pero siempre aislados ó en grupos poco numerosos esparcidos por la costa; en cambio, los elefantes estaban reunidos en verdaderos rebaños en los lugares cubiertos de poa. Con su estrecha cabeza de reptil y su mirada

observadora, produce el leopardo marino una impresión traidora y antipática. Se observa su naturaleza de animal voraz, cuando con suaves y elegantes movimientos nada pescando entre las algas, y de vez en cuando levanta su cabeza sobre la superficie del agua.

Una vez, mientras estábamos en la bahía de Mayo, debía yo salir con un caique para probar mi destreza en la pesca. No me había alejado muchas brazas de la orilla cuando escuché un débil golpe en las olas detrás de mí, y al volverme contemplé una de esas feas cabezas de leopardo levantarse sobre la borda del caique. Di algunos fuertes golpes de remo para adelantar, pero de nuevo levantóse el asqueroso animal sobre la popa del caique. Una sola embestida de mi enemigo me habría hecho volcar y quedar cabeza abajo preso en el redondo agujero de la canoa.

Pensando en sus grandes y agudos dientes de animal carnívoro, viré hacia tierra remando todo lo que pude, y llamando á la vez á Skottsberg y á Andrew, que estaban en la tienda. El leopardo me seguía de cerca. Mientras Andrew tiraba piedras, cogió Skottsberg el caique y me ayudó á llegar á tierra. Así que Andrew cesó de tirar piedras subió el leopardo á la orilla, donde se revolcó abriendo la boca y demostrando ganas de jugar. Qué pensó del caique y qué se proponía hacerme, es cosa que no pude averiguar; pero perdí toda mi afición á salir de pesca por las rías georgianas.

El elefante marino ha sido el animal legendario de los mares del Sur. Lo mismo que el alga gigantesca, con la que parece estar relacionado en un principio, por extensión, en la mente de los exploradores antárticos, adquiere inmensas proporciones; de modo que hasta un viajero



Hierba poa (Poa crepitosa).—Bahía de Cumberland.

de tan buen sentido como Hooker, habla de ejemplares de *macrocystis* de setecientos pies de longitud. Los datos sobre el tamaño de los elefantes marinos han sido muy exagerados hasta nuestros días.

Durante mi estancia en la Georgia Meridional, tuve ocasión de ver gran número de ellos, unos doscientos, entre los cuales bastantes en todo su desarrollo. Tomé las medidas que á continuación consigno de seis de ellos, entre los más voluminosos que matamos. Una estrella * significa que la piel correspondiente á la parte delantera del ejemplar en cuestión era muy rugosa y agrietada, lo que debe probar su mucha edad.

	Medido en proyección desde la punta de la nariz hasta la cola.	Medido en redondo sobre la superficie del cuerpo desde la punta de la nariz hasta la cola.	Medido en redondo desde la punta de la nariz hasta la parte posterior de las extremidades traseras.
	m.	m.	m.
Ejemplar 1.° . . .	4,55	—	—
» 2.° . . .	4,42	—	—
» 3.°* . . .	4.88	—	—
» 4.°* . . .	5.24	—	—
» 5.°* . . .	4,70	5,40	5,85
» 6.°* . . .	4,81	5,24	5,86

La medida consignada en la última columna, siguiendo la curva del cuerpo desde la punta de la nariz hasta la parte posterior de las extremidades traseras, es evidentemente la de más amplitud que se puede obtener en cuanto á las dimensiones del animal. Esta cifra, según observé, no excede de seis metros en ningún ejemplar. Pero hasta con esta reducción de los antiguos informes, es el elefante marino un gigante entre los mamíferos car-

niceros de las regiones polares, tanto más, cuanto que su cuerpo es singularmente grueso.

En tierra son en extremo torpes sus movimientos. Sólo despacio y con mucho trabajo se arrastran poco á poco, para lo cual se ayuda mucho de sus patas delanteras muy desarrolladas. Las matas de hierba son aplastadas bajo su peso, y en la capa de casquijo de la orilla deja tras de sí un rastro ancho y profundo.

En varios sitios, tanto en la bahía Real como en la de Cumberland, encontramos entre la poa, en las orillas llanas, rebaños enteros de más de cincuenta entre viejos y crías. La mayoría de los elefantes que observamos eran machos; con seguridad no vimos más que alguna hembra. Esta particularidad debe significar que las hembras en aquel tiempo se encontraban en otra parte.

Estaban á menudo estos animales estrechamente unidos entre las matas de poa, perezosamente tendidos y cuidándose muy poco de que se les acercara gente. Cuando un macho era molestado por nuestras piedras, levantaba la parte delantera del cuerpo, abría tanto como podía su boca, hinchaba la nariz y nos daba á conocer su descontento con un fuerte resoplido. Se necesita atacarles violentamente para lograr que se muevan algunos metros. Difícilmente puede uno figurarse un animal más flemático.

Los de mediana edad tienen otro aspecto. Con su redonda cabeza, cuya corta nariz ostenta largos pelos y sus grandes ojos de buey que miran dulcemente, tienen un aspecto bonachón y grotesco á la vez, sobre todo cuando abren la boca y resoplan contra el que le molesta. Nada de cuanto he visto de la vida animal me ha causado tanta risa como la vista de uno de esos animales

levantando la pata delantera, parecida á una mano, y frotándose con ella la nuca.

Además de estas dos clases de focas que observamos, abunda también en la Georgia del Sur la foca peluda, tan buscada por los pescadores por su valiosa piel *(arctocephalus australis)*. Según los informes de Klutschak, existe principalmente en las pequeñas islas, hacia el noroeste (Bird island, Willis island y otras).

*

En todo el territorio de la Georgia del Sur, tanto en las vertientes de sus montañas como en sus extensos valles, se encuentra rastro de una antigua aglomeración de hielo. He citado ya los primeros hallazgos de esta índole en la bahía de Cumberland, así como la muy probable teoría de que la ría principal estuvo algún día llena de una formidable masa de hielo, cuya mole avanzaba bastante trecho hacia alta mar.

La profundidad de la ría en su parte central oscila entre doscientos cincuenta y trescientos diez metros, pero delante de su embocadura hay un ancho banco que hace que la zona se detenga á los ciento setenta y siete. Es muy probable que esta gran elevación submarina haya sido en gran parte formada por la acumulación de masas de hierba que el remoto ventisquero de Cumberland arrojara hacia adelante.

Se encuentran también en la bahía de Cumberland rastros de una época glacial más recientes en que los ventisqueros, que habían disminuido mucho después de la grande formación primitiva de hielo, aumentaron y se extendieron de nuevo á través de los valles que, durante

aquel intervalo, habían estado libres de hielo. Esta nueva formación llenó seguramente los brazos interiores de la ría; los rastros que dejara son de los más característicos y grandiosos que se conocen en parte alguna de la tierra.

Tengo la seguridad de que muchos hombres de ciencia, entusiásticos por los estudios de la Naturaleza, sentiríanse satisfechos contemplando con sus propios ojos el extraño brazo de la bahía de Cumberland, que denominé ría de Moran; multitud de exploradores que hayan descubierto territorios cuya formación es de sencilla historia y fácil de explicar, mirarían con encanto la resaca que pasa sobre el arrecife en la embocadura de la bahía. Tal espectáculo es verdaderamente indescriptible.

Pero el viaje á tan remotos lugares es largo é incómodo. Por esto, lector, déjame, si te place, que te conduzca por un momento. Supongamos que el «Antártico», nuestro viejo y excelente navío, que se encuentra anclado para siempre en el fondo del golfo del Erebus, refleja todavía su alta arboladura sobre las tranquilas olas de la bahía de las Ollas, y que los buenos compañeros que ahora están para siempre separados, alegran todavía su salón de recreo con su amena conversación. Supongamos, por fin, que perteneces por un día á nuestra sociedad y que estamos equipados para una excursión en el bote preparado al costado del buque. Sobre las más altas cumbres de nieve se refleja el purpúreo resplandor de la salida del sol, la ría está tranquila y reluciente, aunque á través de la calma matinal se oye el sordo ruido de la lejana resaca, y llegados en plena ría, nuestro bote se levanta y se hunde á los suaves movimientos de las olas que la marea agita. La resaca se oye ahora con más fuerte ruido: hemos llegado á la embocadura del brazo

de la ría, que en su parte interior muestra como una faja espumosa la ola de fondo.

La gran bahía está visiblemente separada de la ría principal por una barrera que une la punta oriental con la occidental: este umbral en la embocadura del brazo de la ría llega visiblemente hasta la superficie del agua, y en varios lugares observamos obscuros bloques de piedra que salen á través de la espuma.

Sería interesante conocer la profundidad del agua á los dos lados de esta formidable muralla. En la proa de nuestro bote hay un pequeño cabrestante de mano con una delgada cuerda de alambre galvanizado, con la cual podríamos sondear hasta una profundidad de doscientos metros. Fijamos al extremo de la cuerda un termómetro de precisión, dejando después caer la sonda, y encontramos 108 metros de profundidad y una temperatura de fondo de + 1° 5' cerca de la barrera. Hecho esto, nos proponemos entrar con el bote en la bahía de la ría. Si hiciéramos rumbo hacia las espumosas rompientes, equivaldría á ir directamente á nuestra perdición, pero las resacas entran sin romperse en un lugar más cerca de la punta occidental. Allí debemos encontrar un canal á través de la barrera, y hacia este punto dirigimos el bote.

Una ancha faja de algas cubre la parte exterior del banco submarino. Hemos de tener sumo cuidado con el bote cuando entramos á través de la tupida masa de algas, para que no lo ponga de través la alta y dura resaca, que podría hacernos zozobrar. Contémplase ahora por todas partes debajo del agua; el claro fondo que resplandece entre las enmarañadas algas, y que á lo sumo está á una profundidad de diez metros en el lugar más hondo. Una vez hemos pasado felizmente la barrera,

hacemos rumbo hacia el interior de la pequeña ría, en cuyo punto medio verificamos un nuevo sondeo que nos da una profundidad de 140 metros y una temperatura del fondo de 0,35° bajo cero.

Es verdaderamente notable la desigualdad de profundidades á ambos lados de la barrera. En otras partes y á una profundidad que varía entre 108 y 250 metros, marca el termómetro de + 1° á — 1° 5', y á los 150 metros no suele bajar mucho de cero. La causa de tan baja temperatura al otro lado de la barrera es de fácil comprensión. El banco situado en la barra impide toda introducción de agua caliente de la ría principal, y durante el transcurso de los tiempos el agua del fondo ha sido enfriada por el contacto del ventisquero, cuyo frente hemos observado hacia adentro en el extremo de la bahía.

Fórmase en este ventisquero una corriente que se desliza á través de heladas masas llenas de aberturas y cavidades en forma de zig-zag por el declive de la montaña. Le di el nombre de ventisquero de Geer, nombre del explorador sueco que ha hecho adelantar más el conocimiento de las formaciones de la época glacial del Norte.

Sobre la quieta superficie de la bahía flotan numerosos bloques de hielo, verdaderas montañas en miniatura, procedentes del ventisquero de Geer. Cerca de la orilla vemos uno de los mayores, cuya superficie está singularmente pintada de obscuro. Remaremos hacia allá, y observándolo detenidamente, notaremos que presenta estrías en su superficie. Bajo una de sus capas está el bloque formado por hielo azul limpio; por entre ellas hay otras de tierra de color obscuro, de rocas y de piedras geométricamente rayadas. Es evidentemente un

pedazo de la base del ventisquero que, separada de él, se desprendió de arriba, y al resbalar por el declive de la montaña ha formado una concreción de rocas diversas. Desde el extremo occidental hasta la embocadura de la bahía se extiende una formidable y ancha muralla hacia la alta y obscura montaña que verticalmente se levanta á medio camino, entre la ribera y el ventisquero de Geer.

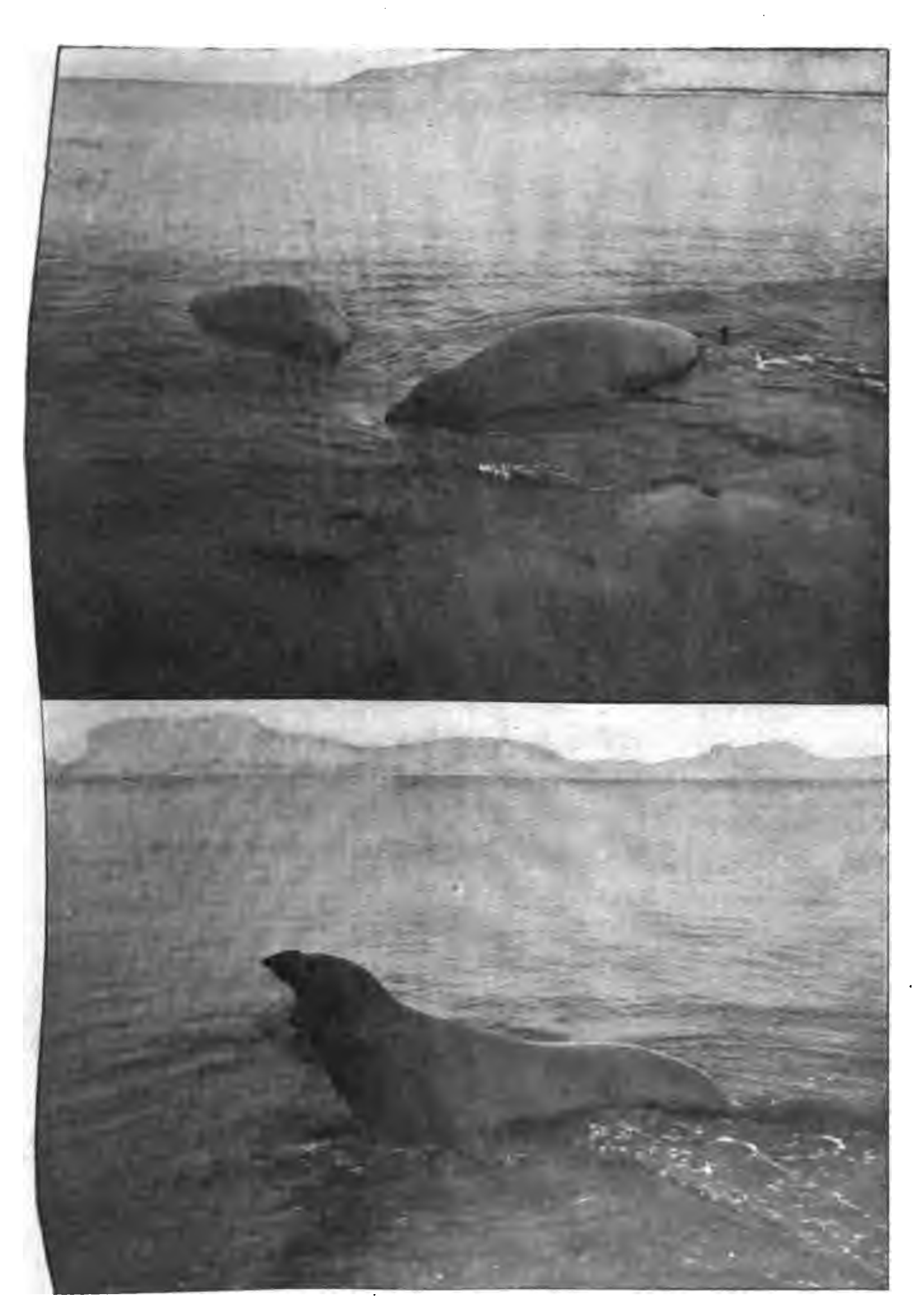
Si bajamos á tierra y examinamos esta muralla,



Ría sur y parte exterior de la de Moran.

vemos que está formada por cascotes mezclados con numerosas piedras rajadas, el todo es exactamente igual á las capas que hemos visto en el bloque de hielo derivado fuera de la bahía. Esta semejanza nos da la clave para poder descifrarlo todo.

El ventisquero de Geer, insignificante en nuestros días, fué antiguamente mucho mayor y llenó toda la bahía de la ría: en esa época arrastró inmensas masas de rocas y formidables bloques que se han depositado en su borde. Así, pues, el banco submarino á lo menos de 150 metros de elevación que aisla la bahía de la ría principal,



Elefantes marinos.—Bahía de Cumberland.

así como su continuación que sobresale 43 metros de la superficie del mar en la orilla occidental de la bahía, es la colosal barrera del antiguo ventisquero.

Si desde esta muralla, y por el lado occidental de la pequeña ría, miramos hacia la orilla oriental, distinguiremos fácilmente en el declive de la montaña una serie de terraplenes superpuestos que descienden al mar. También esos terraplenes están formados por morenas ó canchales (*), pero de otra especie que la gran muralla.

Son los depósitos laterales de cantos erráticos, estrechas capas de cascotes y excesivamente grandes bloques de piedra que se juntaron en el borde del ventisquero contra el declive de la montaña. El más alto de estos terraplenes marca, pues, la mayor extensión del antiguo hielo hacia el interior, así como la barrera indica su mayor extensión hacia la ría principal. Como el terraplén superior tiene aún á lo lejos, fuera de la embocadura de la ría, una elevación sobre el mar de 101 metros, vemos que el antiguo ventisquero de Geer, en los días de su apogeo tenía un espesor calculado en vista de la mayor profundidad de la ría, de 250 metros.

Casi por todo el contorno del antiguo ventisquero y excavando sus restos, corre la ría de Moran, que bien merece el nombre que le he dado. Pero aunque esta ría nos enseña uno de los casos más curiosos que se conocen de estas formidables y en su conjunto bien visibles formaciones, podemos estudiar otro caso, aunque de especie distinta, en la bahía de Cumberland. En su brazo occidental se encuentran dos pequeños ramales, en los

(*) Acumulaciones de cantos rodados en las superficies de los glaciares.

cuales desembocan las corrientes de hielo á que hemos dado los nombres de ventisquero de Lyell y de Geikie. También delante de estas pequeñas bahías se encuentran bancos submarinos marcados por magníficas fajas de algas y depósitos erráticos que en menor escala imitan los de la ría de Moran.

Si damos la vuelta desde la muralla de la orilla de la ría de Moran, en dirección oeste, vemos ante nosotros un ancho valle enteramente llano de tierra baja que se extiende paralelamente á la ría de Moran entre las montañas que se ven al sur.

A la formación de este valle ha contribuido mucho el antiguo ventisquero cuyas corrientes, al salir del derrumbadero, depositaron en él la tierra más fina. Si después nos internamos por esa tierra baja cubierta de hierba y subimos el declive de la montaña que separa la parte interior del llano del valle de la ría de Moran, veremos nuevas y hermosas pruebas de la actividad de los ventisqueros actuales y antiguos.

El declive de la montaña, en la parte más interior del valle, está formado casi totalmente por un ventisquero perteneciente al tipo que se ha llamado con un nombre de fácil comprensión: «ventisqueros colgantes ó pendientes». Designé este pequeño y hermoso ventisquero con el nombre de «Axel Amberg», que llevó á cabo un notable examen de un grupo de ventisqueros suecos.

En medio de la masa de hielo se levanta un despeñadero vertical y obscuro, que divide el ventisquero en parte superior é inferior. Más lejos, hacia la izquierda, parece deslizarse una pequeña parte del mismo que asemeja una caótica caída de hielo, coherente, sin embargo, con el declive de la montaña. Pero la mayor parte

del ventisquero es completamente distinta. La masa de hielo se adelanta hacia el abismo, cuelga y se hunde rota en grandes y pequeños bloques, entre las brechas de la montaña.

Ascendiendo un poco más, podremos contemplar esa «formación aérea». Veremos primeramente cómo la masa de hielo se desprende cual un blanco velo por la obscura



Resaca en la barrera que cierra la ría de Moran.

brecha, y algunos segundos después oiremos el fragor retumbante parecido á la tempestad que producen los bloques de hielo derrumbados.

El hielo aglomerado de este modo en el abismo, al pie de la montaña, se junta poco á poco en una masa coherente formando de nuevo un ventisquero. Delante del borde del de Hamberg hay un pequeño lago. Transversalmente sobre éste, se extienden tres murallas que son los últimos canchales del ventisquero, que datan

seguramente de la época misma en que el ventisquero de Geer llenó toda la ría de Moran. Como causa de esa grande y antigua formación de hielo de la Georgia del Sur, hemos de suponer, en una época remota, bajas temperaturas.

Actualmente, siendo la temperatura media del país de + 1° 4' y las variaciones en más ó en menos compa-



Pedazos flotantes de hielo de ventisquero en la ría de Moran.

rativamente pequeñas, se necesita evidentemente tan sólo un descenso de pocos grados para que la nieve que durante el verano desaparece por completo en la tierra baja, se aglomere de un año para otro y origine una formación general de hielo.

Cuando la expedición alemana, en agosto de 1882, llegó á la bahía Real, se encontraba la tierra baja cubierta por una formidable capa de nieve de uno ó dos metros de espesor, que desapareció el verano siguiente.

Paso á poner otro ejemplo: cayó durante las últimas semanas que estuvimos en la Georgia Meridional, una

capa de nieve de algunos metros de altura en los alrededores de la bahía de las Ollas, que antes no tenía nieve. Si el clima de la Georgia del Sur fuese, por ejemplo, 5° más frío que ahora, sólo se hubiera derretido durante el verano una débil parte de este inmenso depósito de invierno. Hallamos, pues, que la Georgia Meridional había atravesado dos formaciones de hielo: una total, que llenó toda la bahía de Cumberland, y otra ulterior, más pequeña, que comprendía únicamente los brazos interiores de la ría. El clima, por consiguiente, ha variado diferentes veces. Igualmente en otras partes de la tierra se han producido fenómenos de esta especie á causa de las variaciones de temperatura.

*

Debemos completar esta descripción con algunas palabras sobre el descubrimiento de esta isla y los trabajos de exploración llevados á cabo por algunos navegantes y exploradores científicos.

No se puede asegurar, con absoluta certidumbre, cuándo se vió por primera vez y quién es su verdadero descubridor.

Según la relación del navegante florentino Américo Vespucio, la flotilla portuguesa, á bordo de la cual iba, empezó la exploración de la entonces recién descubierta costa brasileña, el 13 ó 15 de febrero de 1502, desde un puerto situado entre los actuales estados brasileños de San Pablo y de Paraná, haciendo un largo viaje á través del Océano hacia el sudeste, viaje durante el cual, el 7 de

abril, se descubrió una nueva tierra montañosa é inhabitada.

Esta relación debió motivar diferentes exploraciones, en una de las cuales fué descubierta la Georgia del Sur: pero toda esta historia es dudosa.

En abril de 1675, dos buques mercantes bajo el mando de Antonio de la Roché, que cruzaban delante de la costa oriental de la Tierra del Fuego, fueron arrastrados por la tempestad hacia oriente y llegaron á la vista de una tierra desconocida y cubierta de nieve, en donde encontraron un sitio á propósito para anclar y donde tuvieron que quedarse un par de semanas á causa del temporal.

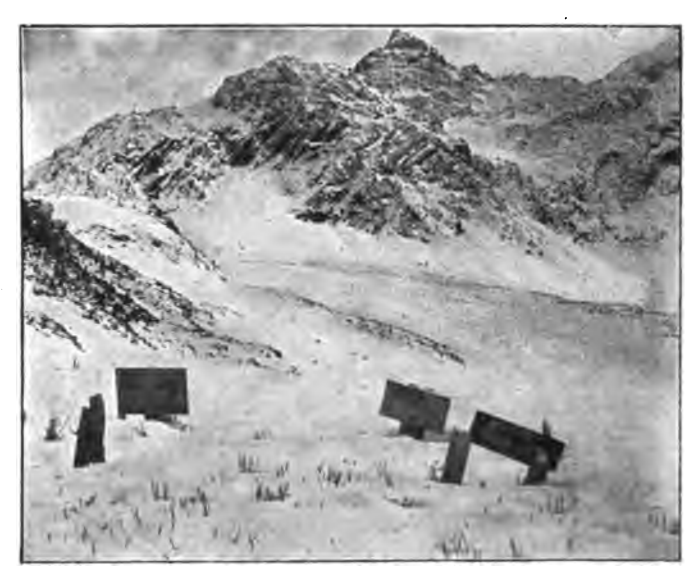
Cuando mejoró el tiempo vieron al sur, á la distancia de unas treinta millas marinas, una tierra igualmente cubierta de nieve.

También se ha pretendido que este descubrimiento se refería á la Georgia Meridional, pero los informes no son todo lo precisos que debieran para asegurarlo.

El año 1756 fué descubierta, ó se volvió á encontrar, esta isla por un buque mercante español, «León», y en honor al santo del día en que esto aconteció (el 29 de junio) se denominó isla de San Pedro.

El primer reconocimiento detenido de la Georgia Meridional, fué llevada á cabo por el gran navegante inglés James Cook, que durante la segunda vuelta al mundo, cruzando á altas latitudes sur, el 14 de enero de 1775, tuvo la isla á la vista. Dibujó entonces someramente su costa sudeste y le dió el nombre de Georgia del Sur, tomando posesión de ella en nombre de su país natal, en una bahía, que por ello recibió el nombre de «Bahía de la Posesión».

Empresa análoga que la realizada por Cook en el lado nordeste de la isla, llevó á cabo en la costa sudoeste, en diciembre de 1819, un explorador ruso de los mares del sur, llamado Fabián Gottlieb von Bellinghausen, y ambos son los autores del mapa general de la Georgia Meridional, que todavía se consulta á me-



Cementerio viejo.

nudo. En cuanto á las condiciones geológicas y naturales de la Georgia del Sur, hasta nuestra visita sólo se sabía lo referido por la expedición invernal alemana de 1882-83, que efectuó un examen muy detallado y completo del territorio donde estableció su estación, la bahía Real.

Parece que esta isla fué visitada frecuentemente durante el siglo pasado por pescadores de focas, de nacionalidad americana. Sólo citaremos entre ellos al célebre



Parte interior de la ría de Moran. – A la derecha sobresale el ventisquero de Geer.

capitán de pesquerías, inglés, mister James Weddel, por su viaje al mar Glacial del Sur, quien entró el 12 de marzo de 1823 en la bahía de las Venturas, en la parte nordeste de la isla, para que descansase su tripulación atacada de escorbuto, durante su viaje hasta los 74° 15' de latitud sur.

Los buques de pesca que visitaron la Georgia del Sur cazando la foca peluda y á veces también el elefante, muy rica en grasa, habían seguramente ido allí en secreto para no tener competidores en tan productiva pesca.

Dejaron, sin embargo, en las rías huellas de su paso, como queda comprobado en el relato que hemos hecho sobre nuestro hallazgo en una gruta de la bahía de Mayo y el bote que encontramos entre la poa cerca de la embocadura de la bahía de las Ollas.

En este último lugar, que es un buen puerto natural, queda demostrado que á menudo se han verificado desembarcos.

En la costa de la ensenada, al norte de la embocadura de una ría que viene del valle de Borés, se encuentra entre la poa una vivienda sencillísima, y en un rincón, formado por una pequeña explanada cuadrada rodeada de elevaciones cubiertas de hierba, un hogar hecho con piedras.

En la orilla sur de la bahía se ven varias tumbas de pescadores. El lugar no puede ser más sencillamente austero: la hierba nevada se extiende en torno, y un riachuelo cercano, antes de llegar al pequeño cementerio, se precipita en espumosa cascada por la brecha de la montaña.

Indican el lugar de las sepulturas algunos listones

clavados en tierra, sobre los que se ven aún inscripciones que se leen muy fácilmente y dicen así:

Á LA MEMORIA
DE
W. H. DYKE
MÉDICO
DEL VAPOR
«ESTHER OF LONDON»
JAS. CARRIC, CAPITÁN.
JULIO DE 1846.

A LA MEMORIA
DE
H. BROCKLOAE.
TONELERO DE BARK TRINITY
NEW LONDON. CONN.
DE 35 AÑOS, MUERTO EL 10 DE ENERO DE 1871.
D. ROGERS, CAPITÁN.

JOSÈ H. MONTARO BRAVO. C. D. VERA
A. B. SCH. S. W. HUNT.
MUERTO EL 28 DE FEBRERO DE 1891.—DE 19 AÑOS.
R. I. P.

Las tumbas son, como se ve, de muy distintas épocas. Un médico de á bordo, un tonelero y un joven de diecinueve años, habían perdido la vida en aquellos apartados y solitarios territorios.

Es probable, sin embargo, que la bahía de las Ollas

esté pronto habitada. El capitán Larsen, que durante sus dos viajes con Jason, y posteriormente en el del «Antártico», por las costas de la Georgia del Sur, ha observado grandes grupos de ballenas (ballena barbuda y jorobada), está ocupado, cuando escribo este libro, en los preparativos necesarios para establecer allí una estación fija de pesca. Tiene intención de marchar dentro de poco (en agosto de 1904) con dos grandes vapores balleneros y un transporte para llevar las viviendas desarmadas, útiles necesarios, etc.

Así, al mismo tiempo que tendrían ocupación multitud de pescadores de ballenas que quedaron sin trabajo á causa de la prohibición de esta pesca en Noruega, trasladándose á un nuevo y abundante campo de operaciones, se conseguiría establecer una magnífica estación central para la exploración continua de tan interesante isla. El activo capitán ha realizado ya numerosos trabajos científicos encaminados á preparar el terreno para conseguir el objeto que se propone.



Vista del canal de Beagle.

CAPITULO VII

La Tierra del Fuego y los indios onas

El 15 de junio hicimos rumbo hacia alta mar, desde la Georgia Meridional y describiendo un grande arco hacia el norte, entramos felizmente el 4 de julio en Port-Stanley, donde debía quedarse el «Antártico» hasta el fin del invierno, para proporcionar á los exploradores naturalistas de á bordo todo el tiempo que fuera posible para sus investigaciones.

Un colono, mister W. Packe, puso á nuestra disposición, con singular amabilidad, su casa de Port-Louis, inhabitada durante el invierno, donde pasamos Skottsberg y yo casi un mes, durante los últimos meses de la estación invernal, ocupados en toda clase de exploraciones botánicas y geológicas.

Port-Louis, situado á unos treinta kilómetros en dirección oeste noroeste de Port-Stanley, es la vieja capital de las islas de Falkland y un punto clásico en la historia de la exploración sudpolar. Allí erigió James

Weddel, en 1823, un monumento á la memoria del primer gobernador inglés, que fué asesinado por los españoles, antiguos señores del grupo de islas, que se sublevaron contra el nuevo orden de cosas; allí pasó Ross con el «Erebus» y el «Terror» el invierno de 1841, y allí encontró refugio el buque más célebre de las exploraciones oceanográficas, el «Challenger», anclado durante algunos días.

Pero, á pesar de habérsenos anticipado tan célebres exploradores de la Naturaleza, nos quedaba, sin embargo, extenso campo de trabajo. Mientras estuvimos en Port-Louis, Karl Andrew Andersson, á bordo de pequeñas goletas contratadas para ello, cruzaba entre Port-Stanley y el estrecho de Berkeley, donde realizó importantes dragajes, y á pesar de tener averías y repetidos choques contra bancos, era incansable en sus trabajos zoológicos.

A mediados de agosto regresamos á Port-Stanley para tomar, á bordo del «Antártico», las disposiciones que exigían nuestra salida proyectada para la Tierra del Fuego.

Por este tiempo sufrió la expedición una pérdida dolorosa: uno de nuestros mejores compañeros, el sabio zoólogo de la expedición, profesor Axel Oklin, se vió obligado por su estado de salud á regresar á la patria.

Durante nuestra estancia en la bahía de las Ollas, había permanecido durante varios días consecutivos sentado sobre cubierta del «Antártico» aguantando la temperatura y la nieve, continuamente ocupado en la clasificación de ejemplares obtenidos por algunos dragajes sumamente abundantes, y allí se resintió su salud que, hacía tiempo, no era muy cumplida. Durante nues-

tro regreso á las islas de Falkland empeoró rápidamente su estado, y cuando en Port-Stanley se consultó al médico, éste descubrió una dolencia de carácter tuberculoso pulmonar, que si bien debía ser antigua, hasta entonces no se había declarado abiertamente.

Los más vivos deseos de Oklin eran continuar la vida libre de los viajes de exploración, pero con hondo pesar tuvo que ceder ante la necesidad de abandonar el «Antártico», al que había tomado verdadero cariño durante los dos viajes polares. Desde Montevideo recibimos una carta suya, en la que nos expresaba su contento en vista de la influencia favorable que sobre su salud tenía aquel clima más suave.

Esta fué la última misiva suya que tuvimos, antes de nuestra salida de la Tierra del Fuego hacia el sur, y cuando llegamos, por fin, de nuevo al mundo civilizado, recibimos la triste noticia de que había fallecido el 12 de julio de 1903.

Axel Oklin era, ante todo, un bondadoso camarada que con su ameno trato y agudo ingenio difundía la animación y el contento entre los compañeros, especialmente cuando nos reuníamos en la sala de fiestas del «Antártico». Era, además, gran amigo de las letras y poseía profundos conocimientos biológicos y geográficos, lo que hacía que todos le escuchásemos con vivo interés.

Con un saludo agradecido á la población amable y hospitalaria de las islas de Falkland, dejamos atrás aquel desierto, donde durante los cortos días de invierno habíamos sufrido tanto durante las tempestades de nieve, y donde sólo disfrutamos rápidos momentos de bonanza. La primavera se iba acercando, y el «Antártico» cortaba

las aguas con su proa hacia las magníficas rías y montañas cubiertas de bosques de la Tierra del Fuego.

El 6 de septiembre dejamos Port-Stanley haciendo rumbo, después de una corta visita á Port-Albernarle, en Falkland Occidental, hacia el banco de Brudwood, situado al sur de esas islas, y donde se hicieron tres productivos sondeos, después de lo cual entramos, el 15 de septiembre, en el canal de Beagle.

El principal objeto de nuestra visita á la Tierra del Fuego era, antes de empezar el segundo viaje veraniego al mar Glacial del Sur, hacer una minuciosa reparación en las velas y arboladura del «Antártico» en Ushuaia, y completar nuestra provisión de carbón, todo lo cual, por la generosa liberalidad del gobierno argentino, teníamos allí á nuestra disposición.

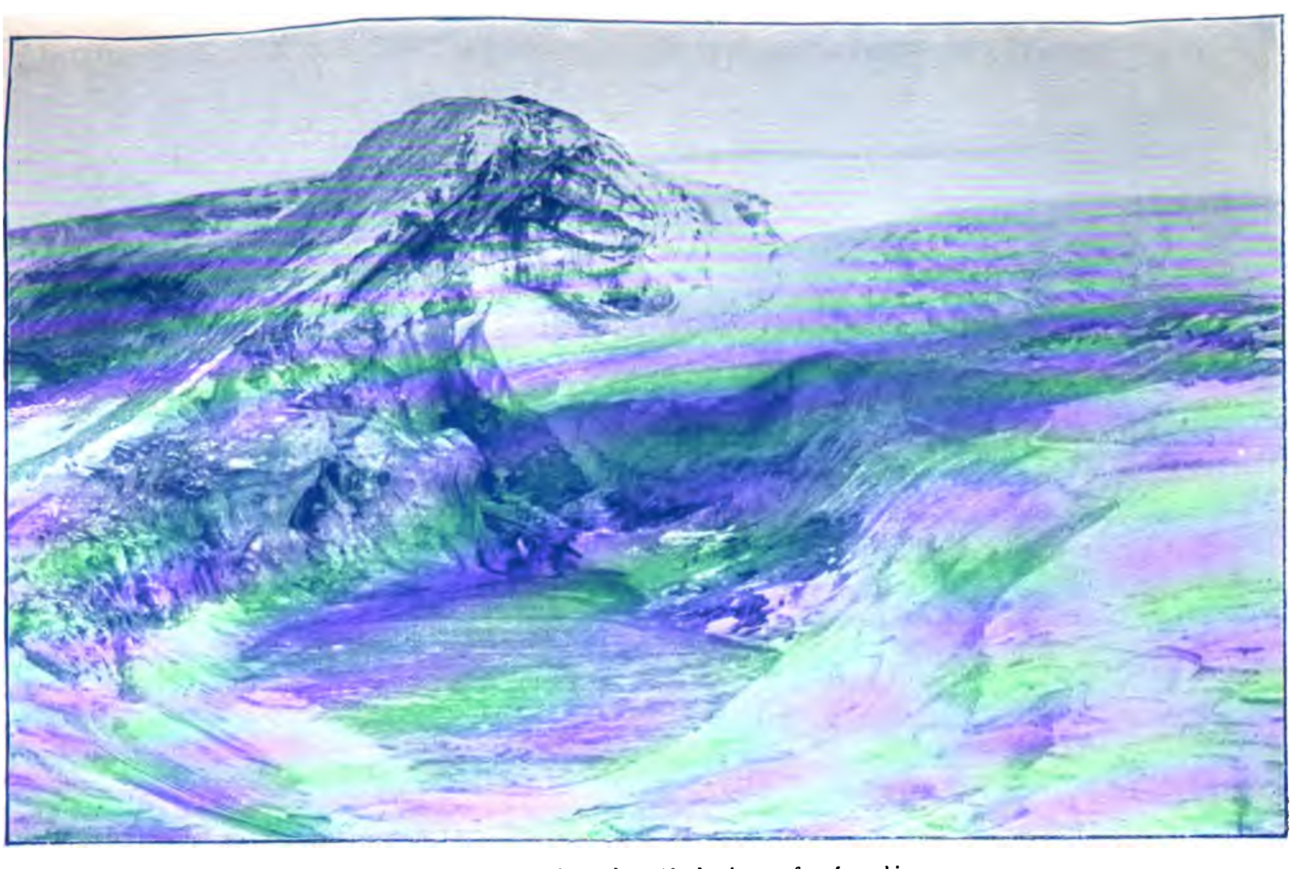
Además, nos propusimos aprovechar la ocasión para completar el conocimiento de la naturaleza de la Tierra del Fuego. Skottsberg, durante su visita á Ushuaia (en marzo), había ya penetrado á través de la faja de bosques y estudiado la flora de la región montañosa hasta una elevación de 1,300 metros. Acompañado ahora de K. A. Andersson, continuó la exploración de la región de Ushuaia, y después hicimos juntos un viaje al lago de Roca, situado en el interior de la bahía de Lapataia.

Me había propuesto descifrar un problema cuya prehistoria expongo aquí en pocas palabras:

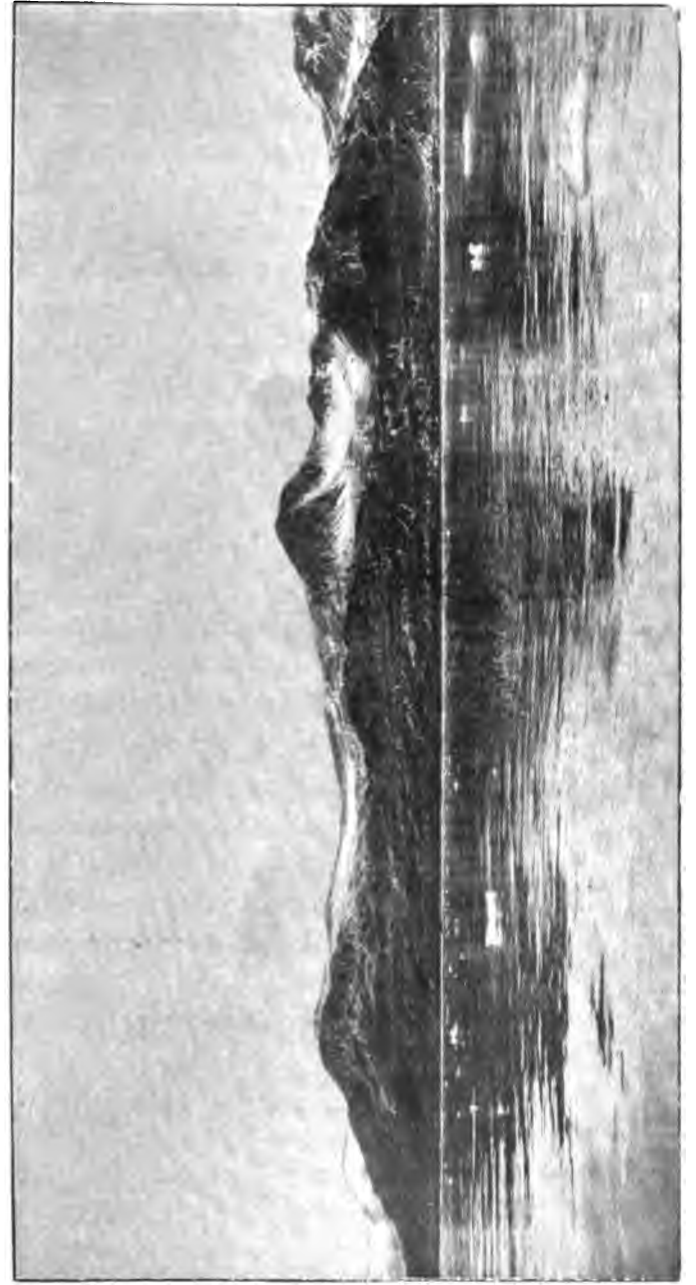
Durante la primera mitad del año 1890, una comisión argentino-chilena que trabajaba para delimitar ambos países, descubrió en el interior de la Tierra del Fuego un importante lago de diez millas suecas de longitud, que recibió el nombre de un sacerdote llamado Fagnano, por haberlo visto antes durante un viaje desde la costa orien-



Interior de la cocina.



Entre el hielo paleocrístico y el montón de nieve se formó un abismo.



Laderas de Moran en la orilla oriental de la ría.

tal de la Tierra del Fuego. Dicho lago parece estar en comunicación con un río de unos quince kilómetros de largo, el río de Azopardo, que desemboca en la bahía del Almirantazgo, situada en el estrecho de Magallanes. La comisión fronteriza hizo un mapa del contorno y orilla del lago, y según noticias, algunos botes de la comisión llegaron por el río Azopardo hasta el lago Fagnano, donde verificaron importantes trabajos de sondeo.

De febrero á marzo de 1896, Nordenskjöld y Oklin, que se encontraban entonces explorando estas regiones, penetraron por el río Azopardo hasta el lago Fagnano, para verificar indagaciones zoológicas. El ensayo resultó entonces infructuoso á causa del poco tiempo disponible, y como una exploración zoológica de aquel lago de la Tierra del Fuego ofrecía, bajo varios puntos de vista, gran interés, decidí penetrar hasta allí en el pequeño bote, si era posible, para inspeccionar sus desconocidas aguas con mis redes.

Primeramente me propuse realizar, á bordo del «Antártico», un viaje por el estrecho de Magallanes, hacia la bahía del Almirantazgo, para desde allí dirigirme al lago de Fagnano. Las circunstancias retardaron tanto nuestra salida de las islas de Falkland, que no pude llevar á cabo esta expedición, tomando la bahía del Almirantazgo como base de operaciones, y tan cómoda manera de llegar al lago de Fagnano no estuvo á mi alcance.

Entonces recordé que Willis, capitán del «Fair Rosamond», durante uno de nuestros últimos días de estación en las islas de Falkland, me había dicho en cierta ocasión: que años atrás, un pequeño grupo de indios de la raza ona, que residen en la parte de la Tierra del Fuego, al norte de la cordillera, es decir, en el interior monta-

ñoso, habían venido desde la extremidad oriental del lago de Fagnano hacia el canal de Beagle para establecerse cerca de Harberton, utilizando un paso libre de la cordillera.

Con singular fortuna averigüé en esta ocasión que se encontraba de visita en Port-Stanley, uno de los tres hermanos, dueños de la colonia en Harberton, mister William Bridges, hijo menor del difunto misionero inglés Tomás Bridges.

Este joven me dijo que él y sus hermanos, con el apoyo del Gobierno argentino y utilizando á los indios onas como obreros, habían abierto un camino de herradura á través del bosque virgen, que llegaba hasta el citado paso y continuaba hacia el lago Fagnano, á través de la Tierra del Fuego en su costa oriental, donde, al sur del Rio Grande, les había arrendado el Gobierno argentino un territorio para el establecimiento de una colonia agrícola. En Harberton había sido construído un pequeño bote de lona que, tripulado por indios, debía ser llevado á la costa atlántica con objeto de hacer los sondeos necesarios para el establecimiento de un pequeño puerto. Accediendo á mis súplicas, consintió mister Bridges en facilitarme este bote para mis trabajos zoológicos en el lago de Fagnano.

Provisto de una carta de recomendación de mister William para su familia, dejé en Harberton, el 15 de septiembre, el «Antártico», que continuó el día siguiente su viaje hacia el oeste, hasta Ushuaia, á través del canal de Beagle.

En Harberton fuí recibido afectuosamente por el mayor de los tres hermanos, mister Despard Bridges y su joven señora, de origen inglés, nacida en Buenos Aires.

En la hospitalaria casa de este amable matrimonio, con el que vivía una señora de edad, muy agradable y buena, emparentada con mister Bridges, pasé algún tiempo del que guardo los más agradables recuerdos.

Antes de relatar mis intentos de exploración por el lago de Fagnano, debo decir algo acerca de tan apreciable familia y su influencia entre los indios.

Estos, llamados «onas», fueron en otro tiempo dueños absolutos de la Tierra del Fuego, por la que vagaban libremente cazando guanacos desde la embocadura del estrecho de Magallanes hasta la cordillera. Arrostrando el tempestuoso y húmedo clima de su país, se cubrían apenas con pieles de guanaco que sujetaban flojamente sobre su cuerpo; usaban armas primitivas y era por demás sobria su alimentación.

Constituía un pueblo nómada y libre, cuyos individuos á veces se congregaban en torno de alguna ballena embarrancada en la costa del Atlántico, cuya carne podrida les servía de alimento, ó instalaban su hogar en medio de los bosques de hayas á la orilla del Caurí ó de algún lago situado en lo más recóndito del país.

Pero en 1880 llegaron los hombres blancos, intrusos buscadores de oro, que invadieron el país en unión de otros muchos, dedicados al pastoreo de ovejas.

Los onas no comprenden el modo de vivir de los blancos. El animal nuevo para estos, el guanaco blanco, que pacía libremente en los campos de caza, era para los invasores una presa que les pertenecía. Cazaron también ovejas, primero solamente para alimentarse ellos y sus familias, después á centenares para vengarse de las persecuciones de los indios. El grito de destrucción resonó pronto por todas partes, y las carabinas Winchester

limpiaron paulatinamente la parte septentrional del país de «ladrones de color cobrizo», llegándose, según se dice, á pagar una libra esterlina de prima por cada indio muerto.

Mientras se les despojaba de su suelo en el norte de la Tierra del Fuego, cambió de aspecto el sistema de



Axel Oklin.
Muerto en Suecia el 12 de Julio de 1903.

colonización en la parte meridional de la cordillera, limítrofe al canal de Beagle.

Los misioneros ingleses de Ushuaia, que desde 1869 habían ejercido su influencia entre los indios del canal de la raza yagán, iban perdiendo su importancia desde que el Estado argentino instaló allí, en 1884, una estación oficial. Cuando el director de la misión, Tomás Bridges, dejó su cargo, recibió del Gobierno como recompensa un territorio inmediato á Harberton, y cambió su profesión de pastor de almas, por la más terrenal y no menos lucrativa de pastor de ovejas.

Un día se presentó cerca de Harberton, seguramente á causa de las constantes persecuciones que sufrían en el norte de la Tierra del Fuego, un grupo de indios onas desconocidos en estas regiones. La familia Bridges los recibió desde un principio amistosamente, y adoptando con ellos un procedimiento enérgico al par que afable, no tardó en pactar con ellos, procurándose para su colonia cooperadores baratos y de fácil manejo.

Cuando fuí á Harberton, hacía algunos años que había muerto el viejo Bridges, pero sus diligentes sucesores continuaban aumentando los rendimientos de la más floreciente colonia del canal de Beagle. Constantemente se encontraban entonces en Harberton buen número de familias onas que vivían en sencillas chozas de madera ó, según su primitiva costumbre, en tiendas de pieles, esparcidas por toda la región.

Estas familias no podían, sin embargo, considerarse como fijas en Harberton; pues, en cuanto les atacaba la fiebre errante, se marchaban á través de las cordilleras hacia el norte, pasando por el lago de Fagnano. Aunque continuamente ocurrían estas deserciones, los hermanos Bridges habían poco á poco trabado relaciones con todos los onas del sur del Río Grande, y nunca les faltaban buenos y económicos trabajadores. Frugal alimentación, algunas prendas de ropa de vez en cuando y un jornal muy reducido era todo lo necesario para retribuir á los onas, que trabajaban mucho y que, por otra parte, parecían estar muy satisfechos.

Poco á poco, los jóvenes hermanos Bridges habían extendido sus excursiones desde los alrededores más cercanos de la colonia hacia el norte de la cordillera.

Sirviéndose de algunos onas como guías, atravesaron

la cordillera por el paso, que era el camino de los indios, y que en mi esbozo de mapa he denominado con el nombre de «Paso de los Onas», raza que va extinguiéndose. Los activos colonos pasaron por la extremidad del lago de Fagnano hasta la costa este, al sur del Río Grande, y como encontraron allí un territorio disponible á propósito para el pastoreo de ovejas, efectuaron el maravilloso y gigantesco trabajo de hacer un camino de herradura á través de toda la región llena de bosques, de costa á costa.

Cuando llegué el 15 de septiembre á Harberton, comenzaron á presentarse los primeros indicios de la primavera. En la orilla estaba ya el suelo descubierto, pero en los bosques había profundas masas de nieve acumulada durante aquel invierno, que fué uno de los más rigurosos que se recordaban.

Mi intención era llevar conmigo el bote de lona, provisiones y otro equipo en un trineo, que había sido construído durante nuestra estancia en Port-Stanley, por el tercer piloto del «Antártico», Reinholdz.

Mis compañeros de viaje fueron: el joven marinero Wennersgaard, que había desembarcado conmigo del «Antártico», y dos indios que mister Despard había escogido para que nos sirvieran de guías. Era uno de estos un hombre todavía joven, jefe de familia, con dos mujeres, llamado Anikin, verdadero nombre de ona; su compañero, Modesto, era más joven y tenía nombre español, lengua que hablaban los hermanos Bridges con los indios.

Estos dos onas, que habían de guiarme y servirme durante el viaje al lago de Fagnano, distaban mucho de ser los servidores que yo necesitaba, discretos y obedien-

tes á la ley según el concepto de los europeos; al contrario, desconocían completamente la disciplina social, aunque tal vez precisamente estas cualidades llenaban



Hombre ona manejando el arco.

mejor los requisitos morales de su raza en cuanto á honradez é inteligencia.

Entre las innumerables tribus en que está dividida la raza ona, existen antiguas rivalidades. El motivo origen de las colisiones era á veces tan remoto que había caído en olvido; pero proseguía la mortal venganza siempre furiosa y mortífera en los bosques vírgenes como una necesidad invencible de aquella raza de hombres, magní-

En marcha hacia una montaña de hielo durante la mañana del 21 de noviembre.

fica en su salvaje libertad, raza que disminuye con rapidez mediante los delicados presentes que les hacen los hombres civilizados: balas de Winchester, tisis y otras enfermedades infecciosas.

La tribu de Anikin y Modesto tenía también enemigos en los bosques, al norte del lago de Fagnano. Estos indios del norte, como los llamaré para diferenciarlos de los otros, habían dado muerte á dos hombres de la raza ona. Esto no tenía nada de extraordinario y no hubiera, sin otros motivos, dado origen á una lucha tan violenta como la que siguió. Pero corrió entre los indios nómadas el rumor, que llegó hasta la tribu de Anikin y Modesto, de que las mujeres de los indios del norte habían robado los cuerpos de los muertos y los habían hecho devorar por los perros, lo que exigía una sangrienta reparación: el aniquilamiento, no sólo de los enemigos varones, sino de las mujeres; es decir, la total destrucción de la tribu. Bien pronto tuvieron ocasión de vengarse.

Un hombre blanco, buscador de oro y aventuras, deseaba contratar algunos indios como guías para que le llevaran, á través de los bosques, desde Harberton hasta la costa del Atlántico. Anikin y muchos hombres de su tribu demostraron el mayor interés en que fuera bien acompañado, en condiciones por demás económicas. El aventurero tenía una carabina Winchester, pero los indios opinaron que no les bastaría, pues, según decían, estaban entonces los bosques llenos de facinerosos.

Entonces fueron con él á un lugar situado en las cercanías de Harberton, y consiguieron que adquiriese algunas carabinas más, para distribuirlas entre su séquito.

Cuando llegaron al otro lado del lago de Fagnano,

aconsejaron los indios al aventurero que les aguardase con el equipaje, mientras ellos, con las carabinas, explorarían el terreno y cazarían de paso algunos guanacos. Cuando hubieron penetrado en el bosque, hicieron alto y se quitaron los zapatos de cuero de guanaco, como es costumbre entre ellos antes de comenzar la lucha. Modesto, que era el más joven de todos, se quedó para guardarlos.

Mientras tanto, el grupo destacado avanzó sigilosamente, sorprendiendo al enemigo en sus guaridas. El resultado de la lucha no podía menos, en estas condiciones, de ser favorable á los asaltantes.

Los tiros menudeaban y las flechas silbaban, y cuando terminó la lucha quedaron once muertos, entre hombres, mujeres y niños, en el campo de batalla; pero también el séquito de Anikin tenía sus muertos y heridos.

Esto había ocurrido medio año antes de mi llegada á Harberton, y la hazaña había adquirido mucha resonancia. Los indios fueron castigados por los hermanos Bridges, imponiéndoles pesados trabajos. Antes de presentarse en la colonia habían vagado algún tiempo por los bosques, temerosos de las represalias por parte de los enemigos supervivientes.

A pesar de tan sanguinarios precedentes, nada me preocupaba viajando en compañía de Anikin y Modesto. La remuneración, que se había fijado en dos chelines ingleses para cada uno, serían pagados por mister Bridges, y quedó convenido que se efectuaría á nuestro regreso si me mostraba satisfecho de su comportamiento. Mister Bridges les hizo comprender que podían perderlo todo y no ganar nada si me hacían traición. Si hubieran

tenido la torpe idea de agredirnos á Wennersgaard y á mí para coger nuestras armas y equipo, estaban persuadidos de que semejante cosa tendría graves consecuencias.

Anikin no podría volver más cerca de sus mujeres, que quedaron retenidas en Harberton como rehenes para seguridad nuestra, ni Modesto podría reunirse á su madre, que también había quedado allí. Además, se convino en que, al cabo de cierto tiempo, debía salir mister Bridges en busca nuestra con sus trabajadores blancos. Anikin y Modesto tenían en los bosques demasiados enemigos para prescindir de la colonia, y sabían por experiencia que mister Bridges Despard, aun cuando era el más bondadoso de los tres hermanos, se mostraba inexorable cuando se trataba de castigar. Por todo esto no había nada que temer por parte de los dos guías.

En cambio, era más difícil de prever lo que pasaría si encontrábamos alguno de sus enemigos en los bosques. Para este caso confiaba en que la fortuna nos favorecería, pues contábamos con magníficas pistolas maüser y un buen fusil, que Wennersgaard manejaba diestramente.



Wennersgaard á bordo del bote de lona en el lago de Fagnano.

CAPITULO VIII

Viaje de Wennersgaard en el bote de lona al lago de Fagnano

El 18 de septiembre, por la mañana, salimos de Harberton á través del país cercano á la costa. Tuvimos que llevar la impedimenta repartida en varios fardos, pero en las inmediaciones de los bosques, donde había aún nieve profunda, lo cargamos todo sobre el trineo, que á duras penas pudimos arrastrar unos metros; después quedó completamente clavado en la nieve. Era evidente que de nuevo teníamos que repartir la carga y llevarla en dos veces. Seguimos así con la primera mitad de los bagajes tan lejos como pudimos, calculando que lograríamos llevar el resto antes de que obscureciese.

La nieve era profunda y porosa. Casi constantemente

nos llegaba hasta las rodillas, y el trineo se hundía á pesar de sus anchos brazos. Mientras yo con los indios iba delante tirando, Wennersgaard caminaba casi siempre detrás ó al lado para conducir el trineo y sacarlo cuando tropezaba con alguna raíz ó alguna piedra.

Al obscurecer habíamos reunido todo el equipo en el lugar donde pensábamos levantar nuestro campamento nocturno. Estábamos aún á pocos kilómetros de Harberton, pero hay que reconocer que las circunstancias no nos habían favorecido, y esperábamos hacer más fructuosa jornada el día siguiente. Entonces era cuestión de disponer un hogar y esto lo entenderían mejor los indios, pero no me era muy fácil hablar con ellos. Yo, «hombre civilizado», me encontré en una singular situación frente á aquellos salvajes, que hablaban un idioma europeo y que yo desconocía. Valiéndome de los pocos vocablos españoles que conocía y de señas, cuando las palabras me faltaban, llegué á hacerme entender de un modo bastante regular.

Dije «fuego», é hice gestos indicando el humo que salía. Los indios se inclinaron, y con maravilloso conocimiento de causa, recogieron una brazada de leña seca y pronto una gran hoguera esparció su brillante llamarada entre los árboles.

Yo me encargué de repartir la comida en raciones. Puse la mantequilla sobre las galletas y el número fijado de trozos de azúcar de una vez en las cuatro tazas de té. Todo se repartió igualmente, sin hacer distinciones entre los indios y nosotros.

Para hacer la carga más ligera, no nos habíamos llevado tienda alguna.

Wennersgaard y yo nos metimos en nuestros sacos

para dormir, debajo del bote de lona, mientras los indios descansaron á cielo raso en los sacos-camas que les estaban destinados. Nos habíamos colocado tan cerca como pudimos del fuego, que todavía ardía. Los indios hablaron un rato en su singular y duro idioma nativo, cuyo timbre raro y extraño es muy diferente del de las lenguas europeas. Cuando ya dormían todos, estuve yo aun despierto largo rato.

La noche era fría y clara. Por bajo la borda del bote podía vislumbrar en lo alto, entre las hojas de los árboles, dos brillantes estrellas. Un débil viento soplaba sobre las cimas de los árboles, y á lo lejos se oía de cuando en cuando el extraño canto de algún pájaro desconocido. El débil reflejo de la hoguera que se iba consumiendo, el vago rumor del campo salvaje y todos esos pequeños y misteriosos ruidos del bosque, que recoge el oído en la profunda tranquilidad de la noche, me desvelaron de tal manera que en mucho rato no pude dormir.

Al día siguiente nos levantamos temprano. Después de una fatigosa jornada, escalando pendientes y descendiendo á hondos valles y luego de cruzar un río que afortunadamente estaba aún helado, venciendo, en fin, toda clase de obstáculos para arrastrar el trineo, que se desviaba frecuentemente y á veces volcaba, llegamos por la noche con toda nuestra impedimenta al lindero de un bosque claro, más arriba del límite entre un valle y la montaña.

Proseguimos nuestra ruta al amanecer el día, que era el tercero de marcha; rendidos y maltrechos llegamos á una alta meseta desde donde pudimos ver las crestas de la cordillera todavía bastante lejana. Entonces consideré necesario hacer alto y pensar seriamente sobre nuestra si-

tuación. Con aquel continuo ir y venir para transportar la carga en dos veces, que tanto tiempo requería, se necesitarían aún cuarenta y ocho horas lo menos para llegar al paso de la montaña, y después cerca de cuatro días para llegar al lago de Fagnano. Nuestra mayor dificultad estribaba en que las provisiones que llevábamos, no serían suficientes para un viaje tan lento. Modesto, que siempre se había mostrado contrario á este modo de viajar, me mostró, gesticulando, sus diez dedos para indicar los días que tardaríamos en llegar al lago de Fagnano.

No nos quedaba otro remedio que volver á Harberton para salir de nuevo mejor acondicionados. Era evidente que el trineo no servía más que de estorbo para viajar por aquellos andurriales.

Dejamos el bote y parte de las provisiones en un soto, y así, libres de la impedimenta más pesada, regresamos á buen paso, siguiendo nuestro mismo rastro, hacia Harberton.

Descansamos un rato cerca del campamento de indios que había en la parte interior de la bahía de Harberton, y donde en seguida nos vimos rodeados por un numeroso grupo de curiosos. Eran los hombres feos y delgados, y las mujeres, viejas casi todas, acudían rodeadas de chiquillos medio desnudos. Charlaban confusamente, dirigiéndose á Anikin y á Modesto, mientras me contemplaban y se reían.

Un indio viejo se atrevió á acercarse más, riéndose estúpidamente con toda su boca.

Yo, por mi parte, no entendía lo más mínimo de aquellos vocablos extraños y duros, que oía á mi alrededor como un galimatías incomprensible.


Mte Carhashcho
Lago Fagnano
(Cami)
Mte Jeepen
Heurh-gooyen
Canal Beagle
ESBOZO DE MAPA
del
PASO ONA
en la Tierra del Fuego
hecho en 1902
por
J. G. ANDERSSON.
Bosque frondoso.
Campo sin bosque cubierto de hierba.
Camino de herradura construido por los hermanos Bridges.

Pero, no obstante, me daba cuenta de lo más esencial, y era que se estaban divirtiendo á mi costa; aun que bien pronto cesó la chacota cuando se enteraron por los guías de que el «doctor», á pesar de los contratiempos que había sufrido en su viaje, no había desistido de llegar al lago de Fagnano, y tal vez utilizara los servicios de alguno de ellos.

En seguida se me ofrecieron cuatro onas para llevar el bote de lona y una parte de las provisiones por la cordillera hasta el lago de Fagnano. Debían ir cargados con toda aquella impedimenta, consistente en los efectos que habíamos dejado en el depósito, y además algunas cajas de galletas, té, latas de carne en conserva y azúcar, que habían de recoger en la colonia para su consumo.

Mister Bridges les prestaría una carabina Winchester y algunas cajas de cartuchos, á fin de que pudiesen aumentar sus provisiones con la caza de guanacos.

Llamábanse los indios que escogimos Hahimouk y Hattah; éste era un joven bien parecido, y hasta guapo dentro de su raza, aunque demasiado grueso según el tipo europeo de belleza, pero era seguramente un Adonis á los ojos de las señoras onas. Habían de llevarse sus mujeres para el viaje, y Modesto, como era soltero, escogió una de su gusto como compañera. Tenía mis razones para suponer que si invitaban á las mujeres para que les acompañasen no era sólo por galantería. Como suele ocurrir generalmente en las marchas de los indios, tuvieron que cargar ellas, según comprobé después, con la parte más pesada de la impedimenta.

El día 24 de septiembre salieron de su campamento, y á pesar de que arreciaron aquellos días los temporales de nieve, estaban de nuevo en Harberton el 3 de octubre,

dándonos cuenta de que habían cumplido perfectamente su cometido.

Todo este tiempo lo dediqué á hacer investigaciones geológicas en la región de Harberton, y á bordo de una goleta realicé un viaje á la pequeña y curiosa bahía carbonífera de Slogget, en la embocadura este del canal de Beagle.

En Harberton se hicieron entre tanto algunos preparativos para el nuevo viaje al lago de Fagnano. Los sacos para dormir, de fieltro, que usamos durante el primer viaje, pesaban, con su cubierta de lona, nada menos que ocho kilos, por cuya razón mandé hacer á las mujeres indias otros sacos-camas de piel de guanaco cosidos con nervios del mismo animal. Un saco de estos pesaba apenas cuatro kilos, es decir, menos de la mitad que los otros.

Resultaban casi demasiado calientes en relación á la temperatura que disfrutamos, sobre todo en el campamento del lago de Fagnano. Estos sacos para dormir de mi invención, que se hicieron para Wennersgaard y para mí, sirvieron después todo el invierno que pasamos en la bahía de la Esperanza, utilizando Grunden uno de ellos.

No pensamos en disponer sacos de dormir para Anikin y Modesto, porque nos afirmaron que preferían dormir á la usanza india, á cielo raso y envueltos en una buena piel de guanaco. El equipo quedó en su totalidad tan aligerado, que decidimos llevar para nuestra comodidad una pequeña tienda para dos personas.

Habíamos experimentado durante el viaje anterior al lago de Fagnano, que los patines no eran útiles para caminar por los sitios donde escaseaba el hielo, y por el

contrario, se nos había hecho muy pesada la marcha á través de los parajes cubiertos de nieve, por tener ésta poca consistencia. Por eso nos procuramos unos buenos zapatos para nieve, de lona embreada y cuero, que no penetraba el agua.

El día 7 de octubre emprendimos otra vez la marcha, llevando cada cual su indispensable equipo. El río Varela, que durante nuestro primer viaje estaba completamente helado, presentaba ahora, hacia la mitad de su corriente, una faja abierta; pero adoptando algunas precauciones, pudimos, sin embargo, pasar el río con bastante facilidad.

Presentábase después el camino cubierto de nieve blanda, que en algunos sitios se amontonaba en grandes masas. Yo marchaba delante, abriendo camino con mis flamantes zapatos y marcando grandes huellas que mis compañeros, que seguían detrás, aprovechaban como sendero pisando en el mismo sitio. De vez en cuando sucedía, no obstante, que alguno de nosotros se hundía hasta las rodillas impensadamente en la nieve, y cuando teníamos la desgracia de caer en algún espacio vacío, escondido por la maleza, pasábamos nuestros apuros para salir del atolladero.

A las cuatro de la tarde acampamos en el último bosquecillo del pie de la cordillera. El territorio que habíamos atravesado durante el día, desde la orilla del canal de Beagle hasta la región montañosa, estaba cubierto de bosques, abundando en ellos dos clases de haya, *fagus antartica* y *fagus betuloides*, siendo esta última de hoja perenne. Cuando poníamos ramas de esta última clase de haya en la tienda, como soportes para los sacos de dormir, despedían un olor característico parecido al de

las hojas frescas del abedúl: por algo este árbol forma parte de las betuláceas.

A la mañana siguiente temprano vi por vez primera, desde el declive de la montaña, hacia el oeste, el reflejo cristalino del lago de Fagnano, situado en medio de un país silvestre y en dirección norte á la embocadura de un



Ole Wennersgaard fallecido en la isla de Paulet el 7 de Junio de 1903.

valle al que íbamos á descender. La montaña era muy escarpada y parecía imposible llegar al llano, pues durante el invierno el viento había acumulado allí grandes masas de nieve. Además, en los días de deshielo desprendíanse desde la cumbre grandes aludes que rodaban hasta el valle, creciendo cada vez más con la nieve que recogían. Algunas de estas avalanchas se habían abierto camino á través del bosque situado en la falda, rompiendo árboles y destrozando cuanto encontraban á su paso.

Sorteando toda clase de dificultades pudimos ganar la llanura, y aunque pisábamos continuamente sobre la nieve, no sentíamos el frío. El sol calentaba tanto en el valle, que Wennersgaard y yo estábamos sudando, aunque nos habíamos quitado la americana; los indios parecían ser insensibles tanto al frío como al calor, y ni una sola gota de sudor pude ver en sus achatados rostros matizados de rojo obscuro, aunque llevaban sus grandes mantas de guanaco á la espalda, encima de los trajes europeos que les hicimos poner para el viaje. El buen tiempo duró poco, sin embargo.

Seguimos el curso de un río que desemboca en el lago de Fagnano, y que en lengua ona lleva el nombre de Hennenshiki. Este río sufre en su curso frecuentes y notables desviaciones; de modo que durante el transcurso del día nos vimos obligados á pasarlo y repasarlo lo menos diez veces. Hacíase paulatinamente más ancho, aumentando sin cesar su caudal pequeños afluyentes, de modo que cada vez era menos agradable tener que vadearlo, pues sus aguas estaban frías como el hielo.

Los bosques inmediatos tenían allí un aspecto muy distinto del que presentaban en la parte meridional de la cordillera.

Las hermosas hayas, siempre verdes, habían desaparecido por completo. Los únicos árboles que abundaban, de la especie *fagus antartica,* extendían sus ramas deshojadas, cubiertas de largos pinchos, y daban al bosque un aspecto invernal, aumentado por la llovizna y el cielo tempestuoso y obscuro.

Estábamos rendidos y acampamos al obscurecer en la ribera del Hennenshiki; encendimos una gran hoguera delante de la cual nos calentamos mientras hervía el té:

el vapor de agua salía de nuestras ropas empapadas formando densas nubecillas.

Al día siguiente continuamos el viaje siguiendo el curso del río que, después de hundirse en un barranco, se desviaba para atravesar una región agreste, sembrada de colinas rocosas que se extendían hacia el lago de Fagnano. Allí, el camino construído por los hermanos Bridges, deja el curso del río y se dirige en línea recta hasta el pie de la montaña aislada, que se encuentra en el extremo sudeste del lago de Fagnano, y que ha sido designado por los onas con el nombre de «Herbopen».

Los indios nos indicaron, por señas, que debíamos dejar el camino y tomar rumbo hacia el norte, á través del bosque. Sólo entonces, durante la pesada marcha que siguió á través de un suelo pedregoso, lleno de troncos caídos, juncos y montones de tierra, comprendimos la importancia del camino limpio que habíamos seguido.

A las seis y media de la tarde llegamos á una hermosa laguna de la orilla del Fagnano. Modesto me mostró inmediatamente, con visible alegría, el bote con las provisiones, colgado cuidadosamente entre dos árboles, tal como lo había prescrito á los indios que lo colocaran, y que no omitieron un detalle de su cometido.

Los tres días siguientes se destinaron á las exploraciones zoológicas, que formaban el principal objeto de este viaje. Wennersgaard y yo nos dirigimos al lago, embarcándonos en el pequeño bote de lona, para hacer dragajes y pescar en las capas superiores del agua.

Los dos indios, desde su salida de Harberton habían comenzado á sentir los primeros síntomas de la *influenza*, que entonces diezmaba á los habitantes del país sin distinción de razas. El vadeo de los ríos fríos como el

hielo, el persistente contacto de las mantas de guanaco empapadas en agua y las marchas forzadas con un pesado equipo, empeoró naturalmente su estado. Los dejé, pues, en el campamento del lago de Fagnano para que con toda tranquilidad pudieran restablecerse antes del regreso. Anikin era el que estaba peor, y le di el medicamento más apropiado que tenía á mano: sulfato de quina. Después de haberlo tomado algunas veces, me indicó por señas que sentía algo inusitado en los oídos, lo que, como puede suponerse, era debido á exceso en las dosis de quinina. Le di á entender que para que desapareciese todo bastaría con que dejase de tomar esta medicina; pero Anikin no quedó muy conforme con esta sola medida, y él mismo dispuso una contracura indígena para combatir esta nueva dolencia; así, cuando me separé de él, llamó á su compañero y presencié la más extraña operación terapéutica que pude imaginar.

Tendióse Anikin de costado en el suelo, y Modesto comenzó á frotarle con los pies desnudos el pabellón de la oreja. Entonces recordé que los onas emplean á menudo el masage con los pies para curar toda clase de enfermedades, aunque, á decir verdad, me pareció muy original que este tratamiento se emplease también contra los zumbidos en las orejas. Con todo, Anikin curó de su dolencia, y el feliz resultado aumentó seguramente su fe en los anticuados procedimientos curativos.

Quería dedicar el último día de nuestra estancia en el lago de Fagnano á la exploración de la montaña de Heohopen, situada en el límite de los bosques, desde cuya cumbre podría disfrutar una vista extensa y despejada de todo el contorno, para completar el mapa del territorio que habíamos recorrido.

El día 13 por la mañana, cuando me disponía á realizar este viaje, habían empeorado los indios en su dolen-



Haya de verdor perenne (Fagus betuloides).

cia, y decidí emprender la marcha con la sola compañía de Wennersgaard. Pero cuando los guías nos vieron preparados para dejar el campamento, llevándonos la

carabina y las pistolas Maüser, demostraron vivamente su inquietud. Señalamos entonces hacia el interior del bosque, murmurando algo como: «onas malos», para indicarles que necesitábamos estar prevenidos.

Evidentemente tenían miedo de quedarse solos sin armas, expuestos á un ataque de sus enemigos, que bien podían presentarse durante nuestra ausencia. Comprendiéndolo así, les dejé la carabina y algunos cartuchos, brillando entonces de nuevo en sus rostros un rayo de contento. Completamente tranquilos, se acostaron después para descansar al lado de la hoguera.

Efectuamos la ascensión á la montaña de Heohopen con un tiempo hermoso y despejado: desde la cima pude disfrutar del más vasto panorama que hasta entonces había visto, hacia el oeste, dominando la mayor parte del lago de Fagnano, cuya longitud es de cien kilómetros. En dirección al sur y sudoeste, divisábase la parte septentrional de la cordillera de la Tierra del Fuego, y hacia el este y norte llanuras interminables. En la misma dirección podía distinguirse, cerrando el horizonte, el Océano Atlántico, cuyas formidables olas, miradas á tal distancia con el anteojo de larga vista, parecían blancas fajas inmóviles. De entre el boscaje inmediato y en dos distintos puntos, elevábase el humo de las hogueras que hacían los indios.

Contado número de viajeros, y quizá ninguno como yo, ha visto, en un día tan despejado como aquel, todos los detalles y accidentes topográficos de la Tierra del Fuego en tan vasta extensión.

El día siguiente, que era el 14 de octubre, por la mañana, emprendimos todos el camino de regreso, y después de una marcha de dos días y medio, arribamos otra vez

á Harberton. De este viaje de retorno citaré tan sólo un curioso pasaje del último día de nuestra marcha, entre la cordillera y el canal de Beagle.

Durante nuestro viaje de ida no habíamos llegado á tocar de cerca los resultados producidos por el derretimiento de la nieve. Conforme adelantaba la primavera inundábanse más y más los terrenos bajos, poniéndose los caminos intransitables. Resultaba, además, que la operación de vadear las muchas curvas del río Henuen era más difícil que á la ida. Mas nos aguardaba una verdadera sorpresa al atravesar el río Varela. Estaba verdaderamente «enfadado» entonces, como decían los indios. Todo rastro de hielo, sobre el cual habíamos antes caminado cómodamente, había entonces desaparecido. La corriente fluía caudalosa, con fuerza creciente, entre las quebradas y pedregosas orillas.

Me pareció imposible poder vadear el río sin exponerme á ser arrastrado por la corriente rápida y vertiginosa. Escogí, pues, una vieja haya de bastante diámetro que se inclinaba hacia el río y empecé á descargar hachazos en su base con objeto de derribarla para que, al caer, nos sirviera de balsa.

Mas los indios, que seguramente eran más prácticos que yo en vadear los ríos de la Tierra del Fuego, no coincidieron con mi plan. Cargáronse el equipo sobre sus espaldas y con un largo palo en la diestra se metieron decididamente en el agua. Anikin, que era el más fuerte, se colocó á la derecha para servir de apoyo á Modesto en caso necesario. Despacio y demostrando suma habilidad, tanteaban el vado para poner el pie sobre las piedras del lecho del río, adelantando hasta que el agua les llegó á la cintura en el remolino más vertiginoso de la

corriente. Dos veces tuvieron que retroceder, pero, por fin, dieron con el punto de vado. Una vez que dejaron su impedimenta en la orilla opuesta, regresaron para recoger nuestras mochilas.

Mientras llevaban á cabo estas faenas, meditaba yo seriamente sobre el procedimiento de los indios, porque, si después de tanta ida y venida, resultaba que luego nosotros teníamos que vadear el río tras ellos, dudaba de que, tanto Wennersgaard como yo, lo consiguiésemos sin habernos ejercitado en tan peligroso *sport*.

Pero volvieron los indios de nuevo y nos cargaron tranquilamente sobre sus espaldas como si fuera la cosa más fácil del mundo. Anikin se encargó de transportarme á mí y Modesto á Wennersgaard. Penetraron en el agua con todo género de precauciones, pero cuando me vi sobre las espaldas de Anikin, me asaltó una sospecha poco tranquilizadora al observar los espumosos torbellinos de agua, aunque no tardé en rechazarla, al ver la seguridad con que avanzaba mi indio, y me ocupé solamente de guardar bien el equilibrio. Después de salvar la parte más peligrosa, siguió la marcha con paso más firme y seguro, y pronto llegamos felizmente á la orilla opuesta.

Cuando, algunos momentos después, me encontré sentado delante de un buen fuego de troncos chispeantes, en torno del cual los indios procuraban secar sus ropas, no pude menos de mirarlos, no tan sólo con agradecimiento, sino también con cierta envidia y vergüenza. No disfrutaban los indios de tan buena salud como nosotros; temblaban, no sólo de frío, después del baño de agua helada que se habían dado, sino de fiebre, que se les había aumentado durante la larga marcha.

Estos eran, pues, los salvajes que los hombres civilizados habían cazado como animales dañinos y peligrosos. Basta tratarles con amabilidad para que soporten el trabajo más rudo sin protesta, estando siempre dispuestos á prestar todo género de servicios por pesados que sean.

Podrían escribirse páginas verdaderamente crueles narrando las innumerables injusticias de que son víctimas los pobres indios de la Tierra del Fuego, por parte de los hombres civilizados. Pero, ¿qué precedentes hay en la historia de las civilizaciones, para que los onas sean tratados de otra manera? Así está estatuido, y no hay que desaprobar el exterminio de las razas salvajes, que procuran defender su país natal contra la usurpación de los blancos, pues al fin y á la postre ocuparán estos todos los países del mundo.

El viaje al lago de Fagnano djó por resultado multitud de observaciones geológicas y topográficas para la confección de mapas y algunas conclusiones prácticas, que resultarán de suma utilidad para el próximo viaje á la Tierra del Fuego, que estoy ahora proyectando. En cuanto á las colecciones hechas durante nuestra expedición, fueron almacenadas en el «Antártico», y en su viaje al sur se perdieron con él.

También fué víctima de las peripecias ocurridas entre el hielo, durante el invierno sudpolar, mi compañero de exploración, el joven marino noruego Ole Wennersgaard, cuyos restos yacen en la isla de Paulet, en medio de las tempestades en invierno, y del ruido de innumerables grupos de pájaros bobos en los días del verano.

Cuando mi pensamiento á veces retrocede á los bosques vírgenes de la Tierra del Fuego, no puedo menos de recrearme en variados recuerdos.

Cierta noche nos encontramos alrededor de la hoguera mientras se estaba haciendo la comida. Modesto y Wennersgaard se ocupaban en avivar el fuego, haciéndose preguntas en sus idiomas respectivos, resultando la escena más cómica que imaginarse puede, pues mientras uno hablaba en castizo sueco, el otro le contestaba con largas retahilas en su extraño y pobre lenguaje. Así estuvieron un rato luchando por entenderse, hasta que la destemplada risa del indio hizo coro á la del joven noruego, dándose por vencidos en su lección bilingüe.



CAPITULO IX

Hacia el sur.—Nuevas exploraciones

Mientras yo trabajaba en exploraciones de historia natural en el lago de Fagnano y en la región de Harberton, estaba el «Antártico» en Ushuaia equipándose para el viaje de verano al mar Glacial del Sur.

La tripulación se entregó durante todo este tiempo al trabajo de reposición de las distintas partes del buque. Procedióse á la limpieza de fondos, pues las algas y los pequeños infusorios marinos habían hecho que disminuyese considerablemente la velocidad del buque. Se cosieron nuevas velas, se restauró parte de su arboladura, etc., y por último se embarcó el importante stock de provisiones (harina, patatas, azúcar, café, etc.), así como las toneladas de carbón que regalaba á la expedición el Estado argentino, y que llegaron á bordo del buque almacén de esta nación «El Tiempo».

El día 30 de octubre llegó el «Antártico» á Harberton

para embarcarnos, juntamente con Skottsberg, que había llegado unos días antes, aprovisionándose al mismo tiempo de carne fresca de cordero.

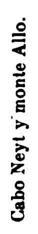
El 4 de noviembre volvió el buque á Ushuaia con todos nosotros á bordo, y la mañana siguiente temprano emprendió su viaje hacia el sur. Entre las comunicaciones que dejamos en Ushuaia había dos iguales: una dirigida al secretario de la «Sociedad Sueca de Antropología y Geografía», y otra para el cónsul de Suecia y Noruega en Buenos Aires, conteniendo los resultados más importantes de nuestras exploraciones verificadas hasta entonces.

Durante mi estancia en Port-Stanley, había oído asegurar que hacía poco habíase descubierto un yacimiento de carbón en la bahía de Tekenika, situada en la parte más meridional del grupo de islas de la Tierra del Fuego, y en Harberton recibí nueva confirmación de ello.

Bajo el punto de vista geológico, me pareció singularmente curioso hacer el examen de este hallazgo y, por lo mismo, dispuse el viaje desde Ushuaia de modo que, sin desviarnos mucho en nuestro rumbo al sur, hiciésemos escala en la bahía de Tekenika, permaneciendo allí dos días (del 5 al 7 de noviembre).

Este lugar, situado dentro de los limites chilenos de la Tierra del Fuego, es el punto habitado más meridional de la región.

Allí vivía un misionero inglés, mister Williams, con su familia y un sirviente, ocupado en la propaganda evangélica entre las tribus de indios yagán. Era de admirar el noble celo y el constante entusiasmo de este santo varón, que sólo deseaba poder trabajar, hasta morir, en



Cabo Neyt y monte Allo.

aquel rincón apartado del mundo, predicando las divinas creencias entre los pobres salvajes del extremo sur.

La pequeña y pintoresca vivienda de mister Williams se hallaba en medio de un grupo de cabañas que los indios habían construído para habitarlas bajo la dirección del misionero. Forman una verdadera colonia trabajadora, que poco á poco aumenta gracias á la inagotable paciencia y continuos desvelos del pastor evangélico. A menudo reparte ropas entre los colonos más aprovechados para despertar su emulación, logrando por todos los medios la prosperidad y aumento de la colonia.

El examen del yacimiento carbonífero dió un resultado científico inesperado y singularmente importante; pues, además, encontré multitud de fósiles de moluscos entre las capas minerales que formaban el terreno objeto de mis investigaciones. Como este depósito fosilífero es visiblemente más remoto que la época de formación de las capas en que se encuentra, débese estudiar este problema detenidamente para informar con verdadera base respecto á la edad geológica de la cordillera de la Tierra del Fuego.

Cuando el «Antártico», al amanecer del día 7 de noviembre, salió de la bahía de Tekenika, dejábamos detrás de nosotros el último de los países civilizados. Nos encontramos ahora abandonados á nosotros mismos, á nuestros propios recursos y á nuestros planes de trabajo, hasta el deseado día en que, en Snow-Hill, lográramos reunirnos á nuestros compañeros de expedición. Aunque quedaban aún importantes territorios que explorar ante nosotros, y aunque el viaje por las costas de las tierras sudpolares ofrecería seguramente muchas dificultades, comprendíamos, sin embargo, que

habíamos dado un importante avance hacia el final del largo viaje.

Navegando ahora con la proa hacia el sur, nos hicimos á la mar desde las pedregosas islas que rodean el cabo de Hornos. Calculábamos entonces que, transcurridos tres meses más de trabajo, podríamos estar todos reunidos á bordo del «Antártico», de regreso á la lejana patria.

Durante la noche del 7 de noviembre pasó el «Antártico» á la altura del cabo de Hornos sur, al oeste de la isla de Hermite, y marchó todo el día siguiente á velas desplegadas con buena velocidad hacia el sur sudeste. A las dos de la tarde del día siguiente observamos la primera montaña de hielo, de forma singular, aunque poco voluminosa, y durante la noche del 9 al 10 encontramos inesperadamente, á los 59° 30' de latitud sur y 66 de longitud oeste, los primeros bloques de hielo de mar flotantes, arrastrados por las olas. Las costas de Shetland Meridional suelen presentarse generalmente accesibles, sin el menor obstáculo de hielo, y el «Antártico» había ya pasado por allí el año anterior, aunque más entrado el verano, hallando sus aguas completamente libres.

Dos días después, durante la noche del 11 al 12 de noviembre, nos detuvo á los 61° latitud sur una gran masa de hielo, entre cuyos bloques, después de algunos intentos de penetración, quedamos aprisionados.

Durante los días siguientes (del 13 al 17 de noviembre) el tiempo fué tan tranquilo y sereno que el hielo se disgregaba poco á poco; entonces hizo Larsen avanzar el buque, pero los bloques se aglomeraron de nuevo alrededor de él, y tuvimos que aguardar aún entreteniéndonos, mientras, en medir las dimensiones de los

trozos de hielo y en tender nuestras redes en las capas superiores del agua, entre las pequeñas aberturas, al lado mismo del buque. Observamos también un grupo poco numeroso de pájaros bobos que no daban muestras de asustarse.

Una vez que pudimos reanudar nuestra marcha, hallamos á nuestro paso multitud de montañas de hielo; los días despejados llegamos á contar, desde el puente del «Antártico», más de cincuenta; algunas de ellas formidables y gigantescas, figurando enormes cubos de lados iguales y verticales, tipo característico de los glaciares antárticos.

El día 17 por la tarde cambió el tiempo por completo. La atmósfera se hizo más nebulosa, y el viento refrescó hasta convertirse por la noche en verdadera tempestad. El hielo flotante comenzó á moverse, formáronse claros entre los bloques que se rompían al chocar unos con otros.

A las dos de la madrugada tuvimos que amarrar el «Antártico» con dos cabos á un trozo de hielo que nos pareció bastante voluminoso y consistente; pero á la mañana del día siguiente se rompió en varios pedazos, y el buque quedó á merced de las olas.

Montañas de hielo compacto, cuya base se sumerge más de doscientos metros bajo el agua, flotan en la superficie del mar de un lado para otro, moviéndose lentamente. La tempestad rompe contra sus caras irregulares y los trozos de hielo de mar son arrastrados por la tempestad, mientras van chocando unos contra otros.

Algunas veces se quiebran en pedazos con gran estrépito y la espuma helada hierve en torno de las moles que se disgregan. Mal lo pasaría la embarcación que se en-

contrara en medio de ese gigantesco desmoronamiento. El «Antártico», á pesar de todo, caminaba más deprisa que el hielo del mar, pues su alta arboladura recogía mucho viento y el barco se deslizaba entre los bloques que, con ruido continuo, rozaban contra sus costados. De vez en cuando recibía el buque secos golpes que hacían retemblar el casco, y frecuentemente teníamos



Una vanguardia del Mar Glacial.

que poner en marcha la máquina para esquivar el choque contra alguna formidable montaña de hielo que avanzaba cerrándonos el paso.

La tempestad fué de larga duración; á las dos y media de la madrugada del día 21 de noviembre, me despertaron fuertes gritos que daban sobre cubierta, y cuando llegué arriba vi que á tres ó cuatro veces la longitud del buque, á babor, se erguía una montaña de hielo bastante más alta que el palo mayor y cerca de tres veces más larga que el navío. De la imponente masa sobresalían pedazos colgantes que se habían desprendido de la mole

principal, y por momentos corría peligro el «Antártico» de ser estrellado irremisiblemente contra ella. Reinaba un furioso temporal de nieve. La embarcación andaba á toda máquina, y las velas del bauprés, foque y gavia estaban desplegadas. Durante breves momentos el buque sólo conseguía adelantar despacio unos cuantos metros á causa de la resistencia que oponían los trozos de hielo; por último, cedieron á la presión unida de la máquina y de las velas, y pasamos, rozando la montaña de hielo, al espacio libre que se había formado á su abrigo.

Navegamos el resto del día unas veces por lugares libres, á media máquina para mantener el buque en marcha conveniente, y otras rápidamente, cuando el paso amenazaba cerrarse. Un huracanado viento cargado de nieve, tornó la atmósfera tan densa, que no podíamos distinguir nada á corta distancia.

Durante la mañana del 22 calmó el viento, y por la tarde pudimos de nuevo intentar acercarnos á tierra, sorteando numerosos bloques de hielo durante largo trecho. A las nueve de la noche alcanzamos el agua libre que bañaba la costa de la isla de Shetland Meridional. La isla de Smith se encontraba delante de nosotros, á una distancia de treinta millas marinas.

El día siguiente (el 23) entramos en el estrecho de Bransfield; cerca de la costa occidental de Snow-Island, giramos una rápida visita á un par de pequeños escollos cerca de esta isla, haciendo después rumbo hacia la isla de la Decepción. El mar se presentaba ahora más despejado, sólo encontrábamos algunas fajas de hielo de poco espesor en nuestro camino, que apenas causaron retraso en la marcha del buque.

La isla de la Decepción es conocida como una de las

islas volcánicas mayores en su género y más típicas del mundo. Tiene un litoral de más de sesenta kilómetros, es de forma anular y su cráter comunica por medio de una angosta abertura con el mar.

Cuando esta isla fué visitada, en 1828, por la fragata inglesa «Chanticleer», mandada por Foster, se produjo en el cráter un desprendimiento de gases sulfurosos y vapor de agua, y cerca de estas fumarolas se encontraron fuentes de agua caliente á una temperatura de 88°.

El pescador americano de focas, Smiley, que en 1842 hizo escala en la isla, asegura que toda la parte meridional se encontraba entonces en viva actividad volcánica, con nada menos que «trece bocas de erupción».

Como no había ningún informe posterior sobre esta singular isla, teníamos sumo interés en visitarla para estudiar su estado actual. Arribamos á ella el día 23 por la noche, pero á nuestra llegada sufrimos un gran desencanto. La boca del cráter hallábase obstruída por hielo compacto, y á través de un estrecho claro pudimos ver que estaba cegado completamente, por lo cual debimos renunciar á internarnos en él. Por la parte exterior no vimos entonces rastro alguno de actividad volcánica.

Hacia la parte meridional de la entrada, la lava había producido una enorme grieta vertical en la pared del cráter que daba á conocer su estructura interior y las materias volcánicas que encerraba.

Nos quedamos aquella noche cerca de la isla, y á la mañana siguiente temprano volvimos á tierra Skottsberg y yo, desembarcando en la orilla meridional cerca de un pequeño escollo montañoso. La isla estaba cubierta de hielo y tuvimos ocasión de admirar el singular depósito alternado de hielo de ventisquero y ceniza volcánica, que

había sido observado ya por visitantes anteriores, y que seguramente no debe atribuirse á repetidas erupciones de ceniza, sino simplemente á las formidables tempestades que de cuando en cuando esparcen profusamente las cenizas sobre la capa de hielo de tierra.

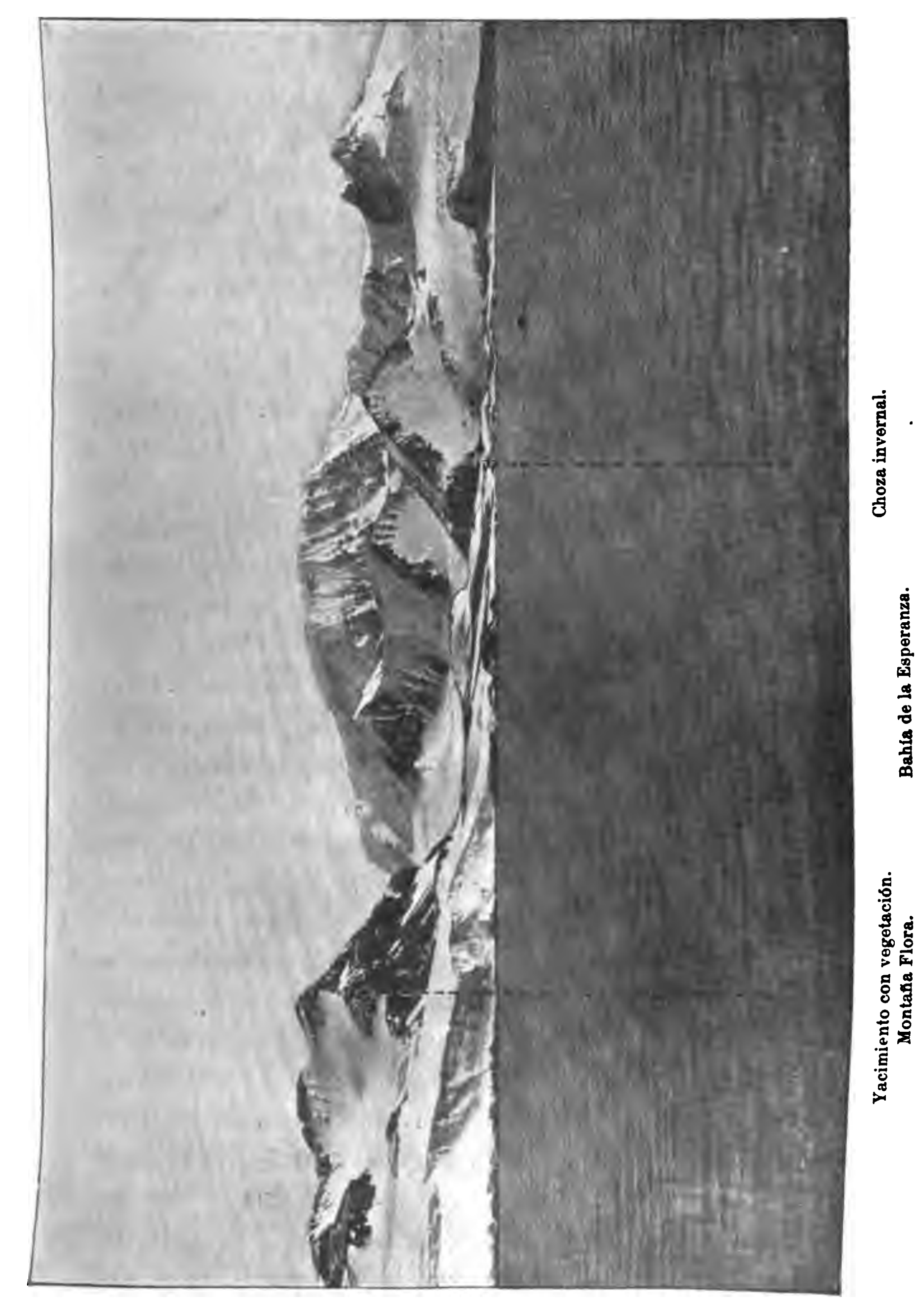
En las mesetas que formaba el hielo de tierra, donde éste se hallaba cubierto por un ligero depósito de ceniza



Pájaros bobos antárticos.

volcánica, encontramos una colonia bastante numerosa de pájaros bobos *(pigoscelis antartica)*, que entonces incubaban. Mientras que Skottsberg y el marinero que nos había conducido en el bote recogían y trasladaban á bordo abundante provisión de huevos de pájaros bobos, me encaminé yo solo nuevamente hacia el volcán con objeto de examinar el cráter desde otro punto; pero bien pronto hube de retroceder sin poder realizar mi proyecto.

Desde la isla de la Decepción hicimos rumbo al estrecho de Mac Farlane, entre la isla de Livingstone y la de



Yacimiento con vegetación. Montaña Flora. Bahía de la Esperanza. Choza invernal.

Greenwich, en el cual debíamos, según el plan dejado en Ushuaia, depositar una información sobre nuestro viaje.

El estrecho se encontraba lleno de espeso hielo compacto que nos cerraba el paso de la bahía, situado en la parte occidental de la isla de Greenwich (*). Por esta razón tuvimos que contentarnos con desembarcar en la parte más oriental de la isla de Livingstone, donde hallamos una colonia de pájaros bobos antárticos, no tan numerosa como la que vimos últimamente. La recolección de huevos no fué tan abundante como la anterior, pues entonces comenzaba la puesta de huevos.

Desde nuestra entrada en el estrecho de Bransfield el tiempo había sido tranquilo y hermoso. Al otro lado del estrecho podíamos distinguir perfectamente las cimas de las montañas y las llanuras cubiertas de nieve á ambos lados del canal de Orleans, divisándose también parte de la Tierra de Trinity. En cambio, nada pudimos distinguir de la isla situada en medio; aquélla isla que, según los mapas, se encuentra en el estrecho de Bransfield, entre el de Mac Farlane y la isla de Astrolabe. Ya anteriormente se había dudado de su existencia (**), y como era para nosotros cuestión de amor propio comprobar con datos evidentes si esa isla misteriosa se encontraba en tales parajes, hicimos rumbo hacia donde la suponíamos, al amanecer del 25 de noviembre, desde el estrecho de Mac Farlane. Esperábamos hacer allí un sondeo que indicara una profundidad de 1.450 metros. El horizonte se despejó tanto á medida que avanzábamos, que quedó desechada la creencia de que existiese la isla de enmedio,

(*) En cambio, se depositó un escrito el 26 de noviembre en la parte noroeste de la isla de Astrolabe.

(**) Véase Fricker Antartic, páginas 127 y 128.

y si á pesar de todo existe, su situación está mal indicada. En el mencionado lugar de la isla misteriosa hicimos un extraño descubrimiento hidrográfico el día anterior (el 24); habíamos encontrado, al hacer un sondeo, que á una profundidad de 977 metros correspondía una temperatura sorprendentemente baja en el fondo: 1,65°. Como ésta repitióse también á los 1.450 metros, determinamos la temperatura á cierta profundidad intermedia y obtuvimos así la serie de temperaturas que se anotan á continuación: para hacer comparaciones pueden verse al lado las temperaturas obtenidas por la expedición belga en sondeos al norte de las islas de Shetland del Sur en 1898:

Profundidad por metros	Isla del medio	Estrecho de Drake 61° 05' latitud sur 63° 04' longitud oeste
0	— 1,50	+ 3,2
10	— 1,27	—
25	— 1,38	+ 2,6
50	— 1,40	+ 1,3
75	—	— 1,0
100	— 1,28	— 0,9
125	—	— 1,4
150	— 1,27	— 0,9
200	— 0,54	—
250	—	+ 1,1
300	+ 0.02	+ 1,3
400	— 0,98	+ 1,8
500	— 1,30	+ 1.9
800	— 1,47	—
1200	—	+ 1,9
1450	— ,65 fondo	—
1700		+ 1,4
2700		+ 0,8
3660		+ 0,6 cerca del fondo (metros: 3.690)

Sin necesidad de entrar en otras consideraciones más complicadas respecto á la temperatura en las diferentes capas de agua, podemos observar, comparando sencillamente las dos secciones, que toda la masa de agua del estrecho de Bransfield está bastante más fría que la que hay en la parte exterior de las islas de Shetland Meridional. Si extendiésemos la comparación á las demás series de temperaturas que conocemos de los mares fríos, encontraríamos que en el agua profunda (de 500 á 1.450 metros) de estas regiones (isla de en medio) se observa más baja temperatura que en el agua del fondo en otros parajes del Mar Antártico, cuya temperatura normal nunca baja de — 0,5°; y «es, por lo tanto, el agua profunda más fría que se conoce en parte alguna del Oceano», sin excluir la del fondo del mar en el norte de Noruega (— 1,5°). Así como este último paraje marino está separado por un formidable banco (las islas de Farö en Groenlandia) del Atlántico del norte, cuya agua de fondo es muy cálida relativamente (de + 1,3° hasta + 2,4°), así, las aguas del estrecho de Bransfield forman otro depósito en continuo contacto con los hielos, incomunicado de las aguas más calientes que le rodean.

El cálido contacto del agua á 300 metros de profundidad (+ 0,02°) indica, sin embargo, que afluyen también aquí corrientes cálidas, aunque en extremo débiles.

«El estrecho de Bransfield es, así, la porción de mar más fría que se conoce en el mundo.»

Un estudio prolijo de la vida animal en las faunas de fondo y á distintas profundidades en el Océano Antártico abierto, debe, pues, ofrecer un interés singularmente grande. Entre los 818 y 849 metros de profundidad, obtuvimos en un dragaje un resultado particularmente

extraño y rico: además de otros ejemplares y varias especies de grandes peces de fondo, sacamos hermosos cestos marinos *(elasipoda)*.

Todas estas colecciones se perdieron desgraciadamente con el naufragio del «Antártico», y nos vemos precisados á dejar á una expedición futura el cuidado de



Orilla oriental de la isla Trinidad.

indagar las consecuencias biológicas de nuestro descubrimiento en estos fríos parajes del mar.

Cuando hicimos rumbo desde la estación hidrográfica mencionada del estrecho de Bransfield, hacia la isla de Astrolabe, se presentó un importante problema cartográfico. En enero de 1898, la expedición belga había penetrado en el archipiélago que existe junto á la costa noroeste de la Tierra de Graham, donde descubrió un gran canal entre la muralla de islas y la tierra firme, llamada de Danco. El nuevo canal, llamado Belga y más tarde de Gerlache, fué cartografiado desde el punto (cabo

de Neyt) por donde la expedición belga penetró en él, hasta su embocadura sudoeste. Tanto su continuación hacia el noroeste como la costa de la tierra firme en aquella dirección continuaban desconocidos, y los expedicionarios belgas han dado en sus diferentes croquis cartográficos muy distintos trazados de aquella tierra.

Durante nuestro primer viaje por las costas de la Tierra de Graham, penetró el «Antártico» en la embocadura denominada hasta entonces «de la Naturaleza», que Dumont d' Urville llamó «Canal de Orleans», pero que, según vimos, es una rama poco extensa que se dirige hacia el sudoeste, entre una cadena de islas.

Pronto se encontró el «Antártico» en la región en que Nordenskjöld creyó reconocer el canal de Gerlache de la expedición belga, y donde además pudo identificar con seguridad un cabo como el llamado de Murray, que se indica en el mapa belga según la relación del viaje por el doctor Cook. Pero las diferencias que existían por una parte entre los cabos, bahías é islas que habíamos visto, y los contornos del mapa belga, hacían que toda identificación fuese insegura, y así, el cartógrafo de nuestra expedición, Duse, veíase obligado á poner en contraposición dos deducciones: ó era dudosa la prueba suministrada por la fotografía del cabo Murray y, por consiguiente, falsa toda la identificación, ó el mapa belga estaba equivocado en los pormenores referentes á la extensión recorrida.

Así estaban las cosas cuando el «Antártico», después de un reconocimiento de dos días, dejó aquel territorio.

Corría á nuestro cargo, no obstante, la resolución de este problema. Debíamos, por consiguiente, formarnos

primeramente una idea clara y fija de la cuestión; encontrar, por comparación con el mapa belga, una prueba indiscutible, y realizar, finalmente, una detallada cartografía del canal de Orleans. Por un lado veíase que la identificación del cabo de Murray por Nordenskjöld era exacta, y tenía razón, además, al suponer que el canal de Orleans y el estrecho de Bélgica eran diferentes partes de un solo canal; por otro lado, pudo Duse, en algunos casos, con sus trabajos cartográficos, señalar directamente los errores de los mapas belgas que había creído exactos durante el verano anterior, y que ahora encontraba deficientes.

Cuando, durante la noche del primero de diciembre, llegamos al cabo de Murray caímos en el mismo error que el verano último, orientados tanto por este cabo como por la semejanza entre la isla de Two-Hummock y el dibujo de la misma que Archowski había reproducido (*). Pero cuando Duse, al día siguiente, hizo una nueva cartografía de la costa de tierra firme en el golfo de Hughes, desde el cabo de Steineck, demostró tan importante discrepancia con el mapa belga que otra vez nos quedamos igualmente confusos. La comparación entre el croquis provisional de los belgas, que fué reproducido en dos distintas escalas, pero que aun no había sido rectificado definitivamente, y el mapa hecho por Duse, demostraba claramente el desacuerdo. Las islas de la parte norte del cabo de Murray no se hallan indicadas en el mapa belga, y el cabo W. Spring acaba en un grupo de islas bastante grandes.

Desde éstas hicimos rumbo hacia el canal para comprobar una fotografía del cabo Neyt y Mont Allo, que

(*) Exploración de tierras antárticas; «Revista Geográfica».—Febrero de 1901.

fué publicada por el personal de la expedición belga (*). La identificación era exacta. El adjunto grabado, que representa el paraje en cuestión, concuerda hasta en los más mínimos detalles y no deja lugar á duda alguna. Unicamente algunas pequeñas montañas de hielo que se ven delante de la orilla en nuestro grabado, demuestra que las fotografías están tomadas en distintas épocas.



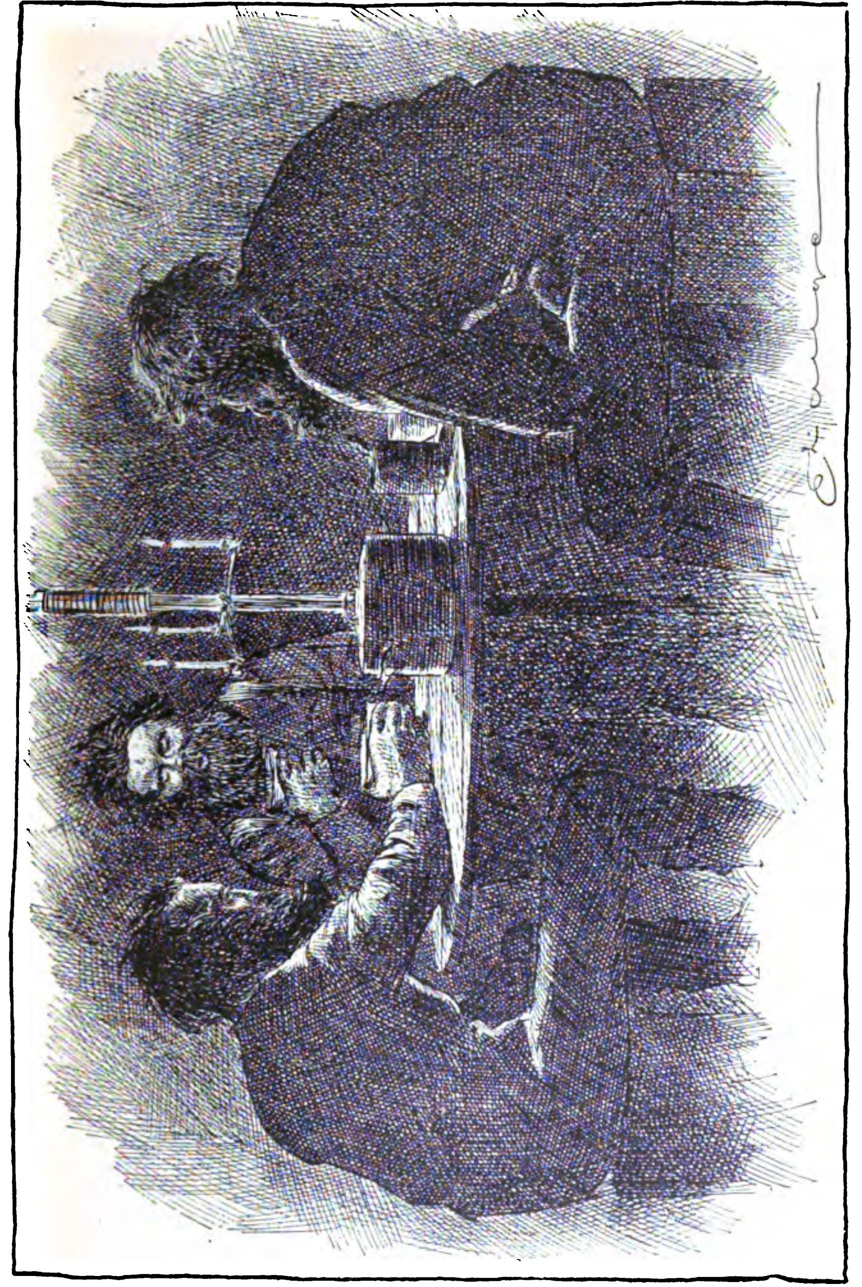
Vista del canal de Orleans.—Se ve el «Antártico» á través de una apertura de roca.

Estas dos posiciones de los límites próximos al sudoeste del territorio cartográfico por Duse, cabo Murray y cabo Neyt, están indiscutiblemente bien situados en el mapa belga.

Dicha fotografía, que fué reproducida antes de nuestra visita á estas regiones, constituye un precioso auxiliar, porque sin ella difícilmente hubiéramos hallado una conexión segura con el mapa belga, que abundaba en errores.

Para demostrarlo citemos tan sólo otro ejemplo: en

(*) Véase, por ejemplo, *Racovitza «Vers le pôle sud»*, página 181.—París 1900.



Fiestas invernales en la bahía de la Esperanza.

dirección noroeste desde el cabo de Neyt se extiende, como indica el mapa de Duse, una característica cadena de islas formada por dos mayores y varias pequeñas que concuerdan con las islas de Cristianía del mapa belga, donde están representadas en lugar completamente falso y reproducidas en tamaño muy reducido.

Era nuestra obligación hacer estas observaciones para aquilatar el trabajo cartográfico de la expedición belga, pues conocíamos por experiencia propia las difíciles circunstancias en que el cartógrafo tiene que operar en estas regiones, aunque los exploradores belgas habían demostrado su pericia para vencer toda suerte de dificultades.

Para comprender las discrepancias entre el mapa que nos servía de guía y el que nosotros formamos, especialmente en cuanto se refiere al canal de Orleans y al de Gerlache, ha sido necesario hacer esta aclaración que no nos parece ociosa. Las expediciones futuras que visiten las costas recorridas por los belgas y el «Antártico» comprenderán seguramente estas dificultades.

Durante el tiempo que se necesitó para completar la cartografía del canal de Orleans (del 26 de noviembre al 5 de diciembre) estuvo el buque completamente á disposición de Duse, que marcó su rumbo y los desembarques que eran necesarios para el trabajo cartográfico. En casi todos los desembarcos que se hicieron (dieciocho) le acompañamos Skottsberg y yo.

Aprovechamos todas las ocasiones para recolecciones botánicas y geológicas, mientras que Karl Andrew Andersson sacaba, con la red desde el buque, muestras de la magnífica fauna submarina.

No recuerdo otra etapa de nuestro largo viaje como

ésta: el trabajo era variado y distraído y los resultados esencialmente prácticos; además nos favoreció el tiempo con hermosos días de los que guardamos la más feliz memoria.

Debe confesarse en justicia que el buen resultado de nuestra permanencia en el canal de Orleans, no sólo debe atribuirse á la admirable constancia del cartógrafo y al celo de los compañeros que le secundaban, sino también á la decidida cooperación de los tripulantes y oficiales del buque que tuvieron que realizar trabajos que sobrepujaban en mucho á sus quehaceres ordinarios. No se vieron nunca libres de guardia; tanto durante la clara noche como durante las horas del día llevaban á cabo trabajos científicos sin interrupción, demostrando siempre el mismo interés que nosotros y el mismo entusiasmo cuando vencíamos alguna dificultad.

Sin dar la más leve muestra de descontento, nos ayudaron tan bravos marinos con un celo digno de alabanza, demostrando después su valor luchando con el hielo flotante del golfo del Erebus y durante el largo invierno polar.

Por todo esto fué verdaderamente sensible que la mayor parte de nuestras colecciones recogidas durante este tiempo se perdiesen con el «Antártico». Gracias á que Andersson y Skottsberg hicieron durante algunos días, cuando el rumbo del buque ya estaba marcado, una prolija selección entre los más valiosos hallazgos científicos, y esta colección, que llevamos á la isla de Paulet, se salvó de la catástrofe.

Como las más importantes muestras de la mezquina é insignificante flora de la tierra antártica las hallamos en los escollos sin hielo y en los declives de las montañas

del canal de Orleans, debe hacerse aquí una sucinta relación mencionando esas plantas (*).

A primera vista la costa antártica sugiere la idea de una tierra completamente desierta y sin vegetación, y hasta el llamarla «tierra» constituye un verdadero tropo concebido en las regiones donde el clima es más benigno.



Aira antártica.
Canal de Orleans.—Tamaño casi natural.

Unicamente se ve en lontananza una mancha clara, una pared blanca, un declive ó una elevación de hielo entre el cual algunas cimas escarpadas ú obscuros acantilados nos hacen suponer que existe un esqueleto de tierra firme.

Cuando nos acercamos á esta costa cubierta de hielo y desembarcamos en algunos de los pequeños escollos

(*) Esta relación sobre la vida vegetal en la Antártica está principalmente sacada de un manuscrito facilitado por Skottsberg.

montañosos sin hielo ni nieve que hay en su proximidad, nos vimos sorprendidos á veces por la presencia de alguna colonia característica del país sudpolar, formada naturalmente por pinguinos ó pájaros bobos.

En los puntos en donde no llegan los pájaros bobos, entre las rocas y los grandes bloques, pudimos encontrar algún indicio de una pobre vida vegetal y raras varie-



Pájaros bobos incubando.

dades de los musgos que cubren escasamente la superficie de las rocas. Forman una capa, á manera de costra, las clases *lecamora* y *gyrophora*, que crecen en forma de grandes orejas dobladas; el musgo, parecido al barbudo, adquiere toda clase de matices desde el verde al amarillo de azufre *(neuropogon melaxantus)*.

En los sitios donde abundan los pinguinos está el suelo virgen de vegetación. Por efecto de sus continuos movimientos, y sobre todo por el depósito de guano que durante el tiempo de incubación depositan en el suelo, formando una capa casi coherente en el contorno de sus

nidos, destruyen toda la vegetación en lugares que, por lo demás, son los más apropiados para producir. Se encuentran, no obstante, lugares aislados con muestras de vegetación. En algunos escollos que no frecuentan los pájaros bobos y en los declives de las rocas bañadas por el sol, hallamos los únicos oasis en esta desierta región de mar, hielo y montañas desnudas.

Una alfombra verde obscura atrae desde lejos la vista del explorador. Fórmala principalmente varios musgos distintos de hojas, en los cuales las especies *polytrichum* desempeñan importante papel. Además de estos musgos foliáceos hay algunos líquenes, entre los cuales se destaca uno que se parece mucho al del reno del Norte, que crece también entre las especies predominantes de hoja.

Si se busca detenidamente, se puede encontrar algún ejemplar de la única planta fanerógama que posee la Antártica, y que es una hierba insignificante *(aira antartica).*

Mezquina é insegura es la vida vegetal terrestre de la Antártica. Gran parte del año soplan las tempestades invernales, una tras otra, con fuerza inaudita; durante el verano el tiempo es á menudo tempestuoso y revuelto, y como el cielo casi constantemente está nublado, apenas pueden desarrollarse los vegetales.

Raras veces encuentran condiciones de desarrollo sus órganos de fructificación, y la mayor parte de las veces deben propagarse sin sexo. Es, pues, una sorpresa agradable para el investigador encontrar alguna vez un musgo con el fruto desarrollado.

En todas las partes del mundo se observa una relación aproximada y directa entre la florescencia de la

vegetación y el desarrollo del mundo entomológico, que en la Antártica es pobre como la vida vegetal. Como únicos representantes hallamos pequeñas moscas sin alas, podurelas que se ven entre los musgos, y por último algunas especies de acáridos, animales de la clase de las arañas, del tamaño de una cabeza de alfiler, que se encuentran formando compactos grupos entre las grietas de las rocas.

No terminaré el relato de nuestra estancia en el canal de Orleans sin mencionar un hallazgo de bastante importancia práctica. Refugiados en algunos escollos encontramos nutridas colonias de pájaros bobos pertenecientes á una sola clase *(pygoscelis antartica).*

Tocaba á su fin la puesta de huevos y aprovechamos la ocasión para enriquecer nuestra existencia de provisiones con tan delicado repuesto. De una sola vez llevamos la carga en un pequeño bote á bordo y llenamos varios bocoyes de huevos puestos en sal. Los huevos de los pinguinos se parecen por su tamaño á los de oca. Al hervirlos se coagula la clara formando una masa transparente como el cristal (en los de gallina es blanca como la porcelana), circunstancia que al principio no nos determinaba á comerlos. Sin embargo, esta clase de huevos son muy sabrosos hervidos y no tienen el sabor fuerte de otros, por ejemplo, de los huevos de eider (*), que son menos apetitosos. Esta abundancia de huevos frescos influía notablemente en la variedad y disposición de nuestra comida. El cocinero y el mayordomo ideaban continuamente nuevos platos, y casi á diario nos sorprendían con los más fantásticos guisos, amén de las variadas tortillas y los delicados pasteles. Para las futuras

(*) Especie de ánade de los países del Norte de Europa.

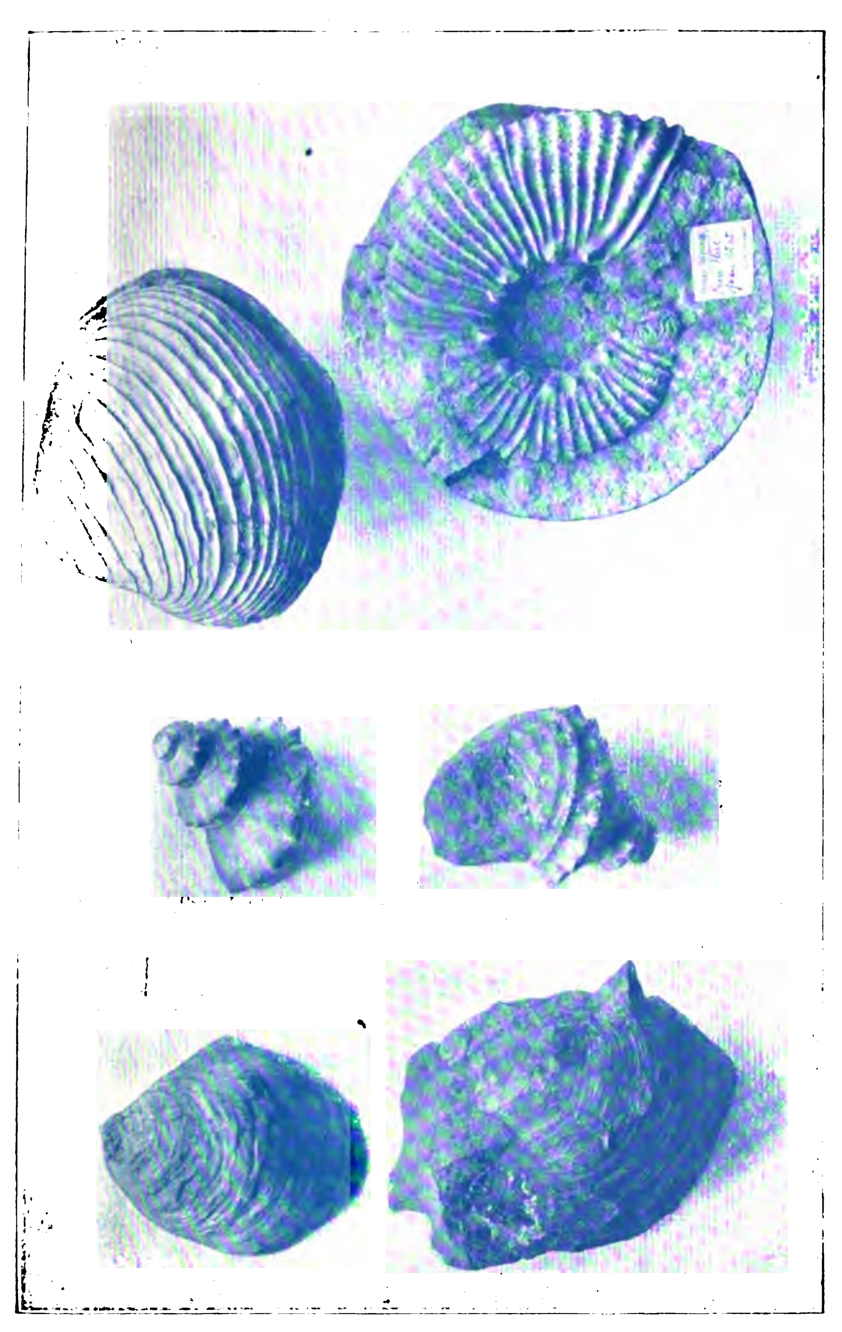
expediciones antárticas, sobre todo para las que tengan lugar en invierno, no recomendaré bastante que se procure llegar donde haya pájaros bobos para proveerse de huevos en abundancia.





Jonassen. Ekelöf. Akerlund.
Bodman. Nordenskjöld. Sobral.

Antes de ponernos en camino, sacamos una fotografía de todo el personal.



Fósiles de la isla de Seymour y de Snow Hill (mitad de su tamaño natural).

CAPITULO X

Camino cerrado

SOBRE las tres de la tarde del 5 de diciembre se había concluído la cartografía del canal de Orleans. Duse, que junto con el capitán había estado sobre el puente tomando algunas determinaciones con los compases de azimut, puso en orden sus libros de esbozos y empaquetó los instrumentos.

—Ahora ya estoy listo—dijo sencillamente.

El primer maquinista se encontraba sobre cubierta hablando con Karl Andersson, quien estaba recostado sobre los envases y barriles.

—Karlsen—gritó el capitán desde el puente,—¡ahora, á la estación invernal!

El maquinista miró arriba y sonrió contento.

Esta sencilla escena está todavía fresca en mi memoria, unida al recuerdo de un hermoso día de verano antártico.

El mar estaba como un espejo y no soplaba un hálito de viento. A lo lejos, hacia el norte y al otro lado del vasto estrecho, se vió la tierra rojiza, cubierta de nieve, de la isla de Livingstone, que parecía más elevada por la refracción. Hacia la tierra de Luis Felipe había una espesa neblina, pero á través de una faja estrecha que dejaba

libre el horizonte, apareció un trozo de montaña iluminado por el sol.

Los últimos días especialmente, había hecho un magnífico tiempo á propósito para el trabajo, con buena temperatura y mucho qué hacer para todos. Realizamos provechosos dragajes, recogimos variados ejemplares botánicos, y además de algunas indagaciones geológicas, compulsamos multitud de límites topográficos dudosos. El problema geográfico referente al canal de Orleans, en su relación con el de Gerlache, había ocupado tanto nuestra atención, que solamente ahora, cuando el enigma estaba descifrado, pensamos en que el encuentro con nuestros compañeros de Snow-Hill estaba próximo á verificarse.

Ansiábamos tanto más reunirnos con ellos por cuanto éramos portadores del correo de la patria y de toda clase de novedades del mundo civilizado. Podríamos también comunicarles que nuestros viajes invernales á bordo del «Antártico» habían transcurrido sin el menor contratiempo, sintiéndonos satisfechos por los resultados de nuestros trabajos.

Ellos, á su vez, nos pondrían al corriente de cuanto les ocurriera durante la invernada; nos narrarían sus viajes en trineo y pondríamos término, en fin, á su vida solitaria. Esperábamos que los inmotivados temores que abrigábamos acerca de su bienestar se desvanecerían al verlos, y que nuestro encuentro sería motivo de júbilo para todos.

Estábamos perfectamente preparados para recibirlos á bordo. En el tope de proa del «Antártico» colgaban frescos cuartos de oveja y ocas silvestres de la Tierra del Fuego, delicadezas con las que les obsequiaríamos en la

primera comida que celebrásemos reunidos. Pensábamos adornar el camarote de Nordenskjöld con ramas verdes de haya, como elocuente saludo de otras tierras, hacia las cuales se dirigiera en su primer viaje de exploración.

En dos ó tres días teníamos la esperanza de llegar á Snow-Hill.

Después de haber capeado una tempestad del sur al abrigo de la Tierra de Luis Felipe, el día 7 por la mañana llegamos á la embocadura norte del estrecho situado entre la isla de Joinville y la tierra firme, estrecho llamado actualmente del «Antártico», en recuerdo de nuestra embarcación.

En dirección al estrecho de Bransfield observamos grandes extensiones de hielo compacto; el canal abierto cercano de la costa, por el cual pasábamos, se hizo más y más angosto, y el borde del hielo adyacente á la montaña de Bransfield se encontraba muy cerca de la tierra. El camino que habíamos de seguir parecía completamente cerrado á medida que avanzábamos: por todas partes nos cercaba el hielo, y sólo detrás de nosotros quedaba un estrecho camino de retirada que amenazaba cerrarse cuando menos lo pensásemos.

No nos quedaba otro remedio que retroceder, para buscar después, alrededor de las masas de hielo que se extendían al norte y noroeste, nuevo camino costeando la isla de Joinville.

Antes de tomar una determinación nos propusimos examinar atentamente desde tierra y escalando un paraje elevado, el estado del hielo en el interior del estrecho del «Antártico». Botamos una canoa al agua, y acompañado de Karl Andersson, Skottsberg y dos marineros, remamos hacia tierra en dirección á la montaña de Bransfield.

Trepamos inmediatamente á una gran elevación de hielo y cruzamos algunos canchales; debajo de estos había también grandes bloques de piedras que habían sido arrastrados indudablemente por el hielo del ventisquero. Las cimas de las montañas que sobresalen entre el hielo de tierra (elevaciones sin hielo), han sido denominadas con el nombre de montañas de Bransfield. Skottsberg se encargó de recoger muestras de musgo y liquen, mientras Karl Andersson y yo continuamos nuestra marcha sobre el hielo de tierra hacia el interior, en dirección á una bahía.

El derretimiento de la nieve que, según antiguas referencias, debía ser insignificante en las regiones sudpolares, podía observarse allí por todas partes. La superficie de la nieve en la tierra interior estaba en muchas partes cubierta de hielo liso, y á pesar de ello, ruidosas corrientes de agua se deslizaban por los declives.

El hielo de tierra estaba surcado por numerosas y profundas grietas que alcanzaban en algunas partes más de un metro de anchura. La prudencia nos aconsejó adelantar con grandes precauciones, porque esas aberturas estaban casi siempre escondidas bajo traidores puentes de nieve blanda que tanteábamos con los palos, y cuando estos penetraban fácilmente, bastaba hurgar un poco en la superficie para que rodasen enormes témpanos con sordo ruido.

Asomándonos á estas aberturas pudimos observar debajo de la bóveda de nieve, hermosas paredes de hielo de color azul obscuro, que en lo más hondo parecen negras é informes cavernas.

Después de haber salvado algunas ondulaciones formadas en la superficie de hielo, que por su forma general

parecían olas solidificadas, llegamos á una tercera elevación desde donde logramos vista libre hacia el interior del estrecho.

Presentóse por primera vez ante mis ojos un paisaje que después, desde otro territorio algo más al sur, sería muchas veces mi punto de mira durante los monótonos días de una invernada forzosa: una vasta extensión de



Islas de rocas en forma de columnas en la isla de Pendleton.

tierra hacia al norte del estrecho de Bransfield y un círculo blanco, bajo é igual, que era la isla d' Urville. Desde el punto donde nos encontrábamos parecía una baja loma de hielo ó un cabo saliente de la isla de Joinville, pero durante nuestros sucesivos viajes hacia su costa septentrional pudimos observar que forma otra isla pequeña é independiente, completamente llana, que termina en el mar, isla escondida, que fué bautizada por nosotros con el nombre del explorador francés que hizo la primera cartografía de estas costas.

La costa oriental del estrecho del «Antártico» está

formada por extensas llanuras de nieve de las islas de Joinville y de Dundée, sobre cuyas onduladas siluetas, particularmente en la primera, que es la mayor, se yerguen los picos de las montañas salientes medio escondidas entre la nieve.

En la parte más meridional del estrecho hay tres islas, dispuestas de tal manera, que dividen la embocadura sur en tres entradas hacia el golfo del Erebus y del Terror. Bautizamos dos de estas islas, situadas muy cerca una de otra y separadas de la tierra firme por un estrecho muy angosto, con el nombre de Argentinas (isla de Uruguay y de Irizar), en honor al país que tan eficazmente auxilió á nuestra expedición.

La tercera isla ocupa el punto medio del estrecho, entre la isla de Navidad y la de Dundée; su forma es muy característica por sus acantilados altos y verticales y su rara cumbre cónica. Hay otras islas de aspecto exactamente igual en estas regiones, por ejemplo la de Bridgeman, en la parte más al noroeste de la cuenca de Bransfield, la de Paulet y otras más pequeñas en la parte más septentrional del estrecho del Príncipe heredero Gustavo al norte de la isla de Vega.

Según pudimos comprobar, bien por examen directo ó por medio de un estudio á distancia con el anteojo, están formadas estas islas por materias volcánicas, basalto y toba.

Como su naturaleza se relaciona con su forma, que siempre afecta poco más ó menos la de un cono volcánico, podríase muy bien caer en el error de ver en ellas volcanes apagados. Sin embargo, un examen geológico más detenido, demuestra que estas pequeñas islas (á excepción tal vez de la situada aisladamente y rodeada de

grandes profundidades submarinas, isla de Bridgeman), son sólo restos de una gran formación volcánica, ahora dislocada y dividida, pero tal vez coherente en otro tiempo, y que forma la base de las islas Argentinas y de la parte limítrofe de la tierra firme, sin excluir las islas de Vega y de Ross. Es probable, aunque no seguro, que aquellas pequeñas islas características marquen puntos de erupción de productos volcánicos, cráteres, alrededor de los cuales se han aglomerado masas de basalto que por su mayor resistencia han aguantado mejor á la disgregación. A este grupo de islas volcánicas, cónicas y de orillas escarpadas, pertenece también en cuanto á su forma la isla de Cockburn, aunque está en su mayor parte compuesta de bancos poco firmes de piedra arenisca, sobre los cuales descansa un cono de basalto y toba.

La pequeña isla de la embocadura meridional del estrecho del Antártico, que nos ha dado ocasión para estas indicaciones geológicas, está completamente aislada, y por su alta mole es fácil de reconocer á larga distancia, viéndose ya desde el golfo antes de penetrar en el estrecho de Bransfield. Esta debe ser, pues, la que había visto Dumont d' Urville, y que con el nombre de isla de Rosamel marcó en su mapa del estrecho como situada entre la isla de Joinville y la Tierra de Luis Felipe (*).

Pasadas las islas Argentinas y de Rosamel, disfrutamos vista despejada hacia el golfo del Erebus y del Terror, que se presentaba como una superficie de hielo de blancura deslumbradora, sin una sola faja visible de

(*) La isla alta que parecía ocupar la mitad del canal entre las dos tierras principales, recibió el nombre de Rosamel.—Dumont d' Urville. «Viaje al Polo Sur».—Segundo tomo, página 148.

agua libre. También el estrecho del Antártico se veía, hacia el norte de las pequeñas islas, cubierto de grueso hielo compacto, pero cerca de la isla de Joinville se encontraban algunos grandes claros, desde los cuales, á manera de estrechos canales, se extendían á través del hielo compacto hacia la montaña de Bransfield, donde se hallaba anclado el «Antártico».

Parecía, pues, probable que aunque pudiéramos avanzar algo en dirección á la isla de Rosamel, hallaríamos espeso hielo hacia el interior del golfo.

Cuando á las cuatro de la tarde volvimos á bordo y participamos al capitán el resultado de nuestro reconocimiento de los hielos, decidió que intentásemos penetrar en el estrecho.

Siempre que habíamos de entablar una verdadera y seria lucha contra el hielo, subía Larsen al barril de vigía y tomaba el mando. No había á bordo más que una opinión entre pilotos y marineros, la de que él jugaba con el hielo, como en un billar, de un modo admirable. Nunca estaba más en su centro que en el barril de vigía, cuando, desafiando los peligros, anudado al cuello un largo pañuelo obscuro, la gorra de piel bajada sobre las orejas y azotado por los vientos, miraba atentamente alrededor del buque. Estaba allí en continua actividad, ora buscando con el anteojo un camino hacia alguna altura muy lejana, ora calculando el modo de evitar próximos encuentros con los trozos de hielo situados ante la proa, bien mandando la maniobra necesaria para que algún inesperado bloque de hielo que se metiera debajo de la popa no alcanzase á la hélice. Daba un golpe en la campana de la máquina, la hélice de dos alas paraba en seguida y el buque había evitado tropezar con el obs-



Nuestro cocinero saliendo por la mañana de la cabaña sepultada en la nieve, después de una tormenta.

táculo y con ello el peligro. Dos nuevas campanadas y la máquina emprendía otra vez su marcha.

Las voces de mando al timonel se seguían sin cesar, y la rueda del timón giraba sin tregua.—«¡Fuerte á estribor!» —«¡Firme!»—«¡Ligeramente á babor!»—Después se oía una campanada, la máquina se paraba y el buque se adelantaba silenciosamente á través de un pequeño canal hacia el trozo que cerraba el paso. El «Antártico» chocaba contra él y lo hendía con estruendo, hundiéndose la proa algunos decímetros en el borde del trozo de hielo. El golpe corría como un temblor á través del pesado casco y se propagaba al tope mayor, donde el barril oscilaba fuertemente.

A veces el trozo resistía al primer choque. El buque entonces iba hacia atrás y volvía á embestir hasta que, por fin, el hielo se movía algo y se apartaba á un lado, mientras que los pequeños trozos cercanos se ponían en movimiento y el agua brotaba y burbujeaba. Al tercer empuje lográbamos generalmente nuestro objeto: el trozo de hielo crujía y rozaba los costados del buque que penetraba entre los hielos más pequeños.

Poco á poco internámonos entre hielo más flojo y alcanzamos por último los grandes claros, cerca de la isla de Joinville. A las nueve de la noche estábamos cerca de las pequeñas islas donde el camino se presentaba completamente cerrado por una espesa masa de hielo compacto, que llenaba el golfo hasta donde alcanzaba la vista desde el barril de vigía.

La parte más oriental de la isla de Uruguay estaba por el momento libre de hielo, y desembarqué en ella para hacer algunas observaciones geológicas. La isla se levanta verticalmente sobre el mar, presentando un alto

acantilado roquizo que desde lejos parece inaccesible: su aspecto general es caótico y triste: está formada por bloques regulares de basalto acumulado, unidos por masas de toba volcánica de color obscuro, alternando con otros bancos más claros, de color de ladrillo ó de chocolate.

Muy arriba, cerca del borde superior del acantilado, volaron numerosos pájaros que se encaminaron hacia el interior. La distancia era tan grande que nos costó trabajo conocerlos, pero por su color enteramente blanco y su vuelo rápido y esbelto comprendimos que eran *pagodromas niveas*, que seguramente incubaban entre aquellas rocas.

Merced á una desviación del hielo que terminaba cerca de la base de las rocas nos fué posible desembarcar. La superficie helada estaba sucia por los restos depositados por la tempestad y un par de bloques hundidos en medio de ella indicaba que el lugar no era seguro.

Como el tiempo que hacía era muy favorable para el deshielo, estaban aquellos parajes convertidos en un rezumadero y los guijarros caían desde el saliente de las rocas superiores. Me apresuré por ello á terminar lo antes posible mi visita á aquel inhospitalario lugar. El capitán Larsen demostraba, además, vivos deseos de que estuviésemos á bordo, porque el hielo flotante presentaba un movimiento muy visible á causa de las corrientes que pasaban en continuos y rápidos remolinos entre las islas.

Viendo que era imposible poder penetrar más al interior del golfo, ordenó Larsen al amanecer del día siguiente (8 de diciembre) salir como pudiésemos fuera del estrecho en busca de camino, costeando la isla de Joinville. Las gruesas masas de hielo eran ahora más espesas que

el día anterior, y fué necesario una empeñada lucha para poder regresar á la embocadura norte del estrecho. Había momentos en que se adelantaba tan sólo palmo á palmo, pero por último pudimos abrirnos paso y navegamos envueltos en la neblina y con la atmósfera obscurecida por los torbellinos de nieve, bordeando la isla d' Urville á lo largo de la costa norte de la de Joinville. Pero cerca del cabo Français encontramos de nuevo el espeso borde de hielo compacto: allí también estaba el camino cerrado. El único recurso que nos quedaba era seguir el borde del hielo que se extendía desde la isla de Joinville hacia el norte por el estrecho de Bransfield, para ver si en alguna parte se podía encontrar una abertura hacia el este, y por un movimiento envolvente lográbamos abrirnos paso en dirección al sur.

Aquel día (9 de diciembre) escribí en el libro diario lo siguiente:

«Las probabilidades de llegar á la estación invernal por un camino al este cada vez son más dudosas. Es necesario reflexionar sobre la posibilidad de ir á Snow-Hill por tierra desde el estrecho, cruzando la isla de Joinville ó desde el cabo de Roquemaurel. Aunque no nos comunicásemos nuestro pensamiento, nos preocupaba el retraso con que llegaríamos á Snow-Hill.»

El día 10 de diciembre por la mañana pudimos hacer rumbo al este sudeste, pero observamos pronto que únicamente habíamos entrado en una bahía que formaba el hielo compacto. Tuvimos, pues, que retroceder hacia el nordeste norte.

Mi plan de realizar el viaje por tierra, con preferencia desde el cabo Roquemaurel, fué entonces seriamente estudiado: Duse manifestó deseos de acompañarme.

La isla de los Elefantes apareció claramente por la mañana ante nosotros, y á las cinco de la tarde atracamos á un formidable iceberg con objeto de recoger hielo para llenar los tanques de agua. Después de la cena me paseé solo sobre el iceberg, que era muy desigual y compacto, y me impresionó vivamente el aspecto desierto de aquel mundo de hielos. Vi un grupo de pájaros bobos



Costa septentrional de la Tierra de Luis Felipe.

sobre un pequeño bloque. Algunas palomas del Cabo y un par de *oceánidos* volaron alrededor del iceberg, y un pagodroma pasó silenciosamente tocándome casi con las alas.

Durante los días siguientes, del 12 al 16 de diciembre, estuvimos encerrados entre el hielo compacto, á merced de sus movimientos. Dos veces se abrió el hielo de modo que el buque pudo andar despacio durante algunas horas, pero pronto se cerró de nuevo, y tan fuertemente aprisionó el barco, que oíamos desde los camarotes cómo el casco crujía y rechinaba. El movimiento del hielo nos

llevó despacio en dirección noroeste, apartándonos, por consiguiente, cada día más de nuestro derrotero.

No había otro remedio que dar tiempo al tiempo, y emplear aquellos días de quietud forzosa del mejor modo posible. Nuestros aparatos de sondeo estuvieron entonces en constante movimiento, y á veces bajaron y subieron durante casi todo el día á través de las pequeñas aberturas; sobre la cubierta del buque veíanse constantemente los envoltorios que contenían los termómetros giratorios y los aparatos para tomar muestras de agua. Estos sondeos constituían el más valioso é instructivo complemento de nuestras exploraciones anteriores sobre la singular hidrografía de la cuenca de Bransfield.

El día 10 habíamos llegado con la sonda á 1.187 metros de profundidad, y la baja temperatura del fondo demostraba que aun nos encontrábamos dentro de la mencionada cuenca. Dos días después sondeamos á las siete de la mañana 1.055 metros; pero á las once, encontramos el fondo al hacer una recolección de infusorios de las capas superiores con una red vertical, á los 873 metros; á las dos y media de la tarde se encontró que la profundidad era de 638 metros, y por la tarde del día siguiente de 625. Era evidente que estábamos sobre la cumbre submarina que separa la fría cuenca del mar libre.

Dos días después (el 15) obtuvimos una confirmación singularmente clara de esta suposición: á los 61° 35' de latitud sur y 35° 0' de longitud oeste, encontramos una profundidad de 1.631 metros con una temperatura de fondo de 0,4° bajo cero.

Habíamos, pues, atravesado el umbral de la cuenca de Bransfield y nos encontramos en el declive del pro-

fundo Mar Antártico, cuya temperatura de fondo es precisamente de 0° 4' bajo cero.

Durante nuestro aprisionamiento entre el hielo compacto, trabajamos en los preparativos necesarios para el viaje en trineo á Snow-Hill. Todos estaban ocupados en sus respectivas tareas para que los expedicionarios que debíamos dejar el buque nos equipásemos del mejor modo posible. El tercer piloto componía nuestros zapatos, el cerrajero colocó llantas metálicas en los brazos del trineo, el marinero velero cosió los sacos del pan, el mayordomo preparó provisiones, etc. Teníamos ya preparado nuestro plan para el viaje. Tan pronto como pudiésemos salir del hielo teníamos intención de buscar, en la Tierra de Luis Felipe, un punto de partida conveniente donde desembarcaríamos con el equipo necesario los que debíamos tomar parte en la expedición en trineo, es decir, Duse, el marinero Grunden, que voluntariamente quiso seguirnos, y yo.

Debíamos después procurar ponernos en relación con Snow-Hill por tierra, y en el supuesto que el «Antártico» no lograse penetrar hasta la estación de invernada antes de un día convenido, conducir á Nordenskjöld y á sus compañeros hasta nuestro punto de partida, donde el «Antártico» debería regresar para buscarnos en época determinada.

Sólo estábamos dudosos aun en lo relativo al punto de partida para el viaje en trineo. Teníamos probabilidad de encontrar un conveniente punto de desembarco en el territorio del monte Bransfield, donde el hielo de tierra formaba á lo largo del estrecho del «Antártico» círculos iguales y llanos, muy á propósito para un viaje en trineo.

Pero otro punto, desde donde la distancia á Snow-Hill era bastante menor, nos atrajo: una bahía en la embocadura del canal de Orleans, al sur del cabo de Roquemaurel. Durante los trabajos de cartografía habíamos observado que el hielo de la tierra interior de dicha bahía, al revés de lo que generalmente sucede en el terreno montañoso y muy escarpado, se levantaba por igual á una altura uniforme. Todo esto parecía indicarnos que la tierra era allí muy estrecha y bastante baja, y que el hielo de tierra formaba un camino igual de costa á costa. Recordando esto, creímos conveniente comenzar nuestra expedición desde la bahía al sur del cabo de Roquemaurel.

Durante la noche del 17 se ablandó el hielo, de modo que por la mañana pudimos emprender nuestros trabajos para llegar al agua libre del oeste. A mediodía encontramos 424 metros de profundidad, lo que nos demostró que pasábamos otra vez sobre el umbral submarino, entrando en la cuenca de Bransfield, y el día siguiente sondeamos á diez millas marinas de distancia, en dirección este de la pequeña y escarpada isla de Bridgeman, obteniendo la mayor profundidad observada por nosotros en dicha cuenca: 1.511 metros.

Por la noche del 19 nos encontrábamos de nuevo en la costa norte de la isla de Joinville. El borde del hielo era tan impenetrable como durante nuestra primera visita once días antes, tanto más, cuanto que había avanzado un tanto hacia el oeste. La misma desconsoladora observación hicimos durante un reconocimiento de las condiciones del hielo en el estrecho del «Antártico». Bastante al norte del punto hasta donde habíamos llegado el día 7, quedó cerrado nuestro camino por hielo impenetrable.



Araucaria excelsa.—Isla de Norfolk al este de Australia.
Esta forma actual se relaciona íntimamente con una especie perteneciente
á la flora jurásica en la bahía de la Esperanza.

Si mis compañeros de á bordo abrigaban algunas dudas sobre la conveniencia de un intento de penetración por tierra, desaparecieron completamente ante el aspecto de la capa de hielo compacto, cada vez más inaccesible, del golfo del Erebus y del Terror.

Allí quedamos encerrados durante la fiesta de Navidad, bajo un sol espléndido de pleno verano, pero tristemente impresionados. Día tras día reinó el mismo tiempo completamente sereno y sin viento, permitiéndonos disfrutar una vista extraordinariamente despejada sobre los campos de compacto hielo bañados por el sol, y hasta la más remota distancia.

Desde el barril de vigía podíamos divisar á lo lejos, en dirección sur, la isla de Cockburn. La distancia era tan grande que la línea de la costa estaba escondida bajo el horizonte, pero la meseta y la cumbre se distinguían perfectamente. La isla de Cockburn era casi lo mismo que Snow-Hill; estaba solamente á dos millas de distancia de la estación invernal.

Cada vez que nuestros compañeros invernantes miraran á través de los cristales de sus viviendas, ó salieran de la casa de la estación, deberían observar aquel formidable faro en la embocadura misma del estrecho del Almirantazgo.

Cuando nos encontrábamos arriba, en el barril, y mirábamos la pequeña y obscura mancha que muy á lo lejos se levantaba sobre la blanca superficie sin fin, sentíamos más profunda la amargura de nuestra situación. Habíamos esperado en vano, continuamente, desde que empezó la lucha contra el hielo, un cambio, una abertura en el hielo, el más pequeño camino hacia el sur, para poder á lo menos celebrar la Navidad todos reunidos.

Pero nos encontrábamos de nuevo presos por el enemigo, con nuestro punto de destino casi al alcance de la vista, obligados á la inacción mientras transcurrían los días, y el sol, cuyo curso nocturno era ya muy corto, llegaba á su punto más alto.

Con las verdes y frescas ramas de haya que habíamos traído desde la Tierra del Fuego para adornar el camarote de Nordenskjöld, preparó Skottsberg guirnaldas alrededor de las lámparas del salón de reunión, simulando el árbol de Navidad. La Noche Buena nos reunimos todos en el salón de recreo; Larsen propuso un cariñoso brindis por los compañeros de Snow-Hill, y después estuvimos juntos largo rato cantando y bromeando. Pero en general fué una Navidad triste, cosa que nadie podía remediar.

Sólo una idea nos animaba durante aquellos días: el pensamiento del futuro viaje en trineo. El arreglo del equipo tocaba á su fin, y el segundo día de Pascua nos acercamos de nuevo al hielo del norte para escoger, en la embocadura del canal de Orleans, el punto de partida. Visto de cerca, se observó que el hielo terrestre interior en la bahía, al sur del cabo de Roquemaurel, era de muy difícil acceso, y cuando, después de minucioso reconocimiento, no pudimos encontrar un lugar seguro y á propósito para instalar un depósito de provisiones, nos vimos obligados á desistir de nuestro proyecto en aquel sitio y regresamos al estrecho del «Antártico».

Durante el viaje dejé, el 28 de diciembre, en el cairn de la isla de Astrolabe, un nuevo escrito con datos sobre los acontecimientos de las últimas semanas. El palo de señal se pintó entonces de encarnado para que lo distinguieran mejor sobre el fondo blanco de la nieve y la

montaña negra, y en una roca del escarpado vertical detrás del cabo, donde quedó plantado el palo, tracé además una gran mancha redonda con la misma pintura encarnada.

Durante la mañana siguiente (el 29) reconocimos la costa al norte del monte de Bransfield, pero tampoco encontramos un sitio á propósito para desembarcar.

Pasamos el día siguiente por delante de la montaña de Bransfield, hacia el interior del estrecho, para examinar el estado de una bahía que el capitán Larsen nos había recomendado. Fuertes ráfagas que empezaban á soplar desde el hielo de tierra interior hacia nosotros nos impidieron desembarcar y nos obligaron á mantener el buque marchando á poca velocidad al abrigo de la costa.

A las seis de la tarde se apaciguó el viento y pudimos botar una canoa al agua. Con la mayor parte del equipo para el trineo y una parte de las provisiones para el depósito me fuí á tierra. La canoa debía regresar después para buscar á Duse y á Grunden y conducir el resto del equipo.

Antes de dejar el «Antártico» me despedí de todos, tanto de los tripulantes como de los oficiales. Todos habían contribuído con buena voluntad á equiparnos del mejor modo posible, y no había seguramente nadie á quien no debiera dar las gracias por algún pequeño y especial servicio. Por último, subí al puente á ver á Larsen. Me dió éste un apretón de mano con un alegre «Hasta la vista en la estación invernal», y después añadió: «Procuraremos reunirnos con vosotros por todos los medios. Y ahora, vé con Dios, muchacho.» Después de esto nos separamos.

Mientras atravesé la embocadura de la bahía, tuve ocasión de examinar un poco más minuciosamente mi alrededor. En el fondo de la bahía que se interna algunos kilómetros dentro de tierra en dirección al sudoeste, desemboca un extenso ventisquero flanqueado á los dos lados por montañas escarpadas y crestas pronunciadas. Al lado noroeste de la bahía comienza el acantilado que



Isla de Rosamel.

limita la tierra interior por una escarpada pared de hielo llena de aberturas y cavidades, hielo atravesado solamente en algunos puntos por obscuros trozos de rocas. La orilla opuesta de la bahía presenta una naturaleza enteramente distinta. El hielo de tierra desciende en declive uniforme hacia una llanura sin nieve surcada de pequeñas lomas.

En esta tierra baja sin nieve era donde teníamos intención de establecer nuestro depósito de provisiones para luego empezar el viaje en trineo por el declive de hielo de tierra.

Cuando llegamos más cerca, observamos que todas las lomas estaban llenas de grupos de pinguinos, y pronto el viento de tierra trajo hacia nosotros no solamente el ruido ensordecedor de miles de pájaros bobos cacareando y chillando, sino también el hedor tan marcado de las colonias numerosas.

En la orilla correspondiente al estrecho, de la tierra baja, descubrimos una pequeña bahía donde pudimos atracar al hielo de la orilla y conducir con facilidad nuestros efectos á tierra. El bote se volvió en seguida, y habiendo quedado solo en la orilla, me fuí, mientras venía el último cargamento, hacia el hielo de la tierra interior.

Fuí seguramente el primer hombre que turbó la paz de la numerosa colonia de pinguinos que allí existía.

Cerca de la orilla incubaban, en esparcidos grupos, flemáticos y mansos pájaros bobos *(papua)* que se apartaban lanzando un silbido de terror cuando yo llegaba casi á tocar sus nidos.

Me llamaron la atención especialmente las crías por su mansedumbre y brillante plumaje blanco y negro, colores que en su combinación eran muy parecidos al de los padres.

Sobre las lomas cubiertas de grandes bloques de piedra, más hacia el interior del país, dominaba, en cambio, una raza salvaje y furiosa. Eran miles y miles de pájaros bobos *adelie*, que incuban formando nutridos grupos. Sus pequeñuelos eran muy feos, de color gris obscuro. Cuando llegué al lugar de incubación, salieron en seguida los padres hacia mí con un ronco cacareo de enfado, y los más furiosos se arrojaron contra mis pies dando fuertes picotazos en mis botas.

Pronto alcancé el borde del hielo de tierra. Pequeñas corrientes de hielo derretido fluían por el declive de la nieve.

En los sitios donde la superficie del hielo estaba descubierta, tenía á menudo un aspecto poroso causado por cavidades verticales, muy cercanas unas de otras, de pocos centímetros de diámetro, aunque de bastante profundidad. Estaban en parte llenas de agua y en su fondo se encontraba una pequeña cantidad de polvo de color obscuro. Estos huecos parecen ser completamente de igual clase que los agujeros de conita silicífera que fueron descubiertos por A. E. Nordenskjöld en el hielo de tierra del interior de la Groenlandia.

Tanto cerca de las corrientes de agua, como alrededor de los citados pequeños agujeros, tenía la masa de hielo y de nieve un color de rosa más ó menos pronunciado, producido seguramente por algas marinas microscópicas (*). Esta fué la primera y única vez, durante nuestra expedición, que observamos nieve encarnada en el hielo terrestre antártico.

Cuando hube llegado, siguiendo la parte más escarpada del declive, á una pequeña loma saliente del hielo de morena ó canchal, pude ver que el de tierra se extendía bastante igual, con pequeñas ondulaciones, un buen trecho en dirección sudoeste, sobresaliendo una alta elevación sin hielo de forma prismática. Esto ya era buena señal para el principio de nuestro viaje.

A mis pies se extendía la tierra baja desprovista de nieve, con sus lomas pedregosas y un hormiguero de puntos que se movían y de donde partía un rumor pro-

(*) Según estudio del profesor G. Loyerliem, la vulgar alga marina *sphaerello nivalis.*

ducido por miles de cacareos que subía hasta mí como un confuso murmullo.

También vi entre las lomas un pequeño lago, en su mayor parte cubierto de hielo, pero cuya agua libre alrededor de la desembocadura seguramente valdría la pena de explorar con una red para infusorios, y así podríamos estudiar los primeros organismos de los lagos antárticos. Poseía seguramente aquel lugar muchos secretos que constituyen el mayor atractivo para un explorador de la Naturaleza.

Pero el deber nos mandaba entonces ir sin demora adelante hacia lo desconocido, hasta el mismo centro del desierto de hielo. Vi á lo lejos, en la bahía, el bote que regresaba con mis compañeros. Al poco tiempo habíamos desembarcado felizmente nuestros equipos en tierra. Andersson, que mandaba el bote, nos ayudó con sus hombres á llevar los efectos más pesados, como barriles de pan, cajones, etc., al lugar donde habíamos de instalar nuestro depósito.

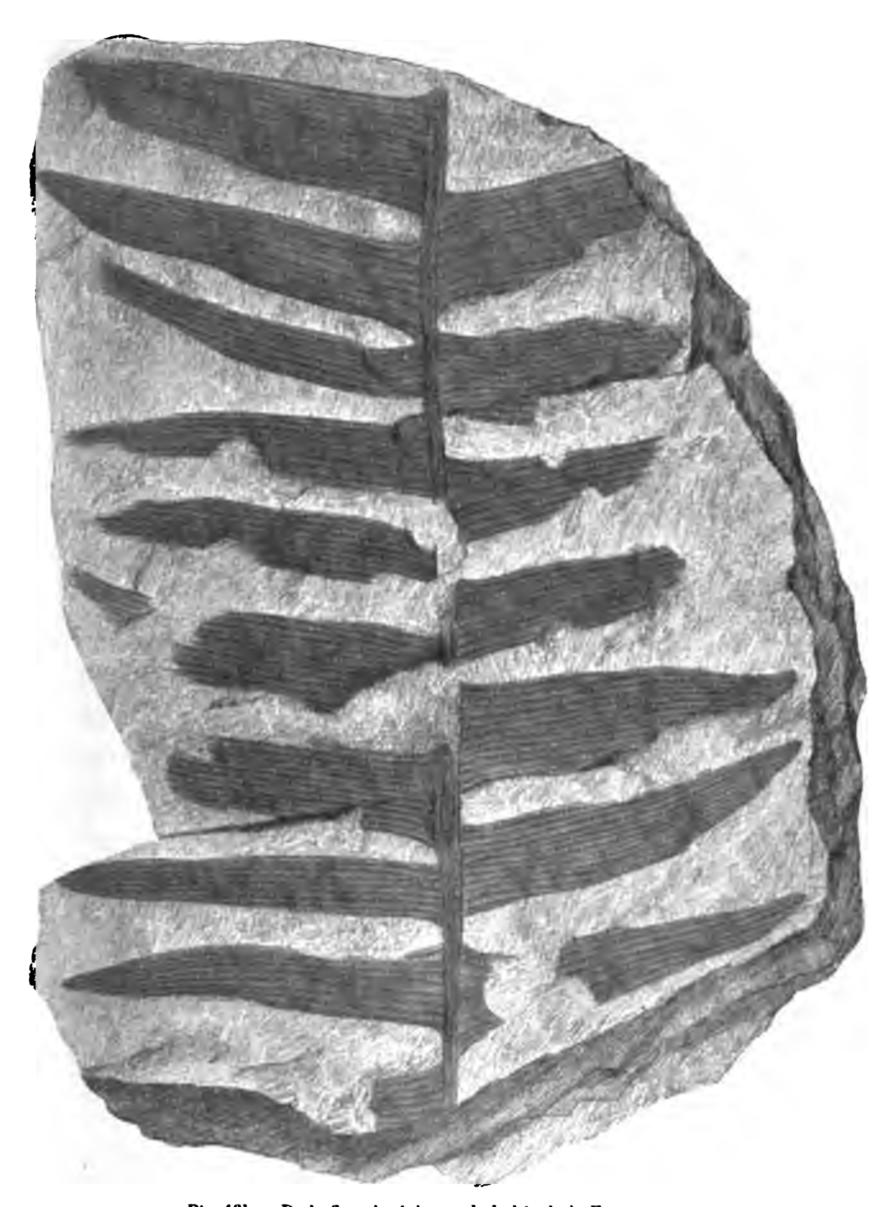
Después nos expresaron nuevamente sus votos por el feliz éxito de nuestro viaje, y entraron en el bote para regresar al «Antártico».

Nos costó un buen rato de trabajo la instalación del depósito. Cuando éste estuvo cubierto con un viejo toldo del buque, amarrado con cuerdas y protegido con bloques de piedra, estuvimos listos para cargar nuestro trineo y ceñirnos los pretales.

*

Al emprender la narración de nuestro viaje en trineo, quiero en pocas palabras describir nuestro equipo.

Todos los utensilios destinados para los viajes en



Pterófila.—De la flora jurásica en la bahía de la Esperanza
⁴/₅ del tamaño natural.

trineo que poseíamos al salir la expedición de Europa, habían sido desembarcados en la estación invernal, porque no estaba previsto, en el plan primitivo, que los tripulantes del buque emprendiesen viajes en trineo. Tuvimos, pues, que conformarnos con los medios que ocasionalmente encontráronse á bordo á disposición nuestra.

Nuestro primer cuidado fué arreglar un buen trineo pequeño, el que había sido hecho á bordo para la expedición al lago de Fagnano. Había sufrido muchas averías durante el viaje á través de los bosques de la Tierra del Fuego; pero fué sólidamente reforzado por medio de una guarnición de hierro en forma de aro. Esta armadura de hierro pareció bastante ligera durante nuestra primera excursión en trineo; pero en octubre, durante nuestro segundo viaje hacia el sur, cuando caminábamos casi siempre con tiempo tempestuoso y una temperatura de bastantes grados bajo cero, los refuerzos de hierro se oxidaron, aumentando el roce, y el trineo andaba muy despacio.

Después de nuestro regreso, me preguntaron algunos por qué no había llevado un caique de lona, que hubiera podido sernos de utilidad en los estanques de agua libre entre el hielo de mar.

La respuesta fué que no teníamos más que uno á bordo, y nos faltó material para construir otros. Con tres caiques hubiéramos también necesitado tres trineos y un hombre para cada uno, y disponíamos tan sólo del ya citado, hecho para tres hombres. Y por último: con los caiques difícilmente hubiéramos podido llegar más lejos de lo que arribamos sin ellos, porque los estanques estaban llenos de nieve mojada, ó cubiertos de delgado hielo

nuevo que á menudo se rompía bajo nuestro peso y que hubiera hecho inservibles los caiques.

Había á bordo varios patines y sólo tuvimos que escoger. Uno de los dos sacos para dormir hechos de piel de guanaco y que construímos entre Wennersgaard y yo, para el viaje al lago de Fagnano, fué destinado á Grunden; el otro quedó para mí, mientras que Duse se hizo una bolsa de dormir con otra piel de guanaco que habíamos conservado.

Necesitábamos, además, una tienda, y no tuvimos más remedio que llevarnos una pequeña, propia para dos hombres; el espacio disponible era, por lo tanto, muy reducido.

Para hacer nuestra comida nos llevamos dos cocinas sistema «Primus» con sus correspondientes diez litros de petróleo, así como dos cacerolas de aluminio. Estas, con la cocina «Primus» se metían, durante la cocción, en un envase protector cilíndrico (el llamado aparato de cocer) que regulaba la circulación del aire calentado alrededor de los utensilios en que se efectuaba la cocción y facilitaba también la cocción al aire libre, cualquiera que fuese el estado del tiempo.

Como vajilla de mesa sólo nos llevamos tres soperas de hierro esmaltado con sus correspondientes cucharones. Los trinchantes se empleaban cuando los dedos no bastaban, y los platos, tazas, tenedores y cucharillas fueron consideradas como un pesado é innecesario lujo.

Además de estos enseres indispensables, nos llevamos cierta cantidad de artículos y objetos útiles y necesarios, como una pistola Maüser, cincuenta cartuchos, dos anteojos de larga vista, gafas para la nieve, un botiquín de

medicamentos, varias cuerdas é hilos, clavos, martillos, tenazas, fósforos, etc.

De efectos personales merecen especial mención el calzado, un par de botas y un par de zapatos con fuertes suelas para cada uno; yo además me llevé como reserva otro par de zapatos para arreglar.

En la biblioteca del buque había únicamente dos revistas de viajes que contenían listas de equipos que podían servir de modelo para hacer nuestro cálculo de provisiones. Eran datos de A. E. Nordenskjöld sobre el viaje entre los hielos de Groenlandia, en 1883, y de Nansen «con zapatos para nieve á través de la Groenlandia». Con ayuda de estos trabajos se hizo nuestro plan de provisiones, con la importante modificación de que nuestra ración diaria debía ser bastante más pesada (1.267 gramos) que la de aquellos, sobre todo que la de Nansen (cerca de un kilo). Este empleaba especialmente alimentos concentrados y sin agua, apropiados para viajes en trineo, pero tales provisiones no estaban á nuestra disposición.

Nuestra ración diaria tenía la siguiente composición:

Pan	gramos	600
Margarina.	»	67
Carne y pescado en conserva	»	413
Azúcar	»	27
Chocolate y cacao	»	68
Sopa.	»	72
	Total gramos	1.267

He aquí la descripción detallada de nuestro stock de provisiones, calculado según esta ración diaria, para tres

hombres durante veinticinco días, y que se compone de lo siguiente:

Pan duro		kilogramos	7
Bizcocho		»	1
Galleta		»	35
Carne en conserva		»	30
Sardinas en conserva		»	1
Margarina		»	5
Azúcar		»	2
Café		»	1.500
Cacao		»	0.500
Chocolate		»	4.500
Té		»	0.200
Sopa seca en conserva	0.600		
Cápsulas de caldo	0.100		
Fruta seca	1.500		
Leche condensada	1.000	»	5.400
Choclo de avena	0.500		
Compota de fruta	0.700		
Legumbres secas	1.000		
Sal		»	0.100
Cognac		»	0.500
		Total kilogramos	93.700

Todo nuestro equipo, incluyendo el trineo y los patines para nieve, tenían un peso total de 240 kilos y 500 gramos.

Como hemos dicho, fué dejado para eventuales necesidades que sobreviniesen en el punto donde desembarcamos, un depósito de provisiones conforme á la siguiente lista:

Galleta	kilos	225
Margarina	»	30
Carne en conserva	»	95

Arenques y pescado en conserva. . . .	kilos	105
Azúcar.	»	[illegible]60
Café.	»	5
Cacao	»	5
Té	»	1
Sopas en conserva.	»	35
Fruta seca	»	3
Leche condensada.	»	8
Choclo de cebada	»	25
Legumbres secas	»	12
Sal	»	7
	Total kilos	566

Estas provisiones del depósito estaban destinadas para nosotros y para los compañeros de la estación invernal durante el tiempo que esperásemos el regreso del «Antártico» (véase más adelante lo acordado por escrito con Larsen), ó más bien, destinado para nueve hombres durante dos meses. Sin embargo, la cantidad de pan fué menor de lo que exigía este plan (270 kilos, según ración diaria de 500 gramos), y su falta fué después tanto más sensible cuanto que mi opinión era llevar una doble reserva de este artículo de consumo tan importante.

En el depósito se dejó, además del arriba mencionado stock de provisiones, una gran tienda con su correspondiente armazón, una zafra de cabida de cuarenta litros de petróleo, un paquete de bujías, cinco litros de espíritu de vino puro á 96°, un paquete de cristales de ácido cítrico, un fusil, una caja de hoja de lata con doscientos noventa y cinco patrones, otra de cápsulas y una sólida caja soldada con fósforos. A esto añadimos Duse y yo algunas ropas de reserva.

Para poder calcular bien lo insuficiente de este stock

del depósito, es necesario comprender la situación anómala en que nos encontrábamos durante aquel tiempo. El estado del hielo era tan desfavorable que debía hacerse necesariamente un ensayo para penetrar por tierra. Pero, por otra parte, considerábamos que aun no había motivo para perder enteramente nuestro anterior optimismo sobre la probabilidad de llevar á cabo trabajos científicos durante el verano.

Sabíamos por ajena experiencia que en los parajes antárticos á menudo se alcanzan aguas relativamente libres de hielo de alguna extensión, después que se ha atravesado una espesa faja de hielo de regular anchura. Nosotros mismos, al empezar el verano, habíamos alcanzado la cuenca de Bransfield con aguas libres después de una larga penetración fangosa del hielo interior en las islas de Shetland del Sur, y esperábamos que lo mismo sucedería dentro del territorio de la isla de Joinville hasta el cabo de Seymour. Probablemente las grandes masas de hielo compacto que ahora llenan los golfos del Erebus y del Terror, debían corresponder á una importante abertura en la capa de hielo que se hallaba más al sur. También manifestamos, al separarnos, la esperanza de que el «Antártico» y la expedición en trineo podría encontrarse en la estación invernal. En este caso, después del embarque de los invernantes de la estación, sería posible aventurar una expedición al sur y ante el riesgo de quedar encerrados entre los hielos, la existencia de provisiones y ropas, no muy abundante del buque, nos sería indispensable.

Por eso, no quisimos almacenar un demasiado abundante depósito, al cual deberíamos volver antes de efectuar el posible viaje al sur, y todo ello coartaría la liber-

tad de acción de Nordenskjöld. Nuestro objeto era que el depósito contuviese únicamente lo más indispensable para mermar lo menos posible las existencias de á bordo.

Antes de la salida del buque tomé, con el capitán Larsen, los siguientes acuerdos por escrito:

«1.º En el caso de que el «Antártico» llegue á la estación invernal:

»Si la expedición en trineo no hubiese llegado á la estación invernal el 25 de enero, debe suponerse que había encontrado cerrado el camino, y debía ir el buque á su encuentro al lugar del depósito.

»2.º En caso de que la expedición en trineo llegue á la estación invernal:

»Si el «Antártico» no llegase antes del 10 de febrero á la estación invernal, partiríamos todos por tierra al lugar del depósito, y el buque tendría entonces que visitar el lugar del depósito entre el 25 de febrero y el 10 de marzo, en cuya última fecha la marcha á dicho lugar debía suspenderse si no había otro motivo imperioso que lo impidiera.»

Estas fueron las precauciones que tomamos antes de emprender nuestra expedición en busca de los compañeros de Snow-Hill.



Salida del campamento del 8 al 11 de enero.

CAPITULO XI

En un archipiélago desconocido

No podíamos llevar de una vez todo el pesado equipo subiendo por la parte más escarpada del declive de hielo de tierra. Lo llevamos en dos viajes, y aun así nos costó mucho trabajo. Dos hombres iban enganchados en el pretal, delante del trineo, mientras que el tercero empujaba á la trasera. A veces el trineo resbalaba con facilidad donde el camino era llano, pero otras se atascaba en alguna desigualdad del terreno. Entonces debíamos dar un tirón todos á la vez.

Ibamos muy despacio, y tras grandes trabajos logramos reunir toda la impedimenta arriba, en el punto donde destinábamos como lugar de campamento. Allí, á 180 metros sobre el nivel mar, empezaba el hielo de tierra á elevarse hasta un repecho poco accidentado, de

modo que el próximo día pudimos llevarlo todo en un viaje.

La tienda estaba levantada y la cocina «Primus» chisporroteaba en el aparato de cocer. Saboreábamos de antemano una comida caliente después de las primeras fatigas. Por otra parte, era grato ir de marcha después de haber estado inactivos entre los hielos flotantes.

La vida de campamento es variada, libre y alegre, y á esto se añadía una atracción para nosotros completamente nueva, cual era la de sentirnos abandonados á nuestras propias fuerzas en aquellos parajes solitarios é inexplorados hasta entonces, donde la nieve se extendía entre escarpadas elevaciones sin hielo hacia el interior desconocido.

Lejos, fuera del estrecho, pudimos aún ver, entre hielo flotante, un pequeño punto obscuro, el «Antártico», que entre pedazos de hielo procuraba encaminarse hacia el este, para buscar de nuevo camino costeando la isla de Joinville.

Pero no disponíamos entonces de mucho tiempo para seguir el rumbo del «Antártico».

Nos convenía ver cómo podíamos instalarnos con los sacos para dormir dentro de la pequeña tienda. Grunden y yo nos colocamos á cada lado con los pies hacia la puerta, y Duse aprovechó el lugar sobrante empujándonos con los pies, después de que hubo atado la puerta de la tienda. Estábamos literalmente «estibados» uno contra el otro; no había siquiera un palmo de terreno en el suelo de la tienda que no estuviese ocupado por los tres sacos de dormir, tanto, que los costados largos de la lona describían una curva hacia afuera bajo la presión del cuerpo de Grunden y del mío.

Satisfechos de nuestra confortable instalación, bajamos nuestras gorras de dormir sobre los ojos para protegernos contra la luz, pues eran ya las cuatro de la mañana cuando todos estos quehaceres estuvieron terminados. A la una de la tarde salimos ya descansados de los sacos, y dos horas después, habíamos guisado la comida, recogido la tienda y cargado todo el equipo sobre el trineo.

Atamos los patines para nieve encima de toda la carga, porque vimos que era mejor tirar sin ellos por aquel camino firme y duro.

Temíamos, durante nuestros preparativos á bordo, que la carga fuese demasiado pesada, de modo que nos vimos obligados á dejar parte de las provisiones. Vimos después que se adelantaba con bastante facilidad por los sitios donde el hielo de tierra estaba igual. Sobre las ondulaciones del hielo era el arrastre bastante difícil, pero en general estábamos muy satisfechos de nuestro primer ensayo de tracción con trineo.

Cuando se anda y tira del pretal, vagan las ideas con preferencia alrededor de tres pensamientos: sobre la buena comida que se hará cuando las fatigas del día hayan acabado, la distancia dejada atrás y sobre las condiciones del camino que nos toca recorrer.

Según el mapa de Ross de los golfos del Erebus y del Terror, habíamos calculado que debíamos hacer rumbo al sur sudoeste para llegar hasta la parte interior de la bahía de Sidney Herbert. Echábamos cuentas y calculábamos cuánto tiempo podíamos invertir en llegar hasta allá, cálculos que acababan deseando hallar en lo sucesivo, por lo menos, un camino tan aceptable como el recorrido hasta entonces. El hielo de tierra se levantaba

y se hundía en irregulares ondulaciones, surcadas algunas veces por obscuros cerros sin nieve, puntiagudos, ó de escarpadas crestas.

Transversalmente á nuestro rumbo hallamos una extensión helada más alta cuya subida fué muy pesada, teniendo que hacer frecuentes altos. Pero por fin llegamos á la parte más elevada y se ofrecieron á nuestra vista lejanas cordilleras y dilatadas llanuras de nieve, limitadas por obscuras moles de montañas. Pero ¿qué era lo que veíamos en lontananza á nuestros pies? Contemplábamos silenciosos y confusos aquel panorama nuevo y extraño. La llanura de nieve, de más de una milla de extensión, aparecía como una ciudad gigantesca completamente cubierta de nieve; millares de casas y palacios, edificios de variadas formas y torres de las más extrañas líneas presentábanse ante nuestra vista.

Este espectáculo, que nos parecía verdaderamente incomprensible en el primer momento, debíase á una bahía completamente helada de cuyo seno emergían grandes masas é innumerables montañas de hielo. El de tierra bajaba en uniforme declive hacia la bahía y acababa allí con un talud bajo, del cual seguramente se habrían desprendido algún día aquellas innumerables y pequeñas montañas irregulares.

En la orilla, cerca del talud, empezaba el hielo de mar que unía á éste con el de tierra, y que á veces estaba roto y amontonado en forma de bloques y trozos sueltos. Parecía que la ensenada hubiera estado largo tiempo, á lo menos durante algunos años, cubierta de este modo.

El hielo de tierra, cuyo talud forma por todas partes la orilla de la ensenada, no había podido, desde que ésta se heló, deshacerse de su sobrante por sucesivos des-

prendimientos, y por eso marcaba su avance cada vez más al interior de la bahía, echando afuera con fuerza irresistible al hielo de mar.

Nunca había podido adquirir idea tan clara de la formación del hielo como al ver este paisaje. El mar, con sus innumerables icebergs y témpanos flotantes y su formidable capa de hielo, que en algunas partes estaba rota y oprimida bajo la presión de la todavía más formidable capa de hielo de tierra, formaba un mundo helado que trajo á nuestra memoria lo escrito sobre el hielo paleocrístico del Mar Polar del Norte.

Se habían acabado las probabilidades de encontrar buen camino sobre el hielo terrestre. La costa daba la vuelta alrededor de la ensenada en forma de un ancho arco hacia el oeste, y muy cerca, delante de nosotros, empezaba la superficie del hielo terrestre á ser desigual y llena de cavidades; al otro lado de la bahía veíanse las montañas que avanzaban hasta la orilla. Nuestro viaje sobre el hielo de tierra alrededor de la bahía sería en extremo difícil y nos retrasaría muchísimo, aun suponiendo que pudiésemos penetrar entre las montañas y cruzar los ventisqueros.

En todo caso, sería un viaje que por su lentitud había de reducir bastante nuestro limitado stock de provisiones. Todas las circunstancias nos señalaban, pues, otro camino á través del laberinto de la ciudad helada en dirección al hielo de mar, que divisábamos más lejos, bordeando tierra, cuyos obscuros taludes costeros se levantaban remotamente hacia el sur.

En aquellos momentos no sabíamos seguramente dónde nos hallábamos. El mapa de Ross de los golfos del Erebus y del Terror no indicaba la existencia de las

extensas aguas cubiertas de hielo que teníamos delante. La bahía, cerca de nosotros, desembocaba en otra mayor que nos separaba de la lejana tierra del sur, y que hacia el sudeste, donde la vista estaba limitada por una visible cresta de montaña, debía ser coherente con el mar abierto. Mas ¿era ésta la única ensenada que Ross en su mapa denomina bahía de Sidney Herbert? Duse, que había pasado con el «Antártico» durante el verano anterior por la bahía de Sidney Herbert, no podía reconocer nada de lo que vió. Decidimos, pues, acampar donde nos hallábamos y subir al día siguiente á la cresta de una montaña al sudoeste, para estudiar mejor los alrededores.

Era ya media noche cuando pudimos meternos en los sacos de dormir. Cuando nos despertamos al día siguiente, á las nueve y media, brillaba el sol en un cielo sin nubes, iluminando con sus resplandores la tierra cubierta de nieve y la bahía que semejaba una ciudad. Durante nuestra marcha hacia la cima de la montaña llevamos anteojos para la nieve, pero cuando llegamos arriba, Duse se quitó los suyos para ver mejor alrededor suyo, pagando cara más tarde esta imprudencia, de tal modo, que nos aconsejó que tomásemos las mayores precauciones para resguardar la vista.

También desde la cima de la montaña la vista hacia el mar hallábase continuamente limitada por una alta tierra situada más lejos, en dirección sudeste. Pero lo que vimos fué, bajo varios conceptos, práctico é instructivo.

La superficie helada de la gran ría se hallaba en buen estado para cruzarla, y únicamente del hielo de mar emergían grandes bloques. La tierra del otro lado de esa ría era en su mayor parte inaccesible; obstruíanla obscu-

ras murallas verticales en la costa, pero en cierto sitio parecía el hielo de tierra hundirse en declive uniforme hacia el mar. Debía, pues, ser posible llegar hasta el hielo de la tierra interior, que parecía extenderse en ondulaciones iguales hasta una cumbre muy lejana completamente cubierta de nieve, acabando por una eminencia cónica, cuya silueta, destacándose sobre el claro cielo, dominaba toda la tierra de su alrededor.

Este formidable cono cubierto de nieve debía ser la montaña de Haddington del mapa de Ross. Allí, á lo lejos, se encuentra el estrecho del Almirantazgo y Snow-Hill, y la ría que teníamos delante debía ser la bahía de Sidney Herbert.

Nuestro plan era completamente claro. Debíamos pasar sobre el hielo de mar hasta el punto de la tierra sur, donde la elevación se hacía visible, para seguir sobre el hielo terrestre alrededor de la montaña de Haddington hasta el estrecho del Almirantazgo. No sabíamos si la última extensión de agua citada era un estrecho ó una bahía, y como sólo estábamos allí de paso, debíamos dejar para más tarde la solución del problema.

Después de haber vuelto á la tienda y cargado el trineo, nos pusimos en marcha hacia la bahía. Nos calzamos por primera vez los patines de nieve, deslizándonos rápidamente por la larga y despejada pendiente. Hicimos una singular observación bajando el declive. Desde la orilla y oblicuamente á nuestro camino, se extendía un ancho rastro en forma de zig-zag sobre la lisa superficie de hielo. Parecía la huella reciente y se apartaba por completo de nuestro camino, en dirección á la orilla.

Desgraciadamente no teníamos tiempo para seguir este rastro, pero con seguridad podíamos afirmar que lo

había producido algún animal que debía morar en los alrededores: alguna foca sin género de duda.

Era, por lo demás, sorprendente encontrar rastro de un mamífero viviente en medio de aquel desierto de nieve y á una distancia de varias millas del agua libre.

Probablemente sería alguna foca que, extraviada sobre el hielo firme y atosigada por el hambre, buscaba por tierra el deseado mar abierto.

Más tarde descubrimos que hay bastantes focas (las de Weddel) sobre el hielo firme de la bahía, de donde el agua libre se encuentra bastante lejos. De todas maneras continuaba siendo incomprensible para mí cómo una de ellas había avanzado tanto sobre el hielo de tierra. Más tarde, cuando tuve ocasión de conocer á fondo el modo de vida de las focas antárticas, hubiera atribuído el rastro que acabábamos de ver á un cangrejero *(lobodon)*, aunque está probado que á veces las focas de esta clase perecen cuando avanzan mucho hacia el interior. Contra esta suposición había, sin embargo, el dato de que nunca observamos un solo ejemplar de cangrejeros sobre el hielo de tierra firme, donde, en cambio, habitan focas de Weddel á centenares.

En la parte más baja del declive, muy cerca del talud de hielo terrestre, paramos un momento para hacer el descanso de mediodía. Encontramos después un punto donde una formidable acumulación de nieve formaba un puente inclinado que bajaba del talud, uniendo el hielo de la tierra interior con el del mar, y por él continuamos hacia la bahía.

Pero estos últimos cien metros de camino sobre el hielo terrestre fueron bastante accidentados; la nieve era tan blanda que el trineo á cada momento se atascaba, y



Diez días de combustible asegurado.

teníamos que quitarnos entonces los patines y sacarlo con grandes esfuerzos del bache de nieve donde se había hundido. En el hielo de mar era también difícil buscar un camino á través de los frecuentes grupos de montañas de hielo, glaciares y acumulaciones gigantescas. Se atascaba el trineo con frecuencia y se hundían los patines á través de una delgada y traidora capa de nieve dentro de ocultos charcos.

Nos encontrábamos en el centro de aquel laberinto, y dudábamos por dónde encontrar un camino á través de tantos obstáculos. Continuar así, á la ventura, no era conveniente, y decidimos hacer alto y acampar en una meseta de hielo compacto que nos ofreció una base fija y relativamente seca. Mientras Duse montaba la tienda, fuímos Grunden y yo, con nuestros patines, á recorrer el contorno. Después de andar un buen rato entre numerosos bloques de hielo que por todas partes nos impedían la vista, llegamos á un alto glaciar sobre el que trepamos y desde el cual vimos con alegría que el camino se presentaba libre de obstáculos en la dirección hacia donde nos dirigíamos.

Cuando regresamos al campamento, nos dijo Duse que de repente se había quedado ciego del ojo izquierdo á causa de la nieve y que sufría violentos dolores. Le puse en el ojo unas gotas de solución de sulfato de zinc y ácido bórico, único remedio para el caso con que contábamos. Duse encontró este remedio muy eficaz y como medida preservativa lo empleamos todos á diario en adelante.

En todas partes, sobre el hielo de mar, entre los bloques, encontramos rastros de focas, y cerca de la faja de la marea que separaba el hielo de mar del talud de tierra,

vimos dos que se arrastraban hacia la bahía. Muy cerca de nosotros había también dos focas de Weddel en una pequeña cuenca detrás de un montón de nieve. Una de ellas, al vernos, se zambulló en el agua resoplando. En el fondo de la cuenca había un agujero, á través del cual podían bajar al agua.

Es, no obstante, singular que las focas se internen tanto en el desierto de hielo, á millas de distancia del agua libre. Deberían encontrar allí seguramente multitud de cangrejos y peces que viven bajo el hielo fijo, probablemente desde muchos años. Pero á su vez, estos pequeños representantes de la fauna glacial exigen para su manutención una rica vida vegetal que debía existir en las profundas obscuridades, debajo de los hielos paleocrísticos.

Esta era una suposición que parecía contradecir la ley biológica, según la cual la luz es necesaria para toda vida vegetal. Pero las irregulares observaciones de Kjellman sobre la vida invernal de las algas marinas, debajo del hielo en Spitzberg del Norte, ha modificado ya hasta cierto punto esta ley, y probablemente un futuro examen demostrará que las algas del Mar Polar pueden soportar un aislamiento de la luz solar de más duración (*).

Alguna vez irán quizás allí expertos pescadores que, avanzando sobre el hielo terrestre del estrecho del «Antártico», provistos de ligeras redes y esparaveles, podrán abrir con potentes explosivos grandes cavidades en las

(*) Un enigma indescifrable se presenta cuando se extrae con las dragas de la profundidad del mar estas variedades vegetales, que indican la excelente fuerza vital é indomable que existe bajo la inmensa capa de hielo que oculta el mar, cuando la temperatura atmosférica es sumamente baja y reina la obscuridad á las doce del día.

(Kjellman: «De la vida vegetal polar», y A. E. Nordenskjöld: «Estudios y exploraciones,» 1883; página 545.)

capas de hielo más delgadas, para pescar dentro de la obscura y desconocida agua.

Nos fué verdaderamente doloroso tener que pasar por esa singular bahía, sin tiempo y sin aparejos para poder emprender una exploración tan conveniente.

Eran las tres de la mañana de año nuevo cuando nos fuímos á dormir, y después de diecisiete horas de trabajo dormimos de un tirón hasta la una y media de la tarde. Al despertar tenía Duse el ojo enfermo en extremo dolorido y no podía aguantar la luz. Si á esto se añade que el sol calentó como pocos días, hasta tal punto, que por todas partes alrededor de la tienda nos hundíamos en la nieve hasta las rodillas, se comprenderá que nos vimos obligados á quedarnos quietos hasta la puesta del sol. Entretanto, Duse se arregló una venda con un trozo de paño obscuro para abrigarse el ojo enfermo.

A las diez de la noche nos pusimos otra vez en marcha. El camino era en un principio desigual y blando, de modo que el trineo se atascaba á menudo. Tropezábamos con montones de nieve al sortear los innumerables glaciares; pero poco á poco llegamos á un hielo más igual y firme, y rápidamente cambiaron las circunstancias. Con el frío de la noche se endureció la nieve, y el delgado hielo de las balsas de agua dulce se hizo más resistente. Al mismo tiempo refrescó el viento norte, que nos hizo adelantar sin darnos cuenta á través de aquellos desiertos. Después de una rápida marcha de algunas horas, llegamos á la gran ría, cuya embocadura hacia los golfos del Erebus y del Terror era ya visible. A nuestra derecha teníamos una isla con altos acantilados libres de nieve; su forma cóncava invitaba á un examen más detenido.

Mis compañeros se quedaron un rato con el trineo, mientras que yo me desvié hacia la isla. Los patines de nieve corrieron con facilidad sobre el delgado hielo de las balsas, tan flojo, que cedía y crujía bajo mi paso. Nunca había experimentado tanto como entonces la utilidad de los patines; sin ellos difícilmente habría podido adelantar, pues á cada paso me hubiera hundido á través del hielo nuevo dentro de las balsas de más de un pie de profundidad, sobre las cuales los patines me permitían pasar fácilmente.

La montaña de hielo estaba compuesta de gruesa toba mezclada en capas con productos volcánicos. Por la falda de la montaña y por los formidables despeñaderos corrían numerosos riachuelos hacia la orilla, formando al bajar espumantes cascadas.

Acampamos sobre el hielo de la ría; habíamos adoptado el sistema de descansar durante el día y viajar por la noche, pues entonces el camino era más firme y llevadero y la luz menos incómoda.

Cuando por la noche del 2 de enero emprendimos de nuevo la marcha, continuaba soplando el viento del norte. Con la ayuda de un largo palo de bambú del trineo, que empleábamos como mástil, y dos palos más cortos, arreglados como vergas, colocamos el fondo de la tienda á manera de vela sobre el trineo. Hicimos así un delicioso viaje durante dos horas. Hacíamos uso de los pretales para dirigir y tirar, cuando el trineo se atascaba en los montones de nieve; pero á veces corría éste con tanta velocidad que nos costaba correr para no ser alcanzados. Cuando soplaban ráfagas intermitentes daba verdaderos saltos, de modo que habíamos de tirar tan pronto á un lado como á otro para no ser atropellados.

Pero la alegría no fué duradera. El viento aflojaba cada vez más, y á lo mejor batía del lado contrario sobre la vela. Además, penetramos de nuevo entre numerosos glaciares y grandes y hondas charcas. Estas últimas se extendieron finalmente del modo más desfavorable precisamente delante de nuestro rumbo, formando una red tal que no podíamos virar. Debíamos pasar sobre ellas, pero el delgado hielo nuevo se rompía á menudo, tanto debajo de los patines como del trineo.

Tomábamos entonces un baño de pies, helado, hasta las rodillas, y nos costaba ímprobo trabajo sacar el trineo cuando se sepultaba entre el hielo y la nieve blanda. No era ya posible proteger contra el agua los objetos que caían del trineo y sólo tratábamos de seguir adelante para llegar lo antes posible á la tierra que se alzaba ante nosotros.

A las dos de la mañana llegamos al abrigo de un alto glaciar, donde preparamos nuestro refrigerio. La comida caliente llegaba muy á punto, pero mojados como estábamos temblábamos de frío durante el descanso, y nos dábamos por contentos cuando podíamos emprender en seguida la marcha.

Entre el sitio donde estábamos y la tierra firme se veía á lo lejos hielo de otra especie que el que habíamos atravesado hasta entonces. Era completamente igual y sin baches. Probablemente había estado el mar, durante el verano anterior, abierto hasta el mismo borde del hielo desigual sembrado de bloques.

Nos pareció práctico continuar la jornada para alcanzar cuanto antes el buen camino, pero encontramos también grandes charcas, y tan pronto adelantábamos rápida y fácilmente sobre el hielo firme y seco, como

avanzábamos despacio á través de baches de un pie de profundidad.

Mientras cruzábamos sobre el delgado hielo nuevo que crujía, pudimos contemplar algunas focas aisladas en tranquilidad completa. Muy lejos, hacia tierra, veíamos numerosos grupos de pequeños seres que se movían. Desde una isla situada en el centro de una ensenada, marchaban reunidos hacia el mar, mientras otros iban en dirección contraria. Era una nutrida colonia de pájaros bobos que no se habían dejado arrastrar por la extraordinaria extensión del hielo firme durante aquel año, y habían buscado su antiguo lugar de incubación, aunque tenían que efectuar una marcha de varios kilómetros sobre el hielo firme hasta sus aguas de pesca en el borde del hielo.

A mucha distancia, nos observaron y se pusieron en movimiento hacia nosotros varios grupos y algunos pájaros sueltos, para contemplar más de cerca á los tres gigantescos «pájaros» que llegaban tan inopinadamente. Nunca había visto pinguinos que se pareciesen tanto al hombre como estos desde lejos. Caminaban erguidos, y aunque su andar era vacilante, con sus cortas alas extendidas hacia nosotros corrían al galope. Parecía el ataque de todo un pequeño ejército, por un flanco desplegado en guerrilla y por otro en grupos cerrados. A unos diez metros de nosotros se paró de repente la columna de ataque de aquellos seres enanos y se quedaron todos quietos, mirándonos y aturdiéndonos con el confuso clamor de sus gritos, continuando sus cacareos mientras nos dirigimos hacia la isla.

Empezaba á nevar, y con el apacible tiempo que acompaña la nieve, perdía el débil hielo de las charcas

toda su resistencia, por lo cual tuvimos que pasar despacio á través del agua y de la nieve blanda hacia la isla, que á veces desaparecía tras la espesa cortina de nieve. Por fin llegamos cerca de ella. Sus escarpados taludes de toba no eran muy hospitalarios, y para no quedarnos sobre una insegura base de hielo, decidimos hacer todo lo posible de una vez para llegar á la tierra firme, que no podía estar muy lejos, aunque parecía escondida en el espesor de la nieve. Estábamos ya empapados del todo, y por consiguiente, podíamos continuar impunemente.

Las cavidades producidas por el derretimiento eran cada vez más hondas. De improviso se hundió el trineo completamente en una brecha, y era evidente que no lo podíamos sacar con el peso que llevaba. Tuvimos que descargarlo para conducirlo todo á tierra, cosa que no era muy fácil. Duse, que estaba medio ciego, se metió en un charco y cayó al agua, quedando sumergido hasta la parte superior del cuerpo: el paño que llevaba puesto en el ojo enfermo fué arrastrado por el agua helada. Le ayudamos á salir del atolladero y continuamos nuestra marcha hacia tierra.

Finalmente, después de tres viajes de ida y vuelta, lo reunimos todo en lugar seguro. Lastimados por quince horas de esfuerzos, chorreando agua y tiritando de frío, pero alegres por haber llegado otra vez á tierra firme y relativamente seca, nos encontramos sobre el largo borde del hielo terrestre. Pronto chisporroteó la cocina «Primus» alegremente en la pequeña tienda, y después de comer y tomar un magnífico café con una copita de cognac, nos metimos, sin secarnos, en los sacos para dormir, pues estábamos tan rendidos que no nos dábamos cuenta del frío ni de la humedad. Duse probó



Regreso del lugar de depósito.—Al fondo se ve la elevación sin hielo llamada la Pirámide.

conversar con nosotros después de haberse metido en su saco, pero no recibió ninguna respuesta. Yo me dormí en seguida, sin pensar en los malos ratos sufridos ni en lo inseguro del porvenir.

Cuando nos despertamos á las once de la noche (3 de enero), bastante descansados, pero helados y maltrechos, nuestro primer pensamiento fué secar nuestros efectos empapados de agua.

Mientras el sol de la mañana esparcía sus primeros rayos, se cambió la decoración de nuestro campamento en una original exposición de sacos de dormir extendidos sobre la tienda y el trineo: zapatos, ropas, medias, guantes, pañuelos y gorras, colgantes sobre cuerdas que sostenían los largos patines clavados en la nieve. Nos paseamos, entre tanto, abrigados con algunas prendas restantes, que tuvimos que secar sobre nuestro cuerpo. Volvimos de cuando en cuando las ropas del tendedero y dimos gracias al sol que se dignaba enviarnos su reparador fluido en medio de aquellos páramos.

Los rostros cambiaban de expresión á medida que las ropas se iban secando, y nos considerábamos muy felices en aquel momento, cifrando nuestra esperanza en los días venideros.

La bahía de Sidney Herbert presumíamos que se encontraba ahora detrás de nosotros, y era realmente particular que hubiésemos hallado una tierra tan angosta ante nuestro punto de partida y la bahía de las montañas de hielo. La ancha ría situada al norte debía lindar con la bahía de Sidney Herbert, á no ser una ría completamente distinta que no estuviese indicada en el mapa de Ross. Teníamos la esperanza de poder pasar por el hielo de tierra hasta llegar al estrecho del Almirantazgo.

Sería una marcha costosa sobre muchas elevaciones de hielo alrededor de la formidable cumbre del Haddington, pero podríamos, á lo menos, pasar por tierra seca hasta llegar al agua, en cuya parte opuesta estaba la estación invernal. No sabíamos exactamente cómo podríamos pasar el estrecho del Almirantazgo. Si en realidad era una bahía, podríamos intentar dar la vuelta; pero si viésemos que era un estrecho con aguas libres cubiertas de hielo, dejaríamos en último caso el trineo, la tienda y las camas en la orilla, y con el equipo indispensable avanzaríamos hasta Snow-Hill. Pero si en realidad habíamos pasado ya la bahía de Sidney Herbert, no teníamos ninguna necesidad de llevarnos, sobre el hielo de tierra interior, nuestro pesado equipo de provisiones.

Decidimos, pues, por consiguiente, dejar donde nos encontrábamos una parte del mismo, que podría servirnos en el caso de que más tarde, durante el verano, tuviésemos que regresar por el mismo camino con los compañeros de Snow-Hill.

El pequeño depósito dejado en una loma saliente del declive de la nieve, se componía de lo siguiente:

Un saco de galleta	kilogramos	20
Dos cajas de carne	»	7
Margarina	»	2.500
Una botella llena de alcohol . .	»	1
Una damajuana de petróleo. . .	»	5
	Total kilogramos	35.500

Di un paseo en trineo para reconocer los alrededores; el hielo levantábase en uniforme declive hacia tierra, y después de una marcha de dos kilómetros llegué á una extensa llanura de nieve que presentaba ligeras ondula-

ciones hacia una lejana faja; no podíamos desear mejor camino.

Después de las pasadas aventuras y vicisitudes nuestro estado de ánimo no había decaído en lo más mínimo, y al emprender el camino desde el campamento «del tendedero» teníamos la esperanza de encontrarnos antes de ocho días en la estación invernal. Pensábamos entonces que nos veríamos obligados á proponer á nuestros compañeros la retirada cuanto antes hacia el norte, en previsión de que más tarde el hielo de mar estuviese intransitable. Pero en el caso más feliz, podría acontecer que el «Antártico» hubiese encontrado un camino á través del hielo compacto y que todos pudiésemos reunirnos en Snow-Hill.

De todos modos, esperábamos pronto ver cómo estaban nuestros compañeros en la estación invernal. Recorrimos nuestra memoria para recordar las noticias que podríamos relatar á nuestros compañeros del mundo exterior, y reflexionamos cómo podríamos, de la mejor forma, comunicar á Nordenskjöld la triste noticia de la muerte de su padre.

A las ocho de la noche (el 4 de enero) emprendimos el camino por el declive de hielo terrestre. La nieve estaba blanda, el trineo adelantaba pesadamente y á menudo teníamos que quitarnos los patines cuando debíamos sacarlo de un atolladero. Durante este penoso trabajo y para salvar los baches cruzábamos sobre débiles puentes de nieve que escondían las aberturas en el hielo de tierra interior. Pero las aberturas se presentaban bastante angostas, de modo que podíamos pasarlas con facilidad. Cuando llegamos un buen trozo arriba del declive, se hizo del todo imposible hacer adelantar el pesado trineo.

Quitamos, pues, los tres sacos de encima, y una vez aligerado el trineo reanudamos la jornada con patines.

La marcha sobre el campo blanco era singularmente confusa; muy cerca, delante de nosotros, parecía que una vez en lo alto del hielo terrestre disfrutaríamos una vista despejada; pero una vez que llegamos arriba no vimos más que un valle extenso y, más allá, una altura que se confundía con el horizonte. Largo rato adelantamos uno al lado del otro hacia el sudeste, pero nos encontramos, después de mucho andar, ante un acantilado obscuro que sobresalía del hielo terrestre. Después de algunos pasos más, quedamos confusos y llenos de terror.—«¡El camino estaba cerrado!»—fué el primer pensamiento que se nos ocurrió con la rapidez del rayo. Cruzáronse súbitas y curiosas preguntas. Delante de nosotros aparecía un brazo de mar; ¿sería el estrecho del Almirantazgo y la estación invernal se encontraría en la otra orilla? ¡Imposible!

Duse empezaba á reconocer lo que vió desde el «Antártico» el verano anterior. Esto es, la bahía de Sidney Herbert. Además, yo recordaba la descripción hecha por Larsen, según la cual, el estrecho se vuelve muy angosto en el interior. Este detalle convenía exactamente con lo que teníamos delante de nosotros, pareciendo como si nos hallásemos en una grande isla. La bahía de Sidney Herbert formaba, pues, un estrecho, limitado en aquella parte por nuestra isla.

En la parte más angosta del estrecho, allí donde la tierra meridional avanzaba formando un cabo hacia nuestra isla, estaba el hielo completamente gastado, abundando los claros producidos por el deshielo. Fuera, en el estrecho, y en torno de nuestra isla, el hielo pre-

sentaba un color azul verdoso, cuyo fondo tuvimos ocasión de apreciar durante la última marcha sobre el hielo de mar. Aun en el caso de que pudiésemos encontrar un camino sobre el hielo de mar nos costaría mucho trabajo recorrerlo, y el agua producida por el deshielo tal vez nos impediría llegar al paraje más próximo y transitable de la tierra del sur. Ni aun veíamos bloques de hielo que nos pudiesen proporcionar lugar de descanso durante la noche.

El camino, pues, se presentaba cerrado. Al este se levantaba el cabo exterior de nuestra isla, cabo Gordon del mapa Ross. Nos encaminamos hacia esta elevación para examinar las condiciones del hielo en el interior del golfo. Desde allí vimos muy lejos, al norte, parte de tierra firme de nuestro punto de partida y una gran extensión azul de agua sin hielo, que avanzaba hacia el este tan lejos como alcanzaba la vista con aquel tiempo nebuloso. En dirección sur, hallábase el hielo de la bahía igualmente roto, con pequeños claros, hasta el cabo donde nos encontrábamos. Era una sorpresa para los tres ver tanta agua libre en el golfo, cuyo espectáculo nos consoló algún tanto de nuestros contratiempos, con la esperanza de que el «Antártico» lograría encontrar un camino hasta la estación invernal.

Después de este descubrimiento, retrocedimos siguiendo nuestros propios rastros, que empezaban á borrar una copiosa nevada, y cuando después de haber acampado, cerca de las diez, nos preparamos para descansar en nuestra tienda, arreció el temporal de un modo formidable. Ninguno de los tres pudo descansar tranquilamente, reflexionando sobre nuestra triste situación.

Todos nuestros esfuerzos para acudir en auxilio de

los invernantes de Snow-Hill se habían malogrado; el verano tocaba á su fin y teníamos que conformarnos con nuestra mala suerte.

Para salir del lugar donde nos encontrábamos era menester que el hielo gastado que quedaba al norte de la ría no se moviese durante la tormenta, pues entonces quedaría cortada nuestra retirada á tierra firme.

Salimos de los sacos de dormir á las once, y después de tomar café y algún alimento, comenzamos á dar vueltas por las inmediaciones de la tienda, chapoteando sobre la mojada nieve, sin tomar ninguna determinación. A las dos de la mañana (día 6) nos encontrábamos aún indecisos, tiritando de frío sobre los sacos de dormir ya recogidos. ¿Lograremos arrastrar el trineo salvando los baches producidos por el deshielo, ó nos veremos obligados á dejarlo abandonado con buena parte del equipo, para poder avanzar hacia tierra firme? Meditábamos sobre todo ello y calculábamos la impedimenta de que más fácilmente podríamos prescindir, en el caso de que tuviéramos que dejar atrás parte de nuestra carga.

Poco á poco aclarábase el espesor de la nieve, de modo que pudimos ver, debajo de nosotros, la bahía donde recibimos un baño frío la mañana del día 3, y la isla en cuya parte exterior incuban los pájaros bobos *adelie*. Era una roca de toba obscura de algunos centenares de metros de longitud, cuyo aspecto agreste y triste nos indujo á que la llamásemos «isla del Diablo».

Durante el día 7 mejoró el tiempo, de modo que decidimos emprender el regreso á las cinco de la tarde. Feliz mente descendió el termómetro algunos grados bajo cero y con esto, unido al frío de la noche, pudimos fácilmente caminar sobre una capa bastante firme de la nieve caída.

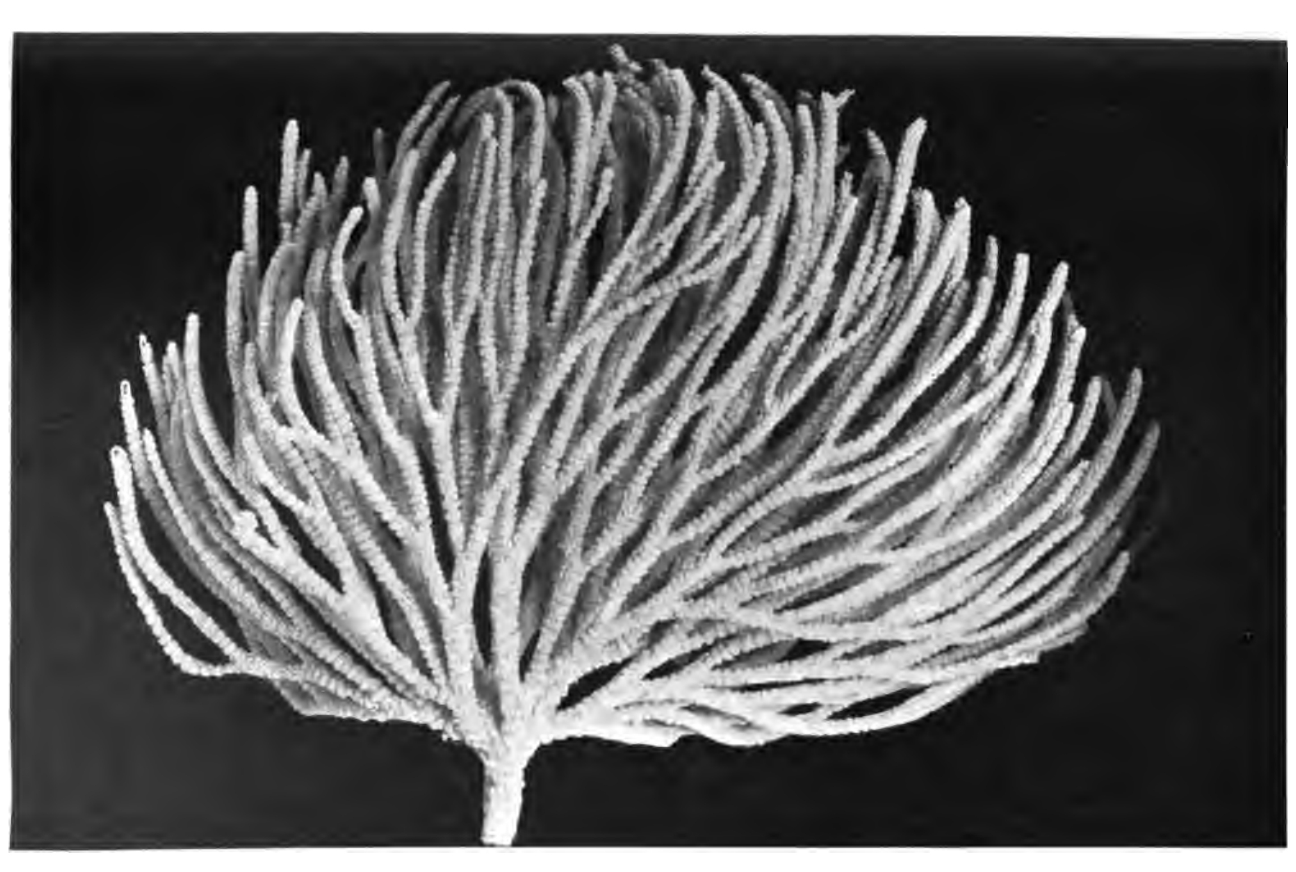
Los baches y cavidades también estaban cubiertas de una especie de escarcha dura que pocas veces se rompía. Rectificamos entonces el camino hacia el este para llegar sobre tierra firme más lejos de la embocadura de la gran ría, evitando así el confuso y molesto laberinto de las numerosas montañas de hielo.

Aumentó aún más el frío á la madrugada, de modo que el piso se hacía más seguro y la nieve crujía bajo nuestros patines y los palos no se hundían en ella. La providencia nos ofreció un tiempo inesperado y á propó sito para el viaje sobre el hielo de mar, y ansiábamos llegar á tierra antes que surgiera un cambio desfavorable. Después de una marcha forzada alcanzamos, á las cuatro de la mañana del día 8, el hielo de la orilla.

Habíamos llegado en el momento propicio, porque al cabo de pocas horas sopló de nuevo la tormenta de nieve, haciendo oscilar violentamente nuestro pabellón. Entonces lo tomamos con más tranquilidad, sabiendo que nos encontrábamos en la misma tierra donde dejáramos el depósito.

Durante la noche del día 9 se despejó el firmamento y empezamos los preparativos para reanudar la marcha. El declive del hielo de tierra era aquí tan escarpado, que no podía salir el trineo con su carga completa. Cogimos cada uno un fardo del equipo y marchamos buen trecho arriba, salvando un formidable talud de canchales que se levantaba hacia el interior, paralelamente al cual debíamos arrastrar nuestro trineo sobre el hielo terrestre. Cerca de un gran bloque de piedra, en el declive del talud, dejamos nuestra carga, sirviéndonos de señal otras dos piedras que sobresalían del hielo de tierra, y bajamos luego para subir el trineo. Pero pronto cayó sobre nos-

Alrededor de los botes habíanse reunido millares de palomas del Cabo.



Coral ramificado hallado cerca de la isla de Seymour á 150 metros de profundidad.—2/3 de su tamaño natural.



El pescado se agitaba en la extremidad de la cuerda de piel de foca.

otros la tormenta de nieve con mayor fuerza que antes, obligándonos á suspender el trabajo.

Estábamos al abrigo de una alta pared que formaban los canchales, pero aun así la tormenta hizo temblar nuestra tienda, de tal modo, que temíamos que nos la llevara. Solamente á fuerza de precauciones pudimos aguantarla.

No cesábamos de pensar en el «Antártico»: ¿Dónde se hallaría nuestro buen buque? ¿Cómo seguirían á bordo nuestros compañeros? Recordábamos cómo se defendió durante la fuerte tempestad entre el hielo flotante, cerca de la isla de Shetland Meridional, y esperábamos que la suerte continuaría siéndoles propicia. Precisamente por entonces, mientras nosotros estábamos al abrigo de nuestra tienda deseándoles todo género de venturas, el «Antártico», durante la mañana del 11 de enero, recibía por compresión de una formidable masa de hielo, el golpe postrero que lo hundía para siempre en el fondo del mar.

Como nos habíamos acostado ya bien entrada la mañana, no nos despertamos hasta las cinco de la tarde, cuando ya había pasado completamente la tempestad. El tiempo era tan agradable y despejado que nos animaba á proseguir el viaje. Cuando transportamos el trineo sobre la primera pendiente escarpada, creímos que no sería difícil dar con los efectos que subimos; pero nos equivocamos de medio á medio. Montones de nieve de la altura de un hombre ocultaron los grandes bloques de piedra, cerca de los cuales colocamos nuestra impedimenta. Excavamos inútilmente durante un par de horas con los patines en el lugar donde creímos encontrarlo todo, hasta que por fin, cansados, tuvimos que dejar el trabajo y continuar el camino.

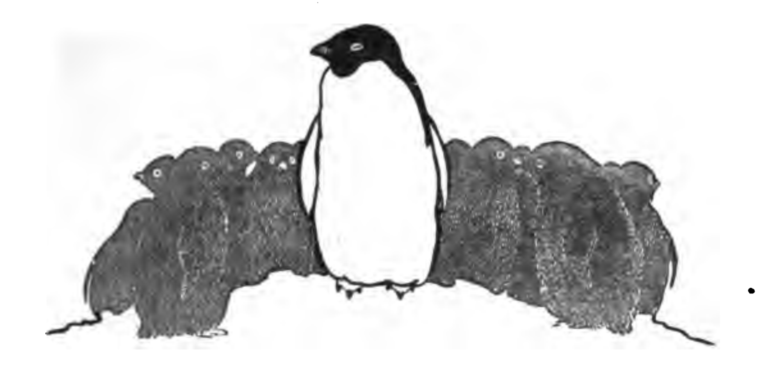
Resultó de todo esto una pérdida sensible é irreparable. Allí quedaron dos pequeñas máquinas fotográficas con todos sus clichés y películas (á excepción de una docena que llevaba el Kodak grande salvado por Duse), la mesa de trabajo, parte del material cartográfico y diversas colecciones, así como una porción de objetos útiles, tales como tijeras, tenazas, escarpias, clavos, etc. Afortunadamente habíamos guardado allí pocas prendas de ropa y no todas en muy buen uso. No dejaba de ser una buena lección que aprovecharíamos para precavernos en lo sucesivo contra las traidoras tormentas de nieve.

Desde el hielo de tierra interior disfrutamos una vista deliciosa sobre el golfo, hacia las islas de Cockburn y de Seymour, alcanzando á observar obscuras aberturas, fuera, en el hielo flotante.

Este tiempo apacible, despejado, no duró mucho. Una espesa neblina se levantó alrededor de nosotros, y nos vimos obligados á continuar la marcha durante algunas horas sin seguridad alguna y dirigidos únicamente por la brújula.

Caminamos penosamente cuesta arriba, y cada vez se presentaba el declive más y más escarpado. Como era muy accidentado el terreno tuvimos que esperar á que la niebla se disipara y acampamos sobre el declive, que por ser tan escarpado tuvimos que excavar con los picos para instalar la tienda. Poco rato después de haber acampado desapareció la niebla y ante nosotros se ofreció un sorprendente panorama. Al pie del declive se extendía la vasta llanura iluminada por el sol, y muy cerca, hacia el norte, se veía la superficie líquida azul obscura del estrecho del «Antártico».

Habíamos aprovechado el tiempo porque, cerca de nuestro campamento y precisamente por los sitios que habíamos cruzado, comenzaba el hielo de tierra á derretirse lentamente. Felizmente ante nosotros estaba el camino transitable hasta el lugar del depósito, y durante la mañana del día 13 montamos allí nuestra pequeña tienda en medio de los grupos de pájaros bobos que chillaban alborotados.



CAPITULO XII

Las aves en la bahia de la Esperanza

En las zonas glaciales la Naturaleza ofrece un aspecto tan completamente extraño para quienes no las hayan recorrido, que no es fácil dar una exacta idea de todos sus accidentes. La Naturaleza sudpolar es seductora y magnífica, cuando durante los tranquilos días de verano resplandece la luz del sol alrededor de las escarpadas elevaciones sin hielo, sobre las variadas ondulaciones del hielo de tierra y sobre las extensiones movibles de los bloques flotantes. El espectáculo es aún más grande y encantador cuando concluyen los cortos días de invierno y el sol que se pone esparce una luz matizada de tan severas coloraciones, que la realidad supera á su descripción.

No se halla en estas regiones analogía alguna con los hermosos paisajes de otras latitudes, que abundan, por ejemplo, en nuestra patria. Todo es distinto: el mar, la tierra, el horizonte. Los panoramas en miniatura de admirable encanto se echan de menos en la tierra polar, donde todo es grande y majestuoso.

Hablemos ahora de las aves que viven en estas regiones. El reino alado que puebla los bosques y las praderas de nuestra patria, llenándolos de vida y de poesía, no tiene aquí ni remota semejanza.

Voraces y desconfiadas vuelan incesantemente huyendo de las grandes masas de hielo las aves procelarias, que se amansan cuando sobreviene una tempestad; alborotados ó temerosos pululan los pájaros bobos sobre las grandes extensiones de hielo ó guarecidos entre las rocas costeras socavadas por el oleaje.

La hermosura incomparable de la primera de estas aves antárticas, puede calificarse de *beauté diabolique*, por el raro contraste que forman sus ojos y su pico negros como el carbón, con su plumaje blanquísimo; su vuelo es muy rápido; acostumbran á incubar muy alto sobre las rocas más inaccesibles, y para defenderse contra los que tratan de cogerles suelen lanzar á más de un metro de distancia un chorro líquido que exhala un olor muy desagradable.

Existe una semejanza digna de mención entre las aves que pueblan los dos territorios polares. Todo el que haya visto alguna vez una montaña ártica habitada por pájaros, seguramente la recordará cuando por primera vez se halle en una colonia antártica de pinguinos. La situación de las dos especies es distinta: habita la del Norte sobre formidables é inaccesibles acantilados, y puebla la del Sur llanas extensiones y declives.

Pero, por lo demás, la semejanza es exacta: la misma enorme acumulación de individuos, la misma extraña y anfibia clase de pájaros. Las alcas del Norte forman una verdadera especie paralela á los pájaros bobos del Sur. Caminan en la misma posición, con el cuerpo derecho;

sus patas son cortas, colocadas muy atrás, y nadan rápidamente lo mismo que los pinguinos.

La desigualdad más pronunciada consiste en que las alcas son aves voladoras, mientras que los pájaros bobos apenas se sirven de sus alas rudimentarias. Pero, como para compensar también este contraste y hacer todavía más comprensible su sorprendente semejanza, á principios de 1800 se encontraba aún en el Atlántico del Norte una especie de alcas, actualmente extinguida, llamada *alca impennis*, con rudimentarias alas inservibles para el vuelo.

Los pájaros bobos pertenecen exclusivamente al hemisferio Sur. Allí se extienden sus distintas especies desde la costa occidental de la América del Sur; abundan en Australia bastante al norte, pero su verdadero asiento se encuentra más hacia al sur; dentro del propio territorio antártico alcanzan las colonias su más amplio desarrollo, y el mayor representante de su especie tiene allí su residencia.

Sin embargo, es reducido el número de clases antárticas. En el sentido de la más rigurosa clasificación podemos incluir en ellas al pájaro bobo *imperial* y el *adelie;* además, como variedades, la especie *antártica* y *papua*, que se encuentran más al norte en las islas antárticas. En dos sitios (la isla de Nelson y en la bahía de la Esperanza) observó, además, nuestra expedición una quinta especie *(cathartes)*.

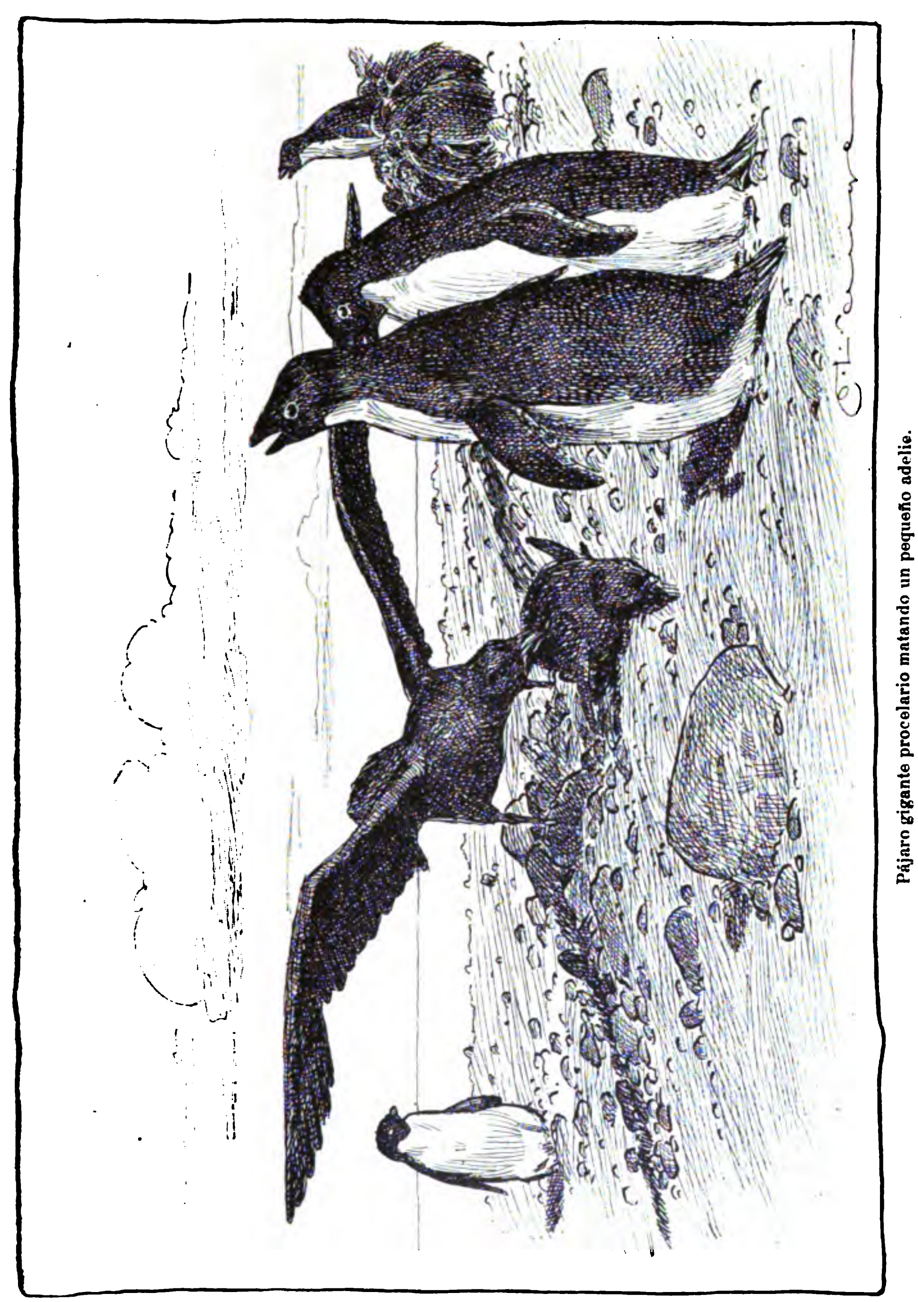
Dentro del territorio explorado por nosotros hemos encontrado una división de estas clases de pájaros, que se encuentra en completa armonía con su extensión.

El pájaro bobo imperial *(aptenodytes forsteri)* es una especie característica polar, cuya verdadera residencia se

encuentra tan adentro de las llanuras heladas, que solamente la expedición inglesa y nosotros llegamos á descubrirla: encontrámosla en nuestro territorio muy al sur, fuera de la costa de la Tierra del Rey Oscar, donde vimos pequeños grupos. Encontrábanse también ejemplares sueltos cerca de Snow-Hill y de la isla de Paulet, pero no los vimos nunca ni en la bahía de la Esperanza, ni en el canal de Orleans, ni aun en las islas de Shetland Meridional.

El pájaro bobo adelie *(pygoscelis adelie)*, que también es una especie característica antártica, tenía su residencia en la parte del territorio más bloqueado por el hielo flotante. Unicamente así se puede comprender que todos sus lugares de incubación se hallen alrededor del golfo del Erebus (islas de Seymour, de Cockburn, del Diablo, de Paulet y bahía de la Esperanza). En el canal de Orleans y en la isla de Shetland Meridional, substituye á esta especie otra semejante *(pygoscelis antartica)*, que prefiere estas costas relativamente libres de hielo, en armonía con la fauna que existe más al norte, y que se encuentra en las islas de Falkland y en la Georgia del Sur.

La cuarta especie *(pygoscelis papua)* era bastante común en la isla de Nelson; incuba, según Racovitza, en el canal de Gerlache, y se encuentra en la bahía de la Esperanza junto con el pájaro adelie. No encontramos ningún ejemplar en el golfo del Erebus ni en el territorio de Seymour, donde únicamente vieron algunos nuestros compañeros de la estación invernal. Esta especie ocupa, por lo tanto, dentro del territorio que exploramos, una extensión completamente opuesta á la que habita el pájaro bobo imperial.



Pájaro gigante procelario matando un pequeño adelie.

En la bahía de la Esperanza incuban, como ya dijimos más arriba, dos clases de pinguinos, el adelie y el papua. De estos el primero es el más importante, porque su número puede calcularse con seguridad, cuando menos, por centenares de miles, mientras que los papuas se cuentan, á lo sumo, por miles. Entre las dos clases hay también la diferencia de que el pájaro bobo papua incuba tan sólo en puntos bajos y cerca de las costas, mientras que el adelie se encuentra en todas partes donde puedan incubar, desde las bajas lomas de las orillas del mar hasta las elevaciones de más de cien metros. Todo el territorio de pequeñas lomas, fuera de una línea trazada entre los dos puntos que en el mapa corresponden á 100 y 119 metros como mínimo, estaba ocupado por pájaros bobos adelie.

En nutridos grupos habitan las lomas de canchales y de montaña, pero huyen de los sitios bajos donde la nieve permanece mucho tiempo y el campo se conserva húmedo hasta muy adelantado el verano. Incluso sobre la alta meseta de más de cien metros, al norte de la montaña Flora, incubaban buen número de estas resistentes aves. Este grupo tenía que hacer un camino de unos dos kilómetros para ir y volver de la orilla; sobre el hielo del lago pasaba casi sin interrupción una doble hilera de pájaros, ascendente una y descendente la otra. Desde nuestro campamento veíamos caminar afanosos por la llanura á los infatigables enanos, que trepaban después por el declive de nieve alto y escarpado hasta la meseta.

Aparte de estas dos clases que incubaban allí, vimos algunos ejemplares de dos especies distintas que aparecían como de paso.

Un día de enero observé durante una excursión geo-

lógica, bastante lejos, hacia la montaña Flora, en medio de un grupo de adelies, un pájaro bobo desconocido para mí, el cual, según mi descripción en el diario, tenía plumas de color de oro en la cabeza y un pronunciado pico que recuerda el macaroso, ave palmípeda de Europa, Asia y América. Cuando volví para coger este extraño animal ya había desaparecido. Era seguramente una especie de los catártidos. De vez en cuando aparecía cerca de la orilla, junto al campamento, algún pájaro bobo antártico distinto de los que allí habitaban, y era interesante observar cómo esta especie más pequeña paseaba altanera y retadora entre los grupos indígenas.

Viviendo continuamente entre pinguinos, tuvimos ocasión de estudiar con mayor detención que pudieran hacerlo otros observadores antes que nosotros, las costumbres de este género de colonias antárticas. Aunque estudiamos solamente su período en su vida veraniega, fué precisamente el más característico, pues cuando llegamos comenzaba la puesta de huevos y la incubación. Además, por medio de algunas observaciones realizadas en otros lugares, pudimos formarnos una idea respecto á sus demás costumbres.

Como veremos luego, entre la vida invernal de las dos clases de pájaros bobos, existe la diferencia de que el pájaro adelie emigra antes de la entrada del invierno de su lugar de incubación, mientras que los papuas se quedan durante todo el invierno en las proximidades de la bahía de la Esperanza, de modo que, aun cuando el hielo se disgregue, van y vienen nadando en pequeños grupos.

Es, pues, únicamente el pájaro adelie el que emprende verdaderos viajes. Cuando, acompañado de Bodman,

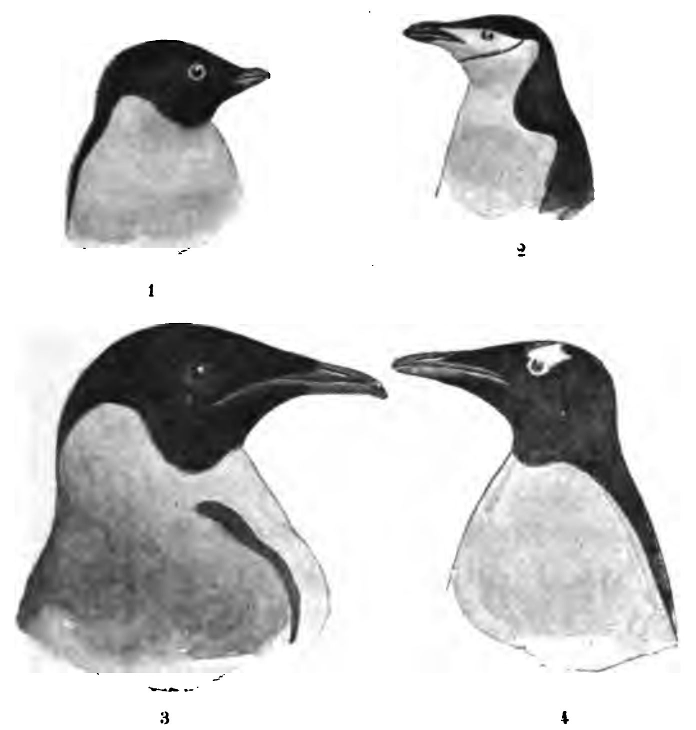
el 21 de octubre de 1903, visité la pequeña colonia del nordeste de la isla de Cockburn, habían llegado solamente cierto número de pájaros bobos; doce días después, cuando volví en compañía de Nordenskjöld, la colonia estaba completa. En la isla de Paulet presentáronse los pájaros bobos, según relación de K. A. Andersson, entre el 15 y el 25 de octubre.

El año anterior (es decir, el de nuestro arribo á la bahía de la Esperanza) comenzó tarde la primavera, después de un invierno extraordinariamente crudo, retardándose por este motivo la aparición de los pinguinos. Los nidos de estas aves son muy sencillos. Muchas especies escarban hoyos profundos en tierra, en los cuales depositan sus huevos. Cada nido pertenece á una pareja, y el macho y la hembra permanecen siempre juntos, de tal modo, que cuando la hembra sale en busca de alimento, el macho se encarga de incubar los huevos, que de este modo no quedan jamás abandonados, precaución necesaria, porque estas aves muestran gran tendencia á robárselos unas á otras; así, sucede que á veces en un mismo nido se encuentran polluelos de diversas especies. Los huevos, por su forma y tamaño, se asemejan mucho á los de los gansos y están cubiertos de manchas irregulares pardas sobre fondo verdoso.

Cuando desembarcamos en la bahía de la Esperanza, había ya pasado la época de aparearse. Sucedía, con todo, aun después que los polluelos eran crecidos, que las parejas por lo general no se desunían.

Durante nuestras exploraciones entre las colonias antárticas del canal de Orleans, á fines de noviembre y primeros de diciembre de 1902, encontrábanse en cambio, aun sin aparear, las aves de esta especie.

A últimos de diciembre, la colonia de pinguinos de la bahía de la Esperanza tenían ya polluelos, tanto los papuas como los adelie; los primeros muy pequeños todavía. Era, pues, notable la diferencia de tiempo que



Pájaros bobos antárticos.

1 Pygoscelis Adelie.
2 » antártica.
3 Pájaro bobo imperial (Aptenodytes Forsteri).
4 Pygoscelis Papua.

Poco más ó menos 1/5 de su tamaño natural.

mediaba entre la incubación de las dos especies, y debemos anotar que el desarrollo de los polluelos de la especie adelie (desde el comienzo hasta el fin de la incubación) se verifica un mes antes que los de la raza papua.

Cuando el 13 de enero volvimos á la bahía de la Es-

peranza, estaban ya los polluelos de las dos especies bastante desarrollados. Las crías de los papuas encontrábanse todavía dentro del nido, y cada nido estaba guarnecido de una gran corona de blancos excrementos.

Las lomas, donde los pájaros adelie incubaban en numerosos grupos, se cubrieron de una capa de guano depositado sobre otra de color encarnado vivo.

Alrededor de nuestro campamento incubaban multitud de pinguinos: pequeños grupos de adelies pululaban por las lomas roquizas, al norte y nordeste de nuestra vivienda; los nidos más próximos de papuas estaban á pocos metros de nosotros. En este momento no necesito más que cerrar los ojos para recordar el confuso alboroto que producían, el rudo graznido de los adelies mayores, el chillido de los pequeños y, de cuando en cuando, el fuerte y continuado grito de algún papua dominando la espantosa gritería.

Nuestra tienda grande estaba amarrada con varias cuerdas muy largas, tendidas á poca altura del suelo, que la sujetaban á unos bloques de piedra fijos en la tierra. Cuando los pájaros adelies pasaban junto á la tienda con la cabeza baja mirando al suelo, tropezaban invariablemente con las cuerdas, haciendo oscilar el pabellón con el choque, y era tal la torpeza de estas aves, que para poder pasar comenzaban á golpear con las patas y las alas, pero nunca se les ocurría pasar por debajo de las cuerdas. Recuerdo que algunos, al tropezar con el obstáculo, volvían sus pasos con grotesca seriedad dirigiendo su marcha al lugar de incubación por otra ruta.

Los pájaros adelie eran los menos sociables. Cuando íbamos al lago en busca de agua y nos veíamos obligados á pasar entre numerosos grupos de esta especie, revol-

víanse los mayores contra nosotros. Demostraban su descontento al vernos erizando las plumas de la cabeza y dando furiosos graznidos, lo cual nos producía un efecto cómico indescriptible. Algunos más batalladores y atrevidos nos atacaban arrojándose contra nuestras piernas, pero bien pronto abandonaban su presa en cuanto se les amagaba con un puntapié, que cuando lo recibían en el pecho les hacía salir dando tumbos.

A veces se levantaban inmediatamente y nos acometían de nuevo, poseídos de mayor cólera, pero otro puntapié bien administrado bastaba generalmente para que se acobardasen, y entonces se marchaban á buen paso parándose lejos, desde donde nos miraban asustados lanzando un débil ronquido.

Los pájaros papuas son más sociables; su paso es vacilante y flemático, y se apartan del intruso sin oponer la menor resistencia.

Tienen los pájaros bobos otro medio de locomoción en tierra, que emplean con preferencia donde el campo está cubierto de hielo. Acuéstanse sobre el vientre, y empujando con las patas, si el camino está en declive, se dejan deslizar muy deprisa; en terreno llano se ayudan también con las alas. En muchas pendientes de hielo habían trazado los pájaros adelie un verdadero camino de trineo, por donde bajaban con rapidez sin igual uno tras otro.

En el agua se mueven con extraordinaria agilidad; emplean las alas como remos y las patas como timón. Nadan muy sumergidos en el agua, y salen de ella dando un salto en el aire. Cuando llegan reunidos en pequeños grupos saltando, no parecen pájaros, se asemejan más bien entonces, por sus movimientos, á los delfines. Tie-

nen tal agilidad para salir del agua, que á veces saltan á la altura de un metro. A veces, sin embargo, no miden bien la distancia y vuelven á caer en el agua, pero repiten su intento hasta que alcanzan la orilla por escabrosa que sea.

En tierra viven los pinguinos seguros y tranquilos, porque no existe allí otro animal que se atreva á atacarles. Pero en el mar tienen un enemigo fuerte y hábil. Algunas veces observamos, cerca de la orilla, cómo una foca sacudía cogido con la boca un pájaro bobo ensangrentado. Lo tiraba al aire cogiéndolo de nuevo, del mismo modo que lo hacen los gatos con los ratones después de muertos.

Las dos especies de pájaros de que aquí tratamos se alimentan según parece exclusivamente de cangrejos, que abundan en las capas superiores del agua *(euphansia)*. Comprobé esto en un pájaro adelie que acababa de salir del agua y parecía extraordinariamente repleto. El estómago formaba un cuerpo relleno muy dilatado de unos veinte centímetros de longitud y ocho de diámetro. En la parte superior, cerca del esófago, estaban los cangrejos bastante triturados, pero, aun así, conservando su forma natural. La parte inferior, cerca del píloro, estaba, en cambio, llena de una masa parecida á gachas, en la cual solamente podíase distinguir los brillantes ojos de los cangrejos.

Cuando los pinguinos de vuelta del mar se acercan á los polluelos (el pájaro adelie tiene uno ó dos y el papua de uno á tres) no empiezan en seguida á alimentarlos. Los polluelos tienden sus picos hacia los padres lanzando chillidos, pero estos entonces dan un salto y huyen hacia la orilla seguidos de cerca por ellos. A veces se vuelven



Andersson, provisto de patines para nieve, corre á anunciar á Grunden la llegada de socorros.

de repente y corren hacia otro lugar. Las crías tropiezan y caen, mas luego siguen nuevamente detrás de ellos. Por último, se detiene el padre para darles de comer. El polluelo mete su pico en el de los padres, y éstos, mediante una contracción, sacan una bola de cangrejos muy prensados que los hijuelos tragan con voracidad. No pude comprender el objeto de las correrías de los padres antes de alimentar á sus crías.

Por todas partes, en aquellos lugares, se ven pájaros huidos que casi siempre acaban por pararse para alimentar á sus polluelos. A menudo obsérvase que alguno de éstos, más resistente en seguir, acude el primero, recibiendo mayor participación en la comida. Los rezagados, que son los más pequeños y raquíticos, se llevan la peor parte, mientras los otros se alejan con el buche lleno que arrastran como una bolsa entre las patas.

Durante la incubación viven en la bahía de la Esperanza diversas clases de pájaros como parásitos de la colonia. Merece citarse en primer lugar, entre éstos, el pájaro procelario gigantesco, *ossifraga gigantesca* (quebrantahuesos).

Estas aves no incubaban allí, pero visitaban en crecido número las proximidades de aquellos lugares, descansando en el declive de hielo terrestre cerca de la parte sur de la embocadura. Toda la agilidad que los procelarios despliegan cuando nadan por el mar, se convierte en pesadez y torpeza cuando están en tierra firme. Sus cortas patas parece que apenas puedan sostenerles cuando se adelantan con las alas extendidas.

Cierto día observé cómo un osífrago que reposaba en un descampado, cerca de un grupo de adelies, atacó á los polluelos de éstos valiéndose de la astucia. Esperaba

á que uno de ellos se separase del grupo siguiendo, como de costumbre, á los padres en busca de comida, y cuando le veía solo se levantaba con cautela, y tambaleándose con las alas desplegadas se encaminaba hacia él. El traidor cogía al desprevenido polluelo de los plumones, mas entonces, algunos pájaros mayores, advertidos, apresurábanse á acudir en su auxilio y le obligaban á abandonar su presa, llevándosele consigo. Entonces el osífrago se retiraba prudentemente, para situarse nuevamente en acecho.

Estas aves procelarias eran tan voraces y aviesas que en ocasiones invadían de repente los grupos de polluelos, que, llenos de temor, se reunían y procuraban escapar, hasta que los padres llegaban en su defensa. Por donde quiera que el pérfido procelario probara entonces introducirse, se encontraba con dos ó tres pinguinos grandes que, sin miedo alguno, le pisoteaban y ponían en vergonzosa fuga. Alguna vez les hacía frente con las alas desplegadas, pero acababan por hacerle retroceder á fuerza de picotazos.

Cuando comprendía que todas sus mañas eran infructuosas, se agachaba de nuevo acechando por todas partes. En cierta ocasión logró uno de ellos divisar, después de larga espera, á dos polluelos que corrían detrás de un pinguino de los más grandes. Dirigióse entonces el osífrago con las alas extendidas hacia uno de ellos, pasando primeramente á algunos metros de distancia para caer sobre él de improviso. Salió el pinguino padre á la defensa, pero inmediatamente el pajarraco acometió al otro polluelo y se lo llevó. Multitud de pájaros bobos se apresuraron á auxiliar á la víctima y no tardaron en obligarle á que la abandonara.

Pero, sin duda, el procelario estaba famélico y, tras repetidas embestidas, logró apoderarse nuevamente del polluelo, al que dejó tan mal parado, que ya no pudo escapar de sus garras. Cesaron entonces los ataques de los pájaros bobos, y el quebrantahuesos quedóse rodeado de cinco ó seis más que acudieron en espera del botín, mientras despedazaba al polluelo que batía aún sus rudimentarias alas inútilmente.

Los procelarios que habían acudido disputáronse los restos de la víctima, pues como eran osífragos más pequeños, no podían por sí solos matar á los polluelos, y se aprovechaban de cuanto no querían los demás.

Esperando en las cercanías á que llegase su turno para tomar parte en la comida, vimos una gaviota *(larus dominicanus)* y una pareja de grandes megalestris; también revoloteaba por allí una paloma marina *(chionis alba)*, que, más atrevida, tomaba ligeramente su parte hurtándola á los otros.

Estas palomas marinas buscan cuidadosamente su alimento escarbando entre el excremento de los pájaros bobos, donde recogen pedacillos de cangrejos que aquellos desperdician al dar de comer á sus polluelos. Aprovechan también la baja marea en la orilla para buscar pequeños crustáceos (anfípodos).

Cuando hicimos provisión de huevos de pájaros bobos en el canal de Orleans, observamos que las palomas marinas eran también muy aficionadas á esta clase de alimento. Dos cubas llenas de huevos que dejamos un rato abandonadas en el campo, viéronse inmediatamente rodeadas por infinidad de palomas de esta clase, que la emprendieron á picotazos con ellos.

A fines de enero empezó la muda de los jóvenes ade-

lie; su feísimo plumaje gris obscuro se desprendió primero del vientre, luego del dorso, hasta que por fin quedábales un ridículo plumón alrededor de la cabeza. El polluelo se transformaba entonces en un ave esbelta y fina, cuyo matiz de colores se parecía al de los padres, á excepción



Pájaros bobos adelie.—Bahía de la Esperanza.

del collar blanco, que en los padres es negro (véase el grabado, página 269).

Racovitza, que nunca había visto pájaros adelie incubando, sino solamente fuera en el hielo flotante, supuso que había dos clases: una con la garganta negra y la otra con la garganta blanca. Ya por la expedición de Borchgrevinks se averiguó, sin embargo, que la diferencia de color caracterizaba la edad de los pinguinos. Pudimos calcular que hasta el año no se verifica este cambio de color.

Durante el mes de febrero tuvimos ocasión de observar pequeños grupos de pájaros jóvenes del año anterior,

bajo cuyo plumaje de la garganta apuntaban ya las plumas blancas de la muda. La mayor parte de esta clase de aves, particularmente las de la especie adelie, mudan de pluma seguramente fuera, en el hielo flotante. Durante la muda, mostraban los pájaros jóvenes marcada vivacidad. Saltaban continuamente, piando y batiendo las alas con rapidez, pudiendo contarse por miles los que estaban reunidos en nutridos grupos. Quizás su incesante movimiento tuviera por objeto acelerar la caída del plumaje, ó fuera tan sólo demostración del nuevo vigor que les animaba.

El 9 de febrero vi por vez primera cómo se organizaba una verdadera expedición de pájaros, que se encaminaban hacia el mar después de la muda. Cuando la baja marea hubo terminado, reunióse un grupo de unos doscientos sobre un lugar seco cubiertó de rocas. A la cabeza iba un pájaro viejo que se arrojó al agua, siguiéndole en seguida en grupos todos los demás. Surcaban el agua los novicios como perfectos nadadores, y hasta de vez en cuando se permitían algunos ensayos para saltar sobre el agua, como lo hacían los viejos. Graznando continuamente, nadaron hasta un gran bloque de hielo que por su baja superficie ofrecía un excelente lugar de descanso.

A mediados de febrero desaparecieron definitivamente los pájaros viejos adelie, y el 24 de dicho mes habían emigrado al mar también casi todos los jóvenes. Unicamente quedáronse entre las rocas algunos pequeños grupos que aun mudaban las plumas, en su mayor parte los que habían nacido el año anterior.

Infinidad de polluelos papuas, durante este tiempo, habían también cambiado su plumaje, que tenía ya el

mismo color que los mayores. La única diferencia digna de mención que los distinguía era la garganta blanca; faltábales todavía la raya blanca en la parte superior de la cabeza. Al mudar el plumaje por completo se les marcaba dicha raya y se les obscurecía el plumón de la garganta.

Esta especie se diferencia de la *pygoscelis adelie*, en que los pájaros jóvenes adquieren, á la primera muda, de una vez, su plumaje definitivo. El 11 de marzo aun daban de comer á sus polluelos los pájaros papuas, y el 29 del mismo mes habían desaparecido la mayor parte, quedando sólo algunos al abrigo de las rocas, esperando la muda para lanzarse al mar.

El 28 de abril habían desaparecido todos los pájaros bobos, y el mismo día observamos un grupo de osífragos de la especie *pagodroma nivea*, que revoloteaban sobre la bahía. Estos pájaros no los habíamos visto durante el verano, aunque incubaban en la isla del Uruguay en la parte sur del estrecho del «Antártico». Parecía como si los últimos días de invierno los hubiesen hecho emigrar hacia el norte en busca de agua libre.

Los pájaros bobos adelie y las gaviotas habían desaparecido completamente durante el invierno; mas cuando el hielo se derritió cerca de la tierra, vinieron de paso pequeños grupos papuas, y el 15 de agosto paseábase uno de éstos por la techumbre de nuestra choza.

Vimos también algunos cormoranes *(phalacrocorax)*, que pescaban de vez en cuando á corta distancia de nosotros, á medida que el agua libre se iba acercando. Alguna que otra gaviota y contados osífragos gigantescos veíanse á menudo en las proximidades de nuestra vivienda de invierno.

Pero nuestros compañeros más fieles eran ciertamente las palomitas de mar. Un reducido grupo de media docena nos hizo compañía durante todo el invierno. Se comían los desperdicios que tirábamos, y á veces las veíamos sucias de hollín hasta la cabeza, por el contacto



Polluelos adelie en la muda.—Islas de Seymour.

con las barreduras que esparcíamos por el suelo, donde escarbaban continuamente.

Cuando, durante las obscuras noches, recogíamos nieve para los usos domésticos, saltaban alegremente alrededor nuestro, y durante las tempestades, los días que no podíamos salir, oíamos á menudo cómo picaban sobre los cueros de foca extendidos sobre nuestra choza, como si quisieran darnos á entender que existen pequeños seres capaces de soportar los furiosos temporales mucho mejor que nosotros, reyes de la creación.



Capitán S. A. Duse.

CAPITULO XIII

Espera.—Edificamos una choza de invierno

Dónde se encontraba el «Antártico»?

¿Había encontrado, Larsen, un camino por la parte exterior de la isla de Joinville, ó había tropezado con el hielo compacto, obstáculo impenetrable para el buque?

Por lo visto, nadie había visitado el depósito mientras nosotros realizamos el viaje en trineo, pero si el camino del este no estaba cerrado, podíamos esperar tranquilamente que regresara el barco de un día á otro.

Tal vez llegaría mientras estuviésemos durmiendo, y Haslum, si fuera él quien desembarcara primero, tendría el placer de sorprendernos metiendo la cabeza por la abertura de nuestra tienda, dándonos los «buenos días».

Levantamos la tienda grande y nos instalamos en ella del mejor modo posible. La tienda pequeña del trineo debía servirnos para otros menesteres.

Una vez instalados decidimos distribuir las horas de otro modo, durmiendo de noche y trabajando de día. Entre las obscuras lomas sin nieve no había que temer la luz del sol, y á media noche comenzaba el crepúsculo que cada vez era de mayor duración. Duse hubiera podido efectuar allí importantes trabajos cartográficos, si no hubiésemos tenido la desgracia de perder la pequeña mesa de trabajo durante la tormenta de nieve del 9 al 11 de enero. Tuvo, pues, que contentarse con hacer un esbozo de mapa, el cual, no obstante, da una idea precisa de nuestros reducidos dominios, y á cuya ensenada, él mismo, más tarde, durante los encapotados días, cuando fijábamos nuestro pensamiento en un porvenir más halagüeño que levantaba nuestro abatimiento, dió el nombre de bahía de la Esperanza.

Además, Duse se dedicó á estudiar las costumbres de las aves que pululaban alrededor de nuestra vivienda. Acompañado de Grunden dedicóse á cazar gaviotas dominicanas y blancos osífragos. Con sin igual maestría arregló muchos fardos de pieles de pájaros bobos, las cuales pensaba llevarme á casa como recuerdo de tan largos días de espera. No llegué á utilizarlas para tapizar las paredes de mi querida casa de Suecia, porque hubimos de aprovecharlas para otros usos domésticos antes de abandonar aquellos desiertos.

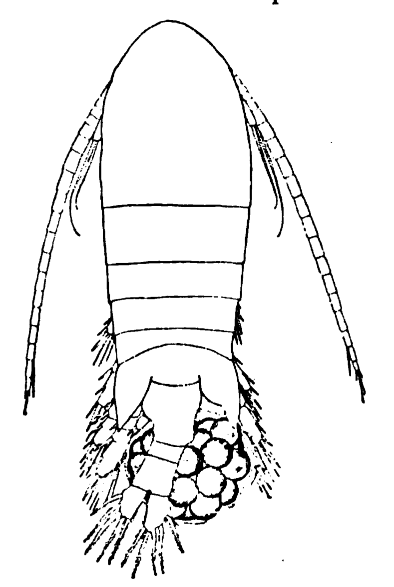
Tuve la suerte de hacer en seguida raros hallazgos zoológicos y geológicos, los cuales durante las primeras semanas me dieron bastante trabajo. Ya cuando por primera vez me encaminé al pequeño lago en busca de agua vi en él numerosos ejemplares de un diminuto animal cangrejero *(copépodo)*, que fué el primero de esta clase que observamos en el territorio sudpolar propiamente dicho. No llevaba conmigo ninguna red, de modo que tuve que pescar los animalillos uno por uno con un cucharón. El pequeño tubo que contenía los cangrejeros era verdaderamente curioso y lo guardamos cuidadosamente en nuestra obscura vivienda de invierno, y luego lo llevamos con nosotros cuando hicimos el viaje en trineo á Snow-Hill.

Estos *copépodos* fueron examinados más tarde por el doctor Sven Ekman, quien averiguó que pertenecían á la especie ya conocida en la América del Sur, Australia y en la isla de Kergelen, con el nombre de *boeckella,* y que se parece singularmente á otra especie patagónica clasificada por B. Entzii.

Yo, al día siguiente de nuestro regreso del viaje en trineo, encontré en mi primera excursión geológica, en un bloque de piedra, un ejemplar algo confuso de una aspidia petrificada. Este hallazgo me animó á seguir mis exploraciones, y bien pronto reuní en la tienda una pequeña colección de piedras con abundantes impresiones de aspidias cicádeas y coníferas. Entonces me convencí de que había descubierto la flora fósil de la época jurásica, que constituía una completa novedad para el estudio del territorio sudpolar y de suma importancia para el conocimiento del clima prehistórico de la tierra.

Los días transcurrían lentamente y anhelábamos en-

contrar nuevos restos de vegetales petrificados. Pero las marchas sobre aquellas lomas cubiertas de puntiagudas piedras deterioraban notablemente nuestros zapatos, á pesar de que, cuando dejamos el buque, habían sido remendados con fuertes suelas sólidamente claveteadas. Entonces me acordé de una frase que se le ocurrió á mi

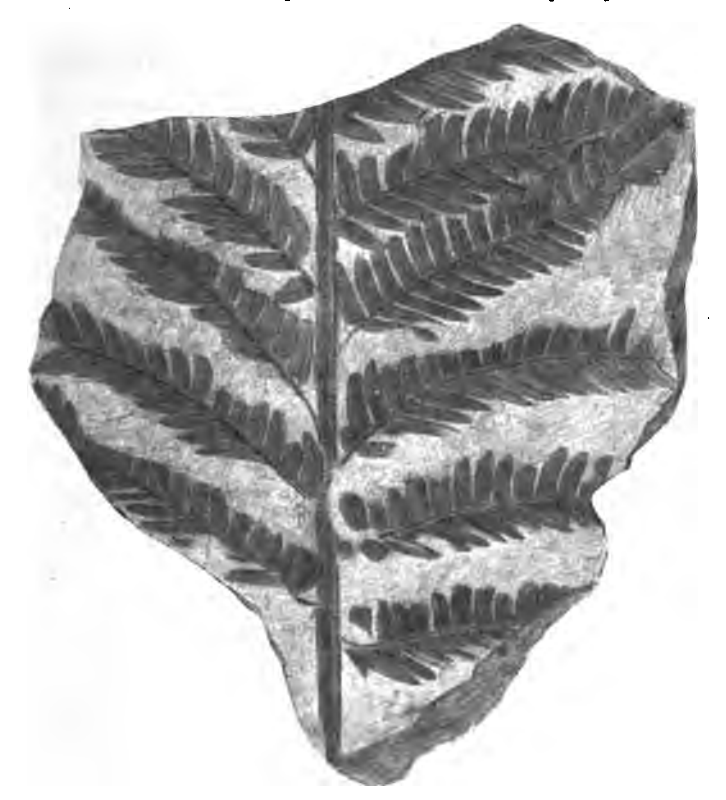


Boeckella vista al microscopio.—Bahía de la Esperanza.

antiguo amigo Koltkoff, durante la expedición al Polo Norte de 1898, cuando trabajábamos en un estéril territorio: «—Esto es como andar sobre un montón de botellas rotas.»

Las medias suelas y tacones pronto se echaron á perder por completo, las alzas llenáronse de agujeros y se desprendieron del cuero. Durante las excursiones geológicas gasté mis zapatos más pronto que mis compañeros, pero á últimos de febrero estábamos los tres medio descalzos.

Durante la construcción de nuestra vivienda de invierno andábamos con las suelas agujereadas, y la nieve y el frío penetraban á través de las medias sucias y gastadas, helándonos los pies. Para no tener que pisar con



Cladophlebis.
De la flora jurásica en la bahía de la Esperanza.—½ de su tamaño natural.

el pie desnudo, cada mañana nos atábamos con cordeles á los tobillos plantillas de cuero de foca.

No dejaba de ser cómico el detalle de que pronto podríamos cortarnos las uñas de los pies sin necesidad de descalzarnos. La broma quizá parezca algo pesada, pero hay que tener en cuenta que nuestra situación no tenía

nada de ligera. Era de todas maneras un pequeño detalle de nuestro período calamitoso.

A cada momento esperábamos el regreso del «Antártico». Cuando el 31 de enero salimos para hacer una excursión hacia el ventisquero del valle, dejamos en el campamento un escrito indicando el lugar adonde nos dirigíamos por si llegaban los compañeros durante nuestra ausencia.

Otro día, al regresar á la tienda después de una excursión que verifiqué para recoger fósiles, caminaba entre una neblina muy espesa que se extendía sobre el estrecho, cuando de repente observé algo que me obligó á pararme. Entre el tupido velo de la niebla creí ver la silueta tan conocida del «Antártico»: era su mismo casco y sus altos mástiles. Pero en seguida se espesó de nuevo la neblina y el buque desapareció ante mi vista. Corrí hacia el campamento para avisar á mis compañeros, y lo hice con tanta solemnidad, que se quedaron buen rato parados conmigo sobre una pequeña loma, cerca del campamento, mirando inútilmente, en espera de que pudiésemos ver algo.

Por último, cansados y perdida la esperanza, entramos en la tienda para preparar la comida. Mientras tanto la niebla se fué despejando, y entonces nos convencimos de mi equivocación. Lo que me había parecido entre la densa niebla tan claro como el «Antártico», era únicamente el perfil borroso de una gran montaña de hielo en forma de bancal, que se hallaba fuera del estrecho delante de nuestra bahía. A menudo subíamos sobre el hielo de tierra interior, donde gozábamos de una extensa vista, tanto hacia el norte por la parte del estrecho de Bransfield, como hacia el sur en el interior del golfo.

El estrecho del «Antártico» se limpió de hielo durante el mes de enero, de modo que á primeros de febrero estaba casi despejado hasta cerca de la isla de Rosamel, pero á la entrada del golfo cambió de repente el estado del mar. El 30 de enero, así como el 3 y el 6 de febrero, encontrábase la isla de Rosamel rodeada de agua libre, extendiéndose en ancha faja hacia el golfo; mas el día 10, el 17 y el 20 de febrero, estaba la parte meridional del estrecho nuevamente llena de hielo compacto, que el 23 volvió á desaparecer, avanzando las aguas como antes en dirección al golfo.

El 3 de marzo volvió Grunden de su paseo hacia la tierra interior, con la noticia de que, hacia el golfo, por lo que él pudo ver, no había hielo alguno; mas diez días después habíase formado otra vez en la parte meridional del estrecho. Probablemente se producían estos repetidos cambios alrededor de la isla de Rosamel, por la presencia de nuevas masas de hielo, procedentes del estrecho del «Antártico» y arrastradas desde el golfo durante la notable disgregación que en él se había verificado (*).

A cada cambio del hielo flotante variaban nuestras conjeturas sobre la suerte del «Antártico.» ¿Habría tenido que retroceder forzosamente en su camino, ó vendría victorioso y empavesado del sur, con Nordenskjöld y sus compañeros á bordo, en busca nuestra? Desde las lomas del campamento vimos á veces dibujarse extrañas siluetas hacia la isla de Urville. Había allí numerosos glaciares, cuya posición cambiaba con el viento y las corrientes.

(*) En esta relación hay que advertir que al acabar el mes de febrero perdimos el cálculo de fecha. No teníamos almanaque y no pudimos ponernos de acuerdo si el 1903 era ó no bisiesto. Sin embargo, con el objeto de contar con un día más, aguardando al «Antártico», *votamos* que era bisiesto. Los datos que se consignan aquí están ya corregidos.

Cuando la niebla variaba de densidad, se elevaba ó desaparecía, divisábanse sombras y reflejos del sol que corrían sobre las masas de hielo, fingiendo materialmente la forma de un buque que venía hacia nuestro refugio.

A pesar de todas nuestras ilusiones transcurrieron los días y las semanas sin que regresara el «Antártico». Obligados á invernar en aquel inhospitalario territorio, pensamos seriamente en el porvenir. Contábamos solamente con las dos tiendas, que nos ofrecían insuficiente abrigo, y una cantidad escasa de provisiones. En estas circunstancias nos sorprendería el invierno polar, que se acercaba á pasos agigantados. Unicamente la Naturaleza debía proporcionarnos los más sencillos medios para conservar nuestras vidas: la comida y el combustible. En cuanto al plan de trabajo para la construcción de una cabaña de invierno estuvimos bien pronto de acuerdo. Construiríamos las paredes con bloques de piedra hasta la altura de un hombre, y para la techumbre emplearíamos las tablas del trineo y cuantas maderas pudiéramos utilizar como material de construcción.

El 11 de febrero empezamos ya la tarea de acarrear algunas piedras, más bien como pasatiempo y para encontrarnos más tarde con ese penoso trabajo realizado. Dos días después hizo Grunden unas parihuelas con dos palos de la tienda y algunos trozos de tablas, las cuales nos sirvieron, alternando dos de nosotros, para transportar los bloques de piedra que arrancábamos del campo inmediato, ya algo helado. El día 17 teníamos material suficiente para las paredes de más de un metro de espesor en su base y que iban aumentando de día en día su altura, rellenando los resquicios y aberturas con arena y



Otozamites.
De la flora jurásica en la bahía de la Esperanza.—Tamaño natural.

grava, que recogíamos cuando la baja marea dejaba en seco la playa.

Trabajábamos aún sin grandes prisas, y empleamos los últimos hermosos días de febrero en la caza de pájaros bobos. Pero á primeros de marzo fué para nosotros cuestión vital la terminación de la vivienda. Comenzamos entonces á economizar nuestros víveres, constituyendo principalmente nuestra alimentación la sopa de pinguino que condimentábamos con un poco de agua de mar para ahorrar nuestra escasa provisión de sal. La parte de magnesia que contenía el agua salada nos produjo al principio á los tres una pertinaz diarrea con todos los síntomas de cólico. El frío que se dejaba sentir las noches tempestuosas contribuyó también á agravar esta dolencia. A menudo teníamos que salir de nuestros sacos de dormir á medio vestir, arrostrando la ventisca y en la obscuridad.

Cada vez se nos hacía más penoso guarecernos en la tienda, sobre todo durante las formidables tempestades. Grunden, que era el «jefe de la tienda», estaba continuamente atareado en afianzarla con grandes bloques de piedra, para evitar el peligro de que nuestro alojamiento durante una noche obscura y tempestuosa se deshiciese y fuese arrebatada al mar, cuya orilla estaba tan sólo algunas veintenas de metros de nosotros. Cada mañana tenía Grunden que echar mano de la aguja de coser para zurcir los agujeros producidos por el viento en la lona de la tienda. La parte que tocaba al suelo estaba completamente deshecha, y después de una noche tempestuosa, á veces encontrábamos sobre los sacos de dormir una capa de nieve que había penetrado con el viento.

Teníamos materialmente encima el invierno. El to-

rrente que nos proveía de agua se había secado, cubriéndose el lago de hielo, de modo que á fuerza de trabajo pudimos mantener abierta una pequeña brecha. Las rociadas de las olas que, durante las tempestades, avanzaban en torno de las rocas de la orilla, formaron una espesa capa de hielo que en algunas partes llegaba á bastantes metros, formando un blanco borde en la playa.

Todo este tiempo, antes de terminar la choza, fué el más penoso que atravesamos durante la invernada. Molestados por constantes desarreglos gástricos y expuestos continuamente á que se rompiese del todo la tienda y nos encontráramos en medio de una tormenta de nieve á cielo raso, nos vimos obligados á redoblar nuestros esfuerzos para lograr cuanto antes un techo más seguro.

El 6 de marzo llenóse la casa de nieve, mas el día siguiente conseguimos limpiarla mientras continuaba la tempestad. El día 8 soplaba un fuerte vendaval, pero había cesado el torbellino de nieve; el día 9 trabajamos arrostrando una tempestad que aumentaba por grados, pero al día siguiente arreció tanto, que nos vimos obligados á suspender nuestros trabajos. Durante el día 11 amainó la tempestad; colocamos entonces el trineo sobre las paredes construidas, á guisa de caballete, y dimos comienzo á la construcción del techado.

El día 12 lo invertimos también trabajando precipitadamente. Duse confeccionó una especie de alfombra con pieles de pájaros bobos para colocarla en el suelo con objeto de que aislase el helado pavimento. Grunden remendó el viejo toldo del buque, que debía servirnos de techo, y yo barría entre tanto la nieve que había penetrado en la casa, sirviéndome de escoba una ala de pájaro procelario gigantesco.

Luego nos ayudamos mutuamente para afianzar el maderamen del tejado, el cual, además del trineo, se componía de tres largos palos, un par de listones para patines, dos tablas grandes y toda clase de fondos y duelas de un barril de pan que vaciamos y rompimos para tal objeto. Cuando todo estuvo listo colocamos el toldo del techo, que amarramos á grandes bloques de piedra, asegurándolo además sólidamente á las paredes.

Era de noche, sin que nos hubiera quedado tiempo de pensar en las exigencias de nuestros estómagos. Hicimos entonces una comida extraordinaria que remojamos dignamente para celebrar nuestro triunfo. Por fin, contábamos con un alojamiento relativamente confortable contra los rigores de las tempestades.

El plazo del regreso del «Antártico» había expirado ya, pero abrigábamos aún una débil esperanza de que llegase en nuestro auxilio. De todas maneras, nuestra situación no era ya tan desesperada desde el momento que podíamos hacer frente, con más medios de defensa, al ingrato clima invernal antártico.

La primera noche pasada en la cabaña dormimos profunda y tranquilamente, sirviéndonos de gran alivio después de las angustiosas vigilias que habíamos pasado en la insegura tienda, amenazados constantemente por los furiosos temporales.

Nos habíamos instalado en la choza, pero faltaba aún bastante para que estuviera lista del todo. La entrada era tan sólo provisional durante las primeras semanas, habiéndola tapado con un cuero de foca y un cofre de madera; entre las junturas se filtraba la nieve en abundancia, y á través de innumerables rendijas de las paredes de piedra pasaba libremente el viento y el agua. Nuestro

primer cuidado fué entonces la construcción de un pasillo á manera de antesala, como hacen los esquimales en sus chozas de invierno. Hicímoslo en forma acodada, y así nos ofrecía dos ventajas: ahorrábamos material de construcción, que entonces era más difícil de conseguir, é



Campamento de espera.

impedíamos que el viento entrase directamente cuando se establecía comunicación con el exterior.

Este corredor se cubrió con el toldo de la tienda que llevábamos para viajes en trineo, y la misma abertura exterior, que era ahora la puerta, se dispuso del modo siguiente: para nivelar el umbral, que resultaba un poco más bajo que el piso de la cabaña, utilizamos la caja donde habíamos llevado las latas de petróleo destinadas al viaje en trineo. Las jambas de la puerta se formaron con dos cajas llenas de fósiles colocadas á ambos lados del umbral (los dos rectángulos negros del dibujo, página 297). Sobre ellas instalamos una tercera caja de fósiles

que servía de dintel, revistiendo el conjunto con piedras adosadas. El hueco de acceso que resultaba de este modo era un cuadrado de unos setenta centímetros de lado. No podíamos, pues, pasar derechos; había que salir de la cabaña rastreando con toda clase de precauciones, mientras que, cuando teníamos que entrar, debíamos ponernos de rodillas y penetrar así de espaldas hasta dentro. De las tapas de dos cajas de fósiles hizo Duse una puerta que se adaptaba perfectamente á la abertura. Colocámosla de modo que se abriese hacia el interior del pasillo, montada sobre estrechos listones clavados en las cajas; cerrábase por dentro con una clavija de madera. Como se ve, todo estaba construído con la mayor sencillez y del modo más práctico posible.

Era necesario que la puerta girase hacia adentro en previsión de las copiosas nevadas, que impedirían abrirla en sentido contrario. De esta manera bastaría despejar de nieve el umbral, cuando hubiésemos de salir. Más tarde se formó ante la puerta una verdadera pared de nieve, de modo que teníamos la comodidad de recoger la necesaria para derretir en la cocina sin molestarnos en salir de casa.

Tomadas todas estas precauciones, aunque nos viésemos bloqueados por la nieve, podríamos continuar dentro de la vivienda sin privarnos de lo más necesario.

Cerca del umbral *(a*, en el dibujo de la página 297) dejamos una excavación al construir la pared *(b)*. Construímos ese foso primeramente para almacenar nieve limpia de la cual podríamos obtener el agua necesaria durante los días borrascosos, sin necesidad de salir á la intemperie. Esta idea tenía su fundamento cuando estábamos construyendo el corredor, porque entonces, du-

rante las tempestades otoñales que sobrevinieron, quedaba poca nieve en las inmediaciones de nuestra vivienda. Más adelante vimos, sin embargo, como he indicado, que este depósito de nieve sobraba; pero tuvo otro èmpleo sumamente práctico: lo destinamos para almacén de carne y grasa.

Tan pronto como se despejó el tiempo, después de una tormenta de nieve, nos cuidamos ante todo de aprovisionar este depósito en previsión de otro temporal, que no tardaría mucho en estallar.

En el recodo del pasillo habilitamos un hueco aislado en forma de nicho que empleamos como *water-closet*. Vacilamos antes de emprender esta construcción, que entonces no nos parecía indispensable, pero más adelante pudimos convencernos de su gran utilidad durante el invierno, cuando, á veces, nos hallamos incomunicados con el exterior una semana entera. Paso por alto las bromas á que dió lugar la instalación de este práctico departamento de nuestra cabaña.

Al final del pasillo, á la izquierda, y vaciando el muro, construímos la cocina, cuyo techo y salida de humos estaba formado con un par de bloques planos de piedra. En este mismo lugar excavamos hasta medio metro en el suelo con objeto de emplazar más fácilmente los dos hornillos de que disponíamos. Delante de este hogar hallábase, cerrando en parte la entrada á la habitación común, un gran recipiente de lata *(e)* donde guardábamos parte de nuestros víveres y formaba un lugar bastante abrigado para el cocinero.

Pasando por alto otros pequeños detalles de instalación fuera de la entrada que daba acceso á la cámara principal, daré una idea de cómo había quedado ésta

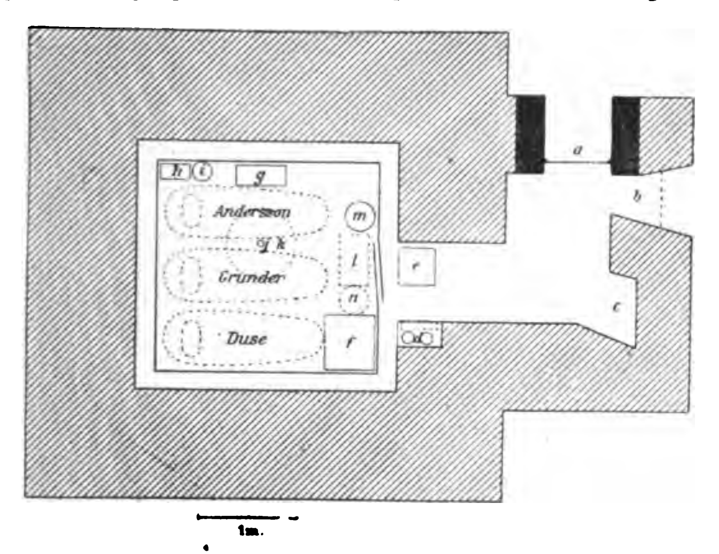
distribuída. Se ven varios objetos en ella, cuyo lugar siempre, día y noche, es el mismo, como, por ejemplo, la caja abierta *(f)* destinada á guardar diferentes utensilios de cocina, almacenar viandas, etc.; otro *(g)* para ropas y efectos, dos cajas pequeñas *(h)*, la damajuana de petróleo *(i)* y el palo de la tienda *(j)*, que afianzaba el trineo, evitando que se hundiera el techo por el peso de la nieve que más tarde llegó á ser excesivo. Una tabla redonda *(k)* que corría á lo largo del palo central y que podía subirse hasta el techo ó regular su altura, nos servía de mesa los días que enrollábamos los sacos de dormir y nos poníamos á trabajar sentados en torno de ella (véase el dibujo citado).

La posición de los sacos de dormir, cuando los utilizábamos, se indica en el plano correspondiente. Cuando no se utilizaban, los enrollábamos y se dejaban uno al lado de otro á lo largo de la pared del fondo. Una caja *(l)* que siempre andaba de un lado para otro, la colocábamos durante la noche delante de la abertura de la tienda. Cuando estábamos levantados, servía de asiento para alguno de nosotros, y no pocas veces nos servía de mesa para diferentes menesteres.

La parte superior *(m)* del aparato de cocina que no estaba en uso durante el invierno, se destinaba para poner cacerolas con viandas calientes, donde se iban enfriando paulatinamente. La parte inferior *(n)* servía de día como silla y por la noche como lugar incombustible para colocar la lámpara encendida. Como se ve, utilizábamos lo mejor posible hasta los objetos más insignificantes que poseíamos. Pedazos de cuerda, pequeños trozos de madera, hasta las latas vacías de conservas nos servían para algo en ocasiones.

Nuestro nuevo alojamiento no podía ser, por lo tanto, más diferente del que teníamos en la tienda á merced de los elementos. Pero nuestra satisfacción no resultó completa.

Aunque habíamos rellenado con muchos sacos de casquijo de la playa y algas secas los intersticios de las piedras superpuestas, habían quedado, sin embargo, en



Choza de invierno en la bahía de la Esperanza.

a entrada, *b* sitio destinado para guardar la grasa y la carne, *c* Water Closet, *d* cocina, *e* asiento del cocinero, *f* despensa, *g* caja de provisiones, *h* cajones pequeños, *i* damajuana del petróleo, *j* palo de la tienda, *k* mesa, *l* baul mundo de madera, *m* y *n* orificios de ventilación.

Los objetos (sacos de dormir, etc.), cuyo sitio variaba día y noche, van indicados con líneas de puntos.

los muros numerosas aberturas por las cuales pasaba el viento y la nieve.

Habíamos inaugurado nuestra cabaña el 12 de marzo, y á los dos días de estar en ella, encontramos ya considerable cantidad de nieve en el suelo, que había penetrado

á través de las paredes de la tienda. Entonces tapamos con más algas todas las grietas visibles y cubrimos con nieve la parte exterior de las paredes. Pero el día 15 sobrevino una formidable borrasca de nieve que barrió toda esta cubierta y acumuló grandes masas de nieve sobre la techumbre que cedió bajo su peso. El día siguiente logramos con gran trabajo reparar los daños causados por la tempestad y cubrimos nuevamente las paredes exteriores con nieve mojada en agua de mar, que se transformó bien pronto en duro hielo.

Siguieron cuatro días tempestuosos, del 18 al 21 de marzo, después de los cuales tuvimos que revestir otra vez las paredes de la cabaña. El grabado correspondiente indica la cabaña tal como se encontraba entonces, con las paredes cubiertas de nieve y la entrada de la antecámara en construcción.

La tempestad destruía pronto nuestra obra. El día 27 tuvimos que emplearnos de nuevo en esta faena, y el 30 encontramos otra vez las paredes muy agujereadas. En vista de esto, el primero de abril empezamos á cubrir la pared exterior por el lado que estaba al abrigo del viento, con un espeso talud de nieve formando pendiente. Tuvimos que traer la nieve en un cajón desde unos montones que se hallaban bastante lejos de la choza. Nuestro trabajo se hacía muy pesado y el viento destruía el talud á medida que lo construíamos. Parecía que todas las fuerzas de la Naturaleza se hubiesen desencadenado contra nosotros, sin que viésemos señales de amainar el temporal del sudoeste.

El 24 de abril me tocó hacer de cocinero. Cuando encendí la lámpara por la mañana el termómetro señalaba, bajo el techo de la tienda, 14°. En el suelo, á buen

seguro hubiera marcado casi unos 20° bajo cero, y fuera de la cocina la temperatura era aún más cruda. La tempestad glacial se filtraba á través de los muros agrietados. Dolían los pies, y los dedos tiesos y amoratados por el frío se me quedaban insensibles cuando tenía que cortar la grasa helada ó llenar las cacerolas de nieve. Pasamos un día verdaderamente desagradable.

Por fortuna sucedió un corto intervalo de tiempo apacible á propósito para trabajar: lo aprovechamos para amontonar, en torno de la cabaña, grandes bloques de nieve, valiéndonos para cortarlos de los aros de hierro del barril del pan, formando así una especie de terraza alrededor de la cabaña.

De esta manera las tempestades rompían violentamente contra dicha defensa, y así logramos conservar la cabaña más resguardada. A medida que el invierno adelantaba mejoraron las circunstancias bajo este concepto. Montones de nieve fuertemente prensados por el viento se adosaron á la terraza construída por nosotros, y no había ya necesidad de sacrificar un momento de libertad para componer lo que la última tempestad había destruído.

En medio del verano, la cabaña se encontraba completamente oculta bajo una loma de nieve llana y extensa que se había formado lentamente. No se veían las paredes; únicamente percibíase la techumbre cargada de bloques de piedra y reforzada con cueros de foca desgrasados, como una mancha obscura en medio de la blanca é igual superficie. La temperatura de la cabaña se presentaba entonces bastante igual. De día, cuando se guisaba, las paredes recogían algún calor que conservaban durante la noche, y así la temperatura descendía muy poco.

A pesar de todo, generalmente marcaba el termómetro dentro de la cabaña algunos grados bajo cero, á lo que pronto nos acostumbramos; de modo que podíamos sentarnos á trabajar ó conversar en mangas de camisa, sin llevar guantes y con la cabeza descubierta. Aunque parezca extraño, el tiempo bonancible era la verdadera causa de que la temperatura dentro de la vivienda se conservase siempre baja.

Cuando amainaba el temporal y se iniciaba el deshielo formábase una inmensa gotera en el techo, y la nieve derretida inundaba lentamente nuestra cabaña, formando un verdadero charco de lodo pegajoso.

CAPITULO XIV

Comida y combustible



ANTERIORMENTE he relatado nuestros trabajos de construcción hasta el tiempo en que la choza, oculta por una formidable masa de nieve, nos ofreció un refugio dentro del cual pudimos aguantar tranquilamente las sucesivas tempestades. La relación debe ahora retroceder al comienzo de la invernada para explicar cómo nos procuramos combustible y alimento.

Hasta últimos de febrero, con la esperanza del pronto regreso del «Antártico», nos habíamos alimentado principalmente con las provisiones del depósito de que disponíamos á nuestro desembarco. Pero el primero de marzo tuvimos que variar por completo nuestros medios de subsistencia. Nuestras vituallas, que podemos llamar mundanales, fueron reemplazadas entonces casi exclusivamente por los productos de la naturaleza que nos rodeaba.

Como ya he indicado en otro pasaje de esta narración, resultó por un error, del cual yo solo fuí culpable, que la

cantidad llevada á tierra de nuestro artículo más necesario — el pan - era bastante deficiente. Del aprovisionamiento total (en realidad solamente 225 kilos) nos quedaba, al empezar la invernada, unos 170. Esta reducida cantidad la economizábamos del modo siguiente: cada veinte días sacábamos de los barriles doce kilos de pan, que nos repartíamos entre los tres por partes iguales. Duse guardaba su ración en un saco que había contenido legumbres secas; Grunden la suya en una bolsa, en la cual, durante el viaje en trineo, llevaba su ropa interior de repuesto, y yo, en unas alforjas que me habían prestado muy buenos servicios.

Durante las tres semanas que transcurrían hasta la próxima repartición de pan, tenía que arreglarse cada cual con sus cuatro kilos (es decir, doscientos gramos por día).

Respecto á nuestra reserva de carne en conserva, mantequilla, cacao, café, azúcar, petróleo y otros artículos indispensables, reservamos al empezar la invernada la cantidad que creímos necesaria para realizar nuestro viaje en trineo á Snow-Hill, durante la próxima primavera.

El resto de nuestras provisiones del depósito, bastante reducido, se repartiría durante el invierno para hacer algo variada nuestra manutención, que tenía por base carne de foca y de pájaros bobos.

El adjunto cuadro indica la distribución de nuestras comidas durante el invierno hasta el primero de junio, cuando, amenazados por la falta de combustible, decidimos guisar tan sólo dos veces al día. Desde este día cambiamos otra vez nuestras horas de guisar; de modo que la comida y la cena se condimentaban de una sola

Distribución de la comida durante la invernada en la bahía de la Esperanza.

	LUNES	MARTES	MIÉRCOLES	JUEVES	VIERNES	SÁBADO	DOMINGO
Almuerzo...	Asado (de pájaro bobo ó de foca). Café.	Asado. Café.	Asado. Café.	Asado. Café.	Asado. Café.	Asado. Café.	Asado. Café con crema (azúcar). (Durante los primeros días de invernada café y cacao con azúcar y crema).
Comida....	Sopa de pájaro bobo ó de foca. Guisantes torrados.	Sopa de arenques. Asado.	Sopa. Asado.	Sopa. Asado.	Arenques en conserva. Sopa. Asado.	Sopa. Asado.	Arenques en conserva. Asado y sopa. Café extra.
Cena.....	Asado. Té.	Asado. Té.	Asado. Té.	Gachas. Asado. Té.	Asado. Té.	Asado. Té. Leche condensada.	Asado. Té.

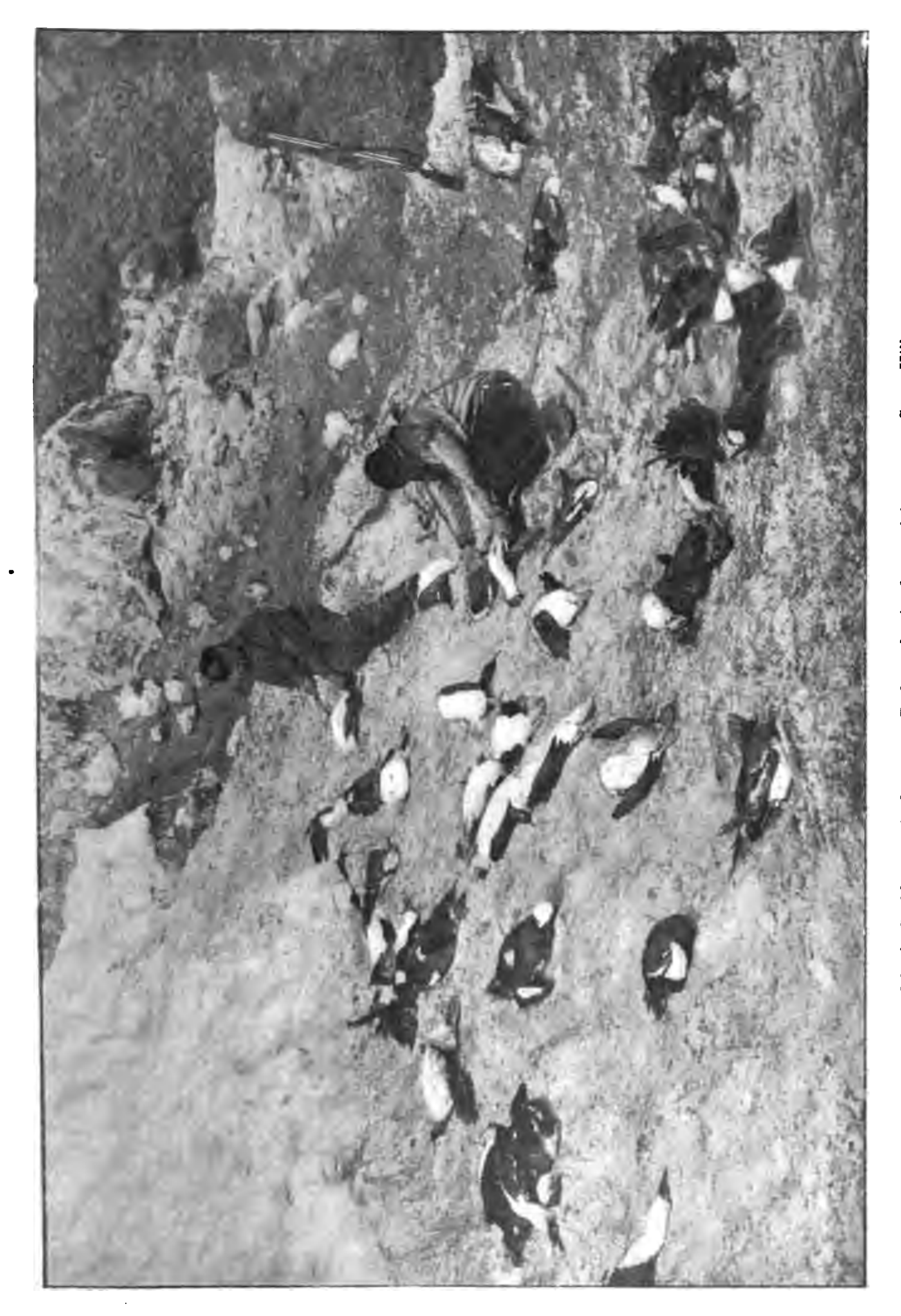
vez, y se componía unas veces de sopa de pájaro bobo, beefteack de foca y té, y otras de gachas, carne asada y té. Tocante á la disposición de la comida, debo añadir que todas las semanas teníamos arenques en conserva durante tres días por lo menos, lo cual daba alguna variedad a nuestra alimentación.

El café que tomamos durante el invierno era de clase tan inofensiva, que ni aun el adversario más acérrimo de dicha bebida se hubiera atrevido á privarnos de ella. Para cada litro y medio de agua echábamos cada mañana la enorme cantidad de una cucharada de café molido. El producto que obteníamos después de hervir un buen rato esa mezcla, tenía un color claro é indefinido y era como una pálida imitación al aromático y sabroso café.

No hay qué decir que ciertos artículos de lujo, como el azúcar y la leche condensada, no se consumían diariamente. Para el café del domingo nos correspondía á cada uno una cucharadita de leche perfectamente medida. Los días festivos por la noche y en alguna que otra ocasión extraordinaria durante la semana, hacíamos hervir los posos del café extra, pero sin fuerza alguna, que quedaban de un día para otro.

El té que hacíamos después de la cena era tan flojo como el café, pero le dábamos alguna fuerza añadiendo uno ó dos tubitos de ácido de limón.

Las gachas, que se servían dos veces por semana, constituían un manjar exquisito en medio de nuestro apetito crónico por los alimentos harinosos. Los choclos de maíz, aunque no se hallaban en las mejores condiciones de conservación por haberse enmohecido, tuvimos que hervirlos en una mezcla de nieve y agua de mar, pero así y todo, ni las gachas hechas en casa con leche



Isla de Cockburn.—Andersson y Bodman haciendo provisiones para Snow Hill.

y mantequilla nos habían gustado tanto como las que preparábamos tan defectuosamente en la choza de piedra. Como se sabe, los choclos resultan muy duros de cocer, y para ahorrarnos la molestia de repetir esta larga operación, hacíamos hervir de una vez una gran cazuela que nos servía para varias veces, añadiendo un poco de aceite de foca, y á veces pedacitos de grasa fritos como torreznos. Condimentado así este plato, resultaba un manjar singularmente apetitoso.

En otras ocasiones, durante nuestra invernada, nos regalábamos con un plato especial de repostería, que Grunden había aprendido á hacer durante sus viajes de pesca en el Mar Glacial del Norte, y que se llama *dänga.* Este postre de sartén se confeccionaba con mendrugos de pan remojados en una mezcla de agua dulce y salada, que después de fritos en aceite de foca resultaban exquisitos. Era muy difícil preparar el *dänga* con todas las reglas del arte, pues han de quedar los mendrugos bien sazonados y fritos sin quemarse. También en este plato añadíamos, por no variar, pedacitos de grasa muy tostados.

Los domingos eran nuestros días más señalados porque las tres comidas, y sobre todo la del mediodía, nos proporcionaban alguna variación estimulando nuestra inventiva. Pero de todos los días festivos, celebrábamos con preferencia el primer domingo de cada mes, tomando «una copita» en cada comida. Además de las dos botellas de aguardiente que reservábamos para un caso de necesidad apremiante al hacer la excursión en trineo durante la primavera, nos quedaba botella y media que, como se ve, ahorrábamos todo lo posible. Esta cantidad estaba mezclada debidamente (con alcohol de 96° y un poco de

agua) para beber un poco los primeros domingos de cada mes y algunas veces otros días festivos. Duse tenía una pequeña cantimplora con un vasito de metal que en ocasiones solemnes pasaba de uno á otro. Cuando tomábamos nuestra copita mensual nos felicitábamos mutuamente por haber logrado acercarnos más hacia el fin deseado.

A propósito de estas economías forzosas, Grunden se mostraba decididamente conforme con los que, en Noruega, votaron en favor de la bebida.

Hicímosle notar una vez que, después de esperar tanto tiempo, bebía su copa con demasiada prisa, y desde entonces la tomaba á pequeños sorbos, diciendo que guardaría el sabor hasta la próxima.

No faltó tampoco el brindis los días de nuestros cumpleaños. Los tres éramos casi de la misma edad, y nuestros cumpleaños cayeron precisamente durante el tiempo que estuvimos en la choza de piedra. Primero cumplí yo 29 años el 3 de julio, después Duse 30 el 2 de agosto y por último, poco antes de nuestra marcha, se celebraron los 29 de Grunden el 25 de septiembre. Duse llevaba consigo una bandera pequeñita, la cual, en casos tan solemnes, colocábase en el palo de la tienda sobre la cabeza del compañero festejado.

Estos brindis de felicitación se pronunciaban en toda regla después de la comida, que se distinguía de la ordinaria no sólo por su variedad sino por la disposición de cada plato, según nuestros modestos posibles.

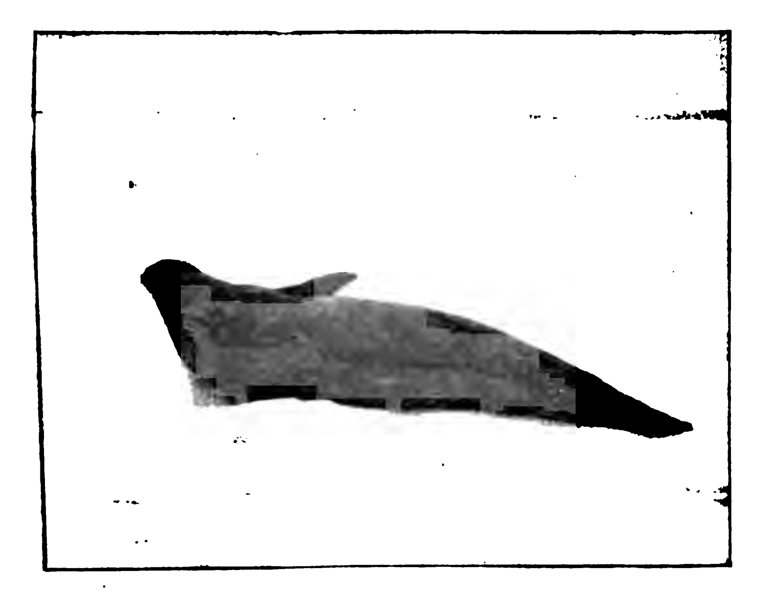
El día de la fiesta nacional de Noruega (17 de mayo), queríamos Duse y yo ofrecer á Grunden una pequeña sorpresa. Era yo en ese día cocinero de turno y me había quedado en casa mientras ellos habían ido por la mañana

á varear una piel de foca que estaba medio helada; cuando regresaron ondeaba la bandera en lo alto de un palo y acababa de preparar una riquísima torta de mi exclusiva invención, compuesta de rebanadas de pan humedecido, algunos trozos de frutas secas, terrones de azúcar tostados y dos cucharadas justas de leche condensada.

Otro de los días que celebramos con toda clase de primores culinarios fué el de San Juan. La obscuridad nocturna se iba pronunciando cada vez más por esta fecha, que por fin el sol, como un disco reluciente de fuego, apenas se dejaba ver al mediodía sobre la lejana línea del hielo terrestre en la extremidad septentrional. Nuestro pensamiento volaba entonces hacia luengas tierras, donde comenzaban con el verano las noches cortas y claras, los bailes de San Juan, que traían á nuestra memoria todo un mundo de ensueños, todos los dulces recuerdos de la niñez.

Atravesábamos entonces el período de las obscuridades invernales, después del cual la curva decayente de la luz del día se elevaría de nuevo con fuerza mayor y llegaría el tiempo en que podríamos salir hacia el sur en busca de nuestra salvación. Así, pues, el día de San Juan corresponde en cierto modo al día de Navidad del invierno antártico. Fué una verdadera casualidad que nos hubiésemos llevado á tierra las bujías que sobraron del árbol de Navidad que encendiéramos á bordo. Estaba aún el paquete intacto, porque reservábamos la mayor parte hasta la primavera, cuando emprendiésemos la marcha para alumbrarnos mientras las noches fuesen de alguna duración. La noche de San Juan nos decidimos á encender tres velas de las pequeñas. Grunden sujetó al palo central de la tienda tres listones en posición hori-

zontal y en la extremidad de cada uno colocó una bujía. Cuando estuvo lista la comida extraordinaria de asado, gachas y sopa de fruta, apagamos la lámpara de aceite y encendimos las bujías de Navidad, cuya llama clara y



Foca Weddel.

vibrante iluminó los sombríos rincones de la tienda embadurnada de hollín.

Después del banquete brindó Duse con la copa en la mano, improvisando un verdadero discurso y haciendo votos porque al final del invierno nos encontráramos en tan excelente estado de salud como entonces y porque continuáramos en la misma buena armonía, ayudándonos en todo, sin arredrarnos las dificultades hasta que la llegada de la primavera mejorara nuestra difícil situación y pudiésemos lograr reunirnos con nuestros compañeros de Snow-Hill.

Por la relación de nuestra vida invernal en la cabaña y de nuestras comidas en los días ordinarios y festivos, puede comprenderse que disponíamos de provisiones suficientes para toda la invernada, distribuyéndolas económicamente, si, además, procurábamos aumentarlas por todos los medios apoderándonos de cuantas focas y pinguinos pudiésemos.

Para ello necesitábamos aprovechar los días más tranquilos para dedicarnos á la caza, que nos había de proporcionar comida y combustible.

El 19 de febrero hicimos nuestra primera cacería de pájaros bobos. Los polluelos adelie estaban entonces á punto de salir á la mar, y precisamente entre estos escogimos la mayor parte de nuestro botín. Armados de sendos garrotes, nos dirigimos cada cual por un lugar distinto, á una loma donde pululaba un compacto grupo de pinguinos grandes y pequeños. Como eran poco espantadizos, pudimos acercarnos á ellos mucho antes de que dieran señales de inquietud. Pero cuando empezaron á caer los bastonazos sobre ellos, el grupo se ahuyentó despavorido. No tuvimos otro remedio que perseguirlos corriendo y derribando á cuantos se ponían á tiro.

Esto, en realidad, resultaba bárbaro y sangriento, pero la necesidad no admite leyes.

Matamos ese día nada menos que ciento cincuenta pájaros bobos.

Después de abrirlos y separar la parte de la pechuga que era la única que poníamos en conserva para las necesidades que se presentasen durante el invierno, dejamos los cuerpos descuartizados esparcidos por el suelo en la proximidad de la tienda. Pronto se reunió un formidable grupo de labos, gaviotas y palomas de mar, que se pe-

leaban por el exquisito botín, moviendo un ruido ensordecedor imposible de aguantar. Así y todo, nos prestaron un valioso servicio, limpiando las pieles de carne y de grasa.

Arrancamos luego fácilmente las pieles de los esqueletos y las extendimos en el suelo para que se secasen con la carnaza hacia arriba; las palomas de mar se encargaron de despojarlas de los últimos residuos de grasa.

Así llegamos á reunir á últimos de febrero una colección de pieles de pájaros bobos bastante grande, que más tarde nos sirvieron para distintos usos en nuestra cabaña.

La mayoría de los pájaros bobos habían acabado por huir al mar, y los que quedaron parecían más espantadizos. Con nuestros zapatos rotos, cuyas suelas suplementarias de piel de foca eran muy resbaladizas y se partían con facilidad, nos fué más difícil perseguir á los pinguinos que huían sobre el helado y escurridizo declive, por donde ellos se deslizaban rápidamente.

Cuando tomamos posesión de nuestra choza de piedra el 12 de marzo, ya teníamos almacenada la carne de trescientos cuarenta pájaros bobos, formando dos montones cubiertos con bloques de piedra en el declive situado al nordeste de la casa. Las condiciones del stock eran inmejorables.

Desaparecieron poco á poco todos los pájaros bobos adelie, y al acabar el mes quedaron tan sólo algunos grupos de pájaros viejos papua que mudaban su plumaje al abrigo de las rocas cerca de la orilla.

El 29 de febrero matamos noventa de estos, pero más tarde se cubrió el campo de una capa de nieve porosa, bastante honda, á través de la cual pasábamos con mucha

dificultad, mientras los pájaros bobos, huyendo hacia el declive de hielo, se dejaban deslizar sobre él velozmente internándose en el mar.

Entonces nos fué casi imposible poderlos alcanzar, pero así y todo no quisimos gastar nuestro stock de cartuchos para cazarlos. El 5 de abril matamos, sin embargo, quince pinguinos, y el 7 cerca de treinta. Según cálculo hecho, necesitábamos todavía un centenar para estar á cubierto de necesidades durante el invierno. Ultimamente quedaban en tierra tan sólo algunos centenares de pájaros bobos, y todos eran muy espantadizos.

Entonces se me ocurrió que podríamos servirnos de la blanda nieve, que tanto había entorpecido nuestra marcha cuando queríamos llegar adonde estaban los pájaros bobos, para hacer una trampa donde cayesen. El día 8 por la mañana salí de la choza provisto de la pala para nieve, decidido á poner en práctica mi plan. Quería hacer mi ensayo á la chita callando, para no dar motivo á mis compañeros de que se burlasen de mí si resultaba un fracaso mi estratagema.

Sucintamente daré una idea de mis preparativos. Escogí la orilla del mar, que formaba una elevación de hielo de dos metros de altura. En la nieve blanda excavé un pozo de un metro cincuenta centímetros de diámetro, y casi la misma profundidad, á la par que dos largos fosos en ángulo que me proporcionaron material suficiente para formar dos paredes, una de las cuales cerraba el paso á la orilla. Mi objeto era enfilar un grupo de pájaros bobos entre estas paredes que se juntaban en la boca del pozo para que quedasen aprisionados dentro del mismo.

Cuando todo estuvo preparado, consideré tan acerta-



Otto Nordenskjöld



Colonia de pájaros bobos en la isla de Paulet (Enero de 1902).



Nuestros perros examinan con atención un pájaro bobo imperial.

da mi trampa, que regresé á la choza para invitar á Duse, que estaba libre de servicio durante aquel día, para que hiciésemos un ensayo. Encontramos en la orilla, al otro lado del pozo, casi todos los pájaros bobos que quedaron en tierra reunidos en un grupo numerosísimo. Entonces nos dirigimos, dando un rodeo, hacia donde estaban con objeto de espantarlos de improviso hacia la embocadura de la trampa. Como les costase trabajo abandonar la meseta que ocupaban, nos adelantamos á buen paso gritando y moviendo los brazos. Desbandáronse al vernos avanzar y un nutrido grupo se precipitó delante de nosotros huyendo; algunos pájaros bobos cayeron de cabeza por el talud de hielo al mar, pero en medio de las paredes quedaron multitud de ellos aprisionados.

El pozo se llenó en un momento, y sobre esta masa viviente adelantáronse los últimos del grupo que consiguieron la libertad. Entonces empezó una verdadera matanza. Los bastonazos se sucedían rápidamente aniquilando á los que pretendían huir, y en breve rato sacamos todos los que quedaban en el pozo. Hallábanse amontonados unos sobre otros, atontados, y los de debajo particularmente estaban casi muertos por asfixia cuando los sacamos para darles el golpe de gracia.

En poco tiempo quedó el pozo vacío, y cuando contamos el número de piezas vimos que teníamos ciento una.

Ya obscurecía cuando acabamos de despojar de sus pechugas á todos estos animales. Los pájaros bobos constituían para nosotros una agradable compañía y su condición mansurrona y bulliciosa nos había distraído largas horas durante los monótonos días cuando esperábamos el regreso del «Antártico». Era, pues, verdade-

ramente perverso é indigno que exterminásemos estos seres completamente pacíficos; pero creo que nadie podrá criticarnos con razón, pues matábamos el número que juzgábamos necesario para nuestro sustento, tanto es así, que no nos hubiéramos salvado del hambre á no descubrir más tarde unas cuantas focas invernales que también nos resultaron provechosas.

Además de esta última caza, teníamos reunido un stock de invierno de 570 pechugas de pájaros bobos. Incluyendo el número de pájaros bobos que matamos en distintas épocas y que el cocinero condimentaba inmediatamente para el sustento del día, cazamos durante nuestra estancia en la bahía de la Esperanza, más de setecientos pájaros bobos. Todavía durante la última etapa del mes de abril nos ingeniábamos, cuando era posible, para procurarnos el alimento de cada día sin necesidad de recurrir al stock de reserva.

Así, solía decir el infatigable cocinero:

—Me voy á caza de la pitanza.—Y rara era la vez que volvía con las manos vacías.

Hacia fines del mes de febrero, es decir, mientras estábamos esperando el ansiado regreso del «Antártico», se condimentaba la carne de pájaro bobo sólo en una de las tres comidas del día y únicamente como sopa hervida con pechuga cortada en trocitos y mezclada con verdura seca. Pero cuando la invernada se nos echaba encima y la necesidad nos obligó á emplear esta clase de carne como alimento principal, empezamos á reflexionar en el medio de introducir alguna variación en su condimentación. La carne frita de pinguino era un plato que habíamos encontrado bastante aceptable ya á bordo del «Antártico». Pero nuestro pequeño stock de margarina, que

estaba en proporción poco más ó menos con la cantidad de pan, no podíamos emplearlo únicamente para freir carne. Entonces se nos ocurrió una idea feliz el día primero de marzo, que fué condimentar la carne con la misma grasa que tenían los pájaros bobos debajo de la piel y entre los intestinos. Este beefteak de pájaro bobo nos proporcionó un verdadero triunfo culinario; la grasa de pinguino le comunicaba un sabor acentuado y característico que la benévola crítica consideró como un aliciente. Con este descubrimiento habíamos encontrado un nuevo método para aderezar nuestras comidas, economizando otras substancias que escaseaban en nuestra despensa.

A los pocos días hizo Duse otro descubrimiento excelente: ¡pájaro bobo asado! Como complemento de tan diferentes guisos, hallamos en los barriles del pan muchas galletas rotas que deshicimos en migas muy finas parecidas al *subb*, con cuyo desmenuzado producto impregnamos los trozos de carne un poco humedecidos antes de freirlos. Así resultaba la carne mucho más tierna y fácil de freir, comunicándole á la par un sabor delicioso.

No tardamos, sin embargo, mucho en persuadirnos de que no era posible poder recoger la cantidad de grasa de pinguino que necesitábamos para preparar toda la comida durante la larga invernada. Entonces se nos ocurrió freir la carne con grasa de foca, pero nos detuvimos al pensar que quizás la comunicaría el mal sabor del aceite.

Pero un día, poco después de nuestra inauguración de la choza, nos sirvió Grunden algunos trozos de asado que tenían muy buen aspecto y agradable gusto. Estaban preparados con aceite de foca. Desde entonces no tenía-

mos que preocuparnos en la elección de materias grasas para freir la comida, y seguimos todo el invierno empleando el aceite de foca indistintamente.

Todas las noches el cocinero cortaba un montón de trozos de carne que servían para freir al día siguiente, y para este menester se gastaba para cada medio kilo de filete uno de grasa de foca. Después de extraído el aceite de los pedazos de grasa, quedaban en la sartén una especie de torreznos, arrugados y duros, que llamábamos «tocino frito», y que saboreábamos con delicia (*).

Duse era incansable para ir á la caza de focas que de cuando en cuando se internaban en la orilla libre de rocas. Su arma predilecta era una pistola de repetición (sistema Maüser) que manejaba con singular acierto. Durante las últimas semanas en la tienda, tenían él y Grunden la costumbre, cuando el trabajo diario estaba concluído, de dar un paseo por la orilla en busca de focas.

Ocurría á veces durante estas cacerías, mientras yo me paseaba frente á la tienda, que oía sonar un tiro anunciando una nueva víctima que enriquecería nuestro stock de grasa; entonces ponía inmediatamente la cafetera al fuego para celebrar la adquisición con un café extraordinario. Cuando ocupamos la choza habíamos muerto ya diez focas, de las cuales algunas fueron despellejadas inmediatamente, llevando después la grasa á casa y depositándola en un montón que cubrimos con piedras. Pusimos á secar las pieles al sol, que nos prestaron un excelente servicio durante el invierno como material de fabricación para el calzado.

(*) Será conveniente advertir que nuestra sartén estaba hecha con un envase de conservas y un clavo, al cual habíamos adherido un mango de madera.

Las pieles de las focas muertas á mucha distancia de la choza se dejaron, en cambio, sin desengrasar en el mismo lugar, al abrigo de algunos bloques de piedra, para, cuando el invierno estuviese más adelantado y pudiese estropearlas la nieve, conducirlas poco á poco á nuestra vivienda.

Ya mientras nos encontrábamos en la tienda, empezamos á ensayar el alumbrado y el fuego de grasa, pero solamente después de una estancia de algunas semanas en la choza pudimos vencer todas las dificultades con la misma disposición y cuidado que se emplea en las lámparas de aceite. Necesitábamos dos tipos de éstas: uno pequeño para el alumbrado y otro mayor para condimentar en la cocina. En ambos casos empleáronse latas vacías de conservas de tamaño distinto y forma variada, según los diferentes usos para que debían de servir. Como lámpara para el alumbrado escogimos una lata de arenques que se llenó de trocitos de grasa en forma de dados y en medio de ellos se colocó una mecha preparada con cuerda del palo de la tienda. Afortunadamente habíamos llevado del buque á tierra dos grandes ovillos de una cuerda de cáñamo que nos sirvió para nuestro objeto.

Pero cuando hicimos funcionar los dos grandes hornillos de cocer, necesitamos mechas muy gruesas para que produjeran una llama grande y poderosa. Mientras un pequeño trozo de cuerda de cáñamo bastaba para mecha de la lámpara, era necesario para los grandes hornillos un pedazo de más de un metro. Era un grave inconveniente, pues pronto nos quedaríamos sin material para las mechas.

Entonces aplicamos otra modificación al observar que los hornillos de la cocina podían arder lo mismo sin

mecha. Un día que se había quedado encendido uno de los hornillos, vimos que ardió perfectamente hasta que todos los pedazos de grasa se derritieron y el aceite se consumió, de tal modo, que en el fondo del envase quedaba tan sólo una masa escarificada. La mecha, como es de suponer, se había quemado por completo, mas el fuego se había extendido poco á poco quemando aquella masa combustible. Resultaba, pues, que si poníamos con cuidado y de vez en cuando algunos trozos de grasa, podría arder el hornillo todo el tiempo que quisiésemos. Al principio nos costaba, sin embargo, mucho trabajo poner en marcha los hornillos, y á veces nos parecía imposible poderlos encender.

Particularmente por las mañanas resultaba sumamente engorroso permanecer sentado, con el frío de la mañana, dos ó tres horas, sin tener lumbre en la chimenea y lidiando con los dichosos hornillos. A veces se nos agotaba la paciencia viendo que era inútil cuanto se hacía para dar fuerza á la pequeña y mísera llama que ardía en medio de los pedazos de grasa. Nos ocurrió en nuestros primeros ensayos que tardamos cinco y seis horas en hacer una sopa de carne y una sartén de gachas, y en cierta ocasión no logramos tener condimentada la comida por este motivo hasta cerca de media noche.

Afortunadamente fuimos poco á poco tanteando la mejor manera de encender el hornillo de grasa, y más adelante, durante el invierno, éramos unos verdaderos maestros en tan difícil arte, y en dos minutos armábamos una hoguera formidable que nos ahumaba más de lo que queríamos.

No sin motivo recibieron los tales hornillos el nombre injurioso de *oson*, por el humo asfixiante que despren-

dían. Aunque estaban provistos de numerosos agujeros para facilitar la combustión y además habíamos construído una excelente chimenea con latas vacías de asado de tocino, que salía al exterior, con todo y esto, la choza se llenaba de densas nubes de humo cada vez que encendíamos la lumbre para guisar. A veces, cuando la tormenta de nieve tapaba no solamente el tubo de la chimenea sino también todos los demás agujeritos, era el humo tan espeso dentro de la tienda, que apenas podíamos distinguirnos á la débil luz de la lámpara.

Era verdaderamente asombroso que pudiésemos soportar tan fácilmente aquellas humaredas. Tan sólo alguna vez sufrimos ligeros dolores de cabeza, aunque en cierta ocasión estuvimos próximos á la asfixia (*).

Algunas veces, aunque fueron contadas, dejamos encendidos los hornillos toda la noche, pero la mayor parte de las veladas los apagábamos antes de acostarnos. Una noche se descuidó el encargado de la cocina, creyendo que no quedaba lumbre, y se pegó fuego de una vez á todo el combustible de grasa que había en los hornillos, desarrollándose un humo tan denso y fétido que segura-

(*) Merece citarse un episodio que pone de relieve nuestras contrariedades durante los períodos de tempestad, cuando nos encontrábamos presos por la nieve.

Después de una serie de días de tempestad se nos había concluído nuestro stock de carne que teníamos dentro de casa, y era imposible poder salir en busca de un nuevo depósito.

Nos vimos, pues, obligados á consumir una pequeña reserva de pájaro bobo, que hacía tiempo teníamos casi olvidada en un boquete de la pared, allá en lo más interior de la choza. Esta carne habíase echado á perder bastante durante los repetidos días de tiempo benigno, de modo que á la sazón tenía un sabor agrio y desabrido.

Nuestro apetito disminuyó en seguida con semejante alimento. Sólo por necesidad y con bastante repugnancia comimos algunos trozos de tan asqueroso asado, pero ninguno dijo una palabra ni se quejó de tan repugnante manjar, pues comprendíamos que mientras durase la tempestad no tendríamos otro remedio que atenernos á lo que había dentro de la cabaña.

Así, cuando por fin se hubo calmado la tempestad y pudimos proporcionarnos carne fresca, rompimos el silencio y convinimos en que jamás habíamos comido un alimento tan desagradable y nocivo.

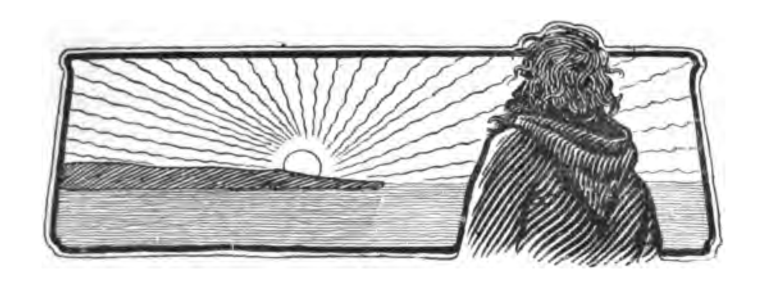
Nuestro encuentro con la expedición argentina.

mente nos hubiera asfixiado, á no ser que uno de nosotros se despertó y apagó el crepitante aparato.

*

Desde el mismo día que tomamos posesión de la choza, nos distribuímos, según acuerdo común, todos los trabajos equitativamente. Cada tres días tocaba el turno á cada uno, que sentado en el pasillo sobre el envase de verdura, comenzaba sus funciones de cocinero. Cuando el laborioso día de cocina había concluído, despojábase el guisandero de su mandil de arpillera y acostábase tranquilo con el pensamiento de que estaría dos días seguidos libre de servicio.

Sin embargo, la ociosidad no nos agradaba ni mucho menos. Al segundo día ya estábamos deseando á veces poder entrar de nuevo en funciones al lado de los calientes hornillos. De este modo conseguimos dar á nuestras faenas cierta variedad muy necesaria durante la vida invernal, que de todas maneras resultaba excesivamente monótona.



CAPITULO XV

Medio invierno

Marinero soy y he sido,
pobre soy y lo seré,
mi corazón de marino
ama á una muchacha fiel.

Así cantaba Grunden cuando era el cocinero de turno. Silencioso y circunspecto, salía de su saco de dormir, vistiéndose, y se iba á la cocina, donde comenzaba á preparar la lumbre en los hornillos de grasa. Mientras el hielo desmenuzado la noche anterior se derretía en la cacerola para hacer el café y el aceite de foca crepitaba en la sartén, Grunden seguía cantando á media voz. Mas ahora todo es silencio, no canta; á buen seguro que algún importante trabajo absorbe toda su atención. Medio dormido, arrebujado dentro de mi caliente saco de dormir, escucho perezosamente los manejos del excelente muchacho.

Conocía de sobra, por experiencia, cuántas manipulaciones eran necesarias para preparar el almuerzo, y cada ruido, por insignificante que fuese, me revelaba lo que el cocinero de turno estaba haciendo. Cuando limpia

los hornillos, cuando quita con un trozo de madera el hollín de debajo de la sartén, cuando suelta los primeros trozos de carne sobre el hirviente aceite de foca. Después le oigo levantarse de su asiento y dar unos paseos pisando fuertemente para que sus adormecidos pies, insensibles de frío, entren en reacción.

¡Es tan desagradable dejar el lecho con aquel frío! Oyese silbar la tempestad por el tubo de la pequeña chimenea, y cuando soplan ráfagas de viento más fuertes, pasa por encima del tejado el ruidoso ciclón que azota la cabaña con una granizada de nieve endurecida.

Disfrútase entonces del seguro asilo que nos cobija, enterrados bajo la nieve, bien abrigados contra los embates del temporal. La parte más débil de la choza que el viento podría deteriorar es la del toldo, pero está ahora bien atado, y como ya resistió los efectos de tantos temporales, aguantará también hasta la conclusión el invierno.

Grunden se lleva la lámpara á la cocina para arreglarla; la llena de trocitos de grasa y la pone una nueva mecha. Vuelve con ella encendida y la pone sobre el cajón, que colocamos por las noches á la entrada y que durante el día nos sirve alternativamente de sofá ó de mesa de cocina, cuando, como aquel día, dos compañeros libres están aún sentados.

Duse se acaba de despertar y, sin movernos siquiera, nos damos los «buenos días». Procuro atisbar desde mi saco de dormir con cuidado, por miedo á que entre el aire frío.

La lámpara humeante de aceite no puede disipar la obscuridad de nuestra negra vivienda; las paredes sucias de hollín absorben toda la luz. Pero, en cambio, en el

techo resplandecen sobre el obscuro fondo infinidad de pequeños cristales de blanco hielo en forma de estrellas. Este improvisado firmamento nos da una idea aproximada de la temperatura que debe reinar fuera de la casa. Nuestro techo nos sirve así de resguardo y de barómetro: si amanece estrellado, á buen seguro que tenemos fuera un fuerte temporal de frío del sudoeste; si, en cambio, la techumbre y las paredes están por la mañana completamente negras como el hollín, que las cubre, soplará el viento del norte, y podemos afirmar que se aproxima el buen tiempo. Poco á poco desaparecen las pequeñas constelaciones de nuestra obscura prisión á medida que la lámpara de aceite y el fuego de la cocina va calentando el aire encerrado en la vivienda, que había bajado de temperatura durante la noche.

Grunden canta entonces alegremente, sentado de nuevo en su sitio ante los fogones y volviendo con sumo cuidado los trozos de carne en la sartén. Posee un variado repertorio de canciones, y lo mismo entona un alegre *couplet* de «Variétés» que una habanera aprendida en sus viajes por la costa de la Florida, ó alguna popular canción noruega que nos recordaba los días más felices de nuestra existencia.

Pero, cante lo que cante, siempre vuelve á repetir sus coplas de marinero, la del muchacho que naufragó en alta mar y se salvó haciendo una promesa, ó la del grumete engañado por su novia que se embarca para no volverla á ver y cuya conmovedora despedida es todo un poema expresado con la tosca sencillez de las trovas populares.

El bueno de Grunden es marino á toda prueba; ahora vuela su pensamiento muy lejos de la cabaña; no se

acuerda para nada de sus compañeros de desgracia ni de la vida que llevamos entre obscuridades y nieves, ahora sueña que navega en medio de un temporal furioso y ve con el pensamiento el viejo faro de Lindesnäs, mientras canta á media voz:

Nací en la vieja costa noruega
donde mi buque gentil navega;
toda mi dicha,
todo mi anhelo,
es volver á la vida
de marinero.

Variadas, como su propia vida, son sus canciones. Sabe las de los días penosos, cuando la vida de la tripulación depende del hábil manejo de las bombas para desaguar el barco que se hunde; conoce las alegres y divertidas que describen las orgías del marinero en tierra, gastando hasta el último céntimo de su paga, y despertando de su calaverada á bordo de un buque extraño. Sabe amorosos cantares de blancas, negras y amarillas; mujeres de todas las razas figuran en su variado repertorio, que ha aprendido de compañeros ingleses, alemanes y americanos, cantando á veces para ganar algunos céntimos en los puertos de mar australianos.

Pero siempre es buen noruego, y á pesar de su instinto nómada, suele preferir las viejas canciones de la patria:

Mirando al mar del oeste,
de Kölen junto á la falda,
entre pinos gigantescos
mi Kristiansand se levanta:
allí se encuentra mi hogar,
mis amores y mi patria...

Por fin, está lista la comida. Grunden entra en la sala, nos saluda dando los buenos días y se limpia las manos

grasientas de aceite de foca en la sucia lona de la tienda. En seguida prepara lo necesario para el almuerzo. Primero pone la mesa de comer, es decir, el cajón grande invertido en el sitio que queda vacante, después de quitar el saco de dormir que hay entre el de Duse y el mío. Luego aparece el servicio.

El blanco esmalte de las cacerolas brilla de un modo extraño, destacándose más sobre la negra suciedad de hollín y grasa que rezuma por todas partes. Cuando tomamos el caliente café queda en el borde de la taza una huella blanca producida por los labios. Este es, sin embargo, el estado de limpieza ordinario de las tazas, pues las fregamos solamente los domingos con nieve. Substituímos los platos para comer la carne frita con tres latas vacías de chuletas de cerdo, cuya forma aplanada era muy á propósito para este uso.

Puesto el tarro de mantequilla sobre la mesa, azucarado el café y repartida la carne frita, quedaba todo el servicio hecho.

Cada cual sacaba de su bolsa de pan el pedazo que consideraba suficiente para el almuerzo y no había más que pedir para dar trabajo á las mandíbulas. Acabábamos de comer, Duse y yo devolvíamos á Grunden nuestra «vajilla» y expresábamos invariablemente nuestro agradecimiento con un «Gracias, por la comida». Este contestaba entonces:

—No hay de qué darlas.

Esta sencilla fórmula de cortesía se cambió regularmente entre el cocinero de turno y los compañeros libres de servicio, después de cada comida, durante toda la invernada, y constituía, para nosotros, en medio de nuestra vida de semisalvajes, la frase ritual que nos hacía

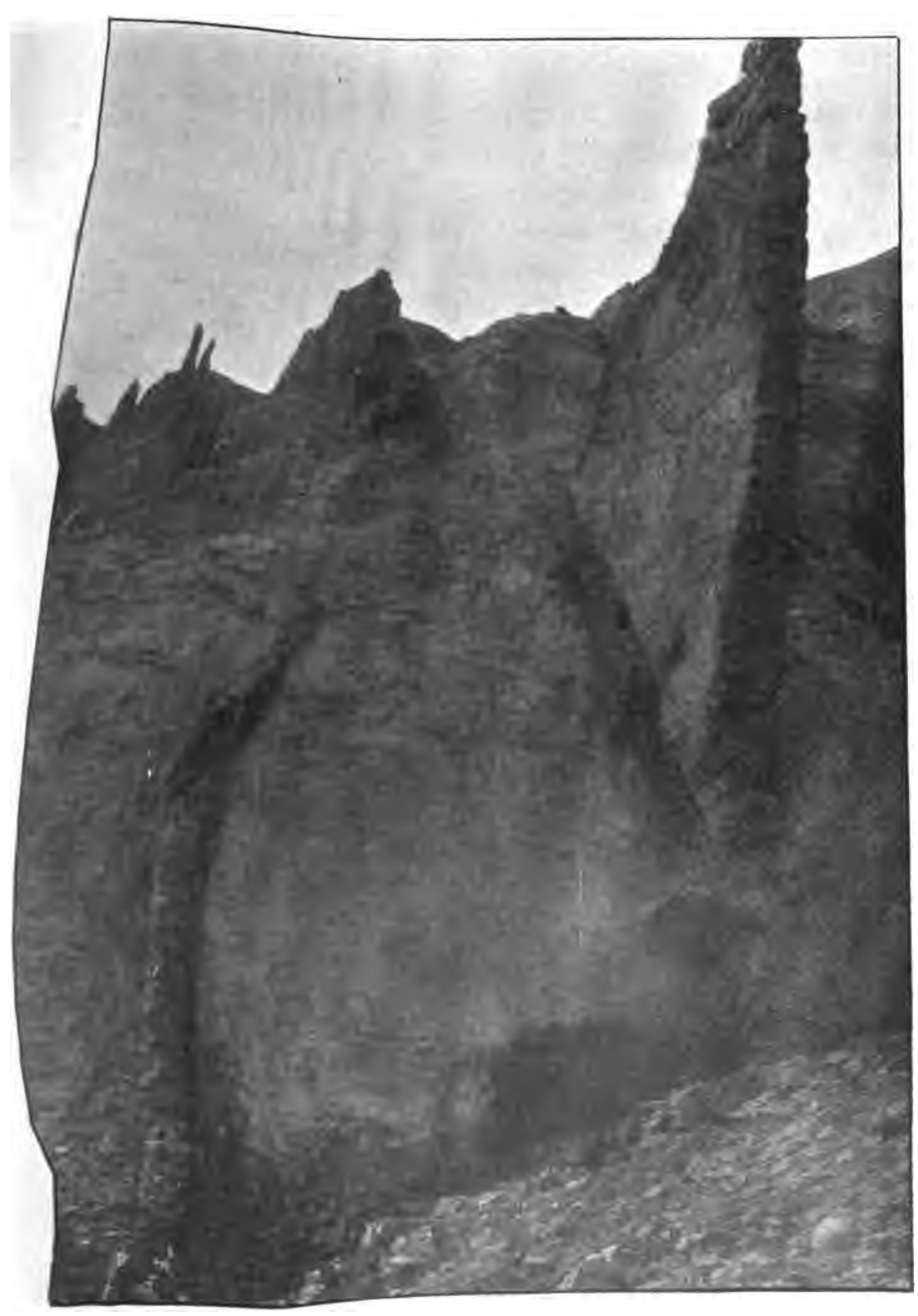
recordar, por decirlo así, nuestra condición de seres civilizados.

Cuando los temporales de nieve nos obligaron á quedarnos dentro de casa, los dos que estaban libres de servicio quedábanse á menudo metidos en los sacos de dormir. Conversábamos así durante horas enteras, dormíamos á ratos ó nos sentábamos sin sacar las piernas del saco ocupándonos en algún trabajo. Antes de comenzar el invierno, tuvimos que aplicarnos á una labor difícil para concluir nuestros zapatos de piel de foca, y después de San Juan era ya tiempo de comenzar los preparativos para el nuevo viaje en trineo.

Al comienzo de nuestra invernada, cuando hacíamos tres comidas diarias, estaban encendidos los hornillos de la comida durante todo el día, y el cocinero tenía que trabajar continuamente para conservar el fuego, colocando nuevos trozos de grasa, cortándolos, preparando beefteaks de foca ó de pájaro bobo, friendo ó hirviendo viandas y disponiéndolo todo.

Más adelante, cuando, como ya he dicho, para ahorrar combustible nos conformamos con las dos comidas, estaban apagados los hornillos algunas horas durante el día, y el cocinero podía disfrutar de alguna libertad. De todas maneras, después de la última comida del día, le quedaba aún un rudo trabajo. Tenía entonces que derretir nieve para el agua del café, picar carne, cortar grasa, y en una palabra, arreglarlo todo para el almuerzo del día siguiente con objeto de que su sucesor no tuviera que levantarse muy temprano, pues el frío de la madrugada era intolerable hasta que se encendían los hornillos.

El último quehacer del cocinero por la noche, antes de concluir su importante tarea, era cortar y trenzar un



Columnas de basalto aisladas en nuestro lugar de invernada.

par de mechas para las lámparas, para entregarlas junto con la caja de fósforos al que le tocaba proseguir las mismas faenas el día siguiente.

Por la noche disfrutábamos los mejores momentos de las veinticuatro horas. Antes de acostarse Grunden en su saco de dormir, colocaba la lámpara en su sitio sobre el aparato de cocción. El aposento quedaba entonces casi en tinieblas, á excepción de una mancha grande y redonda que proyectaba la lámpara nocturna, esparciendo un reflejo vibrante en el suelo que ascendía por el agujero del aparato de cocción. Había allí algo del agradable crepúsculo en aquel lúgubre interior que despertaba los más vagos recuerdos y convidaba á soñar dentro del recinto, mientras la nieve iba cayendo alrededor de nuestra casa y la obscuridad invernal pasaba sobre la tierra en alas del más profundo silencio. A aquellas horas apreciábamos mejor las relativas comodidades de nuestro modesto hogar, donde un alegre fuego nos confortaba, mientras afuera, á través de la obscuridad invernal, soplaba la ventisca que, comparada con las pasadas borrascas nocturnas, no conseguía intimidarnos lo más mínimo.

Entonces llegaba nuestra hora mejor para conversar, procurando distraernos recíprocamente. A veces, Duse, nos entretenía con alguna explicación de tecnicismo militar, haciéndonos conocer los mecanismos modernos de los cañones, la construcción de fusiles automáticos suecos y otras muchas curiosidades, demostrando su preferencia por estos estudios de su carrera, á cuyas conferencias Grunden y yo atendíamos con marcado interés, aportando nuestros modestos conocimientos adquiridos durante el período de nuestro servicio militar. Los asuntos guerreros nos interesaban mucho, y tan pronto nos

encontrábamos en Colenso como en Sedán; el ideal marino de Grunden era Tordenskjold, y nosotros particularmente recordábamos con entusiasmo la historia de Psilander.

No dejábamos de hacer cálculos estratégicos sobre una guerra futura escandinava. El enemigo nos atacaba el fuerte de Boden, defendido por una división militar, y noruegos y suecos llegaban en nuestro auxilio desde Norland, mientras el pabellón de guerra noruego ondeaba en unión del sueco entre los escollos de Suecia.

Nuestros pensamientos vuelan, en fin, rápida y libremente en aquel desierto, y con la misma facilidad organizamos un ejército que conseguimos una victoria.

Otras noches, Grunden nos relataba su vida de marino, borrascosa y variada, pintándonos con los más vivos colores el naufragio del buque en que tripulaba allá en los mares del Norte, describiéndonos sus fatigas y quebrantos cuando transportaba pieles de foca sobre los trozos de hielo en el mar Glacial del Norte, recordando, en fin, sus alegres bailoteos con las muchachas en el hotel de mister Smith, «Duque de Wellington», cuando se detuvo su embarcación en un pequeño puerto de la costa de Australia.

También me tocó á mí el turno para contribuir al pasatiempo nocturno. Mi fuerte eran las conferencias zoológicas y geológicas.

No teníamos libros, y si queríamos alegrar la vista con algo impreso teníamos que sacar las pocas latas de conservas que aun nos quedaban: «leche condensada preparada por Enrique Nestlé», «legumbres», «asado de cerdo», leyendo las etiquetas, pero esta *lectura,* al cabo de un rato, resultaba de una monotonía inaudita.

Probamos substituir la falta de lecturas recordando lo que habíamos aprendido en circunstancias más felices que las actuales y recitándolo en alta voz. A menudo Duse y yo nos sentábamos vis á vis para repasar un romance titulado *Las epístolas del barbero*, ó para recordar los episodios más interesantes de *El Conde de Monte Cristo.*

Cuando se trataba de *Los tres mosqueteros*, Grunden expresaba su admiración por el ingenio y la valentía de Artagnan y la intrepidez de Porthos. Pero ninguno de nuestros héroes le cautivaba tanto como Carlsson en *Hemsöborna*, de Steindberg. Era un tipo arrancado tan fielmente de la vida, que acàbó por ser su ídolo, y continuamente volvía sobre la historia del incomparable genio de Warmland.

No pocas veces, cuando estábamos conversando durante la velada, hacíamos toda suerte de conjeturas acerca de nuestro porvenir cuando saliésemos de aquel destierro. Cierta noche, Grunden y yo, sorprendimos un chistoso proyecto de Duse, quien, al regresar á su patria, pensaba casarse en seguida con una joven archimillonaria. Después, y esto se lo aconsejamos nosotros, debía mandar construir un magnífico yate de recreo, nombrando á Grunden capitán. A mí me obsequiaría con un viaje por el Mediterráneo.

A pesar de todos los esfuerzos por distraernos con las más variadas conversaciones y los más triviales recuerdos, que empleábamos á manera de ejercicio intelectual durante nuestra estancia en la lúgubre choza, no debe formarse el lector la idea errónea de que nuestra existencia se deslizara, bajo ese concepto, todo lo variada y distraída que deseáramos; desgraciadamente no era así.

La conversación, la broma, las peregrinas ocurrencias, eran como aislado oasis en un desierto de ideas, y nosotros mismos observamos con admiración cómo el pensamiento buscaba con obstinación nuevos campos donde esplayarse, refugiándose en los recuerdos más nimios. Duse y yo luchábamos cierto día por recordar el nombre de una linda señorita que habíamos conocido en Estocolmo: por fin, Duse lo recordó después de una semana. Durante largo tiempo me preocupó la imposibilidad de recordar el nombre del almirante español que fué vencido en la desastrosa batalla naval de Cavite, y en otra ocasión, después de largos esfuerzos, conseguí recordar con indecible alegría el nombre de la aldea de Upland, donde, poco tiempo antes de mi salida de Suecia, se descubrió una curiosa vivienda de la edad de piedra.

Mientras tanto, se nos hacían eternas las horas que no nos dedicábamos á algún menester durante el día, continuamente encerrados en nuestra vivienda. Pasaban más rápidos los días mientras estábamos entretenidos en cualquier trabajo, que allí se hacía de todo punto indispensable durante la dura lucha por la existencia. Bajo este punto de vista, era una ventaja para nosotros que estuviésemos desprovistos de las más sencillas herramientas. Para realizar algunos trabajos que con éstas se hubieran podido ejecutar pronto y con facilidad, necesitábamos días y semanas enteras. Teníamos tanta necesidad de entregarnos á cualquier ejercicio corporal, que, cuando durante los meses de mayo y junio, tuvimos necesidad de aumentar nuestra provisión doméstica de carne, nos apresuramos á salir de la casa para no entumecernos. Entonces nos encontramos con que las pieles de foca desengrasadas al empezar la invernada, estaban tan fuer-

temente adheridas al suelo que desconfiamos de poderlas arrancar.

Cada mañana, cuando podíamos permanecer fuera, los dos que estaban libres durante el día del servicio de cocina, se encaminaban al lugar del trabajo. Con las duelas de un barril de pan, roto, que nos servían de palanca, y algunos trozos de piedra como puntos de apoyo emprendimos la tarea de despegar las pieles que necesitábamos.

Acometimos una empresa sumamente pesada dadas las condiciones en que trabajábamos. Hacía tanto frío que nuestras barbas formaban una verdadera masa de hielo, mientras el sudor brotaba de nuestro cuerpo, debajo de la sucia ropa de lana, que se empapaba y volvía aún más pegajosa.

En el declive, cerca de la choza, teníamos nuestro stock de carne de pinguino, dispuesta en tres montones cubiertos con bloques planos de piedra. A veces acontecía que durante los días muy fríos teníamos que salir forzosamente y extraer los víveres de uno de los montones para poder surtir nuestra despensa vacía. La masa de carne estaba, por lo general, tan fuertemente helada que nos veíamos obligados á separar los trozos que necesitábamos con el martillo y un hierro de la tienda que servía de escoplo.

Los zapatos de piel de foca quedaban al cabo de pocos minutos completamente helados, y entonces nos parecía que arrastrábamos pesados trozos de madera en vez de pies; además, los guantes rotos, que no lográbamos nunca tener secos, adquirían tal rigidez que no podíamos ni mover los dedos. Cada diez minutos teníamos que interrumpir nuestro trabajo para avivar la circulación de

nuestros miembros ateridos, moviendo los pies y agitando los brazos.

Por entonces aparecieron las palomitas de mar, las cuales apeonaban alrededor del lugar de nuestro trabajo. Por aquel tiempo tenían que conformarse con picar los pedazos de piel de foca que arrojábamos de la choza después de gastada la grasa. Cuando descubríamos el stock, miraban con avidez la carne helada.

Aquellos pájaros tan lindos, eran, á más de ágiles y espavilados, unos perfectos ladrones. En cuanto nos distraíamos un momento, acudían cautelosamente al cebo de la carne suelta, que se llevaban en el pico.

*

Además de nuestras tareas domésticas habíamos ideado otros entretenimientos; al empezar la invernada Duse se propuso hacer un juego de ajedrez. La tapa encarnada de una gran lata de cacao nos sirvió de tablero y se marcaron las sesenta y cuatro casillas, haciendo saltar la pintura en las correspondientes á las blancas. Nos sirvieron de piezas algunos cartuchos de distintas clases que, una vez vaciados de perdigones y arrancado el cartón, quedaba el fondo de metal figurando los peones; con cartuchos de pistola hicimos los alfiles, y con pequeñas modificaciones las piezas restantes. Este juego obtuvo un gran éxito, y, especialmente los primeros días, nos sirvió de grato recreo.

Pronto tuvimos que pensar en ocupaciones más útiles, por ejemplo, en remendar los zapatos rotos y abiertos, que por momentos se tornaban inservibles. Como á pesar de las composturas y remiendos siempre estaban rotos,

decidimos hacerlos nuevos, y trabajando metódicamente conseguimos tener listo nuestro flamante calzado el día de San Juan.

Para organizar nuestro trabajo zapateril é improvisar los útiles necesarios tuvimos nuestras dificultades. Contábamos solamente con una aguja de coser lona, y ésta era la más indispensable de todas nuestras herramientas. Tuvimos la suerte de que no se nos rompiese cuando tirábamos con toda nuestra fuerza para hacerla pasar con la gruesa correa á través de la dura piel de foca. A veces saltaba y la perdíamos cuando estábamos trabajando á la débil luz de la lámpara de grasa. Entonces nos apresurábamos á buscarla con afán hasta dar con ella, encontrándola á veces dentro de algún saco de dormir ó sepultada en el lodo del inmundo pavimento.

Necesitábamos naturalmente una lezna para abrir los agujeros en el cuero, y para construirla arrancamos un clavo largo de una de nuestras cajas de madera, afilándolo después sobre una hoja de pizarra que habíamos encontrado en lo alto de las cercanas lomas. Grunden se encargó de poner un sólido mango de madera á la flamante lezna. Sólo nos faltaba procurarnos el hilo necesario para coser el calzado.

Mis brodequines de piel fina de ternera, aunque estaban destrozados por abajo, conservaban el material en bastante buen estado, y lo utilizamos para cortar con sumo cuidado delgadas tiras, tarea que no resultó muy fácil, porque el cuchillo no cortaba lo suficiente, la mesa cojeaba demasiado y el alumbrado era deficiente. Empleamos un día entero para cortar un pequeño ovillo de tiras.

Grunden y yo nos hicimos zapatos del mismo modelo un poco complicado. Empleamos como armadura inte-

rior nuestros botines, que cosimos sólidamente á unas suelas de piel de foca; revestimos el material con piel de pin-



Una línea diaria era todo lo que podía escribir.

guino joven, que era más suave, y cubrimos ésta á su vez con piel de foca, cosiendo finalmente otra suela más recia. Al comenzar nuestra faena tropezamos con muchas di-

ficultades, pero á medida que nos ejercitamos en el nuevo oficio, las fuimos venciendo poco á poco. Duse se hizo un par de zapatós muy artísticos, con suela de madera. El material para las suelas lo sacó de los fondos de uno de los barriles de pan. Para sujetar el material de piel de foca á esta suela de su invención, hizo con el cuchillo una ranura junto al borde del tosco pedazo de roble, en la cual fijó la piel con tachuelas hechas de la misma madera, aguzadas convenientemente.

Teniendo en cuenta la falta de elementos para realizar nuestra obra, resultó bastante acabada. Los zapatos de Duse, aunque más vistosos, no eran tan fuertes como los nuestros, porque la piel de foca se desgastaba mucho en el borde de la suela de madera. Así y todo, ofrecían la gran ventaja de absorber menos la humedad cuando, durante el tiempo benigno, el pasillo de la antecámara y á veces el interior de nuestro recinto se inundaba de nieve derretida.

Duse andaba entonces con los pies secos metidos en sus zapatos de madera, mientras nuestros botines forrados de piel se empapaban de agua, y aunque no llegaba dentro fácilmente resultaban bastante húmedos.

Mucho mejor resultado nos dieron durante los días de frío intenso; la piel se helaba entonces adaptándose á la forma de los pies, que se conservaban bastante secos; de todas maneras resultaban siempre sumamente resbaladizos, de modo que muchas veces, durante las marchas, patinábamos sin querer y nos caíamos sobre el hielo, duro y escurridizo como el cristal.

Cuando, por fin, el día de San Juan tuvimos los tres nuestro calzado en disposición de utilizarlo, nos sentimos satisfechos y seguros. Ya no tendríamos más frío en los

pies como antes y podríamos pasearnos tranquilamente, aunque el tiempo no fuera muy bueno, sin miedo á quedarnos descalzos.

Así pensábamos, pero no nos duró mucho la alegría. Pronto empezaron á agujerearse también los zapatos de piel de foca y teníamos que remendarlos continuamente. Así conseguimos que nos durasen todo el invierno, y esto era, al fin y al cabo, lo que nos proponíamos.

*

Cuando soplaba el frío vendaval era la choza nuestro seguro abrigo, inapreciable para nosotros; pero en cuanto llegaba el tiempo benigno acabamos por odiarla, pues á través de las numerosas grietas caía agua del deshielo y se nos hacía la vivienda insoportable.

Nos habíamos imaginado, al empezar la invernada, que tendríamos que luchar contra un frío más intenso, pero igual y constante, y con objeto de proteger la choza lo mejor posible contra la intemperie, cubrimos no sólo las paredes exteriores, sino hasta el techo con una gruesa capa de nieve.

Bien pronto, como dejo indicado, tocamos las consecuencias de nuestra falta de previsión; unas veces cuando mejoraba el tiempo y otras cuando el calor interior de la choza era excesivo, producíase un repentino derretimiento en la capa de nieve y á través de los innumerables resquicios de la cubierta caía una verdadera lluvia dentro de la choza.

Las variaciones atmosféricas sucediéronse rápidamente, produciéndose tempestades del sudoeste seguidas de

intenso frío. Un extracto del libro diario atestiguará esto mejor que la más literaria descripción:

Marzo 18-21.—Tempestad de nieve.
» 23-24.—Idem.
Abril 2-3.—Tiempo benigno.—Fuerte goteo del techo.—Grandes acumulaciones de agua en la entrada y en el suelo de la tienda.
» 10.—Granizo.
» 12.—Tormenta de nieve.
» 15.—Tiempo benigno.—Fuerte goteo y riachuelos de agua en el pavimento.
» 21-24.—Tormenta de nieve.
Mayo 8.—Tiempo benigno.—Goteo en la techumbre.
» 9-11.—Tempestad de nieve.
» 14.—Tiempo benigno.
» 19.—Tiempo muy apacible y fuerte goteo.
» 24.—Tormenta de nieve.
» 27.—Idem.
» 29.—Idem.
» 30-1.° de junio.—Tiempo benigno.
Junio 2-6.—Tormenta de nieve.

Estos datos demuestran los rápidos cambios atmosféricos durante el período que podremos llamar anteinvierno. Más adelante disfrutamos algunos días benignos, mas en el libro diario se ven anotadas, sin embargo, épocas lluviosas durante el mes de agosto. Era realmente una contrariedad para nosotros tenernos que preservar unos días contra el intenso frío de la tempestad y otros

contra el agua del deshielo que invadía nuestra choza. A veces sobrevenía uno de estos aguaceros mientras estábamos durmiendo. Duse, que tenía su cama más cerca del fondo de la tienda, donde el suelo era algo pendiente, se despertaba entonces escalofriado y se encontraba en medio de un charco de agua que se había acumulado en aquel rincón de la choza. Cuando el deshielo era más lento, caían grandes gotas de agua desde la techumbre y rezumaban por las paredes, salpicándonos donde quiera que nos guareciésemos, mojando los sacos de dormir y estropeándolo todo.

Hicimos lo posible, en cuanto pudimos, para evitar este engorroso goteo colocando varias latas de conservas por todas partes donde el agua se filtraba. Estos recipientes para recoger el goteo tenían que vaciarse á menudo, lo que nos causaba un enfadoso trabajo. Por lo demás, el agua buscaba siempre nuevos caminos á través del maltrecho cobertizo, de modo que últimamente se veía el techo lleno de latas movedizas que colgaban como una colección de faroles de kermesse, pero desgraciadamente apagados.

Una noche nos mojamos todos hasta los huesos, pues el agua se había filtrado silenciosamente hasta formar un gran charco en el suelo. Los sacos de dormir, por su parte inferior estaban completamente podridos, y la mayor parte de las pieles de pinguinos que extendíamos por la noche en el suelo, debajo de las camas, tuvimos que tirarlas. Más de una vez se secaron aquellos infectos sacos de dormir con el calor de nuestro cuerpo, y durante algún tiempo necesitábamos no poca fuerza de voluntad para meternos por la noche en aquellas húmedas y enmohecidas madrigueras.

Duse, que ocupaba el peor sitio para dormir, sufrió mucho por la humedad: por fin tuvo la feliz idea de poner debajo una armadura hecha con dos fondos de barril. Así consiguió aislar algo su cama, y como quedaba un poco elevada no corría el riesgo de un nuevo «naufragio».

Los días «de goteras» nos proporcionaban una buena ocasión para fregar el suelo de la choza. Como estaba lleno de hoyuelos, teníamos que desalojar el agua con recipientes de lata, y después procedíamos á la limpieza del pavimento rascándolo con un cuchillo. De este modo recogíamos cada vez varias latas llenas de basura negra, correosa y semilíquida, que se componía de agua, grasa de foca, hollín, pedazos de cuero y muchas otras basuras.

Cuando hacía mucho frío y teníamos que aumentar la calefacción dentro de la casa, derretíase la nieve exterior adosada á los muros y bajaba el agua por las paredes de piedra hasta el suelo, donde, cuando la temperatura descendía, helábase formando grandes masas.

De cuando en cuando sacábamos verdaderas cargas de este hielo sucio.

Cuando llegó definitivamente el tiempo benigno acompañado de continuas goteras y charcos de agua, resultó insoportable la vida en la choza. Los dos que estaban libres de día, abandonaban entonces al infeliz cocinero entregado á su faena y salían al aire libre.

Por lo general, permanecíamos fuera de casa siempre que el tiempo lo permitía. Constituía para nosotros un verdadero placer poder pasearnos durante los hermosos días, escalando las lomas hasta el lago helado, ó hacia dentro de la bahía sobre el liso hielo.

Allí el hielo estaba siempre limpio y blanco; á la puesta del sol reflejaba la luz á través de la atmósfera, y veíanse á lo lejos las cumbres nevadas de la isla de Joinville teñidas del más vivo carmín, y durante las noches claras y hermosas, al resplandor azulado de la luna, extendíase el desierto y blanco paisaje sumido en la más profunda tranquilidad. Durante aquellos paseos solitarios, que cada cual emprendía por distinto sitio, conseguíamos apartar por algunas horas de nuestra mente la constante preocupación de la mísera existencia que atravesábamos, y nuestro pensamiento volaba libremente muy lejos, soñando con un porvenir más dichoso.

Cuando emprendíamos reunidos algún paseo, apenas si durante el trayecto cambiábamos alguna palabra, pues todo el tiempo nos parecía corto para fijar nuestra atención en la Naturaleza que nos rodeaba, después de los largos encierros en nuestra lóbrega cabaña. Por lo demás, siempre reinó entre nosotros la mayor cordialidad y jamás tuvimos el más pequeño motivo de disgusto, marchando siempre de acuerdo en todo y para todo.

A medida que pasaba el tiempo apreciaba mejor las excelentes cualidades de carácter que poseían mis compañeros, llegándonos á identificar de tal manera para la realización de nuestro cometido, que llegó á establecerse entre nosotros una verdadera fraternidad durante aquel tiempo, que seguramente recordaríamos toda la vida. Yo, por mi parte, tengo sobrados motivos para expresar mi agradecimiento á tan excelentes compañeros de desgracia que me prestaron siempre su ayuda, aunque tuvieron repetidas ocasiones de censurarme, por haberlos conducido con un equipo insuficiente á una empresa de tal magnitud.

Contadas veces durante el invierno habíamos discutido amistosamente respecto á algún pequeño detalle de nuestra vida cotidiana; en cambio sosteníamos á veces acaloradas polémicas ocupándonos de asuntos ajenos á nuestra expedición. Tales discusiones eran breves y corteses y servían para amenizar la triste monotonía de nuestra vida común.

A veces nuestras polémicas terminaban con un «banquete», y era de ver cómo aguzábamos el ingenio para condimentar nuestros guisos con alguna variedad.

Durante aquellos días tristes contábamos, pues, con la seguridad de nuestro compañerismo honrado y afectuoso para vencer todo género de dificultades.



CAPITULO XVI

Invierno.—El bosque petrificado

El blanco paisaje veíase, por fin, completamente desierto. Los pájaros bobos se habían marchado, las focas también desaparecieron; únicamente algunas palomas de mar volaban alrededor de nuestra vivienda, y de vez en cuando llegaba de fuera alguna bandada de osífragos que en rápido vuelo pasaban por encima de nosotros.

Alrededor nuestro había tan sólo hielo, frío y monotonía. El sol, que nos daba vida y calor, enviaba sus rayos cada vez más débiles. Su curso se iba acortando de día en día, y á menudo escondía tras un tupido velo de nieve su disco pálido y frío. Por último adquirió fuerza á mediodía sobre el hielo terrestre en el cabo del Norte. Cada vez más hondamente nos sepultábamos en el encanto de aquel país de hielo.

Teníamos que resignarnos forzosamente á la inacción más completa todo el tiempo que dispusiese la Naturaleza. Entonces sobrevinieron las interminables tormentas de nieve, que durante semanas enteras nos obligaban á

estar presos en la cabaña. Entre el humo y la obscuridad, á la pálida luz del quinqué de aceite, nos entreteníamos en conversar ó nos entregábamos á nuestros sueños y meditaciones, esperando á que el tiempo abonanzase.

Así, pues, cuando una mañana hubo cesado el ruido del viento que batía sobre el techo de nuestra vivienda, el cocinero de turno se dispuso á abrir una brecha á través de la masa de nieve que se había aglomerado delante de la puerta. Con una duela hizo un agujero oblicuo hacia arriba, horadando la nieve hasta que vió una pequeña porción de cielo azul obscuro y un áureo resplandor en torno de la abertura. Prosiguió la excavación y entró en el angosto pasadizo hasta que por fin pudo salir por la abertura y llegar al aire libre.

Quedóse deslumbrado un momento ante la prodigiosa acumulación que se extendía por todas partes inmensamente blanca.

La luz solar había adquirido mucha fuerza durante la larga serie de días tempestuosos. Estaba ya bastante alto sobre el estrecho y dejaba sentir su tibio calor, al par que iluminaba el enjuto y ennegrecido rostro del cocinero.

—¡Hace buen tiempo!—exclamó éste á través del agujero que había hecho en la nieve dirigiéndose á nosotros, que nos hallábamos aún arrebujados en nuestros sacos de dormir. Vestímonos al punto con las sucias ropas de que disponíamos y salimos afuera, después que el cocinero hubo barrido convenientemente el pasillo de entrada, y corrimos sobre la nieve alborozados y contentos, examinando la bahía cubierta de hielo y las lomas escondidas por el blanco sudario que lo cubría todo bajo la pálida luz del sol.

Recuerdo otro día despejado que no me produjo impresiones tan halagüeñas: paseábame por un lugar que frecuentábamos cuando hacía buen tiempo, inmediato al pequeño lago; la atmósfera estaba muy tranquila, aunque hacía bastante frío, y ocultaba el horizonte una ligera neblina, á través de la cual se destacaban con claros perfiles los alrededores más próximos.

En aquellos momentos sobrecogiéronme tristes ideas que no podía desechar, aún cuando procuraba hacerme fuerte pensando en un porvenir más afortunado.

En aquellos momentos el cuadro de la realidad era bien triste; pasar frío y dormir, freir carne y comer, andar errante, en busca de focas, y pasar nuevas privaciones, tal era nuestra vida. Los días transcurrían lentamente, y sin dar cuenta á mis compañeros de aquellas horas de natural desaliento, mi ánimo no se rebelaba ya contra el fatal destino, conllevando el infortunio con toda la resignación posible.

Contemplando á veces la vasta Naturaleza muerta que nos rodeaba, traía á mi memoria las viejas leyendas de las regiones polares.

Aquellas inmensas extensiones habían estado cubiertas de espeso bosque, altos pinos habían dado sombra á las vertientes de sus montañas, las nubes habían derramado su lluvia benéfica sobre los verdes campos y la brisa del mar se había filtrado entre las cimas de los árboles ondeantes.

Pero cuando se vuelve la vista hacia el sol mortecino que envía sus débiles rayos á través de la fina neblina, esta leyenda parece el más cruel de los sarcasmos. Sin duda los titanes de otra leyenda trastornaron el orden de las cosas y, al triunfar, un formidable manto de nieve

hizo abortar la última vegetación y los ventisqueros ocultaron la tierra.

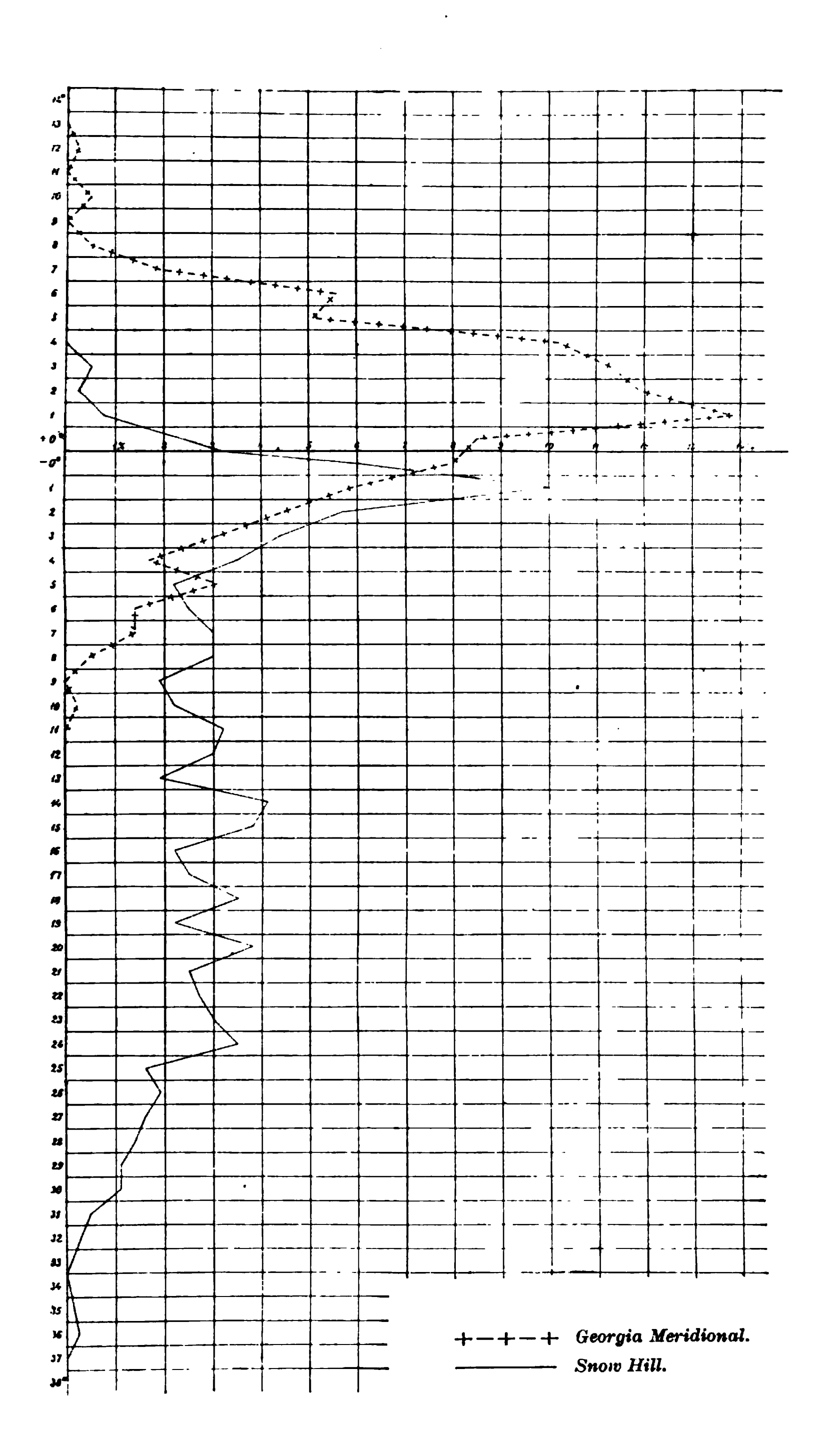
La montaña-Flora, dominando el mar con sus crestas escarpadas, es el monumento sepulcral del bosque petrificado, mientras las lomas de la tierra baja guardan los rastros de otra época, cuando la bahía de la Esperanza



Parte interior de la bahía de la Esperanza.

estaba cerrada por montañas de hielo mucho mayores que las actuales.

Avanza ahora desde el valle un hermoso ventisquero que desemboca en el interior de la bahía de la Esperanza. Su longitud es tan sólo de cinco kilómetros, y está limitado al interior por un glaciar, desde cuyo lado opuesto desciende el hielo terrestre hacia la bahía más próxima del estrecho del Príncipe heredero Gustavo. Encuéntrase, pues, allí el punto donde el hielo se divide, tomando el ventisquero dos direcciones distintas. Hállase encajonado entre altas montañas, desde cuyas cumbres ruedan de vez en cuando casquijo y bloques de piedra que se acu-



+—+—+ Georgia Meridional.
——— Snow Hill.

mulan sobre el hielo al pie de las elevaciones. En el límite interior, entre las distintas afluencias de que se compone dicho ventisquero, emplázanse estas masas de bloques formando largos cordones sobre su superficie (véase grabado página 348 y el mapa general). Termina el ventisquero, al desembocar en la bahía, cortado por un talud vertical de unos veinte metros de altura. Dicho ventisquero de tierra firme es el más importante de su especie de cuantos pudo observar nuestra expedición en el territorio sudpolar; sus canchales son verdaderamente típicos y ofrece una vista por demás hermosa y despejada. Contemplado desde el mar durante un día sereno de verano, cuando la bahía está libre de hielo, el talud, de un color verde azulado claro, y los perfiles de las montañas que se levantan á su alrededor refléjanse en el agua tranquila y obscura de la pequeña ría, produciendo un efecto sorprendente.

Pero así y todo, debe ser este ventisquero un pálido reflejo de lo que fué anteriormente.

Junto al elevado talud extiéndese la abrupta costa sembrada de redondas lomas. Todas ellas presentan suaves declives, y en sus cumbres y laderas encuéntranse grandes bloques de piedra desprendidos de las montañas que flanquean el ventisquero. Hállanse hasta sobre la cúspide de la loma más y más apartada (100 metros sobre el nivel del mar) masas rocosas procedentes del ventisquero, lo cual demuestra que el antiguo movimiento del hielo cortó en dirección longitudinal el valle.

Pero no son solamente estos los rastros más importantes de la extensión antigua del ventisquero del valle.

A 150 metros de elevación, en la pendiente de la montaña Flora observamos restos de canchales cuya situación

no puede explicarse de otro modo que proviniendo del ventisquero. Podíanse ver también al pie de dicha montaña y en muy vasta extensión restos del antiguo ventisquero hasta la extremidad oeste de la costa. Hallamos también piedras de canchales en las inmediaciones de nuestra choza. Era, pues, casi seguro que el ventisquero del valle, en épocas remotas, ocupó toda la bahía de la Esperanza, y que á dos kilómetros del talud actual llegaría á una elevación cuando menos de 150 metros sobre el nivel del mar.

Ya mucho antes de que quedásemos aprisionados en la bahía de la Esperanza, encontré durante nuestros inolvidables días de exploración en el canal de Orleans, rastros indudables de un yacimiento de hielo paleocrístico mucho más extenso que el actual.

La tierra firme y las islas situadas alrededor del canal de Orleans están realmente cubiertas casi por completo de hielo, pero las variaciones de la capa superficial son poco notables. En las costas bajas, especialmente, se observa cuando baja la marea que el agua deja en seco las desnudas rocas, lo que indica que el hielo terrestre no tiene fuerza para llegar al mar. Encuéntranse además en los parajes interiores, al otro lado de la montaña Flora, numerosas corrientes de agua producidas por el deshielo.

Hallamos indudables huellas del hielo paleocrístico en un escollo completamente seco en la actualidad, de más de 200 metros de altura situado en el cabo de W. Spring (mapa belga); las rocas que forman este promontorio atestiguan el formidable desgaste producido por las masas congeladas.

Las mismas huellas habían sido ya indicadas en la

continuación del canal de Orleans hacia el sudoeste, por Antonski durante la expedición belga, aunque su método de comprobación era menos perfeccionado que el que nosotros empleamos más tarde en el cabo de W. Spring.

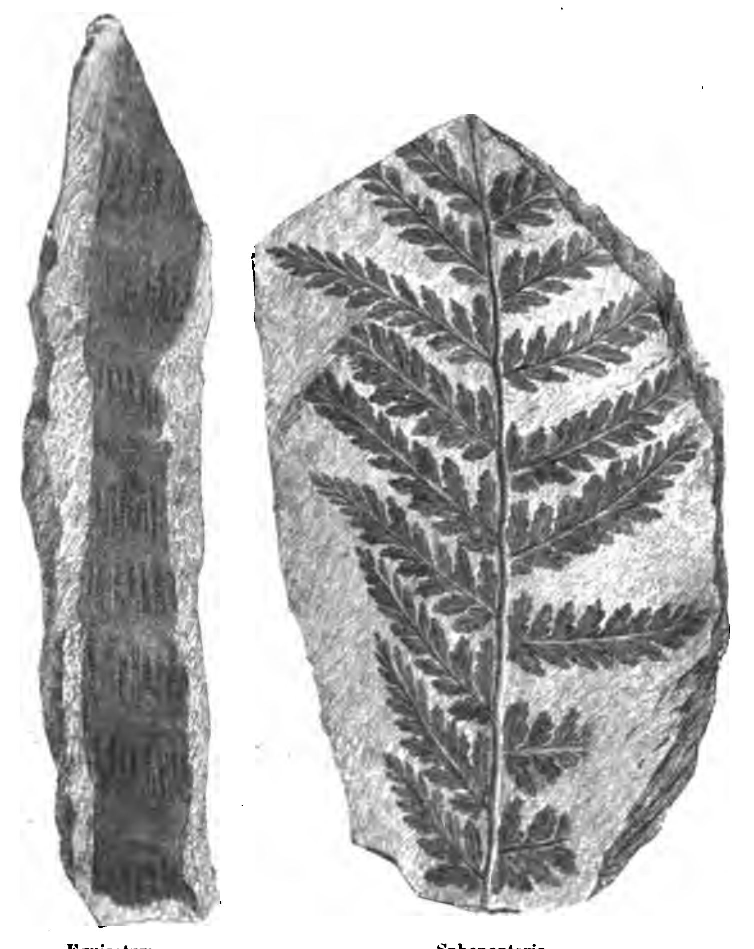
Si resumimos todas las observaciones arriba mencionadas podremos formarnos una idea aproximada de la tierra sudpolar en los remotos tiempos del hielo paleocrístico. El canal de Orleans debió estar cegado por inmensas moles de hielo, la bahía de la Esperanza no existiría en aquel entonces y la montaña Flora fué seguramente la primera elevación que se despojara de su formidable masa congelada.

Los escollos de la costa al deshelarse el agua del mar debieron ser los primeros lugares de incubación elegidos por los pájaros bobos, y hasta los contados declives cubiertos ahora de musgo, orientados hacia el norte, estarían entonces nivelados por la enorme capa de hielo coherente que se extendía sobre el valle y las elevaciones contiguas.

Ningún sér viviente osaría llegar en tales épocas á aquellas latitudes.

El diagrama de la página 349 da una idea de las condiciones de temperatura de la Georgia del Sur y de Snow-Hill, expresada en ambos casos diariamente durante el curso de un año. Si examinamos primeramente la curva de la Georgia encontramos, por ejemplo, una temperatura de + 1 y + 2° casi el 14 % de los días del año, mientras el 8, 5 % corresponden entre 0 y + 1, observándose el resto del año una temperatura media inferior que oscila entre — 10 y — 11°, etc. De estas variaciones de temperatura en la Georgia del Sur expresadas de este modo, corresponden nada menos que el 70 % sobre cero. Si en

cambio se asciende el diagrama sobre el cero, cinco líneas parciales, lo cual significa lo mismo que una baja de 5° en



Equisetum. Sphenopteris.
De la flora jurásica de la bahía de la Esperanza.—Tamaño natural.

la temperatura media de la Georgia del Sur, resultará tan sólo el 14 % de todos los promedios diarios sobre cero. Esto demuestra evidentemente que el clima de la Georgia

del Sur es tal, que un descenso de temperatura de cinco grados produciría directamente una importante congelación en el territorio.

De muy distinto modo acontecen las cosas en el clima sudpolar, donde sube el promedio de la temperatura sobre cero solamente durante el 5 $^0/_0$ de los días del año. En los países antárticos la nieve cae en más abundancia; los días de derretimiento son tan escasos y éste es tan insignificante, que un descenso de temperatura no ejerce influencia directa para producir una congelación general, tal como habíamos visto en otras regiones.

Las condiciones actuales de temperatura son ya en la actualidad bastante favorables para una congelación máxima, y como, según sabemos por experiencia, la cantidad de nieve que cae durante el año es muy grande, hemos de preguntar con sorpresa cuál es el factor que pudo producir una congelación mucho mayor que la actual.

Las tremendas tempestades de nuestros días nos dan la clave de este antiguo enigma. Repetidas veces durante nuestra invernada observamos, al caer la nieve en tiempo tranquilo ó soplando viento flojo, que el campo se cubría de una capa poco sólida y movible de algunos decímetros de espesor. Mas no se conservaba así mucho tiempo. Pronto la tempestad del sudoeste barría la mayor parte de la nieve hacia el mar, mientras se acumulaba el resto en grandes montones. Pero cuando la fuerza del viento aumentaba, llegando á ser huracanado, deshacía los montones que se habían formado antes y eran arrebatados por el torbellino.

Mientras estábamos encerrados en nuestra vivienda esperando á que pasasen los largos períodos de tempestad, cruzaba sin cesar la atmósfera una corriente hura-

canada de arena, casquijo y dura costra de nieve, que venía del interior de tierra firme, azotando nuestro techo y corriendo en dirección al mar.

Así se explica que quede únicamente en tierra una insignificante porción de la nieve que cae.

En tales condiciones, se comprende que sólo un enfriamiento repentino puede producir en circunstancias ordinarias una congelación más extendida.

Débese, pues, la formación de los hielos paleocrísticos en las tierras sudpolares á la ausencia de los vientos huracanados en los tiempos más remotos. Es también indudable que en las épocas de mayor congelación, aunque más desiertas que ahora estas regiones y su clima probablemente más frío, debió ser, no obstante, menos crudo que ahora por no soplar entonces las formidables tempestades actuales.

Respecto á la congelación máxima producida en la tierra de Graham, hay que buscar otra explicación distinta á la que hemos dado respecto á la Georgia del Sur, aunque ambos problemas se puedan agrupar bajo un mismo punto de vista. El célebre meteorólogo profesor H. Hildebrandsson, después de haber tomado nota de los datos aquí mencionados, dedujo que, una disminución en la intensidad tempestuosa en la tierra de Graham, podría explicar la presencia del hielo más compacto en los mares limítrofes formado á consecuencia de un descenso repentino de la temperatura, tal como nosotros supusimos para la Georgia del Sur.

*

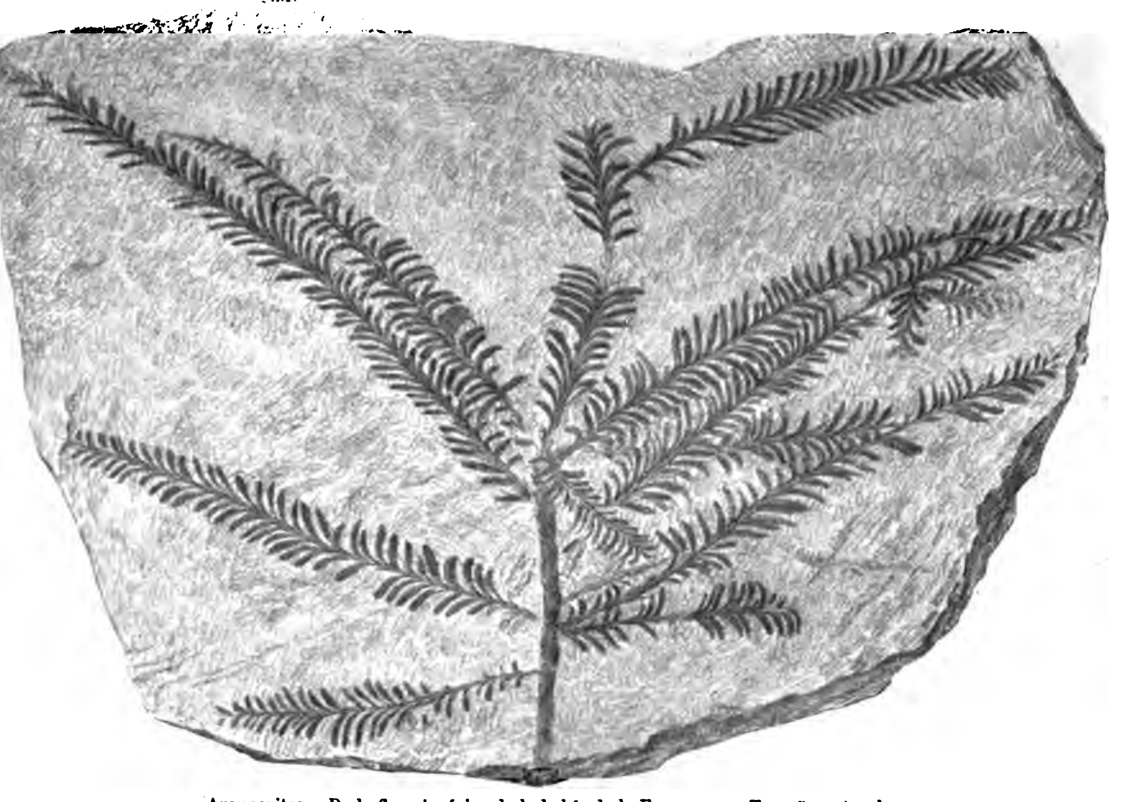
Mucho tiempo antes de la grande congelación, vislumbramos en la historia de la Antártica una época,

durante la cual, poblados bosques cubrían la tierra actualmente sepultada entre los hielos.

Los primeros fósiles vegetales del territorio sudpolar fueron coleccionados por Larsen, quien, en 1893, encontró en la isla de Seymour, durante su viaje á Jason, troncos silíceos de árboles. Aunque son de por sí sumamente interesantes estos ejemplares, arrojaron, sin embargo, poca luz respecto á la naturaleza de la vegetación, de la cual proceden. Complementando el notable hallazgo de Larsen, hizo Nordenskjöld á primer s de diciembre de 1902, en la isla de Seymour, interesantísimos descubrimientos de fósiles vegetales, algunos de los cuales pueden verse reproducidos en el primer tomo de esta obra. Según comunicaciones recientemente recibidas, ha encontrado, además, la expedición inglesa, en la Tierra Victoria, ejemplares fósiles de hojas en un yacimiento de piedra arenisca. Todos estos hallazgos pertenecen probablemente á la formación terciaria.

Bastante más antigua y variada es la flora que tuve la suerte de descubrir en la bahía de la Esperanza. Ya he mencionado en un capítulo anterior cómo se hizo la recolección durante el largo período que estuvimos esperando la vuelta del «Antártico» y cómo construímos la entrada de nuestra cabaña de invierno con las cajas que contenían los fósiles coleccionados. Encontrámos agradable distracción, durante los largos días de invierno, ordenando los ejemplares recogidos que á veces sacábamos y clasificábamos á la débil claridad de la lámpara de aceite, poniendo aparte los menos voluminosos.

Cuando emprendimos el viaje en trineo á Snow-Hill, nos llevamos en una caja de hojalata una pequeña colección de las muestras más características. Más tarde,



Araucarites.—De la flora jurásica de la bahía de la Esperanza.—Tamaño natural.

merced á la amabilidad del capitán Irizar, tuvimos ocasión de recoger con el buque argentino que llegó en nuestro auxilio, las colecciones que habíamos dejado en la bahía de la Esperanza.

Estas fueron entregadas para su definitiva clasificación al profesor Nathorst, quien tuvo la cortesía de facilitarme los dibujos aquí reproducidos, así como la siguiente explicación:

«La rica vegetación, de la cual dan muestra los descubrimientos verificados en la bahía de la Esperanza, pertenece á una fase del período jurásico, cuando todavía no se encontraba ningún árbol frondoso en la tierra y cuando, probablemente, tampoco existían otras plantas *angiospermas*. Verdaderas flores, en el sentido que la generalidad da á esta palabra, no había entonces naturalmente, pero, como en compensación, abundaban las plantas *gimnospermas* y *criptógamas*. Entre las primeras, según los restos encontrados, podemos deducir que crecerían varias especies coníferas, que entonces formaban los bosques propiamente dichos. En primer término se puede citar una *araucaria* que no es del mismo tipo que las especies que se crían actualmente en la América del Sur, pues pertenece al grupo de la *araucaria excelsa* que vegeta en la isla de Norfolk, al este de Australia, magnífico árbol que puede alcanzar una elevación de sesenta metros. Probablemente entre las coníferas habría algunos arbustos de la clase *cycadofyterna,* que cuenta con muchas especies, sin excluir el *otozamites*, entre otras, y el *pterofila*. Las cicádeas, actualmente *cycadofyterias*, tienen generalmente el tronco sin ramas, cilíndrico ó en forma de cono, y por sus hojas recuerda las palmeras, por lo que también se las denomina *palmeras*

cónicas. Las cycadofyterias halladas en la bahía de la Esperanza, pertenecen, en cambio, á otro grupo ahora extinguido, el cual, por lo que se refiere á sus hojas, tiene mayor importancia que las cicádeas, y cuyos troncos, á veces, presentan ramificaciones parecidas á las de algunos arbustos con hojas relativamente pequeñas. Las *ascidias* están representadas por una multitud de familias y especies, entre las cuales debemos citar algunos ejemplares fósiles de *cladophlebis*, *sphenopteris* y muchas otras. Algunas de éstas correspondían á variedades arbóreas.

»Las plantas mencionadas deben haber crecido en terreno seco, pero también se encuentran ejemplares fósiles de plantas propias de parajes pantanosos, por ejemplo, una especie perteneciente á las ascidias acuáticas, llamada *asperilla equisetácea*, y otra de la familia *sagenopteris*; las hojas de estas eran cuatridigitales parecidas á las del trébol cuadrifoliáceo, probablemente crecían en la misma agua dulce, donde se había formado el yacimiento.

»Aunque no he tenido tiempo aun de examinar con detención la interesante flora de la bahía de la Esperanza, puede, sin embargo, asegurarse desde luego que excede en variedad de clases á todas las correspondientes al terreno jurásico de la América del Sur descritas hasta ahora, y puede compararse con la flora jurásica de Europa y con la más abundante de las Indias. Dedúcese de todo esto que las condiciones climatológicas de las tierras antárticas no debieron ser, en aquellos remotos tiempos, distintas de las de aquellos países, lo cual confirma plenamente la semejanza del clima de toda la tierra durante aquel largo período. Finalmente, aquellos vegetales se

habían desarrollado en lugares próximos al yacimiento de los fósiles, sin que fueran transportados hasta allí desde sitios remotos, lo cual prueba evidentemente que había tierra alrededor del Polo en los tiempos de que se trata.»



CAPITULO XVII

Focas de invierno y señales de primavera



LLEGÓ un día, á últimos de mayo, en que la falta de combustible empezó á alarmarnos seriamente. Hasta entonces habíamos conseguido guisar al fuego diariamente por lo menos una vez, y siempre nos habíamos acostado satisfechos, pues la carne no había faltado. Pero la mitad de nuestro stock de grasa se había acabado y parecía que las focas habían desaparecido de aquella región durante el período más frío del invierno.

Nos vimos, pues, obligados á reducir nuestra ración para economizar el combustible. Decidimos contentarnos con dos comidas: al mediodía únicamente recalentábamos algunos restos de asado de la noche anterior, mientras preparábamos la comida y una especie de merienda.

De esta manera fuimos tirando hasta bien entrado el

mes de junio. Entonces, para más economía, acordamos que la merienda era también un innecesario lujo que debía suprimirse. El 23 de junio debíamos merendar por última vez; pero precisamente el mismo día hicimos un descubrimiento maravilloso. Aquel día era yo el cocinero, y mientras estaba sentado en el hogar ocupado en mi faena, llegaron Grunden y Duse de su paseo y me comunicaron con gran contento que había una foca en las cercanías. Tomaron la escopeta, la cargaron con la mayor rapidez posible y echaron de nuevo á correr. Yo me quedé en la vivienda escuchando con ansia á ver si sonaba el tiro. Cuando lo oí, puse en seguida al fuego algo más de café y preparé unas galletas extra, pues era aquel un verdadero acontecimiento y había que celebrarlo.

Ya no sería menester que tocásemos las provisiones de reserva y tendríamos además combustible y carne fresca para diez días lo menos, sin contar con todas las sabrosas menudencias, como el corazón, los riñones y el hígado que estimábamos como el más delicado manjar de cuantos podíamos procurarnos en aquellas latitudes. Más importante aun que nuestra adquisición era la certidumbre de que las focas no habían desaparecido completamente durante el invierno, y podíamos confiar lógicamente que hallaríamos caza más abundante.

No nos equivocamos en nuestros presagios, y de cuando en cuando se nos presentó ocasión de cazar alguna foca sobre el hielo dentro de la bahía. Parecía que llegasen cuando nos eran necesarias una tras otra; no bien habíamos aderezado cuidadosamente los restos de la última, divisábamos nueva presa. Nos decíamos á veces que parecía como si un sér misterioso nos las enviara á

punto, pero el caso era que nos sentíamos más fortalecidos gracias á la carne fresca que nos procurábamos.

En junto matamos, durante nuestra estancia en la bahía de la Esperanza, veintiuna focas; debiendo advertir que de las primeras focas de otoño guardábamos únicamente la grasa y la piel, y de la última que cazamos poco antes de nuestra partida, tan sólo separamos los mejores pedazos de carne y de hígado.

El 6 de julio matamos Grunden y yo una foca, cuyo estómago estaba completamente repleto de pescado (á juzgar por las cabezas fragmentarias que encontré en la masa gástrica muy macerada), probablemente *macrúridos*. Este hallazgo nos animó á intentar un ensayo de pesca, y tan pronto como regresamos de la caza de focas rogué á Duse que probase su habilidad en disponer un aparejo de pesca lo más práctico posible.

Primeramente necesitábamos construir un anzuelo para ensayar el medio más primitivo. Después de algunos intentos con clavos, huesos de focas, etc., como materia prima, Duse hizo su elección y empezó á construirlo. Con el mango de hueso de su cuchillo logró hacer uno magnífico con la punta muy afilada, lo taladró por la parte superior para atarle sólidamente, y obtuvimos un pequeño trozo de cuerda de pescar después de trenzar la mayor parte de nuestro hilo de coser. Para el resto de la cuerda cortó Duse una larga tira de cuero de foca de centímetro y medio de anchura, cubierta de grasa por un lado para que no se resecase y sin depilar por el otro. Uniéronse otras varias tiras á ésta, resultando una recia cuerda de treinta y cinco metros de largo, que arrollada en forma de pelota hacía un bulto grande como la cabeza de un hombre.

Tanto el anzuelo como la cuerda no podían ser de construcción más tosca y primitiva. Para hacer peso elegimos una clavija de hierro rota de la tienda, y como cebo empleamos pedazos de grasa de foca.

El 28 de julio hicimos nuestro primer ensayo de pesca. Hacia el exterior del estrecho se veía agua libre, pero más cerca, en la parte interior del cabo, al oeste de la choza, podíamos, desde el borde del hielo firme, escoger un lugar de conveniente profundidad. No era nada agradable manejar la cuerda húmeda de cuero de foca con las manos desnudas, y empleando los guantes era todavía peor porque llenábanse inmediatamente de agua salada. Alternamos todos en tan poco grata faena; Grunden, que era el más práctico en este trabajo, creyó notar varias veces que picaban en el anzuelo, pero la cuerda subía siempre como había bajado. No se dió por vencido á pesar de todo, y continuó arrojando el anzuelo al agua. Mientras Duse y yo paseábamos por el hielo para calentarnos, vimos que comenzaba á recoger la cuerda con más prisa que antes: aquella vez coleteaba un pez á la extremidad de la cuerda.

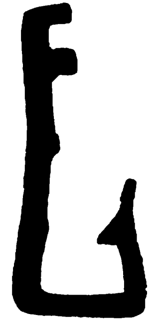
Nos quitamos las gorras y con un fuerte hurra felicitamos al hábil y afortunado pescador.

Nos animó tanto este resultado que estuvimos aún largo rato entretenidos en esta operación, hasta que cogimos después más. Eran estos casi de un pie de largo, *(notothenides)* tenían la cabeza sumamente grande y la boca formidable. Fritos con aceite de foca y con un poco de agua salada resultaron el más exquisito manjar, y sobre todo, daban variedad á nuestra monótona comida de carne.

Así que el tiempo lo permitió, nos dedicamos cada

vez con más afán, á la paciente ocupación de pescar, resultando un agradable entretenimiento durante los días tranquilos. Elegimos después un lugar de pesca más lejano en la bahía y partimos hacia allí, llevándonos como merienda un par de negros beefteacks de foca y algunos trozos de galleta. La primera vez pescamos seis peces, pero la segunda echamos en balde la caminata y el aparejo.

Pronto observamos que los peces mordían no sólo el pedazo de grasa, sino también en varios puntos de la cuerda grasienta. Adheríanse á ella, además, multitud de cangrejos de mar anfípodos, los cuales también se cebaban en ella lo que podían. Resultó de esto que la cuerda en ciertos puntos se adelgazaba considerablemente y tuvimos que reforzarla con frecuencia anudándola trozos nuevos.



Anzuelo construído con una hebilla. Dimensión natural.

En cierta ocasión, y sin duda á causa de un fuerte mordisco, se rompió y el pez quedó en el agua con el anzuelo y con el peso. Suplimos entonces éste con una piedra oblonga, y Duse hizo un nuevo anzuelo con una hebilla de metal. Con estos nuevos aparejos de pesca cogimos todavía algunos peces, pero más avanzado el mes de agosto, probamos en distintas ocasiones sin conseguir que picara un solo pez.

En total cogimos un veintena de peces durante todo el período de pesca. Las aguas de la bahía de la Esperanza proporcionaban, por consiguiente, más entretenimiento que pescado.

Por entonces comenzó á preocuparnos nuestro equipo de primavera.

Finalizaba el invierno y comenzamos á observar débiles señales del cambio de estación. Nuestras circunstancias actuales, aunque habían mejorado notablemente, no eran todo lo halagüeñas que fueran de desear. El socorro que esperábamos, debía venir del norte, pero en caso de no recibirlo debíamos ir más hacia el sur, en busca de los invernantes de Snow-Hill. En el caso de que el «Antártico» hubiese naufragado—temor que á pesar de todos nuestros optimismos no podíamos desechar,—nadie sabría que nos encontrábamos en la bahía de la Esperanza. Si abandonásemos nuestro refugio, podría suceder que, durante el verano, llegase algún buque en nuestro auxilio: pasaría en balde por el estrecho y sería infructuoso cuanto hicieran los tripulantes por encontrarnos.

Nuestra única salvación era encaminarnos á Snow-Hill, mas para llegar hasta allí era necesario que se helasen las aguas del estrecho. El hielo de mar, que durante el verano anterior había sido causa de que se malograsen todos nuestros planes confinándonos en aquel territorio, parecía que se hubiese derretido por completo.

Durante todo el invierno fué desapareciendo poco á poco. A veces, cuando salíamos de la choza después de las fuertes tempestades, estaba la bahía inmóvil y azulada, limpia de hielo hasta la orilla. Entonces fuimos presa del triste presentimiento de que tal vez no hubiera un sólo trozo de hielo entre nosotros y las regiones habitadas. Las aguas del golfo debían estar también despejadas, y todas las circunstancias parecían volverse contra nosotros. Concebíamos los planes más descabellados: pensamos aventurarnos sobre el hielo de tierra y de la orilla y avanzar tan lejos como pudiésemos, para después

con el trineo y el toldo de la tienda como vela hacer una embarcación, en la cual uno de nosotros procuraría llegar á Snow-Hill.

Este plan nos proporcionó el consuelo de una esperanza remota, cuando no veíamos solución más práctica que llevar á cabo. El toldo, del cual tanto nos prometíamos, vimos después de concluir la invernada que estaba completamente roto é inservible. Además, la construcción del bote hubiera sido irrealizable.

El 7 de agosto emprendimos, Grunden y yo, un viaje sobre el hielo de tierra para formarnos una idea general de las condiciones del hielo dentro del golfo. Lo que aquí pudimos examinar nos alentó en sumo grado. Más allá de la isla de Rosamel y de las que ahora llamamos islas Argentinas, divisábase una extensión llena de hielo compacto sobre la cual se destacaba, al parecer, la misma montaña de hielo que habíamos visto allí en febrero. Nuestra próxima excursión de reconocimiento tendría por objeto examinar las condiciones del hielo en la parte más próxima del estrecho del Príncipe heredero Gustavo, que debíamos atravesar para internarnos en la isla de Vega. Hubiésemos preferido ir los tres, ó cuando menos dos en compañía, pero nuestros zapatos estaban tan mal parados, que era preciso ahorrar la caminata todo lo que fuera posible. Como entonces era yo el que estaba mejor equipado, aproveché la ocasión de prestar este servicio á mis compañeros.

Emprendí el viaje á las nueve de la mañana del 2 de septiembre. Me había puesto los patines para nieve para no deteriorar tanto el calzado, pero me fué imposible caminar con ellos, pues el hielo terrestre, aunque duro y consistente, presentaba infinidad de pequeñas prominen-

cias, asperezas y hoyos, producidos por las tempestades. Me vi, pues, obligado á quitármelos y prescindir de ellos en absoluto. A pesar de estas pequeñas dificultades no se presentaba mal la jornada y el tiempo era favorable. Sentíame satisfecho al verme libre por un día siquiera de las obscuridades y suciedad de la cabaña, y hasta me parecía que la triste monotonía del invierno terminaba con este primer viaje sobre el hielo de tierra interior.

Caminaba con viva emoción sobre la elevación de hielo, desde donde, durante el primer viaje en trineo, habíamos divisado la bahía surcada por numerosas montañas de hielo. Una vez orientado examiné el horizonte, hacia el oeste, y cuando me encontré en lo más alto de la loma, el panorama se dilataba libremente á través del estrecho hasta la parte de la isla de Vega, donde en enero habíamos encontrado fácil acceso. La suerte nos favorecía cada vez más; el hielo se encontraba intacto en aquella parte del estrecho cuanto alcanzaba la vista hasta la isla de Vega.

Me senté en la cumbre de la loma de nieve, y lleno de contento me comí con buen apetito las tres galletas que formaban mi provisión, mientras observaba el formidable cono de la montaña Haddington, que erguía á lo lejos su cumbre cubierta de nieve iluminada por el sol, ocultando al otro lado el secreto del destino de los invernantes de Snow-Hill.

A las cuatro de la tarde me hallaba otra vez de regreso en casa, con la buena noticia de que teníamos hielo firme por lo menos hasta la isla de Vega. Aquella larga caminata me produjo cierta fatiga corporal, debida sin duda á la inacción continuada á que estuve condenado tanto tiempo, pero con la misma benevolencia con que



Grunden Andersson. Duse.

Nuestros compañeros recién encontrados á su llegada á Snow Hill.



Pájaro bobo joven dando de comer á su cría.



El «Antártico» entre los hielos.

me ayudaron mis compañeros á mi partida, aliviáronme al regreso de toda clase de trabajo, reemplazándome en la cocina hasta que me repuse completamente.

A primeros de agosto comenzamos á arreglar los equipos para un nuevo viaje en trineo. Nuestra provisión de carne en conserva que habíamos ahorrado para este viaje, consistía únicamente en tres latas de puding, dos de fricandó, una de asado de cerdo, otra de vaca y una lata de carne con coles, reuniendo entre todo raciones para veintidós comidas. Así, pues, calculamos que podríamos comer carnes en conserva una vez al día si aumentábamos nuestras provisiones con carne de foca ó de pájaro bobo.

Empezamos en seguida á reparar esta deficiencia con lo que llamábamos «conservas antárticas». Dedicóse el cocinero durante muchos días seguidos á la preparación de nuestro repuesto, viéndose á determinadas horas ocupadísimo en freir la carne sin apartarse de los hornillos. Conseguimos así el respetable suplemento de unos trescientos beefteacks que bastaban para veinte comidas, y que guardamos cuidadosamente en grandes latas. Además, contábamos con el hallazgo de nuestro depósito que habíamos almacenado en la isla de Vega durante el mes de enero.

Conservábamos suficiente cantidad de café y azúcar, gracias á la gran economía que observamos durante la invernada, y creíamos que no nos faltaría para el viaje en trineo. Contados los terrones de azúcar que guardábamos en otra caja de hojalata resultaron 554, ni uno más ni uno menos. Según nuestro cálculo, podríamos hacer café de dos á tres veces diarias, empleando tres cucharadas llenas cada vez, es decir, más cantidad en

un solo día que en una semana entera durante la invernada.

Debo advertir que durante los viajes en trineo no experimentábamos influencia alguna perjudicial por el aumento excesivo del estimulante en cuestión. En cambio, contribuía á ejercer una acción favorable en nuestra digestión y daba el temple necesario á nuestros nervios, lo cual en nuestra situación tenía no poca importancia. Lo mismo opino respecto á las bebidas alcohólicas que de vez en cuando bebíamos en cortas dosis al terminar la última comida, antes de entregarnos al reposo.

Al emprender el viaje en trineo nos quedaban dos botellas de alcohol de 96° destinado para encender la cocina «Primus»; pero cuando luego comprendimos que podría usarse también el petróleo como combustible, acordamos emplear el alcohol mezclado con agua por partes iguales para beber un poco en ciertas ocasiones, sobre todo después de realizar un duro trabajo.

Es indudable que el alcohol, tomado antes ó después de un rudo trabajo, aun en reducidas dosis, constituye un falso confortante, y en circunstancias ordinarias su uso inmoderado es altamente pernicioso.

Pero hay que considerar que nosotros, durante los penosísimos días de marcha, arrostrando el frío y el mal tiempo, á veces combatidos por la nieve y chapoteando en el agua, necesitábamos algo que, aunque momentáneamente, nos reaccionase y diese fuerzas.

Bromeábamos en muchas ocasiones durante nuestras jornadas, pensando en «la copita» de la noche después de la cena. Encendíamos, al llegar, nuestra cocina «Primus», y entre los preparativos de la comida y el arreglo de nuestras camas, olvidábamos, charlando amigable-

mente, las privaciones del día, esperando conformes á que amaneciera el de nuestra liberación.

Al empezar la invernada habíamos llenado nuestra damajuana, cuya capacidad era de cinco litros, con el petróleo que calculamos necesario para una temporada. Consideramos que este envase sería mejor que el de hojalata, presunción que comprobamos al sacar nuevamente petróleo, que se había helado, derramándose á causa de la herrumbre que se formó en el recipiente, de modo que quedaba tan sólo la mitad aproximadamente de los quince litros con que contábamos.

Sin embargo, como no teníamos ningún otro envase para ponerlo, hubo necesidad de arreglar el de hojalata con unas tiras de goma que llevamos de reserva para la cocina «Primus». Grunden se encargó de esta difícil operación, que llevó á cabo con la mayor pericia.

En otra ocasión dije que habíamos llevado á tierra en nuestro stock algunos paquetes de bujías, las cuales—excepto las tres velas de San Juan—conservábamos aún para alumbrar nuestra tienda por la noche durante el viaje en trineo. Entonces demostró de nuevo Duse su habilidad de artífice construyendo un candelero de madera que podía colgarse como una lámpara. Otro trabajo de carpintería de mayor dificultad fué la construcción de anteojos de madera que habían de substituir los que llevábamos Duse y yo para la nieve, y que se habían perdido, los primeros durante nuestro primer viaje en trineo y los míos hacía poco tiempo.

Duse se hizo unos magníficos con duela de roble, unidos con un cordoncillo, que no había más que pedir; yo, en cambio, construí los míos de una sola pieza, y su aspecto extraño aumentaba con los retazos de paño que

apliqué á los lados, porque el trozo de madera no evitaba del todo la luz (véase grabado página 577 del primer tomo). Los dos modelos llenaron su objeto y los empleamos después durante la expedición á Snow-Hill. La pequeña abertura para la vista estaba formada por una ranura horizontal con un pequeño corte perpendicular para aumentar el campo de la visión.

Como mencioné en otro capítulo, no teníamos más que una aguja de coser velas, que empleábamos con mucha frecuencia para distintos usos, y siempre estaba pasando de mano en mano. A menudo la necesitábamos para recomponer las polainas, remendar el calzado con trozos de lona de la tienda y hasta para coser las suelas de los zapatos, que restaurábamos á nuestra manera con cuero de foca. No holgaba tampoco para zurcir los guantes ó dar unos puntos á una gorra vieja.

Con frecuencia, durante el invierno, habíamos tenido necesidad de reparar las importantes averías de nuestra ropa interior. Para ello sacamos hilo de zurcir de la cuerda que servía para sujetar la lona de la tienda. Deshicimos para este objeto un buen trozo en cabos muy finos, empleando los más gruesos para la lámpara. Para los viajes en trineo tuvimos que arreglar los talones de las medias con material algo más suave que la lona, y para ello cortamos de su parte superior trozos que, deshilados, nos proporcionaron excelente hebra para zurcir.

Una de las tareas más desagradables para nosotros era el lavado de la ropa, que nunca quedaba á nuestro gusto. Una vez probé lavar un par de medias con orines, como lo hacen los esquimales, con objeto de disolver la grasa. El resultado tuvo un éxito completo.

Instalados en la cabaña, al empezar la invernada,

desistimos de lavarnos las manos y la cara, porque en seguida nos volvíamos á ensuciar de grasa, de humo y de hollín, que nos rodeaba por todas partes.

En cambio, nos lavamos dos veces, durante el invierno, los pies con agua caliente, empleando para ello los únicos recipientes de que disponíamos, es decir, las cazuelas de la comida.

Nuestra ropa interior de lana estaba últimamente, como es natural después del largo tiempo que la llevábamos, muy sucia y deteriorada. Cuando dejé el «Antártico» me llevé dos camisas y tres pares de calzoncillos de lana superior, sistema Jäger. A fines de enero creí que no tardaría más de un mes en regresar el buque y me decidí á mudarme de camisa. Pero resultó que llevé ésta siete meses y medio seguidos, hasta que poco antes de la marcha definitiva me puse la que llevaba, que no era de tanto abrigo. Dos pares de calzoncillos que estaban completamente gastados, llenos de agujeros y casi transparentes, los tuve que substituir por los otros menos estropeados, y destiné los viejos para forrarme los pantalones.

Ciertamente que con este indumento no iba vestido conforme al último figurín, pero esto y mucho más se necesitaba cuando el viento nos combatía con furia y la nieve se helaba sobre nuestras ropas.

Todo nuestro guardarropa de reserva consistía en un abrigo y unos pantalones de paño grueso. Grunden tuvo que apropiarse estos en lugar de los que llevaba, que se caían á pedazos, pero aun así, aprovechamos los retales más enteros y menos sucios para remendar otras prendas. Duse quedóse con el abrigo y arreglamos nuestros sacos-camas para dormir.

Aguzábamos el ingenio cuanto podíamos para procurarnos la mayor defensa contra el frío, empleando todo lo que teníamos á mano. Cuando emprendimos el viaje en trineo nos abrigábamos para dormir colocando sobre los sacos-camas un pedazo de alfombra que nos repartimos entre Grunden y yo, cerrando así exteriormente las bolsas por arriba. Duse tapaba la abertura con su abrigo. Hacíamos toda clase de ensayos y combinaciones para que, después de habernos metido en los sacos de dormir quedase tan sólo un pequeño agujero para respirar. Nuestras camas tenían de esta suerte el aspecto más irregular y extraño que pueda concebirse. Sin embargo, llenaron su cometido más tarde, resguardándonos perfectamente durante el frío temporal que sobrevino apenas nos pusimos en marcha, el cual duró dos días y medio que nos parecieron dos siglos.

Cuando hubimos puesto en orden todos nuestros efectos, faltaba aún mucho qué hacer para completar el equipo.

Procedimos á quitar la lona de la cabaña y á sacar el trineo empotrado en el techo. Se había combeado algo á causa de la presión ejercida por la nieve y las piedras, pero le volvimos á su primitiva forma cargando sobre las partes deformadas pesados bloques de piedra durante algunas horas.

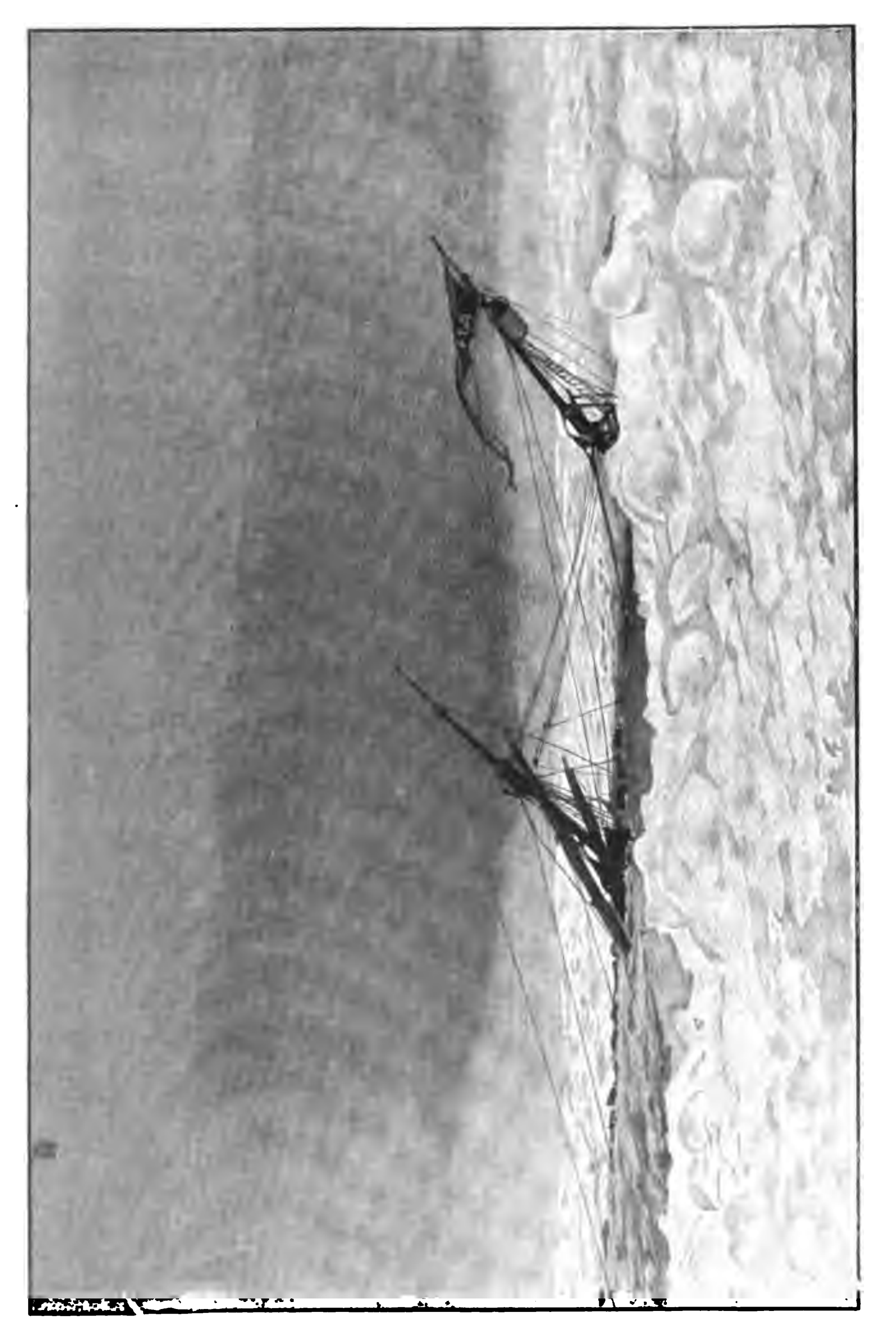
Al recomponer el trineo hicimos un hallazgo de provecho. Cuando le teníamos á bordo del buque estaba atado con una cuerda fuerte y bastante larga, que conservaba todavía y que nos prestó buenos servicios. La deshicimos en seguida y los cabos más finos y consistentes nos sirvieron como bramante para coser la lona y arreglar una tienda que nos sirviese durante el viaje en trineo.

Aunque durante el otoño se había estropeado mucho el lienzo antes de refugiarnos en la choza, Grunden hizo verdaderos prodigios con la aguja y el bramante para reparar los desperfectos. El trozo de lona que tapizaba el pasillo fué substituido por un techo provisional y se añadió á la tienda. Resultó así, después de construída, un extraño contraste de colores: veíanse trozos negros como el carbón unidos á otros de lona limpia y blanca, en la cual destacábanse, sin embargo, algunas manchas grasientas que marcaban las huellas de nuestras manos poco limpias.

De todas maneras podía afirmarse, sin alabanza, que nuestro equipo llenaría su objeto dados los medios de que disponíamos. Pero aunque habíamos dedicado toda nuestra atención y nuestros esfuerzos durante meses enteros para proveernos de lo que necesitábamos, parecía, sin embargo, nuestra impedimenta la de la más mísera caravana.

Si los vagabundos inmortalizados por las descripciones de Alberto Engström, nos hubieran podido contemplar cuando abandonamos la choza de piedra, con los extraños sacos de dormir cargados en el trineo, la lona enrollada llena de remiendos, nuestros anteojos de madera entrapajados por los lados, la lata de petróleo abollada y llena de parches, los largos palos de la tienda al hombro y los patines para nieve de Grunden empalmados con cuerdas; ennegrecidos nuestros rostros por el humo y el hollín, seguramente nos hubieran nombrado en el acto miembros honorarios de sus bohemias corporaciones.

Debíamos realizar algunos trabajos científicos antes de emprender nuestra marcha. Duse acabó su esbozo de mapa de la bahía de la Esperanza, y yo hice algunas



Pérdida del «Antártico».—Al poco tiempo, sólo se veían los topes de los mástiles.

observaciones complementarias respecto á la congelación del agua del estrecho que mencioné en el anterior capítulo.

Pero cuando estaban terminados todos los preparativos, el 20 de septiembre, tuvimos que suspender la marcha. Desencadenóse una tempestad de nieve que amenazaba con retenernos aún por muchos días. Hacía un tiempo pésimo y toda nuestra animación y alegría de los preparativos se había disipado al ver que se aplazaba nuestra partida.

La comida empezaba á escasear, pues todo había sido empaquetado para el viaje, y á través de las formidables aberturas que se abrieron en la pared de la tienda, que no nos cuidábamos de reparar, penetraba la furiosa ventisca. No había más remedio que conformarnos y esperar á que se sosegase el tiempo para huir de aquellos inhospitalarios parajes. No puedo expresar con palabras toda el ansia que teníamos de abandonar aquella obscura vivienda, que Grunden, un día de buen humor, bautizó con el nombre de «Palacio de cristal».



CAPITULO XVIII

Hacia el cabo del Feliz Encuentro

EL 29 de septiembre pudimos, por fin, emprender la marcha. La abertura de la puerta estaba, como siempre después de una tempestad, obstruída materialmente por la nieve. Pero el cocinero en esta ocasión no se molestó en quitarla como de costumbre. En cuanto se convenció de que hacía buen tiempo, quitó sencillamente el techo que cubría el pasillo de la antecámara y salió al exterior por el boquete. El cielo estaba nublado y hacía bastante frío, pero no era cuestión de titubear más. No habían dado las siete cuando todos estábamos en pie. Aun nos faltaba hacer algunos preparativos antes de que pudiésemos abandonar aquellos lugares. Quitamos las tres pesadas cajas de fósiles de su sitio y las transportamos á un depósito que cubrimos con un trozo de toldo del techo, eligiendo para instalarlo el declive de la loma al norte de la cabaña.

Duse, durante los últimos días de forzoso encierro, se había entretenido en grabar en un trozo de tabla la inscripción siguiente:

«Y. G. Andersson, S. Duse, E. Grunden, del vapor «Antártico», invernaron aquí desde el 11/3 al 28/9 de 1902.»

Esta tablilla fué atada al palo de la tienda grande, que dejamos enhiesto en la pared de la choza, y junto al palo colocamos una botella con algunas cuartillas escritas en inglés por Duse y por mí durante los últimos días. Era un corto resumen de cuanto nos había ocurrido, con las instrucciones necesarias para el caso de que llegara un buque de auxilio guiado por las indicaciones que obraban en la isla de Astrolabe. Del documento en cuestión citaré aquí solamente algunas líneas, que encierran una hipótesis que más tarde se realizó:

«Nos asisten todas las razones para suponer que el »capitán Larsen, después de nuestro desembarco, habrá »probado penetrar hasta el banco exterior de la isla de »Joinville. Así, pues, los rastros del «Antártico» y su tri»pulación deben buscarse en las costas nordeste y sur »de la isla de Joinville y pequeñas islas adyacentes.»

Eran ya las cuatro de la tarde cuando todo estaba listo y el trineo cargado. Pocos momentos después partíamos.

A las seis y media acampamos junto á una loma de canchales, en el declive de hielo terrestre donde habíamos llevado pocos días antes algunas provisiones. Mientras estábamos disponiéndolo todo para pasar la noche, empezó á soplar un viento sospechoso alrededor de nuestra tienda, que fué arreciando por momentos. Los sacos de dormir estaban completamente tiesos y helados, la tienda temblaba á impulso del viento, y yo, que había colocado mi cama contra la pared más combatida, me encontré oprimido bajo la masa de nieve que se había

aglomerado contra la lona. Duse, que se había encargado del no muy agradable cargo de mayordomo durante el viaje en trineo, salió por la mañana del saco de dormir para preparar una cazuela de gachas. El frío le impedía manejarse y tuvo que ponerse los guantes para poder coger los utensilios y encender la cocina «Primus». La temperatura se hacía cada vez más insoportable.

Durante la noche siguiente rompióse una de las cuerdas que sujetaban la tienda y parte del lienzo cayó sobre



Foca Weddel con sus crías.—Isla de Cockburn.

mí, la nieve había mojado la tela y lo peor era que nos faltaba sitio para revolvernos dentro de la tienda, más reducida ahora al desprenderse del tirante. Nos armamos de paciencia acomodándonos lo mejor posible, pues era imposible salir fuera con aquel temporal.

Así tuvimos que pasar treinta horas mortales, materialmente prensados en nuestra posición. El único movimiento que podía hacer era encoger algo las piernas y estirarlas con precaución.

No había que pensar en hacer comida. De cuando en cuando Duse nos alargaba una galleta para entretener el

apetito. No teníamos á mano más que cinco para cada uno, y este fué todo el alimento que tomamos aquel día. Con objeto de pasar aquellas horas menos aburridas, Duse me hizo la proposición, que en otra ocasión hubiera aceptado con más entusiasmo, de que continuara mis narraciones de viajes.

Durante nuestros forzosos encierros en la cabaña había comenzado á relatar, por vía de pasatiempo, historias de viajes al Polo Norte y estudios geológicos sobre las regiones escandinavas que había leído recientemente. Pero esta serie de conferencias no se concluían nunca, y Duse mostraba vivos deseos de que las terminase. Pero el malestar producido por la posición inmóvil é incómoda que tenía que adoptar, no era el mejor acicate para coordinar mis ideas.

De todos modos, para complacer á mis compañeros, como si estuviésemos cómodamente instalados en una academia, comencé mi disertación sobre el Mar del Norte, sobre la flora de las costas árticas y últimamente sobre los hallazgos más remotos de la edad de piedra. Pero era evidente que, aunque alzaba la voz cuanto podía para dominar el ruido del viento, no debía resultar mi relación muy clara y atractiva, aunque el amable tono con que Duse me dió las gracias quería demostrarme lo contrario, más por mi buena voluntad que por el resultado de mi peroración.

Grunden me sucedió en el uso de la palabra, teniéndonos pendientes de su maravillosa inventiva durante un rato, y asegurándonos antes que no era patraña lo que iba á contar, pues si bien no fué testigo presencial del suceso, se lo contó un su amigo que formaba parte de la tripulación de un buque velero negrero.

«Cruzaba éste cierto día el mar Pacífico, cuando divisó á otro buque que paró su marcha de repente. Hiciéronle las señales de rúbrica, y como no contestase, echó el velero un bote al agua, y el primer piloto, acompañado por algunos marineros, se dirigió hacia el barco desconocido picados por la más viva curiosidad. No había nadie sobre cubierta ni en los camarotes, aunque todo estaba en el mayor orden, bien acondicionado y limpio. Nada demostraba que hubiese ocurrido el más pequeño accidente ni se veía, en fin, la menor señal que indicase lo que ocurriera. Los botes colgaban de sus pescantes, en la cocina había aún lumbre y en el departamento de la tripulación estaba servida la comida, intacta aun y no del todo fría.

»Ni un solo tripulante apareció por ningún sitio; el camarote del capitán estaba vacío; se buscó en vano por todas partes, hasta en el fondo de la bodega, sin hallar un solo sér viviente. No sabían qué hacer los visitantes; la tripulación del buque noruego era demasiado reducida para tomar posesión del buque misterioso como buena presa y llevarlo á un puerto inmediato. Mientras se investigaba por todos los rincones, un marinero, el amigo de Grunden, encontró en el camarote del capitán un grueso paquete de papeles grabados con extrañas figuras y viñetas, todos enteramente iguales. Guardóse uno de ellos como recuerdo del abandonado buque, para comprobar más tarde que la aventura no era un cuento y que él había estado á bordo, y saltó después al bote con sus compañeros.

»Algunas semanas después, llegó el buque noruego á San Francisco de California. Un día, estando el marinero de visita en casa de un chino que se dedicaba á toda clase

de negocios, sacó su papelillo lleno de grabados y se lo mostró después de contarle su procedencia. El chino le ofreció inmediatamente cincuenta centavos, pero hizo la oferta tan súbitamente que el marinero sospechó que valdría más. Pasábaselo por delante de las narices, y el chino, codicioso, aumentaba la oferta con rapidez: uno, dos, cinco, veinte dollars. Los ojos del marinero brillaban de contento y las manos del mogol especulador temblaban de avaricia. Pero cuando hubo llegado á diez dollars, se plantó definitivamente, moviendo la cabeza en señal de que no daría más.

»El marinero tomó esta cantidad y se divirtió de lo lindo durante algunos días, al cabo de los cuales llegó á bordo sin un centavo, risueño y satisfecho.

»Pero cuando sus compañeros se enteraron del lance y cayeron en la cuenta de que dejaron en el buque misterioso una verdadera fortuna en billetes de Banco, no tuvo límites la desesperación que se apoderó de todos ellos, pagando su indignación con el torpe marinero que se había reservado el descubrimiento.»

En estas y semejantes pláticas pasamos el día sin atrevernos á abandonar nuestro refugio. Por la noche nuestra situación había empeorado: yo me encontraba continuamente oprimido por la lona cubierta de nieve, de tal manera que no podía moverme. A veces perdía la noción de mis sentidos y me quedaba como aletargado, confundiéndose en mi imaginación el vago ruido de la tempestad reinante con los más extraños sueños. La cabeza me ardía y mis pies estaban ateridos de frío.

Al día siguiente, por fortuna, la tormenta había cesado. Duse y Grunden fueron los primeros en salir de los sacos de dormir y prepararon en seguida una excelente



Hacia Snow-Hill.

comida. Medio tullido, pude también salir yo de aquella especie de *in pace*, que á poco me sirve de sepultura.

El cielo estaba completamente despejado. El sol brillaba con todo su esplendor sobre el estrecho, haciendo brillar las azuladas moles de hielo. Allá abajo todavía pudimos distinguir nuestra abandonada choza como una mancha obscura en medio del paisaje y el enhiesto pregón de nuestra invernada en la solitaria bahía.

Durante los siguientes días adelantamos poco á poco con tiempo variable y más malo que bueno. Seguimos el mismo rumbo que durante el primer viaje en trineo. El día 6 de octubre llegamos á la bahía que ya hemos descrito, y que se distinguía por sus numerosas montañas de hielo. La nieve que cubría el suelo entre los innumerables glaciares estaba bastante firme é igual, de modo que adelantábamos con bastante rapidez.

Habíamos calculado el tiempo de nuestra llegada á la estación invernal, de modo que en caso de extrema necesidad nos alimentaríamos con las focas y pájaros bobos que cazásemos, porque consideramos muy inseguro que á los compañeros de Snow-Hill, después de tan larga estancia, les sobrasen víveres para tres inesperados huéspedes. Por esto esperábamos con ansia que apareciesen focas en estas aguas cubiertas de hielo firme, no perdiendo ocasión de investigar por todas partes.

Por fin, cerca de nuestro primer acampamento, sobre el hielo de mar, observamos dos focas cerca de una grieta de la orilla, que estaba siempre abierta por la marea.

Durante los días siguientes las vimos á centenares, unas veces sueltas y otras en grupos de una veintena. Todas pertenecían á la misma clase, de Weddel, la cual

era, por lo visto, la que habitaba en la orilla, aunque á veces avanzaba hasta el hielo firme interior, distinguiéndose de la especie común antártica conocida con el nombre de cangrejera, que puebla el hielo flotante y la parte del margen que se encuentra lejos de las costas hasta una ó dos millas de distancia.

Las focas Weddel debían permanecer allí todo el invierno, porque vimos los agujeros en medio del liso campo de hielo, á través de los cuales subían y bajaban. En ciertos puntos habían desaparecido los agujeros á causa del espesor que adquiría el hielo y que las focas no podían atravesar.

El segundo día de nuestra estancia en el hielo de mar (7 de octubre) hicimos un desvío hacia el lugar donde, durante la tempestad de nieve del 8 al 10 de enero, habíamos perdido algunos de nuestros valiosos efectos. Los montones de nieve habían disminuído realmente, pero así y todo, eran bastante grandes para ocultar el sitio que buscábamos, y á pesar de nuestras pesquisas, tuvimos que abandonar la idea.

En este lugar disfrutamos extensa vista para apreciar las condiciones del hielo hacia la parte exterior del golfo. Desde un punto situado á unos cuantos kilómetros más al este en la tierra firme donde nos hallábamos, se extendía el hielo del estrecho del Príncipe heredero Gustavo hasta la parte interior del cabo Gordon y la isla de Vega. Más allá de dicho cabo se veía también una faja de hielo, pero al este encontrábase el mar completamente libre tan lejos como alcanzaba la vista á través de la nebulosa atmósfera.

Alrededor del cabo de Gordon no se veía hielo firme, lo cual era una contrariedad, pues si pudiésemos pasar

directamente á la isla de Vega é internarnos después hasta Snow-Hill, podríamos estar completamente seguros de que el «Antártico» ú otro buque de socorro, nos encontraría allí durante el curso del verano.

Las condiciones del hielo del golfo eran, á principios de octubre, mucho más favorables que á mediados de enero del verano anterior, y en el estrecho del «Antártico», que todo el verano anterior había estado obstruído por el hielo, había ahora, según lo que habíamos podido observar durante las últimas semanas, agua enteramente libre hasta cerca de la isla de Rosamel.

Toda la mañana había reinado un viento bastante fresco del norte, acompañado de nieve y agua. Al mediodía, mientras hacíamos algunas ligeras excavaciones en busca de los objetos perdidos, sobrevino una copiosa nevada seguida de lluvia que nos caló por completo, entrándonos el agua hasta los zapatos que chapoteaban al andar. Para conservar el calor nos apresuramos á enganchar el trineo y emprendimos rápidamente la marcha á través del estrecho en dirección hacia la isla de Vega. Caminamos á buen paso por espacio de tres horas. Había cesado de nevar y el tiempo era bastante soportable, cuando ocurrió una de esas repentinas variaciones de temperatura que hacen el clima antártico tan traidor y peligroso. El viento del norte, que cesó por algunos minutos, había despejado la atmósfera. Entonces se levantó un viento sur algo más fuerte y de repente bajó la temperatura muchos grados bajo cero.

Nuestras ropas mojadas pusiéronse tiesas como una coraza y crujían á cada movimiento; el calzado estaba duro como la piedra.

Mientras estábamos discutiendo la conveniencia de

acampar cuanto antes, vimos un grupo de focas delante de nosotros sobre el hielo. Pensamos inmediatamente que no vendría mal un buen asado de carne fresca y elegimos la más pequeña que había para sacrificarla. Tenía unos siete metros de longitud y estaba tan gruesa que parecía una pelota, con la parte superior gris y manchas claras en el vientre.

Mientras descuartizamos el animal y armamos la tienda, había recrudecido el viento, que era sumamente frío. Una vez que estuvimos resguardados bajo la lona, Grunden, que hacía tiempo se quejaba, se sentó sobre su saco de dormir y comenzó á desatarse precipitadamente los cordones del zapato izquierdo. Por más que quería ocultar su sufrimiento comprendimos que algo grave le pasaba cuando dijo con voz insegura:

—Se me han helado los dedos de este pie.

Quitóse las dos medias que llevaba, y ayudado por Duse que me alcanzó una taza con un poco de nieve, comencé á frotar los dedos helados y encogidos. No sentía Grunden nada en ellos, ni podía decir cuál era el dedo que le frotaba.

Al principio no se observaba cambio alguno; mas yo pensé que aquel remedio cuando menos no podía empeorarle y le di ánimos para que no se impacientara. Por fin, después de un rato logramos poco á poco volver la circulación de la sangre á las partes heladas, que fueron tomando su color natural. Entonces pudimos respirar libremente, pues en verdad habíamos pasado un rato angustioso.

Durante esta operación, aunque Grunden aparentaba tranquilidad, aguardando con paciencia el resultado, comprendí que no las tenía todas consigo, y así que

pudo ponerse en pie nos estrechó la mano diciendo que jamás volvería á «consentir» que se le helasen los dedos.

Duse se ocupó inmediatamente de los preparativos para poner en marcha la cocina, y mientras Grunden se cambiaba de medias y se envolvía los pies en la manta de guanaco para conservar el calor, el asado de foca en su punto dejaba esparcir un delicado aroma. Aquella comida fué una de las más apetitosas y alegres que celebramos en las regiones del eterno hielo. Así terminó aquel día que con tan desgraciados auspicios había comenzado.

Mientras estábamos en la choza de invierno reflexionando sobre nuestra situación, nos sentimos animados con la esperanza de encontrar nuestro pequeño depósito de provisiones que habíamos almacenado á principios de año en la isla de Vega. Con todo el cuidado posible habíamos escogido el lugar: una pequeña loma aislada y libre de hielo. Las latas de conservas y otras provisiones estaban perfectamente resguardadas con piedras y el saco de pan sólidamente atado con tres cuerdas y envuelto en tela impermeable coronaba la cima del cerro como señal del depósito. En aquel sitio relativamente elevado no era fácil que la nieve hubiera cubierto nuestro stock. Empero, cuando visitamos después la bahía de las montañas de hielo y vimos cómo la nieve se había acumulado en formidables masas que ocultaban por completo hasta los más gruesos bloques de hielo, igualando la superficie de hondas simas, nos preguntamos con zozobra si también nuestro depósito se encontraría completamente oculto debajo de la nieve. Nuestros presagios se cumplieron, y cuando el día 9 de octubre por la mañana llegamos á la isla de Vega, nos quedamos asombrados al ver cómo

había cambiado el aspecto del paisaje la formidable capa de nieve caída durante aquel largo período.

La topografía del país había variado por completo, costándonos mucho trabajo reconocer los lugares que habíamos visitado anteriormente. Creímos en el primer momento que nos sería imposible distinguir el lugar donde instaláramos el stock.

Dejamos el trineo sobre el hielo de mar, y mientras Duse y Grunden se encaminaban hacia la orilla para matar una foca, me encaminé yo en dirección opuesta, para seguir mis investigaciones.

Avancé buen trozo, fijándome mucho en la lisa y blanca capa de nieve, donde no había ninguna señal que me sirviese de guía. Ya comenzaba á desanimarme, cuando, de repente, ofreciéronse á mi vista unas obscuras manchas sobre la blanca superficie, que determinaban la situación del depósito. Todo estaba en buen estado; debajo de las piedras encontré las latas de conserva, la de la mantequilla, la botella de alcohol y la damajuana de petróleo. El contenido de los envases estaba helado, pero no se había roto nada, ni el saco del pan había sufrido graves averías. Lo desaté en seguida y mis manos grasientas dejaron sus huellas en los trozos de pan que saqué con objeto de examinarlos. Unicamente algunos pedazos que ocupaban la parte superior, se habían mojado un poco á causa de la humedad; todo lo demás se hallaba en el más perfecto estado. Di vuelta á mis guantes (porque su interior era muy sucio) y dejé aparte un pan de bizcochada para que mis compañeros lo probasen. Dejé todo como estaba y volví sobre mis pasos, siguiendo el rastro de los patines á donde estaba el trineo.

Cuando Duse y Grunden regresaron trayendo un rico

botín de carne de foca, estaba ya esperándoles hacía rato, entretenido en desplegar la tienda. Sus rostros denotaban la más viva curiosidad por conocer el resultado de mis pesquisas. Yo, entretanto, saboreaba el efecto de la noticia que iba á comunicarles, pues tal vez de aquel feliz hallazgo dependería nuestra salvación. Nos quedaban entonces precisamente tan pocas provisiones, que sólo podíamos contar con ellas durante algunas jornadas, economizándolas mucho.

Mirábanme, pues, silenciosos mis compañeros, que en vista de mi silencio, querían evitar una pregunta, de cuya respuesta negativa creían estar seguros.

Entonces no pude callar ya y, adelantándome solemnemente, saqué de un envoltorio, con mis limpios guantes, el rico pan de bizcochada, que partí en dos trozos, ofreciéndoles uno á cada uno.

Había conseguido el efecto que me proponía: sus rostros melancólicos y negros cambiaron repentinamente de expresión, y rompieron á reir de júbilo.

Excuso decir que lo celebramos dignamente con una suculenta comida.

Acampamos al abrigo de un declive de hielo terrestre. El día siguiente teníamos niebla y nieve, de modo que no pudimos hacer nada de provecho.

Entonces empezamos á tocar las consecuencias de aquel frío intolerable: Grunden volvió á sufrir de los pies, que se le llenaron de ampollas, y á Duse le molestaban mucho los sabañones. Curábamos á Grunden, valiéndonos de los escasos medios de que disponíamos; vaciámosle las ampollas con la aguja de coser velas y aprovechamos algunos trozos de gasa fenicada que teníamos para cubrir las heridas, teniéndonos que valer de toda



Los perros huyeron á buen paso al ver á los desconocidos.

clase de retales para hacer los vendajes. A pesar de estas dolencias causadas por el frío, estaban animados mis compañeros de los mejores deseos y lamentábanse los días que se veían privados de hacer reconocimientos cartográficos y geológicos, indispensables para formarnos una idea general de las condiciones naturales del territorio que cruzábamos.

El día 11 despejóse en parte la niebla, brillando un sol magnífico. Grunden se quedó en el campamento para descansar y sacamos al sol nuestras enmohecidas camas para que se oreasen. Duse, con patines de nieve, se adelantó por el declive de hielo terrestre hacia adentro de la isla, para completar su esbozo de mapa y determinar definitivamente si nos encontrábamos en una isla.

Yo me encaminé hacia el Cabo de Gordon con intención de recoger algunas muestras de rocas de las más altas elevaciones sin hielo, que abundaban en aquel territorio, y formarme una idea aproximada de las condiciones del hielo en la parte exterior del estrecho de Sidney Herbert. Logré lo primero y tuve que esperar para lo segundo á que se disipase la niebla que se extendía al sur del cabo de Gordon, donde vi algunas focas sobre el hielo firme.

A medida que fué desapareciendo la niebla durante el curso del día, pude contemplar distintamente la isla de Vega y el estrecho de Sidney Herbert, que presentaban al surgir de la bruma un magnífico y singular aspecto. A mi alrededor levantábanse innumerables elevaciones de variadas y fantásticas formas, cuya obscura capa de toba formaba extraño contraste con la blanca superficie del hielo.

Cuando el sol comenzaba á declinar, emprendí el

regreso por el hielo terrestre. Bajé la más larga y magnífica pendiente para patines de nieve que jamás había recorrido desde una elevación de 300 metros que formaba un declive suave é igual y ofrecía el más cómodo camino. Corría con vertiginosa velocidad y tuve que frenar con los palos y hacer grandes desviaciones á derecha y á izquierda para moderar algo la velocidad.

Duse había llegado al campamento poco antes que yo. Merced á sus reconocimientos, estaba ahora completamente probado que la parte del estrecho de Sidney Herbert, que separa la isla de Ross de la de Vega, se halla unida con el estrecho del Príncipe heredero Gustavo, y, cuando durante el día hubo llegado al convencimiento de que la vertiente del hielo terrestre de la isla de Vega hacia el sur, hasta el estrecho de Sidney Herbert, era muy peligrosa y casi imposible de bajar, resolvimos volver otra vez sobre el hielo de mar y salvar la citada isla por la parte interior.

La mañana siguiente amaneció apacible y despejada. Marchamos deprisa y cómodamente por el declive del hielo terrestre y nos dirigimos, después de dar vuelta á la isla del Diablo, hacia una elevación rocosa situada al oeste en la isla de Vega, que llamamos el verano último Cabo de Dreyfus, pero que después, en memoria á un maravilloso acontecimiento, tuvimos motivo para volverle á bautizar, dándole el nombre de «Cabo del Feliz Encuentro».

Hicimos un alto á la una para hacer nuestra comida. Aquí y allá, sobre el hielo, encontramos reducidos grupos de focas, divisándose algo más lejos uno que nos llamó poderosamente la atención.

Eran ciertamente unas focas extrañas, pues en vez

de estar tendidas, aparecían derechas. Cuanto más nos fijábamos, más crecía nuestra confusión, sobre todo al notar que aquellos bultos se movían sin género de duda. Un anhelo febril se apoderó de nosotros. Sacamos en seguida el anteojo.—¡Son hombres, hombres!—gritamos. Duse hace con su pistola algunos disparos y nos apresuramos ambos á ponernos los patines para correr á reunirnos con la pequeña caravana que allá á lo lejos, con rápida velocidad, se movía delante de nosotros.

¿Quiénes eran? Sería una partida de trineo de la estación invernal, ó sería tal vez gente del «Antártico»? Por fin nos han visto y vienen á nuestro encuentro. Eran dos hombres y llevaban un trineo conducido por perros; no cabía duda de que procedían de Snow-Hill. El hombre que corre delante de los perros es Nordenskjöld. Cuando hubimos llegado más cerca, se desbandan por completo los perros de Groenlandia al vernos.

Lo que sucedió al encontrarnos frente á frente no puedo describirlo con exactitud. Recuerdo tan sólo que Duse nos preguntó por el «Antártico» y yo, sin más ni más, olvidando mi aspecto salvaje, estreché la mano de Nordenskjöld, dándole los buenos días.

—Buenos días—contestó él cumplidamente sin darse aún cuenta precisa de quiénes éramos; pero tan pronto como Duse dió nuestros nombres, se hizo cargo de la situación. Esta es en pocas palabras la relación de nuestro encuentro con los compañeros de Snow-Hill, cuya violenta é indescriptible impresión quedó para siempre grabada en nuestra memoria.

Así tuvo lugar, por fin, la tan ansiada reunión, de la manera más imprevista del mundo. Nosotros, que habíamos dejado el «Antártico» para acudir en ayuda de

nuestros compañeros, éramos ahora los que necesitábamos socorro.

Unicamente podíamos brindar á Nordenskjöld y á los demás compañeros de Snow-Hill en recompensa del efusivo acogimiento que nos dispensaron, con dos buenas noticias: la primera, que antes de nuestra salida habíamos enviado á Suecia, desde Ushuaia, indicaciones para una expedición de socorro, y la segunda, que, según por lo que habíamos visto, el camino por mar ya estaba abierto en una gran extensión dentro del golfo.



CAPITULO XIX

Después de la reunión

Planes de actividad.—Notable cambio en nuestro estado de ánimo.—Viaje en trineo á la isla de Cockburn.—Análisis de la sangre practicados por el médico.—Vida de campamento y trabajos en la isla de Seymour.

AHORA vuelvo á continuar el hilo de mi narración, en el punto que regresé tan inesperadamente á Snow-Hill con cuatro compañeros en lugar de uno.

Con la llegada de los nuevos compañeros á la estación invernal, empezaba una nueva etapa de nuestra historia. Ninguno de nosotros podía figurarse entonces cuán poco tiempo nos quedaba de estancia en aquellas regiones, mas las semanas que pasamos juntos fueron, bajo todos conceptos, tan distintas de las anteriores, que nadie hubiera dicho que el personal, en su mayoría, era el mismo.

Nuestra idea, en primer término, era trazar un plan para emplearnos durante el tiempo de espera. Duse y Grunden tuvieron que ponerse inmediatamente bajo el cuidado facultativo, instándoles todos á que reposasen en la estación durante un par de semanas. En cuanto á mí, no había abandonado del todo el pensamiento de hacer una excursión á la bahía de Sidney Herbert; pero nuestra última marcha había demostrado las dificultades y peligros que ofrecía semejante viaje. Como el viento del norte y el estado del tiempo, relativamente caluroso, continuaba sosteniéndose los días siguientes, decidimos aplazar este viaje por entonces. Cuatro ó cinco días después de nuestro regreso á casa, no hubiéramos podido pasar con trineo el cabo de Gage, y fué verdaderamente una suerte hallarnos en casa tan pronto, antes de que nuestros pies, dañados por el excesivo frío, hubieran empeorado.

Resolvimos primero hacer un corto viaje á la isla de Cockburn para traer á casa carne de foca y de pájaro bobo y al mismo tiempo proporcionar ocasión á Andersson para practicar estudios biológicos. Yo les hubiera seguido para ayudarles en lo que pudiera, pero comprendiendo que mi presencia era allí innecesaria, dejé mi puesto á Bodman. Jonassen ayudaría á los perros á tirar del trineo y se encarg› además de acondicionar la carne. Una vez que regresaran, debíamos, tan pronto como pudiéramos, Andersson, Sobral y yo pasar á la isla de Seymour y quedarnos allá un par de semanas para emprender investigaciones geológicas y magnéticas. Duse había de empezar algunos trabajos de cartografía, por cuanto se lo permitía ya su salud.

Había naturalmente poco espacio en la casa desde

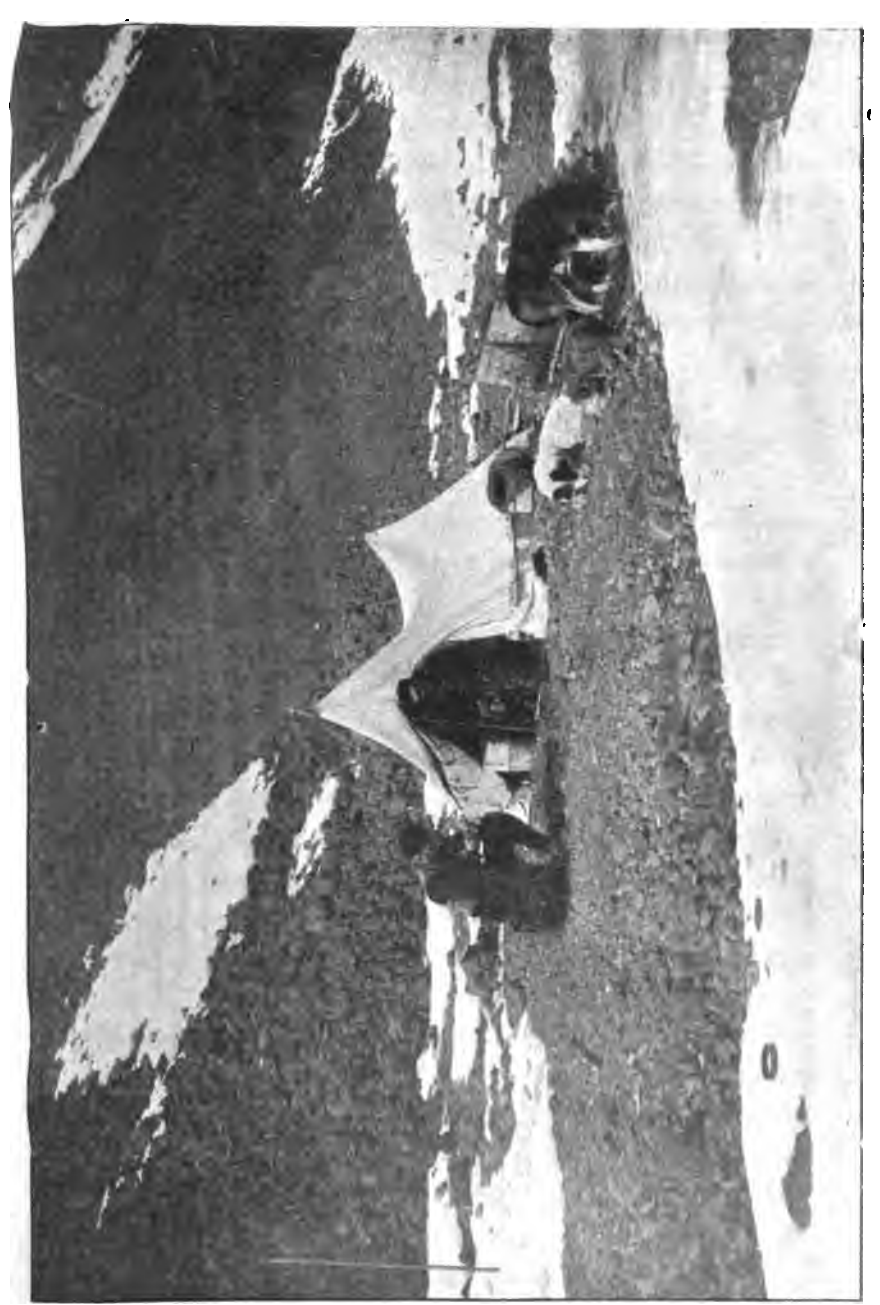
que el número de alojados aumentó tan considerablemente. Los sitios para dormir que se necesitaban para nuest os huéspedes, se dispusieron arriba; como habían disminuído poco á poco las provisiones, pudimos hacer lugar; teníamos también suficiente cantidad de fieltros y ropas para camas.

El trabajo doméstico aumentó considerablemente, de modo que había para todos. Nuestras provisiones de reserva, ropas y efectos, sufrieron notable merma.

A pesar de que nuestra situación no tenía nada de agradable, por lo incierto de nuestro porvenir, ni antes ni después de nuestro encuentro, procurábamos animarnos mutuamente, haciendo toda clase de conjeturas. A ninguno faltaba buen humor; bromas y risas oíanse con frecuencia, se olvidaron las pasadas penalidades y cada cual de por sí hacía todo lo posible para ayudar á los demás. Conversábamos sobre el porvenir alentados por las más risueñas esperanzas, recordando otras veces como sucesos muy lejanos los principales acontecimientos de nuestra vida invernal, llena de accidentes y contrariedades, cual una historia interesante acaecida á otros hombres.

Hallábanse nuestros huéspedes realmente satisfechos, y apreciaban tanto más las comodidades relativas de nuestra vivienda, cuanto que se habían visto sujetos á tantas privaciones. Considerábanse dichosos con poder lavarse y mudarse de ropa, dormir en camas secas y bien arregladas, disponer de libros y periódicos antiguos para entretenerse y participar de los modestos condumios con que nos regalábamos.

Las abundantes raciones que se servían á la mesa desaparecían como por encanto; nuestro apetito había au-



Campamento en la isla de Cockburn.

mentado hasta un grado superlativo, y ya era tiempo de que lleváramos á cabo la excursión en trineo á la isla de Cockburn, para proveernos de víveres en abundancia y no vernos supeditados á consumir exclusivamente nuestras provisiones, las cuales, sin embargo, no teníamos especial empeño en economizar.

Esto no quiere decir que dejáramos de pensar en las contingencias futuras.

No dejaba de preocuparnos que el «Antártico» no hubiese parecido el verano anterior, mas como el mar nunca se hallaba libre de hielo y únicamente le vimos un par de días medianamente despejado, conservábamos la esperanza de que alguna expedición llegaría en nuestro socorro.

Como todos los de á bordo sabían que contábamos con provisiones para dos inviernos, pudo muy bien ocurrir que, después de haber hecho infructuosos ensayos para penetrar á través del hielo antártico y por no arriesgar el buque, hubieran decidido retroceder, sobre todo si no contaban con el carbón suficiente para abrirse paso entre las masas flotantes de hielo. En este caso la situación era distinta, pues en la bahía de la Esperanza había permanecido el mar sin hielo hasta muy entrado el otoño, y desde que Andersson y sus compañeros lograron ponerse en comunicación con nosotros, estábamos en mayor número expuestos al peligro, y la situación había, por consiguiente, empeorado.

Las únicas causas probables de no haber llegado el «Antártico», no debían ser otras que estuviese preso entre los hielos, ó que hubiera sufrido alguna avería que le impidiera regresar á la bahía de la Esperanza, ó en fin, que hubiese naufragado. Pero si el buque estuviera preso

entre los hielos, en algún lugar próximo, tendríamos ya conocimiento de ello, pues durante el invierno los mares adyacentes estaban completamente helados.

Así pues, razonando lógicamente, teníamos que creer en el naufragio, pero no había, sin embargo, ninguno de nosotros que se resignara á persuadirse de ello, particularmente los recién llegados, que ya habían tenido ocasión de reflexionar sobre el particular con datos más recientes.

En realidad, no queríamos creer en semejante desgracia, y siempre que discutíamos sobre este punto preferíamos forjarnos las más estupendas explicaciones á tener que confesar que perdíamos la esperanza de volver á bordo del suspirado buque.

Dedicamos, como dije, los primeros días de nuestra llegada principalmente al descanso. Yo acompañé á Andersson á los principales yacimientos de fósiles que conocía en nuestros alrededores, para darle ocasión de poder apreciar por sí mismo las condiciones geológicas del territorio. El día 21 partieron los del trineo y ya el 23 habían regresado bastante satisfechos de los resultados obtenidos.

Andersson había hecho interesantes descubrimientos zoológicos. La parte baja de la isla, segun se vió, abunda en formaciones sedimentarias del mismo aspecto y edad que las de Snow-Hill, pero su fauna fósil es algo más rica. Extiéndese sobre estas formaciones el duro banco de basalto, que da á la isla su forma característica, y encima de éste parece que existe otro yacimiento de fósiles enteramente distinto de los que hasta entonces habíamos encontrado en dicho territorio.

Bodman había logrado trepar sobre el acantilado, en

parte casi vertical, hasta la parte más elevada de la isla, cuya cumbre, sin embargo, es bastante más baja de lo que Ross supuso, pues tiene sólo unos 450 metros en vez de 750. Nos describió la planicie superior como una pradera de verde musgo, mucho más abundante que en ningún otro lugar de los alrededores. Trajo de la cumbre varias muestras de lava basáltica; mas no por eso debe considerarse la isla como un verdadero volcán.

El resultado obtenido en la expedición de caza fué igualmente fructuoso. Dos focas jóvenes, unos setenta cormoranes y unos veinte pájaros bobos formaron un stock de carne de la clase más superior, suficiente para bastante tiempo.

Según indicación de nuestros huéspedes, asamos la carne con grasa de foca joven y descubrimos con verdadera sorpresa que con ella no se alteró lo más mínimo su gusto, resultando, por el contrario, mucho más sabrosa que como la preparábamos antes, es decir, friéndola en una sartén.

El regreso á casa de la expedición en trineo un día antes de lo que se habían propuesto fué motivado por un descenso barométrico, extraordinariamente repentino, hasta 710 milímetros. Desde nuestro encuentro habíamos tenido un tiempo siempre igual: como no había llegado el verano, el mes durante el cual nos reunimos equivalía al de abril en el hemisferio del norte; pero, á pesar de esto, el sol calentaba de un modo tan inusitado que un día, el 18 de octubre, llegó á marcar el termómetro + 3° 9', temperatura tan elevada que, según la experiencia adquirida hasta entonces, no podíamos creer que pudiese subir tanto, ni aun durante el verano. Era natural que, cuando veíamos descender el barómetro rápida-

mente, empezábamos á sospechar que se abocaba una violenta tempestad como preludio de un pasajero invierno.

Sin embargo, la temida tempestad no estalló en esta ocasión. En los días sucesivos tuvimos viento sudoeste y bajó el termómetro hasta — 10°, pero no podemos decir que hiciera un tiempo realmente malo. Parecía que



Concreciones con eflorescencias y fósiles en la planicie de Snow-Hill.

el largo período de frío que había durado desde nuestra llegada, había ahora abonanzado; entonces pude proseguir cómodamente los preparativos para nuestra excursión en trineo á la isla de Seymour.

Ya desde el principio de nuestra estancia en Snow-Hill, había analizado el médico de cuando en cuando nuestra sangre para examinar los glóbulos rojos que contenía. Podríase presumir que bajo la influencia de la obscuridad y á causa de nuestro modo de vivir habrían disminuído; mas del examen resultó lo contrario: habían aumentado en todos nosotros. Hasta el segundo invierno no se aplicó, sin embargo, un método para el estudio de

los glóbulos blancos de la sangre. Se siguieron estos trabajos con actividad durante nuestra expedición en trineo. Vióse inesperadamente que el número de dichos glóbulos había disminuído en todos nosotros, y además en proporción anormal dada la constitución de cada uno. Era, pues, de sumo interés realizar ahora nuevas observaciones aprovechando la presencia de nuestros nuevos compañeros.

El médico nos sometió á una verdadera sangría, pinchándonos repetidas veces durante el día é imponiéndonos una especial dieta para que las circunstancias de las pruebas pudiesen variar convenientemente. Los resultados fueron, sin embargo, muy singulares. Jonassen y yo demostramos las mismas anomalías que los demás compañeros de invernada, no ocurriendo lo propio con los tres invernantes de la bahía de la Esperanza. No podré exponer una explicación minuciosa de las causas de estas interesantes circunstancias hasta que el doctor Ekelöf publique oportunamente su relato.

El 26 de octubre emprendimos el viaje en trineo concertado por Andersson, Sobral y yo. Nos llevamos un trineo y cuatro perros, que teníamos intención de soltar á la llegada para que pudieran volver solos á casa, pues teníamos el proyecto de estar ausentes bastante tiempo y no queríamos llevarlos á la colonia de los pájaros bobos. Los caminos estaban muy malos; dentro del estrecho había aún nieve, aunque algo blanda, pero fuera, en el hielo de mar abierto en la costa oriental, tuvimos que vadear largos trechos, casi como en diciembre del año anterior.

Había confiado que los perros llevasen nuestro equipo sin dificultad alguna, por no ser muy pesado y llevar

pocas provisiones. Pronto tuvimos, sin embargo, que engancharnos nosotros y necesitamos cinco horas para llegar al depósito. A decir verdad, había pensado continuar todavía más al norte, pero encontramos sumamente cómodo tener la colonia de pájaros bobos á nuestro alrededor, y una vez montada nuestra tienda no se habló ya de continuar la marcha.

Vimos una foca hembra con su cría que estaba acostada fuera sobre el hielo, no muy lejos del lugar donde acampamos. Mientras yo arreglaba la tienda, Andersson y Sobral fueron hacia allá y mataron las dos para aprovisionarnos de carne y grasa para freir. Recogieron también la sangre, y por la noche preparamos con ésta una especie de torta, que frita con grasa de foca resultó exquisita.

Inmediatamente después de comer nos metimos en nuestro común saco de dormir, donde pronto dormíamos profundamente.

Por desgracia cesó el buen tiempo que hasta entonces habíamos disfrutado. Los días siguientes se distinguieron por un viento frío y penetrante, pero, así y todo, no tan fuerte que nos obligase á quedar en la tienda, donde, por otra parte, la estancia era muy desagradable á causa de la continua vibración y ruido de la lona producido por el viento. Por lo demás, era también bastante desagradable estar sentado fuera recogiendo fósiles, aparte de que era expuesto dejar abandonado nuestro refugio, porque una ráfaga de viento podría fácilmente romperlo todo, inconveniente de no haber dado con un sitio más seguro.

El primer día visitamos las localidades de fósiles vegetales, pero con aquel tiempo tan malo la recolección no resultó muy abundante. Los días siguientes emprendimos excursiones á puntos distintos.

Hasta el día 30 no empezó el buen tiempo, de suerte que Sobral pudo empezar entonces sus trabajos magnéticos, mientras Andersson y yo fuimos hacia el norte á lo largo de la orilla y en dirección de las lomas, donde yo, un año atrás, encontré los huesos fosilizados de pájaros bobos. Salvamos un gran talud de nieve, contra cuyo borde exterior trabajaba el mar abierto, desprendiendo grandes bloques que flotaban sobre el agua azul. Nos parecía extraño, atendiendo la estación poco avanzada que atravesábamos, encontrar tanta agua libre, que á disponer de una embarcación hubiéramos podido libertarnos.

Vadeamos ríos, trepamos sobre las rocas y, por fin, llegamos hasta el lugar de mi hallazgo de fósiles. Encontramos también en esta ocasión y nos llevamos preciosos ejemplares; en cambio, no logramos hallar nuevas localidades donde abundasen estas especies, aunque yo siempre, hasta el último momento, me lo había figurado, tanto es así, que experimenté un desencanto al no hallar otros yacimientos.

La mañana siguiente teníamos otra vez viento fuerte y nieve, que nos obligó á quedarnos en casa todo el día, y por la noche estalló una verdadera tempestad. El primer día del mes de mayo teníamos aún viento sudoeste, nieve con agua y—13°. Durante el día se aclaró un poco el tiempo, de modo que pude salir; pero la nieve habíase aglomerado en tan grandes montones, que á veces corríamos peligro al pasarlos. Celebramos el «primero de mayo» lo mejor que pudimos con una comida extraordinaria que se compuso de fiambres (pemmican) sardinas, sopa de conserva, pudings de carne, sangre frita con grasa de foca, y una especie de postre consistente en



La vivienda invernal en la isla de Paulet cuando fué abandonada por la expedición.

manzanas cocidas. Este banquete resultó excelente. Por doquiera, alrededor nuestro, encontrábamos tesoros científicos, en parte ya descubiertos y otros á nuestra disposición siempre que quisiéramos; á lo lejos oíase el fragor de las olas cuando rompían contra el borde del hielo, pareciéndonos un halagüeño saludo de lejanas orillas. Magnífica y abundante comida nos ofreció la Naturaleza, ¿por qué, pues, no habíamos de estar contentos y alegres, aunque fuera de momento? El frío no se dejaba sentir excesivamente cuando salíamos fuera de la tienda.

Quizás será superfluo indicar la inmensa diferencia que existía entre semejante vida de exploración durante el invierno y el verano. En la estación más cruda se experimenta, aún después de haber comido bien, un frío que apenas permite pararse para descansar un poco fuera del campamento; las ropas se ponen tiesas por la helada y la misma capucha se hiela dentro de casa. En tales circunstancias, resulta verdaderamente desagradable tener que desempeñar ciertos trabajos manuales, mayormente, cuando todos los objetos están endurecidos por el frío é inmanejables; por poco que podíamos, en estos casos nos metíamos en el saco de dormir que cada cual debía calentar para que resultase algo soportable nuestra situación, y á la mañana siguiente continuaba de nuevo la misma vida. La primavera es, por el contrario, la única época del año aprovechable para hacer largas marchas, tanto en las regiones antárticas como en las árticas, ya sea porque es de más duración el día y algo menos frío que durante el invierno, ya sea porque el hielo se presta más para caminar sobre él que durante el verano.

En cambio resulta más agradable la vida expedicionaria durante el tiempo de verano, pues, aunque haga frío, cuesta muy poco conservar seco el equipo poniéndolo al sol. La diferencia mayor consiste en que puede uno sentarse, tanto fuera, como dentro de la tienda, sin experimentar frío y sin tener que introducirse á lo mejor en los sacos de dormir para entrar en reacción. La vida en un lugar de campamento, tal como nosotros lo disponíamos, puede muy bien compararse á la accidentada de un turista que se interne por las regiones más desiertas, donde no cuente con otra ayuda que su propio esfuerzo y los medios que le brinde la Naturaleza.

Disfrutábamos por entonces días magníficos. Por la mañana tomábamos nuestro café y preparábamos beefteaks de pájaro bobo ó de foca joven; después salíamos de exploración tan pronto como estábamos preparados, y por la noche, el que regresaba primeramente á casa, se ocupaba en disponer la comida, que consistía generalmente en sopa espesa ó gachas, verduras secas y carne de pinguino cortada en trocitos. Cuando el tiempo estaba hermoso, parábamos lo menos posible en la tienda. Durante las tempestades y el mal tiempo, pasábamos, en cambio, largas horas sentados dentro de casa, ocupándonos en la clasificación de las petrificaciones recogidas, ó leyendo en alta voz hasta la última línea de los periódicos que habíamos llevado para envolverlas. Sobral y yo escuchábamos atentamente la mayor parte del tiempo, y Andersson, que era el último que había estado en contacto con el mundo, relataba toda clase de novedades, aun cuando su fecha no era muy reciente. Durante estas veladas, escuché por primera vez interesantes relaciones de los sucesos ocurridos durante todo aquel tiempo en

los países civilizados, poniéndome al corriente de lo más indispensable para poder cambiar impresiones con mis compañeros dentro del ramo científico que más particularmente me interesaba. Me enteré también extensamente de cuanto se comentó respecto á los trabajos efectuados por la expedición desde que yo la dejé, y llegué á acariciar halagüeñas esperanzas sobre el resultado de nuevos trabajos de exploración que teníamos pensado realizar cuando regresara el buque. Pondría finalmente remate á todo, nuestro feliz regreso á la patria, donde nuestras familias y amigos nos esperarían ansiosamente. Mientras tanto llegase el momento de la partida, no podíamos quejarnos seguramente de nuestra reducida sociedad, pues lo mismo después de llegar nuestros nuevos compañeros, que antes, en la estación invernal, siempre reinó entre todos nosotros la mayor unión y armonía.

Pocas veces se había encontrado nadie en situación parecida á la mía durante este tiempo. La expedición no estaba aún terminada, todavía vacilábamos entre la esperanza y el temor, aunque todas las probabilidades estaban en favor nuestro, y á pesar de todo, se había interrumpido la monotonía de aquellos dos años mortales por otra vida más sociable. Cuando escribo estos renglones, mis pensamientos vuelan á través del mar hacia aquella isla tan rica en tesoros científicos y en perdurables recuerdos para la expedición. De esta última semana guardo solamente gratas impresiones y jamás recordaré tales días sin experimentar un vivo reconocimiento hacia el compañero, cuya presencia en aquellos parajes formaba la última parte de una atrevida empresa para acudir en nuestro auxilio, después de haber cooperado tan valiosamente en todos los trabajos preparatorios de la

expedición. Hubo momento en que pensamos con inquietud que el esperado buque llegaría demasiado pronto. En realidad, nos parecía que en aquella época del año no sería probable que nos llegase otro auxilio que el del «Antártico», tendríamos, pues, que celebrar con júbilo su llegada; más, por otra parte, nos faltaba aún realizar



Junto al observatorio en tiempo de verano.

muchos trabajos interesantes, y anhelábamos disponer de algunas semanas de buen tiempo antes de abandonar aquellas regiones. Por entonces no podía quedarme allí más tiempo; tenía que regresar á la estación por algunos días para cooperar en la disposición de los planes que teníamos proyectados. Sin embargo, el 2 de noviembre hacía demasiado buen tiempo para separarse de los expedicionarios, y decidí con Andersson emplear este día en una larga marcha hasta la isla de Cockburn, donde aun no había estado. Empleamos cuatro horas en llegar desde nuestro campamento; mientras Andersson recogía

fósiles, probé yo si podía trepar á las alturas por el acantilado nordeste; pero tuve que quedarme al pie de la última muralla vertical. Visitamos después los contornos, encontrando el lugar habitado por los cormoranes. La mayor parte de sus nidos estaban aún vacíos; pero en algunos veíase ya uno ó dos huevos. Los pájaros eran tan mansos, que casi se podían coger con la mano. Comimos algunos huevos que nos supieron muy ricamente y Andersson guardó una buena provisión para llevarlos al campamento.

El día fué en extremo hermoso y desde donde estábamos podíanse distinguir perfectamente las cumbres de los montes que rodean la bahía de la Esperanza. El mar estaba libre de hielo hasta la isla y únicamente aquí y allá veíanse algunos restos mezclados con agua que se habían disgregado de bloques lejanos durante la última tempestad. Unas cuantas focas hallábanse en la orilla con sus crías, y todo el cuadro era tan hermoso, que nada dejaba que desear. A eso de las siete emprendimos el regreso á casa. El sol se había dejado sentir bastante; pero después bajó nuevamente la temperatura, y el hielo de tierra se presentaba en vastas extensiones liso y brillante como un espejo; con gran dificultad podíamos permanecer de pie sobre él, y el estado del camino era lo más á propósito para patinar. Al adelantar el crepúsculo se nos hizo la marcha muy pesada á través del valle transversal: por todas partes encontrábamos hondonadas llenas de nieve, viéndonos obligados á vadear algunas charcas de nieve profunda mezclada con agua. Por fin logramos arribar á la tienda. Sobral acababa de regresar hacía poco, después de una jornada bastante fatigosa. Había logrado hacer una determinación magnética en la punta

norte de la isla y colocó después los instrumentos en el sitio donde debía hacerse la próxima observación.

Descansamos á nuestro gusto durante la mañana siguiente y, después de almorzar, emprendí el regreso á casa. Marché sobre la planicie de la isla de Snow-Hill, entonces cubierta de una profunda masa de lodo, y llegué á la estación invernal al mediar el día. Duse, que tenía ya el pie sano, arregló su equipo de trabajo. El día siguiente emprendió una excursión en trineo á la isla de Lockey, en unión de Ekelöf y Jonassen. Llegué, pues, á tiempo para hacer compañía á Bodman y ayudarle en las observaciones los días sucesivos. Los días 4 y 5 me quedé en casa ocupado en trabajos cartográficos del ventisquero. El día 6, después de haber hecho guardia por la mañana, volví, después de almorzar, á la isla de Seymour, llevándome un equipo bien provisto, que debería contribuir á que mi excursión fuese más llevadera. Tenía pensado reemplazar á Sobral, que por entonces había concluído sus trabajos magnéticos, y pensaba regresar á casa para reanudar las observaciones cerca de la estación. Anduve sobre el hielo de mar tanto como pude; cuando llegué al límite, seguí una estrecha y escarpada faja de hielo que casi en toda su longitud seguía costeando la tierra. Había hecho más de tres cuartas partes del camino y me disponía ya á descansar, cuando vi á lo lejos dos bultos obscuros que venían hacia mí.

Primeramente los tomé por dos pájaros bobos, pero pronto reconocí en ellos á Andersson y Sobral, que apresuraban su regreso á casa. El primero se había quemado la mano derecha por haberse derramado una cazuela llena de grasa hirviendo al retirarla de la cocina «Primus».

Por este motivo habían desmontado la tienda, poniéndose en marcha hacia la estación en busca del auxilio necesario que le prestaría el facultativo.

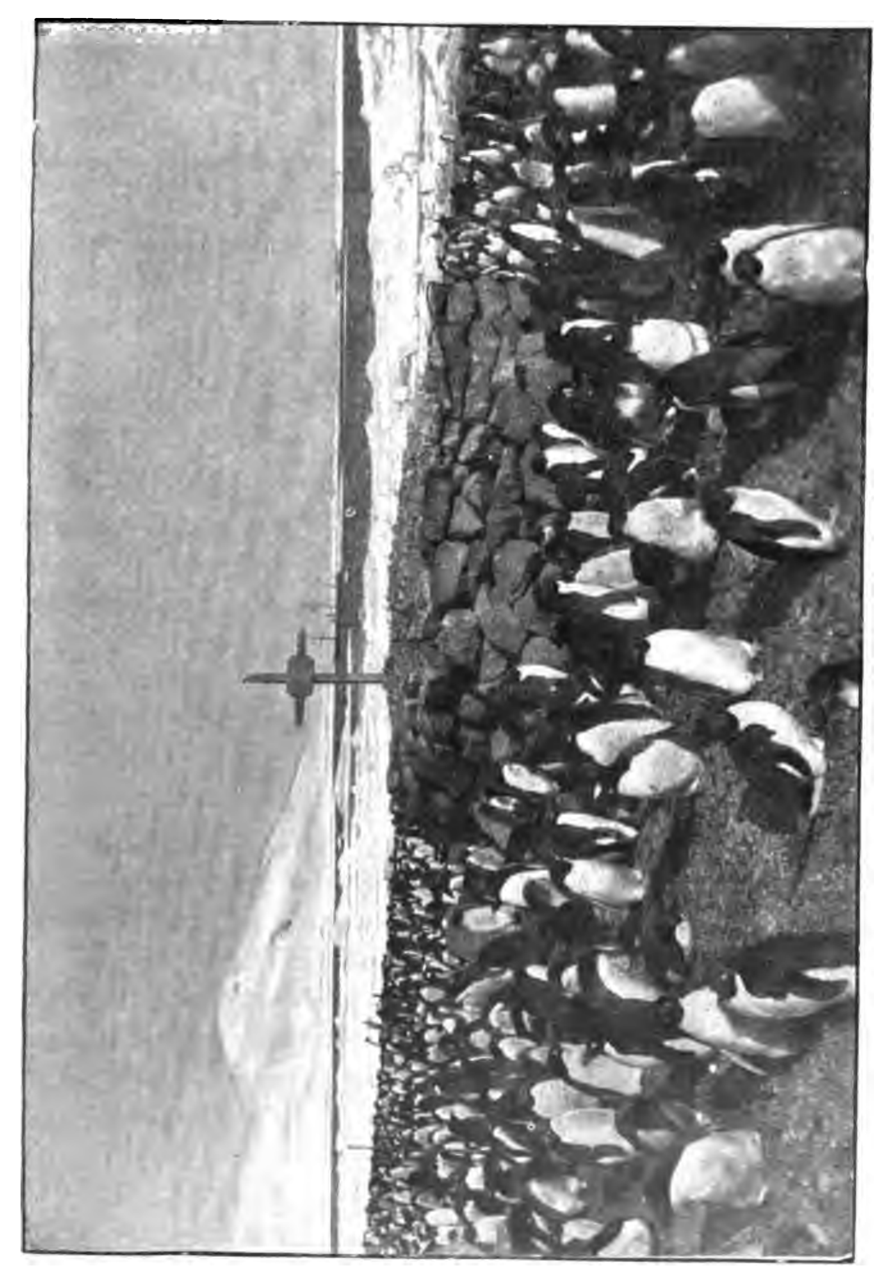
Este accidente constituía un contratiempo para todos, inquietándonos en gran manera por si la quemadura pudiera tener graves consecuencias, además de que los trabajos de Andersson quedarían forzosamente interrumpidos.

Después que le reconocí, abrigué, sin embargo, las mejores esperanzas, y desde luego combinamos el plan para regresar juntos lo más pronto posible á nuestro campo de exploración: por de pronto, los acompañé á casa desistiendo de continuar mi expedición. Durante el camino contáronme detalladamente sus excursiones, haciéndose lenguas de los hermosos días que gozaron últimamente.

Habían recogido, además, los primeros huevos de pájaro bobo y matado una pequeña foca, cuya carne y grasa habían guardado en un depósito, apartando la sangre para freirla; entonces precisamente fué cuando tuvo Andersson la desgracia de quemarse la mano.

Bodman se entusiasmó tanto cuando oyó esta relación, que decidió aprovechar aquella oportunidad, mientras la tienda y el equipo no estaban en uso, llevándose á Akerlund el día siguiente con objeto de recoger un stock de huevos de pinguino para nuestro consumo en la estación.

Fué una contrariedad que no estuviese entonces el médico, mas la ausencia de los que partieran en el trineo no podía prolongarse mucho y esperábamos su regreso el siguiente día; interinamente curamos nosotros la mano á Andersson. Bodman y Akerlund se habían marchado



Tumba de Wennersgaard.—Al fondo se ven las islas de Dundee y Uruguay.

por la mañana, mientras Grunden se encargó de todo lo concerniente á la cocina.

Mientras tanto transcurría el día sin parecer ningún expedicionario, tuve que decidirme á practicar otra cura á Andersson. Entonces, cuando precisamente á las once empezaba á estar todo en orden en la casa, oímos ladrar los perros y muy pronto llegó el trineo á la orilla. Habían disfrutado un magnífico tiempo, y Duse se había procurado bastante material para el mapa, logrando escalar la isla de Lockyer, que tiene 450 metros de elevación. Vieron muchas focas durante sus jornadas y trajeron buena provisión de carne, así como algunos labos (megalestris) que, á fuerza de verse continuamente acosados por nosotros, habían abandonado el año anterior nuestra vecindad.

El libro diario del 7 de noviembre, termina con las siguientes líneas:

«Las observaciones nocturnas hiciéronse por mucho tiempo sin linterna, y hoy es el primer día que cenamos á obscuras. Gracias á que la noche es magnífica; la luna, que se levanta detrás de la isla de Seymour, nos alumbra majestuosamente. Todo á nuestro alrededor parece tomar un aspecto triste de invierno; el hielo intacto se extiende á lo lejos, bajo el cielo sin nubes, de un color azul pálido.»

Bien lejos estaba entonces de figurarme que estas líneas serían las últimas que escribiría en el libro diario referente á la estación invernal.

CAPITULO XX

Un día como los demás

El 8 de noviembre de 1903.—Llegada de la expedición de auxilio argentina.—Relato de Bodman sobre su inesperado encuentro. —Nos alistamos para dejar la estación.—Larsen, K. A. Andersson y demás compañeros llegan de la isla de Paulet.


Preparativos de marcha.

El 8 de noviembre empezó, como tantos otros de los días transcurridos últimamente, con tiempo hermoso y sin que ocurriese nada de particular. Almorzamos, y yo me quedé en la vivienda durante la mañana, sin arriesgarme á preparar excursiones largas antes de que todos hubiesen vuelto á casa. Esperábamos con seguridad el regreso de Bodman por la tarde.

En estas ó parecidas circunstancias no me causaba la menor emoción cuando un compañero entraba en la sala, donde me entretenía escribiendo, á darme cuenta de que alguien se acercaba en dirección á nosotros, sobre el hielo. En aquella ocasión, sin embargo, era extraño que fueran cuatro personas las que llegaban. No podíamos figurarnos que los expedicionarios de Seymour regresasen tan pronto, pero, de todos modos, serían ellos indu-

dablemente, y cuando vimos que, en efecto, eran cuatro las personas que avanzaban, no podíamos dar crédito á nuestros ojos. Sin embargo, no pasaron muchos minutos sin que todos estuviésemos reunidos á la puerta de la casa, donde tantas veces habíamos contemplado la extensión desierta hasta fuera del hielo de tierra.

Los que tenían gemelos de campaña á mano hicieron uso de ellos. Así y todo, no salíamos de nuestra confusión; los bultos se movían allá á lo lejos, mas no podíamos reconocer quiénes eran.

Teníamos que convenir desde luego en que eran más de dos y que no podían confundirse con pájaros bobos. Echamos una mirada alrededor de nosotros; ninguno faltaba, todos nos hallábamos reunidos; tampoco eran perros, pues casi todos se hallaban cerca de la loma y nunca acostumbraban á alejarse tanto. Con ayuda de los gemelos pudimos convencernos plenamente de que el que caminaba al frente era, sin duda alguna, un hombre, y los que iban detrás no se diferenciaban gran cosa á pesar de la distancia.

Por fin, aparecen más visibles; son cuatro hombres que vienen hacia nosotros.

Siempre que sobrevenía algún acontecimiento inesperado, tardábamos por lo general en ponernos de acuerdo respecto á su significación, y en aquella ocasión dividiéronse también las opiniones. Mientras unos nos creíamos víctimas de la más extraña ilusión, otros cambiaban frases de regocijo. Alguien aventuró que el «Antártico» había llegado, por fin, pero la impresión dominante no podía ser más halagüeña, comprendiendo vagamente que aquello significaba nuestra redención definitiva. Uno ó dos compañeros quedáronse en la estación, pero todos

los demás se encaminaron á buen paso sobre el hielo para salir al encuentro de los que llegaban, sin pensar en preparativos de ninguna clase. Uno de éstos, para llegar antes, se puso patines para nieve, á pesar de que el terreno estaba tan malo que tuvo que dejarlos en el camino.

Pronto apresuramos el paso sobre el hielo; nos parecía que los desconocidos á cuyo encuentro íbamos caminaban muy despacio, y no podíamos comprender el motivo de su parsimonia. De vez en cuando desaparecían ante nuestra vista detrás de algún bloque de hielo, y hubo momentos en que llegamos á creernos víctimas de una ilusión óptica.

De pronto vemos que se separa un individuo de la misteriosa comitiva y apresura el paso dirigiéndose á nuestro encuentro. ¿Quién podía ser?

—Es seguramente Larsen—exclamamos, y todos creímos reconocerle.

—No, no puede ser Larsen; ¿será Akerlund?—añadía otro.

—No, Akerlund no usa gorra de esa forma; debe ser seguramente Larsen, que desea ser el primero en saludarnos.

—¿No gritamos un hurra?—preguntaba otro.

—Aun no, dejemos que se acerquen, para estar más seguros—contesté yo.

Un momento después vimos, efectivamente, que era Akerlund que venía hacia nosotros. Entonces se explicó el enigma. Ninguno de nosotros se atrevía á hacerle una sola pregunta, cuando, adelantándose, nos habló así, viendo nuestra confusión:

—Allá afuera nos aguarda un buque argentino; pero del «Antártico» no hay noticia alguna.

Por segunda vez nos encontramos en uno de esos momentos incomprensibles, en que parece desvanecerse la realidad de las cosas ante la impresión intensa de un suceso inesperado. Habíamos estado tan firmemente persuadidos de que en aquella época del año ningún buque, excepto el «Antártico», podía arribar á aquellas latitudes, que la nueva que Akerlund nos comunicaba parecíanos un sueño. A habernos notificado la pérdida del buque en aquel momento, no nos causara impresión más profunda. Entonces abrigábamos, por el contrario, la esperanza de encontrar algún día á nuestros compañeros del «Antártico».

Estos y otros mil pensamientos que nos asaltaban nos impedían enterarnos apenas de lo que ocurría en torno nuestro. Hubimos de adelantarnos para llegar al encuentro de los dos oficiales que, en compañía de Bodman, se dirigían hacia nosotros.

Sobral, que desde aquel momento debía considerarse como en su propia casa, fué el primero que propuso intentar todos los esfuerzos imaginables para encontrar el «Antártico». La realización debía, pues, dejarse al comandante de la expedición auxiliar.

Llegó después el momento de las presentaciones y saludos, haciendo nosotros los honores de recepción en aquel territorio que, después de largos meses, considerábamos ya, con sus hielos y sus áridas montañas, como nuestros dominios.

Eran nuestros huéspedes y salvadores, el teniente de navío don Julián Irizar, jefe del buque auxiliar «Uruguay», y el teniente J. Jalour. No recuerdo lo que conversamos en un principio, pero no tardamos mucho en enterarnos de cuanto se relacionaba con aquella expedi-

ción: como no se sabía nada del «Antártico», el Gobierno argentino decidió equipar especialmente para nosotros uno de sus buques de la marina de guerra, el que entonces hallábase fuera de la isla de Seymour.

También se había organizado en Suecia una expedición auxiliar, para la cual se fletó el buque de pesca «Frithiof», que ya estuvo bajo la dirección del capitán Gyldén, excomandante del «Antártico» durante la expedición geodésica de 1901. El capitán Irizar encontró á Gyldén en Estocolmo durante el mes de julio, mas desde entonces no se volvió á saber nada de la expedición sueca. Asimismo nos enteramos minuciosamente de cuantos trabajos realizara la expedición auxiliar francesa, al mando del doctor Charcot.

A bordo del «Uruguay» no había ninguna carta ni ninguna comunicación dirigida á nosotros.

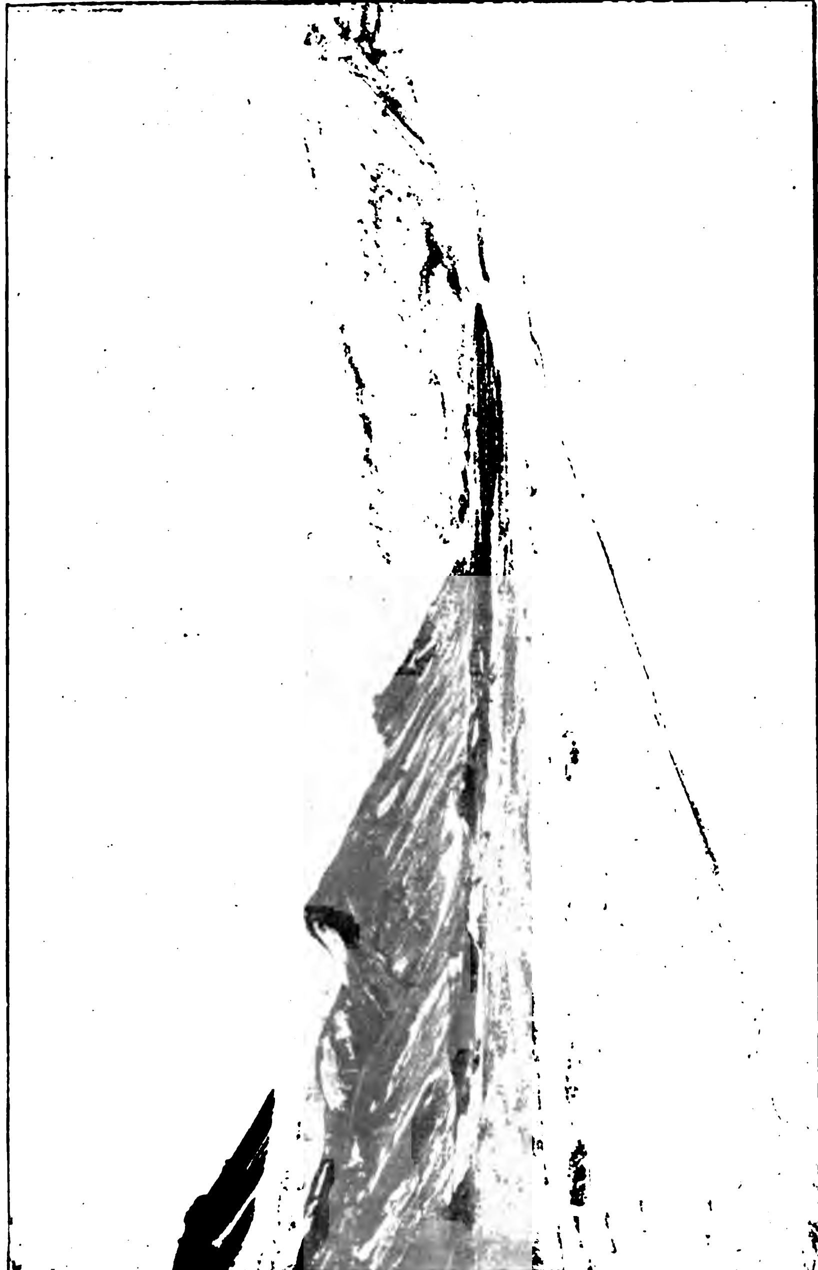
Bodman, después que hubo satisfecho su curiosidad, apresuróse á regresar á casa para preparar la recepción, y nosotros acompañamos á nuestros huéspedes que estaban bastante cansados después de la larga marcha. Bodman describió después nuestro encuentro con los oficiales argentinos en la siguiente relación, que publicó un periódico sueco:

Aquella mañana habíamos decidido levantarnos temprano para emprender el viaje de regreso antes que el sol encharcara el camino que debíamos recorrer; cuando me desperté eran las cinco y algunos minutos; y pareciéndome algo temprano decidí dormir un rato más. Este sueño, no fué, sin embargo, muy seguido, porque media hora después, me desperté á causa de las voces que daban fuera de la tienda, escuchando con gran sorpresa á alguien que gritaba llamando á Sobral, que

por lo visto se aproximaba. En seguida me levanté y salí de mi saco para ir á la puerta de la tienda. ¡Cuán diversos pensamientos asaltaron en aquellos momentos mi fantasía! Hubiera querido ser entonces uno de los que llegaban á darnos las nuevas para evitarme un momento más de incertidumbre. Adiviné, sin embargo, en seguida, que no eran los del «Antártico» los que acababan de llegar. Era la expedición argentina que venía en nuestro auxilio. No tardamos en ver á dos oficiales de marina mostrando sus semblantes risueños y pronto la conversación se hizo general. Eran el comandante y un teniente del cañonero «Uruguay». Habían salido el 8 de octubre de Buenos Aires para Ushuaia y desde allí hacia el sur, el primero de noviembre. Gracias á las favorables condiciones del hielo, consiguieron arribar el 6 de noviembre á la vista de la isla de Cockburn, y el día siguiente lo invirtieron en reconocer el estado del mar alrededor de dicha isla.

Hicieron rumbo después al este con el intento de llegar á la estación invernal por la parte exterior de tierra, y aquella misma mañana habían desembarcado en el Cabo Seymour para averiguar más detenidamente un palo de señal (cairn) que allí había. Tenía las inscripciones siguientes: «Jason, 1892» y «Andersson, Sobral, octubre de 1903».—Cuando los compañeros expedicionarios, un momento después, vieron la blanca tienda, supusieron que Sobral debía estar allí.

Poco tardaron en satisfacer su curiosidad, se tomaron algunas fotografías, y luego se resolvió que inmediatamente debíamos ponernos en camino hacia el campamento de Snow-Hill. Desmontamos la tienda lo más pronto posible, yo me puse las botas, pues con la pre-



Valle entre el ventisquero de Snow-Hill y la tierra sin nieve (el observatorio aparece en medio).

cipitación me había olvidado por completo que estaba descalzo y hasta entonces no sentí la frialdad. Obsequiáronnos de momento los recién llegados, con pastillas de chocolate, que huelga decir lo exquisitas que nos parecieron después de tanto tiempo que nos veíamos privados de toda clase de golosinas. Pero la mayor satisfacción y sorpresa que experimenté fué, cuando, á más de esto, el capitán Irizar sacó un cigarro que me ofreció con suma amabilidad. Conversando amigablemente, pronto salvamos el trayecto que nos separaba de la casa, aunque tanto á Akerlund como á mí nos pareciese demasiado largo, porque estábamos ansiosos de comunicar á los demás compañeros la agradable novedad. Llegados cerca de la estación, fuímos advertidos por los camaradas, quienes, á buen paso, dirigíanse á nuestro encuentro.

Nos abrazamos y saludamos con afectuosa expansión, y yo me apresuré á arribar á la vivienda para izar el pabellón nacional en el tope de nuestra asta bandera. Inmediatamente me dispuse á examinar las provisiones que aun nos quedaban para obsequiar á nuestros huéspedes recién llegados del mundo civilizado.

Empleando cuatro ó cinco veces la cantidad ordinaria de grano, logró el cocinero cocer una bebida que allá en nuestro país se llama café.

Cuando todos hubieron llegado á la estación, nos sentimos verdaderamente orgullosos haciendo los honores á nuestros huéspedes, y ofreciéndoles nuestra mesa, en la cual, Akerlund, había servido una comida que, para nosotros por lo menos, resultaba verdaderamente opípara. Ignoro cómo les parecería á los recién llegados, pero su excesiva bondad para con nosotros, atenuó las

deficiencias del servicio, á pesar de que todo en conjunto era realmente mezquino, sucio.

El capitán Irizar nos ofreció amable hospitalidad á bordo del «Uruguay» para regresar al mundo civilizado. Nos preguntó cuánto tiempo necesitaríamos para estar en disposición de ponernos en marcha, y no pudo ocultar su contento cuando le contesté que en un par de días lo tendríamos todo preparado.

Quedaba por resolver la cuestión más importante, cual era encontrar el paradero de los demás compañeros del «Antártico». El medio indirecto para lograrlo era dirigirnos cuanto antes á la estación telegráfica más próxima, y adquirir los informes que tuviesen para, en virtud de ellos, resolver lo que procediera; el medio directo consistía en comenzar desde luego nuestras pesquisas para hallar el «Antártico» antes de establecer comunicación alguna con el mundo exterior. El capitán Irizar se inclinaba marcadamente á la primera solución, advirtiéndonos que, de todas maneras, su modo de obrar se decidiría en lo posible según nuestra opinión respecto á las probabilidades de encontrar al capitán Larsen y su tripulación.

Por mi parte, no quise exponer mi opinión respecto á tan importante asunto, optando por que nos reuniésemos todos y cada cual expresara su parecer sobre la cuestión, para lo cual rogué á mis camaradas que se reunieran en la loma próxima á la estación. Todos estuvimos acordes en que debía hacerse lo posible para encontrar directamente el «Antártico». Así se decidió en principio, puesto que la expedición argentina podía disponer la ejecución de estas investigaciones; hubo tan sólo uno que discrepó algo de este plan, y apuntó,

dando sus razones, si sería conveniente que algunos de nosotros nos quedásemos hasta la llegada de la expedición auxiliar sueca para comunicarla cuantos informes pudiésemos suministrar. Todos los demás opinaron que debíamos ir en seguida á bordo después de dejar extensos pormenores y consejos por escrito en la estación. Esta solución fué tanto más conveniente cuanto que estábamos persuadidos de encontrar al buque sueco durante el camino, en cuyo caso, como es natural, alguno de nosotros podría ir á bordo del mismo para poner al corriente de todo á los expedicionarios, y ayudarles en cuanto fuera posible. Entonces expresé en nombre de todos al capitán Irizar nuestro agradecimiento por los nobles ofrecimientos, y le aseguré que estudiaríamos con más detención la ruta que habíamos de seguir para salvar á los tripulantes del «Antártico».

A pesar de todo, no quería yo tomar una resolución definitiva sobre el particular hasta que conociese á bordo del buque las instrucciones que tenía el comandante y la opinión de su oficialidad. No necesito encarecer cuán interesante y animada resultó aquella amistosa discusión teniendo en cuenta que tenía por objeto resolver la situación de otros compañeros, que debía ser menos halagüeña que la nuestra. Por de pronto contábamos con que dentro de poco volveríamos á estar en contacto con el mundo civilizado, y por lo que se refería á lo que más directamente nos interesaba, no podíamos menos de sentirnos satisfechos. Nuestra gratitud, en aquellos momentos, hacia la nación Argentina, que desde un principio demostró palpablemente un vivo interés por el feliz éxito de nuestra empresa y después conseguía nuestra liberación, era tan grande, que no vacilamos en ex-

presarlo así á aquellos amables oficiales que nos acogían con tanta benevolencia y cortesía.

No era cuestión de intentar nuevos trabajos científicos mientras nuestros huéspedes estaban con nosotros. Transcurrían las horas rápidamente, y el capitán Irizar tenía deseos de regresar á bordo tan pronto como fuera posible.

Para hacer más fácil el regreso, rogué á Jonassen que enganchase los perros al trineo, pues siendo el camino sobre el hielo á largos trechos bastante liso se podría hacer el trayecto más cómodamente en trineo que á pie. Duse no ocultaba sus deseos de emplear el último día que nos quedaba en trabajos cartográficos en la isla de Seymour, y por fin, acompañado de Grunden, partió de la estación, á la vez que nuestros queridos huéspedes.

Inmediatamente dimos comienzo á los muchos quehaceres que nos aguardaban. No nos llevamos más que nuestras colecciones científicas, los instrumentos más importantes y nuestros efectos personales de mayor valor.

Lo que requería más tiempo era el embalaje de los instrumentos; respecto á mi cometido, consistía en escribir una exposición detallada con destino al Jefe de la expedición auxiliar sueca y consignar en ella los datos que poseíamos respecto á los últimos planes organizados á bordo del «Antártico». Los sitios, donde suponíamos que debieron practicarse investigaciones con preferencia, eran los alrededores de la bahía de la Esperanza, es decir, la isla de Paulet y las de Danger.

Ninguno de nosotros quería acostarse aquella noche; cada cual trabajaba tranquilamente en su faena; yo mismo, sentado ante la mesa de escribir, estaba ocupado en

la redacción de mi documento. «Después de serias reflexiones hemos resuelto aprovecharnos todos de esta oportunidad para regresar...» escribía yo, cuando de repente los perros empezaron á ladrar y á aullar. En cualquiera otra ocasión, y suponiendo que se trataba de alguna colisión entre ellos nos hubiéramos apresurado á acudir á donde estaban para separarlos, pero ocupados en nuestros quehaceres, no nos dimos prisa en el primer momento. Sólo cuando los ladridos redoblaron se asomó un compañero á la puerta que habíamos dejado abierta, y después de una corta inspección volvió á entrar asegurando que había visto gente sobre el hielo, «unas seis ú ocho personas,» según le parecía. Habíamos convenido con el capitán Irizar que nos mandaría algunos hombres del buque para ayudarnos en nuestras tareas de embalaje y al pronto creímos que fuesen ellos, pero, como apenas eran las diez y media, recapacitamos que no había tiempo para que hubiese llegado á bordo el capitán y estuviesen ya cerca de la estación los tripulantes. Lo cierto era que llegaba gente, y lo más extraño, que el suceso no llamaba grandemente nuestra atención.

Después de la impresión que produjera en nosotros la llegada del «Uruguay», nos encontrábamos en un estado de ánimo tal, que nada nos parecía ya extraordinario.

Los ladridos de los perros que habían cesado un momento redoblaron con fuerza, y entonces Bodman salió para descifrar el enigma, acompañándole nosotros hasta la entrada de la vivienda.

Aun faltaba mucho tiempo para San Juan, y aunque la noche no fuese muy clara y apacible, ya se dejaba notar un marcado crepúsculo. En dirección á la loma,

vimos un grupo de hombres que contemplaban nuestra casa con la bandera izada en lo alto. Bodman se les acercaba lentamente: como no oíamos que les dirigiese la palabra, pensamos en el primer momento que tropezaría con la dificultad de no poderse expresar, pues seguramente serían argentinos.

La distancia que le separaba de los desconocidos íbase acortando cada vez más, y sin atrevernos á respirar por no perder un detalle del encuentro, pusimos toda nuestra atención en aquella escena cuyo desenlace se aproximaba.

Antes de un minuto sabremos si aun estamos en el período de las maravillas.

De pronto, con paso vacilante, avanza Bodman al encuentro de uno de los individuos que se había separado del grupo y vemos que se abrazan ambos efusivamente.

Óyense entonces fuertes hurras y la voz de Bodman que nos grita:

—Larsen, Larsen, está aquí.

Inmediatamente, soltando cuantos chirimbolos teníamos en las manos, corrimos hacia ellos. Tan variados sucesos se habían sucedido durante los últimos días, que nada nos parecía imposible, pero así y todo, no podía prestar crédito á mis oídos; todo aquello me parecía un sueño, fruto de nuestra misma inquietud. Por fortuna cuanto oíamos y veíamos era la realidad, y cuando estuvimos al habla con los recién llegados pude enterarme, después de saludar cordialmente á Larsen, á K. A. Andersson y á sus cuatro compañeros, de que, después de nuestra larga separación, llegaban precisamente entonces de su campamento invernal de la isla de Paulet, de donde salieran para reunirse con nosotros.

No es posible formarse idea de la inmensa alegría que experimentamos en aquel momento.

Antes de que hablasen podíamos presumir cuántas calamidades habían sufrido durante nuestra separación á contar del día que alcanzaban las últimas informaciones que teníamos de la expedición del buque. La noticia de que nuestro querido y viejo «Antártico» había desaparecido en el fondo del mar la supimos inmediatamente, pero en aquellos momentos nos sentíamos regocijados al ver entre nosotros á tan excelentes compañeros, en cuya triste suerte no hacía mucho que pensábamos con la más profunda desesperación. Nuestro gozo era inmenso al pensar que por fin podríamos abandonar juntos aquellas inhospitalarias regiones. Diéronnos la triste noticia de que un joven y excelente marinero de la expedición había sucumbido en la lucha, desgracia que deploramos sinceramente. Todos los demás se habían conservado en perfecto estado de salud á pesar de las vicisitudes porque atravesaran.

Con verdadera satisfacción acompañamos á los recién llegados á la casa, y sacamos inmediatamente cuanto aun nos quedaba para obsequiar á los que habían vivido un invierno entero sujetos á innumerables privaciones.

Nuestros nuevos huéspedes hallábanse, á buen seguro, en circunstancias muy distintas que nuestros visitantes de por la mañana para poder disfrutar de lo poco que podíamos ofrecerles.

Llamábales singularmente la atención que hubiera coincidido el maravilloso encuentro durante el mismo día que llegara la expedición auxiliar argentina que estaban muy lejos de aguardar.

Todo aquello tenía una significación tan particular, que no acababan de darse cuenta del feliz suceso. La muerte de Wennersgaard, la pérdida del «Antártico» y



Don Julián Irizar, jefe de la expedición auxiliar argentina.

los sufrimientos pasados, lo inseguro de nuestro porvenir antes de llegar los argentinos, fueron otros tantos golpes fatales que atenuaban ahora la satisfacción de haber salvado tantas vidas. Por lo que á mí toca, vi

amargados aquellos instantes de natural alegría antes de lo que me figuraba.

Cuando me atreví á inquirir noticias de nuestro país, que alcanzaban el correo traído desde dieciocho meses antes, supe por Larsen, allí en la misma loma, donde tantas veces había pensado en los míos, bajo las tempestades invernales ó á la luz del sol de verano, donde acaricié tantos sueños y sentí pasar muchas horas sombrías, allí recibí la noticia de que tal vez nunca más encontraría el hogar que había dejado, ni volvería á ver á aquél, á quien miles y miles de veces hubiera deseado comunicar cuanto me había acontecido durante aquel largo período. ¡Ah! ¡si en aquel momento hubiese podido abandonarlo todo y volar inmediatamente á mi casa cruzando los mares! Pero entonces era necesario alejar del ánimo tan íntimos y penosos sentimientos y emplear toda la atención y actividad en los menesteres que interesaban á la comunidad como uno de tantos que la formaban. Más tarde tendría tiempo bastante para descansar y para pensar. Me acosté un momento, pero no logré cerrar los ojos. Pronto oí á los expedicionarios que regresaban en el trineo. Duse, que había oído de boca del capitán Irizar que se imponía partir cuanto antes de aquellos lugares, desistió de reanudar sus trabajos cartográficos, apresurándose á llegar á casa para ayudarnos en los últimos preparativos. Con inmenso júbilo tanto él como sus compañeros saludaron á los camaradas recién llegados, cambiando los más sinceros plácemes.

Aquella misma noche debíamos estar listos, pues no existía ya el menor motivo para aplazar la partida. Con la ayuda que entonces nos llegaba, las operaciones de embalaje y transporte resultarían mucho menos pesadas.

CAPITULO XXI

De Snow-Hill á la isla de Paulet

Haciendo el embalaje.—Nuestra despedida de Snow-Hill.—Otra visita á la estación.—A bordo del «Uruguay.»—Llegada á la isla de Paulet.—La expedición reunida de nuevo.



CONTINUAMOS sacando toda clase de efectos de los más ocultos rincones de la vivienda, y bien pronto fuéronse llenando sacos y cajas, poniendo todos á contribución nuestra actividad. La mayor parte de los objetos que nos debíamos llevar estaban en orden, y sólo nos faltaba conducirlo todo á la orilla. Habíamos empaquetado primeramente la mayor parte de las colecciones que reunimos durante el tiempo de nuestra estan cia en la isla.

Apenas apuntó el sol salieron los primeros trineos llevando nuestra impedimenta; el transporte resultó largo y costoso, pues el hielo estaba bastante malo, y debía conducirse todo á seis kilómetros de distancia, hasta la punta oriental de la isla.

Como supimos que dispondríamos de poco sitio á bordo del buque que llegó en nuestra ayuda, y después, una vez llegados á Buenos Aires, nos quedaba todavía un largo trayecto á través del Océano, no tuvimos otro remedio que dejar muchas cosas que, si tenían escaso valor intrínseco, nos hubiera sido agradable conservar por los recuerdos que representaban.

Entre dichos objetos figuraba en primer lugar casi todo nuestro equipo, trineos, sacos de dormir, instalaciones de toda clase; amén de los aparatos bacteriológicos del doctor que abultaban mucho, nuestras ropas usadas con todos sus remiendos que denunciaban nuestra vida estrecha en aquellos parajes, y los objetos, en fin, que resultaban aún más interesantes por el improbo trabajo que nos costara construírlos, y que, al llevarlos á nuestro país, hubieran demostrado más patentemente ante el mundo civilizado las privaciones que supone la vida esquimal antártica.

Nos quedaba de todas maneras la esperanza de que sería visitada nuestra estación durante el verano por la expedición auxiliar sueca y entonces podrían recoger los exploradores parte por lo menos de lo que dejáramos.

La visita, en efecto, se realizó, pero las condiciones del hielo eran en aquella época tan malas, que no hubo medio de transportar nada hasta el buque. Larsen encaminóse directamente á primera hora de la mañana hacia la bahía para trasladarse á bordo del «Uruguay» en donde, como se puede suponer, fué saludado por los tripulantes con sorpresa y alegría, como si se tratara de un resucitado. Entonces acabaron toda suerte de cálculos para averiguar cómo encontrarían á los compañeros del «Antártico» una vez que se conocía su paradero.

Poco antes, el segundo de á bordo, el capitán Hermelo, se había presentado en la estación para comunicarme que su jefe estaba ya preparado para realizar todas las investigaciones necesarias con objeto de hallar á los compañeros que faltaban. Entonces pude comunicarle con entera satisfacción que tal empresa no ocasionaría más molestias que un viaje á la isla de Paulet.

Habíamos tenido un tiempo hermosísimo los últimos días, pero últimamente levantóse un viento huracanado



Ultimas horas de espera en la orilla.

que, á continuar, nos demoraría el traslado de nuestros efectos á bordo.

Era, pues, indispensable no perder un solo momento, en cuanto el viento calmase algo. Pudieron partir por fin los trineos, uno tras otro, con toda la carga que fué posible colocar en ellos, arrastrados por los perros con la ayuda de algunos marineros. Se trabajó en esta faena durante el día, aprovechando las horas en que amainaba el viento y en espera de una oportunidad para ir á bordo del buque. Al anochecer habíamos por fin llevado á la

orilla, distribuído sobre los trineos, nuestro equipo de más valor, llevando á hombros algunos aparatos y fotografías y los instrumentos delicados.

Por última vez atravieso los cuartos donde habíamos pasado tantas vicisitudes durante los últimos años; la casa, ahora medio vacía, aparece en el desorden de una mudanza. Cerramos la puerta herméticamente con todo el cuidado que nos es posible y nos apresuramos á enganchar los trineos que aguardaban con la última carga. El más pequeño de los perros, el cachorro Kalle, que iba suelto, no quería seguir, y teníamos que volver atrás á buscarlo; nos vimos precisados á atarlo al trineo.

Hicimos un alto en la jornada y contemplamos por última vez aquel lugar que tenía para nosotros tantos recuerdos; después nos encaminamos hacia el hielo. La carga era muy pesada y los trineos se hundían á cada momento en la nieve, pero á pesar de todo, íbamos adelante y pronto nos encontramos en el lugar donde habíamos depositado las cargas anteriores.

Nuestros compañeros que habían llegado antes, estaban sentados aguardando el momento de embarcar, pues ni ellos ni el capitán Hermelo habían podido ir á bordo todavía. El «Uruguay,» en una de sus evoluciones, había medio embarrancado en un enorme trozo de hielo, que las aguas arrastraron contra el buque viéndose por unos momentos en una situación por extremo crítica. Había perdido además uno de sus botes que arrastraba á su costado.

Hacía mala mar, pero así y todo, esperábamos que vendría un bote á buscarnos mientras estábamos sentados en la playa mirando la maniobra del «Uruguay.»

Transcurrieron horas y horas sin que pudiésemos

vislumbrar señal alguna de que se acordaran de nosotros, y cuando la noche estaba bastante entrada, comprendimos que no nos quedaba otro recurso que regresar á la estación en busca otra vez de abrigo bajo techado.

El viento había aumentado mucho y bajo una vertiginosa tormenta de nieve emprendimos el camino á la vivienda. Pasamos un día pésimo aun cuando estábamos por demás acostumbrados á aquel clima y á aquel modo de vivir y para nosotros la casa constituía un alojamiento de príncipes. En cambio, sentimos, que después de habernos llevado todo lo mejor, no pudiésemos ofrecer más comodidades al amigo argentino que tan inesperadamente era nuestro huésped; pero lo cierto es que todos descansamos perfectamente de las tareas de la víspera, durante la última noche que pasamos bajo aquel techo inolvidable.

No podíamos perder un minuto, y tuvimos que levantarnos muy temprano al día siguiente. El tiempo se presentaba mejor que el día anterior, sin ser apacible del todo. Yo fuí el primero en dejar la estación y convine en hacer señales desde la altura de la meseta, si las circunstancias se presentaban favorables para el embarque. Tenía que andar bastante para poder ver si el «Uruguay» había lanzado sus botes al agua, y cuando regresé á la meseta de basalto, comprendí que no había necesidad de hacer las señales. El tiempo había abonanzado más y más y los compañeros de la estación comprendieron que era cuestión de emprender el camino cuanto antes.

Cuando llegamos á nuestro depósito de la orilla había partido ya un bote lleno de carga y al poco rato atracaron tres botes más á la costa, uno de los cuales iba mandado por el capitán Larsen. Al desembarcar éste me dió

una naranja que le habían ofrecido á bordo del «Uruguay» y que era para mí el primer producto del mundo civilizado. Pronto se cargaron los botes que partieron de nuevo hacia el «Uruguay»; yo me quedé, sin embargo, para recoger el resto de nuestros efectos y aguardar á algunos compañeros que no habían regresado todavía.

Poco tiempo me quedaba ya de permanencia en la orilla de la isla, donde habíamos pasado tan largo destierro. Cuando volvieron los botes, todos estábamos listos y embarcándonos al punto, llegamos con presteza al buque salvador que se movía majestuosamente sobre las olas. A bordo del buque estaba reunida la oficialidad y la tripulación, la bandera sueca fué izada al acercarnos á él y en fuerte hurra nos saludó al pisar la cubierta.

El momento no podía ser más solemne; nuestra emoción se mostraba á nuestro pesar y dábamos por bien empleadas todas las penas y contrariedades sufridas durante nuestra exploración, rica á la vez en descubrimientos, que había concluído definitivamente; de hoy en adelante seremos tan sólo huéspedes y pasajeros del «Uruguay.»

Al cabo de pocos momentos, estábamos en marcha hacia el norte.

Nuestro viaje, de momento, no resultaría largo, pues á causa de la rápida partida de la isla de Seymour quedaron guardadas allí algunas colecciones y debíamos pasar á recogerlas, determinación que me llenó de júbilo pues habíamos llevado con nosotros muy pocos de los fósiles vegetales tan sumamente interesantes que reuniéramos.

Cuando arribamos cerca de la ensenada partió Gunnar Andersson, en compañía de otro tripulante, para re-



Durante el verano: bloques de hielo en la orilla.

coger aquella misma tarde en la bahía de los Pájaros Bobos cuantas colecciones dejamos allí.

En el bote destinado para este objeto se cargaron provisiones de toda clase elegidas del magnífico stock del «Uruguay» con objeto de formar un depósito en la isla de Seymour, que sirviese á las expediciones ulteriores que llegasen á estas regiones. Al desprenderse la dotación del «Uruguay» de tantas provisiones, conseguíase habilitar más sitio á bordo con objeto de colocar cómodamente nuestras colecciones, y esta fué otra prueba de la buena voluntad de la expedición argentina que prefirió sacrificar lo suyo antes de rechazar lo que nosotros ansiábamos llevar á nuestras casas.

Aproximábase la noche cuando el bote estaba ya de regreso y todos nos encontrábamos reunidos. Yo permanecí sobre cubierta contemplando las costas que íbamos dejando atrás.

¡De cuán extraña novedad me parecía viajar de este modo, comparándolo con las marchas á pie ó los viajes en trineo!

¡Cuánto había cambiado nuestra situación durante aquellos dos días!

La misma certidumbre de hallarnos ahora en camino de nuestra patria y la convicción de que todos nuestros cuidados respecto al porvenir habían cesado, comunicaban á nuestros recuerdos las apariencias de lo soñado. Pero era indudable que un largo período de nuestra vida había transcurrido en aquellas solitarias regiones para no volver jamás, y aquellos desiertos paisajes que desfilaban ante nuestros ojos no los olvidaríamos nunca.

Durante toda nuestra vida recordaríamos aquellas dos islas de piedra arenisca que fueron nuestra morada por

espacio de largo tiempo. A medida que avanzaba el buque iba quedando atrás la tierra que explorábamos, y el mar se extendía inmenso ante nosotros. Bajé ya tarde al salón de reunión, y conversando con nuestros amables huéspedes, transcurrió pronto la noche.

Todo se había colocado á bordo del mejor modo posible, mejor aun de lo que se esperaba; después de haberlo dispuesto ordenadamente nuestro capitán.

El segundo me había cedido galantemente su camarote, y mientras los oficiales tuvieron que arreglarse como pudieron, nosotros disponíamos del más envidiable alojamiento.

Aun me quedaba un trabajo para ultimar y hasta que lo hube concluído no pude conciliar el sueño. A pesar de todo, me eché vestido para descansar un rato hasta llegar á la isla de Paulet. Antes de las dos estaba de nuevo sobre cubierta. El panorama era hermosísimo á la luz nocturna, única en su clase que ofrecen las regiones cercanas á los polos. Reinaba una quietud inmensa en torno de la embarcación; el mar azul se agitaba libremente; tan sólo algunos trozos de hielo reluciente flotaban diseminados en la superficie. Delante de nosotros se levanta como una barrera coherente, la pirámide de hielo de la isla de Dundée, y el punto céntrico del cuadro lo forma la obscura isla volcánica, que atrae la curiosidad de todos.

Nos acercamos más y más, y pronto distinguimos con el anteojo de larga vista la señal formidable de piedra que los náufragos habían construído en la punta más elevada para llamar la atención de alguna expedición auxiliar. La Naturaleza dormía; solamente los pájaros bobos nadaban sobre el mar alrededor nuestro, pasando

delante con rapidez como si quisieran enseñarnos el camino de la costa, donde nuestros compañeros estaban bien ajenos de que se aproximaba la hora de su liberación.

El hielo se iba cerrando cada vez más y formaba hacia adentro una faja coherente. En la cercana costa vimos



En ruta hacia el «Uruguay».

una numerosa colonia de pájaros bobos, la cual había visitado yo hacía veintidós meses. Pudimos contemplar también un obscuro montón de piedras apenas visible, que por tanto tiempo sirvió de morada á veinte personas.

El reloj señalaba las cuatro en punto, precisamente cuando el sol empezaba á salir en el horizonte, iluminando el panorama con su magnífico esplendor. Cuando estábamos abstraídos en la contemplación de aquel hermoso cuadro que nos rodeaba, escuchamos el silbido del pito

del «Uruguay». Sonó una, dos, tres veces, perdiéndose su eco entre las rocas. En mi vida había experimentado tan extraña impresión. Tan indefinible sensación experimenté en este momento, que no me daba cuenta exacta de la significación de aquellos repetidos avisos.

Aunque era solamente uno de tantos espectadores,



La choza en la isla de Paulet y el «Uruguay» á la vista.

sentía una singular emoción pensando en que mis compañeros iban á ser inesperadamente salvados de una situación tan triste y difícil.

Pasó un rato desde que vibró el silbato de aviso hasta que pudimos observar señales de vida en la choza, de la cual, uno tras otro, empezaban á salir sus habitantes. Es de presumir el estupor con que debían contemplarnos, no dando seguramente crédito á lo que veían, preguntándose si todo aquello era un sueño ó la realidad. Veíamos con cuanto apresuramiento se movían y hablaban y cómo, finalmente, se dirigían poco á poco hacia

la playa. Pronto quedaron listos nuestros botes, y navegando entre témpanos de hielo, nos dirigimos á un lugar á propósito para desembarcar, bastante alejado por cierto de la cabaña. Negros, sucios, enflaquecidos, encontramos á nuestros compañeros; sus ropas estaban destrozadas, pero en sus rostros, que denotaban los estragos de las privaciones pasadas, se veía retratada la alegría. ¡Nos saludamos mutuamente, quedando, al fin, después de tan variados acontecimientos, reunida de nuevo toda la expedición!

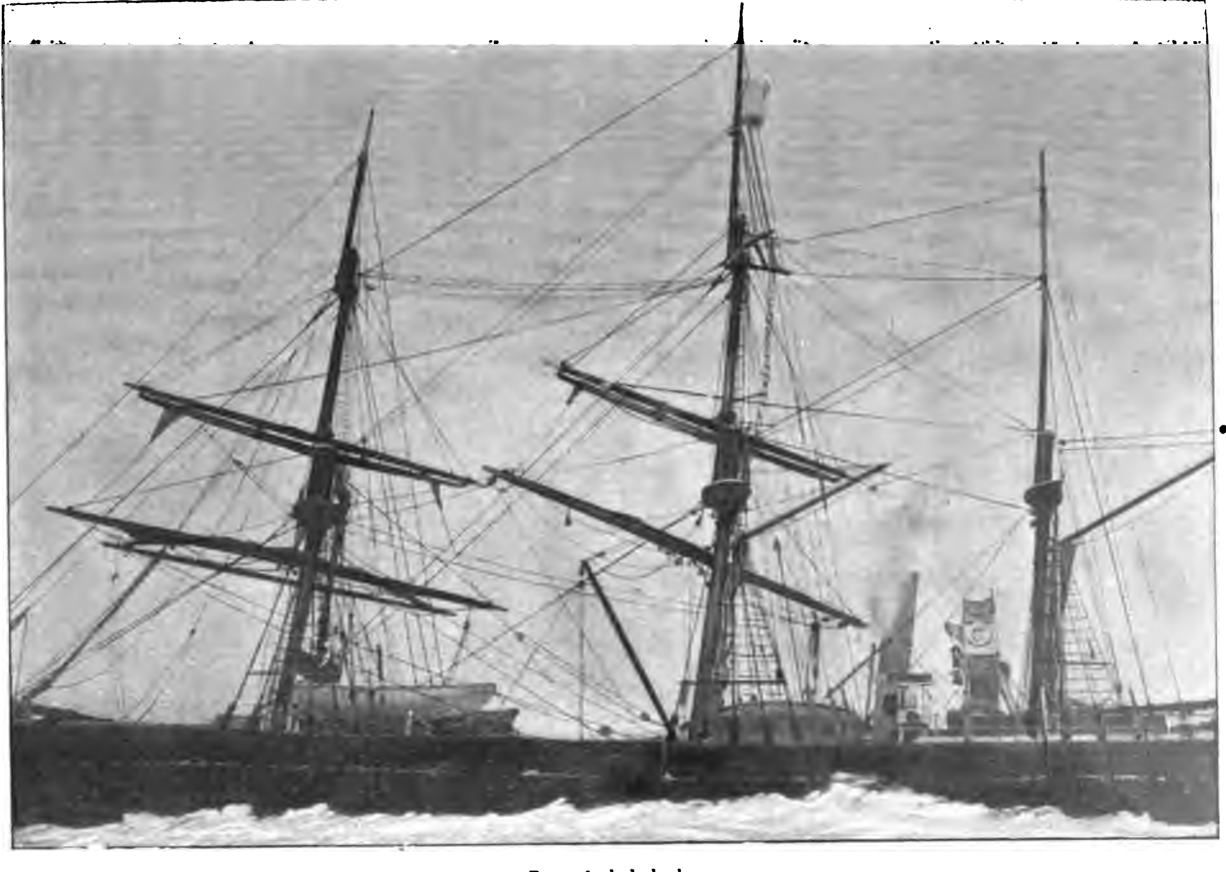
Había infinidad de cosas que arreglar para que quedase todo en disposición de continuar el viaje. Casi con veneración contemplábamos la choza tan húmeda y negra donde aquellos hombres habían pasado el invierno. Se procedió á reunir todos los efectos de algún valor, no sólo de los que se salvaron del «Antártico», sino también los tesoros científicos que se habían podido recoger durante la permanencia en la isla. También en aquel puerto dejamos un importante depósito de las provisiones del «Uruguay», y á duras penas podíamos ocultar la envidia que nos producía la vista de todas aquellas conservas, azúcar, pan, etc., pensando lo que hubieran significado á disponer de ello algunos meses antes. No era un depósito despreciable lo que dejábamos como recuerdo de nuestra expedición, pues además de conservas y galleta, quedaban allí varios sacos de legumbres y otras muchas vituallas. Dejé un inventario de todo ello juntamente con una carta dirigida al capitán Gyldén.

Todavía nos quedaba una obligación sagrada que cumplir. Uno de nuestros compañeros había tallado el día anterior, á bordo del «Uruguay», una cruz con su correspondiente inscripción, para colocarla sobre la pie-

dra que daba á conocer el sitio en que Wennersgaard descansaba para siempre. Tristes y silenciosos, nos congregamos todos alrededor del fúnebre montecillo pensando en aquel excelente camarada cuyo cuerpo inanimado quedaba allí, lejos de sus deudos y amigos, en aquella desierta playa, donde pronto las bandadas de pinguinos serían los únicos y exclusivos guardianes de su tumba.

Proseguimos después nuestra tarea para la instalación del depósito, trabajando todos con el mayor ardor, pero como las provisiones eran muchas y la distancia al punto de embarque bastante larga, invertimos algunas horas hasta que, finalmente, quedamos listos para marchar de nuevo á bordo. Con gran cuidado fuimos contando uno á uno los que embarcaban en los últimos botes para que nadie, en el último momento, quedase olvidado. Volvimos á bordo del buque salvador y seguidamente hizo rumbo al tercer punto de invernada, hacia la bahía de la Esperanza.

Dejemos ahora á cada uno de los miembros de esta última expedición invernal, la tarea de narrar sus aventuras dignas de mención, desde el momento en que Andersson y sus compañeros desembarcaron en la bahía de la Esperanza hasta los días 8 y 11 de noviembre de 1903, en que volvieron á quedar reunidos.



Después de la lucha.



CAPITULO XXII

El principio del fin

Es muy singular que el hielo de las regiones polares, á pesar de su inalterable uniformidad, pueda ofrecer tan variados aspectos é inspirar tanto interés. ¿Cuán grandes no son los sufrimientos que nos ha hecho pasar? Y, sin embargo, nunca perdía sus encantos. ¡Cuán negro y amenazador se presenta durante la tempestad envuelto entre la niebla, presagiando muerte y duelo; cuán resplandeciente aparece fingiendo millares de diamantes bajo los rayos de luz solar, poblado por un mundo de seres vivos propios de aquellas latitudes; cuán azulado brilla reflejando cien colores distintos bajo los últimos y moribundos rayos del sol; cuán frío y

plateado semeja ante el mágico resplandor de la luna! ¿Quién podrá permanecer insensible ante la majestad del hielo? ¿Qué panorama del mundo puede despertar con mayor fuerza los sentidos del hombre?

. . . .

El 29 de diciembre de 1902, el profesor J. G. Andersson, el por entonces teniente Duse y el marinero Grunden, se habían separado de nosotros con objeto de dirigirse á la estación de invierno de Snow-Hill. Efectuaron la marcha sobre el hielo del interior, empleando patines y llevando consigo un trineo cargado con una tienda de campaña, sacos de dormir y provisiones. Nos despedimos de ellos con un cordial apretón de manos: «—¡Hasta que nos reunamos pronto en la estación de invierno!» A las once de la noche vimos por última vez la silueta de los caminantes, que en aquel momento tiraban del trineo, subiendo una pendiente de terreno cubierto de nieve, en cuyo límite empezaba el hielo interior.

Relataré en pocas palabras lo que con ellos dejamos convenido. El «Antártico» procuraría abrirse camino hasta la estación de invierno, y si no se llegaba á conseguir esto antes del 10 de febrero, deberían entonces volver ellos al punto de origen juntamente con los compañeros de la estación, efectuado lo cual, quedarían esperando del 25 de febrero al 10 de marzo la vuelta del buque. ¡Qué incalculables ventajas no hubiese tenido este plan, de poderlo llevar á feliz término!

Soplaba el viento de las zonas glaciales é hicimos rumbo mar adentro hacia el norte para ver si podíamos dar la vuelta á la isla de Joinville. El estado del hielo era comunmente igual que durante nuestra última visita, con

la pequeña diferencia de que ahora el hielo claro se extendía tanto hacia el este, que, si bien con cierta dificultad, conseguimos llegar muy cerca de la isla Actna, una de las de Danger, que se encontraban al nordeste. Pero bien pronto se presentó el hielo tan compacto que resultaba imposible seguir adelante, razón por la cual tuvimos que detenernos y esperar.

La región que sigue al este de la isla de Joinville corresponde á las más peligrosas que puedan imaginarse. Ross, que pasó por allí, lo dió á entender así, poniendo por nombre á todas aquellas islas «Danger isles», ó sea «Islas peligrosas». Observando las que sobresalen del mar, y que son por lo tanto visibles, es fácil, en general, dirigir el buque, pero resulta la maniobra más peligrosa cuando se tienen que sortear las rocas casi cubiertas de agua, que no se notan hasta que se ha chocado contra ellas. De norte á sur y tocando fondo se extendía, semejante á una verdadera muralla china, una larga hilera de montañas de hielo, las cuales contribuían, como es natural, á interceptar el hielo restante. Como aventurarnos por allí entre tantas dificultades y ante el hielo compacto era sumamente expuesto, decidimos no intentarlo siquiera. La noche de año nuevo forzamos un momento el hielo hacia el este, pero bien pronto quedamos nuevamente detenidos y tuvimos que amarrar á un iceberg flotante. Así terminó el año 1902, anotando en mi diario el siguiente comentario: «¡Un año!... ¡cuánto no hemos corrido, cuánto no hemos navegado desde el último día del año anterior! ¡Un año entre mar y hielo, tempestades y nieves, acompañados ó solos; un año entero de aventuras en las regiones más apartadas del mundo!»

¡Presos nuevamente! Esto dista mucho de ser agradable. ¿Hemos llegado quizás al término de toda esperanza? Confiemos en que el hielo empezará alguna vez á dispersarse y en que nos separa de la estación invernal un trayecto insignificante.

Debido á causas que desconocemos, allá á lo lejos, hacia el sur, se había formado un espacio libre entre aquella masa de hielo, pero sobrevino después una fuerte tempestad del norte, y ocurrió, como natural consecuencia, que el hielo se puso en movimiento en dirección contraria.

El día de año nuevo calmó bastante el tiempo, pero el 2, al mediodía, tomó gran impulso la marcha del hielo y nos vimos forzados á un viaje de mayores aventuras. El «Antártico», sin gobierno alguno, fué arrastrado por el hielo en dirección sur, ya de proa, ya de popa, y muchas veces de costado. Era imposible de todo punto hacer nada, pues el hielo se presentaba tan compacto que impedía la navegación. ¿Puede concebirse nada más desconsolador que la estéril contemplación del poder de la Naturaleza, comprendiendo el peligro inminente y sin la más remota posibilidad de salvación? Continuábamos rápidamente hacia adelante expuestos á mil peligros, sin probabilidad de volver, siempre adelante, entre islas é islotes, montañas de hielo y rocas cubiertas por el mar. Así recorrimos tres nudos y pasamos una tras otra las islas Danger, que pronto quedaron al nordeste.

Nos parecía un verdadero milagro que el «Antártico» hubiera navegado hasta entonces sin un terrible tropiezo. Cruzaba por entre montañas de hielo y pasaba por sitios tan peligrosos, que ni aun con mar completamente libre nos hubiésemos atrevido á conducirle. Como es natural,

no teníamos un momento de sosiego, y á cada instante temíamos chocar con los bloques de hielo; más de una vez estuvo en un tris que no nos incrustásemos en ellos. Si en esta vertiginosa carrera no nos vamos á pique, es indudable que los costados del buque quedarán bastante resentidos y destrozado alguno de los botes. Con toda la rapidez posible empezamos á efectuar las pequeñas ma-



El último esfuerzo.

niobras que el caso requería. El botalón se corrió dentro sobre cubierta, y los botes, que estaban en los pescantes, se metieron igualmente dentro, dejándolo todo sujeto y bien acondicionado.

Al obscurecer de aquel mismo día disminuyó tanto el movimiento, que casi llegamos á temer que la corriente nos hiciera volver hacia la costa. Por consejo de Larsen nos acostamos vestidos y dispuestos á abandonar la litera al primer aviso.

4 de enero. ¡Cuántos recuerdos tenemos de este día, último de nuestras esperanzas!

Nos hallábamos, cuando cesó el fuerte movimiento del hielo, á unas veinte millas marítimas al sur de las islas de Danger. De pronto, por la mañana temprano, comenzó el hielo á ponerse en dispersión y dimos fuerza á la hélice. Por fin, se presentaba agua libre por la parte de proa y no tardamos mucho en salir á sitio despejado. Larsen, optimista como siempre, creyó que por esta vez podríamos ir directamente á la estación invernal, pero pronto pudo observar que el espacio libre era muy reducido y que el hielo, un poco más al sur, aparecía tan compacto como de costumbre. A corta distancia pasamos la isla de Paulet, cuyas orillas estaban por completo llenas de hielo. Veíase también mucha nieve y presentaba un aspecto más invernal aun que cuando la visitamos el año anterior. Aunque siempre apareció tan inhospitalaria á nuestra vista, nunca hubiésemos llegado á creer que, á pesar de todo, llegaría un momento en que la miraríamos con envidia. Ya hacía tiempo que el buque marchaba adelante con mar descubierto, y determinamos aprovechar la oportunidad para efectuar observaciones con la sonda, lanzar la red y determinar temperaturas. El resultado fué, según costumbre, bastante productivo; una porción de animales de las más raras especies fueron á parar á nuestros tarros de alcohol, de los cuales no salían vivos. La vista de tantos animales extraordinarios nos puso de buen humor, cosa que necesitábamos en verdad, pero duró poco, pues á las cinco de la tarde se anunciaba hielo firme por todas partes, hasta tan lejos como la vista podía alcanzar, y tuvimos que amarrar el buque con fuertes cuerdas á un trozo de hielo resueltos

á esperar. Los días sucesivos fueron igualmente poco divertidos.

Dejemos hablar al diario:

5 de enero.—La niebla es tan espesa que no podemos ver á cinco metros de distancia. Por la tarde empezó á nevar, quedando el buque uniformemente cubierto de blanco.

6 de enero.—Día de Reyes. Ha nevado también mucho durante toda la noche. El viento es suave, y la nieve, floja y húmeda, se disuelve sobre cubierta formando charcos. La cámara rezuma por varios sitios, cayendo una gotera continua por las lumbreras y el techo. Por la mañana cayó otra vez una abundante nevada. ¡El «Antártico» cubierto de nieve! ¡qué bella y extraordinaria alegoría del verano!

El 8 de enero volvió á separarse algo el hielo, y pudimos navegar por la mañana durante un par de horas. A pesar de nuestros últimos esfuerzos para ir rompiendo el hielo, en dirección oeste y sudoeste, era bien poco lo que habíamos conseguido adelantar, y después de tanta lucha nos encontrábamos cada vez más aprisionados entre los hielos. El peligro, por lo tanto, había aumentado notablemente, pues, aunque entonces apenas se movía el hielo, de sobrevenir viento sur, nuestra situación sería poco menos que insostenible, por cuanto si aquella superficie sólida fuese de pronto empujada contra tierra, no habiendo espacio libre se desmenuzaría irremisiblemente y los bloques se amontonarían unos sobre otros, destruyendo cuanto encontrasen á su paso. Nuestra salvación en aquel crítico momento estribaba, por lo tanto, en que no se desencadenase el viento sur. Nos encontrábamos precisamente en la época en que reinaban

los vientos del oeste, que no nos producirían menores daños. La fe transporta las montañas, según el adagio, pero éste no reza con las montañas de hielo. Con todo, allá en nuestro interior, abrigábamos siempre la esperanza de que, en último caso, conseguiríamos rescatar á nuestros compañeros de la estación invernal.

El 9 de enero se presentó, por fin, el temido viento sur, que aumentaba por momentos, mientras caía una copiosa nevada. De vez en cuando oíamos un crujido en los costados del buque que nos hacía correr sobre cubierta para enterarnos de lo que ocurría. El hielo empezaba á sujetarnos y pronto quedó el «Antártico» fuertemente aprisionado; sin embargo, no creíamos encontrarnos todavía en inmediato peligro.

—Resiste mucho—dice uno de nuestros grumetes.

—¡Bah! este apretón ha sido tan insignificante que seguramente lo resistiremos—agrega otro.

No obstante, nos mostramos inquietos por el timón y la hélice.

El 10 de enero, cuando me levanté, reinaba un fuerte temporal de nieve que procedía del sur. El viento dejaba oir un silbido lúgubre en la arboladura y las jarcias y levantaba fuertes remolinos de nieve, tan espesos, que no podíamos ver á cinco metros desde el «Antártico»; por momentos aparecía más blanco; tanto los palos como la chimenea y las cuerdas quedaron cubiertas por una capa de hielo.

Por la mañana apenas experimentó el barco presión alguna, y esto nos tranquilizó algún tanto; pero por la tarde, mientras nos entreteníamos jugando una partida á las cartas, comenzó el buque á sufrir fuertes sacudidas y se oyó un crujido terrible que nos obligó á acudir sobre



Pájaro bobo adelie mudando la pluma.

cubierta para ver lo que sucedía. La presión había llegado á su grado máximo; el barco se inclinaba más y más, en tanto que el hielo, completamente desmenuzado, azotaba los costados. El timón nos tenía en gran inquietud, si bien no podíamos descubrir ningún desperfecto en él, y la popa se hallaba cuatro pies más alta que de ordinario, aunque esto no nos preocupaba tanto. Si el buque continuaba elevándose lo suficiente, es decir, hasta que la presión del hielo en modo alguno pudiera alcanzarle, estaba salvado, infundiéndonos alguna esperanza al ver que su ascensión no cesaba un solo momento.

Por la noche, paseando con el piloto sobre cubierta, nos hacíamos la reflexión siguiente: «¡Es indudable que hemos sido por demás afortunados hasta la hora presente! La suerte nos ha acompañado en todos nuestros contratiempos y no sería extraño que nos viniera ahora la contraria...»

¿Fué acaso un presentimiento?

Como de costumbre escribí aquella misma noche en mi diario, terminando con las palabras que copio: «La tempestad disminuye. ¿No llegará, por fin, á amainar el tiempo?» Estaba escribiendo estas palabras cuando oí un crujido, como si el buque hubiera quedado destrozado... Después escuché un golpeteo tras otro y el buque se tumbó sobre estribor... Me levanté de un salto, me puse las zapatillas, subí la escalera rápidamente y salí á cubierta. No se veía á nadie por allí y me dirigí sin perder un momento á popa, donde encontré á uno de los marineros.

—¿Ha ocurrido algo grave?—le pregunté.

—No sé, no sé aún, pero...

En este instante se presentó el segundo piloto que llegaba corriendo, mientras decía:

—¡El buque está destrozado y la máquina inundada por completo!

Después oímos gritar al primer piloto:

—¡Arriba todo el mundo!

No era cosa de perder un solo momento, y corrí á mi camarote para vestirme. Veo un lapicero que siempre podrá servir de algo, varios pañuelos que tampoco estorban y un par de guantes que cojo maquinalmente. Registro á toda prisa los cajones de mi mesa, guardándome varios objetos en los bolsillos. En cinco minutos quedo listo y acudo de nuevo sobre cubierta para tomar parte en las maniobras.

Los marineros corren de uno á otro lado, pero, no obstante, con el mayor orden y sin demostrar azoramiento ni temor alguno. Unos se ocupan en reunir todo lo más importante, provisiones, ropas, etc., en tanto que otros preparan las bombas y examinan el buque por la parte de popa para ver si de alguna manera puede intentarse tapar la vía de agua.

K. A. Andersson y yo empezamos á quitar de popa una partida de sal con la idea de encontrar el punto por donde el buque hace agua. Uno tras otro vamos subiendo cargados con baldes de sal empapada de agua, cayéndonos ésta por el cuello y los hombros. ¿Nos veremos obligados á abandonar el buque? De vez en cuando gritamos por la escotilla pidiendo noticias.

—Las bombas la siguen conteniendo—nos contestan desde arriba.

En pocas horas quedamos listos para abandonar el buque, dejando colocada una plancha de tablones sobre el bloque que nos pareció más sólido y apropiado. Entre tanto las bombas parece que podrán impedir el aumento

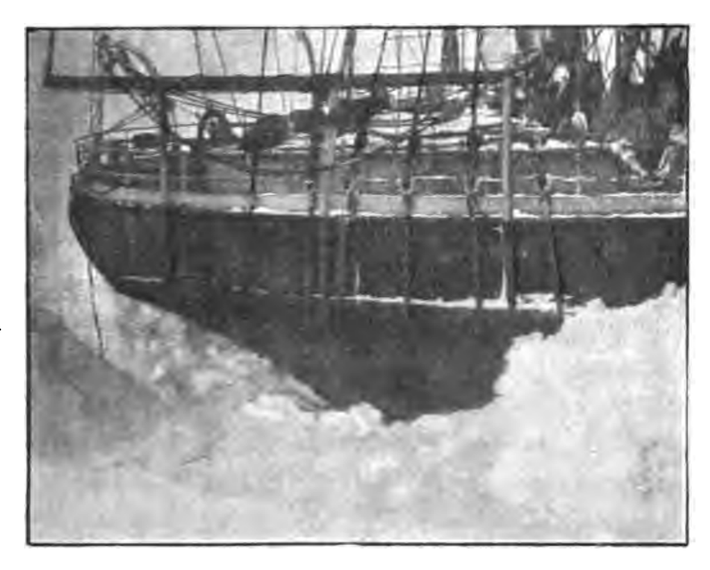
de agua en la bodega y por momentos vamos recobrando la tranquilidad. El cocinero y su ayudante se cuidaban entre tanto de preparar la comida como si nada aconteciera, y á la hora acostumbrada nos reuníamos en la cámara para almorzar, discutiendo sobre los acontecimientos de la pasada noche. Respecto á la importancia de la avería no sabíamos más que el timón estaba roto y que varios tubos de la máquina habían reventado. La vía de agua parecía encontrarse en el codaste.

El choque debió ser tan terrible que hubo punto en que hasta la alfombra quedó revuelta en un montón, y por otro lado, el piso del cuarto de máquinas se había levantado por completo de su sitio. Cada cual relata con los más vivos colores la impresión que la catástrofe le ha producido.

Pronto se formaron á bordo dos partidos, uno optimista, con el capitán Larsen á la cabeza, y otro pesimista, acaudillado por el segundo piloto y el primer maquinista.

Larsen confiaba que aun podríamos salir con bien de aquella situación, mientras que Haslum, segundo piloto, sostenía que por la parte de popa estaba el barco completamente destrozado é inútil para navegar. El primer piloto consideraba que antes de aventurar nada sobre el porvenir, se debía examinar la avería del buque. Por el momento nada podíamos hacer en este sentido porque el hielo lo tenía completamente sujeto y cercado por todos lados.

La catástrofe tuvo lugar á la una de la madrugada, y desde esa hora hasta las nueve de la mañana, que almorzamos, estuvimos trabajando sin interrupción. La falta de descanso se va dejando notar, y sospecho que el lector supondrá que tengo un poco de sueño.



Entre bloques de hielo.

CAPITULO XXIII

Hacia la sumersión

La noche anterior á la desgracia, como en otro lugar dejo dicho, se calmó la tempestad, aunque todavía sopló brisa fresca durante algunas horas. El hielo había empezado á moverse, y pronto todos los claros que se veían aquí y allá quedaron cubiertos. En la popa del buque se había formado una pequeña grieta, que se ensanchó en el momento del choque fatal. Un par de días estuvo el hielo atornillándonos sin interrupción, pero desde el instante en que el «Antártico» quedó destrozado, todo quedó en el mayor silencio y quietud, no pudiendo observarse el más mínimo movimiento. Si yo fuese fatalista me vería inclinado á creer que el hielo

había tenido la firme resolución de desguazar nuestro buque, y una vez conseguido su objeto se había apaciguado. Pero lo que sí puedo afirmar, sin temor á que pueda tachárseme de exagerado, es que lo ocurrido resultaba bastante singular.

La primera noche transcurrió tranquila, la situación del buque era la misma y el hielo permanecía quieto. Por la mañana empezamos á limpiar de hielo y nieve todo alrededor del timón para ver cómo se encontraba. Después de grandes esfuerzos llegamos á la superficie del agua. No fué nada tranquilizador lo que allí se presentó á nuestra vista, pues por el lado de estribor había gran cantidad de pernos movidos y el timón aparecía quebrado. Vimos que la hélice estaba en su sitio, pero no pudimos averiguar en qué estado. Los pernos que había, tanto encima como debajo del agua, los envolvimos cuidadosamente con hilo de algodón, pero todo fué inútil, pues el punto por donde mayor cantidad de agua hacía el buque, seguramente no se encontraba allí.

También pudimos observar que la popa del «Antártico», desde el momento del choque, descansaba sobre la mole, profundamente hundida en el agua, de un témpano de hielo, que otro situado en el lado de babor había empujado hacia allí.

*

El buque tenía varias bombas, de las cuales dos se hallaban sobre cubierta, una de ellas inservible á consecuencia de las sacudidas de los hielos. Estas bombas funcionaban por el vapor. Abajo, en la máquina, había otra bomba más, que era la que hasta entonces se había

empleado para mantener el buque seco, pues el «Antártico», como todos los barcos viejos de madera, poca ó mucha, siempre hacía agua.

Los días subsiguientes no varió la situación del «Antártico», ni se presentó el tiempo del todo malo, antes bien, aparecía casi tranquilo. Intentamos cerrar la vía de agua empleando un nuevo medio. Al extremo de una caña larga de bambú atamos un balde que contenía cuerda de cáñamo bien picada, lo cubrimos después con un trozo de paño, al cual se sujetó una cuerda delgada con cuyo cabo nos quedamos. Hacemos bajar el balde hasta el punto por donde suponemos que el buque hace agua y tiramos de la cuerda después, recogiendo el paño y dejando allí el balde y su contenido, con la esperanza de que la absorción que ocasionaba el agua á medida que iba entrando en el barco arrastrará consigo la masa de cáñamo picado y tapará el agujero. Por dentro, á consecuencia de la construcción del «Antártico», resultaba inútil todo intento que tendiera á ese fin, pues los buques destinados á navegar por los mares helados, atendiendo á su mayor resistencia, están reforzados con sólidos travesaños de madera tanto á lo largo como de través.

¡Qué días más largos y más tristes! Nos era imposible permanecer en nuestro camarote. No cesábamos un momento de cavilar sobre nuestra situación. ¿Habría llegado el desenlace de nuestras aventuras? ¿No conseguiremos llegar á nuestra patria con nuestras ricas colecciones? ¿Quedaríamos todos enterrados con el buque en aquel revuelto mar, anónimos y olvidados, sin que nadie llegase á saber nunca de qué modo había desaparecido el «Antártico»? ¿Cuántas historias no se inventarían des-

pués de transcurrido algún tiempo? Era verdaderamente doloroso pensar que tanto trabajo, tantos esfuerzos y privaciones, iban á perderse inútilmente. Nuestro ánimo, sin embargo, no había decaído. Aun nos quedaba nuestro viejo y querido barco. Había quedado verdaderamente maltrecho en la lucha con los elementos; pero ¿no sería



Reparación de la popa averiada.

posible salvarlo todavía? La esperanza no se pierde nunca. Puede mejorar el tiempo, soplará el viento del oeste, el hielo se dispersará, llegaremos á la estación de invierno y, no faltándonos resolución, quizá arribaremos hasta las islas de Falkland. ¿Quién sabe? Si el buque no hace más agua que ahora no corremos peligro inminente, pues las bombas son suficientes para extraerla conforme va entrando.



Un último adiós.



Se acerca el fin.

¡Si pudiéramos abandonar nuestras preocupaciones! ¿Para qué atormentarnos con lúgubres pensamientos? Nada podíamos hacer por nuestra parte en aquellos momentos para variar la marcha de los sucesos. Debíamos persuadirnos de que nuestra causa estaba jugada, y sólo faltaba dar tiempo al tiempo en espera de la sentencia.

El funcionamiento de las bombas, dejando oir sin variación alguna su desagradable traqueteo, continúa hora tras hora, día tras día, no permitiéndonos olvidar ni un solo instante nuestra situación, obligándonos á subir á menudo sobre cubierta para enterarnos de los últimos acontecimientos y echar una ojeada á la bodega para ver la altura que alcanzaba el agua. El constante ruido de las bombas que se oye desde todos los rincones del barco, nos recuerda constantemente nuestra situación. Quién sabe si aun vendrán peores días, pero lo veo difícil. Estábamos tan acostumbrados al monótono rumor producido por las bombas, que por la noche, si paraba un momento, nos despertábamos en seguida.

El hielo no ofrecía variación alguna en los últimos días. Con frecuencia subíamos al barril á mirar y siempre aparecía el mar igualmente desconsolador.

El 16 de enero, habiendo empezado á moverse el buque por la mañana temprano, me desperté. Algo debía ocurrir, me vestí en seguida y corrí sobre cubierta. Repentinamente se había formado por la proa un hueco en el hielo y el «Antártico» había perdido su natural asiento. El hielo estaba separado de los costados y formaba verdaderos muros de una altura de dos metros, que presentaban la figura del barco. Nos encontrábamos como en un pequeño varadero de hielo, por cierto un varadero

seco, y el barco, desde que había variado de posición, felizmente hacía menos agua.

El primer piloto es incansable. No cesa de dar vueltas al magín para idear la manera de sacar al «viejo» del atolladero. En este momento procura arreglar el timón, ocupándose al efecto el herrero de un trabajo que, una vez terminado, resultará una combinación ingeniosísima de empalmes digna de figurar en cualquier museo.

Pasaron los días sucesivos sin que ocurriese nada digno de mención. El viento oeste no parecía por ninguna parte, y unas veces reinaba calma completa y otras nordeste flojo. Aquella situación inerte resultaba enojosa en alto grado, y aprovechábamos con gusto la oportunidad de podernos ocupar en algo.

Cierta tarde nos entretuvimos sobre cubierta tirándonos bolas de nieve; los proyectiles pasaban silbando por entre los palos. El piloto, bien provisto de bolas de nieve, había subido sin notarlo nosotros á una verga, desde donde nos apedreó á su gusto mientras le duraron las municiones, però entonces, cuando íbamos á tomarnos la revancha, se dejó caer, encogiéndose como un mono, por uno de los obenques y desapareció corriendo, dejándonos burlados.

La noche del 21 de enero, empezamos de nuevo á concebir esperanzas por haberse presentado viento fresco del noroeste. El hielo comenzó á desprenderse de la costa en dirección sudeste, arrastrando consigo al «Antártico». No podíamos desear cosa mejor. Permanezco sobre cubierta observando cuidadosamente con los gemelos el movimiento del hielo que nos regocija á todos en extremo. ¿Cuál será la consecuencia si conseguimos alcanzar mar libre y nos desprendemos de aquella mole in-

mensa de hielo? ¿Nos esperaba en definitiva el naufragio? Era día festivo á bordo; celebrábamos el cumpleaños de Su Majestad el rey Oscar y habíamos decidido festejarlo cumplidamente. Habíamos izado en el palo mayor la bandera sueca; la noruega ondeaba en el tope, y á las ocho resonó la correspondiente salva, haciendo veintiún disparos con dos cañones de á bordo. Al mediodía nos reunimos todos sobre cubierta para beber una copa de ponche, y se dieron vivas al rey y al príncipe heredero. Casualmente hacía un sol magnífico, el tiempo era delicioso; soplaba noroeste fresco y la vía de agua estaba mejor que nunca, toda vez que una sola bomba de vapor bastaba para mantener el buque seco. Discurríamos alegremente sobre cubierta, chocando nuestras copas: «¡Brindemos, muchachos, en la confianza de que aun llegaremos con el «viejo» á Estocolmo!»

El 22 de enero continuó soplando el viento fresco y acentuándose el movimiento del hielo, empezando á disgregarse y á desprenderse del costado de popa á babor, pudiéndose entonces distinguir por completo la base del bloque de hielo de estribor, donde descansaba el codaste. Al costado de babor, también por la parte de popa, se formó un hueco á la noche siguiente, y después que quitamos todo el fango de hielo que allí había, pudo apreciarse el verdadero estado de la nave.

Estaba yo durmiendo en mi camarote y me despertó una conversación sostenida en la cámara entre el capitán y el piloto. No parecía nada agradable lo que decían, y les supliqué que me dieran explicaciones concretas.

—¡Pues, pon atención y oirás los descubrimientos que ha hecho el piloto esta madrugada!—me dijo Larsen.
—La quilla ha sufrido avería, el timón y todo el codaste

están rotos, la borda lleva también hielos por el costado de babor, la hélice está entera, pero el árbol ha saltado de su asiento de atrás y está doblado!

La noticia me produjo honda tristeza. Por la mañana estuvimos, K. A. Andersson y yo, en la máquina ayudando con una palanca á arreglar la hélice. «Puede andar—dice el diario,—pero, por desgracia, es probable que el mal estado del codaste impida retener el buque sin agua alguna.» Pusimos una fuerte cuerda alrededor de la popa para sujetar la quilla y una cadena sobre el codaste para evitar que la vía de agua fuese en aumento.

El barco continúa sobre el bloque de hielo y parece poco inclinado á desprenderse de allí. Empezamos á calcular de qué medios nos valdremos para conseguirlo. En primer lugar tratamos de ir saltándolo á pedazos, y toda la tripulación estuvo ocupada durante un par de días en esta operación, confiando salvar el obstáculo y poner el barco á flote. Después hicimos una especie de barrenos, empleando botellas llenas de pólvora, que hacíamos explotar, causando al buque un ligero temblor, levantando un poco de nieve y hielo, pero nada más.

El día 29 de enero, consigna el diario lo siguiente: «Al mediodía, mientras estábamos conversando de sobremesa, un sordo rumor nos atrajo á todos sobre cubierta. El bloque de hielo se había roto, quedando únicamente un trozo adherido al extremo de popa. A causa de la sacudida tomó la vía de agua nueva fuerza, haciéndose casi tan grande como en un principio, tanto, que además de la bomba de vapor tuvieron que disponerse á trabajar sin interrupción las de cubierta.

No podíamos conseguir que el buque se desprendiese por completo del bloque en que descansaba, y esto nos

tenía muy contrariados, pues si el hielo comenzaba á dispersarse no podríamos, en el estado que nos hallábamos, aprovecharnos de la oportunidad que se nos presentaba. El capitán y el piloto reflexionaron de nuevo un momento antes de emprender las maniobras decisivas. Por la popa se clavó en el hielo un gran palo, haciendo palanca sobre el tope y el pasamanos de hierro, sujetándolo una cuerda para tirar desde fuera, al mismo tiempo que varios marineros hacían fuerza también sobre el costado de estribor, confiando de este modo que la popa se iría levantando. El buque se movió un poco, pero no cedió. En vista de ello hubo que recurrir á otro medio. A los topes de los palos de proa y mayor se ataron cuerdas que llegaban hasta el hielo, donde también se sujetaron, y se empezó á tirar de un modo desesperado, consiguiéndose mover el barco de un lado á otro, pero sin llegar tampoco á ceder.

El domingo, primero de febrero, trabajamos como negros. El aparejo había quedado destrozado, pero el buque aun permanecía allí inmóvil, tumbado á babor, anunciando todo que nos íbamos acercando al término fatal.

El día anterior un enorme témpano de hielo se había introducido bajo la proa del «Antártico». Ya bien entrada la noche empezó á moverse el hielo y á sujetarnos algo. Hacía poco que habíamos terminado de cenar y serían las nueve próximamente. Cerré mi diario, donde había anotado los acontecimientos más importantes, y me creía ya descansado por aquel día, pero esta vez no tuve bastante con una sola página del diario. Ya me disponía á dejar mi cámara, cuando noté que el buque se inclinaba repentinamente á babor, y subí con la mayor rapidez la

escalera para ver lo que ocurría. En la puerta tropecé con el capitán, que me dijo:

—Ven y ayúdanos á bajar los botes y provisiones al hielo, porque el barco se tumba.

Tanto la popa como la proa descansában sobre el hielo, y viniendo ahora la presión de costado, el buque se iba tumbando. Sólo faltaban seis pulgadas desde los imbornales, y al más mínimo movimiento se volcaría sobre el hielo para no levantarse más. No había tiempo que perder. Bajamos los botes, que pronto quedaron colocados sobre un bloque á estribor. Andando sobre la nieve, profunda y floja, resultaba el trabajo sumamente pesado. La niebla oculta el horizonte, el viento es frío y cae una fuerte nevada. Por fin, vamos derechamente al desenlace de nuestra ambigua situación; cualquiera que sea el resultado, sabremos por lo menos qué partido hay que tomar.

A la una todo estaba dispuesto, y si se hacía necesario, podríamos abandonar en seguida el buque. Naturalmente, con aquella confusión resultaba imposible reunir ni la mitad siquiera de lo que hubiésemos querido llevarnos. Algunas ropas, los colchones que había á mano, algunos barriles de galleta, legumbres y unas cuantas cajas de hortalizas secas, constituía nuestro salvamento.

El tiempo era frío y malo y nos bajamos á la cámara á conversar un rato. Bromeamos y reímos como de costumbre... ¿puede alguien concebirlo? Yo no, pero así era, no obstante.

La situación no varía y resolvemos retirarnos á descansar. El capitán, desde el día de la catástrofe, se acuesta vestido en el camarote de arriba, y sólo Andersson y yo nos acostamos abajo. No dormíamos al mismo tiempo,

sino que dividíamos la noche en guardias. A las cuatro me tendí en mi litera, sin desnudarme ni quitarme los zapatos y con la gorra al lado. Dormí como un tronco por espacio de dos horas.

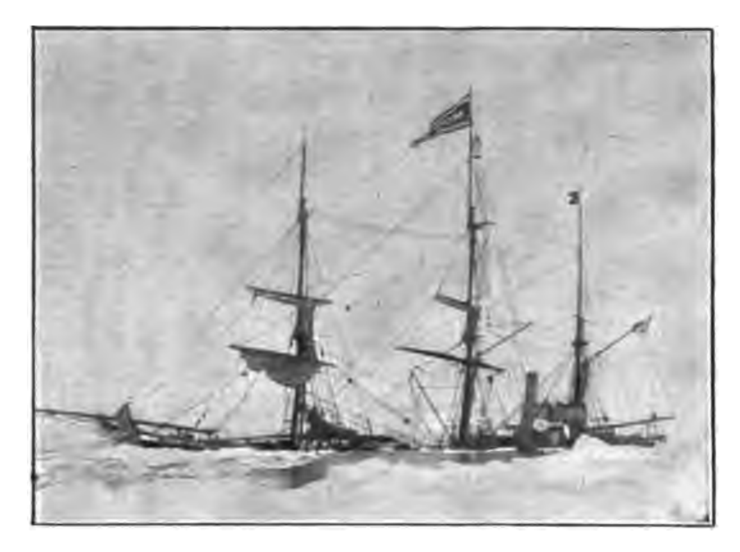
A la mañana siguiente las condiciones del buque habían mejorado bastante, pues se había puesto derecho y estuvo moviéndose todo el día.

Mientras los demás se cuidan de hacer separaciones y cortar pedazos del bloque de hielo, etc., me ocupo yo en distintos preparativos. Mis placas fotográficas son pesadas y grandes, 18 × 24 centímetros, y no puedo pensar en llevarlas conmigo á tierra. No hay á bordo mucho papel para tirar copias, pero el que encuentro lo aprovecho con la idea de que á lo menos no se pierdan las vistas más interesantes.

El 3 de febrero fué un día que merece recordarse. Por la mañana todo aparecía igual, el hielo firme y compacto como siempre, pero se movió un poco en rededor. Nos encontramos casi en medio de las islas de Paulet y Cockburn. Al obscurecer, el terrible témpano que teníamos á proa, empujó fuertemente al «Antártico» hacia atrás, y este golpe no lo resistió el otro bloque, cuya base se rompió, separándose á un lado, y quedamos á flote. Pero el choque había sido demasiado rudo, la vía de agua se hizo mayor, tuvimos que hacer trabajar con ardor la bomba de cubierta; la de la máquina continuó, como de costumbre, á todo vapor, pero á pesar de ello nos vimos obligados á ayudar con las bombas de mano. Todo esto surtió su efecto, pues la faena, continuada sin interrupción, dió por resultado que el agua no aumentase en la bodega.

Al día siguiente se emprendieron nuevas operaciones

dirigidas á tapar aberturas, y el buque ya no hizo tanta agua. Con ayuda de una barra conseguimos retirar á un lado el témpano de hielo que teníamos por la proa y quedamos sueltos y completamente libres. Si el hielo llega á dispersarse, nos será posible ponernos en marcha. Ciertamente que la máquina hacía retemblar algo la



Más hacia el fin.

popa, quizás demasiado, y para evitarlo pusimos una maroma y una cadena sujetando la quilla y el codaste.

El hielo no se dispersaba, pero empezaba á agitarse vivamente. Los atornillamientos se repetían de vez en cuando, y teníamos que estar continuamente prevenidos para guardar la popa, pues á veces, á duras penas llegábamos á tiempo de defenderla contra los continuos ataques; así hubo momento que no pudimos conseguirlo y el hielo rompió una maroma como si hubiese sido un

finísimo hilo de coser. Muy cerca de nosotros se encuentra la isla de Cockburn; el día 6 se apreció la distancia en sólo catorce minutos. Muchos de nosotros teníamos la creencia de que nos observaban desde la estación, y que en este momento nos estarían viendo.

Hasta aquí los botes y las provisiones han permanecido en uno de los témpanos de hielo, pero como empiezan á moverse, resolvemos llevarlo todo otra vez á bordo, para evitar que el mejor día tomen viento y los perdamos.

He empezado á examinar mi herbario. Como es sabido, las colecciones que hasta entonces habíamos reunido las dejamos en el mes de septiembre de 1902 en Port-Stanley, pero la de más valor y de mi pertenencia, ó sea el herbario recogido en las islas y riberas del canal de Orleans, naturalmente, lo tenía á bordo. Parte siquiera de aquellas plantas prensadas no quiero dejar de llevármela, si bien me será difícil conservarlas en estado seco, lo que es indispensable. Es un verdadero martirio no poder elegir más que un musgo de aquí, un liquen de allá y tener que abandonar el resto del paquete; pero no hay otro remedio, y tras un profundo suspiro tengo que hacerlo. ¡A qué sacrificios no hubiera estado dispuesto con tal de conservar mis colecciones! K. A. Andersson y yo hablábamos de esto sin cesar. Aun no habíamos perdido del todo la esperanza de poder embarrancar el buque, y en este caso todas las colecciones podrían salvarse. Nunca llegué á creer que mi «mísero herbario» llegaría á tener el valor que luego alcanzó.

7 de febrero.—Hasta este momento no ocurre nada que merezca mencionarse, pero por la noche comenzó á soplar el viento, que fué aumentando por momentos

hasta convertirse en terrible tempestad. Los bloques de hielo se hacían pedazos contra los costados del barco. A las tres me vestí y marché arriba. Nos hallábamos en aquel momento en un claro pequeño, teniendo dos témpanos á uno y otro lado de la proa á los cuales estábamos sujetos con tres fuertes cuerdas. A estribor había un peligroso témpano que, sin cesar y de manera amenazadora, se acercaba á la parte más resentida de la popa. Procuramos retenerlo á distancia, picándole con largas perchas, ó tirando de esta ó aquella cuerda. Oíanse crujidos por todos lados, en tanto que el hielo, á merced del huracán, era arrastrado hacia adelante con terrible violencia. La tempestad, de sur sudoeste, no amainó hasta bien entrada la noche, continuando el hielo en movimiento y encontrándonos ya á bastante distancia de la isla de Cockburn.

En la noche del 10 empezó el hielo otra vez á ponerse en dispersión, y desde el barril pronto se vieron huecos al este y al norte. En la máquina se habían tomado varias disposiciones dirigidas á producir la evaporación del agua que por las aberturas iba entrando en el buque, operación que en cierto modo vendría á proporcionarnos una bomba más. Antes de mediodía teníamos intención de probar nuestra instalación, pero cada movimiento de la hélice hacía temblar el casco del buque de un modo imponente, y cuando al cabo de media hora se paró la máquina, entraba el agua con tal fuerza, que íbamos perdiendo toda esperanza. Después de hacer trabajar las cinco bombas, conseguimos que bajara algo el nivel del agua.

El cuarto de máquinas presentaba mal aspecto. Un salto de agua, que hubiera dado motivo á la fundación

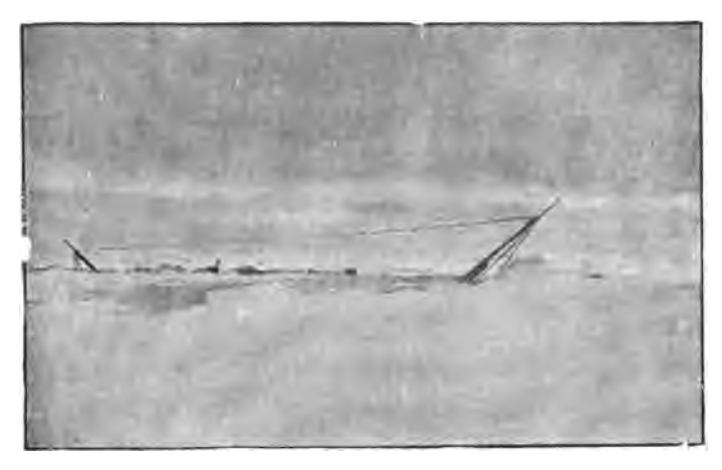
de una sociedad anónima, se precipitaba dentro por el lado de popa. Tocando con la mano parecía notarse que las portas del pobre codaste se habían abierto con la sacudida. Un taco de madera envuelto en un paño que se introdujo en el agujero, aunque sirvió de poco, porque no iba en línea recta, nos evitó, sin embargo, tener que emplear las bombas de mano.

El temblor pudo verse que era causado por el brazo de la hélice, que chocaba contra su apoyo posterior, del cual había saltado en el momento de la catástrofe. Después de grandes esfuerzos se quitó éste, se ató una cuerda fuerte alrededor del codaste y á lo largo de la proa, y se apretó y sujetó bien con el fin de que todas las partes desguarnecidas de la popa quedasen fuertemente unidas y en su natural posición.

Cuando procedemos al examen de la popa por el lado de estribor, el desastre se presenta claro á nuestra vista en toda su extensión. Los más optimistas tienen que darse por vencidos. Un tercio de la quilla, llevándose consigo un par de tablas, ha desaparecido por la parte de popa y ha quedado un agujero que ningún poder humano puede tapar. Si pudiéramos hacer embarrancar la embarcación en la costa—pensábamos todos—podríamos darnos por muy satisfechos.

Me parece conveniente decir algo acerca de las averías sufridas. Muchos han criticado nuestra expedición por haberse confiado á un barco viejo y en mal estado. No puede negarse que si hubiésemos tenido un buque nuevo de la misma construcción del «Antártico», seguramente habría sido de alguna más resistencia, pero no cabía buscar reparos respecto á sus condiciones, aun á pesar de su mucho tiempo, treinta años completos. Por

de pronto, la madera estaba todavía sana, y esto no podía de ninguna manera ponerse en duda. Además, era bien patente que cualquier otro buque del tipo corriente para los mares de hielo, en el lugar del «Antártico», hubiera sufrido también averías de más ó menos consideración. Cuando el hielo empezó á empujar al buque



Fin.

por el costado de babor contra la enorme mole de hielo que había á estribor, fué aquel subiendo más y más sobre ella en tanto duró la inclinación del costado, pero cuando llegó su vez á la quilla, vino, como consecuencia muy natural, el desprendimiento de ésta. Para poder resistir un golpe semejante, se precisaba un barco *extraordinariamente perfeccionado.* Dicho en pocas palabras: si el «Antártico» *no hubiese tenido quilla,* estaría aún bailando sobre las olas.

Por la noche tornóse el hielo más inquieto que nunca. Estaba yo recreándome ante una taza de caliente té y un par de excelentes rebanadas de pan con manteca y queso,

cuando oí que la tempestad arreciaba. Me levanté en seguida y corrí sobre cubierta para ver si acontecía algo de particular. El hielo se precipitaba de aquí para allá. Montañas y témpanos enormes de hielo, cuyos reflejos verde obscuros en el agua ni aun á distancia prometían nada bueno, amenazaban á cada momento arremeter contra el barco. Tan pronto maniobrábamos en el bote grande para atar una cuerda á algún témpano, como teníamos que hacerlo volver apresuradamente á bordo, siempre expuesto á quedar preso entre el hielo. Yo estoy ayudando á popa cogido á una maroma, de la que unas veces cobramos y otras largamos unas cuantas brazas. Allí estoy tendido, mientras la nieve se me introduce hasta por las narices.

Mi té había desaparecido de la mesa. Más y más agua libre se fué presentando al noroeste y oeste. Presentimos que el momento decisivo se va acercando. Eran las dos de la madrugada. Habíamos llegado á un gran claro é izamos las velas. Esta maniobra en las actuales circunstancias me pareció asombrosa. ¡El «Antártico» de nuevo en camino! Podía creerse que había recibido nueva vida, que sentía los acontecimientos y que empleaba todas sus fuerzas para alcanzar la costa salvadora. Nos parecía que nunca lo habíamos visto andar con tanta velocidad. De pronto fuimos á parar entre unas moles de hielo que tocaban fondo. Dejábase sentir allí tan impetuoso remolino en las aguas que todos nuestros esfuerzos eran vanos; el buque no obedecía al timón.

— ¡Prontos á la máquina!

La hélice empieza á moverse; el momento no podía ser más crítico. Me dirijo al puente. Allí está Larsen; nuestra comprometida situación se retrata en su sem-

blante... No es posible hacerse cargo lo que supone para un marino perder su buque. El hielo empieza á unirse y se da toda máquina, pues debemos acercarnos á la isla de Paulet tanto como nos sea posible.

—¿Crees que cuando paremos podremos conservarlo? —le pregunto á Larsen.

—Ya veremos; por el momento no puedo decirlo; pero lo veo difícil—me contesta.

Yo también lo veo difícil; tengo poca confianza.

Ya llegamos otra vez á hielo firme. El agua empieza á subir y corremos en confusión á mirar por la escotilla del palo mayor.

¡El agua sube! ¡Duro á las bombas!

Trabajamos con todas nuestras fuerzas, echando de vez en cuando una mirada á la bodega; pero todo es inútil, el agua continúa subiendo. De pronto nos pareció que empezaba á bajar. ¡Bravo, ya disminuye!... pero acto continuo entraba otra vez con irresistible violencia. Trabajan seis bombas á la vez; todos nos esforzamos hasta lo indecible; ríos de agua corren por los tubos, la bomba de vapor trabaja con velocidad terrible... como nunca lo había hecho; el ruido es insoportable, todos los brazos están en actividad... pero nada, ¡todo resulta inútil! Lentamente, pero sin cesar, va subiendo el agua y desaparece la contraescotilla para no verse más.

—¡Arriba todo el mundo, que se sumerge!—escuchamos de pronto.

Así es en verdad, se sumerge. El pronóstico se cumple, por fin. No hay que andarse con vacilaciones. A trabajar, que es mucho lo que hay que hacer. Se reunen las provisiones sobre cubierta y en seguida se trasladan á un témpano de hielo, al cual está amarrado el buque

con fuertes cuerdas. Se ha puesto en movimiento la tripulación y todo se transporta, formando montones de sacos y barriles, potes y cajas que quedan en revuelta confusión sobre el témpano mencionado. Colchones, palos y tablones, herramientas, velas, todo lo más heterogéneo se va reuniendo allí. Los gatos, llenos de terror, se trasladan también y se colocan en uno de los botes. Los pobres animalitos, que tan mal lo han pasado durante el desorden del último mes, se hallan acobardados por completo. Esperábamos que las ratas empezarian á salir tan pronto como notasen que crecía el agua, pero no vemos ninguna, aunque podían contarse por cientos.

A las ocho terminamos el trabajo. Nos reunimos todos en la cámara por última vez. No hay otro remedio, tenemos que someternos á los rigores del destino abandonando nuestro buque, que tanto hemos querido, testigo de nuestras penas y de nuestras alegrías, esperanza de nuestro porvenir.

Dignamente ha vivido y dignamente morirá. ¡Bebamos por el «Antártico» y agradezcamos sus servicios! Apuramos los vasos hasta la última gota. Luego subimos á cubierta uno tras otro. Habíamos contemplado por postrera vez aquella cámara donde tantos planes se han discutido, tantas cuestiones científicas aclarado, tantas historias alegres se han contado y tantas carcajadas han resonado. ¡Adiós, adiós para siempre! No me atreví á mirar el armario que encierra mi rico herbario. Causábame verdadera tristeza tener que abandonarlo.

Debajo del brazo llevo un envoltorio de plantas. Es, si se me permite la alabanza, una obra de arte en su clase, donde todas las muestras de plantas están ordenadas en paquetitos y éstos colocados de tal modo en el

Oficiales y tripulación del «Antártico» á su vuelta á Suecia.

envoltorio, que ocupan un lugar reducidísimo. Debido á esto, cuando, al llegar á casa coloqué mi herbario con más desahogo, no resultó tan pequeño como se habría creído. Los paquetitos se elevan á varios cientos. Si esas plantas pudiesen hablar, tendrían bastante que contar. Para poder conservar el envoltorio seco, procedí de la siguiente manera. En la mesa de la cámara había un mantel de hule. Algún tiempo después del choque fatal, le dije á Larsen: «Creo que puedo, sin escrúpulo ninguno, tomar este mantel para envolver mis plantas, porque supongo que no te harás ilusiones; nuestro barco no podrá resistir mucho más.» Larsen tenía entonces esperanzas ó por lo menos nos lo daba á entender, y me contestó con una evasiva.

La misma mañana que íbamos á abandonar el barco, pregunté al capitán: «¿Creo que ahora ya podré tomar el mantel?» Esta vez no hubo oposición alguna, desgraciadamente.

El agua llega ya al entrepuente, y es probable que empiece á hundirse con rapidez, siendo lo más acertado trasladarse al hielo. Izamos la bandera sueca en el pico (*) y los gallardetes en los topes de los palos de popa y mayor.

Acto continuo lo abandonamos. Se oye que gritan: «Cortad las amarras.» Se dan unos cuantos hachazos y el buque, al quedar suelto, se adelanta un poco. Para

(*) Después de llegados los telegramas dando noticia de nuestro salvamento, apareció en varios periódicos un relato de la sumersión del «Antártico», relato cuya autenticidad garantizaba su autor. Tan verídica era como que procedía de una entrevista que celebró conmigo. Pero se decía, entre otras cosas, que la bandera sueca se había izado en el tope del palo mayor y fué lo último que desapareció bajo las olas, y eso no lo he dicho yo nunca. Además, que ya es sabido de todo el que tiene algunos conocimientos en tales asuntos, que un barco sueco jamás iza la bandera de su país en los topes, sino siempre en el pico.

hacerlo ir más lejos se coge toda la tripulación á él y lo hacen pasar más allá del témpano de hielo en que se encuentran todos nuestros efectos. Se trata ya únicamente de enterrarlo. «Se defiende todavía,» estábamos diciendo, cuando, repentinamente, se llenó de agua, formándose un remolino tan grande, que se hacía muy expuesto permanecer cerca de él con los botes. Casi llegamos á temer que el témpano nuestro se hiciese pedazos.

Poco antes el piloto se había apercibido de que quedaban olvidadas á bordo unas pastillas de tabaco de masticar que constituía su principal vicio, y con un par de hombres corrió hacia allá en la canoa, volviendo en seguida, una vez cumplido su deseo. Lo que pudieron ver entonces causaba horror; abajo, en la cámara, había medio metro de agua, y tanto las velas como los fardos de plantas y demás objetos que allí quedaron, flotaban en confuso movimiento de uno á otro lado.

Todos en hilera estamos de pie en el borde del témpano y ni por un momento podemos apartar la vista del barco, que ahora se ha acercado á nosotros, pues sólo nos separa unos 25 metros. La máquina continúa trabajando, aunque las calderas seguramente estarán medio apagadas, pero el vapor no se habrá concluído todavía. Las bombas trabajan aún, si bien el ruido que producen se hace por instantes más y más débil, hasta que se extingue. Lentamente se va sumergiendo. Creemos por un momento que se irá á fondo introduciendo primero la proa, pero pronto se pone otra vez á nivel. Después desaparece el nombre que lleva á proa, ya llega el agua á las bordas, y se precipitan como un huracán pedazos de hielo y torrentes de agua sobre cubierta. Aquel ruido

singular no lo olvidaré nunca, por muchos años que viva. Tal espectáculo resultaba terrible, me encontraba profundamente conmovido, aunque cuidaba de que nadie lo notase. Quería hacerme fuerte pero no podía.

La amarilla y azul insignia va quedando cubierta por el agua... El palo de popa da sobre el borde de nuestro témpano y se quiebra, después el palo mayor, que igualmente se rompe, el barril deja oir su traqueteo dando sobre el hielo, y la banderola con el nombre del «Antártico» desaparece también. Después el bauprés, el último tope...

Todo ha concluído.



Iceberg.

CAPITULO XXIV

Sobre hielo flotante

Lo hemos visto y nos parece mentira. Hemos recibido el golpe, el duro golpe, y debemos conformarnos, aunque sin dejar por ello de emplear insistentemente todos los medios que estén á nuestro alcance para salir adelante. Ahora empieza la batalla, la verdadera batalla para salvar nuestras vidas. No hay que acobardarse.

Ya no tenemos casa. ¡Cuán grande ha sido nuestra pérdida! ¿Quién no piensa en este momento en el «Antártico» que ha desaparecido para siempre? Yo no puedo olvidar mis colecciones; lo primero que K. A. Andersson y yo hablamos se refiere á ellas. ¿Cómo podríamos obtener la compensación? Ha desaparecido el fruto de gran parte de nuestro trabajo, que constituía nuestro orgullo. Es cierto que lo perdido sólo era el producto de los últimos meses de investigaciones, pero se trataba precisamente de lo más importante de nuestras colecciones antárticas. Lo sentí entonces, lo siento ahora, y no dejaré de sentirlo hasta haber conseguido otras semejantes.

Nuestro buque que se llamaba «Antártico» había logrado por tumba la región que lleva su nombre. Había alcanzado un fin honroso, había muerto cual le correspondía, había muerto por la investigación científica á cuyo servicio sacrificara sus esfuerzos. ¡Nos hallamos solos, separados por cientos de millas de los países habitados, sobre un bloque de hielo que flota de aquí para allá, sin saber si mañana estaremos vivos ó habremos sido arrastrados al fondo del mar! La situación resulta seriamente comprometida, hay que confesarlo. Para formarse idea de ella, para poder comprenderla en todas sus partes, es necesario haberse encontrado en alguna situación análoga.

En caso afortunado podríamos llegar á tierra. Pero cuando reflexionamos con más detenimiento acerca de las probabilidades, nos convencemos de que sólo hay una pequeñísima para conseguirlo. De todos los puntos á donde había alguna posibilidad de llegar, no podemos pensar más que en uno, la isla de Paulet, pues los demás se componen exclusivamente de rocas escarpadas ó desprendimientos glaciales, lugares donde sería inútil hacerse ilusiones de pasar nuestra existencia.

Y aun consiguiendo llegar á tierra... ¿qué pasará? ¡Nos esperaba el invierno en aquellas latitudes, sin tener absolutamente nada, únicamente con el recuerdo de lo pasado y con una remotísima esperanza de salvación!

Sin embargo, ¿debíamos dar crédito á nuestros oídos? De la tienda, construída con unos cuantos palos, dos juanetes y varios trozos de vela, salen alegres voces y fuertes carcajadas, á pesar de encontrarnos en situación tan apurada.

En verdad que era notable nuestro buen humor. ¿No

tendríamos formalidad alguna vez? ¿No llegarían los reveses de la fortuna á arrebatarnos la alegría? Todo esto parecerá seguramente incomprensible para aquellos que no hayan pasado por algo que guarde alguna semejanza con nuestra situación. Hay, no obstante, una explicación, á mi parecer. Por lo menos, la incertidumbre de los postreros días había terminado. Sabemos en definitiva con lo que podemos contar de aquí en adelante. Hacemos cuenta de que no tenemos buque alguno y que no conseguiremos llegar durante todo el año á Suecia, pero sentimos, sin embargo, algo así como un alivio. La espantosa inquietud que interrumpía nuestro sueño por la noche y el rudo trabajo del día han sido substituídos por la certeza terrible, es verdad, de nuestra suerte, y á pesar de ello, la primera noche que pasamos sobre el hielo dormimos tan tranquila y profundamente como no lo habíamos logrado durante todo un mes. Aunque se acerca el momento de nuestra ruina ó de nuestra salvación, pues cualquiera de las dos soluciones se presenta todavía indecisa, he de confesar que no nos falta esperanza. Abrigamos la certidumbre de que conseguiremos alcanzar la costa y podremos construirnos habitación donde guarecernos. Ese punto á donde queremos dirigirnos es á la isla de Paulet, que levanta su escarpada cumbre al noroeste, destacando su obscuro reflejo sobre las masas de hielo de Dundée. Respecto á nuestra salvación, tratamos de convencernos unos á otros de que alguna expedición sueca vendrá alguna vez á buscarnos y nadie lo pone en duda. ¿No era esto lo más razonable? ¿No debemos infundirnos ánimo por lo menos? ¡Ea, no perdamos el buen humor, compañeros, no hay que perder nunca la esperanza!

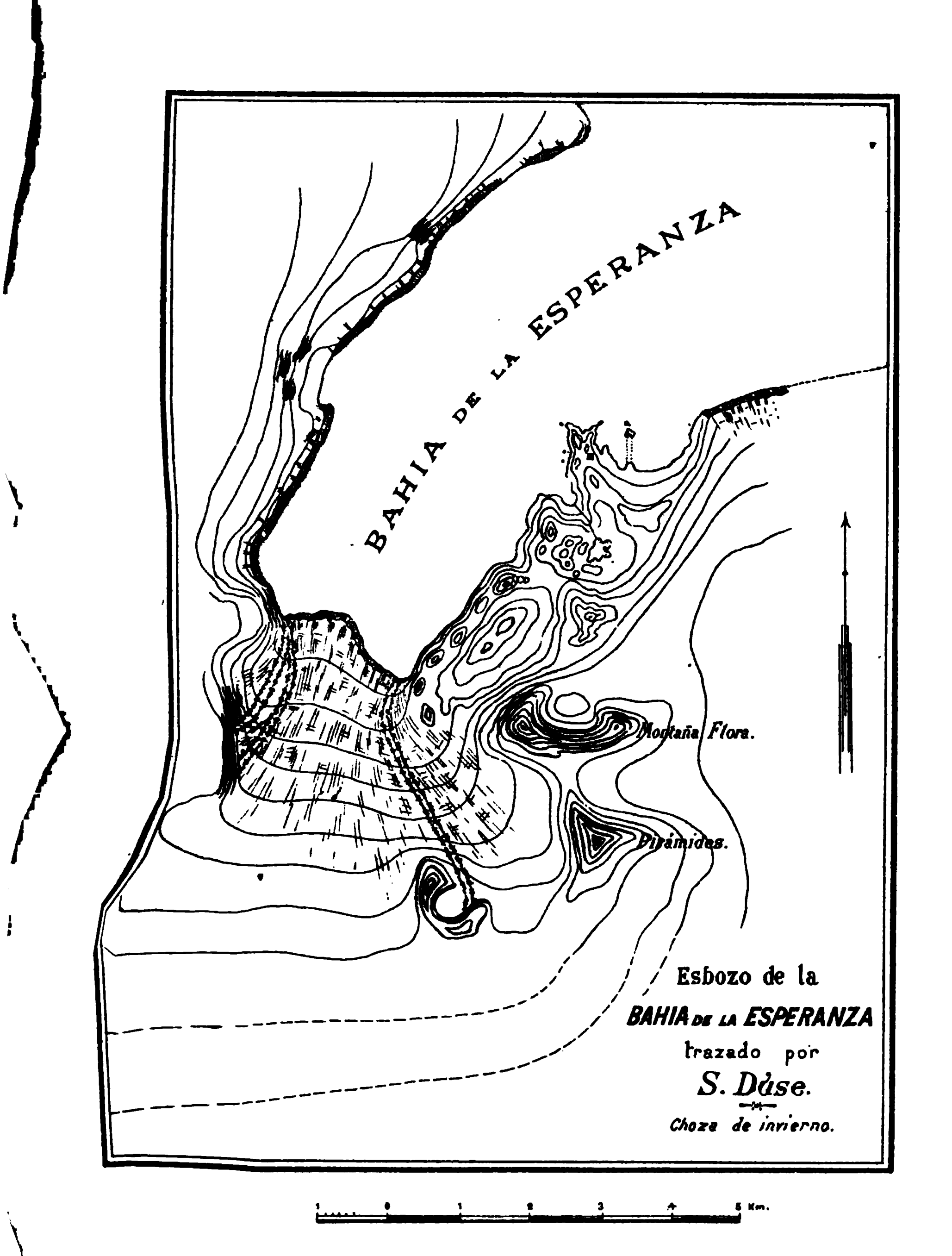
Éramos veinte entre todos, según la nota que á continuación insertamos:

Personal científico

K. A. Andersson, sueco, nacido en 1875, zoólogo de la expedición.
C. Skottsberg, sueco, nacido en 1880, botánico de la expedición.

Oficialidad y tripulación

C. A. Larsen, noruego, nacido en 1860, capitán.
F. L. Andreassen, noruego, nacido en 1859, primer piloto.
H. J. Haslum, noruego, nacido en 1856, segundo piloto.
A. Reinholdz, sueco, nacido en 1873, tercer piloto.
A. Karlsen, súbdito noruego, nacido en Suecia en 1864, primer maquinista.
G. Karlsen, noruego, nacido en 1882, segundo maquinista.
J. Schonbeck, sueco, nacido en 1879, cocinero.
A. Olsen Ula, noruego, nacido en 1861, botero.
O. Olaussen, noruego, nacido en 1880, velero.
O. Jonsen Björnerud, noruego, nacido en 1868, herrero.
O. Wennersgaard, noruego, nacido en 1881, marinero.
M. Tofte, noruego, nacido en 1852, marinero.
O. P. Duus, noruego, nacido en 1882, marinero.
G. Aitken, inglés de la colonia de las islas Falkland, nacido en 1880, marinero.
F. Jennes, inglés, nacido en 1880, marinero.
V. Jönsson Holmberg, sueco, nacido en 1875, fogonero.
K. Johansson, sueco, nacido en 1879, fogonero.
A. Andersson, sueco, nacido en 1876, cocinero.


BAHIA DE LA ESPERANZA
Montaña Flora.
Pirámides.
Esbozo de la
BAHIA DE LA ESPERANZA
trazado por
S. Duse.
Choza de invierno.
1 0 1 2 3 4 5 Km.



Comida en la choza de piedra.

O sea: once noruegos, siete suecos y dos ingleses. Unicamente el capitán, primer piloto, primer maquinista, el botero y Tofte son casados. No obstante, ¡son bastantes las esposas que estarán con cuidado!

*

No podíamos permitirnos el lujo de estar mucho tiempo parados, corriendo el riesgo de volvernos perezo-



Isla Rosamel en la bahía Antártica.

sos. Trabajo no faltaba. Las provisiones y todos nuestros efectos estaban allí en el témpano mezclados en el mayor desorden. Alrededor de la tienda empieza pronto á observarse gran actividad. Los bultos se vàn apilando, se repasan nuestras ropas; los sacos de dormir hechos á bordo con lona y fieltro empiezan á prepararse para la noche. El personal científico, así como la oficialidad, cuando menos en parte, teníamos bastante ropa, si bien es verdad que después de un viaje tan largo estaba algo deteriorada. Y no podíamos decir que poseíamos el equi-

po indispensable para un invierno, pues nos faltaban las prendas de pieles que, en general, se requieren para las expediciones polares. Otra cosa de que carecíamos, y que nos hacía verdadera falta también, eran cordones para los zapatos, pues todos cuantos teníamos se los habían llevado á la estación invernal. La ropa exterior nos duraría algún tiempo, y respecto á la interior, aunque teníamos bastante, quedó á bordo más de la que pudimos tomar. No nos faltó á quienes distribuirla, pues la tripulación, en cuanto á ropas de abrigo, podía decirse que estaba casi desnuda. Si no hubiera existido el recurso de todo lo nuestro, la situación hubiera sido desesperada. En particular la falta de calzado era entre los marineros absoluta. Todo se fué repartiendo con la mayor equidad posible.

Las provisiones que habíamos salvado consistían casi todas en pan. Las verduras, que considerábamos muy esenciales para el invierno, abundaban igualmente bastante, pero consumiendo las indispensables se concluirían en el mes de abril, así como también la carne y el pescado. Además, teníamos algunas existencias de arroz, guisantes y judías, café y azúcar, todo de superior calidad, que nos había sido regalado por el Gobierno argentino y entregado en Ushuaia. De las provisiones procedentes de Suecia ya no quedaba casi nada. Entre lo que habíamos salvado contábamos también con algunos tarros de confituras, leche, jugo de carne y algunas otras bagatelas que sería prolijo enumerar; pero escaseaba mucho el alcohol. Como no sabíamos el tiempo que pasaríamos sobre el hielo, decidimos reservar cuanto fuera posible todo aquello que pudiese desde luego considerarse como combustible. En primer lugar debíamos

procurar que no nos faltasen alimentos nutritivos y abundantes durante las excursiones por el hielo, que podían dar ocasión á trabajos forzados desde la mañana á la noche. No sabíamos cuánto tiempo transcurriría antes de encontrar otros medios de vida y no convenía dormirse.

*

Echemos ahora una mirada á la región que nos rodea. Cuando ocurrió la catástrofe nos hallábamos á unas veinticinco millas inglesas de la isla de Paulet. Este punto no ofrecía en modo alguno grandes atractivos, al menos en el lugar que nosotros conocíamos desde nuestra última visita, el día 15 de enero de 1902. En el horizonte se distingue tierra, pero por lo demás, donde quiera que se dirige la vista, únicamente se divisa hielo. Lo mejor para nosotros sería que éste se encontrara, ó tan duro que nos permitiese caminar sobre él, ó tan flojo que pudiéramos cruzarlo con los botes. Un término medio no nos conviene. No se crea, sin embargo, que el hielo próximo forma una superficie plana. De ninguna manera, esto sería demasiado cómodo. Todo él es montuoso y de la peor conformación. Si subimos á alguna altura que nos permita examinar el «teatro de la guerra», podemos distinguir los diversos bloques, así como también numerosas cadenas de montañas de hielo grandes é irregulares. Hay témpanos que no alcanzan un tamaño exagerado, pero los más son tan altos y escabrosos que imponen respeto. Aquí y acullá queda entre ellos algún espacio lleno de fango de nieve y hielo.

Vamos á pasar la primera noche en el hielo. Nos

llama la atención que se pueda estar sobre él con relativa comodidad, echando nuestros ratos de palique. Dentro de algunas semanas esperarán en nuestro país telegramas acerca de nuestro feliz retorno... pues ya tienen para rato. Nuevo motivo de cuidados... ¿cómo apreciarán nuestro silencio? ¿cuántos de los nuestros encontraremos con vida, si al fin conseguimos regresar?... ¡Basta de pensar! ¡A los sacos de dormir y buenas noches!

13 de febrero.—Nuestro témpano es bastante grande y parece resistente para ser de suelo quebradizo. Notamos que ha caminado bastante durante la noche, y con gran ventaja para nosotros, pues nos hemos acercado á la isla de Paulet, pero separándonos algo de la costa. No faltaba otra cosa sino que el hielo tomase rumbo mar adentro; si así sucedía podíamos considerarnos perdidos. Queríamos, tan pronto como nos fuese posible, atravesar aquellas masas de hielo, pero tuvimos que desistir por aquel día, por cuanto reinaba un sudoeste muy fresco y caía fuerte nevada. Permanecemos quietos dentro de la tienda y pasamos el tiempo jugando á las cartas, mientras la nieve se introduce por las defectuosas paredes. El cocinero, que tararea alegremente, se ocupa en arreglar la comida, paseando arriba y abajo junto á la fragua. ¡Sí, la fragua! El herrero no puede decirse que es un hombre extraordinariamente emprendedor, pero no puede tampoco negarse que, al salvar su fragua, tuvo una idea luminosa. Tiene un aventador de alas metálicas, es ligera y manejable y esparce excelente calor. No creo que el fogón del hotel más importante haya estado nunca tan bien atendido como lo estaba nuestra fragua. Habíamos traído también unos cuantos panes grandes de carbón

para el consumo durante nuestra marcha por el hielo. Cuando alcancemos la costa, quemaremos probablemente albura en los potes de la brea, calefacción bien desagradable por cierto.

Debajo de la canoa hemos colocado unas duelas de haya y ha quedado arreglada para poderla emplear como trineo. Resultaría imposible arrastrar los botes de otra manera. Yo no he visto nunca monstruos más grandes que esos. Aun estando vacíos, se necesitan doce ó catorce hombres para hacerlos recorrer un trecho insignificante. Tienen, no obstante, una buena cualidad: son botes de mucha carga.

14 de febrero. — El tiempo ha mejorado y empezamos á hacer los preparativos. Llenamos la canoa con infinidad de artículos, y todos nosotros, unos diez hombres, nos cogemos á las cuerdas que se han sujetado á la proa y emprendemos la marcha. Mientras el camino es llano va todo divinamente, pero cuando menos lo esperamos preséntase ante nosotros un promontorio. Sacamos las hachas en seguida, cortamos los picos más salientes... ¡ea! ¡á la una!... y poco después corre el trineo cuesta abajo con la velocidad de un tren expreso. Todo el día lo pasamos bregando de este modo, descansando un par de veces para tomar unas cuantas tazas de café y unas tostadas de manteca con carne. Entre bromas y risas va adelante nuestro trabajo, y por la noche acampamos de nuevo. La impulsión continua va acercando nuestro témpano á la isla de Paulet, y según cálculo distamos solamente 10' de ella.

15 de febrero.—El punto donde ahora nos encontramos se parece á un inmensísimo salón de baile. Nunca mejor que ahora puede aplicarse á este desierto la deno-

minación de «mar blanco.» Indudablemente las mareas nos llevaban adelante y atrás. Esta mañana teníamos la isla de noroeste á oeste y ahora de noroeste á $^1/_2$ norte. Todo lo que hemos andado hoy ha sido sin salir de nuestro témpano, y hemos caminado mucho, lo que demuestra su extensión. Nuestro rumbo debería ser noroeste, pero parece que el hielo varía poco á poco su dirección y va á dejar á un lado la isla. Alrededor de ésta aparece una línea de montañas de hielo, que nos costará gran trabajo pasar, porque están cercados por gran cantidad de trozos sueltos. Si al fin conseguimos atravesar por allí, nos parecerá que hemos saltado la barrera y dejado al toro al otro lado.

El transporte resulta pesado. Estoy avergonzado por mi falta de costumbre en semejantes trabajos corporales. Tenemos que conducir tres velas muy voluminosas, una porción de tablones, los botes, los barriles de galleta, muchas latas de conservas, paquetes de legumbres, los sacos de dormir, los de ropa, colchones, una chalupa con diferentes objetos y una cantidad innumerable de otras pequeñeces.

Hoy hemos podido hacer las comidas más ordenadas: almuerzo, comida, merienda y cena, y trabajamos con más gusto.

No nos atrevemos á dormir todos á un tiempo, pues desconfiamos bastante de nuestro témpano. El hielo está muy inquieto y no sería extraño que tuviésemos alguna colisión. Por turno riguroso queda, por lo tanto, siempre un hombre de guardia. Durante las silenciosas horas de la noche podemos dar rienda suelta á nuestros pensamientos. Mientras es de día, están nuestros sentidos tan concentrados en el trabajo y es tal el bullicio

que el transporte de nuestros efectos lleva consigo, que no hay tiempo de distraerse en reflexiones, lo cual resulta preferible.

17 de febrero. - Durante toda la noche estuvo nevando copiosamente, aumentó bastante el frío mientras duró mi guardia (de cinco á seis), y no mejoró hasta cerca del medio día.

Se había formado un pequeño claro junto á nuestra mole de hielo y la pasamos á remo con todos nuestros efectos, colocando la tienda al abrigo de unos bloques de hielo. Debíamos hallarnos entonces solamente á 6' de la isla.

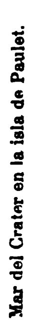
El traslado, entre el frío y la humedad, resultaba pesado, si se tiene en cuenta que se trataba de once cargas de bote de distinto volumen. Aquello era horrible. ¡Cómo demonios nos las arreglaríamos para llevárnoslo todo!

19 de febrero.—Durante mi guardia, de doce á una de la madrugada, reinó viento sur, que cortaba la cara. En todo el día apenas varió el tiempo; únicamente lo hacía calmar algo la fuerza del sol. La tienda y parte de nuestros objetos los hemos transportado un poco más hacia la isla de Paulet, pero el trastorno había sido atroz. Desde una altura habíamos elegido el camino más conveniente, pero el hielo se movía y empezaba á hacer presión, borrando en un momento los pasos que habíamos arreglado para nuestro trineo. Yo era el primero que iba preparando el camino, trabajo que resultaba penoso, pues se trataba de elevaciones muy irregulares y había que allanarlas á golpe de hacha. El trabajo no podía ser más rudo y estábamos completamente cansados, cuando, terminada nuestra tarea, nos dejábamos caer sobre los sacos de dormir.

Presentóse la noche sumamente fría, y pasé mi hora de guardia solo, dando vueltas arriba y abajo. Cuando me retiré se despejaba el cielo, prometiendo un día magnífico. Verdaderamente fué espléndido. Ni una nube se veía en el cielo, que reflejaba su azulado tono sobre toda aquella extensión de hielo bañada por el sol. El calor se hizo casi sofocante, pero aun no se había puesto el sol, cuando ya deseábamos que saliese otra vez.

21 de febrero.—Tuvimos viento fresco del nordeste durante toda la noche. Ya cerca del medio día calmó algo, pero el hielo se agitaba nuevamente. El pequeño claro del día anterior existía aún, y sin perder momento empezamos á trasladarlo todo al témpano donde ya el día anterior habíamos llevado una parte. Estábamos ocupados en esta operación, cuando, repentinamente, se puso el hielo más inquieto que nunca. El claro, antes que pudiésemos darnos cuenta de ello, empezó á cerrarse, quedando demasiado estrecho para poder pasar remando con los botes. Tenemos que atarles cuerdas á la proa, y dedicándose algunos de nosotros á cortar hielo cuando se hace preciso, conseguimos atravesar por el agua entre los témpanos. Nos vemos precisados á pasar por sitios donde la nieve es tan profunda, que puede decirse que nos vamos bañando en ella, y otros donde apenas si podemos apoyar los pies; tenemos que arrastrarnos, subir y bajar, saltar adelante y atrás, á uno y otro lado. El hielo se va uniendo más y más, tanto, que al fin tenemos que apresurarnos á varar los botes para evitar que sean destrozados. Pero aun hay muchas cosas que ordenar en el témpano antiguo, y se hace de noche antes de haber podido colocar la tienda de campaña.

Hemos visto hoy gran cantidad de pájaros bobos.



Mar del Crater en la isla de Paulet.

Parece como si quisiesen poco á poco irse mar adentro. Todos pertenecen á la especie *Pygoscelis Adelia.* Durante el traslado vamos de vez en cuando encontrando largas hileras, que tendidos sobre la pechuga van empujándose con las patas hacia adelante, presentando una figura muy ridícula. Cuando nos ven, se levantan espantados. Pero, por lo demás, parece que durante esta época del año están gordos y cebados. Los hemos probado en una comida y su carne resulta sabrosa y excelente. ¡Buena provisión para el invierno!

22 de febrero.—¡Arriba, arriba, que es la una! No queda otro remedio, hay que darse por satisfecho. Me froto los ojos, salto del saco, me pongo los zapatos y afuera. El tiempo es tranquilo, estrellado y delicioso. Todo aparece quieto y en silencio... únicamente, desde la tienda, llegan respiraciones acompasadas á mis oídos. Duermen á gusto allí dentro... De vez en cuando, se oye también en medio de aquel silencio algún graznido de pájaro bobo, que me recuerda mi actual situación. De otro modo hubiera podido soñar en el hogar querido. Saco mi pipa para echar al aire unas cuantas bocanadas. ¿Quién sabe el tiempo que nos durará la tal pipa ó, mejor dicho, el «combustible» con que hemos de alimentarla? El hielo está tranquilo, apareciendo aquí y allá entre las sombras de todo aquel montón alguna montaña de figura extraña é imponente. Son las dos de la madrugada, despierto al que ha de hacer la próxima guardia y me echo sobre el saco de dormir, ¡sobre el apetecible saco de dormir!

«¿Qué sucede?»—«Todo el mundo arriba.»—«¿Pero, qué pasa?» ¡Ah! el hielo ha empezado á moverse y se ha formado un claro. Damos principio al trabajo y

pronto quedan listos los botes. Todo va con la mayor rapidez y ya hemos transportado varias cargas de bote, cuando nos vemos sorprendidos con que el claro empieza á cerrarse. En aquel preciso momento ha quedado cargado uno de los botes, que hacemos pasar en cuatro golpes de remo. Los bloques de hielo empiezan á ponerse en contacto, y al unirse unos con otros, forman numerosos montecillos. Llenos de ansiedad observamos el otro bote que se halla en camino y llega también sin ningún contratiempo. ¡Con paciencia todo se alcanza! Pasan algunos instantes, y parece que el hielo tiende á tranquilizarse. Todo el vacío que había hasta el nuevo témpano ha quedado completamente cubierto. Tomamos en pie nuestra comida, y tratamos en seguida de buscar nuevo paso. Siempre me ha hecho poca gracia estas bromas del hielo. A fuerza de emplear las hachas y los picos vamos desembarazando el camino de los principales obstáculos y continuamos la marcha. En un sitio se ha formado un canal de algunos metros de ancho, que presenta varios trozos de hielo dentro, sobre los cuales vamos saltando, al mismo tiempo que tiramos de las cuerdas y arrastramos el bote tras nosotros. Subimos por un bloque de escarpada pendiente. ¡Manó á las hachas, y arriba!

Al volver por nueva carga vemos que un canal que poco antes era insignificante, se había hecho tan grande, que podemos pasar por él y evitarnos un gran rodeo. Un par de minutos después, toda la masa de hielo que hace un instante era tan unida, se ha disuelto y se ven gran cantidad de témpanos sueltos aquí y allá. Aun hacemos un supremo esfuerzo para seguir adelante, pero finalmente quedamos detenidos ante un alto promontorio.

El hielo ha tomado una velocidad imponente. Los témpanos comienzan á dar vueltas, viniendo en colisión y rompiéndose. En el nuevo témpano nos encontramos la mayor parte de nosotros y en el viejo quedan todavía un par de compañeros con infinidad de objetos. Estamos sentados en la canoa sin dejar de movernos, y en dos témpanos que hay más allá se distinguen unos bultos llevando un saco de galleta, varios tablones y un envoltorio de ropa. En este momento se paran y parece que hablan, continuando después el camino cada cual por su lado. Por fin, se tranquiliza el hielo, y poco á poco nos vamos reuniendo todos, después de lo cual nos fortalecemos con una taza de café. Pero gran parte de nuestros efectos, muchos de ellos importantes, se hallan esparcidos por el hielo. No tenemos más que un «trineo» y vamos con gran lentitud. Diez hombres tomamos ahora rumbo hacia un témpano pequeño que se ve á lo lejos, donde tenemos un depósito. Hay que pasar sobre glaciares escarpados, meternos en el agua, saltar de nuevo á otro bloque, atravesar entre fango de hielo, que es demasiado espeso para remar y arrodillarnos, en fin, junto á la borda é irlo cortando para marchar adelante. Al poco rato estamos todos mojados hasta las rodillas. Wennersgaard está con nosotros activo y oportuno, trabaja con febril ardor. Finalmente, encontramos los depósitos extraviados y los llevamos á sitio conveniente. Tenemos necesidad de respirar un poco.

Pero aun queda mucho que hacer. No vemos ningún colchón por allí... y no tendremos más remedio que acostarnos sobre el hielo raso. Todavía faltan objetos importantes. El primero y segundo piloto, con tres hombres, emprenden el camino un momento después hacia

el antiguo bloque para intentar el salvamento de todo lo que ha quedado allí. Mientras tanto, los demás nos ocupamos en armar la tienda de campaña. En estas operaciones nos sorprende el crepúsculo; esperamos media, una hora, va obscureciéndose más y más, el hielo se torna por momentos más inquieto, pero nuestros camaradas no parecen. Pronto se hace de noche por completo. Al extremo de un palo colocamos una linterna vieja. De vez en cuando gritamos llamando, pero nadie contesta. ¿Se habrán quedado aislados los demás en algún pedazo de hielo que haya podido alejarse de nosotros? Pensamos en lo peor. Ahora se oye un sonido confuso, que pronto se hace más perceptible, y luego distingo claramente la voz de Haslum. La linterna ha desempeñado su cometido. De pronto queda todo otra vez en silencio, dándonos lugar á nuevos motivos de inquietud; pero finalmente los vemos llegar sanos y salvos. Ya era bastante tarde, pues estaba muy próxima la media noche.

Convencidos de que había pasado el peligro, nos reímos del sobresalto que habíamos pasado; cenamos y encendemos la pipa. Resulta delicioso arrojar bocanadas de aquel tabaco ordinario y negro, mientras estamos reclinados en el saco.

Aun nos queda mucho que transportar en el otro bloque de hielo. No sabemos con seguridad cuánto, ni nos tomamos tampoco la molestia de hacer cálculos acerca de ello. Mañana será otro día y habrá ocasión de reunirlo todo. No hay que pensar tanto en mañana, y tapándonos la cabeza con la manta, gozamos bien pronto del más profundo sueño, aunque el colchón es un poquito duro.

23 de febrero.—Naturalmente llegó el día siguiente.

Cada día tiene su cruz, no hay que dudarlo, y á éste no le faltaba la suya. El viento es tranquilo y tolerable, pero... la niebla, la niebla es tan tupida que apenas podemos ver á unos cuantos metros de nosotros. El movimiento del hielo continúa con vertiginosa velocidad. Parece como si fuésemos por medio de un bosque con los ojos tapados. A cada momento puede chocar cualquier montaña de hielo contra nuestro témpano, y entonces... ¡adiós! Esta noche pasó una junto á nosotros llevándose un pedazo del borde del témpano.

Poco á poco vamos averiguando lo que hemos perdido de nuestro equipo. Faltan los colchones, todos los tablones á excepción de dos, los tres pares de patines que poseíamos, una chalupa llena de ropa interior y casi toda la provisión de sal. Los patines y la sal era lo más importante. ¡Cuánta distracción y utilidad nos hubieran proporcionado los patines durante el futuro invierno! La pérdida de la sal también era de sentir. Sólo nos quedaba un tarro, del que, aun gastando la más indispensable, se concluiría dentro de un par de semanas. Esta pérdida no la olvidaría nunca, pues constituía un artículo muy necesario.

24 de febrero.—La niebla continuó todo el día y toda la noche, y únicamente al siguiente, ya cerca del mediodía, empezó á aclarar un poco. Entonces pudimos observar que nos habíamos acercado mucho á la isla de Paulet. En vano estuvimos todo el día buscando nuestros efectos, pues nada pudimos descubrir. La impulsión hacia la isla nos da, sin embargo, nuevos bríos. Felizmente, parece que nuestro témpano se dirige abiertamente hacia la orilla, y algunos de nosotros tenemos la firme creencia de que vamos casi directos á tierra. Te-

níamos la isla al oeste noroeste. Al obscurecer se halla tan cerca, que uno de los marineros dice que «puede ver las piedras de la playa», con lo cual demuestra tener una vista algo más que extraordinaria.

25 de febrero.—¡Sí, buen chasco nos llevamos por la mañana! ¡La isla de Paulet está de norte á oeste... allá á lo lejos en el horizonte! La corriente nos ha separado de tierra hacia el sur sudoeste, y toda la mañana estuvimos alejándonos más y más. Después una variación, y pausada y discretamente tomamos rumbo á la isla de Dundée. Ya bien entrado el día se abrió un claro espacioso en dirección á tierra, y no nos descuidamos en aprovechar la oportunidad. Todos los botes se cargaron en seguida, emprendiendo la marcha hacia un témpano montuoso y de gran extensión, que elegimos como alojamiento para la próxima noche. Toda la carga había quedado reducida á lo que los botes podían llevar en dos veces.

Para el que no lo haya visto resulta casi imposible poder calcular el trabajo que lleva consigo un traslado semejante. Desarmar la tienda, enrollar las velas, atar los sacos de dormir, varar los botes, llevarlo todo á la orilla del bloque, cargarlo, luego descargarlo y finalmente dejarlo todo arreglado en el nuevo témpano. Teníamos todavía bastantes palos para la tienda, pero en cuanto á mercancías aquello era un desastre.

*

Al llegar el crepúsculo de la tarde me voy á dar un paseo para ver los alrededores. El témpano es tan «montañoso», que presenta un aspecto verdaderamente admirable. De repente me dirijo á un sitio de donde ha salido

un canto particular. Un canto melodioso y sonoro, que ha cruzado el aire puro de otoño. Un pájaro bobo emperador, desde una altura del témpano, nos daba el saludo de bienvenida á sus posesiones. Admirado é imponente nos contempla con no menos majestad que un emperador de carne y hueso, examinándonos tranquilamente en calidad de alto dignatario: era un soberbio animal. Se han medido ejemplares de esta especie que tenían 1,3 metros de alto. Su cuello es esbelto, y su pecho tan ancho, que el oficial más bien formado hubiera tenido celos al verlo; su pico es largo y ligeramente curvado, su lomo de color negro obscuro, así como también el exterior de las alas y la cabeza; por lo demás, es completamente blanco, con excepción de una mancha amarilla á los lados del cuello, que realza en alto grado la belleza del arrogante animal. Uno mismo se cree en cierto grado inferior ante la presencia de aquel sér formado con tan ideal perfección en aquellas regiones apartadas.

26 de febrero.—¡Nuevo contratiempo! Durante la noche hemos sido arrastrados hacia el sur otra vez, y nos encontramos á doble distancia de la isla Dundée que la noche anterior... y de la isla Paulet nos hemos alejado tanto, que perdemos la esperanza de saltar allí á tierra. Por lo que podemos ver, el hielo vuelve á unirse junto á dichas islas. Nos hemos acercado considerablemente á la isla de Rosamel. La impulsión parece ir ahora hacia el estrecho del «Antártico», donde se distinguen muchos claros de agua.

Quizás muy pronto no tendremos otro remedio que coger los botes, cargar en ellos todo lo que puedan llevar, abandonar el resto y bogar mientras nos queden fuerzas.

27 de febrero.—No eran más que las tres y media de la madrugada, cuando fuímos interrumpidos en nuestro dulce sueño con la noticia de que se había formado un claro muy grande hacia la isla Dundée. ¡Manos á la obra!

Pronto quedaron cargados los botes y la canoa, poniéndonos en camino. Nos dirigimos en seguida á la margen más cerca del claro, donde dejamos la carga. Queda algo hundida en el hielo flojo donde la hemos colocado y tememos vernos expuestos á que la mitad de nuestros efectos queden sepultados por completo, mientras pasamos por la parte más ancha del claro. Después se transportó el resto, y con éste nos fuímos directamente á la margen contraria. El bote en que yo embarqué, lo arreglamos para marchar á la vela. Un remo hizo las veces de palo, sujetamos á él un trozo de toldo, emprendimos la marcha y poco después llegábamos al punto de destino. Efectuamos la descarga sobre un témpano muy pequeño, pues no los había mayores. Allí quedamos algunos de nosotros á merced del más desleal de nuestros colaboradores, el hielo. Este empieza pronto á tornarse más y más inquieto. Allá dentro se ven una porción de glaciares, grandes y pequeños, unos tocando fondo y otros á flote. Al dar un paseo por el témpano, me apercibo de pronto que uno de los bloques viene hacia nosotros con suma rapidez. Ya se ve resplandecer bajo el agua su enorme base de forma completamente igual á la proa de un acorazado. El choque parece inevitable. Estamos por un momento decididos á llevar todos nuestros efectos al punto más consistente del bloque, pero pronto nos convencemos de que serviría de

bien poco. Si sobreviene una colisión, nuestro pobre é insignificante témpano quedará seguramente hecho pedazos. Llega el momento decisivo. Tiembla la mole, se oye cómo cruje, pero á eso queda reducido todo. El bloque de hielo pasó causando tan sólo una ligera rozadura á nuestro témpano. Apenas se había alejado, nos llegó la vez á nosotros, y somos arrastrados hacia una montaña enorme. El desastre parece inminente, pero de pronto varía la dirección un poco á un lado y quedamos á salvo.

Ya vuelven los botes con carga completa, tanto, que no se ven más que unas cuantas pulgadas de borda. Pero no nos queda otro remedio, hay que arriesgarse. Pasan junto á nosotros y se meten en el hielo, descargando las mercancías en un témpano, después de lo cual vienen á buscarnos.

Empieza á obscurecer y comienza la prisa. Arremetemos con todas nuestras fuerzas, debiendo ante todo varar la canoa en el hielo para evitar que se haga trizas. Con frecuencia está el hielo de tal manera, que nos vemos obligados á llevarlo todo nosotros mismos. Hemos de saltar sobre los trozos de hielo cargados con los sacos de dormir, y esta es una operación que forzosamente tiene que hacerse despacio. Después de un trabajo tan extremadamente rudo, nos acostamos cubriéndonos con las mantas que hemos conseguido salvar.

Larsen y la tripulación habían ordenado las provisiones y separado las que podían dejarse en caso de que no pudiésemos hacer más que un viaje á tierra. Los efectos de menos importancia consistían en una caja de avena, un saco grande de arroz, uno de guisantes, otro de judías de color, otro de café, etc. En vano insistió Larsen

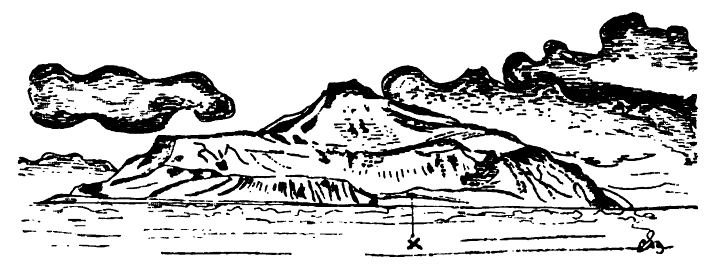
para que dejásemos también la fragua, pues de ningún modo accedimos á desprendernos de ella.

28 de febrero.—Durante la noche tuvimos niebla, que continuó al hacerse de día, y no pudiendo á pesar de todos los esfuerzos, formarnos una idea exacta del estado del hielo, resolvimos no ponernos en camino hasta tanto que se hubiese despejado. A las siete y media dimos principio á los preparativos. La niebla se había disipado, y ante nosotros teníamos las islas de Paulet y Dundée; bien es verdad que no tan cerca como un par de días antes, pero estaban, sin embargo, á nuestro alcance. El hielo se había dispersado bastante, y esto nos infundía nueva confianza. Si no llegábamos directamente á tierra, lo que apenas nos atrevíamos á esperar, creíamos que no faltaría mucho.

Todos pensamos que llega el momento decisivo, y no nos permitimos descanso ni aun para tomar una taza de café, aunque comprendemos que nos sentaría muy bien con el frío de la mañana. Ninguno de nosotros quisiera desprenderse de nada, y cargamos los botes hasta dejarlos tan hundidos, que el más ligero movimiento podría llenarlos de agua. El más insignificante vaivén cuando estemos á bordo, podrá perdernos. No hay posibilidad de que un bote pueda salvar al otro. Después reunimos todo lo que no hemos de llevarnos, formamos un montón, y para distinguirlo colocamos junto á él una caña de bambú con una bandera sueca. Los sacos de dormir y los de las ropas ocupan tanto espacio, que resulta penoso remar, y sólo poniendo muchísimo cuidado podemos hacer el movimiento del remo.

¡Listos para partir! Lentamente emprendemos la marcha; son las ocho y cuarenta minutos. Parece que ape-

nas adelantamos nada. Bogamos más y más contra una fuerte corriente de proa, pero debemos ir adelante, no hay otro remedio. A pesar de todo notamos que la corriente nos conviene, por cuanto va separando el hielo de tierra. Un paso tras otro se abre ante nosotros y los negros picos de la isla Paulet se aproximan más y más. —«Ya puedo ver un pájaro sobre un montón de piedras» – dice uno. En tal caso debemos estar muy cerca. Se percibe un ligero olor á guano. Vamos surcando muy despacio una extensión de agua libre de hielo, cerca de la costa. Las fantásticas torres y chapiteles de la isla se reflejan en la agitada superficie. La orilla parece de difícil acceso; pero sabemos desde hace tiempo que por el otro lado hay un desembarcadero magnífico. Ya doblamos el cabo y se presentan á nuestra vista las tan conocidas colinas. Los pájaros bobos chillan y alborotan. Seguramente no les gusta que lleguen conquistadores que no se conducen con muchos miramientos. ¡Qué impresión sentimos cuando los botes empiezan á tocar fondo! ¡Qué satisfacción y qué felicidad experimentamos después de dieciséis días de batallar con los elementos al poner de nuevo los pies en tierra firme! Este triunfo nos infunde bríos más que suficientes para continuar nuestra obra por encima de todo y no perder la esperanza.



Isla de Paulet.—(× Choza invernal).

CAPITULO XXV

Ropas y alimentos, casa y hogar

Estábamos bastante cansados cuando llegamos, después de seis horas y media de remar sin interrupción ni probar bocado desde la noche anterior. Sin embargo, no nos pudimos permitir ningún rato de descanso, sino que, en seguida, tuvimos que empezar á transportar todos los efectos, pues nos hallábamos en la marea baja. Un par de horas después habían conseguido los cocineros hacer la comida, que fué notable. No en cuanto á su composición, toda vez que consistía únicamente en carne adobada, café, manteca y galletas de barco, sino por ser la última vez que comíamos carne de la que nuestros cazadores nos habían proporcionado; la última vez que poníamos azúcar al café y la última vez también que podíamos tomar la manteca y el pan que quisiésemos. Experimentábamos un gusto especial al poner el azúcar en la taza... yo me eché doble cantidad de terrones que de ordinario, aunque por regla general no tomo muchos.

La playa en que varamos los botes no es muy ancha,

mas sigue á ésta una pendiente que era donde habíamos transportado los efectos. Dicha pendiente estaba libre de pájaros bobos y se encuentra en medio de colinas escarpadas, siendo, entre todos los puntos habitables de la isla, el más resguardado contra los vientos. Una vez armada la tienda y bien terraplenado el suelo, tuvė tiempo de dar un paseo de reconocimiento, del cual haré una ligera descripción.

La isla de Paulet se halla situada aproximadamente á los 55° 50' de longitud y 63° 35' de latitud. (Por consecuencia, la latitud correspondiente en Suecia viene á ser poco más ó menos la de Örusköldsvik.)

Es una isla casi redonda y vendrá á tener próximamente media legua sueca de circunferencia. Se compone casi totalmente de basaltos y otras rocas volcánicas aun no completamente formadas, y deja la impresión de una típica isla de cráteres, en cuyo centro hay un pequeño lago circular hacia el cual, en forma muy escarpada, convergen sus orillas. Por donde nosotros estamos se encuentra el talud que mira al norte y noroeste, que se extiende muy poco más allá de nuestra tienda. La parte que se inclina hacia la playa está cubierta por una capa de guano, probablemente muy antigua y espesa, viéndose en ella infinidad de peñascos esparcidos aquí y allá. Después se levanta la isla en llanuras hacia el límite de los montes que van al este, sur y oeste. El pico más alto se encuentra á 385 metros sobre el nivel del mar. Los puntos donde están los cráteres son en su mayoría de dificilísimo acceso, viéndose muy pocos sitios por donde sea posible trepar hasta ellos.

Toda la isla está cubierta de productos eflorescentes que en alto grado dificultan la ascensión, y las caídas son

muy frecuentes. Sólo al norte y nordeste hay una faja algo ancha de playa. Por todo lo demás, se meten los montes hasta dentro del mar y, si no hay nieve, únicamente en las mareas bajas, y aun así con gran cuidado, es posible pasar. Durante el invierno es otra cosa, pues entonces se cubre toda la orilla de nieve ó hielo, sobre el cual se puede pasear con relativa comodidad. El color de la isla es ceniciento muy obscuro ó negro, destacándose en algunos sitios concreciones de un color moreno tirando á rojo de productos eflorescentes, al igual de lo que ocurre en otras regiones volcánicas. Se ven por todas partes multitud de sorprendentes detalles, rocas de forma atrevida y admirable, á las cuales me refiero más adelante.

La isla se presentaba á nuestra llegada muy triste y desolada. Haslum tenía razón, por desgracia, pues los pájaros bobos en su mayor parte se habían marchado. Los que quedaban eran viejos, que estaban pelechando, y se presentaban con toda modestia y quietud, aunque naturalmente algo irritados por nuestra presencia. Casi todos pertenecían á la especie negra-blanca de pájaros bobos adelie *(pygoscelis adelie)*. Unicamente unos cuantos de los pájaros bobos asnos de color gris-blanco, con pico encarnado, *(pygoscelis papua)*—llamados así por su graznido alborotador—corrían arriba y abajo como queriendo ahuyentarnos. El mismo día que llegamos á tierra vimos un *eudyptes*, que fácilmente se distingue de los restantes por los penachos de color amarillo anaranjado que tiene á los lados de la cabeza. También había otras clases de pájaros, el *megalestris* y el enorme *bruna labben*, que no tenía aún todas sus crías en disposición de volar. El águila quebrantahuesos *(ossifraga)* vuela lentamente, elevándose en el espacio y echando de vez en

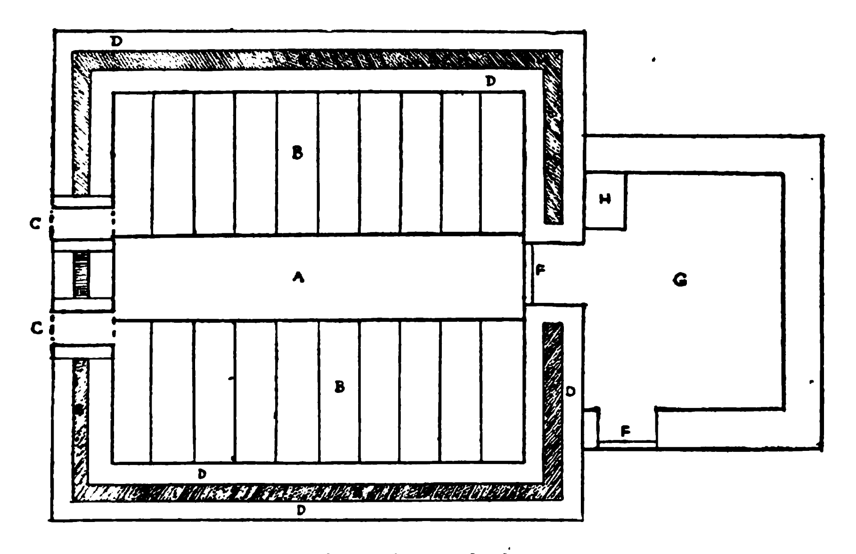
cuando miradas devoradoras á tierra. El diminuto y blanco chionis salta alrededor de nuestra tienda recogiendo todo lo comible.

No se ve ni siquiera un pájaro bobo joven. Sí, había uno, tan sólo uno, y el pobrecillo tuvo un triste fin. El animalito seguramente se había retrasado, pues todos sus compañeros estaban allá lejos en el hielo, quedándose allí solo, cubierto aun con la primera pluma y parecía como avergonzado. Nuestra presencia lo alteró, y el pobre, queriendo hacerse el grande, se dirigió hacia el agua. Era la primera vez que lo hacía. Tomó bríos, irguió la cabeza y se lanzó decididamente al líquido elemento. ¡Qué dicha, ser grande y nadar de aquí para allá! Pero quiso meterse á hacer lo que cualquier otro pájaro ya completamente formado: le entraron ganas de zambullirse. Se agita y pone las patas en movimiento, inclina la cabeza cuanto puede, pero la pluma coge demasiado aire, trabaja con todas sus fuerzas y continúa en la superficie flotando como un corcho.

La enorme y perversa águila quebrantahuesos está observando desde hace tiempo y se regocija en extremo. Va descendiendo poco á poco, se arroja sobre la superficie del agua y da al mísero pinguino un picotazo. ¡Cómo se agita éste! ¡Ah, si se volviese otra vez polluelo y estuviese con sus padres allá arriba en la colina! Otro golpe más y el perverso animal da principio á su festín. Debe ser delicado, pues sólo toma lo mejor, las tripas, y continúa su camino. No tiene tiempo de padecer mucho el pobre animalito, pues pronto llegan los labos y dejan bien poco de él. Este fué el cruento fin del último pájaro bobo del estío. Desde entonces odio profundamente á la enorme águila quebrantahuesos.

En vano tratamos de procurarnos alguna foca. Debía haber... pero, ¿y si no las encontrábamos? ¡La carne de pájaro bobo ofrece tan pocos atractivos!

Sin embargo, acostarnos y dormir sobre terreno firme, convencidos de que al día siguiente nos hemos de



Plano de la choza Paulet.
A pasillo del medio, *B* camas, *C* ventanas, *D* paredes, *E* espacios intermedios llenos de guano, *F* puertas, *G* cocina, *H* hogar.

levantar en el mismo grado de longitud y latitud, ¿no puede decirse que constituye una vida llena de encanto?

Las piedras no tienen nada de blandas. Sin embargo, hubiésemos dormido divinamente si no se hubiera desencadenado una tempestad. Venía del noroeste con terrible velocidad, haciendo temblar el armazón de la tienda y chocando con violencia contra las velas. Como era tan fuerte, finalmente, rompió una de estas, y si no hubiese sido por uno de nuestros diligentes compañeros, que

subió apresuradamente á arreglar la avería, es seguro que no habría quedado rastro de nuestro albergue.

1.º de marzo. — Empezamos un nuevo método de vida. Puede verse en la comida, que se compone de sopa de pájaro bobo. Es bastante buena, pues la carne que condimentamos es de pinguinos jóvenes.

Salimos á buscar focas y por esta vez tuvimos suerte. Nada menos que ocho llegamos á encontrar, y naturalmente todas perdieron la vida. Con demostraciones de júbilo llevamos las pieles á la tienda juntamente con los mejores trozos de carne. Satisfechos del resultado de la caza, nos echamos sobre nuestros sacos, y pronto se halla la partida de naipes en todo su apogeo, á la luz de un par de lámparas de aceite. La noche presenta un aspecto verdaderamente terrorífico.

El viento ha sido imponente durante todo el día, y por todas partes ha quedado el mar libre de hielos. Perdemos la esperanza de recuperar el depósito de víveres que habíamos dejado.

El 1.º de marzo es domingo, y todo el día lo dedicamos únicamente á cazar focas. Pero tenemos también otra cosa en qué pensar. Estamos persuadidos de que no podremos guardar mucha confianza en nuestra tienda por su poca consistencia. Es verdad que ha resistido ya una tempestad, pero no sabemos lo que ocurrirá en la próxima. Además, no tiene condiciones para conservar el más mínimo calor, y vivir de esta manera todo un invierno resulta imposible.

Debemos, por lo tanto, construirnos una casa. Primero procuramos encontrar sitio apropiado. La explanada que hay junto á la playa, al este de nuestra tienda, es bastante plana, y bajo este punto de vista puede con-

siderarse conveniente, pero los vientos deben ser allí muy molestos; por lo demás, presenta también dificultades para procurarnos los materiales. La pendiente donde en la actualidad estamos no presenta ni un solo punto completamente llano, pero está más protegida contra los vientos, pues hay elevaciones de terreno tanto á la derecha como á la izquierda, y lo mejor de todo es que una de ellas está cubierta por gruesos bloques de basalto planos y de clase finísima, que parecen excelentes para la construcción. Así, pues, nos resolvemos á edificar la choza al pie de esta elevación. Dicho y hecho. Empezamos á romper los bloques de basalto más grandes y de forma más irregular, que por cierto se hallan cubiertos por guano viejo. Este ofrece la ventaja de que ahora no echa olor, al contrario de lo que ocurre con el que hay en otros sitios de la isla, que despedía una peste insoportable. Nuestro calzado y ropas se llenaban de polvo de guano que, naturalmente, iba á parar á la tienda de campaña. Pero pronto nos acostumbramos tanto á esta molestia que ni siquiera reparábamos en ello; después vinieron las heladas y dieron fin á tan desagradable polvareda.

Teníamos que romper los bloques de basalto con las manos, pues no disponíamos de ninguna clase de herramientas. Después hacíamos rodar los pedazos por la pendiente, yendo á parar precisamente al punto donde se han de hacer los cimientos. Algunos de nosotros estamos preparados para recibirlos y los vamos colocando en el sitio correspondiente. Hacemos muros dobles y llenamos el hueco intermedio con piedras pequeñas y guano, naturalmente del viejo, que no despide olor alguno. Sin darnos cuenta de ello, terminamos los cimientos, y llenos

de orgullo y esperanza contemplamos nuestra primera prueba en el arte de construír. El estilo es completamente nuevo y original, y puede con toda propiedad denominarse *estilo Paulet.* Seguramente no se encuentra en ninguna otra parte... y deseo, además, que ninguno de mis lectores se vea nunca obligado á emplearlo.

En las inmediaciones de la choza se han concluído todas las piedras, y hay que ir á buscarlas á otra parte. Tenemos que andar un poco más lejos y subir por la colina buscando las más á propósito. Es un trabajo pesado estar hora tras hora cargando piedras á la espalda. La operación que venía después era más llevadera, pues se trataba únicamente de ir colocando piedra sobre piedra para unirlas con tierra, procurando dejar las paredes tan lisas como fuera posible. Naturalmente continuamos edificando dobles muros en torno del recinto. El objeto principal era que pudiéramos estar veinte hombres bajo techo lo suficientemente resguardados de los vientos y de los fríos. Nos cansábamos á fuerza de trabajar y teníamos mucha sed; de vez en cuando teníamos que permitirnos un rato de descanso y beber un trago en el balde del agua. Esta procedía del lago cuya descripción se ha hecho en otro lugar. Tiene un color amarillo verdoso y un gusto desagradable, pero se comprende, pues miles de pájaros bobos han vivido en las escarpadas pendientes, de las cuales todo lo arrastrable va á parar al lago. Pero no reparamos en tales pequeñeces, y hervida en la sopa, no se nota tan mal gusto.

El orden en las comidas no era durante esos días, los más fuertes de trabajo, enteramente igual que en los demás. Tomábamos tres comidas al día: café ó té, por la mañana; al mediodía, sopa de foca ó de pájaro bobo, y

por la noche lo mismo, pero con la diferencia de que tomábamos una galleta más. Pasada la semana que estuvimos ocupados en la construcción, apenas si nos llevábamos nada á la boca fuera de horas.

*

Como ya he dicho en otra ocasión, teníamos convenido que nuestros compañeros esperarían el «Antártico» desde el 25 de febrero al 10 de marzo. Después debían, naturalmente, emprender la vuelta á Snow-Hill, pero de todos modos, era de interés que supiesen lo que nos había ocurrido, porque si alguna expedición de auxilio iba á socorrerles, podría marcharse sin venir en busca nuestra.

El tiempo era delicioso en la mañana del 3 de marzo, y á las siete y media un bote con el primer piloto, K. A. Andersson y tres marineros abandonaba nuestra isla y se dirigía bogando al sitio donde suponíamos que podrían estar J. G. Andersson y Duse con los demás individuos de la estación invernal. Desgraciadamente tuvieron que marcharse llevando un stock insignificante, pues no consistía más que en unas cuantas latas de conservas, las cuales no hubiesen sido suficientes para un solo hombre, cuanto menos para cinco. El trayecto no era corto, toda vez que alcanzaba á unas treinta millas inglesas.

No hacía mucho que habían salido cuando el viento sopló del noroeste y empezó á refrescar. Toda aquella mañana trabajamos incansables en llevar piedra al sitio donde estábamos edificando. Las paredes crecían con rapidez, aunque era tarea difícil adelantar mucho con

piedras que sólo tenían un decímetro de grueso ó poco más. Estábamos muy inquietos por los navegantes, pues el viento se hacía más fuerte y era desfavorable para ellos. Nos tranquilizamos, por fin, cuando les vimos de nuevo en nuestro radio á las tres de la tarde. Se notaba que habían tenido grandes dificultades, por cuanto todos estaban completamente mojados.

El día 4 de marzo dice el diario: «Reinó fuerte viento todo el día y el golfo de Erebus y del Terror quedó libre de hielo. Precisamente en el último momento habíamos conseguido llegar á tierra, pues el día primero ya se formó gran oleaje, que rompió todos los témpanos de hielo en pedazos pequeños.»

Cuando hacía buen tiempo se hacía tolerable el acarreo de piedra, pero no tenía nada de agradable hacerlo con aquella tempestad. Siguiendo así, pronto tendré despellejada la espalda.

Probamos un nuevo plato preparado con productos de la región, ó sea beefteak de foca. Yo, mientras lo estuve comiendo, me pareció bueno y abrigué la creencia de que me sentaría bien, pero después sentí un fuerte hormigueo por todo el cuerpo. Por el contrario, los pedazos grasientos, bien asados, los encontraba tan excelentes como el tocino frito, que ya es saber bien. Con gran sentimiento tengo, sin embargo, que agregar acerca de esto: «pero la parte grasienta le quita mucha vista y no es conveniente emplearla.»

En estos días habíamos cogido alguna que otra foca y un leopardo marino, todo ello sin entretenernos mucho en buscar las presas. El día 5 botamos la canoa al mar, y Larsen, juntamente con el botero, fueron á dar, remando, la vuelta á la isla. Pocas horas después estaban de

regreso, recibiéndolos con gran alegría, pues traían en la canoa, entre varias otras piezas para asar, ocho magníficas pieles de foca con gran cantidad de grasa.

La casa iba adelantando paulatinamente. La abertura de la puerta que conduce á la futura cocina había quedado arreglada, toda vez que, después de mucho buscar, habíamos conseguido encontrar un par de losas lo suficientemente grandes para poderlas colocar sobre la referida abertura. En la pared opuesta se había dejado sitio para dos ventanas pequeñas. Esperábamos que podríamos colocar el techo antes que sobreviniese alguna lluvia ó nevada fuerte, pero no sucedió así. Aquella misma noche se desencadenó una tempestad de nieve, y gran cantidad de ésta se afianzó á las paredes de nuestro edificio en construcción.

No nos encontrábamos bien del todo. El estómago se resiste á comer tanta carne. No tenemos otros alimentos que elegir, pues con la galleta y la taza de café no queda nadie satisfecho. La mayor parte de mis compañeros se acostumbraban al nuevo régimen, y ninguno se encontraba tan mal como yo desde hacía algunas semanas.

El día 6 fué verdaderamente horrible. La tempestad de nieve arreciaba cada vez más, con viento del sur, fuerte y frío. Nos sentíamos derrengados por el trabajo; las piedras de la colina estaban cubiertas por completo de nieve, circunstancia que hacía más penoso y difícil encontrar alguna de las que podían servir para el objeto que las deseábamos.

El mismo mal tiempo continuó hasta el día 7. Pero por la tarde dejamos terminados los trabajos más indispensables de la casa y empezamos á arreglar el techo. Colocamos dos tablas en el centro, y á los lados, como

travesaños, dos de los palos de la tienda. Hicieron las veces de vigas dos bicheros de los botes, y encima de todo aquel armazón pusimos las velas, que por los lados se sujetaron con tierra á los muros. Se cubrieron las ventanas, y en el hueco de la puerta se colgó un trozo de hule. Por la noche efectuamos el traslado. Había bastante nieve por el suelo y en todas las grietas de los muros, pero por el momento no podía evitarse.

Vamos entrando en el invierno. El viento forma fuertes remolinos de nieve, entrando ésta á montones en nuestra choza, y la puerta no puede quedar obstruída, pues somos veinte los que debemos estar continuamente entrando y saliendo. El termómetro señala de 8° á 10° bajo cero durante todo el día y baja aún más por la noche. Se siente bastante frío dentro de la habitación, pero esperamos que mejorará la situación tan pronto como la cocina, que va delante de la puerta interior, quede terminada y hayamos colocado pieles de foca sobre las lonas del techo. De las tales pieles necesitamos treinta, según cálculos. Ya tenemos algunas tendidas en la cuesta, pero están fuertemente heladas y cuando se deshielen las coseremos á las velas. Una vez arregladas también las ventanas y la puerta, esperamos que no nos moriremos de frío.

Como mejora en nuestras comidas hemos empezado á tomar manteca en la sopa. No la teníamos en cantidad para tomarla en todos los guisos, pero sí podíamos tomar una poca con pan y nos sentaba muy bien. Por mi parte, creo que tendríamos que agradecer á la manteca nuestro buen estado de salud durante el invierno, pues debería en cierto modo compensar los productos alimenticios vegetales, de los cuales teníamos una existencia suma-

mente insignificante. Al principio nos tragábamos los trozos de manteca sin atrevernos á gustarlos, pero después, si eran frescos, los masticábamos con verdadero placer.

El mal tiempo no cesaba, pero no nos impidió por eso construir nuestra cocina. El cocinero estaba bastante incómodo, pues la nieve llegaba en remolinos hasta los que se hallaban más cerca de la puerta. La satisfacción fué, por lo tanto, general, cuando un par de días después, la cocina, que hacía también las veces de despensa, quedó terminada. Esta no tenía más que tres paredes sencillas de igual altura, y el techo lo componían trozos de hule y de velas unidas. Durante el arreglo de la casa, tuvo ocasión el piloto Andreasen de demostrar su ingenio. Colocó las ventanas y construyó las puertas con cerradura y todo. Teníamos, pues, verdaderas ventanas, y nada menos que dos. En la cámara del «Antártico» había dos retratos con marco y cristal, los cuales habíamos traído con nosotros á tierra. Después de quitar las fotografías, colocamos los marcos con sus cristales en los huecos de las ventanas, y aun cuando no era mucha la luz que entraba, quedaba, sin embargo, muchísimo mejor que si hubiese estado completamente á obscuras. No fué tarea tan fácil encontrar materiales para las puertas. Pero el piloto era hombre de medios. En el interior de los botes había unas tablas que podían quitarse sin que aquellos dejasen por eso de quedar en buenas condiciones para navegar, y con dichas tablas consiguió hacer las dos puertas que se necesitaban, compuestas de su marco con un listón atravesado y cubierto el todo con lona clavada. La puerta interior giraba sobre bisagras y la exterior con goznes, según la manera antigua.

La longitud total de la casa se elevaba á treinta y cuatro pies, pero de habitación no quedaban más que veinticuatro, siendo su ancho de veintidós pies; la cocina, por el contrario, sólo tenía doce ó poco más. Los muros longitudinales tenían tres y medio y cuatro pies de altura respectivamente, en atención á que el terreno iba en pendiente hacia la playa. Los laterales, hechos en forma triangular, tenían ocho pies en el centro, figurando, por lo tanto, un ángulo muy obtuso. También yo podía andar derecho por la línea central de la casa, y no se necesitaba más. Las puertas eran más bajas, y por consecuencia, si se quería entrar, era indispensable doblar el espinazo.

La superficie del suelo de la habitación era de veinte por dieciocho pies, y estaba ocupada en su mayor parte por los sacos de dormir. A lo largo de las paredes se construyeron una especie de bancos muy bajos de siete pies de ancho, compuestos de un poyo de piedras grandes por la parte exterior adosado sobre piedrecitas redondas. Sobre ellos se colocaron los sacos, diez á cada lado, formando el costillar; la choza era nuestro barco, y si teníamos que trasladar algo á la pared consabida, decíamos «á la borda»; al suelo le llamábamos «la cubierta», etc. Detrás del saco de dormir tenía cada cual su saco de ropa y demás objetos. Había también un cajita para el tabaco, la pipa, útiles de costura, cuchillo, etc.

Entre las camas había un pasadizo de cuatro pies de ancho, que era lo único que quedaba desocupado. Cuando el tiempo nos impedía salir se llenaba de paseantes, y esto dió motivo á que los noruegos lo bautizaran con el nombre de *Karl-Johan*, que es una de las principales calles de Cristianía. Naturalmente, no teníamos muchos

de los enseres indispensables en una casa. En los huecos de las ventanas colocamos dos infiernos-cocinillas; fijamos en la pared un peso para el pan y debajo un barril donde guardábamos la cantidad diaria. Cada cual tenía su plato, cuchillo, tenedor, cuchara y taza.

El utensilio más importante de la cocina era la fragua, colocada en un rincón. Correspondía encima un agujero en la lona para dar salida al humo, y el fogonero Johansson, mecánico muy hábil, hizo hasta una chimenea con un bote de conserva. Junto á la fragua había un balde con grasa, otro con agua dulce y un tercero con agua salada; cajones para cortar la carne, el hacha, cuchillos, etc. La batería de cocina consistía en un caldero grande, tres pequeños y dos cafeteras. En la cocina se guardaban también todos los víveres, exceptuando cinco barriles de galleta que estaban bajo la nieve, allá en la pendiente, y todos los productos alimenticios que podíamos procurarnos en la isla y que conservábamos enterrados delante de la choza.

No habíamos podido llevar mayor cantidad de provisiones, y poseíamos aquellas gracias á que los botes eran de mucha cabida. Aunque éramos nada menos que veinte hombres, contábamos con buen número de sacos, ropas y demás efectos para nuestras camas, varios utensilios domésticos, la fragua, el combustible y otras muchas cosas de bastante peso. Así, pues, no fué pequeña nuestra sorpresa al leer la siguiente lista que, á nuestro arribo á la isla, hicimos de las provisiones y demás géneros:

Galleta, unos seiscientos kilos; azúcar, unos veinticinco; café, treinta; té, catorce; guisantes, setenta; carne y pescado en conserva, ciento sesenta y cinco latas de diferentes tamaños; leche condensada, dieciséis botes

pequeños; arroz, quince kilos; sagú, veinte; varios botes pequeños conteniendo jugos, confituras y frutas; judías de color, quince kilos; verduras secas, ciento sesenta; ácido Zenith, noventa; ídem Pellerín, diez; bayas en dulce, quince; cacao, doce y medio; verduras en conserva, seiscientas raciones; harina de arroz, un kilo y cuarto; idem de pescado, uno; pimienta, varios botes; un poco de sal; ácido de limón, tres botecitos, y además, doscientos cuarenta litros de combustible y trescientas bujías y fósforos.

Esto quizás parecerá mucho al que no tenga en cuenta que éramos tantos. Pero, no obstante, era una insignificancia para lo que necesitábamos.

Nuestra ración de pan consistía en una galleta diaria, á excepción del tiempo que estuvimos ocupados en la construcción de la casa, que tomábamos dos. El azúcar se empleaba exclusivamente y en cantidades pequeñísimas para el arroz con leche, la sopa de jugos ó el cacao. El té, como tenía ya tantísimo tiempo, había perdido hasta la más mínima huella de su aroma. No quedaban guisantes más que para una sopa ligera cada domingo, y aun así para poco tiempo. La carne y el pescado en conserva lo reservábamos por completo para alguna futura excursión en bote. Gracias á la leche condensada podíamos hacer sopa de esta clase dos veces y arroz cuatro veces por semana. Del ácido Zenith ó Pellerín se repartía cada día un poquito á cada uno. Las hortalizas secas, que en su mayor parte eran zanahorias que no tenían gusto á nada, se empleaban diariamente en la sopa, substituyéndolas á veces con judías. Las verduras en conserva se consumían unas veces con la carne de foca frita y otras en la sopa una ó dos veces por semana. Los

sábados se cocinaba en los infiernillos, pero, por lo demás, se reservaba el combustible traído de á bordo para el caso en que la grasa de foca llegase á faltar. Las bujías las economizábamos también todo lo posible.

Puede agregarse que, cuando abandonamos la isla, quedaba aún lo siguiente: Toda la carne en conserva á excepción de la tomada para la excursión en bote del 31 de octubre al 8 de noviembre; pan, unos cincuenta kilos de café, de doce á quince de té, cuatro de verduras secas, cincuenta de ácido, cinco de cacao, uno de verduras en conserva, unas ciento cincuenta raciones de bayas (casi tres kilos) y un poco de sagú, frutas, confituras y jugo de limón. Además, había también unos ciento cuarenta litros de combustible y cerca de doscientas bujías. Nadie podía tacharnos de derrochadores, pues lo poco que tuvimos á nuestra disposición, lo aprovechamos cuidadosamente para hacer de algún modo un poco variadas y llevaderas las comidas.

*

Ya teníamos dónde guarecernos bajo techo, pero debíamos procurarnos también algo qué comer. Como puede verse por la nota de las provisiones, nos hubiésemos muerto pronto de hambre, á no procurarnos considerables refuerzos. Mientras estuvimos construyendo la casa, matamos alguna que otra foca; pero esta clase de carne gustaba ya poco y considerábamos los más que la sopa de pájaro bobo sabía mejor. Si contábamos durante el invierno con la carne que pudiésemos necesitar era un cálculo bastante inseguro, pues las focas empezaban á escasear. Por esto teníamos, desde hacía tiempo, la idea

de formar un depósito de carne de pinguino para el invierno, y calculábamos que podríamos necesitar para ello de tres mil á cuatro mil piezas.

Cada día se veía disminuir el contingente de las colonias, pues los más habían mudado la pluma y se iban marchando. Pero el 11 de marzo, día en que finalmente tuvimos ocasión de empezar la gran matanza, quedaban aún algunos millares. No era operación fácil de realizar. Es verdad que los primeros días no iba la cosa mal, pero después los animales se fueron apercibiendo de lo que se trataba y echaban á correr mucho antes de que pudiésemos llegar á distancia conveniente. Era muy raro que casi de repente se hubiesen hecho tan espantadizos. No teníamos pólvora para disparar sobre ellos, así es que los matábamos á palos. Al principio lo conseguíamos con más ó menos dificultad, pero después era casi imposible acercarse. Cuando el suelo estaba libre cogíamos alguno, pero era muy distinto si se encontraba cubierto de nieve, pues mientras se nos hundían los pies en algunos sitios, les sobraba á los pinguinos tiempo para escapar. Se tendían sobre la pechuga y con las patas se arrastraban hacia adelante con admirable rapidez, aprovechando el menor declive.

Lo que más dificultaba la caza era que todos nosotros estábamos muy lejos de encontrarnos bien. El trabajo y la insuficiente ó cuando menos poco nutritiva alimentación, nos habían dejado tan flojos de piernas y en tan deplorable estado, que daba lástima vernos. Yo no me había encontrado nunca tan débil. Tuve que guardar un par de días de cama, ó mejor dicho, *de saco*, y renunciar después á la persecución de los pájaros bobos, dedicándome, en cambio, á quitar la piel á los ya cogidos, que,

después de todo, era también una ocupación como otra cualquiera. Esta tarea, desempeñada hora tras hora, sin moverse, con 13 ó 14° bajo cero, quitando pieles, era para sentir frío, no puede negarse, y mucho más cuando en las manos, naturalmente, no podían tenerse ninguna clase de guantes. Se aprende mientras se vive, y ahora ya sé también desollar pájaros bobos.

De día en día se hacían más escasos, y pronto quedó la isla completamente desierta, teniendo en nuestro poder unos mil cien.

El invierno se echaba encima. En estas circunstancias será quizás oportuno decir unas cuantas palabras acerca de nuestras ropas. Cada cual había recibido un par de mudas de ropa interior. La exterior era para casi todos de paño grueso, teniendo alguno que otro una americana ó algún par de pantalones de repuesto; pero del grueso indispensable para invierno, solamente algunos. Sin embargo, no creo que ninguno de nosotros, por causa de las ropas, llegue á sentir un frío verdaderamente inaguantable.

De calzado no andábamos tan bien, pues tanto las botas como los zapatos estaban muy lejos de abrigar lo que debieran. Por esta causa se oía á diario hablar de pies helados, mientras que nadie se quejaba de sentir frío en ninguna otra parte del cuerpo.

Para el invierno tenía aún otro cuidado, que en cierto modo se relacionaba con los alimentos. Era nuestro techo que, como ya he dicho en un principio, se hizo sòlo de lona. Tenía inconvenientes importantes. Estaba muy pando, flameaba mucho, y con el roce y continuo golpeo sobre los maderos del armazón, pronto quedaría destrozado. El primer día que fué posible se cosieron las

pieles de foca que teníamos, pero hasta bastante tiempo después no quedó todo el techo cubierto.

*

Ya estamos en invierno. Algunas fechas de mi diario demostrarán que debutó como el más déspota de los soberanos.

14 de marzo.—Tiempo horroroso y temporal de nieve del oeste sudoeste. Trabajo al exterior suspendido.

15 de marzo.—Viento fresco del sur y remolinos de nieve, con 12 grados bajo cero todo el día. Sin embargo, K. A. Andersson y yo dimos nuestro paseo, pues nos sentíamos enervados de estar siempre tendidos en los sacos.

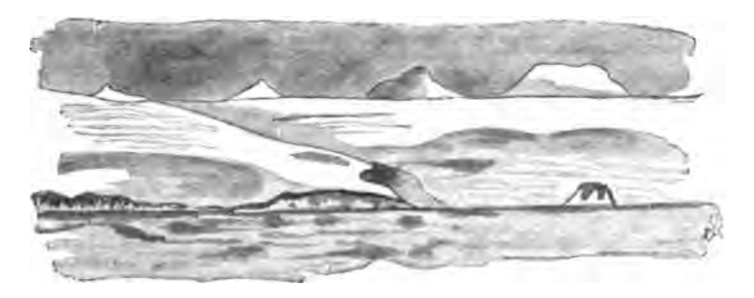
18 de marzo.—Mal tiempo, y al obscurecer tempestad de nieve del sudoeste, pero á pesar de todo no suprimí mi paseo de la mañana.

Cerca de nuestra habitación hay una guarida de golondrinas de mar. Son unos pájaros muy bonitos, vivos y bulliciosos, y resultaba distraído ir de vez en cuando á echarles una ojeada; pero hoy, al dar mi paseo, no encontré ninguno. Podía ocurrir, como había sucedido antes, que la mayor parte de ellos estuviesen fuera cogiendo peces, pero por la noche volvían todos. Ahora no han vuelto más. ¡Invierno! ¡Invierno! Todo le obliga á uno á pensar en este tiempo tan sombrío.

19 de marzo.—A las once de la noche de ayer comenzó á soplar un viento fuerte, que fué aumentando. Aun no hemos concluído el techo, sobre el cual hacen fuerte presión las borrascas, obligándolo á tremolar y dar golpes sobre los maderos. No dormimos en toda la

Choza Paulet en su época invernal.

noche, esperando á cada momento que la techumbre sería llevada por el viento, pero resistió, lo cual nos pareció asombroso. Cuando salimos por la mañana notamos que, á pesar de todo, había desaparecido el techo de la cocina. Había volado á doscientos metros, y seguramente hubiese continuado su viaje hasta el hielo, á no quedar detenido contra una roca cerca de la playa. La isla presenta diferente aspecto después de la tormenta. Enormes montones de nieve se ven por todas partes, en los cuales nos metemos al andar hasta las rodillas.



Vista de la isla de Paulet: entrada de la bahía «Active».

CAPITULO XXVI

Vida invernal en la isla de Paulet

Los días se van alargando lentamente y el tiempo nos tiene casi siempre presos. A nuestro alrededor presenta la Naturaleza un aspecto triste y desolado. Contados pájaros cruzan el aire piando; únicamente el pequeño chionis salta cerca de nuestra vivienda; pero en verdad que los desiertos de la isla no les convida á morar en ella y tienen que huir en busca de alimento. Por todas partes el triste invierno había tendido su velo. Entre nuestra isla y la de Dundée el hielo se hizo más firme, de modo que la nieve caía directamente de los ventisqueros de la última en dirección á nuestra vivienda. Sin embargo, con el hielo habíamos obtenido una ventaja: nuestro campo de operaciones se hizo más extenso, y no estábamos ya condenados á no salir de las costas de Paulet. Nuestros nuevos dominios no son tan monótonos como se podría creer. Abundan las cordilleras, los valles, los desfiladeros y las profundas simas. Los glaciares de la orilla, aprisionados contra las rocas, sirven de colum-

nas de apoyo al hielo de mar, lleno de aberturas y grietas, á cuya superficie de agua libre suben á respirar las focas. Todo en torno nuestro se halla sumido en el más profundo silencio. Por ninguna parte se ve rastro de vida y hasta las focas parece que se han sepultado en el fondo del mar. Las tormentas y las ventiscas se suceden con toda su fuerza poderosa; los montones de nieve se hacen cada vez más altos alrededor de nuestra choza, y á menos de que el techo se hundiera por el peso de la nieve, teníamos que quitarla á menudo, costándonos mucho trabajo cuando se helaba completamente. Tuvimos, además, que excavar con frecuencia un paso entre la nieve que se acumulaba en la puerta, pues no conociendo cuando construímos la choza la dirección de los vientos, resultaba detestable su orientación. Obstruíase, á pesar de todo, la entrada continuamente, y más de una vez nos vimos apurados para poder salir y entrar.

Las horas se nos hacían interminables. Afortunadamente, siempre hay algo en este mundo que posee la virtud de hacer pasar el tiempo más rápidamente, y es el mismo anhelo de algo más agradable. Entonces esperábamos que llegase la festividad de la Pascua, y cada vez que nos íbamos aproximando al gran acontecimiento no podíamos por menos de pensar que nos esperaba un sabroso festín de arroz con leche.

Llegó la víspera de Pascua, el día solemne tan esperado. Me puse la americana recia y los guantes de piel y me fuí á dar un largo paseo. Quería estudiar más detenidamente la isla y comencé á recorrerla. Solamente entonces me di cuenta de lo débil y flojo que estaba. A cada diez pasos tenía que descansar porque me faltaba el aire y el corazón me palpitaba apresuradamente.

Los alrededores de la isla de Paulet ofrecen al explorador los más hermosos panoramas. Emprendí el camino en dirección nordeste hacia á la llanura. Parécese ésta á un gran lago cuyas aguas agitadas por el viento se hubiesen petrificado de improviso, formando el hielo frecuentes lomas de un par de pies de elevación. Sobre ellas habitan los pájaros bobos, y quizás estos mismos las han formado.

El terreno que atravieso se eleva en suave pendiente, y después de formar amplia meseta desciende nuevamente al llano, cortado á poco trecho por una imponente elevación rocosa. Es la mayor entre todas las que se ven por los alrededores, que están sembrados de montañas y abismos. Destácanse sobre la abrupta superficie de la montaña negras vetas de basalto que denuncian su heterogénea formación. Cuando el viento huracanado sopla contra la escarpada muralla, despréndense á menudo pedazos de la misma que convierten aquel paso en un sitio bastante peligroso. En las inmediaciones y al pie de la escarpada muralla había grandes acumulaciones de nieve que llegaban hasta el hielo de mar, haciendo más inaccesible la montaña.

Cuando más ensimismado me hallaba contemplando el singular paisaje, sentí pasar sobre mi cabeza una numerosa bandada de alegres pájaros que volaban en dirección á la cumbre de la montaña. Pertenecían á la especie *pagodroma nivea,* pájaro procelario pequeño, el más bello de cuantos habíamos visto en las regiones antárticas. Me entretuve largo rato viéndolos volar después de roca en roca, agitando sus alas largas y puntiagudas, blancos y relucientes como la misma nieve, con el pico y las patas más negras que el ébano.

Antes de emprender la caminata de retorno me aventuré algún trecho hacia el sur y pude contemplar en las lejanías del campo de hielo una indicación de tierra: era la tierra donde tal vez se hallarían nuestros compañeros, donde se preguntarían sin cesar:

—¿Por qué no viene el «Antártico»?

Era ya tarde y emprendí el regreso. Pronto divisé la azulada silueta de la isla de Dundée detrás de las elevaciones, y después de un rato de marcha hallábame en la pendiente, desde donde era difícil descubrir nuestra vivienda, tan cubierta de nieve estaba entonces.

Cuando llegué reinaba la mayor alegría, pues acababan de cazar una foca que estaban despellejando. Después de terminado este trabajo, nos metimos en los sacos de dormir en espera de la solemne comida de Pascua. Una vez levantados, comenzamos los preparativos de la comida bromeando y riendo mientras trabajábamos. Sacamos nuestros utensilios para el «banquete» y hasta limpiamos el plato, empleando, yo por mi parte, un pañuelo negro como el carbón, reluciente de grasa y de hollín. Se abre la puerta, la conversación se para y sigue un momento de espectación. El plato que aparece esta vez es en verdad maravilloso. Recogimos algunos chionis que se habían muerto de frío y nos permitimos el lujo de freirlos con margarina. Este rico manjar fué encomiado como merecía. Pero no han terminado las sorpresas: la puerta de la cocina se abre nuevamente y aparece el cocinero con una enorme y pesada cazuela de gachas; un aroma magnífico se esparció por el recinto y una nube de vapor llenó la baja habitación al tiempo que presentábamos los platos. Cada cual anhela que llegue su turno.

¡Jamás en la vida habíamos comido cosa tan excelente! bien es verdad que no tenemos muchas pretensiones. Como era demasiado lujo comérmelo todo de una vez, satisfecho, pero con pena, coloco mi plato sobre el estante que hay detrás de mí, dejando un poco para el día siguiente.

Aun no habían terminado las sorpresas: el piloto, que estaba á mi lado y escudriñaba hacía rato en su saco de ropa, saca de pronto un zapato viejo. Abro los ojos desmesuradamente al ver que había dentro nada menos que cigarros. Merced á este inesperado descubrimiento pusimos digno remate á la extraordinaria comida fumando un cigarro. El humo del tabaco se mezclaba con el que se desprendía de nuestra lámpara de aceite, que era la misma que usábamos en el cuarto de la máquina á bordo del «Antártico». Aunque producía gran humareda, debido al combustible que empleábamos, estábamos ya tan acostumbrados, que no nos preocupaba el tufo ni el hollín que se depositaba en todas partes. Lo principal era no permanecer á obscuras, pues la luz del día difícilmente podía penetrar á través de las pequeñas aberturas de la vivienda que, á pesar de nuestras precauciones, á menudo estaban llenas de nieve.

El humo del tabaco nubló nuestra atmósfera ún camente durante las primeras semanas. La pequeña cantidad de tabaco para fumar que quedaba á bordo del «Antártico» al ocurrir el naufragio, se llevó á tierra repartiéndose en fracciones iguales entre todos. Tabaco para mascar apenas nos quedaba; la provisión de á bordo se acabó mientras aguardábamos nuestra liberación. En algunas ocasiones utilizábamos hasta los paquetes de rapé, y cada cual recibió su parte que nos ingeniábamos

para utilizar. Los que lo mascaban lo aplicaron para este uso, y los que fumaban lo mezclaron con el Virginia. Apreciábamos tanto el tabaco en aquel destierro, que cuando lográbamos hacer un cigarrillo nos creíamos los reyes del mundo.

Debimos fumar con tal frecuencia, que el día que menos lo pensábamos vimos que se concluía definitivamente. Con verdadera pena miraban después los despilfarradores á sus compañeros que supieron economizar, entre los cuales me contaba yo. De cuando en cuando convidábamos á alguno con una pipada para evitar que substituyesen el tabaco por substancias peores que pronto empezaron á usarse. El viejo Haslum, por ejemplo, lo tendré siempre presente, despedía al fumar nubes de humo de un olor insoportable; llenaba la pipa con hojas de té ya hervidas mezcladas con rapé. Martín (*), que era el fumador más empedernido, tenía sus pipas casi inservibles, pues cuando no tenía tabaco ni cosa parecida, se contentaba con llevar continuamente la cachimba en la boca que destrozaba con los dientes. Regocijábase su rostro de viejo malicioso cuando algún compañero le ofrecía un poco de tabaco, que unas veces echaba en la pipa y otras lo mascaba con verdadera delicia. También yo hube de ofrecerle en varias ocasiones de mi petaca.

Mientras tanto se dedica cada cual á su distracción favorita durante las veladas. Por desgracia, no podemos pensar en la música. El violín del piloto se ha despegado con la humedad y ha callado para siempre; el acordeón de Haslum, que habíamos colgado en el techo, está también muy echado á perder; Reinholdz posee una flauta, pero nos asegura que no puede tocar, pues tiene los

(*) Así llamábamos al marinero Tofte.

labios resquebrajados á consecuencia del frío. Por lo tanto no hay más remedio que recurrir á la biblioteca. Por casualidad nos habíamos traído algunos libros. Eran *El brujo*, de Orzesko; *Tradiciones del teniente Stal*, de Runeberg; *Sobre patines á través de Groenlandia,* de Nansen, y *Viaje por el África*, del capitán P. Möller. Además, teníamos un libro inglés, *La niña de Bob Mar-*



Elevaciones rocosas.

tín, lleno de escenas emocionantes y no del todo mal escrito. Era el que yo elegía todas las noches mientras duró la lectura.

Estas noches de invierno no las olvidaré nunca. Me parece verme allí, encogido en el saco de dormir, con el tomo y una bujía sobre las rodillas, en tanto que brillantes copitos de hielo venían á caer, desde el techo, sobre las hojas del libro. Aquí y allá se encontraban también los diecinueve restantes compañeros oyendo con la mayor devoción las deliciosas narraciones de Runeberg ó las interesantes aventuras de Nansen. Cuando los libros suecos se terminaron, le llegó su turno á *La niña de Bob Martín.* No tenía el final, pero se comprendía fácilmente que los

enamorados, tan pronto se dieran algunas pruebas más de su pasión, llegarían finalmente á casarse. Con frecuencia hacía frío, tanto, á veces, que tenía que volver á introducir las manos bajo el saco cada vez que volvía una hoja.

Con las aventuras de Nansen nos regocijamos muchos ratos. ¡Cuánto no nos reímos con Sverdrup, que se comió dos almuerzos cuando regresó de la expedición. Si nosotros «regresamos», no dos, sino tres nos comeremos.

El día de Pascua lo celebramos como de fiesta. Nos lavamos bien la cara y comentamos jovialmente las transformaciones producidas por el jabón y el agua. Algunos hasta se mudan de camisa. La mía no la he llevado más que dos meses y medio, así puedo decir que me he permitido un verdadero lujo.

Termina la fiesta y volvemos á nuestra antigua y acostumbrada dieta. Pero pronto tendremos un nuevo festín: el arroz con leche para la Pascua de Pentecostés.

Para formarse idea de la clase de vida que hicimos durante los meses de invierno que siguieron, puede escogerse un día, cualquiera que sea, y podemos suponer que el tiempo es tranquilo, frío y claro, lo cual, por desgracia, no ocurría con frecuencia.

Serán poco más ó menos las siete y media. Mi reloj hace tiempo que está descompuesto, y por lo tanto, para saber qué hora es, tengo que recurrir al amigo K. A. Andersson, que está á mi izquierda. El techo, cubierto por una capa de escarcha, presenta un color blanco resplandeciente.

Durante la noche caen trozos de esta escarcha sobre

nuestros sacos, los cuales, al romper el alba, aparecen blancos y húmedos. Las paredes también están cubiertas de escarcha, y todas las grietas llenas de hielo, forman poco á poco una capa más gruesa. Naturalmente debe uno arrollarse el saco fuertemente á la cabeza para que conserve el calor. Se respira, por lo tanto, por el cobertor y la lona, y cuando el vaho pasa al otro lado se hiela, encontrándonos al despertar con la cara bajo una bóveda de hielo. Cuando las mañanas son verdaderamente frías, grandes trozos del saco están tiesos como planchas de hierro. Entonces procuro remediar la cosa del mejor modo posible. Comienzo á rascar con mi cuchara el hielo que tiene el saco al interior y la escarcha adherida al exterior. También había colocado sobre el saco una capa vieja impermeable, ya hecha pedazos, pero pronto se puso tan húmeda, que por el momento sólo servía como punto de reunión de todas las gotas que caían del techo y que después iban á parar al saco.

Finalmente, llegan las ocho, y si el tiempo lo permite, salimos K. A. Andersson ó yo á mirar el termómetro. Esto puede únicamente tomarse como una distracción, pero después de una fuerte nevada el montón de nieve que hay ante la puerta se hace más grande y duro, y al abrir, se encuentra uno con la pared más blanca y acabada. Si hay una pala dentro, pronto se hace un agujero y se puede salir, pero á veces no hay más remedio que sacar primero la cabeza y gatear arrastrándose hacia fuera. Al volver todo son preguntas de uno y otro lado. Todos tienen curiosidad por saber los grados que tenemos, y el termómetro corre de mano en mano. Después, otra vez al saco, sintiendo bastante frío, pues nos parece demasiado molesto vestirnos orde-

nadamente y no hacemos más que ponernos un par de chanclos (*) y ya estamos listos.

Ayer á las siete y media ya me había acostado, y he dormido casi doce horas. Pero no pasó de ahí. Me vuelvo y revuelvo de uno á otro lado, caigo por un momento quizás en el más dulce adormecimiento, pero me despierta de nuevo un fuerte ruido. Es *el aguador*, que está golpeando el balde para quitarle el hielo y traer agua nueva, que por fortuna nos proporciona el lago del crater, aunque es difícil de sacar.

Ya empiezo á sentir apetito y felizmente tengo ocasión de calmarlo por el momento. En mi plato hay un pedazo de carne que me sobró de la sopa de ayer. Naturalmente está más duro que la piedra, pero no hay otro remedio que aprovecharlo. Lo meto en la taza que utilizo para el café y ésta en el saco; un par de horas después la carne se ha ablandado y me la como muy á gusto.

Mientras tanto ha salido el cocinero y se oyen sus pisadas regulares en la fragua. Yo me encuentro nuevamente tendido en el saco y siento vivos deseos de tomar el café caliente. De nuevo se oye un ruido conocido, que llega á mis oídos aun teniéndolos tapados bajo el saco. Es el trinchante ó auxiliar del cocinero que pesa las raciones de pan, las separa en galletas, y reparte la pequeña porción de manteca que corresponde á cada uno. La boca se me hace agua cuando pienso en aquel pan de exterior tan brillante. Bastante antes de embarcarme

(*) Los chanclos tienen también su historia. Cuando el «Antártico» cargó en Gotemburgo vino del almacén por equivocación una caja de chanclos, que se metió casi en lo más profundo de la bodega. Desesperados, escribieron los dueños preguntando por ella, pero no pudimos encontrarla, y prometimos devolverla á nuestro regreso. Al sumergirse el barco tomamos infinidad de pares, y nos sirvieron de tanta utilidad, que sus dueños deberían alegrarse de haber sufrido tal equivocación.

en el «Antártico» ya me gustaba en extremo el pan ó galletas de barco, así que para mí no constituía privación alguna no disponer de ninguna otra clase. Como pesa se empleaba una galleta entera de tamaño regular, á la cual se ajustaban todas las demás raciones con escrupulosa exactitud. Una vez repartido el pan se ponía todo el mundo en movimiento. Las cabezas, enmarañadas y sucias, van saliendo de los sacos una tras otra, y cada cual empieza á mirar y dar vueltas y más vueltas á su ración de pan, viendo si hay posibilidad de reservarse algún pedacito para casos imprevistos. Si se ha tenido la suerte de conseguir una galleta entera, resulta más fácil de guardar, pues sin meterse en más averiguaciones se esconde aquélla y se comen los pedazos sueltos que puedan tenerse reservados, caso de que los haya. Es en extremo cómico ver la cara que ponen aquellos que han recibido una hermosa galleta entera y no tienen trozo alguno guardado, pues sólo después de un prolongado suspiro se resuelven á hacer pedazos *su tesoro*.

¡Atención al cocinero! Las tazas, llenas de hirviente té, empiezan á repartirse y pronto lo dejamos deslizar por nuestras gargantas, dando así calor á nuestro helado cuerpo. Bebemos alternando café y té, y los domingos hasta tomamos cacao. Se bebe á gusto pero... una de dos, ó debía estarse al corriente de los días de la semana ó tener un paladar finísimo para distinguir el té del café. El té era sin disputa lo más malo.

Supongamos que es día de buen tiempo y procedemos con arreglo á él. Nos preparamos para salir y empezamos á vestirnos. La dificultad mayor está siempre en las botas, que las encontramos duras como el hierro y hay que golpearlas y apretarlas por todos lados para

podérnoslas poner. La americana, naturalmente, se ha mojado alguna que otra vez y parece más bien una cota de malla, porque el agua en esta ocasión es sinónimo de hielo, del cual tiene adherida una capa. Al fin nos marchamos cada cual á su ocupación. Unos cuantos toman sus arreos de pesca y se dirigen allá abajo al hielo, empleando toda su paciencia en estar por espacio de un par de horas junto á cualquier agujero con la remota esperanza de coger algún pescado para el almuerzo. Mis zapatos, que son muy delgados, cuando hace frío no me permiten .estar parado mucho tiempo, y en atención á ello mi ocupación suele consistir en ir de aquí para allá reuniendo todo el pescado que se coge y llevarlo á la choza para prepararlo. Otras veces tomo parte en la busca de focas. Recorremos todo el hielo, pero muy de tarde en tarde llegan á dar resultado nuestras pesquisas. Esta ocupación cuando era continua resultaba pesada pues nos cansábamos de andar. Tampoco ofrece muchos atractivos el saco de dormir, pero no contamos con ningún otro refugio cuando aprieta el frío. Por lo tanto, no hay más remedio, que meterse dentro y á la cama. Hace un tiempo malo y frío; no tenemos ganas de hablar y nos entregamos á nuestras cavilaciones. Aun pasarán un par de horas antes que esté preparada la comida, que, naturalmente, se compondrá de sopa de pájaro bobo, pero de cualquier modo la espera no es del todo infructuosa. No percibimos ningún olor especial cuando traen el caldero con el condumio, ni ofrece tampoco mejor aspecto en el plato: una sopa ligera de color amarillo fuerte, en la cual aparecen algunos huesos gordos de pájaro y diminutos trozos de grasa de foca. Pero no sobra nada, antes al contrario, cuando ya nos hemos

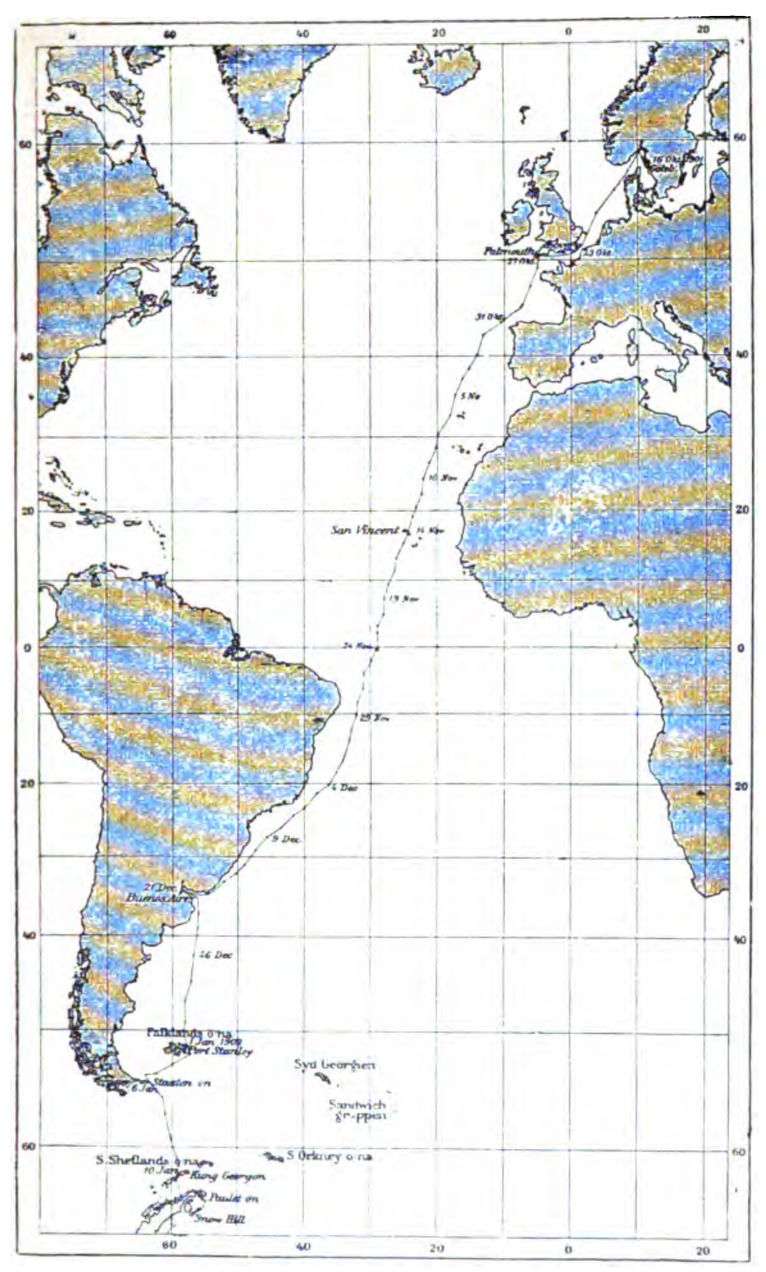
comido el contenido del segundo plato hay muchos que dirigen miradas devoradoras al calderó que, ya vacío, se llevan fuera. Al principio no era la sopa de pájaro bobo del todo mala, aunque en vez de sal estaba sazonada con agua del mar. Entonces estaban los pájaros muy frescos, y el corazón y el hígado, que cuidadosamente se habían guardado, se consideraban como una golosina. Pero parecía que la nieve no conservaba la carne como habíamos creído, y cada semana que transcurría, la encontrábamos menos apetitosa, siendo preciso, finalmente, que estuviésemos verdaderamente hambrientos para poderla comer.

No son más que las seis. ¡Qué noches tan largas! Si al menos tuviese uno bastante tabaco, pero no hay nada de eso, y debemos considerar como un gran extraordinario dar de vez en cuando algunas chupadas en la pipa. Nos tendemos y empezamos á examinar el techo, donde la escarcha va en aumento, porque hace cada vez más frío fuera. Pero ninguno da muestras de abatimiento; cada cual hace lo que puede por mostrarse alegre y hablador; no faltaba nunca materia de conversación en la choza de Paulet, ni cesaba Johansson de tararear. Es una ventaja poder estar de buen humor cuando se quiere aunque ande la procesión por dentro, pues la situación era bastante crítica. Parecía como si reinase en nosotros una gran predisposición á la alegría. Los ratos de lectura también nos entretienen un poco. Pero debemos guardar economía hasta en esto, ocurriendo á veces que nos cuesta trabajo cerrar el libro. Después nos tendemos y nos quedamos pensando unos instantes... hasta que llega la hora de dormir. No resulta tan pesado desnudarse como efectuar el arreglo de la cama. La almohada es un

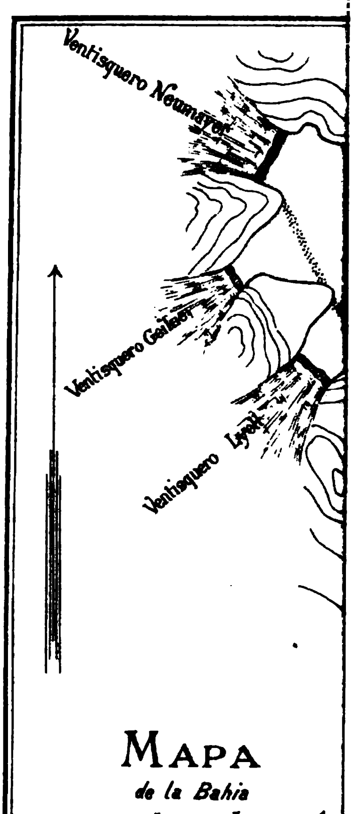
bulto de piezas de ropa. El saco de lona parece que quiere hundirse y las mantas están todas enredadas. Pero al fin queda todo arreglado, nos acostamos y tapamos con las mantas y la lona hasta la cabeza, y ya no deseamos más que quedarnos dormidos. Ante todo se debe encontrar una postura que no sea demasiado incómoda, pero esto es más facil de decir que de hacer, pues lo que hay debajo son piedras salientes y puntiagudas cubiertas únicamente por delgados harapos y girones de tela. Al acostarme pensaba muchas veces en las palabras de Hamlet: «Poder dormir solamente, y saber que en el sueño se calman las penas del corazón y todo género de martirios... Poder dormir, y quizás también soñar...»

Se han sucedido los sueños por centenares en nuestra isla. Yo no sé, en verdad, si contribuían á suavizar nuestra existencia. Todos se referían á dos cosas: alimentos y salvación. ¡Oh! podía uno soñar con toda una comida, desde la sopa hasta los postres, y... despertar después horriblemente desilusionado. Muchas veces vimos también el buque que venía en nuestro auxilio, que llegaba, en fin, á nuestras solitarias costas. Y reconocíamos á las personas que venían á bordo, hablaban de nuestro viaje y nos abrazaban dándonos cariñosos golpecitos en la espalda. Algunos pretendían que era buen augurio lo que soñaban, y hablaban del día más ó menos lejano que con toda seguridad llegaría un barco en busca nuestra. ¡Cuán claro y palpable lo veía yo todo durante el sueño! El barco se mecía suavemente sobre las olas, y allá, en el tope del palo, estaba el barril con alguien conocido que nos miraba. De mil maneras distintas nos asaltaba una y otra vez este mismo sueño.

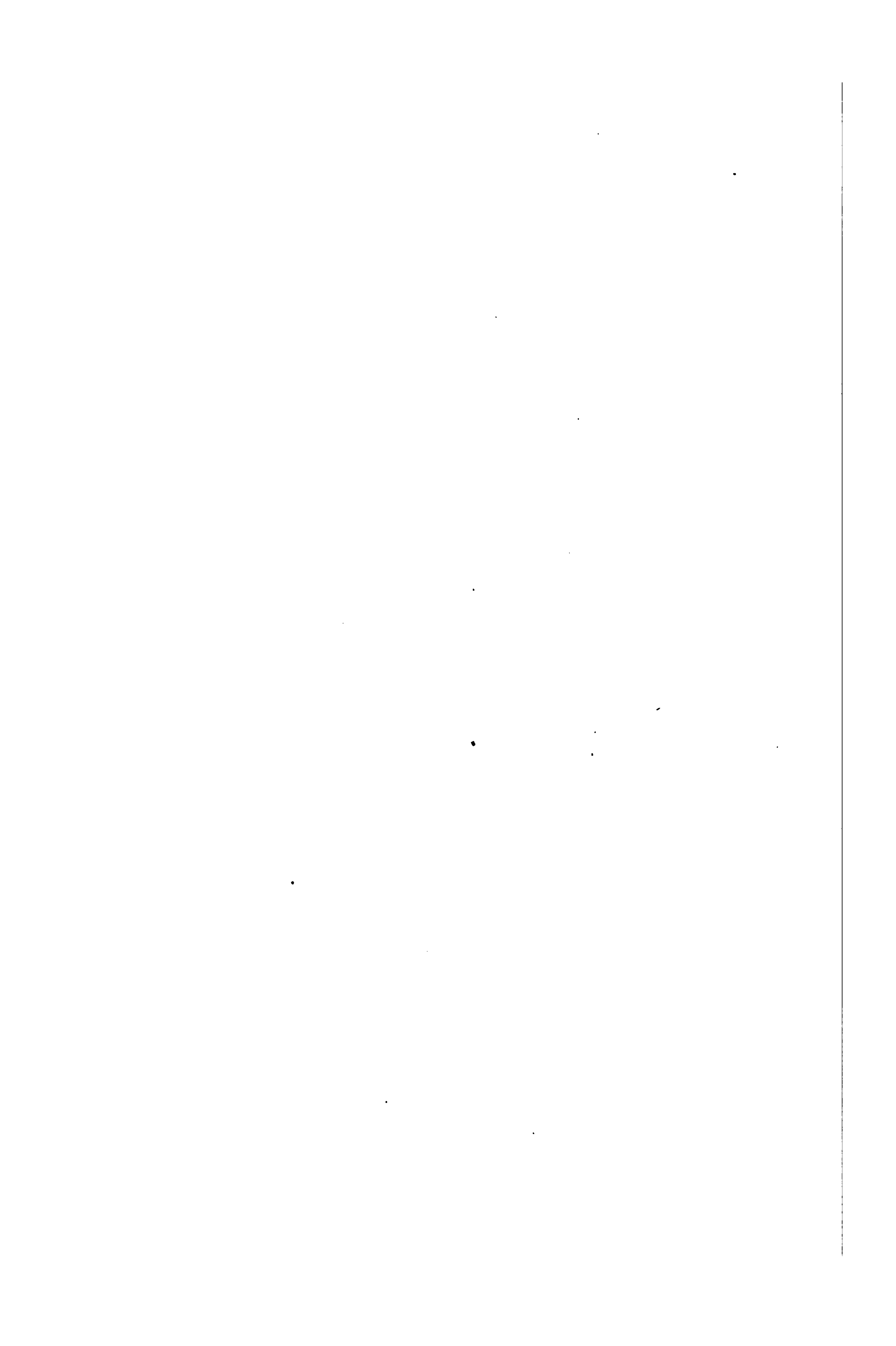
[redacted]



Mapa que indica la ruta del «Antártico» desde Suecia hasta las regiones sudpolares.



Isla de Paulet.



Isla de Paulet.

Una lámpara de aceite alumbra débilmente la habitación. Sólo se oye la respiración de los que duermen...

*

De este modo pasaba un día y otro día, con la diferencia de que, frecuentemente, hacía un tiempo tan detestable que nos impedía salir. Los días que nos veíamos obligados á pasar encerrados dentro de la choza no tenían nada de divertidos. El tiempo parecía más largo allí, tendidos ó sentados en el saco, que fuera, y á veces, cuando hacía cuatro ó cinco días que no habíamos podido salir, aunque cayese fuerte nevada, nos echábamos fuera, instigados por la repugnancia que nos causaba estar siempre encerrados. En cierta ocasión nos despertó un ruido que se producía en el techo, como si empezara á moverse. Al parecer no debía ser nada bueno, pero antes de salir no era posible hacerse cargo de lo que fuera. No sin gran esfuerzo podíamos sostenernos contra el viento, que además nos azotaba la cara con pedacitos de hielo. La puerta se llenó de nieve en dos minutos, y por la chimenea entraban también copos de nieve en gran cantidad. Se necesitaba toda la paciencia del cocinero para guisar á la mañana siguiente, y sobre todo durante la tempestad. La fragua se había convertido en un montón de nieve, las cafeteras estaban igualmente llenas de nieve y la grasa encharquinada. Al deshacerse la nieve todo quedaba completamente mojado. Además, cuando menos lo esperábamos, comenzaban á entrar fuertes ráfagas de viento por la chimenea. A cada momento parecía que el fuego iba á apagarse, y á veces hasta se apagaba del todo, á pesar de la excelente chime-

nea construída por Johansson. El frío era muy intenso en la cocina, pero el cocinero hacía los preparativos sin exhalar una queja. Era digno de admiración; siempre guardaré de él un grato recuerdo y lo consideraré como un hombre honrado y valeroso.

Hoy nos toca permanecer presos. Quitan la nieve de las ventanas y saco un libro de nuestra biblioteca científica. Andersson y yo habíamos salvado un par de libros cada uno, los suyos de zoología, los míos de botánica. Cuando nos veíamos obligados á permanecer allí dentro, acostumbrábamos, por lo general, á leer un poco en ellos para tener algo qué hacer y refrescar de paso nuestra memoria, lo cual nos hacía buena falta.

Algunos de nuestros compañeros de infortunio tienen celos de nuestra lectura, pues los más no saben absolutamente en qué ocuparse, y tratan de pasar el rato contando historias de navegantes, unas más inverosímiles que las otras. ¡Ah! Haslum sí que tiene qué hacer; está, como siempre, remendando de mil maneras sus zapatos. El capitán Larsen tiene una larga lista de historias de los tiempos que fué piloto, y siempre empieza con estas palabras: «Te acuerdas, tú, Antonio, aquella vez que estábamos en...» Antonio Olsen ha navegado como botero durante muchos años con Larsen.

Resulta divertido oir á nuestros marineros hacer razonamientos sobre la posibilidad de auxilio.

—No se acuerdan de nosotros—dice uno.

—¿Crees tú que el Gobierno sueco va á dejar que veintinueve hombres se mueran de hambre aquí en estos desiertos?—arguye otro.

Yo sostengo con ardor la opinión de que vendrán, y que será precisamente durante el verano de este mismo

año, y lo demuestro con razones á mi parecer irrebatibles. Cada vez que se hace preciso, recuerdo la carta que Gunnar Andersson dirigió á su casa desde la Tierra del Fuego, y esto siempre los tranquiliza. Pero no será extraño que alguna vez, en la obscuridad de la noche ó al sentir hambre ó frío, la idea de quedar allí abandonados tome fuerza y experimentemos cierto abatimiento.

*

No todos los días hacíamos comidas frugales. El sábado era el día más señalado de la semana, y el que entonces no quedaba satisfecho no tenía á quien echarle la culpa. La comida se componía de una interminable serie de trozos de carne de foca y un plato llamado de sopa de jugo. Sopa no podía negarse que lo era, pero ¿y el jugo?

Como se cocinaba en los infiernillos dentro de la habitación, había que hacer antes una operación importante. Toda la escarcha del techo tenía que rascarse, porque, de lo contrario, se ablandaba y, convertida en agua, iba cayendo lentamente sobre los sacos de dormir. Cada cual tomaba su cuchara y su plato y empezaba á rascar sobre su sitio. No conseguíamos nunca quitarlo todo, y poco antes de mediodía daba principio el goteo sobre los sacos. Era un espectáculo curioso ver todos los potes de la brea colocados aquí y allá debajo de las goteras.

Me estremezco al pensar en las raciones de comida: siete ú ocho lonjas de carne, negras y aplastadas, nadando en el aceite, rodeadas de pedacitos de grasa frita. Sin embargo, se relamía uno de gusto y experimentaba después indecible satisfacción y bienestar. La sopa, por el

contrario, tenía muy poco sabor y se necesitaba una fe ciega para tomar por sopa de jugo de frutas lo que podía decirse que no era más que agua. Pero, felizmente, todos éramos buenos creyentes y hacíamos de ella grandes elogios. La sopa de guisantes de los domingos también pertenecía á los extraordinarios, aunque era en extremo ligera.

Durante largo tiempo atormentamos nuestra imaginación con la idea de inventar algún plato nuevo para los miércoles, pues necesitábamos descansar un poco de la dichosa sopa de pájaro bobo. Por fin, llegó el día que comimos un plato completamente nuevo, ó sea «pasta exquisita», compuesta de hígado, carne y grasa de foca, zanahorias secas y migajas de pan. Una vez probado y apreciado su indiscutible valor culinario, nos pusimos tan contentos, como lo estaría Marconi al inventar su telégrafo sin hilos. Tenemos que aprovechar todos los recursos, pues de otro modo la vida se haría imposible. Tomábamos después una taza de café como extraordinario, y el que en aquellas ocasiones tenía un trozo de pan *reservado*, podía darse completamente por satisfecho.

*

De vez en cuando llegaba, naturalmente, algún acontecimiento. ¡Hoy es el primero de mayo! ¡Para todo estudiante de Upsala, qué significado representan esas palabras! Allá, en nuestro país, estarán ahora todos nuestros camaradas celebrando este día, con los vasos llenos de espumoso champagne, hablando de sus alegrías actuales y de los recuerdos de su juventud. Y nosotros

aquí, en nuestros sacos sucios y grasientos, ante una triste copa de «mezcla». Pero también hay algo que hace recordar el primero de mayo. Desempolvamos también nuestros recuerdos, y nosotros, los que fuimos estudiantes, referimos á los allí reunidos, que nos oyen con la mayor atención, todas nuestras diversiones é inocentes calaveradas del primero de mayo. Por la noche me planto yo de pie en mi saco y canto... canto á la primavera y á la alegría, canto á mi patria, que está tan lejos, allá en el norte. ¡Oh! ¡cómo sonríe allí el sol de mayo! Pero aquí abajo, en la negra obscuridad del invierno, el viento impetuoso y helado de las regiones del Polo, eternamente heladas, ruge sobre la tierra por completo cubierta de nieve. Nuestro corazón, sin embargo, está lleno de deseos y de amor.



Grupo de nubes detrás de la isla Dundée.

CAPITULO XXVII

Fallecimiento de Wennersgaard
En medio del invierno

El viento que durante el invierno reina en el Polo Antártico no es nada agradable. A pesar de todo, el frío en estas latitudes no es tan intenso como en el hemisferio Norte, pero el viento representa aquí un papel mucho más importante. El frío viene con el viento del sur, y las borrascas resuenan como estampidos de cañón al chocar contra las paredes de la choza. Las lámparas se inflaman y el techo parece á cada momento que va á desencajarse de su sitio. El frío dura semana tras semana, si bien es verdad que á veces reina alguna tregua. Estas variaciones son, empero, muy desagradables por lo extraordinariamente rápidas, pues en un par de horas puede bajar la temperatura del hielo á los 20° bajo cero. No obstante, deseábamos siempre un ratito de buen tiempo, aunque luego nos heláramos de frío. En los largos períodos invernales mirábamos el cielo infinidad de veces al día para observar si aparecían nubes detrás de la isla Dundée. La señal era segura. Si estaba nebuloso y obscuro al otro lado de los hielos de dicha isla, instantáneamente

empezaba á subir el mercurio y con terrible velocidad se nos echaba encima el viento del oeste, levantando remolinos de nieve y encerrándonos dentro de la choza. No nos intimidaba, sin embargo, aquel viento huracanado, que tenía bastante qué hacer en el mar, arrastrando el hielo al este y fuera de la costa. Es preciso tener mar libre para cuando venga «el barco» por la primavera. La lámpara salta arriba y abajo en su armazón y el techo se comba bajo el peso de los montones de nieve. La escarcha ha disminuído y las lonas están blandas y mojadas. Estamos tranquilos y contentos, pues casi hace calor dentro de la cabaña, es decir de 3 á 4° sobre cero, y nos entretenemos en jugar á las cartas. Es muy curioso observar como nuestro humor sube y baja al unísono de la columna mercurial. En noches semejantes nos gustaba estar levantados hasta algo más tarde que de ordinario, y cuando, por fin, nos decidíamos á acostarnos, podíamos congratularnos de no sentir frío en los pies y hasta permitirnos dejar abierto un verdadero ventilador para respirar. Pero ¡ah! ¡cuántas veces nos sorprendía el frío, tan terrible é intenso, que nos despertaba! Miraba entonces hacia arriba, la lámpara pendía sin movimiento alguno del armazón y el techo brillaba como si estuviese tachonado de millares de estrellitas. Y tras un largo y resignado suspiro, tiraba del ventilador, metía la cabeza bajo las mantas y me dormía otra vez.

El buen tiempo tenía sus desventajas, en particular cuando duraba varios días. El pavimento de «Karl-Johan» se reblandecía y un olor insoportable salía del montón de desperdicios en que había quedado convertido: espinas podridas de pescado, pedazos de grasa, trozos de carne, todo mezclado con fango de nieve y un agua indescrip-

tible, que formaba pequeños charcos aquí y allá. Peor aun estaban las pieles de pájaro bobo corrompidas. Para tener la cama más blanda, algunos habían colocado pieles de pinguinos bajo los sacos de dormir, y si se tocaban despedían un olor insoportable que se extendía por toda la habitación. Yo me había puesto debajo algunos harapos, y cuando entramos en la primavera estaban tan podridos que se deshacían entre los dedos. Cuando después de estar un rato al aire libre se entraba en la choza, en los primeros momentos apenas se podía respirar, tan viciada estaba la atmósfera.

Todo el tiempo disfrutamos de buena salud, lo que nos parecía muy extraño, y nos hubiésemos explicado algún desarreglo en las digestiones á consecuencia de la deficiencia de los alimentos. Ya nos sabíamos de memoria que, si alguno se ponía enfermo de cuidado, no habría probabilidad de salvación, pues el botiquín no era grande y teníamos muy pocos medicamentos en estado de poderlos emplear.

Pero no quedamos completamente libres de enfermedades y desgracias, como habíamos creído. Wennersgaard se sentía delicado ya de bastante tiempo; tan pronto como salía le daban fuertes golpes de tos y presentaba, en nuestra opinión, visibles síntomas de tuberculosis. Al poco tiempo no podía moverse, pues las piernas se le paralizaban, y nos aseguró Larsen que, además, padecía escorbuto. De día en día la enfermedad lo postraba más y más.

¡Qué significaban, sin embargo, sus padecimientos corporales, comparados con los del espíritu! ¡Cuánto debía padecer en medio de aquella suciedad y miseria,

oyendo á sus compañeros hablar de las probabilidades de nuestra liberación, de la familia y de los amigos, teniendo el convencimiento de que él quedaría allí para siempre y nunca más volvería á su patria! No olvidaré jamás el momento en que aquel pobre joven de veintiún años se persuadió de que no tenía salvación. Bien poco era lo que podíamos hacer para mitigar sus males. No podía comer ni sopa de pájaro bobo ni de foca; tenía que contentarse con cacao, sopa de jugos ó un poco de pan. A veces hacía un esfuerzo, se ponía de buen humor y conversaba con los compañeros. Así ocurrió, por ejemplo, el 17 de mayo, fiesta nacional de los noruegos, que nosotros también celebramos adornando la cabaña con la bandera sueca y noruega. Los colores de éstas, tan limpios y alegres, contrastaban de tal modo con toda aquella porquería, que yo casi me puse triste.

Habíamos leído ya todos los libros, y cada cual tenía que agotar el ingenio para divertirse y distraer á los demás. Yo también contribuí con mi grano de arena, refiriendo el «Cuento de Gösta Berlín». Afortunadamente, el auditorio que me escuchaba no era exigente, pues este episodio es difícil de contar.

Llegaba á pasos agigantados la ansiada Pascua de Pentecostés. Eramos afortunados con la temperatura, el frío cedió un poco durante unos días, y la víspera de la festividad hacía un tiempo deliciosísimo. Yo me resolví á salir hasta la hora del almuerzo, acto de energía por entonces extraordinario, pero la salida del sol me atraía.

El cielo estaba casi despejado, y el hielo aparecía de un color ceniciento. Lentamente aparecían los primeros tintes rojos sobre los hielos, los escarpados picos de la isla de Joinville se tornaron de color de rosa y entre un

pequeño claro de nubes se elevó el sol; los promontorios de hielo brillaban y resplandecían, y ríos de brillante luz se extendían más y más lejos sobre la variada superficie del mar helado. El sol era claro, pero frío, sin fuerza, y sólo durante unas cuantas horas bañaba con su luz el paisaje para desaparecer de nuevo.

Dentro de la choza todo tenía la alegría y el aspecto de un día de fiesta. Wennersgaard se sentía también algo mejor, contagiado por la general satisfacción. Los días sucesivos se puso otra vez peor. Nos causó inmensa pena verle escribir unas líneas de despedida á sus padres y hermanos. Hora tras hora durante la noche estaba allí, sentado, suspirando débilmente. Muy de tarde en tarde conseguía disfrutar de algún reposo. Si por la noche le miraba uno alguna vez—y á mí el reumatismo solía despertarme con frecuencia—siempre encontraba abiertos sus grandes ojos, resignados y tristes. Rara vez se le oía quejarse, y cuando lo hacía, era de un modo imperceptible.

Estamos en la mañana del 7 de junio. Wennersgaard había dado las buenas noches á su enfermero, Martín, con un: «Ahora dormiremos profundamente.» Y se acomodó en su postura, sentado, la única posible para él. Luego notó su vecino que lentamente iba inclinando la cabeza sobre el hombro; después se oyeron algunas respiraciones agitadas y espiró.

Todo era sombrío y triste dentro de la choza; frío, claro y silencioso fuera... La muerte, la única visita que podíamos recibir, había tendido su diestra á uno de los compañeros que durante tanto tiempo había luchado por la vida.

El cortejo salió silenciosamente. Cosido en su saco de

dormir, único ataúd que podíamos ofrecerle, lo sacamos y pusimos en uno de los botes, que estaban medio enterrados en la nieve. Un par de días después sepultamos su cadáver en un montón de nieve, y cuando llegó la primavera pudimos trasladarle á una tumba permanente.

Eramos impotentes contra las enfermedades... ¿á quién le tocaría ahora? En las actuales circunstancias necesitábamos más que nunca no acobardarnos. Había que conformarse, toda vez que esperábamos este fatal desenlace. ¡Cuán acostumbrados estábamos cada uno á las cualidades de los demás! ¡Cómo recordaba yo, y recuerdo todavía en estos momentos, la franca y alegre risa de Vennersgaard, que á los pocos días de estar juntos ya había llamado mi atención! Una risa cuyo eco llegaba al corazón de todos, que se sentía hasta el último rincón del barco, y que infinidad de veces nos había comunicado su regocijo. Lentamente nos volvimos á la choza, donde todo hablaba de muerte y abatimiento. Cuando nos reunimos esta vez éramos diecinueve nada más (*).

A grandes pasos nos acercábamos al medio del invierno.

Los días se hacían cada vez más cortos; el sol, sin fuerza, apenas había asomado por los hielos de Dundée desaparecía otra vez. Pero podíamos darnos por satisfechos con que á los demás contratiempos y penalidades no se uniera también una completa obscuridad durante todo el día.

El frío apretaba cada vez más y nos quitaba las ganas

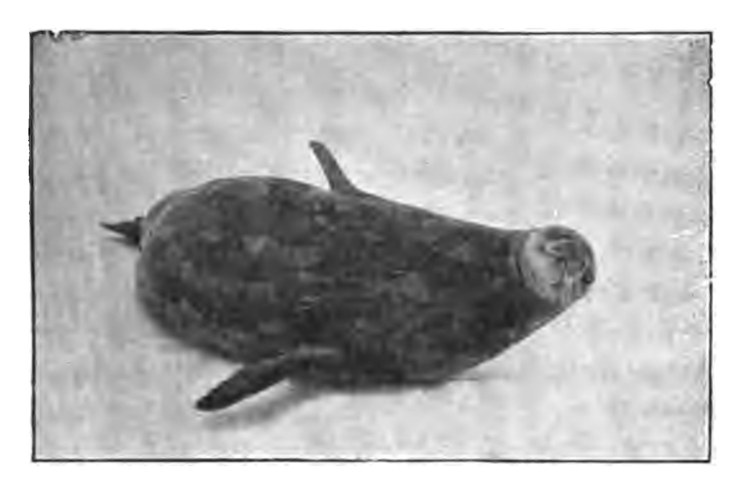
(*) Según demostró un nuevo y concienzudo estudio, la verdadera enfermedad de Wennersgaard fué del corazón.

de hacer nada. Por este tiempo teníamos que estar un día tras otro sin salir, pues descargaban fuertes tormentas. Padecíamos hambre y frío y el tiempo pasaba con lentitud desesperante. La víspera de «el medio del invierno» tuvimos nuestro arroz con leche y un tiempo magnífico, marcando únicamente el termómetro un par de grados bajo cero. El solo pensamiento de que los días empezarían á hacerse más y más largos nos ponía de excelente humor. El día de San Juan tuvimos 0,5° C., y era imposible permanecer allí dentro, pues se respiraba una atmósfera muy cargada. Era una delicia poder estar horas enteras corriendo arriba y abajo, calzados con zapatos ligeros sin tener frío en los pies, y aunque llevábamos la gorra doblada llegábamos á sudar. El gato corría por todas partes como un loco y parecía que estaba en su elemento. ¡Verdaderamente es delicioso no sentir frío!

Así pasaban las semanas entre penas y alegrías, pareciéndonos los días muy largos y las noches interminables, en tanto que nuestro interés se concentraba principalmente en todo lo concerniente á las subsistencias. El tiempo transcurría entre tanto; desapareciendo, fríos y desagradables, los meses de julio y agosto; el sol se elevaba cada día más, la naturaleza tomaba nueva vida y llegaron por fin septiembre y octubre con sus tempestades de primavera, acudiendo á un tiempo focas y pájaros bobos.

Dios sabe lo que pasamos hasta entonces y de qué manera llegamos al día en que varamos el bote que había de llevar á Larsen, K. A. Andersson y sus acompañantes á la estación de invierno de Snow-Hill. Hicimos votos por el feliz éxito de la empresa, pues en ellos tenía-

mos puesta toda nuestra esperanza. Si perdían la vida entre los témpanos de hielo, ¿quién podría entonces averiguar que había una choza en la isla de Paulet, donde todavía quedaban una docena de hombres esperando el anhelado auxilio?



Foca Weddel sobre el hielo.

CAPITULO XXVIII

En la isla de Paulet

NUESTRO primer cuidado, al saltar á tierra en la isla de Paulet, fué la construcción de una choza de piedra, en la cual, durante las próximas tempestades y fríos del invierno, pudiésemos guarecernos mejor que en la tienda de campaña. El mal tiempo empezó ya la noche después de nuestra llegada, y al día siguiente, primero de marzo, que descargó una horrible tempestad, estaba el mar muy agitado en el estrecho, y sólo la circunstancia de ser la tienda de campaña muy fuerte y pesada nos salvó de quedarnos con aquel frío á la intemperie. Si semejante tempestad nos hubiese sorprendido fuera, entre los hielos, difícilmente hubiéramos podido salvar nuestras vidas y seguramente se perdiera todo lo llevado con nosotros á tierra.

Al otro día, seguidamente después de haber almorzado, empezamos á trabajar en la casa de invierno, pero hasta el 7 de marzo no conseguimos tenerla lo suficientemente adelantada para poder colocar durante la noche el techo, es decir, las velas que habíamos empleado en la tienda. Nos sentimos satisfechos cuando tuvimos nuestra casa en orden, pues por muy imperfecta que fuese nos proporcionaba, sin embargo, un refugio seguro contra los tiempos tempestuosos que pudiesen sobrevenir. Desde nuestro arribo á la isla no habían dejado ni un solo momento de sucederse las tempestades con fuertes borrascas de nieve; el primer día de nuestro traslado á la cabaña tomó mayor fuerza; soplaba del sur y llegó acompañada de intenso frío que duró todo el día; no pudimos permanecer fuera un momento y tuvimos que estar tendidos en los sacos de dormir. Durante la noche batió el viento contra el techo de lona, moviéndolo con tal violencia que temimos quedarnos á cielo raso. Tuve que salir un momento para ver si podría resistir, y pensé que la perspectiva del invierno no tenía nada de divertido, si siempre habíamos de disfrutar un tiempo semejante.

Para hacer nuestra situación menos desagradable, reforzamos el techo y al lado izquierdo de la casa levantamos una nueva construcción que nos sirviese de cocina y de despensa para guardar el pan y demás vituallas. Como únicamente habíamos podido salvar una cantidad insignificante de las provisiones que llevábamos en el buque, nos vimos obligados á alimentarnos principalmente con focas y pájaros bobos. En los primeros días de nuestra permanencia en la isla tuvimos la suerte de matar algunas de las primeras y bastantes de los segundos, no tan sólo para el consumo inmediato, sino tam-

bién con la idea de reservar buena provisión para el invierno. Con tal objeto matamos el 11 de marzo ciento ochenta y cuatro pájaros bobos, trescientos veintiséis el 13, quinientos ocho el 14, etc., etc. Era bastante pesada la tarea de coger y desollar aquellos pájaros, pero teníamos que conformarnos, pues lo principal era conseguir reserva de víveres, por si se daba el caso de que no hubiese focas en el invierno.

El 12 de marzo tenía la tripulación terminada la entrada de la casa y cubierta con un hule y lona nueva, de este modo el viento no podía entrar tan libremente como antes. Por la tarde me di un paseo hasta el montículo de la isla para inspeccionar el estrecho y ver si se presentaba alguna huella de las provisiones que habíamos perdido en el hielo. Nada pude descubrir; aparecía el hielo completamente unido por todas partes en dirección al cabo de Seymour y la isla de Cockburn, circunstancia que hacía poco probable que buque alguno pudiese pasar durante aquel año hacia el sur. Debíamos, por lo tanto, prepararnos á esperar hasta la primavera, época en que se efectuaba el deshielo y podía haber posibilidad de auxilio, procurando mientras tanto abastecernos lo mejor posible para el invierno. Todos los pájaros bobos que se pusieron á nuestro alcance los matamos, pero empezaban á escasear.

El techo de la casa lo reforzamos con todas las pieles de foca que pudimos reunir. Mientras tanto la tripulación se ocupaba también en el arreglo de sus ropas. Ocurría con frecuencia que, á causa de las violentas tempestades de nieve, teníamos que estar metidos en los sacos de dormir sin poder ejecutar trabajo alguno. Los domingos

eran nuestras únicas festividades y anhelábamos que llegasen, porque en tales días mejorábamos nuestra alimentación; así, por ejemplo, en el almuerzo tomábamos cacao y en la comida carne cocida de pinguino y sopa de guisantes, algo, en fin, que en nuestras circunstancias podía considerarse como un verdadero banquete. No solamente para tener algo en qué ocuparnos, sino también para proporcionarnos alimentación más variada, empezamos á fines de marzo nuestros ensayos de pesca, que continuamos con más ó menos éxito durante toda nuestra estancia en la isla. Pero la mayor parte de las veces no resultaba el trabajo recompensado, ni tenía nada de agradable con los fríos tan fuertes que hacían, debiéndonos esforzar extraordinariamente para permanecer allí en el hielo con las botas mojadas y corriendo el riesgo de que se nos helaran los pies, así como los dedos de las manos, por el continuo contacto con los aparejos de pesca. En el transcurso del invierno cogimos más de diez mil pescados, los cuales, fritos con grasa, nos comíamos muy á gusto. Al mismo tiempo podíamos permitirnos el lujo de aderezar guisos tales como el *revoltillo,* compuesto de leopardo marino, carne de foca asada, hígado y riñones de foca, grasa y otros aditamentos que ofrecía la región; así como también sopa de sagú, judías blancas, arroz con leche y demás vituallas de la provisión del barco. Nuestra cocina no era, pues, del todo mala, y como se ve, aprovechábamos cuanto podía encontrarse en la isla.

A pesar de ello nuestra existencia resultaba monótona y esperábamos con ansia que llegase la Pascua para disfrutar de algún extraordinario, pues habíamos decidido celebrar dicho día con el mayor rumbo posible, y hasta

qué punto lo conseguimos puede verse por el siguiente extracto del diario:

Domingo, 11 de abril.—Por fin, ha llegado la víspera de Pascua, que con tantos deseos estábamos esperando. Por la mañana teníamos —13°, al mediodía —11 y por la noche —7 ½, nevando constantemente. Tratamos de sacar algún pescado pero no lo conseguimos, cogiendo, en cambio, un leopardo marino que, si bien es verdad que se sumergió después del disparo, no por eso logró escapar, aprisionándolo con un aparato de los corrientes. Se perdió la mayor parte de la sangre, pero guardamos la que pudimos recoger. Formaron también parte de la caza del día un pájaro bobo, tres cormoranes y varios chionis. Por la noche, tuvimos una cena opípara, que consistió en arroz con leche hecho casi exclusivamente con agua, pero, sin embargo, excelente para nosotros; un chionis para cada uno y después carne de foca frita con manteca. Por espacio de algunos días estuvimos reservando manteca para la víspera de esta festividad. Fué un día verdaderamente solemne en nuestra modesta choza. Tuvimos encendidas cuatro bujías y una lámpara de aceite mientras duró la cena, así que casi nos sentíamos otra vez hombres civilizados, pero esta clase de civilización no había de durar mucho. Mañana volveremos á nuestra vida usual, porque la esplendidez de tal noche únicamente podemos permitírnosla en las grandes solemnidades.

Pasó el mes de abril con tiempo variado. Con alguna frecuencia descargaron fuertes tormentas, pero á veces disfrutamos también tiempo tranquilo y hermoso, con sol magnífico, como ocurrió el 17, día espléndido y tan caluroso como lo podíamos desear. En días semejantes

efectuábamos excursiones al montículo de la isla para observar el estado del hielo, y tan pronto como se presentaba ocasión salíamos á cazar focas, que utilizábamos, como es sabido, no sólo para nuestra alimentación sino también para combustible. El 19 de abril estuvimos muy afortunados, por cuanto conseguimos matar nada menos que cinco grandes focas Weddel, de las que, cuatro, eran hembras con fetos enormes. Tenían una piel de finísimo pelo y bigotes sumamente crecidos.

A últimos de abril aumentó el frío, y el primero de mayo amaneció con — 22°, ocasionándonos grandes molestias cuando salíamos á pescar. En el estrecho había hielo firme, y en el agujero donde algunos días antes habíamos estado pescando se había formado nuevo hielo apareciendo tapado.

Los días pasaban con mucha lentitud, pero nuestro humor era siempre excelente. En la choza, cuya temperatura se sostenía alrededor de + 6 y 8°, durante nuestras reuniones de la noche cantaban á veces Skottsberg y Haslum, constituyendo otra de nuestras mejores distracciones los ratos que dedicábamos á la lectura. Pero todo esto era un lujo que no podíamos permitirnos con demasiada frecuencia. Por variar se contaban algunas historias, que en general eran poco picantes, pero se oían con agrado, toda vez que no había otras; y después jugábamos alguna partida de cartas, viéndonos obligados, cuando la temperatura bajaba á — 10° ó más, á taparnos las manos cada instante para que no se nos quedasen paralizadas por el frío.

El 17 de mayo, nuestra fiesta nacional de Noruega, habíamos tenido idea de celebrarla empavesando el exterior de la casa, pero aunque hacía mejor tiempo del que

podía esperarse en tales regiones durante esta época del año, ó sea viento oeste y buen sol, era, sin embargo, el primero tan fuerte, que tuvimos que contentarnos con adornar la choza interiormente con las banderas sueca y noruega. Para dar al día mayor carácter de festividad hicimos café y repartimos algunas pastas.

Por este tiempo fué cuando empezamos á inquietarnos por Wennersgaard, el joven marinero que se puso enfermo, y un par de semanas después estaba tan débil que había pocas esperanzas de que pudiese llegar á restablecerse. Del reconocimiento que el día 25 de mayo le hice en el pecho, pude ver que padecía de una inflamación ya bastante arraigada en los pulmones con fuerte segregación. Para proporcionarle algún alivio le dimos coñac y miel mezclados. Pocos días después pudo observarse que no le quedaba mucho tiempo de vida, pues se le hincharon las piernas, había perdido el apetito y deliraba. Sentíamos mucho no tener los conocimientos suficientes para salvarle la vida y que pudiese volver á su país, como todos nosotros esperábamos conseguir. En la mañana del domingo, 7 de junio, se fué tranquilamente al otro mundo. Lo envolvimos en una manta, lo metimos en su saco de dormir y lo llevamos á los botes, pues por el momento era imposible abrir una zanja en la tierra completamente cubierta de nieve. Pusimos un par de velas encendidas ante su féretro, y después de rezar un responso terminamos esta triste ceremonia, probablemente la primera de esta clase que había tenido lugar en aquella parte de las regiones del Polo Sur.

El primer cuidado que tuvimos después fué sacar y destruir todas las ropas de nuestro pobre compañero para evitar que, si la enfermedad era contagiosa, pudiera

transmitirse á alguno de los supervivientes. Luego volvimos á nuestra vida usual, esforzándonos por sostenernos firmes y estar de buen humor.

El viento antártico del medio del invierno se nos echaba encima con violentas tempestades, nevadas y fríos, que á veces eran llevaderos, pero con la mayor frecuencia llegaba el termómetro alrededor de la tercera décima bajo la marca de hielo. A pesar de ello salíamos todo lo posible, aunque apenas si teníamos nada en que ocuparnos más que en pescar, con resultado desigual y á veces muy insignificante, á consecuencia de las fuertes corrientes. Los días, bajo tales circunstancias, naturalmente, pasaban con lentitud y se nos hacía difícil estar en la choza, donde una capa de escarcha de una pulgada de grueso cubría el techo y las paredes, y donde en los tiempos más fríos únicamente podíamos retener el calor permaneciendo metidos en los sacos de dormir. Pero, al fin, llegó la víspera de San Juan, que con tantos deseos habíamos esperado, no sólo por las excelentes gachas con que pensábamos regalarnos, sino también para que el sol empezase á caldear nuestras regiones. Este día tuvimos viento noroeste y solamente 2 $^1/_2$° bajo cero. Gracias á la bondad del tiempo pudimos rascar la escarcha del techo y dejarlo enteramente limpio. Repartimos el último tabaco, y después de cenar nos pusimos á jugar á las cartas hasta la media noche para esperar el día de San Juan. Tuvimos un día delicioso, únicamente $^1/_2$° á 2 bajo cero, con brisa fresca del norte y nubes que pasaban rápidamente. Almorzamos pescado hervido, galletas y cacao, y el que se había guardado un poco de arroz con leche de la noche anterior, se lo comía mezclado con el cacao. Para cenar tuvimos *pasta exquisita*, pájaro

bobo, té con dos terrones de azúcar y media galleta para cada uno.

A muchos les habría repugnado nuestra comida, pero para nosotros resultaban manjares suculentos. Lo que más apreciábamos de todo eran las gachas, y resolvimos comerlas nuevamente el primero de agosto, día que esperábamos con ansia, no solamente por las gachas, sino porque entonces habrían pasado cinco semanas más de nuestra residencia en la isla de Paulet.

Transcurrieron esas cinco semanas sin que ocurriese ningún acontecimiento notable. La mayor parte de las anotaciones del diario se refieren á fríos y tempestades. Casi una semana entera tuvimos temporales de nieves, tan continuos, que se nos hizo imposible salir. También habla el diario de la pesca y de la caza de focas, de cómo nos veíamos obligados á recurrir á nuestra provisión de carne de pinguino y de cuán sensible nos parecía que las sopas de verduras y otras cosas apetitosas se fueran concluyendo. De vez en cuando, entre las nevadas y malos tiempos, disfrutábamos algún día de cielo claro y hermoso y salidas de sol de una magnificencia tan grande de colores, que quizás únicamente se presentan en aquéllas, por lo demás, tan sombrías regiones.

Llegó el mes de agosto, naturalmente con tempestades acompañadas á veces de verdaderos huracanes; marcando con frecuencia el termómetro—25°, pero observándose, sin embargo, signos de primavera, como eran deshielos, mar libre en ocasiones y vuelta de los pájaros bobos. Al efectuar un paseo el 8 de agosto alrededor de la isla oí por primera vez desde otoño el característico graznido de los pájaros y pude ver una bandada en una altura de hielo. Nos era imposible arribar allí para co-

gerlos, pero celebrábamos su venida como presagio de mejores tiempos.

El 12 de agosto hizo seis meses que abandonamos el barco y quedamos sobre los témpanos de hielo, con la inseguridad de si llegaríamos ó no á ganar tierra; pero la Providencia se había propuesto protegernos y sostener nuestras fuerzas para que, llegado el momento, pudiésemos también nosotros mismos hacer algo por nuestra salvación. A veces, cuando el sol calentaba algo más al mediodía y algún pájaro bobo llegaba á tierra, lo interpretábamos como signo de primavera, pero esto eran más bien suposiciones que realidades.

En tanto, reinaba viento del sur, y esto acontecía casi diariamente; teníamos un frío intenso, 20° ó más, y tempestad de nieve tan fuerte, que nos obligaba á permanecer dentro de la casa. Las últimas semanas de agosto y todo el mes de septiembre fueron días de espectación, durante los cuales nuestra vida transcurría poco más ó menos con la misma uniformidad que antes, diferenciándose únicamente en que ahora se presentaban focas de vez en cuando con mayor abundancia y daba ocasión á una excelente caza. El 20 de septiembre dirigiéronse algunos hombres de la tripulación al hielo del estrecho y encontraron tres parejas de focas con sus crías recién nacidas. Puede, por lo tanto, notarse que los días más próximos al 20 de septiembre, aquí en el mar de hielo del Sur, corresponden á los del 20 de marzo en los mares de hielo del Norte, como época de cría para las focas.

A principios de octubre dispusimos una tumba para nuestro difunto camarada Wennersgaard y el 11 sacamos su cadáver de la nieve y lo enterramos en la fosa efectuando todas las ceremonias en lo posible iguales á

las de nuestro país. Pusimos la bandera noruega á media asta en la casa y la sueca tendida sobre el féretro.

El día 12 de octubre se presentó con un tiempo tan caluroso y apacible, que nuestras ropas, que habíamos conservado todo el invierno sin orear, pudimos tenderlas fuera para que se secasen. Era delicioso podernos cambiar las ropas de pies á cabeza, cosa que, por lo menos yo, no había podido hacer en seis meses. Durante el día se sostuvo la temperatura alrededor de la marca de hielo y un par de días después teníamos + 1°. El mejor tiempo del año parecía aproximarse, demostrándolo entre otras cosas, que los pájaros bobos empezaban á llegar de la parte del este. Venían arrastrándose por el hielo, cada día en mayor número, é iban á parar á nuestra isla, empezando pronto á aparearse y arreglar sus nidos. Algunos días después llovían las bandadas de pinguinos, los cuales, tan luego como la disolución de la nieve dejó el suelo limpio, pusieron los huevos, dos ó tres cada uno en los nidos, formados tan sólo por unas cuantas piedras. Los machos son los que arreglan los nidos, y cuando llegan las hembras se los ofrecen y toman éstas posesión de ellos. Un día di un paseo por la isla para estudiar la vida de aquellos pájaros, que, particularmente cuando están apareándose, ofrece mucho interés. En un sitio pude, por ejemplo, observar que dos machos se habían apostado á esperar la llegada de una hembra. Los dos estaban cacareando desaforadamente, y mientras uno de ellos no tenía ninguna piedra, el otro había reunido dos. La hembra se dirigió antes al primero, que empezó á hacerle caricias, pero cuando se apercibió de que no tenía ninguna piedra, lo dejó y se fué con el otro.

Este, volviendo los ojos y moviendo las patas, hizo cuanto pudo para conquistarla, pero al ver la hembra que no tenía más que dos piedras, también le dió calabazas y se marchó á buscar otro consorte más activo. Ignoro de qué manera terminaron estos preliminares, porque yo no podía seguirla, pero como había buen número de candidatos al matrimonio, supongo que al fin haría un buen casamiento. Además de pájaros bobos de la clase corriente tuve ocasión de ver cierto pinguino de un color particular, pues era amarillo por el dorso, presentando los demás un color obscuro.

Desde hacía tiempo habíamos resuelto que tan pronto como el estado del hielo lo permitiese, debíamos procurar ponernos en comunicación con los restantes miembros de la expedición, y con tal objeto habíamos observado desde las alturas de la isla de qué modo influían las tormentas y las corrientes del mar sobre los hielos, así como también espiado el momento de la apertura de las aguas para efectuar un viaje en bote.

Precisamente ahora, en octubre, cuando se presentaban los pájaros bobos y otros indicios de primavera, era la época apropiada para realizar en la primera ocasión este plan, de cuya feliz ejecución dependía nuestra salvación, y, naturalmente, empezamos á hacer con todo ardor los preparativos necesarios. Nuestra paciencia se pondría á prueba por algún tiempo. Las variaciones en el hielo y mar libre que con frecuencia observábamos no merecían mucha confianza porque las tormentas traían nuevas masas de hielo al estrecho y el intenso frío que aun se dejaba sentir de vez en cuando, tapaba con nuevas heladas los huecos y canales que durante los días de buen tiempo se habían formado.

Hasta últimos de mes no pudimos atrevernos á intentar el viaje.

El 30 de octubre fuí con el primer piloto y dos de los hombres que habían de tomar parte en la expedición á las alturas de la isla, con objeto de ver si lo que podía facilitar la realización de nuestros planes, es decir, vientos del oeste y deshielos, habían desaparecido. Al sur vimos que se extendía el hielo unas cuantas millas dentro del mar, mientras al este sólo se presentaba una faja estrecha. Si podíamos atravesar ésta, nos sería posible después, remando junto al borde del hielo, arribar á Snow-Hill. Resolvimos, por lo tanto, arreglarlo todo para el viaje y, si continuaba el buen tiempo, saldríamos á la mañana siguiente tan temprano como fuese posible. Además del candidato K. A. Andersson, me acompañarían Reimboldz, tercer piloto; Karlsson, segundo maquinista; Olsen, botero, y el cocinero A. Andersson.

La provisión se componía de una galleta de barco por hombre para veinte días, media libra de manteca por plaza para quince días, unos cuantos botes de carne en conserva que teníamos reservados para este viaje, una caja de comestibles y algunos aparatos, así como también varios útiles de pesca.

Todos los marineros estaban muy atareados para dejarlo todo listo. Yo confié al cuidado del primer piloto mis ropas, libros, papeles, cuentas y una cajita conteniendo aproximadamente cien libras esterlinas en oro. Tomamos tales medidas para el caso de que yo no volviese. Y cuando nosotros, los habitantes de la isla de Paulet, con motivo del viaje, nos reunimos aquella noche por última vez, al hablar de cómo podría haberles ido á J. G. Andersson, Duse y Grunden, y si conseguiríamos

nosotros llegar á la estación invernal, estábamos muy lejos de imaginar los acontecimientos que un par de semanas después cambiarían de modo tan feliz nuestra existencia y harían inútiles todas las precauciones que habíamos tomado para lo futuro.

CAPITULO XXIX

Viaje en bote desde la isla de Paulet á Snow-Hill



Por fin pudimos emprender el viaje el día 31 de octubre. A las cinco de la mañana quedamos listos y nos pusimos en marcha. A poco de salir tuvimos brisa fresca y tormenta de nieve, que por momentos se hacía más densa, de tal modo, que únicamente podíamos ver á unos cuantos metros del bote ante nosotros. Remábamos tanto como era posible en dirección al sudeste, y á las nueve de la mañana dimos la vuelta al cabo y tomamos después rumbo al oeste. Como el viento empezaba á refrescar pusimos la vela y caminamos velozmente por entre los hielos. Procurábamos ir tan próximos como se hacía posible de la faja de hielo y después de haber pasado junto á un glaciar de enorme altura, navegamos un buen trecho en dirección al noroeste, hasta que dejamos la isla Paulet al noroeste. Entonces pusimos rumbo de oeste á sur, dándole más largas al bote. El viento había cambiado mientras tanto al sur sudeste. Era frío y algo recio, y después de dos horas

de navegación, dimos con hielo, teniendo que quitar la vela y continuar al remo hasta que llegamos á la vista de la isla de Rosamel. Bogábamos lo más cerca posible hacia ésta para tener alguna protección contra el viento, que había refrescado y ocasionaba fuerte oleaje. Varamos el bote sobre un témpano de hielo que no era muy grande, pero como no se veía otro mejor, no hubo más remedio que recurrir á él. Eran las cinco de la tarde, y á las seis preparamos el café y unos trozos de carne de foca, que nos sentaron muy bien. Pero como no teníamos sitio alguno donde resguardarnos y el viento aumentaba con fuerte frío, nos vimos obligados á permanecer allí fuera, corriendo nueva aventura, que no tenía nada de agradable. Tropezamos con grandes dificultades, cuando las olas empezaron á hacer desaparecer pedazo tras pedazo aquel pobre témpano bajo nuestros pies. En medio de la obscuridad y con aquel frío no pudimos hacer otra cosa que, con auxilio de todas nuestras fuerzas, arrastrar el bote hacia una altura que había en la parte del témpano que quedaba. Allí quedamos relativamente seguros, haciendo un hombre guardia, mientras los otros se fueron cada cual á su saco de dormir para procurarse algún reposo, que, sin la más mínima protección contra la fuerte tempestad y el frío, estaba muy lejos de ser agradable. Pasamos bastante frío, pero en viajes como éste deben tomarse las cosas conforme vienen.

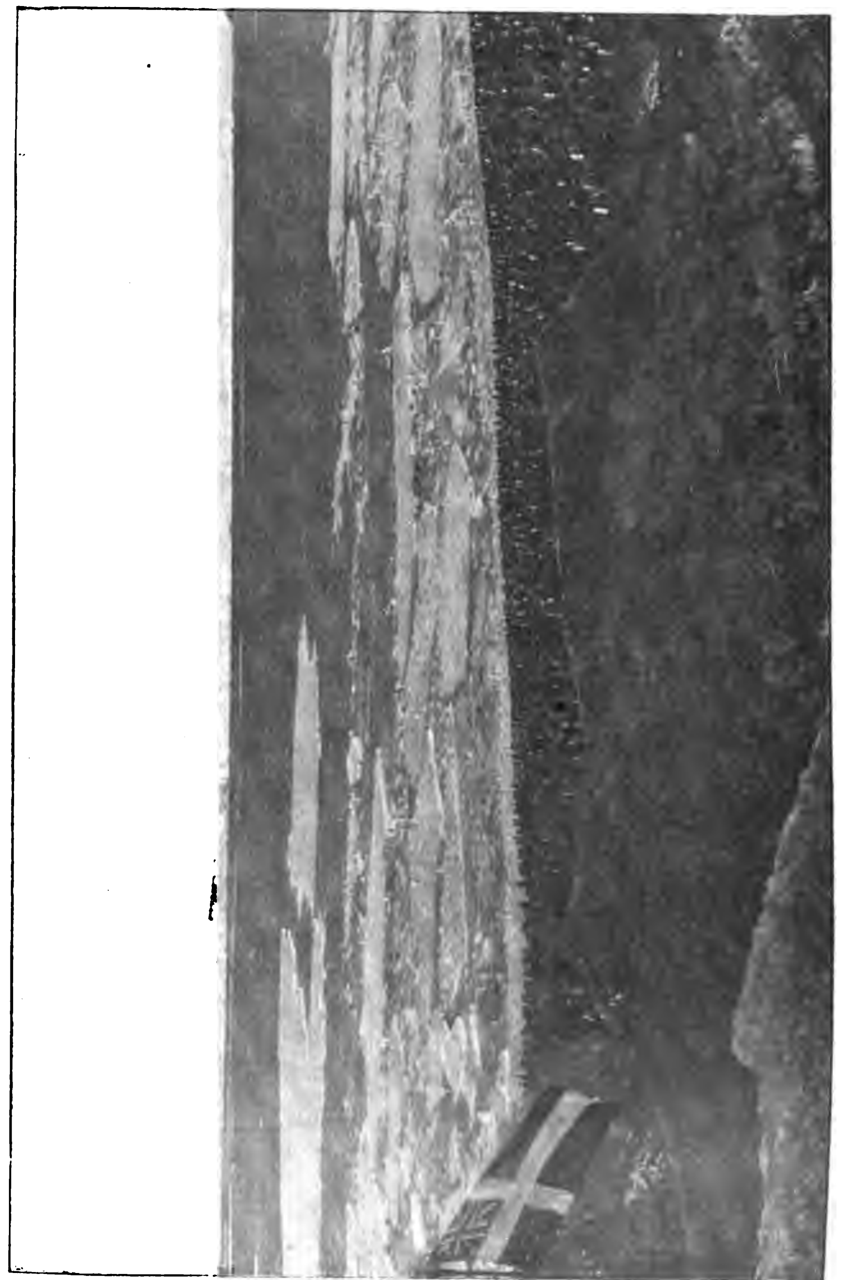
La tempestad y el oleaje aumentaron durante la noche y nuestro pequeño témpano de hielo se puso de través. Varamos el bote por el lado hundido, pero tuvimos que subirlo otra vez sobre el témpano, pues de lo contrario hubiera quedado aplastado como una cás-

cara de huevo, por las moles de hielo flotante en aquel mar tan agitado.

Al mediodía (1.º de noviembre) encontramos un témpano mejor y nos trasladamos seguidamente á él. Para tener algún abrigo colocamos el bote de costado al viento, que empezó después á amainar algo y se había cambiado al sur sudoeste. Por la mañana llegó más hielo del sur, el cual fué á pegarse á la orilla de nuestro témpano, considerándonos así más seguros que en el que habíamos dejado. El tiempo se había aclarado, y por la noche, al acostarnos en los sacos, reinaba bastante calma, pero hacía mucho frío. Tocó al botero la primera guardia, manifestándonos á las diez que el hielo empezaba á dispersarse. Todos nos pusimos en seguida de pie y dimos principio á los preparativos para continuar la marcha. Se varó el bote, presentándose tan poco hielo que pudimos remar hacia adelante. Hacía una luna preciosa y soplaba norte flojo, pero frío, y cuando conseguimos salir de entre aquellos pedazos de hielo arrastrados por la impulsión, con los cuales habíamos caminado unas cinco millas inglesas hacia el sur, tropezamos, no sin gran sorpresa nuestra, con hielo recientemente formado de media á dos pulgadas de grueso. Se nos hacía difícil salir adelante, pero teníamos que pasar remando un buen trayecto. El trabajo era pesado, mas con energía y paciencia se vencen la mayor parte de las dificultades en este mundo, así también conseguiríamos algo en la presente ocasión. No pudimos, sin embargo, llegar durante este día al depósito instalado en la montaña de Bransfield.

El lunes, 2 de noviembre, se nos presentó con brisa suave del norte y cielo despejado en la misma dirección.

Remábamos con todas nuestras fuerzas, pero, no obstante, íbamos muy despacio, á veces tan sólo palmo á palmo, porque el hielo estaba tan duro que se precisaba dar varios golpes con el remo para poderlo sumergir. Yo iba á proa abriendo camino, y resultaba un trabajo tan ímprobo, que me sobrevino una hemorragia nasal y me desmayé. Felizmente pasó pronto el trayecto peor. Era de todo punto indispensable que conservásemos todas nuestras fuerzas. Cuando llegamos á la isla más al norte de las dos situadas al lado izquierdo del estrecho, unas cinco millas inglesas del depósito, consideramos inútil seguir bogando por más tiempo. El hielo era más difícil de atravesar, apareciendo el estrecho, hasta el punto donde nuestra vista podía alcanzar, lleno de hielo menudo y porciones recientemente congeladas. Resolvimos, por lo tanto, hacer alto en algún lugar apropiado de la isla, pero esto era más fácil de decir que de hacer, porque el hielo se hallaba en continuo movimiento á consecuencia de la marea, y además, porque á lo largo de la orilla de la isla había muy poco fondo y estaba todo cubierto de piedras y rocas. Teníamos que poner mucho cuidado para no encallar, pues el hielo podría fácilmente volcar el bote y nuestra situación sería en tal caso desesperada. Después de grandes esfuerzos encontramos, por fin, ya muy adentro del estrecho que formaban las islas, un punto donde podíamos desembarcar. El hielo era llano y nos ofreció un excelente paso á tierra, siendo nuestro primer cuidado al llegar á ella poner la cafetera en el fuego y fortalecernos con una taza de café y unas cuantas galletas. Varamos el bote y nos recogimos, pues bien necesitábamos algún descanso después de diez horas de continuo y rudo trabajo y sin haber tomado ningún ali-



Choza invernal en la isla de Paulet, rodeada de pájaros bobos.

mento. Todo aquel estrecho formado por las islas estaba sembrado de rocas y probablemente era muy difícil atravesarlo en una embarcación.

Allá dentro, en la parte más cerrada del mismo, había aún hielo llano. Por el momento calmó el aire y disfrutamos de un sol espléndido. Nos tendimos en el bote para dar descanso á nuestros fatigados miembros, en espera de que nuestra comida—sopa de carne en conserva con un poco de verduras—estuviese lista, para acostarnos después en los sacos y disfrutar de fortaleciente sueño, del cual teníamos gran necesidad, pues estábamos completamente rendidos. Por lo que á mí respecta, puedo decir que en las tres últimas noches apenas si había cerrado los ojos. Ocupados en rudos trabajos y escasamente alimentados, teníamos el cuerpo dolorido como si nos hubieran dado una paliza; gracias á que mis acompañantes en este viaje eran muy vigorosos y resistentes, sin lo cual hubiera sido imposible soportar tantos esfuerzos. Los que quedaron en la isla de Paulet seguramente desconfiaban del éxito de nuestra tentativa cuando se desencadenó la fuerte tormenta del sudeste. Dependía también su propia situación del feliz término del viaje, pues era preciso ponernos en comunicación con nuestros restantes compañeros para el caso de que, si llegaba en nuestro auxilio el barco que esperábamos, tuviesen noticia de que una parte de la expedición se encontraba en la isla de Paulet. A las tres comimos nuestra sopa en conserva, y á todos nos pareció una verdadera delicia tomar una comida de «sabor civilizado». Después nos acostamos.

En la noche del 3 de noviembre, cuando á las dos me puse á observar, hacía viento noroeste y nubes lige-

ras poblaban el espacio. Luego que todos se hubieron levantado y bebido el café de la mañana, varamos el bote y á las cuatro nos pusimos en camino. Teníamos corriente favorable, así es que marchamos con rapidez, pues el hielo tampoco ofrecía grandes obstáculos. Mientras tanto el tiempo empezaba á presentar otro aspecto. Presentáronse las pequeñas y bien conocidas nubes blancas, de picos agudos, y consideré que tendríamos viento duro, pero, sin embargo, continuamos remando para ver si en el transcurso del día podíamos llegar al depósito. Después que pasamos al oeste de tierra, nos fué preciso atracar junto á una elevación poblada de pájaros bobos que se veía al norte del estrecho, porque el viento había aumentado en fuerza de tal modo, que no podíamos seguir adelante. Nos encontrábamos en la marea baja, y era muy difícil para seis hombres varar aquel bote tan pesado en la playa, pero después de muchos esfuerzos lo conseguimos.

Quedamos muy sorprendidos cuando vimos que los pájaros bobos incubaban huevos en gran cantidad, descubrimiento que nos pareció de suma utilidad. Tanto hervidos como fritos en grasa de foca estaban muy buenos, y después de haber tomado los que necesitábamos para nuestro consumo, reunimos importante provisión para llevarla á la estación invernal. Tuvimos también la suerte de encontrar una pareja de focas, y matamos acto continuo la hembra para proveernos de carne y grasa.

Estuve un par de veces en la cúspide de la montaña buscando petrificaciones, pero no conseguí encontrar ninguna. Reunimos infinidad de musgos y líquenes para Skottsberg. Después de haber atracado empezó á refrescar el viento, llegando á hacerse intenso y frío, y parecía

que continuaría así por algún tiempo. Hubiera sido, por lo tanto, conveniente tener un sitio seguro donde guarecernos, toda vez que, de continuar el mal tiempo sin resguardo alguno, era por demás desagradable. La tormenta aumentaba, y parecía que tanto al bote como á nosotros llegaría á arrojarnos al mar. Tuvimos que colgar piedras grandes á las bordas del bote, en particular al costado donde daba el viento, para poder sostener nuestra embarcación en tierra, y nos metimos luego en los sacos de dormir. Pero con la música que forma el graznido de los pájaros bobos y el ruido de la tormenta y del mar, de donde únicamente nos separaban cuarenta pies á lo sumo, no podía ser ni fácil ni agradable dormirse.

A pesar de la tormenta nos despertamos el 4 de noviembre sanos y alegres, y pasamos el tiempo haciendo café y comiendo huevos de pinguino, en espera de que terminase la tempestad. Nos atormentaba tener que permanecer de nuevo inactivos, pero era esto preferible á vagar por allí fuera entre los hielos flotantes. Al obscurecer se calmó el viento y tomó dirección más al oeste, resolviéndonos á las siete á continuar nuestra ruta. Marchábamos con rapidez, pero no pudimos emplear la vela todo el tiempo, pues se nos volvió por completo viento de proa y tuvimos que quitarla. Ibamos adelante á pesar de todo. En aquel trayecto, á lo largo del hielo, había poco fondo, quedando en las mareas bajas la playa descubierta con una porción de rocas grandes y pequeñas. A las diez y media de la noche nos hallábamos dentro de las masas de hielo que había junto al depósito, pero durante la marea baja era imposible atracar. Como no se veía playa alguna, sino únicamente el borde del hielo, teníamos que esperar la marea alta.

Entre tanto atamos el bote y dejamos en él dos hombres de guardia, yendo los otros á tierra para ver en qué estado se encontraba el depósito, etc. Hallamos á poco una choza de piedra y un palo enhiesto con una tablilla en la cual se decía que J. G. Andersson, Duse y Grunden habían invernado allí desde el 11 de marzo hasta el 28 de septiembre de 1903; al pie había una botella que contenía varios manuscritos y un plano acerca de la ruta que habían tomado los invernantes. En su primer viaje habían tenido que volverse por encontrar obstáculos invencibles, y ahora habían emprendido nueva marcha para llegar á Snow-Hill.

En los manuscritos de Andersson se decía, entre otras cosas, que habían dejado un barril y varias cajas llenas de fósiles. Otra nota de Andersson, en inglés, estaba dirigida al capitán del buque que casualmente pudiese llegar por allí, para que lo guardase todo y cuidase de remitirlo á Suecia. Mencionaba también la sospecha de que el «Antártico» había naufragado en la costa de la isla de Joinville, y rogaba al capitán del buque, que explorase las islas que se encontraban al este de la ya mencionada.

Había, por lo tanto, pensado en nosotros, y nosotros á nuestra vez esperábamos que el segundo viaje de éste y sus compañeros á Snow-Hill se habría visto coronado por el éxito. Teníamos, sin embargo, cierta inquietud por ellos, pues se habían puesto tarde en camino. Tomamos una parte del hule viejo, que necesitábamos para cubrir el bote, y el resto lo extendimos nuevamente sobre aquellas excelentes colecciones. También tomamos uno de los listones que habían servido para sostener el techo de la cabaña. Teníamos idea de emplearlo como palo del

bote, y aunque no era tan sólido como hubiéramos deseado, creíamos que, sin embargo, siempre resistiría un pequeño trayecto.

El jueves, 5 de noviembre, al varar á las cinco de la mañana el bote en tierra soplaba viento oeste, y empezamos los preparativos para seguir el viaje con dirección al sur. En la misma botella donde habíamos encontrado los manuscritos de Andersson, dejamos una comunicación extendida en noruego é inglés, dando á conocer que teníamos idea de dirigirnos á la bahía de Sydney Herbert para buscar á Andersson y sus compañeros, añadiendo que la tripulación del «Antártico» se hallaba en la isla de Paulet.

Hicimos acopio de huevos y arreglamos el palo del bote, pero no pudimos ponernos en camino por la tormenta, que iba en aumento y duró toda la noche, sin que empezase á amainar algo hasta las cuatro de la madrugada del viernes. Todo lo dejamos listo, pero apenas nos preparamos para echar el bote al agua tomó la tormenta nueva fuerza, viéndonos privados también por este día de emprender la marcha.

Por fin, en la madrugada del sábado 7 de noviembre tuvimos tiempo tranquilo y despejado, y á las cuatro y veinte nos pusimos en camino y estuvimos bogando todo el día en dirección á la bahía de Sydney Herbert. Solamente encontramos alguno que otro pedazo de hielo. El buen tiempo duró toda la noche y el viaje continuó felizmente, pero en el momento que pasamos el cabo Gage y llegamos al estrecho del Almirantazgo, tropezamos con un obstáculo que no podíamos forzar con el bote. El hielo estaba extendido en línea recta á través del caos de la isla de Cockburn y cabo de Sey-

mour y dentro de todo el estrecho. A las dos de la madrugada varamos el bote y nos acostamos. Bien lo necesitábamos, por cuanto no habíamos dejado los remos desde el sábado por la mañana temprano. A las once de la mañana nos levantamos y tomamos la comida, compuesta de café y albondiguillas de pescado, pues debíamos permitirnos algún extraordinario estando ya tan cerca del término de nuestro viaje. Nos separaban solamente unas doce ó quince millas de la estación de invierno hacia la cual nos dirigimos los seis andando á las tres de la tarde. Fué una marcha penosa y molesta, porque la nieve era floja y con frecuencia nos hundíamos hasta las rodillas. A las diez de la noche llegamos á la playa contigua á la estación, siendo el primero en recibirnos Bodman, que lleno de júbilo, gritó: «¡Larsen, Larsen!», y lanzó un hurra, saliendo todos apresuradamente de la vivienda. Puede el lector formarse una idea de la inmensa alegría que experimentamos todos, aumentando la nuestra cuando los compañeros de la estación nos refirieron que había un buque argentino anclado allí cerca y que estaríamos de regreso en nuestras casas para Navidad. Llenos de regocijo por noticias tan inesperadas, pensamos cuán contentos se pondrían también nuestros compañeros de la isla de Paulet, cuando, con los argentinos, llegásemos en su busca. Una de las mayores satisfacciones que experimentamos fué encontrar allí á J. G. Andersson, Duse y Grunden, tan gallardos y bien conservados, después de las vicisitudes pasadas. Naturalmente nos cruzamos infinidad de preguntas y las noticias que, en la alegría de volvernos á ver, tuvimos que darnos por una y otra parte, después de haber estado tanto tiempo separados, fueron innumera-

bles y curiosas. Por los argentinos supimos que había sido enviada en el «Frithiof» una expedición sueca en nuestro auxilio, etc., etc. No nos hizo menos impresión poder de nuevo saborear con el café pastas blandas y frescas, que constituían para nosotros un refinamiento inaudito.

Ya bien tarde nos fuímos á descansar; cediéronme la litera de Sobral, que era bastante mejor que los «dormitorios» que habíamos improvisado en el bote durante la última semana de travesía.

Muy temprano á la mañana siguiente, 9 de noviembre, empezó el transporte de los objetos de la estación de invierno al buque argentino. Se cargaron los trineos de los perros, que marchaban por el hielo tan deprisa que casi no podíamos seguirlos. Iban nueve perros entre los dos trineos. Causaba admiración ver de qué modo arrastraban los pobres animales cargas tan pesadas. El doctor Andersson y yo fuímos con el primer bote á bordo, donde, tanto el capitán Irizar como todos sus oficiales, me hicieron el más cordial recibimiento. No hubo necesidad de presentación alguna, pues el capitán Irizar dijo en seguida que yo era Larsen y me abrazó. Resultaban verdaderamente gratas para nosotros las distinciones de que fuímos objeto por parte de aquellos dignos representantes de una nación extranjera.

Emprendimos un viaje de índole bien distinta á los recientes, cuando al día siguiente pusimos rumbo de vuelta á la isla de Paulet. Como ya ha sido descrito por el doctor Nordenskjöld, no tengo necesidad de referirlo.

CAPITULO XXX (*)

¡Norte querido, yo te saludo!



LLEGÓ la primavera. El sol anima y calienta inusitadamente, y la nieve, al disolverse en los altozanos, afluye en corrientes á la llanura, donde los pájaros bobos cacarean y rebullen apiñados. De entre aquella numerosa colonia escápase un chirrido que nunca para, dominado de vez en cuando por los desagradables graznidos de alguna pelea. Salimos de nuestra vivienda y pasamos fuera los días enteros, satisfechos y alegres. El tiempo triste ha pasado, y la primavera, que era nuestra esperanza, ha llegado ya. Dejemos transcurrir un poco más, seguramente veremos elevarse alguna vela allá lejos en el horizonte, y entonces...

De todas maneras tendremos que esperar un par de meses, pues estamos todavía á principios de noviembre y nada aguardamos hasta Navidad ó Año Nuevo. ¿Pero

(*) **Escrito por C. Skottsberg.**

eso qué importa? Hay abundancia de focas y los pájaros bobos no se concluyen nunca. Además, pronto llegará el tiempo de los huevos. ¡Ya hemos hablado de ellos tantas veces!

Nos hallamos en la mañana del 6 de noviembre. Oigo un ruido á mi alrededor, separo los harapos, miro y... allí está Duus, en medio de la entrada, con la gorra llena de huevos de pájaro bobo, grandes, redondos, blancos. ¡Cómo gritamos y nos alegramos todos! Ya tenemos un gallinero donde no hay más que llegar y llenar. Pero no debíamos pensar únicamente en el día, pues un par de semanas después ya no quedarían más huevos frescos, y era necesario procurarse una pequeña provisión para los meses más próximos. Precisamente aquella región era muy á propósito para conservarlos largo tiempo, sin ninguna preparación especial.

Provistos de baldes rompimos la marcha hacia el campo de batalla. Sin guerra no hay victoria, y recibimos golpes y más golpes, pues los pájaros bobos, aunque son pequeños, dan fuertes picotazos, quedándonos las piernas doloridas al terminar el trabajo del día.

¡Oh! ¡cómo nos despachamos hasta hartarnos! Huevos fritos, huevos hervidos, huevos crudos, huevos en la sopa, en el café, en el té. Yo soy parco por naturaleza, y no pude nunca pasar de veinte cada día, pero sé que uno de los marineros llegó á comerse treinta y seis huevos.

Trepamos al cerro para observar las inmediaciones. Continúa el camino abierto para un buque, pero no vemos nada, ni tampoco vestigio alguno del bote que se marchó hace una semana. Hemos estado y estamos todavía con cuidado por la suerte de nuestros compañeros,

pues tuvieron mal tiempo los primeros días; pero esperamos que ya estarán sanos y salvos en el punto de destino.

Día 10 de noviembre.—Estamos acostados y nos volvemos de uno al otro lado en los sacos, contentos del resultado del día, pues tenemos ya unos seis mil huevos. Resultaba delicioso tener cubiertas nuestras necesidades. ¿Cuántos de mis lectores no sabrán quizás por experiencia lo que significa pasar verdadero frío, estar casi siempre á obscuras y sufrir hambre semana tras semana? Pero crean sinceramente que se experimenta una gran satisfacción, cuando, sin tener que pensar en economías, se puede otra vez comer todo cuanto se quiere.

La conversación se refiere esta noche, como otras muchas, al auxilio que pueda llegarnos, y hablamos ahora de ello con toda formalidad. Y de repente tuvo uno, no recuerdo con seguridad quién, una idea curiosa. Nos preguntó: «¿Qué harían ustedes si en medio de la noche llegase un buque y pitase ahí, en el estrecho, sin que nadie lo esperara?» Vaya una pregunta. Seguramente nos volveríamos locos de alegría; pero teníamos tiempo para prepararnos á esperar el barco, pensábamos todos. ¿Quién podría en aquel momento sospechar que aquella misma noche experimentaríamos semejante sorpresa?

Yo no dormí del todo tranquilo aquella noche. Poco antes de las cuatro me levanté y me deslicé hacia la puerta. Reinaba un silencio de muerte allí fuera, el mar estaba como un espejo. Como siempre se dirigieron mis miradas al horizonte, pero nada se veía. ¿Y por qué había de encontrarse allí algo? Suspirando cerré la puerta, me fuí para dentro, me metí en el saco y procuré coger el sueño.

¿Pero qué es lo que pasa? ¡Se oye un sonido... un sonido bien conocido, pero inconcebible en estos parajes! ¡Quiá! debo estar soñando... Se repite una y otra vez... es el barco, no puede ser otra cosa... el barco está aquí! ¡Fuera del saco! Les aplico un par de pellizcos á mis vecinos... ¡pero no oís que está ahí el barco, el barco, el barco! ¡Hurra! un barco, repiten todos con gritos ensordecedores, extendiendo los brazos al aire y despertando con el ruido á todos los pájaros bobos de las cercanías, que empiezan á hacernos coro con sus cacareos. El gato corre espantado por la lóbrega estancia, y pronto salimos todos á la pendiente, á medio vestir y con miedo de mirar. ¡Hurra! ahí está, apenas nos atrevemos á dar crédito á nuestros ojos, pero debe ser verdad, llegaremos á casa, á casa para Navidad. ¡Ah, qué alegría! Plantamos un remo con la bandera amarilla y azul en un montón de nieve junto á la cabaña, he ahí un pedazo de Escandinavia, que pronto se unirá á la patria.

¡Un buque de verdad aquí entre los hielos... nueva sorpresa! ¡De guerra y nacionalidad argentina... es casi incomprensible!

Sin respirar apenas á causa de la impresión, nos estacionamos sobre el hielo de la playa. No me quito los gemelos de los ojos; ya se acerca el primer bote. Por momentos voy distinguiendo mejor á mis compañeros. Allí está Jon, Gunnar, K. A. Andersson... ¿y no es Duse el que se ve á proa? Saltan á tierra, el júbilo es indescriptible, las preguntas y respuestas se suceden sin interrupción. Karl Andreas me obsequia con una copita de licor, Bodman con unos terrones de azúcar, Duse me da un pedacito de chocolate y un cigarrillo. Es mi primer banquete.



Los primeros huevos.

Pronto queda la choza llena de provisiones, se cierra la puerta y transpongo su umbral por última vez.

Estoy por fin embarcado... apenas puedo concebirlo... Lentamente vamos hacia fuera, nos separamos de la isla, cuyo negro picacho se eleva tan amenazador como siempre. No puedo quitar la vista de él. Naturalmente no era para afligirme aquel espectáculo, pero, sin embargo, sentía cierta tristeza y melancolía al ver desaparecer la isla de Paulet tras los hielos, quizá para siempre. ¡Había sido mi casa durante tiempos penosos!

CAPITULO XXXI (*)

Nuestro regreso en el «Uruguay»

Visita á la bahía de la Esperanza.—Expedición de socorro argentina.—Arribo á la isla de los Estados y á Santa Cruz.—Otra vez en el Río de la Plata.



Antes que de modo irrevocable dejásemos las regiones antárticas, teníamos otro asunto de interés que arreglar. En la estación de invierno de la bahía de la Esperanza guardaba Andersson una importante colección de plantas fósiles y otras muestras geológicas, fruto todo de un largo y penoso trabajo. Felizmente, la expedición argentina consideró de su incumbencia, no sólo salvarnos á nosotros, sino también todas nuestras colecciones, y en atención á ello atravesaba ahora el «Uruguay» nuevamente el estrecho del «Antártico». Con un tiempo magnífico pasamos á lo largo de la isla Dundée. Una vez más pudimos contemplar esta región, que la fuerza de la costumbre nos había hecho, sino precisamente amable, cuando menos identificada con una parte de nuestra

(*) **Este capítulo y el siguiente están escritos por Nordenskjöld.**

propia existencia. Entramos en el estrecho navegando junto á las islas que, en memoria de nuestros salvadores, les he puesto nombres argentinos: isla Irizar é isla Uruguay, y pasamos finalmente ante el golfo que representa mi primer recuerdo de la costa este del país.

El tiempo se tornó amenazador, y deseando el capitán del buque salir á mar libre tan pronto como fuese posible, únicamente J. G. Andersson y yo fuimos á tierra. Allí estaba la ya derruída choza de Gunnar y sus compañeros. Después de haber desaparecido el techo y el muro interior, apenas si se veía más que un simple montón de piedras; pero, aun en su estado actual, atestiguaba para el porvenir lo que el hombre había realizado en aquel rincón de la tierra. Millares de pájaros bobos chillaban y se revolvían allá arriba, probablemente celebrando con júbilo nuestra ausencia, que les hacía nuevamente dueños y señores de la región.

Las colecciones, que estaban ya empaquetadas, fueron pronto conducidas á la playa. Mientras el bote volvió á bordo con ellas y yo subí á la cumbre del cerro, empezaron Andersson y Grunden á remover con cuidado un lugar cubierto de nieve, bajo la cual había enterrados varios fardos grandes. La operación era difícil y no pudo terminarse. El tiempo convenido había pasado y tuvimos que volver al barco sin haber conseguido recuperar esta parte de las colecciones.

Ya se hacía de noche cuando saltamos otra vez sobre la cubierta del buque. Por fin, habíamos concluído el trabajo de dos años en las regiones del hielo y los tres días y medio de continua actividad que ponían fin memorable á este período.

Ahora podemos entregarnos todos con tranquilidad

Observatorio argentino en la isla de Año Nuevo.

al descanso hasta que llegue el momento de volver otra vez á la vida activa.

Podría dar término aquí al relato de nuestra expedición, pero como marco al cuadro, tal vez no estén desprovistas de interés nuestras impresiones del período que ahora sigue, de transición, si puede así denominarse una época tan distinta á la anterior, que apenas si hay con ella algún punto de comparación.

Es natural que nosotros deseábamos vivamente obtener toda clase de explicaciones acerca de la expedición sueca que había ido también en nuestro auxilio. Antes de dejar el «Antártico» por última vez las regiones habitadas, había enviado G. Gunnar Andersson á Suecia y al Consulado General en Buenos Aires, una comunicación dando á conocer los planes de la expedición é indicando que, si para el primero de mayo de 1903 no se había recibido noticia alguna de la misma, debía considerarse que había ocurrido un contratiempo. A consecuencia de esto y merced á los trabajos llevados á cabo por los profesores Nathorst, De Geer, Kolthoff, Dr. G. Andersson, ingeniero Lagelius y por mis propios parientes, el gobierno sueco presentó un proyecto, que una vez aprobado, ayudó á los gastos de la expedición, para la cual también se reunieron muchos donativos particulares. Aunque no fué ésta la expedición que nos salvó, no olvidaremos nunca por eso, ni yo ni mis acompañantes, la deuda de profundo agradecimiento que tenemos con todos los que contribuyeron á tan generosa idea.

Independiente de esta tentativa, el ilustre hombre de ciencia F. P. Moreno presentó en la Argentina un proyecto para que saliese de allí otra expedición, que también llegó á realizarse gracias á la influencia del ministro

de Marina, don Onofre Betbeder. Primeramente tuvieron idea de comprar en Noruega ó Escocia uno de los barcos especiales para los mares de hielo, pero no encontrando, en época tan avanzada, ninguno aceptable, resolvieron reparar para esta empresa el viejo cañonero «Uruguay». Semejante barco de hierro no era el más á propósito para navegar por los mares de hielo y forzar una capa de mediano grosor, pero nada de lo que podía conseguirse por dinero dejó de llevarse á cabo, y para decir verdad, después de la reparación, no había quedado casi nada de aquel barco viejo, en el cual, en noviembre de 1895, hice el viaje de Buenos Aires á la Tierra del Fuego. Como prueba innegable de la diferencia que existe cada año en el estado de los hielos del Sur—apenas sensible en los mares del Norte,—podemos consignar para el porvenir la notable experiencia de que, la misma región donde un año antes y durante las épocas de verano más á propósito, un barco como el «Antártico» había sido destrozado por el hielo, pudo cruzarla el «Uruguay» á principios del mes que en el hemisferio norte corresponde al de mayo, sin que la más mínima capa de hielo lo impidiese. Y sospecho que le hubiera sido posible avanzar hacia el sur un buen trecho más á lo largo de la costa.

Como jefe de la expedición fué llamado á su país el por entonces enviado naval en Inglaterra don Juan Irizar, oficial de la armada. Antes de emprender la vuelta hizo un viaje por Suecia y Noruega para aconsejarse de los exploradores polares de dichos países. El segundo era el capitán Hermelo, los demás oficiales los tenientes Jalour y Fliess, y como representante de Chile, el teniente Chandla Bannar. De médico iba el doctor Garro-

chategui, y como maquinistas don J. Bertodano y don G. Carminatti. La parté principal de la habilitación se procuró en Inglaterra, varias casas argentinas hicieron también importantes donativos, y trabajando sin tregua, quedaron listos para ponerse en camino hacia el mes de octubre. Por nuestra parte pudimos observar de un modo bien palpable que el equipo era abundante y de calidad superior.

Según convenio las expediciones sueca y argentina debían proceder de acuerdo, y con tal objeto esperaría la última á la primera en Ushuaia cuando menos hasta el 1.º de noviembre. Pero el buque sueco «Frithiof» se retrasó tanto en su viaje, que el 26 de octubre, día en que se remitieron los últimos telegramas de Punta Arenas á Ushuaia, no había llegado noticia alguna acerca del punto en que se encontraba, y como además el tiempo era favorable, no se consideró el capitán Irizar obligado á esperar más del tiempo convenido, lo cual era muy natural, si se tiene en cuenta la incertidumbre que abrigaban respecto á nuestra suerte y que había dado lugar á esta expedición. El excelente estado de los hielos, que no esperábamos, y más aun la oportuna llegada de Larsen el mismo día del arribo del «Uruguay» á nuestra estación, habían dado ocasión al capitán Irizar para diez días después de la salida de Ushuaia, tenernos á todos reunidos sobre cubierta de su buque.

Como era natural, tanto Irizar como sus compañeros podían mostrarse satisfechos por el feliz resultado de su empresa, y al hablar de esto debo hacer también presente la especial benevolencia con que se nos había recibido á bordo. Tenían preparados para todos nosotros trajes completos de invierno y todo lo que pudimos ne-

cesitar nos fué entregado de los equipos particulares de la oficialidad. Ya he dicho anteriormente que todos sacrificaron su comodidad por nosotros, nada omitieron de lo que pudiera hacer nuestra permanencia á bordo tan agradable como fuese posible, y con vivo reconocimiento puedo afirmar, que no he sido objeto nunca de mayor amabilidad y complacencia. Sin contar con que los recursos de á bordo èran mayores de los que una expedición de auxilio puede en general ofrecer, me atrevo á asegurar que ninguna otra semejante había conseguido en más alto grado hacernos creer que efectuábamos nuestro viaje de retorno en nuestro propio buque.



Andrea Karlsen.
Primer maquinista del «Antártico.»

Una cuestión importante, que seguidamente debía decidirse, era el rumbo que tendríamos que tomar. Según las órdenes que llevaba la expedición, debía también, si era posible, tocar á su regreso en Ushuaia. Para nosotros no tenía tal escala ningún interés especial. Si hubiésemos poseído alguna noticia, bien particularmente ó por conducto de las autoridades acerca de los planes de la expedición sueca, habríamos sabido si existía posibilidad de encontrarnos allí con ella. De momento considerábamos lo más importante llegar tan pronto como fuese posible á un punto donde hubiera estación telegráfica para comunicar nuestro salvamento á los parientes y á la expedición sueca.

Además, era también sumamente necesario para nosotros visitar el observatorio argentino de la isla de Año Nuevo con el fin de comparar nuestros instrumentos magnéticos con los que allí había instalados. Sin hacer este cotejo podía temerse que las observaciones que á costa de grandes sacrificios habíamos llevado á efecto perderían su valor, tanto más, cuanto que nosotros, por motivos que ya he dado á conocer antes, no recogimos el fruto de la visita al observatorio antes de efectuar el viaje hacia el sur.

Como el capitán Irizar también tenía vivos deseos de llegar á una estación telegráfica lo más pronto posible, en vez de entregarnos á las inseguras comunicaciones de Ushuaia, determinamos que, después de una ligera visita á la isla de Año Nuevo, nos dirigiríamos seguidamente á Santa Cruz, puerto de fácil acceso.

Habíamos pasado las islas Shetland del Sur y con éstas dejamos por fin las regiones antárticas tras de nosotros, pero aun nos perseguía el tiempo tempestuoso con el cual habíamos luchado tantas veces allá abajo. Nunca he viajado en ningún vapor tan propicio á moverse como el «Uruguay», y en un principio existía motivo para ello, porque había tempestad casi continua, con fuerte oleaje. Se comprenderá la violencia de la tormenta recordando que, tanto el palo mayor como el mastelero de proa se rompieron una noche, teniendo que cortar los marineros una buena parte de la cabuyería, á consecuencia de lo cual, parecía el «Uruguay» más bien un buque averiado que un soberbio vapor de expedición.

La navegación se hizo tan lenta en atención á todo esto, que hasta el 18 de noviembre no pudimos alcanzar las islas de los Estados. Bodman y Sobral saltaron á

tierra en la isla de Año Nuevo, mientras los demás continuamos con el buque hacia la isla principal, donde pensábamos buscar un punto á propósito para anclar en la ría de Cook y volver luego por los que habíamos dejado en tierra.

Aquí empezaban ya las separaciones pues dejaríamos los perros en la isla de Año Nuevo. Nos sentíamos satisfechos conduciéndolos embarcados en el «Uruguay», toda vez que hubiera resultado cruel tenerlos que matar en el último momento, cuando tan fielmente habían trabajado en nuestro servicio. Aunque nosotros los cedíamos al Estado Argentino, se consideró más conveniente dejarlos en el mencionado punto y tenerlos allí á mano para futuras expediciones. Según he sabido después, se llevó consigo alguno de ellos el Dr. Charcot durante su último viaje.

Como ya he dicho, no desembarqué en la isla de Año Nuevo, pues tan pronto como Bodman y Sobral volvieron, nos fuímos á la isla principal. No tardamos mucho en marcharnos de allí, pero la mayor parte de nosotros ya nos habíamos apresurado á aprovechar la oportunidad de poner los pies otra vez en tierra firme.

Nunca olvidaré la impresión que el hielo y la soledad de las regiones antárticas me causaron cuando por primera vez arribé á ellas cuatro días después de mi salida del sitio donde ahora nos encontramos. En estos momentos se repetía la tal impresión, pero en sentido contrario. La ría de Cook presenta soberbio aspecto con sus escarpadas montañas cubiertas de bosques por ambos lados, y sus altos picos de forma atrevida, sobre los cuales se ven aquí y allá algunas manchas de nieve. Una lengua de tierra, estrecha y baja, la separa de la bahía de Vancou-

ver, que se introduce por el lado sur. No quiero aquí referirme á los anteriores visitantes, que han presentado este lugar como un desierto por su soledad salvaje, pues tales descripciones son seguramente muy exageradas. Pero ello ofrece una prueba evidente de esta verdad: «todo es según cómo se mira,» y esto ocurría quizás también con la impresión que á mí me había causado.

El día era lluvioso, y continuábamos empleando las mismas ropas de abrigo que cuando atravesamos el estrecho del Dragón. Con el mar ligeramente agitado, atracamos junto á una pequeña playa llena de piedras sueltas de colores, y aun encontrándola poco distinta de las que en general habíamos hallado en las regiones del Polo Sur, todo lo olvidé por el indescriptible placer de volver á ver, después de tanto tiempo, el verde color de las hierbas. ¿Y allá en medio de las piedras, qué será lo que hay? Una flor, pequeña é insignificante... pero ¡qué infinidad de sentimientos hace, sin embargo, despertar en mí! Continúo hacia el interior, encaminándome primero bajo una espesa bóveda de florecientes hayas, y desciendo después á un valle donde los árboles son más altos. ¡Qué preciosidad y qué verdor y riqueza poseen esos árboles, comparándolos con los casi invisibles líquenes, que durante tanto tiempo han representado para nosotros todo el mundo vegetal! Y al ver algunos agracejos adornados con sus flores encarnadas, tan parecidas á una campana, me creo trasladado de pronto á un verdadero paraíso. Vuelan insectos por el aire, y entre ellos también algunas mariposas grandes, de color amarillo; bandadas de pajarillos salen de los árboles á mi alrededor. Apenas puedo ir adelante, pues el sol, aunque no quema con ese ardor vigoroso que alguna vez se observa en el Sur

55°

54°

63°

BRA

Fitzroy

Isla Etna

Cabo Moody

Islas Danger

Islas Darwin.

Isla de Pend

RLEAN

umar

66°

ofundidad en metros.

54°

Llegada del «Uruguay» al puerto de Buenos Aires.

cubierto de hielo, despide un calor húmedo y sofocante que no es propio de aquellas latitudes. Parece como si se entrase en un invernadero, pero el bosque que allí hay no es ninguna vegetación de invernadero, sino la verdadera naturaleza con todas sus riquezas, y si la impresión que me causó he de compararla con alguna otra, debe ser con la que experimenté al contemplar por primera vez, en las costas del Brasil, los bosques de los trópicos.

Pero no llama la atención por mucho tiempo, toda vez que se trata de una región en cierto modo parecida á las que habíamos visto antes del viaje. Pronto, á pesar del calor, subimos á los riscos que hay por allí, y cuando llegué á una de las pequeñas manchas de nieve, percibí un fresco ciertamente agradable, pero que me recordó al mismo tiempo que, una semana antes, la nieve y el hielo reinaban en absoluto sobre toda la región donde nos encontrábamos. Por la noche volvimos al buque; pero debiendo terminar un trabajo que habían empezado á bordo, tardamos un día más en hacernos á la mar y tropezar con la tormenta. Así tuvimos ocasión de desembarcar otra vez más. El viento había refrescado y caían de vez en cuando ligeros chubascos; pero esto no me impedía estudiar bajo distintos aspectos la conformación geológica tan interesante del país. Al obscurecer se tornó un tiempo tan malo, que me vi obligado á pasar la noche en tierra.

Después de haber tomado á bordo á los tripulantes que dejamos en la isla de Año Nuevo, salimos el día 20 bien temprano, otra vez en dirección al norte, y el 22 por la tarde empezamos á subir el río de Santa Cruz. De nuevo estamos á punto de dar uno de esos pasos de

gigante, que nos convertiría á nosotros, los primeros habitantes de la parte oeste del Antártico, en simples representantes de la civilización de esas regiones. Aquel río caudaloso, en cuya ribera se levantan edificios verdaderos, un grupo de casas, una *estancia* argentina, constituye ya algo nuevo para nosotros. En el monte, cubierto de vegetación, está pastando un rebaño de corderos, y allá á lo lejos se ve avanzar un jinete. ¡Qué extraño nos parece ahora todo esto! Poco á poco empieza á presentarse una línea de casas en el horizonte, que contemplamos extasiados con los gemelos. Era la primera población que íbamos á visitar. Nuestras miradas cambian repentinamente de dirección: vemos por primera vez, después de dos años, una mujer.

Nada de esto era, sin embargo, lo que nos había llevado allí. Nos hallamos en el momento solemne de dar á conocer al mundo lo que hemos hecho y participar á nuestros más próximos parientes, que al fin estamos en camino de casa. Tenía yo terminado un relato sucinto, con el fin de remitirlo telegráficamente á S. M. el Rey, y además otros telegramas destinados al Presidente de la República Argentina y Ministro de Marina, así como para el Cónsul general en Buenos Aires. Casi todos nosotros habíamos escrito separadamente un lacónico saludo telegráfico á los parientes más cercanos del norte. Pero no éramos nosotros los únicos que deseábamos hacer uso del telégrafo. El jefe del «Uruguay» había escrito una extensa información, que sería igualmente enviada de ese modo; los oficiales, que habían aceptado el cargo de corresponsales de los periódicos argentinos, remitieron largos artículos, y un ciento de telegramas particulares, de la oficialidad y tripulación, para sus pa-

rientes y amigos, estaban también listos para dejarlos en la estación. Yo no me di tiempo siquiera para comer, sino que, inmediatamente, en compañía de uno de los oficiales, me marché en el primer bote á tierra. Multitud de gente nos esperaba en la playa, demostrando su admiración, haciendo preguntas y experimentando inmenso júbilo, cuando se enteró del éxito conseguido por la expedición auxiliar que había sido formada en su país.

Partimos rápidamente para la estación telegráfica, siendo preciso buen espacio de tiempo para examinar y ordenar todos los telegramas, pero antes de salir de allí ya habían tenido lugar de extenderse las primeras noticias por todo el globo, haciendo mención, no sólo de nuestras aventuras extraordinarias, sino también de que la costa norte y este de la parte ceste del Antártico, hasta el círculo polar, había sido explorada, tanto geográficamente como en todo lo referente á su naturaleza.

Permanecimos en Santa Cruz una buena parte del día siguiente para procurarnos toda clase de ropas y otros artículos indispensables. Además aprovechamos la ocasión para tomar en tierra nuestra primera «comida civilizada», cuyo plato más importante fué un frito de cordero con patatas frescas. Tuvimos que detenernos allí para esperar cuantas contestaciones fuera posible á los telegramas que habíamos expedido. Desde Suecia no había tiempo que llegase noticia alguna, pero recibimos felicitación telegráfica del presidente Roca por nuestro salvamento y desembarque en tierra argentina. Nada se sabía en Santa Cruz sobre la expedición sueca, pero al capitán Irizar le decían en uno de los telegramas que recibió, que un par de días antes había salido de Punta Arenas, y por lo tanto no podía alcanzarle ningún tele-

grama. Estábamos muy lejos de esperar semejante noticia, porque siempre habíamos creído que la expedición sueca, después de habernos encontrado, dedicaría algunos meses á exploraciones científicas en el Antártico, y en ese caso había varios de nosotros dispuestos á acompañarla.

Aumentando el calor y mejorando el tiempo más y más, efectuamos rápidamente el viaje de Santa Cruz



Santa Cruz.

hacia el norte. Todo el trayecto lo empleamos exclusivamente en escribir cartas, estando completamente ocupados todos los sitios de la mesa donde podía colocarse un tintero. El capitán había indicado el 1.º de diciembre como día de nuestro arribo á Buenos Aires, si alguna dificultad, ocasionada por el tiempo reinante, no llegaba á impedirlo. El día 30 de noviembre por la mañana, bajo un sofocante calor tropical, que se sentía con igual fuerza por mucho que procurásemos ponernos ropas ligeras, entramos en la caudalosa corriente ama-

rillenta del río de La Plata. El «Uruguay» ancló en una bahía escondida, pues para el recibimiento se hacían precisos algunos trabajos, tales como limpiar y pintar el barco, y allí podían ejecutarse sin temor de que fuesen interrumpidos por el oleaje.

CAPITULO XXXII

De Buenos Aires á Suecia

Recibimiento en Buenos Aires.—Viaje en el «Tijuca» á través del Océano.—En casa.



A bordo del «Uruguay.»

La expedición al Polo Sur había terminado. Bajo un calor tropical, en una región donde pululan millones de hombres, pues se considera casi como la parte más poblada del hemisferio sur, esperábamos los acontecimientos. Acercábase para nosotros un momento de verdadera emoción. Se recordará que las últimas noticias que habíamos recibido de nuestro país eran de año y medio atrás, y podían haber ocurrido muchas cosas durante tan largo tiempo. ¿Qué se diría por el mundo de nosotros y de nuestra empresa? Habíamos obtenido un resultado quizás superior á lo que al empezar nuestro viaje esperábamos, y nuestra conciencia nos decía que en las actuales circunstancias considerábamos cumplido nuestro deber. Tropezamos en nuestra expedición con dificultades excepcionales y la buena suerte no nos ayudó lo

debido; así hay que tener en cuenta que la palabra «contrariedad» ha hecho muchas veces olvidar á la opinión el resultado y juzgar torcidamente al que no le acompañara la fortuna.

Escondidos en la bahía estábamos trabajando con ardor cuando, hacia el mediodía, vimos en el horizonte dos columnas de humo que se acercaban rápidamente. Pronto pudimos distinguir dos embarcaciones de la flota argentina, «Andes» y «Gaviota», que se ocupan generalmente en trabajos hidrográficos en el río de La Plata. Navegan directamente hacia nosotros y dan la vuelta al «Uruguay», tocando la música y saludando con las banderas. Acto continuo caen los botes al mar y poco después se reunen en la cubierta del «Uruguay» infinidad de oficiales de marina de diversa graduación. Se oyen cordiales felicitaciones por todas partes, y nos entregan el correo que esperábamos con verdadera impaciencia. Lo habían remitido desde el consulado, aunque era muy insignificante, pues todo lo allí retenido había sido entregado unos días antes al «Frithiof», pero venía lo más importante, los telegramas. Uno era de mi madre, todo marchaba bien; otro de Su Majestad el Rey, muy afectuoso; llegaban, en fin, felicitaciones de los protectores de la expedición y de varios amigos particulares. Muchos no recibieron telegrama alguno, pero, á pesar de todo, podíamos regocijarnos de que no llegó tampoco ninguna mala noticia.

En estos momentos pudimos apreciar por primera vez la gran benevolencia que en todas partes se nos dispensaba. También se nos habló del colosal recibimiento que se nos preparaba en Buenos Aires. Tuvimos que estar esperando dos días más allí, únicamente con la idea

de que tales preparativos quedasen listos. Hasta el 2 de diciembre no tuvo lugar nuestra entrada, pero bien temprano, á la mañana siguiente, nos trasladamos mar adentro y anclamos en la rada exterior de Buenos Aires.

¡Qué diferencia más notable notábamos ya entre esta vida y la silenciosa y pacífica de Snow-Hill! Claro está que continuamente teníamos que interrumpir algún trabajo empezado para atender á las preguntas de los periodistas que nos visitaban. Empezaban á asediarnos también los solicitantes de firmas para las postales, llegando más tarde á hacerlo en tal número, que si hubiésemos tenido que complacerlos á todos, no habríamos tenido bastante con todo el tiempo que permanecimos en Buenos Aires. Aunque hice todo lo que pude, tengo todavía muchas promesas de esta clase sobre mi conciencia. El retraso en desembarcar nos dió tiempo para arreglar nuestro guardarropa, siendo secundados diligentemente por los sastres y dueños de bazares de ropas hechas, que hicieron excelentes negocios con nuestra expedición.

El día 2 por la mañana interrumpimos toda comunicación con tierra. A las dos empezó el movimiento á nuestro alrededor, apareciendo vapores empavesados por todas partes. A las dos y media leva anclas el «Uruguay» y empieza á moverse lentamente en dirección á tierra. Conforme avanza el buque contemplamos vapores, grandes y pequeños, todos adornados y repletos de pasajeros, que nos saludan dando vivas y agitando los pañuelos, en tanto que las bandas de música se oyen tocar aquí y allá, y los vapores hacen sonar sin interrupción sus sirenas. Reina el mayor bullicio y regocijo

que pueda imaginarse. A poco se reunen más de cuarenta vapores, pasando unos por nuestro lado y siguiendo otros nuestra estela.

Nos acercamos á la orilla y pasamos por la estrecha entrada de las dársenas. Todas las riberas están cubiertas por inmensa muchedumbre, todos los edificios y paseos, los muelles y los vapores trasatlánticos allí amarrados aparecen adornados con banderas y llenos de gente. En el fondo de la dársena, donde hemos entrado, se levanta una alta tribuna, y al pie de ésta amarra el «Uruguay». El Presidente de la República se ha visto privado en el último momento de asistir por haber fallecido un hermano suyo, pero todo lo más importante de la capital, ministros y oficiales, representantes de las autoridades y sociedades, todos se han reunido allí para recibirnos. El presidente del comité de la fiesta, doctor Montes de Oca, nos da la bienvenida, no sólo á la expedición sueca, tanto tiempo esperada con viva impaciencia, y ya de vuelta, después de haber llenado su cometido, sino también á la argentina, que de modo tan feliz había cumplido la misión de salvarnos. El ministro de Marina habla en nombre de la flota de guerra, y entrega á Irizar su nombramiento de capitán de fragata.

Ha llegado el momento de subir á los coches que nos llevarán por en medio de la población á la Sociedad de Oficiales de Marina, situada en la calle Florida donde tendrá lugar la recepción. A duras penas podemos abrirnos camino por entre la gente para llegar á los coches. En el primero de ellos subí yo en compañía del capitán Irizar y el doctor Montes de Oca, y en los demás se fueron colocando los oficiales y las tripulaciones del «Uruguay» y del «Antártico». Es difícil formarse una idea

del cuadro que ahora siguió, únicamente posible en una población grande y en un país habitado por gentes tan afables y expansivas como las del sur. No puedo calcular el gentío que habría allí, seguramente algunos cientos de miles, á pesar de que el gobierno no había concedido fiesta general, queriendo evitar que la multitud fuese demasiado numerosa. Se decía que espectáculo semejante no se había visto nunca en Buenos Aires. Despacio y con gran dificultad van atravesando los coches por entre la muchedumbre, que saluda y prorrumpe en estruendosos vivas. Por todas partes nos ofrecían flores, las familias de trabajadores pobres se habían procurado las suyas en los parques públicos, de muchos sitios nos tiraban preciosos ramos; todo lo apreciábamos igualmente, tanto más, cuanto que eran las primeras flores que habíamos visto en el transcurso de algunos años. Los coches se llenaron, por las calles había extendida una capa de flores y verdes hojas que habían sido tiradas desde las ventanas y balcones, sin haber llegado hasta nosotros, ahora tan festejados y que algunas semanas antes éramos unos pobres náufragos abandonados allá entre los hielos eternos.

Es necesario reconocer que el principal homenaje de aquella multitud iba dirigido á la propia expedición del país, lo cual nos congratulaba sinceramente, pues lo tenían bien merecido. Habían trabajado denodadamente á bordo de aquel buque, que distaba mucho de reunir todos los requisitos necesarios para el objeto que se le había destinado, y eran por este motivo tanto más acreedores á nuestro profundo agradecimiento. Confesemos también que este homenaje tan unánime demostraba que las exploraciones polares se habían hecho aquí populares de un modo sólo comparable á los países de Europa y qui-

zá también á los de Norte América. Si es cierto, como se ha dicho algunas veces, que el interés producido por una empresa de verdadero valer da la medida de la cultura de los pueblos, constituía esta manifestación seguramente una prueba del excelente estado en que se encontraba el pueblo argentino, y nadie que lo haya presenciado y recuerde además la benevolencia ya dispensada antes á nuestra expedición, podrá dudar que en plazo breve se formarán aquí empresas independientes encaminadas á la exploración del Polo. Si supiera que nuestra expedición en el «Antártico» había contribuído á despertar semejante interés, sacrificaría gustosamente algo más de lo que la pérdida del buque podía suponer.

También alcanzamos otro resultado, por el cual habría dado gustoso mi vida. Entre aquellos cientos de miles de personas que nos rodeaban, el nombre de Suecia había sido conocido hasta aquí á lo sumo como un país frío cercano al Polo, tan retirado como las regiones de donde ahora llegábamos, y seguramente serían muy pocos los que, antes de ahora, habían visto la bandera sueca. Donde quiera que íbamos se oían los vivas á Suecia, repetidos por millares de voces, y las casas y calles estaban en su mayor parte adornadas con los colores de Suecia. Conmovióme especialmente el precioso decorado que el Ayuntamiento de Buenos Aires había hecho instalar entrelazando grupos de banderas argentinas con las de nuestra patria. Había propuesto la comisión de festejos efectuar en honor de la expedición un grandioso desfile ante la Sociedad de Oficiales de Marina, pero resultó imposible, pues el gentío era tan numeroso, que aun nosotros únicamente á costa de grandes esfuerzos conseguimos llegar á dicho punto.

Después de una corta ceremonia de recepción nos dirigimos por las calles, ya espléndidamente iluminadas, á nuestra residencia. El periódico más importante de Sud América, *La Prensa*, en su palacio, que, dicho sea de paso, ha costado un millón, sito en la principal calle de Buenos Aires, había puesto un piso completo á disposición del personal científico y capitán del «Antártico». Allí teníamos nuestro cuartel general durante la permanencia en tierra, rodeados de todo lo que la más exquisita cortesía podía imaginar.

Los días sucesivos fueron para nosotros de continua fiesta. Las invitaciones de toda clase y las visitas, nos ocupaban de tal modo el día, que yo apenas si tenía tiempo ni aun para cumplir mis obligaciones más indispensables. Mucho menos podíamos pensar en ver la población y sus alrededores, aunque ocasión más á propósito difícilmente llegaría á presentarse. A cuantas distinciones se honraba á la expedición, se unió la oferta hecha por la línea alemana de vapores «Hamburg-Sudamerikanische Dampfschiff-Gesellschaft», de conducirnos gratis en su vapor «Tijuca» á Europa.

Determinamos, pues, salir de Buenos Aires el 10 de diciembre. La noche anterior, la Sociedad Geográfica Argentina, había organizado en el salón del teatro más grande de Buenos Aires una importante recepción en nuestro obsequio, ante un público de más de tres mil personas, entre las cuales se hallaba lo más escogido y de mayor significación en la capital. Yo celebré una conferencia acerca de la expedición, y el teniente Jalour y Skottsberg relataron en pocas palabras, el primero el viaje del «Uruguay» y el segundo la sumersión del «Antártico».

Los dos marineros de las islas de Falkland que habían

tomado parte en el último viaje del «Antártico» se quedaron en Buenos Aires, pero aun faltaba otra despedida más. Nuestro compañero argentino, el teniente Sobral, que desde un principio había compartido con nosotros todas las penalidades de la exploración, quedaría también aquí. Nadie había sido más activo que él en el desempeño de su cometido, y la mayor satisfacción que al despedirnos sentía yo, era que hubiese conseguido volver sano y salvo al seno de su familia y á su patria. Esta posee ahora en él, para futuros trabajos en las regiones antárticas, un hombre con sólidos conocimientos de los métodos y detalles necesarios para las exploraciones polares.

Con referencia al tiempo que los demás estuvimos todavía juntos, poco tengo que añadir. En Montevideo tuvimos que agradecer al cónsul Rogberg algunas horas de grato recuerdo y haber sido presentados por él al presidente de la República. La travesía en el «Tijuca» fué lo más feliz que pueda uno imaginar. Una vez más teníamos que pasar las fiestas de Navidad y Año Nuevo fuera de casa, aunque podíamos congratularnos de hacerlo en agradable compañía. En Madera encontramos un periodista francés y en Vigo uno sueco, ambos enviados con objeto de conocer durante el viaje todas nuestras aventuras y el resultado de nuestros trabajos de exploración. En Bolonia, donde á media noche nos detuvimos una media hora, fuimos recibidos por una comisión, á cuyo frente estaban el alcalde y presidente de la Cámara de Comercio, ofreciéndonos un magnífico ramillete de flores con los colores de Francia.

El día 6 de enero arribamos á Hamburgo, y estando aún en el Elba, salieron á saludarnos los gerentes de las compañías de vapores, representantes de la colonia es-

candinava, círculos científicos de la población y amigos particulares.

El día 8, por la noche, continuamos el viaje por ferrocarril hacia el norte. El día siguiente lo pasamos en Copenhague en agradable compañía de los geólogos y exploradores polares que allí había. Por lo que á mí respecta, puedo manifestar que tuve la especial satisfacción de hallar muchos amigos de la época que, bajo bandera danesa, conduje el «Antártico» en su viaje á Groenlandia. Por la noche nos embarcamos en el vapor que nos había de llevar á Suecia. Subí á cubierta en el momento en que las luces de la costa de mi patria empezaban á resplandecer en la obscuridad de la noche, y allí, solo, di humildes gracias porque yo y tantos de mis compañeros habíamos llegado con vida. Unos cuantos minutos más y estaremos junto al muelle de Malmö.

Inmensa multitud esperaba nuestro arribo. Nos obsequiaron con flores y recorrimos en coche el corto trayecto hasta la estación. Al entrar en ésta nos vimos sorprendidos con la presencia de un nutrido orfeón, que á nuestra llegada entonó una popular balada. Las lágrimas me subieron á los ojos, era el saludo de mi patria, el más apreciado de cuantos podía recibir. Aquellos primeros momentos en tierra de Suecia tenían para mí un valor tan estimable, que me compensaban de todas las penas y contrariedades experimentadas durante los últimos años.

Ya estamos en casa, y puede por fin terminar este relato. Llegó el grandioso recibimiento en Estocolmo y Upsala, que sobrepujó á todo lo que habíamos podido esperar ó nos creíamos merecer, llegó el momento de reunirnos á los que nos aguardaban en casa... pero, para

pintar todo esto no encuentro palabras adecuadas, ni entra tampoco en el objeto de esta obra.

Aunque lo haría con el mayor gusto, siento mucho que no me sea posible, sobre lo ya dicho, presentar un estudio del resultado científico de la expedición. El Estado Sueco ha concedido el crédito necesario para la realización del mismo, y ya se está trabajando activamente, pero aun pasarán algunos años antes de que quede terminado.

Había llegado el momento de la separación. Felizmente estaba combinado ello de modo que podíamos efectuar todos juntos el viaje á Estocolmo y separarnos al llegar allí. Tenía en verdad muchos motivos para dar al despedirnos las gracias á mis compañeros. Cooperación mejor que la que me prestaron los dos principales exploradores, al frente de las estaciones de invierno de la bahía de la Esperanza é isla de Paulet, Andersson y Larsen respectivamente, á buen seguro que no la ha tenido nunca ningún jefe de expedición. Un estado mayor científico más vigoroso y activo que el formado por aquellos que habían sido mis compañeros, difícilmente podrá encontrarse, y la oficialidad y tripulación del «Antártico», tanto en la fortuna como en la adversidad nos había seguido sin quejarse, siempre dispuestas á los trabajos más duros y á los mayores sacrificios para no perder las tradiciones de las expediciones polares, que antes de ahora habían sido enviadas por los países hermanos de Escandinavia.

APÉNDICE

Rápida y continuamente adelanta en nuestros días el conocimiento de la superficie de la Tierra. Ciertamente que no pueden darse ahora pasos gigantescos como el del célebre genovés que, hace cuatrocientos años, dividió en dos el mar descubriendo una nueva parte de la tierra, pero los vacíos aun existentes en los mapas geográficos se van llenando lentamente y las «manchas blancas» ya no se destacan tan numerosas como antes en los mapas. Ninguna de las regiones á que corresponden han dado origen durante el último siglo á tantos trabajos como las del territorio Polar del Norte, mancha extensa que está por fin en camino de desaparecer. Las orillas del vasto mar helado del Norte han sido poco á poco casi completamente cartografiadas, y no es creible que exista en su centro ningún otro territorio de positiva importancia, aparte de las islas y archipiélagos que forman las únicas regiones del Polo Norte realmente conocidas.

En dicho mar polar y en sus orillas preséntase una singular naturaleza en medio de la nieve, de los hielos y

del frío: una singular vida vegetal y animal que no se puede decir sea escasa, como vemos por las numerosas descripciones de viajes realizados por exploradores dignos de crédito.

Nosotros, que vivimos en la vecindad de tales territorios, apreciamos difícilmente el grado de diferencia existente entre ellos—por sus circunstancias normales de vida—y los demás territorios que constituyen la mayor parte de la superficie de la tierra: es en fin, aquella aislada naturaleza tan característica, que difícilmente descripción alguna puede dar exacta idea de ello.

Una vez que se han cruzado todas las zonas terrestres en dirección sur, se encuentra otro territorio, en medio de cuyo cielo brilla la Cruz del Sur y donde el sol de medio día luce durante el invierno en el horizonte Norte; este territorio deberá, según parece, tener una completa analogía con el del Norte. Hay naturalmente grandes semejanzas entre ellos: también alrededor del Polo Sur reina durante el invierno un frío intenso y se acumulan masas de hielo y de nieve que en parte se derriten y que ofrecen mayor volumen que las de las regiones árticas. También se parecen los territorios del Norte y del Sur en la formación de su superficie y en que las fuerzas magnéticas presentan análoga disposición alrededor de sus polos. La semejanza se entiende, por lo demás, no sólo respecto á las circunstancias físicas exteriores, sino también á la vida animal y vegetal que guardan analogía, como son las ballenas, las focas y las aves marinas, algas y líquenes, que constituyen tanto en el Norte como en el Sur especies características.

Fuera de estas semejanzas, el territorio del Polo Sur se distingue bastante del territorio del Norte. En este

último, partiendo de tierra firme hallamos por todas partes el «extenso mar glacial», mientras en el Sur, partiendo de mares conocidos encontramos después tierra coherente, es decir, la verdadera «tierra glacial» del mundo. En cuanto á la importancia de las diferencias entre ambas regiones polares se habrá podido juzgar fácilmente leyendo los capítulos anteriores.

¿Qué importancia, preguntaremos ahora, tiene para nosotros el estudio de la naturaleza polar? Contestaremos categóricamente que ninguna región de la Tierra comparada con la que nos ocupa nos ofrecería datos de tanto interés general. Es lógicamente uno de los objetivos de las ciencias naturales llegar al completo estudio de la Tierra para poder contestar á muchos «por qué y cómo». Para alcanzar dicho fin, no se puede escoger un punto de partida más á propósito que el estudio y la comparación de estos dos territorios, cuyas circunstancias climatológicas y cósmicas son en su conjunto iguales, pero que, desde lejanos períodos geológicos, han permanecido en absoluta incomunicación. ¿En qué deberán consistir esas notables diferencias y no menos importantes y sorprendentes igualdades de climas, de condiciones magnéticas y físicas de tan apartadas regiones de la Tierra y sobre todo de su vida animal? ¿Por qué hay tantos organismos idénticos, ó por lo menos muy parecidos en el Norte y en el Sur? Si solamente se pudiera en un solo caso probar que esta concordancia no procede de un origen común, sino de las circunstancias exteriores, se abrirían caminos inesperados para la solución de los enigmas que encierran las ciencias naturales y biológicas.

La naturaleza antártica era muy poco conocida cien-

tíficamente, hace algunos años. Sólo teníamos escasos datos como se verá por la pequeña relación que sigue: El 17 de enero de 1903, después de haber ya desembarcado en el lugar más extenso libre de hielo del territorio antártico, pude admirar en toda su sorprendente magnificencia aquella región que presentaba el aspecto de un vasto desierto sin una hierba, salpicado sólo muy pobremente de un musgo escaso y raquítico apenas visible. Cuando regresé á bordo para comer, me preguntaron si había visto moscas ú otros insectos en tierra.

—No —contesté,—no he visto ninguna.—Pues bien— me repusieron, —¿qué pensaría usted si viese, no un animalillo pequeño, sino de los mayores que se encuentran en nuestro país?—Contesté á tal pregunta prometiendo á mis compañeros un verdadero banquete si tal cosa aconteciera. Entonces me presentaron una langosta que, mientras nos encontrábamos entre los hielos, hallaron en una de las canoas del buque. Era grande, y de apariencia tan tropical que parecía imposible pensar que hubiese vivido allí, ni que hubiese sido llevada por las tempestades desde algún punto lejano.

El acontecimiento nos pareció extraño. Dió, sin embargo, lugar á una discusión, durante la cual desarrollé por vez primera fantásticas teorías referentes á lo que las regiones polares del Sur podrían aún ocultar. Aquí, en Suecia, cuando menos, conocen la mayoría de las personas ilustradas las hipótesis sentadas por Adolfo Erik Nordenskjöld sobre la conformación anterior de la Groenlandia y respecto á la posibilidad de que se encontrara allí una tierra habitable provista de vegetación. Como fundamento de esta teoría sentó interesantes hipótesis que fueron luego refutadas por su propio viaje de

exploración. Parecía, por otra parte, que Groenlandia era demasiado pequeña para echar por tierra las suposiciones que entrañaban la citada teoría.

En el territorio antártico podría ocurrir de distinto modo, pues si allí se encuentra una extensión de tierra firme, cuyas costas exteriores cubiertas de hielo estén formadas por las tierras hasta ahora conocidas, entonces resultaría este territorio inmensamente mayor que la Groenlandia, y en él podría hallarse muy fácilmente una extensión de tierra, que, disfrutando de más benigna temperatura, unida á alguna pequeña lluvia haga posible no sólo el deshielo, sino el desarrollo de vegetación más abundante que la conocida hasta hoy en aquellas desnudas regiones del globo.

De todos modos, la langosta había sido llevada por el buque, y no la consideré nunca como una especie animal antártica, hipótesis que por otra parte, no comprobaba su aspecto. He querido citar este detalle tan sólo para demostrar lo completamente desconocidas que èran la vida animal y vegetal de aquellas regiones. Muchas circunstancias, entre otras, los numerosos pájaros bobos imperiales que podían encontrarse y que indudablemente debían tener un lugar de residencia parecida al que la expedición inglesa sud-polar encontró en Tierra Victoria, indicaban que debe existir, en todo caso, una costa algo accesible en alguna parte, al sur del mar de Weddel, más allá del desierto de hielo que visité durante mi expedición en trineo. No sólo constituye el interior de las regiones sud-polares el único lugar de la Tierra donde hay aún posibilidad de hacer descubrimientos geográficos de tal índole que ni la fantasía puede presentirlos, sino que, no debemos echar en olvido que, tal

región, con sus costas é islas, aun solamente en contados sitios, fué pisada por los hombres hasta hace algunos años, y que, incluyendo los mares desconocidos que la rodean, presenta *más del doble de la extensión de Europa*, extensión desconocida, sobre la cual no tenemos la menor idea, cuyo aspecto geográfico está aún por descubrir y donde la vida animal y vegetal, la geología y el clima, ó bien no han sido nunca estudiados ó han sido objeto de tan pocas observaciones que toda penetración hacia el Polo se consideraba imposible.

Aunque el territorio sud-polar ha sido el último explorado geográficamente, se comprende, sin embargo, fácilmente cuán sensible hubiera sido dejar en nuestro tiempo sin provecho tal campo de investigaciones. Discutióse muchas veces la posibilidad de lograr con su estudio ventajas prácticas valiéndose de la pesca de focas y ballenas, de la explotación de minas, de la exportación de guanos, etc., lo que sería probable lograr en tan extenso territorio como se ha conseguido hasta cierto punto en los territorios árticos, pero esta cuestión no ha sido todavía completamente dilucidada.

Afortunadamente se llegó por fin á acometer estas empresas no tan sólo por su utilidad práctica sino por la necesidad imprescindible de la ciencia de extender sus investigaciones sobre dichos territorios y éste fué el móvil que principalmente dió origen al último período de la historia de las exploraciones sud-polares.

*

Después de los sorprendentes viajes de descubrimiento verificados en el año 1840 atravesaron las exploracio-

nes antárticas un largo período de estancamiento, mientras las ciencias naturales en general, y el conocimiento de la Tierra en otras regiones, adelantaba á pasos gigantescos. Sabios que, á menudo no eran exploradores, emitieron de vez en cuando sus opiniones sobre esta cuestión y demostraron que era preciso llenar este vacío del saber humano.

Los hombres de ciencia dedicados al estudio del magnetismo terrestre tocaron las dificultades que su ciencia encontraba, por no poder calcular la distribución de las fuerzas magnéticas alrededor del polo magnético del Sur. Los meteorólogos no contaban para su estudio con el menor dato sobre el clima invernal en aquellos apartados territorios, aunque los cálculos teóricos llegaron á hacerles suponer la existencia, ahora confirmada por los hechos, de un invierno relativamente benigno. Los geólogos deseaban poseer observaciones que aclarasen la naturaleza y distribución de animales y plantas en el hemisferio sur para descifrar las circunstancias climatológicas de períodos anteriores, y los biólogos, en fin, echaban de menos la posibilidad de resolver por medio del conocimiento de los organismos que radican en el interior de muchos territorios polares importantísimas cuestiones relacionadas con su ciencia.

Es un deber imprescindible citar, ante todo, los nombres de los principales de estos sabios á los que hemos de agradecer que se llevasen á cabo las últimas expediciones, nombres inolvidables, tales como Jorge Neumayer, John Murray y Clemente Markham. Si se prescinde del corto aunque importante viaje á estas regiones de la expedición de Challenger sólo bajo puntos de vista prácticos se hicieron algunas nuevas expediciones al Polo

Sur. Los nombres de Dallman, Larsen y Bull, sin olvidar los pescadores escoceses de ballenas, marcan los diferentes pasos del desarrollo durante este período de las exploraciones, que alcanzaron su mayor importancia al descubrir Larsen la tierra del Rey Oscar y las petrificaciones terciarias en la isla de Seymour; estas exploraciones fueron además causa indirecta de las expediciones de Borchgrewing y de Bruce.

Sin embargo, no podía prosperar en gran medida nuestro conocimiento de la Antártica con estos medios y sólo sirvieron de aliciente para que los hombres de ciencia sintiesen más anhelo por resolver en su totalidad los problemas que se ventilaban.

Debatióse acaloradamente en el Congreso internacional de Londres de 1895 el tema de que no debía acabar el siglo sin que se emprendiera este trabajo de exploración, y se presentó y se aprobó un proyecto, según el cual, Alemania, Inglaterra y un tercer Estado, debían enviar al mismo tiempo cada cual una expedición á las regiones sud-polares para trabajar en los territorios que corresponden á los tres grandes mares del mundo.

Antes de que se pudiera llevar á cabo este plan se efectuaron otras dos expediciones: una enviada desde Bélgica bajo la dirección del teniente Gerlache, y la otra, un año más tarde, desde Inglaterra bajo el mando del noruego Carslen Borchgrewing. No es esta ocasión para tratar de estos viajes de exploración que nos proporcionaron las primeras informaciones sobre el clima invernal antártico y que rindieron ópimos frutos á la ciencia en general. No fueron, sin embargo, suficientes para levantar el velo que cubre las regiones sud-polares, era para ello el territorio asaz extenso y las dificultades

con que tropezaron aquellos primeros ensayos fueron demasiado grandes.

Por eso se acogió con gran interés la nueva de que el programa anteriormente citado del Congreso de Londres iba á ponerse en ejecución. La Cámara alemana votó unánimemente para una expedición sud-polar la cantidad de un millón doscientos mil marcos, y después de que se hubieron reunido en Inglaterra particularmente cuarenta y cinco mil libras, acordó el Parlamento subvencionar la expedición con igual cantidad. La época de la salida fijóse para el otoño de 1901. La expedición alemana, bajo la dirección del profesor Erich von Drygalski, había de encargarse de los territorios situados al sur del Océano Indico, eligiendo como punto de apoyo la isla de Kerguelen, donde se estableció una estación á propósito para observaciones magnéticas y meteorológicas.

La inglesa había de trabajar bajo el mando del capitán R. Scott en la costa de la Tierra Victoria, al sur de Australia.

Con esto no se había conseguido todo, sin embargo; los campos de exploración de las expediciones alemana é inglesa debían, según el plano, de unirse completamente el uno con el otro. Si la exploración decidida de las regiones polares había de ser algo completa y quería reunirse material de estudio procedente de varias regiones, era absolutamente necesario efectuar á lo menos otra expedición cuyo punto de apoyo estuviese al sur de la América meridional. Se había hablado de una tercera expedición que partiría de los Estados Unidos, pero esas esperanzas se frustraron.

Para llenar de algún modo este vacío, se encargó la República Argentina de establecer un observatorio magnético-meteorológico en la costa de la Tierra del Fuego y de hacer allí observaciones regulares de acuerdo con el plan de las otras expediciones. Con esto se consiguió, sin embargo, solamente una estación simétrica á la de los alemanes en Kerguelen. Como no existía verdadera expedición antártica por este lado, presenté una primera proposición para el viaje sueco sud-polar, pues para mí, aquel plan no era nuevo. Cuando en 1895 hice un viaje de exploración á la Tierra del Fuego, lo realicé en parte esperando preparar con ello una expedición sueca hacia punto aun más meridional.

Durante dos veranos consecutivos, visité la región situada entre el canal Beagle y el río de Santa Cruz mientras mis compañeros Duse y Ohlin hacían estudios botánicos y zoológicos. Como resultado del viaje nos llevamos á Suecia importantes colecciones que han sido descritas en una publicación especial. Faltó poco para que yo consiguiese ya entonces realizar una exploración más al sur. Durante mi estancia en Chile, propuse mandar un cañonero de esta nacionalidad para estudiar además del archipiélago de la Tierra del Fuego los puntos limítrofes al sur del cabo de Hornos y eventualmente continuar hasta las islas de Shetland Meridional. El plan fué acogido con vivo interés, particularmente por el presidente de la República señor Errazuri. Pero el tiempo necesario para los preparativos era demasiado corto y mi proyecto no llegó á realizarse.

En el transcurso de este par de años estuve dedicado al estudio de los datos tomados durante un viaje á la

Tierra del Fuego, sin olvidar algunos trabajos preparatorios para futuras exploraciones. Apenas empezó el año 1899 y cuando las expediciones inglesa y alemana estaban ya completas, empecé á formar mi plan definitivo y por primera vez lo expuse en una memoria ante la sociedad sueca de geografía y antropología en enero de 1900. Algunas semanas después tuve la satisfacción de recibir para la expedición proyectada la cantidad de diez mil coronas que me envió el comerciante Augusto Röhss, cumpliendo la promesa de su hermano Guillermo, fallecido recientemente.

*

Aparte de los trabajos que deseaba llevar á cabo durante los viajes de ida y vuelta y en la Tierra del Fuego, que constituiría mi punto de apoyo, disponía mi plan que la expedición debía partir lo antes posible en otoño de 1901, para que, parte del personal pudiese desembarcar en algún lugar adecuado en la parte septentrional ú oriental de la Tierra de Graham mientras el buque continuaría su viaje á lo largo de la costa de la Tierra del Rey Oscar y después hacia el este siguiendo el borde del hielo.

Si se presentase ocasión para penetrar en el mar llamado de Weddel no debía desaprovecharse, pero no se fijaba especial importancia en este desvío. A ser posible

debía cuidarse que la partida desembarcada fuese dispuesta para invernar, con el fin de llevar á cabo observaciones meteorológicas y magnéticas en concordancia con el programa internacional. El regreso á Suecia se calculaba, en este caso, que tendría lugar durante el verano de 1902.

Empecé activamente á preparar la expedición, pero hube de interrumpir pronto mis trabajos. El doctor N. Hartz, de Copenhague, me invitó á acompañar, en calidad de geólogo, la expedición dinamarquesa que bajo la dirección del teniente G. Amdrup debía marchar el verano siguiente á la Groenlandia Oriental, en el recientemente adquirido vapor sueco «Antártico».

Como yo no había tenido aún ocasión de visitar los verdaderos territorios polares, me pareció esta oferta muy oportuna, y nunca me arrepentí de haberla aceptado. Además de presentárseme ocasión de conocer la naturaleza de las regiones polares, podía enterarme de todos los detalles de una expedición perfectamente equipada y dirigida, y efectivamente, lo que allí aprendí resultó de valor indiscutible para mis futuros trabajos.

Aquella expedición sería, además, para mí, en otro sentido, de la mayor importancia. Durante aquel tiempo aprendí á conocer y apreciar las condiciones de nuestro pequeño y cómodo buque, acompañado durante sus últimos viajes polares por constante suerte, y cuando supe que los administradores del legado de Carlsberg, que equipó la expedición, deseaban vender el buque á la vuelta del teniente Amdrup, me dirigí á ellos y fuí recibido en seguida de la manera más deferente. Obtuve la promesa de que me cederían el buque con todo su equipo

por veinticinco mil coronas, con lo cual demostraban vivos deseos de favorecer mi expedición proyectada, y aunque yo aun no podía sospechar si lograría reunir jamás la cantidad necesaria, decidí inmediatamente aprovechar el ofrecimiento. Contando con donativos del ingeniero G. Roth y del cónsul G. Broms, y teniendo en cuenta el presupuesto del comandante W. Nordenskjöld para el despacho y transporte del buque, me fué posible realizar la codiciada adquisición, y en noviembre de 1900 firmaba el contrato de compra del «Antártico».

Como este buque es bien conocido por las numerosas descripciones que han circulado después de las expediciones del profesor Nathorst, me limitaré á decir sobre él algunas palabras. Terminado de construir en Drammen el año 1871, recibió primeramente el nombre de «Kap Nor», y se empleó durante una serie de años en la pesca de focas en el Mar Glacial del Norte. Su longitud era de 120 pies, su mayor anchura de 28 y el tonelaje bruto de 353 toneladas. Cuando más tarde Svend Foyn determinóse á mandar una expedición al Mar Glacial del Sur, para estudiar la posibilidad de practicar allí la pesca de ballenas barbadas, compró el buque, que fué restaurado y provisto de maquinaria nueva, tomando entonces el nombre bajo el cual adquirió celebridad en los anales de las exploraciones científicas. No puedo detenerme aquí en el relato de aquella expedición, que bajo la dirección de H. J. Bull salió el año 1893 y llegó hasta el grado 74 de latitud sur, latitud que sólo la expedición Ross había alcanzado hasta entonces. Hiciéronse también algunas observaciones de interés científico, pero en sentido práctico no tuvo éxito el viaje.

Tampoco es ocasión de describir las dos expediciones del «Antártico» al Mar Glacial del Norte (1898-99) bajo el mando del profesor A. G. Nathorst. El buque sufrió después varias reparaciones, y por fin, una minuciosa reconstrucción.

Dispúsose un magnífico salón de reunión y once camarotes grandes bajo cubierta, proporcionando el sitio necesario parte de popa del buque y parte de la cubierta central delante de la escotilla mayor. Además, se guareció un gran trozo de la cubierta, disponiendo un lugar á propósito tanto para laboratorio científico como para camarote de observación del capitán. La cubierta fué reparada, el torno de vapor fué mejorado, el puente reconstruído y se pusieron nuevas clavijas en el buque debajo de la línea de flotación, realizándose, en fin, otras muchas mejoras. Sufrió el buque una nueva reparación, aunque no tan completa como la anterior, al ser vendido en diciembre de 1899 al teniente Amdrup, y cuando yo lo compré fué nuevamente examinado y arreglado para el viaje. Estos trabajos se llevaron á cabo en Gotemburgo, en el astillero viejo y en los talleres mecánicos de Lindholmen.

En cuanto llevé á cabo la adquisición del buque, me puse al habla con el capitán que eligiera para mandar el buque durante el viaje: el conocido explorador de los mares glaciales, C. A. Larsen, el cual, además de su experiencia, era el que, entre todos, poseía mayores conocimientos de las regiones del Mar Glacial Antártico que teníamos intención de visitar. Conocía los deseos que le animaban de hacer un nuevo viaje hacia el Sur y durante una entrevista que tuve con él en Sandefjord le expu-

se claramente un plan. No se necesitaron largas deliberaciones sobre los detalles para ponernos de acuerdo y pronto estuvimos conformes en cuanto se refería á nuestro viaje. Creo que no hubiera podido hacer elección más acertada. La plana mayor científica era tan escogida y había de desempeñar tan concienzudamente su cometido, que no necesito ensalzar su mérito. En cuanto á la tripulación, quedó acordado durante mi primera conferencia con el capitán, que suecos y noruegos debían ser igualmente considerados y durante todo el viaje trabajarían juntos, sin que jamás hubiera entre ellos diferencia de ninguna clase.

De acuerdo con el plan aprobado, debía yo, al finalizar el primer verano, desembarcar y quedarme en la estación invernal, teniendo que delegar por lo tanto la dirección á bordo, durante el invierno. Fué, por consiguiente, necesario encontrar un personaje á propósito que desempeñase mi cargo sobradamente lleno de responsabilidades. Logré hallar para ello con gran fortuna al que fué después mi secretario, el profesor interino J. Gunnar Andersson, que contribuyó en sumo grado á los buenos resultados científicos que la expedición cosechara.

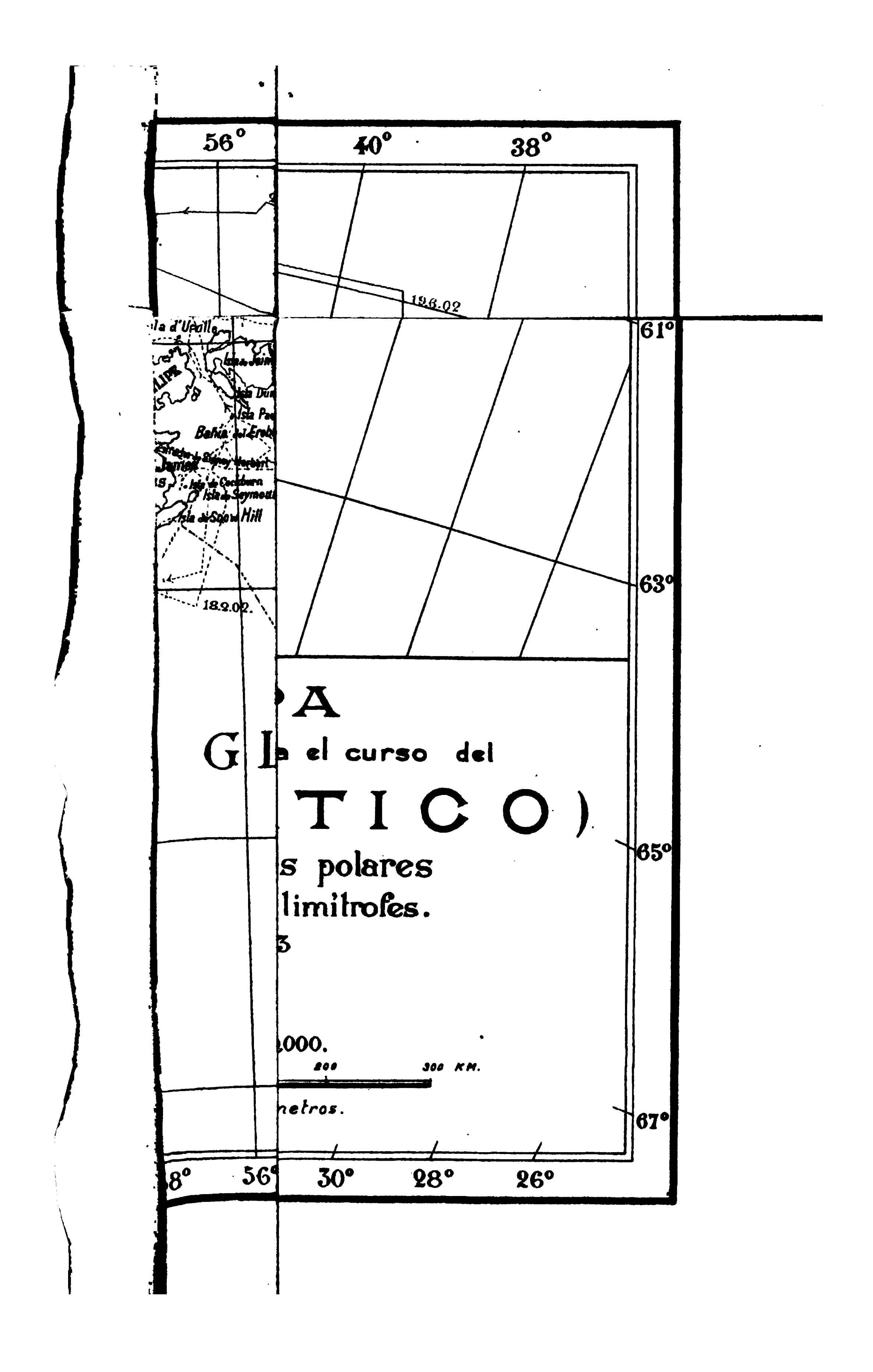
*

Aproximábase á grandes pasos el verano de 1901, que estaba señalado para nuestra marcha; había yo pasado todo este tiempo en continua actividad prepa-

rando la expedición y tratando de despertar el interés público hacia ella para recoger los medios necesarios. Aun faltaba mucho, pero con la buena acogida que encontré en Círculos influyentes no dudaba del éxito de mis esfuerzos. No dejé, por eso, de encontrar á mitad de mis trabajos, y cuando menos lo esperaba, una fuerte resistencia, que durante un momento pareció estar á punto de dar al traste con todos mis planes. El hombre generoso que en este momento difícil fué el primero en tender su mano salvadora á la expedición fué el director del Banco, don Guillermo Carlson, que nos favoreció con un importante donativo, aumentado más tarde con otros recogidos en varias partes por su mediación. Atravesaba, en fin, una penosa época, pero poco á poco acudieron nuevos amigos en ayuda de la empresa, con lo cual pudieron continuar, aunque despacio, los preparativos.

Lo difícil de la situación á que llegué, me impulsó á contestar afirmativamente á la proposición de la Comisión medidora de grados de arrendarnos el «Antártico» para una expedición á Spitzberg durante el verano siguiente. La partida del buque no era muy de mi agrado, porque, aun en el caso más favorable, tendría que aplazar nuestro viaje hasta un par de meses después de la época fijada. Pero bien porque la suma ofrecida por el arriendo era muy necesaria para la expedición, bien porque yo quería prestar este servicio importante á la empresa, firmé el contrato en abril, saliendo el «Antártico» el lunes siguiente bajo el mando del profesor G. De Geer, para Spitzberg.

Sin contar el riesgo de que el buque quedase inmovi-


56°
40°
38°
12.6.02
61°
la d'Urville
Isla Dun
Isla Pa
Bahía del Ereb
Isla de Cockburn
Isla de Seymou
Isla de Snow Hill
18.2.02.
63°
A
G L a el curso del
T I C O)
s polares
limitrofes.
65°
000.
200
300 KM.
metros.
67°
8°
56°
30°
28°
26°

lizado entre los hielos, no estaba segura aun en este tiempo nuestra salida para el otoño siguiente. De aquí surgieron graves dificultades que se reflejaron en toda la expedición y fueron causa indirecta de una de las contrariedades que más tarde nos sobrevinieron. A causa de las consiguientes deficiencias, con la esperanza de lograr algún ingreso extraordinario, decidí que cuando los trabajos científicos no sufrieran demora con ello, se podría hacer algún ensayo de pesca, ensayo que, según vi después por experiencia propia, no debe ser repetido por ninguna expedición científica.

Además de los citados donantes, entre ellos el comandante Nordenskjöld que más tarde contribuyó con otra importante cantidad, enviaron donativos para la expedición las siguientes personas: El profesor A. E. Nordenskjöld, la señora S. Sederholm, el farmacéutico G. Nygren, el profesor Hj. Sjögren, el comerciante John Carlsson, el maestro de obras O. Herrström, el mayordomo del Rey A. Börtzell, el comerciante J. Loven, el director J. Lachmann, la señorita E. Landgren, el cónsul N. Persson, el juez C. A. V. Ek, los señores Carnegie y C.ª, los fabricantes L. F., y M. Lyckholm, el comerciante E. Wijk, y otras dos personas que no quisieron dar sus nombres.

La cantidad íntegra que de este modo ingresó para la expedición asciende á 85.000 coronas aproximadamente. A esto debe añadirse la suma obtenida por el arriendo del buque, el auxilio de Vega y algunas cantidades suscritas particularmente para el viaje de J. G. Andersson.

La importante cantidad que aun faltaba la tuve que adquirir por medio de un empréstito del que respondí yo personalmente.

Lo que durante estas difíciles circunstancias facilitó los medios para ultimar la expedición fué el grandioso y tal vez nunca visto auxilio que recibimos en forma de donaciones de objetos útiles.

Me es imposible citar aquí todos, pero la siguiente relación dará idea, sin embargo, de la mayor parte de los regalos recibidos.

*

Para el equipo científico recibimos, de la sociedad por acciones L. M. Ericson, dos recipientes de modelo reciente para el agua; de la fábrica de vidrio Foglavick, por medio del comerciante M. Eidem, varios utensilios de cristal; de la sociedad por acciones Sandvicken, martillos, escoplos y otros útiles; del director de la fábrica de corchò de Wicander, muchas planchas de corcho; diversos instrumentos de los talleres de Nyman de Upsala; de la sociedad Ekeby, tejas para el observatorio magnético; aparatos eléctricos de la Compañía de electricidad Rylander y Rudolph; de Max Sievert, alambre de cobre cubierto, y una colección de redes de la fábrica de aparatos para la pesca de Lundgren de Estocolmo.

Además, nos regalaron alcohol para preparaciones y

combustible: la nueva sociedad por acciones destilería de alcoholes de Reymersholm, O. P. Andersson é hijo de Gotemburgo, la Compañía de fabricación de alcoholes de M. Neuman, de Kristianstad, la sociedad de destilación de Helsingborg, la fábrica de levaduras Activ, la de alcoholes de Ystad y A. J. Andersson. La farmacia de Lejonet de Upsala y las de Enhörningen y Kronan de Gotemburgo nos mandaron productos químicos.

Para el buque y su equipo enviaron: J. R. Broman y Compañía, utensilios de maquinaria; las fábricas de Jonsered, banderas y tiendas de lona; bujías los fabricantes R. Österberg, de Estocolmo, y Gillblad y Compañía, de Gotemburgo, y aceite para las máquinas, Rumstedt y Compañía, de Estocolmo, el gerente O. Andersson, de Malmö, el comerciante A. Idström, de Gotemburgo, y la sucursal Wallén y Block, de Malmö.

Entre otros distintos artículos, nos remitieron asimismo: los señores Strömman y Compañía, de Gotemburgo, una forja; los almacenistas Strömman y Larsson, tablones; los talleres de Gunnebo, las Compañías por acciones Uddeholms Laxa, y los comerciantes L. Tingström y Kochum, comisionistas en Gotemburgo, clavos y tornillos.

Para nuestra instalación en el buque y en la estación, nos regaló la fábrica de papel de Munskjö, cartón embreado; la sociedad Husqvarna, hornillos, chimeneas, armas, etc.; el joyero K. G. Markström, de Upsala, plata de mesa; la casa Lundquist, varios equipos; C. L. Malmsjö y Compañía, ácido muriático; la fábrica Almeda, ropa blanca; la casa Karlskrona, utensilios de cocina de aluminio; la compañía sueca Olofström, platos y vasos de

hierro esmaltado; la sociedad Primus, la batería de cocina, y los señores C. Wicander, de Estocolmo, alfombras de linoleum.

Enviaron ropas, lana y efectos similares á la expedición: las sociedades de Malmö, además de una gran partida de frisa; la casa Augusto Abrahamsson, trajes interiores de lana; la Sociedad Anónima de Gotemburgo, zapatos de goma; los señores H. Möller de Malmö, ropas impermeables; la viuda de A. F. Lindmark, Ekblad y Reimers, J. A. Jeansson, Gillberg y Wigström, S. Molander y P. O. Jonsson, de Orebro, cuero y artículos de zapatería; los señores C. Paulson, A. Asklund, Holmen y Compañía, L. Svensson y Compañía, de Norrköping, lonas y hules.

Para el aprovisionamiento de la expedición, enviaron: harina y choclos, el comerciante F. Hansen, S. Lundquist, W. Gauslandt, J. H. Diedén, de Malmö; Holmberg y Möller, de Estocolmo, así como G. Andersson y Engelbrektson y Hallgren, de Orebro; pan y galleta, la panadería Dalarö; los señores C. W. Schumacher y W. Lindfeldt, de Estocolmo; C. Aberg, de Upsala; la nueva panadería de Gotemburgo de W. Ehler, y las fábricas de galletas de Gotemburgo y de Orebro.

Recibimos también gran cantidad de margarina, que nos remitieron los fabricantes Pellerin, de Gotemburgo, y Zenith, de Malmö; chocolate y cacao, los hermanos Cloetta, de Malmö; azúcar, la Sociedad de Malmö y la refinería sueca de Oresund; manteca, el comerciante Hugo Lindgren, de Malmö; tocino, Andersson y Compañía, de Malmö; queso, el comerciante Axel Lindahl, de Karlskrona; conservas, las fábricas reunidas de Suecia,

de Gotemburgo, la sociedad Preserva, la fábrica Skanska, la casa Fr. Nyström de Malmö y la fábrica de conservas de Ortofta; arenques y otros artículos, el comerciante C. P. Osterberg y los señores Hagerman y Malmgren, de Malmö; patatas, el propietario L. Kockum, de Bulltofta; escabeche, el sumiller N. P. Svanfeldt, de Upsala; confituras, la fábrica H. E. Lundholm, de Upsala; macarrones, la fábrica de pastas alimenticias de Norrköpings; vinagre y especias, los señores Winborg y Compañía, de Estocolmo.

Obsequiáronnos con vino y bebidas alcohólicas, las casas siguientes: Wiens, Sederholm y Compañía, S. Wolke, así como Ad Faxe é Hijos, de Malmö; C. G. Platin y Compañía, A. Setterborg y Compañía, J. W. Bratt, Sociedad Barth Dalgrew, Fr. Ingelmann y Compañía y Alf. Nygren, de Gotemburgo; la sociedad por acciones de Rectificación de Alcoholes Sueca, S. Karlshamn, E. Ahlbom, Holmstrand y Compañía, Gäfle y A. Lacorte y Fils, de Burdeos (por mediación del cónsul Valentín). Nos enviaron cerveza, la sociedad de fabricantes de cerveza Mattsonska, de Malmö; la fábrica de cerveza de Baviera, de Upsala; la de Bjurholms, de Estocolmo y la sociedad Kronan, de Gotemburgo. Aguas minerales, la fábrica Nordstjernan. Tabaco, la fábrica Kockum, de Malmö; Guillermo Hellgren y Compañía, J. H. Andersson, de Charlottemberg; P. C. Rettig y Compañía, de Gefle. Bujías de estearina, la fábrica Liljeholmen; cerillas, la fábrica Jönköping; jabón, los señores Happach y Compañía, de Malmö; jabones finos y artículos de perfumería, la fábrica técnica Barnängen; jabón, cosméticos, etc., los señores Gahn, y aceite mineral, el comerciante T. Olsen,

de Estocolmo. Recibimos medicinas de la farmacia Nordstjernan. El óptico A. Stille, nos prestó una caja de instrumentos quirúrgicos.

Al fabricante J. M. Svanström, debemos agradecer papel, libros para apuntes, etc.; á la sociedad Numa Peterson, de Estocolmo, artículos fotográficos; á la sociedad litográfica de Norrköping, libros diarios indispensables, que mandó hacer á propósito en la Imprenta Central de Estocolmo, y al Establecimiento Litográfico General, varios impresos y papel timbrado. Enviáronnos cápsulas y perdigones, las sociedades suecas de pólvora fulminante de Landskrona.

Nos proporcionaron libros selectos, etc., los señores P. A. Norstedt & hijos; almanaques, el editor Alberto Bonnier, y los señores Wahleström & Wistrand, y J. y G. Beijers; el redactor H. Hedlund de Gotemburgo, una colección completa del diario *Strix;* el librero N. Pehrson de Gotemburgo, varios volúmenes, el licenciado C. Benedick un fonógrafo y los señores Gyllenberg & Rosengren de Estocolmo, discos impresionados para el mismo.

El comerciante Fr. Nilsson de Upsala contribuyó con una caja de regalos para la Navidad de 1901.

Como regalo especial nos envió el artista C. Wilhelmsson, un cuadro titulado «Pescadores preparando su red para la pesca de langostas» que en adelante adornó la sala de reunión del buque.

La relación anterior no puede ser completa porque el libro en donde los nombres de los donantes estaban apuntados, se hallaba á bordo del «Antártico» cuando naufragó y lo perdimos. Pero á todos, tanto á los nombrados aquí como á los involuntariamente olvidados,

repito con las presentes líneas las más expresivas gracias.

Además de las casas citadas aquí, hubo muchos comerciantes que vendieron sus mercancías para la expedición á bajo precio ó con especial rebaja, y que por eso igualmente se han hecho acreedores á nuestro reconocimiento.

También durante el viaje recibimos algunos donativos.

Así nos dejó la Royal Society de Londres varias publicaciones que detallaban los trabajos de la expedición Challenger de suma importancia para nuestra expedición; un donante anónimo de Londres regaló por medio del Club Sueco de Marineros una pequeña y hermosa biblioteca con selectos tomos, un cuadro y una bandera sueca, todo ello destinado para los oficiales subalternos y los tripulantes; la razón social Burrough, Wellcome & Compañía de Londres nos regalaron un equipo muy bien arreglado de sus preciosas preparaciones medicinales en *cachets*. También en Sandefjord y en Buenos Aires se acordaron de nosotros haciéndonos varios donativos.

El incomparable y más importante de todos los regalos y á la vez el más valioso que favoreció á la expedición, fué por cierto el apoyo que recibimos del Gobierno argentino. Dos veces nos dejaron llenar el buque de carbón en Ushuaia, y al salir para nuestro último viaje hacia el Sur se acordaron de la expedición mandando un abundante stock de provisiones. En la misma ocasión se nos facilitó por medio del cónsul C. Rogberg en Montevideo una importante partida de carne en conserva.

Los instrumentos científicos de que dispusimos nos fueron prestados en su mayoría por varias instituciones,

entre ellas la Real Academia de Ciencias, el Instituto Meteorológico Náutico y los observatorios astronómicos y meteorológicos de Upsala, el observatorio astronómico de Lund, el gabinete de física de la Escuela Superior de Estocolmo y otras entidades. Otra valiosa colección de instrumentos nos fué prestada por el Comité de la expedición sueca medidora de grados.

El relojero Lindroth prestó dos cronómetros para la expedición y pudimos llevarnos, gracias á la amabilidad del cónsul G. Broms un abundante arsenal zoológico empleado durante la expedición polar de Kolthoff.

Para todos los efectos de la expedición se concedió por S. M. el rey el libre transporte por las líneas férreas del Estado tanto á la ida como á la vuelta.

Una gran prueba de simpatía recibió nuestra expedición de las Compañías suecas de seguros marítimos que aseguraron el buque por parte de su valor.

Respecto á la adquisición de los perros groenlandeses que llevamos á bordo, tengo que agradecer mucho al Jardín Zoológico de Copenhague, así como á la Dirección Comercial de Groenlandia en esa misma capital. Las instituciones, casas de comercio y particulares que aquí se nombran son algunas tan sólo de aquellas á quienes debo tanto más agradecimiento por cuanto sin su cooperación no se hubiera podido llevar á cabo la empresa.

El extraordinario trabajo de organización que produjo la colecta de todos esos donativos al mismo tiempo que los complejos preparativos de la expedición no hubieran podido llevarse á cabo por una sola persona.

Me es imposible poder citar aquí los nombres de todos los que me ayudaron á ello, nombrar tan sólo algu-

nos sería cometer una injusticia. Solamente porque su ayuda llegó en momentos críticos, cuando las dificultades se aglomeraban á la vez, considero un grato deber dar las gracias al ingeniero A. Lagrelius y al juez K. Tillberg. El fruto que durante dos años de permanencia en las regiones sud-polares hayamos recogido, debe considerarse como resultado del interés con que fué acogida desde un principio nuestra empresa.

Aun me queda dar las gracias, al que durante mi ausencia, asumió la mayor parte del gran trabajo aquí en Suecia, mi generoso amigo C. Falkenberg.

*

Día por día adelantaban los preparativos, y si no hubiese sido tan grande la dificultad económica durante los últimos días no hubiera tenido motivo alguno de queja.

Tal como se presentaba la situación entonces, y sobre todo si se tiene en cuenta que el buque estaba próximo á regresar, acumulábanse las dificultades, más que nada en lo referente á la cuestión del personal, tanto fué así que varios de los puestos más importantes no fueron provistos hasta última hora. El trabajo se acumulaba notablemente y sólo la extraordinaria correspondencia ocupó gran parte de mi tiempo. Cuando em-

pezaba á temer que el «Antártico» se hubiera retardado por alguna causa imprevista en Spitzberg recibí un telegrama el 14 de septiembre en que se me comunicaba que había llegado á Tromsö. Marché entonces á Gotemburgo con el capitán Larsen y J. Gunnar Andersson para poner mano á los últimos preparativos, y cuando ya entrada la noche del 26 de septiembre dimos un paseo hacia el muelle, vimos de repente delante de nosotros el alto aparejo y el tonel de vigía que caracterizan á los buques de los mares glaciales.

Apretamos el paso y vimos que, efectivamente, estaba el «Antártico» listo para emprender su último viaje.

Era necesario bajo todos conceptos hacer entrar el buque en el dique tanto más cuanto que había sufrido un choque en Spitzberg. Aprovechamos la ocasión para hacer algunas pequeñas reparaciones así como para poner un nuevo eje á la hélice, substitución que debía aumentar en sumo grado la seguridad á bordo. De este modo, pasó mucho más tiempo de lo que me figuraba. Era ya evidente que no podríamos llevar á cabo nuestro trabajo durante el primer verano y que nos debíamos limitar principalmente á desembarcar el grupo de invernantes; pero aun era necesario hacer todo lo posible para no salir demasiado tarde. Poco á poco se había reunido el personal en Gotemburgo y todos trabajaron sin descanso. Los últimos días no había tiempo ni para dormir, yo mismo estaba todavía ocupado en incesantes viajes para recoger donativos y últimar otros preparativos. De todas partes recibimos pruebas de interés y buena voluntad y particularmente en Gotemburgo se nos brindó generosa hospitalidad. El 12 de octubre dejó el

«Antártico» por fin el dique y fué atracado al muelle. El día siguiente dispusimos una modesta fiesta en obsequio de las personas que tenían especial deseo de ver nuestro buque. La carga continuó todos los días con verdadera actividad. El 15 de octubre se concluyeron los trabajos; hubiéramos tal vez podido marchar por la noche, pero no era, sin embargo, tan grande nuestra prisa que no pudiésemos sacrificar aquella última noche á nuestros parientes y amigos y despedirnos de ellos. La hora de partida se fijó, pues, á las diez de la mañana siguiente.

FIN DE LA OBRA

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

Págs.

ÍNDICE DE GRABADOS DEL TOMO SEGUNDO

Páginas

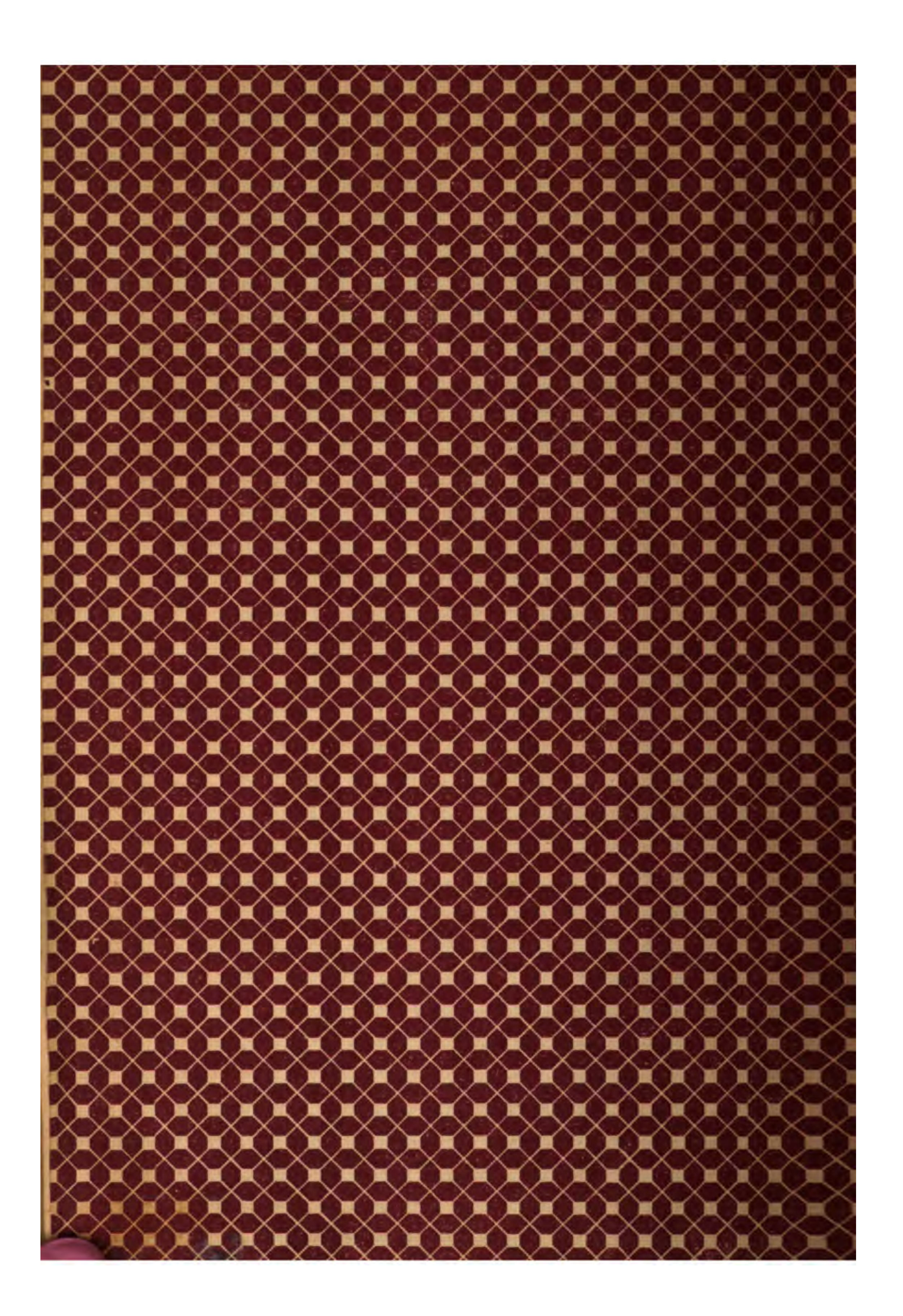
Páginas

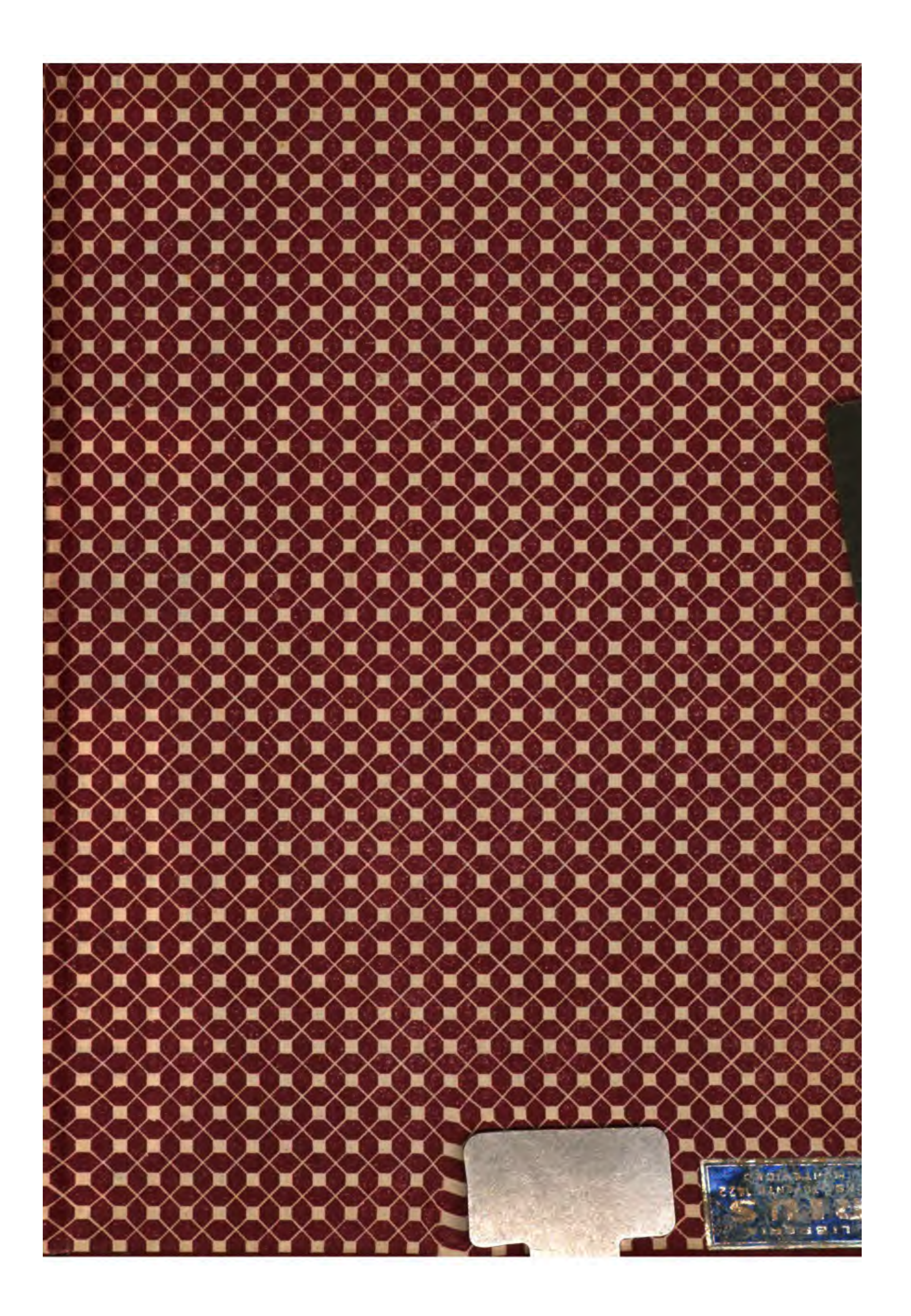
Páginas

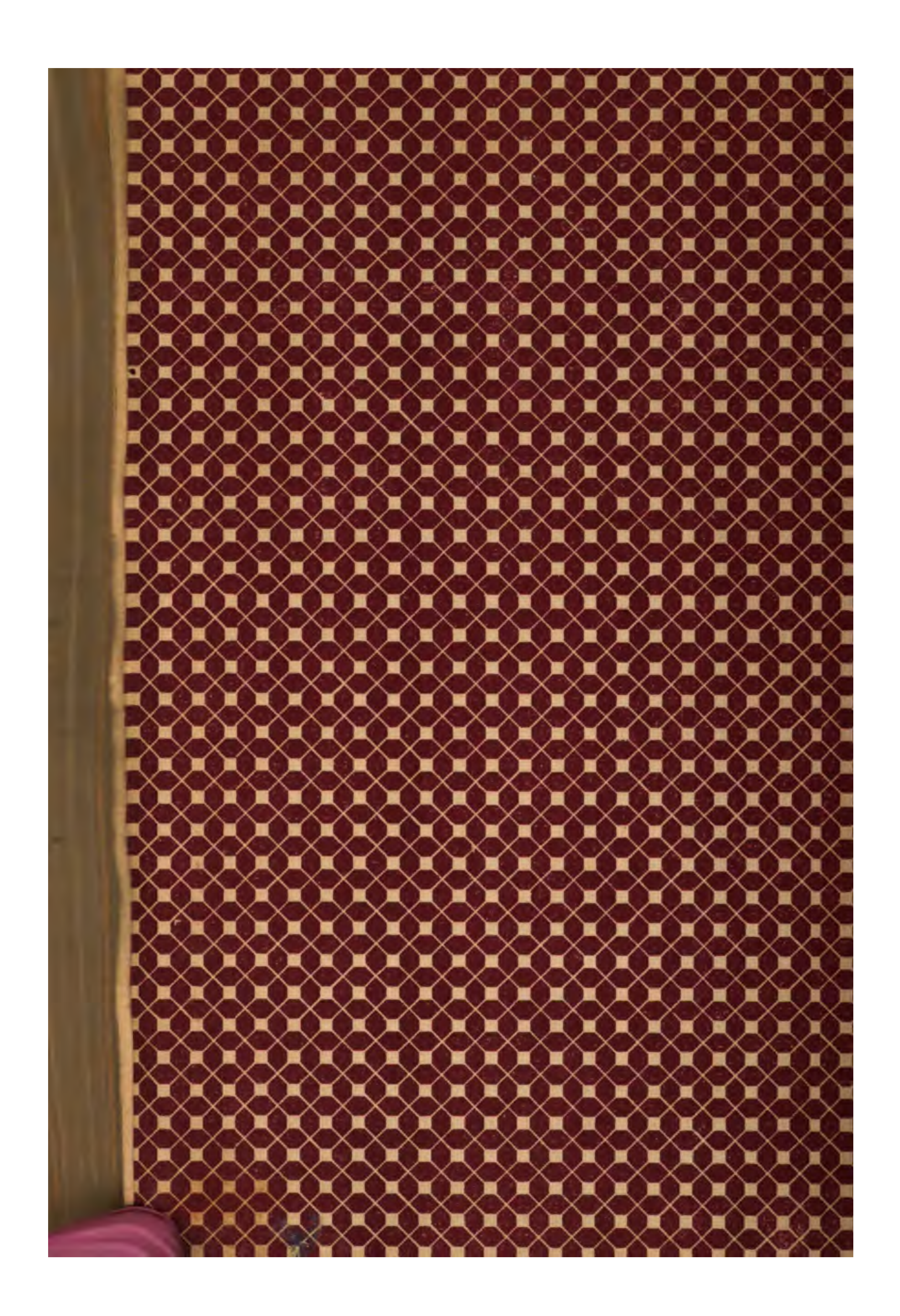
PAUTA PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS Y MAPAS

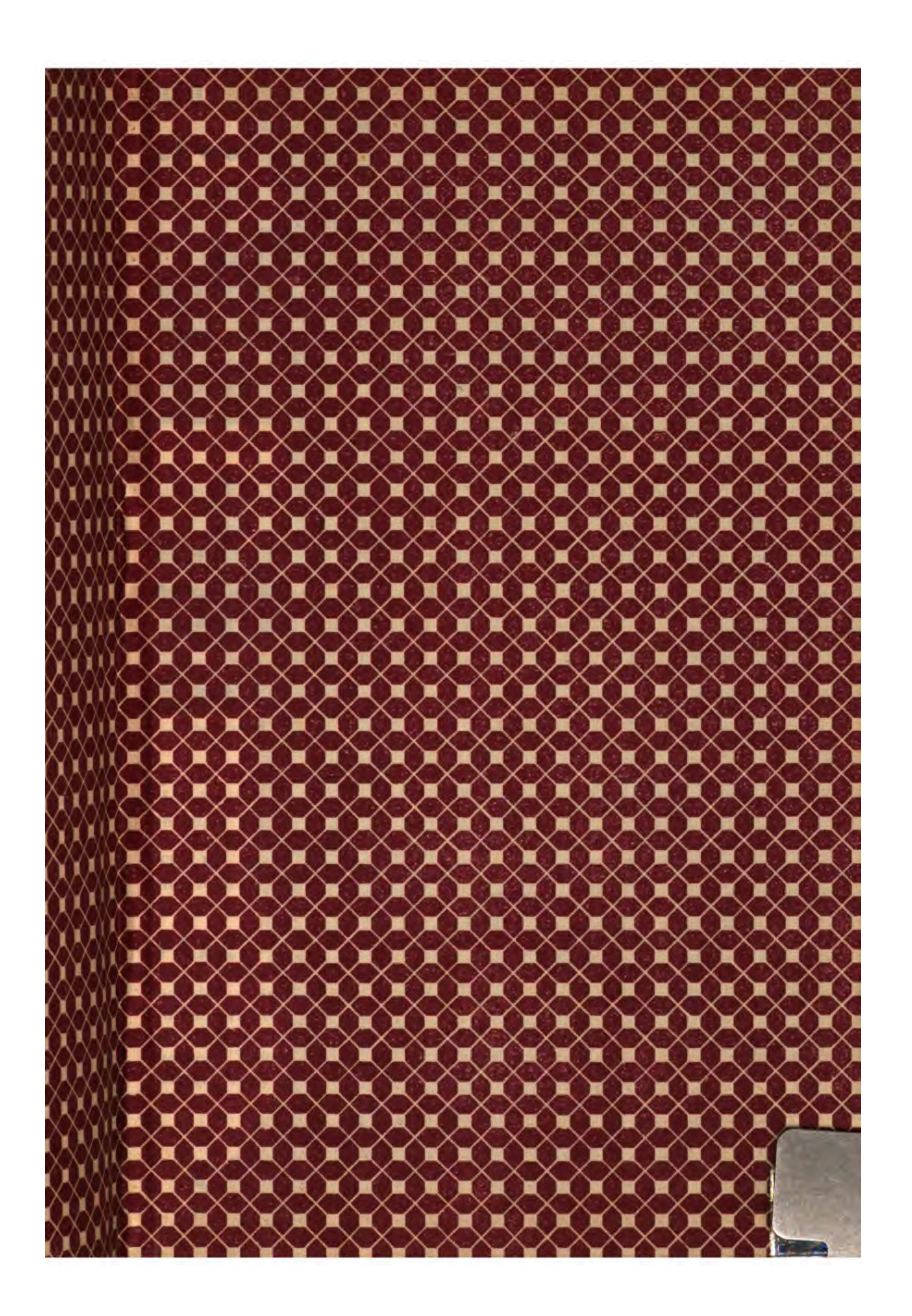
Tomo I

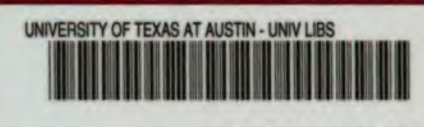
Tomo II










UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3023399107
0 5917 3023399107